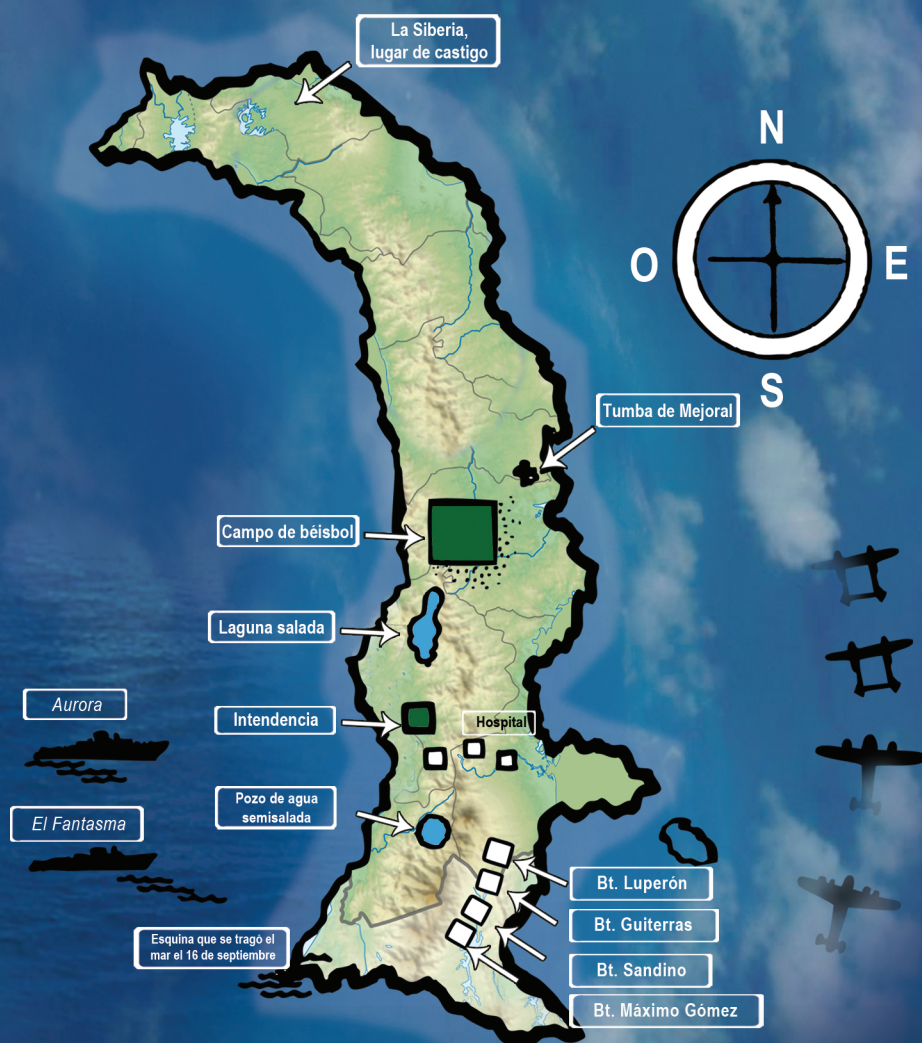


Archivo General de la Nación
Vol. CCXIX

Editorial Oriente
Santiago de Cuba

LA EXPEDICIÓN DE CAYO CONFITES



HUMBERTO VÁZQUEZ GARCÍA

Archivo General de la Nación
Volumen CCXIX

Editorial Oriente
Santiago de Cuba

HUMBERTO VÁZQUEZ GARCÍA

La expedición de Cayo Confites

Santo Domingo
2014

Cuidado de edición y diagramación: Juan Francisco Domínguez Novas
Edición y corrección: Lic. Natividad Alfaro Pena
Diseño de portada: Engely Fuma Santana
Ilustración de portada: Mapa de Cayo Confites y de sus principales lugares,
hecho por el capitán Cuadra (uno de los expedicionarios) y modificado
por Engely Fuma. Fuente: revista *Bohemia*, 2 de noviembre de 1947, p. 39.

Primera edición, La Habana, 2012
Segunda edición, Santo Domingo, 2014

© Humberto Vázquez García, 2012

De esta edición
© Archivo General de la Nación (vol. CCXIX), 2014
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz no. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

© Instituto Cubano del Libro
Editorial Oriente
Calle J. Castillo Cuany no. 356
e/ Pío Rosado y Hartmann, Santiago de Cuba
edoriente@cultstgo.cult.cu
www.editorialoriente.cult.cu

ISBN: 978-9945-586-14-5
Impresión: Editora Centenario S.R.L.

Impreso en la República Dominicana • Printed in the Dominican Republic

ÍNDICE

PRESENTACIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN	9
PRESENTACIÓN	15
AGRADECIMIENTO	19
 RAZONES DE LA EXPEDICIÓN	 21
‣ La Era de Trujillo	23
‣ La conspiración	37
 LA ORGANIZACIÓN	 55
‣ Una guerra relámpago	60
‣ Las armas	67
‣ Un secreto a voces	72
‣ Por las costas de Cuba	81
 AJETREOS DIPLOMÁTICOS, OPERACIONES MEDIÁTICAS	 94
‣ Maniobras y denuncias	95
‣ Una invasión «comunista»	104
‣ Los duendes de Trujillo	114
‣ ¿Expedicionario o paracaidista?	118
‣ Una cana al aire	126
 PARAÍSO INFERNAL	 133
‣ Bautismo de sangre	136
‣ Armas para Trujillo	141
‣ En pie de guerra	145
‣ Motín en el cayó	154

‣ Las peripecias de la goleta <i>Cinco Hermanos</i>	161
‣ Dios contra Trujillo	167
‣ Cayo Confites al descubierto	177
UNA ESPERA DESESPERANTE	181
‣ Sofismas y revelaciones	184
‣ De Trujillo a Grau y viceversa	192
‣ El peor enemigo	200
‣ Aires de guerra	205
‣ Un ultimátum «amistoso»	211
‣ Apelación a los gobiernos americanos	222
‣ Orden secreta: bombardear La Habana	231
‣ La aparición del <i>Fantasma</i>	237
‣ Hacia una drástica evolución	254
LA DEBACLE	259
‣ Orfila: principio del fin	260
‣ Muerte en el cayo	267
‣ Hallazgo en la finca América	273
‣ El cayo en llamas	281
‣ Rumbos inciertos	289
‣ En Cayo Winchos	306
‣ Fin de la expedición	324
‣ Una jugada magistral	344
ECOS DE LA EXPEDICIÓN	360
‣ Avalancha mediática	362
‣ Versiones del fracaso	368
‣ La causa antitrujillista	382
‣ Incidencias judiciales y diplomáticas	389
‣ El empleo de las armas	397
‣ El destino de los hombres	401
TESTIMONIO GRÁFICO	415
BIBLIOGRAFÍA	425
ÍNDICE ONOMÁSTICO	431

«Yo noto, leyendo la historia de ambos pueblos, desde la época de la bárbara conquista que [entre] Cuba y Santo Domingo, más que con las demás hermanas de Las Antillas, existe una cadena de unión, cuyo primer eslabón se encargaron [los españoles] de fabricar con la sangre de Hatuey».

MÁXIMO GÓMEZ
(*Los dominicanos en el destierro*,
Key West, Florida, 1887)

«De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Vd.? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? [...] Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino».

JOSÉ MARTÍ
(Carta a Federico Henríquez y Carvajal,
Montecristi, 25 de marzo de 1895)

PRESENTACIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN

En el 2012 fue publicado en Cuba el texto original de *La expedición de Cayo Confites*, obra de la autoría del historiador Humberto Vázquez García, que ahora el Archivo General de la Nación (AGN) en colaboración con la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, ponen en manos de los lectores dominicanos, mediante una edición propia.

En el 2013 fue publicada, también en Cuba, la obra *Fidel Castro: Guerrillero del tiempo*, de Katiuska Blanco. En el capítulo 8 de su primer tomo, figuran los recuerdos de la participación del líder histórico de la Revolución cubana en aquellos preparativos dirigidos a enfrentar a la dictadura trujillista, siendo entonces un joven estudiante universitario.

Sin lugar a dudas, ambos textos son aportes sustanciales para la reconstrucción del intento liberador, lamentablemente frustrado, que fue la expedición de Cayo Confites. No exagero si digo que se trata de recuentos abarcadores y serios, que permiten entender mejor lo sucedido y sus consecuencias.

Durante mucho tiempo, un inexplicable manto de silencio rodeó a Confites, solo fugazmente rasgado por alguna que otra narración de un testigo presencial o un trabajo periodístico conmemorativo. Se carecía de estudios profundos que, como el de Humberto Vázquez, permitieran al lector una cabal comprensión de aquellos sucesos, más allá de lo anecdótico.

Curiosamente y a pesar de lo dicho, el interés por la expedición de Cayo Confites crece a medida que pasa el tiempo. Obras de este tipo deben seguir publicándose e incluir, como está previsto en los planes editoriales del Archivo General de la Nación, compilaciones de documentos de la época. Sería interesante que los archivos cubanos se sumen a este esfuerzo, pues se trata de una historia compartida. En el fondo, aún queda mucho por indagar y esclarecer de esta jornada y parte de la verdad todavía descansa en los estantes de instituciones de varios países de la región, incluyendo los Estados Unidos.

Con un estilo ameno y una prosa contenida y rigurosa, Humberto Vázquez nos entrega un retrato acabado de la expedición, de sus motivaciones y los hombres que la integraron; de la manera en que se conformaron los núcleos iniciales; de la compra de armas y pertrechos; del zigzagueante apoyo del gobierno de Ramón Grau San Martín y los vínculos de la misma con la política interna, matizada por el gansterismo y la corrupción, sin que ello reste mérito a cientos de dominicanos y cubanos honrados e internacionalistas que se alistaron a sabiendas de que en ello ponían en riesgo sus vidas.

Confites fue, en alguna medida, un impresionante cuadro de las fuerzas de todo tipo que se movían en el Caribe, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial: idealistas y libertarios, republicanos españoles en el exilio, comunistas y anticomunistas, gánsteres y contrabandistas, mercenarios y soñadores, agentes de la inteligencia trujillista y norteamericana, patrones de buques y marineros, camarógrafos en busca de imágenes sensacionales, escritores y reporteros y, por supuesto, turistas.

¿Cómo entender, por ejemplo, que entre los cinco jefes de los batallones libertarios concentrados en el Cayo, dos terminaran trabajando, precisamente, a las órdenes de tiranos, como fue el caso de Eufemio Fernández, para Trujillo, y Rolando Masferrer, para Batista? ¿Y qué nos dice el hecho de que otro, Diego Bordas, fue uno de los ministros del breve gobierno de Juan Bosch, en 1963, mientras el general Miguel Ángel Ramírez Alcántara, jefe del Batallón Cabral, lo sería del Triunvirato que sucedió a la Junta

Militar que lo derrocó mediante el golpe de Estado del 25 de septiembre de ese mismo año?

El final histórico del abigarrado contingente de Cayo Confites también se retrata en la multiplicidad de personalidades que se entrecruzaron en esta abortada cruzada por la libertad del pueblo dominicano. A ello dedica el autor el capítulo «El destino de los hombres», de indudable valor documental.

Manolo Castro, director de deportes del Ministerio de Educación de Cuba y enlace principal entre el gobierno de Grau y la expedición, moriría ametrallado por gánsteres en las calles de La Habana, un año después, mientras conversaba con Manuel Corrales, estudiante de Medicina y miembro secreto del Partido Socialista Popular, a cargo del área cultural de la Federación Estudiantil Universitaria. Al morir estaba desarmado y llevaba apenas \$0.37 centavos en los bolsillos. Este atentado motivaría un cuento de su amigo personal, el escritor Ernest Hemingway, titulado «The Shot», que se publicaría en la revista *True Magazine*, de abril de 1951. En una de las fotos incluidas en los reportajes que la revista *Bohemia* publicase, entre octubre y noviembre de 1947, sobre la expedición, se muestra la llegada de Manolo Castro a Cayo Confites, en visita de inspección a las tropas. Detrás un hombre sonriente, alto, corpulento, afeitado y cubierto con un casco de acero, parece confirmar la versión de que Hemingway lo acompañaba:¹ guarda un gran parecido con el escritor que dos años antes, más o menos con esa apariencia, entró con las avanzadas del ejército norteamericano para liberar París del yugo nazi y, muy especialmente, la barra del bar del hotel Ritz.

La pista de la relación y la contribución de Ernest Hemingway a la expedición de Cayo Confites merece una indagación particular. Su activo apoyo a la República española; su presencia en el Congreso de Intelectuales en Defensa de la Cultura, en Madrid y

¹ Según ha narrado el historiador cubano Pablo Llabre, residente en Miami, en una de sus entrevistas a Pedro Bejerano, combatiente republicano de la Guerra Civil Española, expedicionario de Confites y miembro entonces del Movimiento Socialista Revolucionario, de Masferrer y Mario Salabarría, este le confirmó que Hemingway acompañó a Manolo Castro en una de sus visitas de inspección a los hombres que se entrenaban para la invasión antitrujillista.

Valencia, en 1937; sus aportes clandestinos de fondos al Partido Socialista Popular, de Cuba; su participación en operaciones de detección de submarinos nazis en aguas del Caribe, durante la Segunda Guerra Mundial; su rol como corresponsal de guerra y colaborador de la inteligencia militar norteamericana en las operaciones en Francia; su apasionado repudio a todas las dictaduras y acciones antidemocráticas, que le acarrearón la vigilancia continua del FBI y la embajada norteamericana en La Habana, por sospechas de comunista y, finalmente, su apoyo al pueblo de Cuba y a la Revolución cubana, avalan la posibilidad de que, desde su residencia de Finca Vigía, en San Francisco de Paula, en las afueras de la capital cubana, hubiese jugado algún papel en los preparativos expedicionarios. Si a esto le sumamos sus frecuentes visitas al hotel San Luis, donde residían numerosos exiliados revolucionarios dominicanos, entre ellos Mauricio Báez, y su probada amistad con Manolo Castro, el recuerdo que lo ubica a Hemingway en el Cayo entre los expedicionarios adquiere visos de alta probabilidad.

Se sabe, con certeza, que Hemingway aportó dinero y sus experiencias marineras a los organizadores de Cayo Confites, pues solía frecuentar la zona en sus interminables correrías por el borde de la Corriente del Golfo, en busca de los majestuosos peces agujas. Su yate *El Pilar* y su patrón, el canario Gregorio Fuentes, hombre de su más absoluta confianza, bien pudieron desempeñar por entonces algunas acciones de apoyo y vigilancia, lo cual debe ser confirmado. Tras la debacle de la expedición, el *Diario de la Marina*, periódico franquista, trujillista y conservador,² inició una campaña de denuncias y persecuciones contra los principales expedicionarios y colaboradores del intento, denunciando entre ellos a Hemingway, supuestamente, por haber escondido armas en su finca y dar asilo allí a pilotos norteamericanos y canadienses que participarían en la invasión. Finca Vigía no tardaría en ser registrada, sin resultados concretos que lo pudiesen incriminar.

² En mi obra *La telaraña cubana de Trujillo*, publicada por el AGN en el año 2012, brindo abundantes pruebas documentales del contubernio de la familia Rivero, dueña de *El Diario de la Marina*, con Franco y Trujillo, de quienes recibían anualmente subvenciones secretas de \$100,000 y \$50,000, respectivamente.

Para ese entonces, prudentemente, Hemingway se hallaba en los Estados Unidos.

Es curioso y sintomático que, tras el fracaso de la expedición, Trujillo se desveló por mantener ubicados a sus participantes en los diferentes países de América Latina donde se asentaban. Existe una copiosa correspondencia entre el tirano y Félix W. Bernardino, a la sazón Encargado de Negocios en Caracas, donde se narra, con lujos de detalles, la manera en que este intentó, en algunos casos con éxito, reclutar «confiteros», como les llamaba, para lo cual desplegó una política de atracción, sobornos y falsa cordialidad. En La Habana, donde se hallaba de visita por esos días un atípico funcionario trujillista, Ramón Marrero Aristy, este detallaba en carta al sátrapa el cumplimiento de la orden de tantear a Mauricio Báez, a quien invitó a almorzar en un restaurant de El Vedado. A diferencia de otros, este vertical luchador sindical de origen obrero, rehusó arrepentirse de su participación en la expedición. Para suavizar la previsible cólera del tirano, Marrero Aristy lo describió como «un hombre mordido por la nostalgia». Ambos, con pocos años de diferencia, serían asesinados por el tirano, poco dado a los giros poéticos.

Otro frente de combate, el diplomático, resultó muy activo antes, durante y después del intento expedicionario. De sumo interés resultaría la publicación de una especie de *Libro Blanco* con la documentación cruzada entre las Cancillerías de Cuba y República Dominicana, entre 1947 y 1950. En él figurarían las denuncias; solicitudes de explicaciones y exigencias de toma de medidas; negociaciones para la devolución del yate *Angelita*, ocupado por los expedicionarios de Confites, en alta mar; cruce de notas diplomáticas y acuerdos. También las febriles gestiones y consultas realizadas ante el Departamento de Estado de los Estados Unidos y la naciente OEA. Sin mirar desde una perspectiva internacional más amplia, tampoco entenderemos los sucesos de Cayo Confites.

Por último, existe en el Archivo General de la Nación, de República Dominicana, una abundante documentación judicial con los juicios efectuados en rebeldía contra decenas de expedicionarios de Confites y quienes se consideraban sus cómplices, lo

cual reeditaría el tirano tras la expedición del 14 de junio de 1959 por Constanza, Maimón y Estero Hondo, que a diferencia de la del Mariel, en 1934, y la de Confites, en 1947, sí logró desembarcar, aunque fracasara militarmente, reeditando lo sucedido el 19 de junio de 1949 en Luperón.

Fue en los días de Confites, precisamente, como bien recuerda Fidel Castro en el libro citado, donde conoció y trabó una perdurable amistad con Juan Bosch, al que consideró «[...] el hombre de mayor calibre, el más destacado» de cuantos estaban allí acantonados.

Es verdad, como afirmaron los miembros del Comité Central Revolucionario Dominicano, tras el fracaso de la invasión «[...] la Revolución dominicana había perdido [en Cayo Confites] una batalla antes de empezarla», pero la historia, como suele suceder, se encargaría de anudar este intento en la trama de sucesos posteriores. No fue un intento en vano, sino una valiosa experiencia para otros movimientos que se sucederían en ambos países y que culminarían de otra manera.

Esperemos que el libro de Humberto Vázquez García, cuya edición dominicana hoy pone en manos de sus lectores el Archivo General de la Nación en colaboración con la Editorial Oriente, sea el primer paso que incite a otros historiadores a realizar las investigaciones que todos esperamos.

En efecto, Cayo Confites sigue siendo una promesa y un anhelo, esta vez, navegando en las plácidas páginas de la historia y la ficción histórica también. ¿Por qué no?

ELIADES ACOSTA MATOS, julio de 2014.

PRESENTACIÓN

En cierta ocasión Julio Le Riverend expresó que los historiadores tenían encima la enorme carga de colmar vacíos. «Es su deber»,¹ sentenció el gran historiador cubano. Fue ese y no otro el propósito que me animó al emprender la investigación que dio lugar al presente libro, pues la expedición de Cayo Confites —el mayor intento organizado para derrocar la tiranía de Rafael Leónidas Trujillo Molina en la República Dominicana— ha constituido un incuestionable vacío de la historiografía cubana y parecía llegada la hora de empezar a colmarlo. Y digo «empezar» intencionalmente porque, no obstante la copiosa información aquí contenida, sería absurda toda pretensión de agotar un tema que aún conserva zonas oscuras y enigmas cuyo esclarecimiento definitivo podría ser objeto de futuras investigaciones.

Naturalmente, no he partido de cero. La bibliografía relacionada al final del libro y las fuentes referenciadas a pie de página dan fe de ello. De particular utilidad resultaron los testimonios de algunos expedicionarios, sobre todo dominicanos y cubanos, que dieron sustancia y color a esta historia. No menos valor tuvieron los documentos desclasificados por los principales gobiernos implicados en la expedición y la información publicada por la prensa de la época. Sin embargo, carecía de

¹ Julio Le Riverend, «Cristóbal Colón: su vida en el tiempo», ponencia presentada en el Taller Nacional V Centenario, Instituto de Historia de Cuba, La Habana, octubre de 1989, en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 97, no. 3-4, julio-diciembre 2006, p. 109.

un texto que abordara el tema de forma integral y con enfoque historiográfico.

Aportar esa obra, pues, ha devenido mi mayor anhelo, así como contribuir, de ese modo, a colmar el vacío existente y facilitar el trabajo a otros investigadores. De ahí que me haya propuesto explicar y analizar lo más exhaustivamente posible las razones que justificaron la expedición, sus azarosos preparativos, las vicisitudes de su larga estadía en tierra y de su travesía, su infausto desenlace y su trascendencia histórica, sin descuidar el complejo entorno nacional e internacional en que la empresa tuvo lugar.

No he pretendido llegar a valoraciones concluyentes sobre todos los tópicos y aristas del fenómeno estudiado. He preferido hacerlo solo cuando la comprobación de los hechos no dejaba lugar a dudas. Pero tanto en estos como en los restantes casos, he optado por ofrecer al lector abundante información —incluidas no pocas versiones diferentes y opiniones contradictorias— a fin de que pueda formarse su propio juicio. Con este mismo espíritu, quisiera subrayar algunos puntos de la expedición de Cayo Confites que considero de particular relevancia:

1. La heroica y tenaz lucha del pueblo dominicano por librarse de la tiranía de Trujillo, afán que le hizo pagar una elevadísima cuota de muerte, sangre y dolor.
2. La solidaridad desinteresada e incondicional de los mejores hijos de la América Latina y del mundo, entre ellos cientos de cubanos, que hicieron suya la causa dominicana y arrojaron virilmente los riesgos y privaciones derivados de su digna actitud.
3. La conducta de los políticos y otros elementos inescrupulosos que se involucraron en la expedición, se aprovecharon de ella y jugaron con sus nobles fines en pos de intereses espurios y ambiciones inconfesables.
4. El pragmatismo oportunista del Gobierno de los Estados Unidos y su responsabilidad en el fracaso de la expedición.
5. El papel de ciertos medios de prensa en la formación de estados de opinión —por lo general desfavorables a la expedición— y

su similitud con algunas campañas mediáticas que tienen lugar en la actualidad.

6. La genialidad política de Fidel Castro, quien a sus veintiún años aquilató las debilidades intrínsecas que condenaban la expedición al fracaso, hizo lo posible por salvarla y —según palabras de Juan Bosch— previó lo que iban a pasar los expedicionarios después de la captura de su última nave por la Marina de Guerra cubana.² Y como por una cuestión de honor y vergüenza no se resignó a la idea de entregarse ni convertirse en prisionero de los militares cubanos, protagonizó la hazaña de lanzarse a la bahía de Nipe —en unión de otros tres expedicionarios y con un alijo de armas— y cruzar, primero en bote y luego a nado, sus aguas infestadas de tiburones. Con ese histórico gesto, Fidel puso a salvo no solo su honor sino también, simbólicamente, el de la expedición de Cayo Confites.

HUMBERTO VÁZQUEZ GARCÍA
La Habana, septiembre de 2010

² José Diego Grullón, *Cayo Confites. La revolución traicionada*, p. 91.

AGRADECIMIENTO

A Miguel Pumariiega y Luis David Piñeda, quienes con sus vívidos relatos me hicieron viajar en el tiempo y compartir sus peripecias en la empresa de Cayo Confites.

A los trabajadores de la Biblioteca Nacional José Martí, de la Biblioteca de la Casa de las Américas, del Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores, del Archivo y la Biblioteca del Instituto de Historia de Cuba, de la Biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística y del Museo del Ferrocarril de Cuba, por su anónima y eficiente contribución a esta obra.

A Demetrio Martínez, Hugo Crombet, Orlando Hechavarría y Andrés Zaldívar, quienes leyeron los manuscritos y me brindaron atinadas observaciones y sugerencias.

A Natividad Alfaro, Felipe Álvarez, Alfredo Boche, Maritza Bolívar, Hugo Bory, Patricio Bosch, Enrique Carballo, Miguel Cherone, Julio Concepción, Laura Cuendias, Gonzalo Fernández, Denia García, Dayamí García, Pedro A. García, Indalecio González, Fernando Guanche, Diana Guzmán, Juan Hernández, Raúl Izquierdo, Lourdes Lopetegui, Néstor Lotti, Antonio Mata, Antonio Medina, Maritza Méndez, Conrado Moreno, Armando Pérez, Roberto Pérez, Vilma Pérez, Mayra Pico, Olga Portuondo, Ramón Prado, Carmen Seara, Eric Valdés, Antonio Vasallo y Francis Velázquez, por sus aportes de información, corrección de traducciones, asesoría y apoyo moral o material de diverso tipo.

A todos, mi más sentido agradecimiento.

RAZONES DE LA EXPEDICIÓN

*Santo Domingo es una empresa capitalista despiadada,
los dominicanos son los trabajadores y consumidores
forzados de esa empresa y el poder dominante está
en manos del amo de la empresa.*

JUAN BOSCH

Dominicanos y cubanos tenemos muchas cosas en común. Ante todo, la condición caribeña y antillana de nuestras islas, con sus largas extensiones de costas bañadas por el Océano Atlántico y el Mar Caribe. Parecida es nuestra geografía, en la que alternan encrespadas cadenas montañosas —más empinadas y abundantes en la República Dominicana— con valles y llanuras de reposada mansedumbre. Semejante es nuestro clima tropical, de suaves y breves inviernos y tórridos e interminables veranos, cuyo húmedo y sofocante calor solo mitigan los vientos alisios y las grandes altitudes. Nuestras tierras, feraces por lo general, acogen una flora y una fauna exuberantes que, unidas a sus recursos naturales y maravilloso entorno, han determinado economías asentadas en tres pilares fundamentales: la agricultura —caña de azúcar, tabaco, café, cacao—, la minería —níquel, hierro y otros metales— y el turismo.¹ Hablamos, en fin, la misma lengua y tenemos una composición étnica similar.

A este vasto complejo de analogías y confluencias, se suma la Historia. «Descubiertas» por Cristóbal Colón en 1492, Quisqueya

¹ Aunque en la actualidad se aprecian notables diferencias a causa del auge que han tomado en Cuba los productos y servicios de alto valor agregado.

y Cuba estaban habitadas por comunidades indígenas de incipiente desarrollo, que fueron exterminadas a consecuencia del impacto de la conquista y colonización españolas, en especial por el trabajo inhumano que los encomenderos les obligaron a realizar en minas y plantaciones, las nuevas enfermedades llegadas del Viejo Continente y la despiadada represión con que fue sofocada su resistencia. El heroísmo de nuestros antepasados quedó inmortalizado en los caciques Caonabo y Enriquillo, en Quisqueya, y Hatuey² y Guamá, en Cuba. Muy pronto, pues, los aborígenes fueron sustituidos por negros cazados como animales en África y traídos a América en la condición de esclavos.

Colonias expoliadas durante varios siglos por una metrópoli soberbia, tozuda y rapaz, La Española y Juana —como renombraron los *descubridores* a Quisqueya y Cuba— sufrieron también las incursiones frecuentes de bucaneros, corsarios y piratas, y fueron objeto de la codicia de otras potencias europeas: Inglaterra, que se apoderó de La Habana durante un año en 1762, y Francia, que en 1697 obtuvo de España la parte occidental de Quisqueya y la denominó Saint-Domingue, dejando la isla partida en dos. Este suceso haría más accidentada la ulterior historia dominicana: cesión a Francia de la porción oriental en 1795; revolución de los esclavos en la parte occidental y proclamación de la República de Haití en 1804; restablecimiento de la soberanía española sobre la porción oriental y retirada de los franceses en 1809; independencia del efímero Estado libre del Haití español en 1821; ocupación y anexión por Haití en 1822; declaración de la Primera República dominicana en 1844; anexión a España en 1861, y, finalmente, proclamación de la Segunda República en 1865 con la *ayuda* de los Estados Unidos.

En 1868 comenzó la lucha de los cubanos por su independencia, que luego de tres guerras de liberación, la intervención militar norteamericana y su ocupación del país, concluyó con la instauración de la República en 1902. Hijos ilustres de la República Dominicana

² Oriundo de Guahaba, La Española, Hatuey luchó en Cuba y fue quemado vivo en la hoguera, convirtiéndose así en el primer internacionalista dominicano y el primer mártir cubano de que nos hayan llegado noticias.

jalonaron la solidaridad y la simpatía que nació entre los pueblos dominicano y cubano al fragor de la contienda: Modesto Díaz y los hermanos Marcano (Luis Gerónimo, Francisco y Félix), que fueron de los primeros en responder al llamado de Carlos Manuel de Céspedes y devinieron destacados jefes mambises; el profesor, periodista y escritor Federico Henríquez y Carvajal, con quien José Martí mantuvo una entrañable amistad, y el que podría resumir en el suyo estos y otros nombres insignes: Máximo Gómez, el Generalísimo del Ejército Libertador de Cuba, dominicano de nacimiento e internacionalista de vocación.

Tal variedad de ingredientes, fundidos en el crisol de las nacionalidades, contribuyeron a la formación de una cultura y una idiosincrasia semejantes. Pero la estrecha relación entre ambos pueblos no quedaría ahí. En su etapa republicana, la historia de nuestras islas volvió a entroncarse. De colonias españolas pasaron a ser neocolonias de los Estados Unidos. Los débiles y corrompidos gobiernos de turno, el caudillismo y las rivalidades entre facciones políticas, que no pocas veces condujeron a disturbios y rebeliones, fueron los pretextos esgrimidos por los gobiernos norteamericanos para emprender nuevas intervenciones militares. Su verdadera finalidad era, sin embargo, salvaguardar los intereses de los grandes consorcios estadounidenses y garantizar la dominación imperialista en las Antillas. Así, de 1906 a 1909 la bota yanqui señoreó en Cuba, y de 1916 a 1924, en la República Dominicana. Y tras la ocupación militar sobrevinieron regímenes más o menos serviles a los Estados Unidos, que dieron paso a cruentas dictaduras: las de Gerardo Machado Morales (1925-1933) y Fulgencio Batista Zaldívar (1934-1940, 1952-1959) en Cuba, y la de Rafael Leónidas Trujillo, en la República Dominicana, entre 1930 y 1961.

La Era de Trujillo

El derrocamiento de Machado por una revolución de profunda raíz popular en 1933, provocó la huida del tirano y de su

cohorte de ladrones, esbirros y asesinos, temerosos de la justicia y, sobre todo, de la ira del pueblo. Muchos de los fugitivos encontraron cálido refugio en la República Dominicana, y algunos como Mariano Faget, Jorge Crespo, Ramón Souto y el tristemente célebre Arsenio Ortiz, alias El Chacal de Oriente, ocuparon altos cargos en los cuerpos represivos trujillistas. Pero el dictador dominicano no se limitó a acogerlos y auparlos, también se negó a extraditarlos cuando el Gobierno de los Cien Días —instalado en Cuba bajo la presidencia de Ramón Grau San Martín y el influjo revolucionario de su joven ministro de Gobernación, Antonio Guiteras Holmes— hizo la solicitud correspondiente. De igual modo, en agosto de 1934 Trujillo hizo oídos sordos a la demanda de extradición del propio Machado, huésped temporal suyo, formulada por Cosme de la Torriente, secretario de Estado del gobierno Mendieta-Caffery-Batista.³ Y como si no bastase, Trujillo preparó, organizó y financió una expedición —que no se llegó a materializar— para el retorno de Machado a Cuba.⁴

No era de extrañar esta conducta. El Asno con Garras cubano era el *alter ego* del chacal dominicano, y viceversa. Ambos habían llegado al poder con el concurso de las armas o el oro yanquis: Trujillo ascendió a la jefatura del Ejército y luego a la presidencia de la República en brazos de las tropas de ocupación y la banca norteamericanas, y Machado ganó las elecciones presidenciales con el aporte de medio millón de pesos por parte de la subsidiaria cubana de la General Electric Company. Ambos contaron con el beneplácito del Gobierno de los Estados Unidos, a cuyo amparo se convirtieron en dictadores ambiciosos y brutales. Ególatras hasta el disparate, Machado y Trujillo eran un remedo criollo de su parigal italiano Benito Mussolini, artífice del fascismo.

La llamada Era de Trujillo —bautizada así por el propio tirano, en un vano intento de equipararse a Jesucristo—, que a la caída de

³ Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Cuba (AHMRERC). Expediente Asuntos Contenciosos 1934-1935.

⁴ Raúl Roa, «Dictadura exportada», en *Bohemia*, año 43, no. 51, 23 de diciembre de 1951, p. 65; Izquierda Revolucionaria, *Los títeres de Ferrara*, sin datos editoriales, pp. 24-45 (folleto escrito, según Roa, por Pablo de la Torriente Brau y publicado en 1935).

Machado transitaba ya por su tercer año, fue una de las dictaduras más sangrientas y corruptas que hayan existido jamás. Trujillo implantó un régimen unipersonal, asentado en la fuerza del ejército y de la terrible policía política creada por él; o, como expresara el ensayista y revolucionario dominicano José R. Cordero Michel, dio al Estado la forma de una «dictadura militar burocrática dirigida por un tirano absoluto».^{5*} Aunque solo figuró como presidente durante dieciocho años (de 1930 a 1938 y de 1942 a 1952), el resto de su Era sostuvo las riendas del poder tras bambalinas mientras en la presidencia daban la cara fantoches como su hermano Héctor Bienvenido, Jacinto Bienvenido Peynado, Manuel de Jesús Troncoso y Joaquín Balaguer. Trujillo abolió los partidos políticos y las instituciones democráticas, y dejó en la palestra solo al Partido Dominicano y a un Congreso, creados a su imagen y semejanza, para que le hicieran coro y lo adularan. Permitió únicamente los órganos de prensa adictos al régimen y los que se le plegaron. Su astucia y habilidad le posibilitaron otear todo lo que pareciera oposición y rivalidad, para luego reprimirlas con odio y sed de venganza. Encarceló, torturó y asesinó con sádico deleite a sus enemigos y contrincantes reales, potenciales o imaginarios.

Acomplejado por su origen mestizo y humilde, Trujillo tenía una patológica ambición de riqueza, que dejó simbolizada tempranamente al nombrar Flor de Oro a su hija primogénita y Papeleta a su yegua, término que en el lenguaje popular dominicano significa billete de banco. Aunque como jefe del Ejército se convirtió en el hombre más rico de la República Dominicana, tras su arribo a la presidencia se fue apoderando de los principales recursos económicos del país mediante leyes especiales, manejos sucios y el uso de la fuerza. En 1946, un año antes de la expedición de Cayo Confites, su patrimonio abarcaba una gama impresionante de rubros y sectores: plantas de grasas, carne, sal, cacao y alimentos para el ganado; centrales azucareros, fábricas de cemento, tejidos, fósforos,

⁵ José R. Cordero Michel, *Análisis de la Era de Trujillo (Informe sobre la República Dominicana. 1959)*, p. 99.

* Se respeta la redacción original de todos los documentos y citas. (N. de la E.)

zapatos, materiales de construcción, cigarros y la de armamentos de la ciudad de San Cristóbal. En la industria solo quedaban fuera de su imperio algunos ingenios azucareros, propiedad de compañías norteamericanas en las cuales fungía como socio o accionista. Poseía también empresas de navegación marítima y aérea, órganos de prensa, bancos y hoteles. Trujillo era, sin duda, el mayor capitalista del país, y además el más grande latifundista. Esta posición, unida al dominio del aparato estatal, le permitía el control total de la economía dominicana. «De República que era antes [afirmó al respecto Juan Bosch] Santo Domingo quedó transformado en una empresa económica [...] su empresa económica». Y de ahí que la tiranía fuera «un instrumento de la empresa económica»; el Gobierno, el «servidor de la empresa», y el ejército, la «policía de la empresa». Trujillo no era, pues, un tirano político tradicional, sino «el amo de las tierras, de los bancos, de las fábricas y de los negocios de Santo Domingo» y, por consiguiente, «el amo de los hombres».⁶

Dueño y señor de la República Dominicana, Trujillo repartió títulos, puestos y sinecuras entre sus familiares, colaboradores y favoritas, e instauró un denigrante sistema de corrupción, nepotismo y servidumbre. En una muestra representativa, aunque no exhaustiva, de los casos más notorios no podrían obviarse los de su padre, José Trujillo, diputado; su madre, Julia Molina, Primera Dama y Primera Madre de la República; su antigua amante devenida esposa, María Martínez, dramaturga y ensayista multilaureada, cuyas obras —de continuo reeditadas— se atribuían a José Almoina, el secretario gallego de Trujillo; sus hermanos, en particular el menor, Héctor Bienvenido, presidente y varias veces ministro; sus hijos, en especial Ramfis, coronel a los cuatro años de edad, general a los ocho y jefe del Estado Mayor de la Aviación; Flor de Oro, diplomática, y Angelita, nombrada a los trece años embajadora extraordinaria para la coronación de la reina Isabel de Inglaterra; sus sobrinos, muy señaladamente Virgilio García Trujillo, brigadier general y jefe del Estado Mayor del Ejército; sus numerosos tíos, cuñados y yernos, sobre todo Porfirio Rubirosa —marido de Flor de Oro—, un esbirro

⁶ J. Bosch, *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*, pp. 11 y 164.

convertido en Don Juan internacional que medró al amparo del tirano, primero como oficial de su Cuerpo de Ayudantes, luego en la condición de subsecretario de la presidencia y, por último, como diplomático en varias capitales del mundo; su fiel colaborador Fausto Caamaño, cuya meteórica carrera militar lo llevó a general y jefe del Estado Mayor del Ejército, y su favorita Lina Lovatón, una muy bien dotada Reina del Carnaval dominicano que vivió en Miami a cuenta del tesoro de la República y al cuidado de su hermano, José Manuel Lovatón, *Mencho*, designado a ese fin vicecónsul de Santo Domingo en la ciudad floridana.

Megalómano sin remedio, Trujillo pretendió trascender a la posteridad por sus fastuosas construcciones, la estabilidad económico-financiera, el orden social y la limpieza en las ciudades del país. Pero el cuestionable progreso dominicano —cuyas realizaciones insignia fueron la organización estatal, el control de las aduanas, el establecimiento de una moneda nacional y el fomento de algunas industrias gracias a la abusiva explotación de los trabajadores— solo sirvió para enriquecer aún más al dictador y a sus elegidos, pues no representó beneficio social alguno, y el tan cacareado orden descansó en una cruel y metódica represión. Algunas cifras oficiales del propio régimen son muy ilustrativas a este respecto. Según la Secretaría de Estado de Finanzas, en 1946 cada obrero producía bienes por valor de 1,884.00 pesos al año y recibía un salario de 349 pesos, o sea, menos de un peso al día; pero estas cifras resultaban engañosas, pues incluían a la alta empleomanía industrial que percibía ingresos superiores, por lo que el salario de los obreros era aún más bajo. Por otra parte, de acuerdo con la Dirección General de Rentas Internas, de un total de 1,297 negocios industriales patentados en 1946 —exceptuando la industria azucarera—, 435 eran fábricas de muebles, 382 de zapatos, 137 de ataúdes, 135 de chocolate, 104 de queso, 57 de ladrillos y bloques, y 47 de ropa, con un promedio global de 10 trabajadores por establecimiento, lo que da una medida del llamado crecimiento industrial.⁷

⁷ Franklin J. Franco, *República Dominicana, clases, crisis y comandos*, pp. 54, 88-89.

Como se puede apreciar, la fabricación de ataúdes ocupaba el tercer lugar entre las principales actividades industriales, macabro galardón que venía ostentando desde 1937. El ensayista dominicano Franklin J. Franco ha explicado la causa de este fenómeno de manera harto elocuente: «Los muertos constituían una de nuestras bases industriales; producíamos más para morir que para seguir viviendo. Esta era la realidad fría de la situación. Esta industria de ataúdes estaba acorde a la esencia del Estado: Más explotación, más miseria, más hambre, más enfermedades para morir más pronto, más jóvenes, en mayor número cada día».⁸

Y de que se moría cada vez más jóvenes no cabía duda alguna, pues mientras en 1938 de 14,336 defunciones, 6,253 habían correspondido a niños menores de diez años, para un 44%, en 1946, de 21,610 muertes, 11,474 eran niños menores de diez años, para el 53%. Esta triste realidad se puede comprender totalmente al comparar las asignaciones del presupuesto nacional de 1946, pues de un total de 9,586,700 pesos, se destinaron 1,878,880 a gastos militares (20%) y solo 478,600 (5%) a la salud pública, lo que significaba 27 centavos y medio anuales por habitante.⁹

Trujillo elevó la ridiculez al rango de liturgia de Estado y su propia estampa era el colmo de lo grotesco. En las ceremonias oficiales lucía uniforme de gala ceñido, con entorchados dorados, tahalí de hilos de seda, espadín, medallas, condecoraciones y bicornio con plumas de avestruz. Más que un jefe de Estado del siglo xx, parecía un mariscal del xix o un personaje de opereta. Por esa razón, a pesar de los rimbombantes títulos que se adjudicó y ostentaba sin pudor (Generalísimo, Benefactor de la Patria, Reconstructor de la independencia financiera, Padre de la Patria Nueva, Caudillo Invicto, Benemérito, Primer soldado de la República, Primer abogado, Primer médico, Primer maestro, Primer periodista, Primer obrero, Primer poeta...), sus opositores políticos lo llamaron indistintamente Chacal del Caribe, Nerón del Caribe, Guapo del Caribe y Bucanero del Caribe, en dependencia de la circunstancia, mientras la fina sabiduría popular le endilgó el sonoro Chapitas, mote que

⁸ F. J. Franco, *República Dominicana*, p. 54.

⁹ *Ibíd.*, p. 57.

por lo elocuente y certero ha perdurado en la memoria colectiva. Según el periodista y profesor español Jesús de Galíndez, el único título que faltó en la espléndida colección de Trujillo fue el muy merecido de Primer propietario de la República Dominicana.¹⁰

La vanidad y el culto a la personalidad de Trujillo llegaron a extremos delirantes. Aunque desde diciembre de 1930 existía una legislación que prohibía poner el nombre de personas vivas a calles, plazas y ciudades, hizo que el Congreso adoptara leyes y resoluciones especiales para rebautizar con el suyo a numerosos lugares, instituciones y organizaciones. Así, la montaña más alta del país pasó a llamarse Pico Trujillo; la capital, Ciudad Trujillo; una provincia, provincia Trujillo; un distrito, Trujillo el Grande. De igual modo, y para simular un supuesto bipartidismo, fundó en 1940 el Partido Trujillista, una efímera criatura del Partido Dominicano. Había también otros lugares con nombres alusivos al tirano, como Benefactor, Libertador y San Rafael; o a sus parientes, como Provincia Trujillo Valdés, en honor a su padre, y Parque Ramfis, en homenaje a su hijo predilecto. Y así los nombres de la familia imperial se multiplicaban en calles, plazas, puentes, carreteras, puertos, paseos y edificios públicos.

El lema oficial de la República era «Dios y Trujillo», tomado de un letrero lumínico que colocó en su casa el expresidente Jacinto Bienvenido Peynado y con el que Joaquín Balaguer titulara un empalagoso ditirambo en el que atribuyó a Dios la supervivencia de la República Dominicana hasta 1930 y su «prosperidad» ulterior a Trujillo. Reproducido en cantidades exorbitantes, el rótulo fue situado en la fachada de miles de viviendas en el país, mientras la propaganda del régimen no se cansaba de machacar que los dominicanos debían todo al dictador. Premios, órdenes y condecoraciones nacionales llevaban su nombre, que se encontraba también en sellos de correos, anuncios de la Lotería y hasta en letras de merengues. Miles de monumentos se erigieron en su honor. Fotos suyas aparecían a diario en la prensa y eran reproducidas por doquier. Se celebraban su onomástico y cualquier efemérides o suceso de su vida que se considerara

¹⁰ Jesús de Galíndez, *La Era de Trujillo*, p. 342.

significativo. Recibió infinidad de condecoraciones (entre ellas la Gran Cruz de la Orden Papal de San Gregorio, impuesta por el papa Pío XII), distinciones, títulos de catedrático universitario, doctorados *Honoris Causa* y premios, incluido el Nacional de Literatura por su libro *Reajuste de la deuda externa*. Se hacía llamar Excelencia, Doctor, Honorable Presidente y, sobre todo, El Jefe. Trujillo, en fin, humilló hasta la saciedad al pueblo dominicano, cuya inteligencia y sensibilidad ofendía de manera permanente. En sus *Memorias*, el propio Joaquín Balaguer admitió que nunca antes sociedad alguna había llegado a tal grado de divinización de un caudillo.¹¹

De escasa instrucción, pues solo venció los primeros grados de la escuela primaria, Trujillo poseía algunas aptitudes que le permitieron mantenerse en el poder durante tanto tiempo. El médico y escritor dominicano Juan Isidro Jimenes-Grullón señaló, entre otras: su singular astucia y perspicacia, su habilidad en la intriga política, su expresión precisa y vigorosa, su don de ponderar el valor de los hombres con sus virtudes y flaquezas, su conocimiento de las técnicas politiqueras y una personalidad fuerte que le infundía cierto magnetismo. Jimenes-Grullón destacó, así mismo, otras características del dictador que desempeñaron un papel importante en su carrera política: la naturaleza amoral de su temperamento, que se manifestaba en su ausencia total de escrúpulos; su pasión por el poder y su deleite morboso del mando; su perversidad, su crueldad, su culto a la fuerza y su recurrencia al crimen.¹²

José Almoina, quien conoció muy de cerca al dictador, trazó un perfil psicológico en el que lo calificó de «enfermo mental» y señaló sus numerosas «taras»:

Su inteligencia natural indudable, se entrelaza con el frondoso ramaje oscuro de alucinaciones, temores, desconfianza, manía persecutoria, proclividad a la traición, megalomanía y egoísmo muy señalado. Posiblemente haya también un antiguo proceso de alcoholismo porque en el fondo sexual se advierte la tendencia

¹¹ Joaquín Balaguer, *Memorias de un cortesano de la «Era de Trujillo»*, p. 65.

¹² Juan Isidro Jimenes-Grullón, *La República Dominicana (Análisis de su pasado y su presente)*, pp. 170-177.

a lo sádico y el ambisexualismo. Es decir, un espíritu que a veces se nos presenta con limpieza y claridad, dando la sensación de normal inteligencia y aún de talento y memoria, de pronto queda enterrado y ciego por esa línea morbosa de complejos ya heredados, ya adquiridos.¹³

Juan Bosch, por su parte, resumió con breves palabras las nefastas consecuencias del maligno talento de Trujillo para la nación y el pueblo dominicanos: «Su energía le ha servido para esclavizar y envilecer al pueblo; su sentido de la autoridad con el consecuente don de mando, para organizar un sistema de terror; su don de organizador, para crear un régimen despótico; su actividad mental y física y su dedicación al trabajo, para establecer un sistema de explotación económica y sumisión política como pocas veces ha visto el mundo».¹⁴

Lógicamente, un régimen de esta naturaleza tenía que generar una amplia oposición interna. Y no solo en la masa desposeída del pueblo, sino también entre personalidades, asociaciones y sectores de las clases dominantes que fueron desplazados del poder político, perjudicados en sus intereses económicos o vejados de alguna forma por Trujillo. Pero esta oposición carecía de espacios legales para manifestarse y sus representantes morían asesinados, eran arrojados a las mazmorras del régimen o tenían que salir al extranjero. De ese modo fue conformándose un nutrido exilio dominicano cuyos focos principales radicaron en Cuba, Guatemala, Venezuela, Puerto Rico y los Estados Unidos.

El grupo más numeroso y uno de los más dinámicos se hallaba en Cuba. Entre sus miembros destacados figuraba Juan Bosch, quien con solo veintinueve años ya tenía una bien ganada fama como escritor. A causa de su oposición al régimen había sufrido arresto y, una vez en libertad, fue designado jefe de la Sección del Censo de la Oficina de la Estadística Nacional. Era una de las típicas artimañas de Trujillo para corromper y desprestigiar a sus adversarios, que

¹³ «Informe Confidencial que sobre la política dominicana produce el licenciado J. Almoina Mateos, ex secretario particular del presidente Trujillo», en Salvador E. Morales Pérez, *Almoina, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*, Archivo General de la Nación, Santo Domingo, 2009, pp. 343-344.

¹⁴ J. Bosch, *Trujillo*, p. 163.

en este caso subió de tono cuando intentó hacerlo diputado. Con el pretexto de la delicada salud de su esposa, Bosch viajó a Puerto Rico en enero de 1938 y al mes siguiente dirigió una carta pública a Trujillo en la que renunciaba al cargo y patentizaba su oposición a la tiranía. A principios de 1939, llegó a La Habana para acordar con la editorial Cultural S.A. la publicación de la obra del educador y ensayista puertorriqueño Eugenio María de Hostos.

En Cuba, Bosch se relacionó con Enrique Cotubanamá Henríquez, un médico oriundo de Santo Domingo que había conocido en Puerto Rico. Hijo del expresidente dominicano Francisco Henríquez y Carvajal —quien durante el gobierno de Trujillo fue designado ministro plenipotenciario en Cuba, donde murió en 1935— y sobrino de Federico —el gran amigo de Martí—, Cotubanamá Henríquez había luchado contra las dictaduras de Machado y Batista, ocupaba altas posiciones en el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) [PRC (A)] y estaba casado con Mirella Prío, hermana del destacado dirigente de ese partido Carlos Prío Socarrás, de quien también era amigo personal. Esta circunstancia le propició a Bosch entablar una estrecha amistad con Prío y mediante él conectarse con las altas esferas del autenticismo, incluido su principal líder: Ramón Grau San Martín.

De consuno con otras personalidades del exilio dominicano radicadas en Cuba —como Juan Isidro Jimenes-Grullón, Virgilio Mainardi Reyna, Alexis Liz, Manuel Calderón y el propio Cotubanamá Henríquez—, Bosch participó en la gestación del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), el cual quedó constituido el 21 de enero de 1939 y muy pronto contó con secciones en Cuba (La Habana, Santiago de Cuba y Guantánamo), los Estados Unidos (Nueva York), México (Ciudad México), Venezuela (Caracas) y Puerto Rico (San Juan y Mayagüez). En su primer congreso, celebrado en La Habana del 29 de marzo al 7 de abril de 1943, Bosch fue elegido secretario general, aunque a causa de las presiones de Trujillo sobre Batista, entonces presidente constitucional cubano, el partido cambió su nombre por el de Unión Democrática Antinazista Dominicana. A fines de ese mismo año, ocupó el cargo de director de la oficina de Prío en el Senado y,

en octubre de 1945, el de secretario particular cuando aquel fue designado primer ministro.

La magnitud y el ánimo del exilio dominicano constituían un potencial revolucionario y una pesadilla para Trujillo. A espiar, perseguir, hostigar y eliminar a sus agrupaciones y líderes dedicó el *Generalísimo* grandes sumas de dinero, más la astucia y perversidad de su policía política. Con idéntico celo empleaba a su ejército para conjurar cualquier «peligro» proveniente del exterior o el interior del país. Un breve muestrario de acciones permite apreciar la amplitud de la ejecutoria trujillista en estos años:

1. En abril de 1934, sicarios del régimen perpetraron en Nueva York un atentado contra el exdiplomático y líder opositor Ángel Morales, el cual resultó ileso, pero no así el prestigioso médico dominicano Sergio Bencosme, con quien Morales compartía la vivienda, que fue asesinado por equivocación.
2. En 1937, advertido de inmigraciones ilegales por la frontera con Haití, Trujillo envió sus tropas que masacraron entre 12,000 y 17,000 haitianos, sin distinción de sexo ni edad. Nunca lo lamentó ni se arrepintió de semejante carnicería humana. Lejos de ello, admitió cínicamente: «Yo acometí de frente al problema haitiano. Fui a la frontera y vi los miles de haitianos en tierras dominicanas. Consideré todos los medios posibles, pero llegué a la conclusión de que solo había una salida: una matanza general».¹⁵
3. En 1946 fue descubierta una conspiración de unos sesenta soldados del Ejército dominicano para arrojar a Trujillo del poder. En un inicio el Gobierno no hizo nada, pero más tarde envió a los conjurados a un lejano puesto en la frontera con Haití, donde fueron apuñalados.

El rápido crecimiento y la organización del exilio dominicano incrementaron los temores del dictador; a tiempo que redoblaron su empeño por descubrir y aniquilar los planes de la oposición.

¹⁵ «Bello asesino», en *Bohemia*, año 39, no. 20, 18 de mayo de 1947, p. 74.

Durante su largo reinado, el *Benefactor* contó con el respaldo de todas las administraciones que se sucedieron en los Estados Unidos. Se trató sin duda de una relación difícil, no solo porque Trujillo era un subordinado díscolo y atrevido, sino también porque en ocasiones la imagen y las peculiaridades de su régimen no se avenían con los designios y necesidades puntuales de la política exterior norteamericana. Así ocurrió en los años previos a la Segunda Guerra Mundial y durante el conflicto mismo cuando, impelido por la amenaza del eje Roma-Berlín-Tokio, el presidente Franklin Delano Roosevelt abogó por la unidad nacional e internacional de las fuerzas antifascistas, mientras desplegaba su política del Buen Vecino en América Latina. Ambas tácticas presuponían, en el plano nacional, la existencia de la llamada democracia representativa, fórmula de poder estatal que distaba mucho de la tiranía trujillista. Sin embargo, para el *establishment* yanqui Trujillo no era un dictador cualquiera sino *su* dictador; en consecuencia, se le toleraban sus desplantes, se le perdonaban sus excesos y se le mantenía el apoyo, aunque a veces fuera necesario reconvenirlo.

El *Generalísimo* sabía corresponder a tales deferencias. Y si bien la prensa del régimen criticaba a algunos funcionarios norteamericanos y hasta acusó de procomunistas a los subsecretarios de Estado Benjamin Sumner Welles y Spruille Braden, Trujillo era un ferviente seguidor de los dictados del imperialismo yanqui. Así, no solo se sumó al esfuerzo de guerra reclamado por Roosevelt a los países del continente, en virtud del cual la República Dominicana proveyó al Gobierno norteamericano de mercancías baratas destinadas a su población y a sus tropas, sino que en diciembre de 1941, tras la entrada de los Estados Unidos en la contienda, declaró la guerra a Japón, Alemania e Italia. De igual modo, en 1944 invitó a una delegación soviética a los festejos por el centenario de la República Dominicana y en agosto de 1945 estableció relaciones diplomáticas con la URSS, a cuyo Gobierno colmó de elogios. Pero en la posguerra, cuando la política internacional de los Estados Unidos retomó su curso normal con el sugestivo nombre de Guerra Fría, Trujillo rompió

los vínculos con Moscú y sobresalió como antes por su ofensiva contra el comunismo y los comunistas.

Un interesante contrapunteo entre los gobiernos dominicano y estadounidense, tuvo lugar precisamente unos meses después de finalizada la guerra. Su origen fue un suministro de municiones solicitado por Trujillo a la Winchester Repeating Arms Company, que incluía 500,000 cartuchos calibre 45 para pistola automática Colt; 200,000, calibre 50 para ametralladoras; 1,600,000, calibre 30/40 Krag; 10,000,000, calibre 30/06, y 5,000,000, calibre 7 mm. La Winchester informó a la Embajada de Santo Domingo en Washington que de acuerdo con las leyes norteamericanas, para suministrar el pedido se requería una licencia de exportación del Departamento de Estado. El 29 de noviembre de 1945, la Embajada hizo la solicitud correspondiente y el 28 de diciembre el Departamento de Estado le respondió que, luego de considerar debidamente el asunto, había determinado que la exportación de las municiones en cuestión era contraria al interés nacional de los Estados Unidos y, por tanto, no se otorgaría la licencia.

Ese mismo día, el embajador dominicano Emilio García Godoy fue recibido por el subsecretario de Estado, Spruille Braden, quien le trasladó los aspectos esenciales de un memorando elaborado por su Departamento en el que se fundamentaba la negativa de la licencia. Según el documento, el amplio surtido de municiones solicitado por la República Dominicana podría ser utilizado solo contra una república vecina o contra el pueblo dominicano, y en ningún caso contribuiría a la causa de la paz en la isla de La Española. (El primero de estos argumentos era una alusión directa a Haití, país con el cual la República Dominicana había tenido numerosos conflictos, entre ellos uno bastante reciente a causa de un atentado al presidente Ellie Lescot cuya autoría intelectual se atribuía a Trujillo).¹⁶

¹⁶ Según el «Informe Confidencial» de J. Almoina Mateos, desde 1936 Lescot servía fielmente a Trujillo en su propósito de incorporar Haití a la República Dominicana y en 1940 escaló la presidencia «repartiendo enormes sumas de dinero proporcionado por Trujillo», para convertirse en un «simple gobernador provincial a su servicio». Pero las relaciones se hicieron tirantes a medida que Lescot afirmaba sus nexos con los Estados Unidos y realizaba sus

Más adelante, el documento señalaba que el suministro de municiones no era esencial para la defensa hemisférica, ni parecía conducir al desarrollo de la democracia y la libertad en el Nuevo Mundo, sino más bien podría tender a subvertir los objetivos que tanta sangre y dinero habían costado a las naciones unidas en la lucha antifascista. Así mismo, resaltaba los cálidos sentimientos de amistad y grandes deseos de cooperación del Gobierno de los Estados Unidos con gobiernos que contaban con el consentimiento de los gobernados, periódica y libremente expresado; pero en el caso de la República Dominicana no se percibía que los principios democráticos fueran observados, ni en la teoría ni en la práctica. Tal conclusión se derivaba de la falta de libertad de expresión, prensa y reunión, así como de la supresión de toda oposición política y la existencia de un sistema de partido único. «Suministrar una amplia cuantía de municiones en semejante situación [finalizaba el memorando] podría constituir una intervención en los asuntos políticos internos de la República Dominicana y un respaldo a las mencionadas prácticas».¹⁷

La posición norteamericana parecía inspirada en ciertos postulados de la democracia burguesa, más invocados que practicados a lo largo de la historia, y una aplicación consecuente del principio de no intervención proclamado a los cuatro vientos por la Buena Vecindad de Roosevelt, y reclamado por los pueblos y algunos gobiernos de la América Latina. Pero la vida demostraría

propios negocios lucrativos. Y cuando tuvo la seguridad de que Trujillo no lo atacaría —no solo por contar con el apoyo yanqui, sino por los problemas internos dominicanos y la situación creada por la Segunda Guerra Mundial—, se decidió a «romper la cadena de esclavitud». Por esa razón, «desde fines de 1943 hasta la primavera de 1946 no cedió el dictador dominicano en su empeño de derribar a Lescot». (En S. E. Morales Pérez, *Almoina*, pp. 338-342). El gobierno de Lescot era una «dictadura entreguista [...] respaldada por la oligarquía mulata» que suscitó el desbordamiento incontenible de las masas. «Desde 1945 la resistencia al régimen venía creciendo, en particular, entre los estudiantes. En enero de 1946 una huelga de este sector atrajo el apoyo de las capas medias, sobre todo de origen negro, y se convirtió en un paro nacional que obligó a Lescot a dimitir». (Sergio Guerra Vilaboy, *Breve historia de América Latina*, pp. 241-242). Tras su salida del poder, Lescot se refugió en Miami.

¹⁷ *Foreign Relations of the United States (FRUS)*, 1945, volume IX, American Republics, United States Government Printing Office, Washington, 1969, p. 994.

que era pura demagogia. Por lo pronto, el 14 de enero de 1946 el embajador dominicano entregó a Spruille Braden una larga nota en la cual refutaba todas las observaciones del documento yanqui y aseguraba que el suministro de municiones serviría para garantizar la «eficiencia defensiva» de las fuerzas armadas dominicanas, que expertos de los propios Estados Unidos habían considerado inadecuada.¹⁸

Uno de tales expertos, el general George H. Brett, comandante general del Comando de Defensa del Caribe, había efectuado a fines de 1945 un recorrido por las Antillas para preparar la defensa de los puntos estratégicos de la zona y, en reunión con el Estado Mayor del Ejército dominicano, manifestó que era necesario proveer de armamento adecuado a los distintos ejércitos nacionales. «Entonces [escribió José Almoina] se le dijo hábilmente por encargo de Trujillo que el material que poseía el Ejército dominicano era insuficiente y anticuado y que Trujillo deseaba adquirir el más moderno para cooperar con Estados Unidos».¹⁹

A consecuencia de este diferendo, Trujillo no pudo adquirir en los Estados Unidos las susodichas municiones. Entonces se dirigió a sus otros aliados en el continente: Eurico Gaspar Dutra, en Brasil, y el general Juan Domingo Perón, en Argentina. Y con ellos las obtuvo. Pero no se dio por vencido, ni consideró agotadas sus gestiones ante el Gobierno norteamericano sobre el asunto.

La conspiración

Durante los años cruciales de la Segunda Guerra Mundial, los revolucionarios dominicanos aplazaron sus planes antitrujillistas a fin de no debilitar la alianza de las naciones y pueblos unidos en su lucha contra el nazi-fascismo. Sin embargo, el escenario latinoamericano de las postrimerías de la conflagración y la inmediata posguerra se les presentaba con cambios alentadores. Ya no

¹⁸ *FRUS*, 1946, volume XI, American Republics, United States Government Printing Office, Washington, 1969, p. 818.

¹⁹ S. E. Morales Pérez, *Almoina*, p. 321.

contarían solo con la experiencia acumulada en más de quince años de oposición a Trujillo y las enseñanzas de los veteranos de la guerra civil española que, aprovechando una extravagante maniobra «aperturista» del dictador, se habían refugiado en Santo Domingo. Ahora albergaban la esperanza de que los auténticos, que gobernaban en Cuba desde el 10 de octubre de 1944, cumplieran su «oferta» de «ayuda a la revolución dominicana».²⁰ Además, en el transcurso de un año a partir de esa fecha se añadieron otras dos buenas nuevas: la elección de Juan José Arévalo a la presidencia de la República en Guatemala, en diciembre de 1944, y la asunción de Rómulo Betancourt como presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno en Venezuela, en octubre de 1945. Ambos líderes políticos eran enemigos de la dictadura de Trujillo y desde sus posiciones podrían apoyar el movimiento revolucionario. Un buen augurio en ese sentido fue la decisión inmediata del nuevo Gobierno venezolano de romper sus relaciones diplomáticas con el régimen trujillista.

En Cuba, la causa dominicana se sentía como propia desde hacía mucho tiempo. Aun antes de la caída de Machado, algunos revolucionarios que se habían enfrentado a Trujillo lograron asentarse en la Isla. Más tarde, el Gobierno de los Cien Días ofreció hospitalidad a un numeroso grupo de exiliados dominicanos procedentes de diversos países, así como a todos los combatientes que se encontraban confinados en Haití con sus familiares. Mediante la decisiva intervención de Antonio Guiteras, tres barcos fletados por el Gobierno realizaron dos viajes a territorio haitiano y los transportaron hasta Santiago de Cuba. Una parte de ellos fue alojada en diversos lugares de la ciudad, entre otros la mansión que había pertenecido al Chacal de Oriente en la playa de Sardinero, y la otra, en su mayoría campesinos, se trasladó a los centrales azucareros en busca de trabajo y alojamiento.²¹ De este modo, se asentó una importante colonia dominicana en la provincia

²⁰ Testimonio de Virgilio Mainardi Reyna, en «Cayo Confites y la lucha contra Trujillo», en *Política, Teoría y Acción*, año 4, no. 44, Santo Domingo, noviembre de 1983, p. 3.

²¹ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, pp. 12-13.

oriental, mientras a lo largo de la Isla se constituyeron comités de solidaridad con la causa antitrujillista.

Ya por entonces los emigrados dominicanos, dirigidos por el expresidente Rafael Estrella Ureña, organizaban una expedición armada para derrocar a Trujillo, con la cual —según Jimenes-Grullón— Guiteras y luego Batista se habían comprometido «a brindar el material necesario para la acción insurreccional».²² Pero el Gobierno de los Cien Días fue derrotado en enero de 1934, Batista se convirtió en líder de la reacción y, bajo sus órdenes, Guiteras fue asesinado en mayo de 1935. Los gobiernos antipopulares y represivos que se sucedieron, subordinados a Batista y al embajador yanqui, expulsaron a muchos exiliados dominicanos e impidieron toda iniciativa de apoyo a su causa. En este contexto, enterado del plan expedicionario de Estrella Ureña, Trujillo recurrió a Batista y este hizo abortar el movimiento.²³

Sin embargo, por obra y gracia de la política de unidad antifascista desplegada por los Estados Unidos, Batista protagonizó un inaudito proceso de travestismo político que lo llevó a enrumbar su dictadura hacia la democracia representativa. Aprovechando esa oportunidad, las fuerzas populares lograron la promulgación de la progresista Constitución de 1940, y en los comicios del propio año Batista, con su disfraz civilista y democrático, fue elegido presidente de la República. En este nuevo escenario, el Gobierno de Cuba toleró la presencia y algunas actividades de las organizaciones de exiliados dominicanos, actitud que Trujillo y sus acólitos consideraron de «excesiva libertad con que se dejaba actuar en la Antilla Mayor a los enemigos del régimen».²⁴

Al terminar el mandato constitucional de Batista, el pueblo cubano exaltó a la presidencia de la República a Ramón Grau San Martín, en cuya aureola revolucionaria y programa nacional reformista cifraba sus esperanzas de cambio y progreso social, mientras contemplaba cómo sus hermanos dominicanos se quedaban rezagados. Organizaciones políticas, sindicales, estudiantiles,

²² J. I. Jimenes-Grullón, *Una Gestapo en América*, p. 175.

²³ Tulio H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón. Memorias de un expedicionario*, p. 23.

²⁴ José Almoina Mateos, *Yo fui secretario de Trujillo*, p. 203.

intelectuales y distinguidas personalidades incrementaron su solidaridad con los revolucionarios de Quisqueya. Incluso, en el Congreso de la República se constituyó un Comité por la Libertad Dominicana, presidido por el prestigioso senador auténtico Eduardo Chibás Rivas, a la sazón vocero de Grau San Martín.

Preocupado por el vigor del exilio dominicano y las simpatías que despertaba, Trujillo mostró una insólita deferencia hacia el flamante presidente cubano al enviar una importante Misión Especial a su toma de posesión. Y la Embajada de los Estados Unidos en Santo Domingo llegó al extremo de afirmar que Trujillo estaba complacido con la elección de Grau, pues no le gustaba Batista debido «aparentemente» a que durante su Gobierno «no había contenido las actividades de ciertos exiliados dominicanos».²⁵

Grau ratificó la «oferta» de los auténticos de ayuda a la oposición quisqueyana, aunque se ha dicho que lo hizo a condición de que se unieran todas las fuerzas políticas que la integraban.²⁶ Sea como fuere, los dominicanos pusieron sus diferencias a un lado y en noviembre de 1944 lograron celebrar un cónclave unitario en el que constituyeron el Frente Unido de Liberación Dominicana, liderado por Leovigildo Cuello, un prestigioso médico de cincuenta y cinco años que representaba a los exiliados dominicanos en Puerto Rico; así mismo, encargaron a Juan Bosch de la propaganda en América Latina y lo designaron candidato a la presidencia provisional de la República.

Casi cuatro décadas después, Bosch reveló el alcance del plan conspirativo que por entonces se concibió. Se trataba de organizar un movimiento insurreccional en el interior de la República Dominicana, y los dirigentes del proyecto pensaron que Rómulo Betancourt —amigo de Bosch desde 1929— podría facilitarles las armas necesarias para llevarlo a efecto. Estas deberían ser

²⁵ *Cayo Confites: Plot to Invade the Dominican Republic, Am Embassy Report 4434, 17 October 1947*, en *Cuban Information Archives, Document 0156*, <http://cuba-exile.com>. (En lo sucesivo, salvo indicación contraria, todas las informaciones que se atribuyan a la Embajada y al embajador de los Estados Unidos en La Habana, proceden de esta fuente).

²⁶ Yvonne García Guerra, *Juan Bosch Gaviño*, en *Terra Networks Caribe S. A.*, 2002, <http://www.terra.com.do>

transportadas por mar hacia Cuba y de aquí, en uno o más aviones, a secaderos de cacao enclavados en una finca cercana a un lugar de la República Dominicana llamado La Piña (posteriormente Fantino), propiedad del hacendado, ganadero y exsenador dominicano Juan Rodríguez García, uno de los hombres más ricos del país y enemigo político de Trujillo, entre otras razones por los regulares despojos de ganado a que este lo sometía.

Informado del plan, Betancourt accedió a suministrar las armas, pero advirtió que era muy difícil trasladarlas desde donde se encontraban (Maracay) hasta un puerto de la costa y luego introducir las en un barco con destino a Cuba sin que la operación se conociera. «Betancourt decía y tenía razón [afirmó Juan Bosch] que los servicios de inteligencia de Trujillo eran muy buenos y Trujillo podía recibir la noticia de ese traslado de armas, lo que le permitiría prepararse para hacerle frente al movimiento que iba a usarlas».²⁷

En consecuencia, se recurrió a un plan alternativo consistente en transportar las armas por aire, directamente desde Maracay hasta la República Dominicana, para lo cual hacía falta un avión. Bosch y sus compañeros se dieron a la tarea de buscar un aviador norteamericano veterano de la Segunda Guerra Mundial, pues esa condición le permitía adquirir en los Estados Unidos equipos bélicos empleados en el conflicto. Conseguido el piloto, solicitaron a Betancourt una carta de presentación para Ellie Lescot, presidente de Haití, y con ella se fueron a Puerto Príncipe. Lescot los recibió y les entregó 25,000 dólares, de los cuales destinaron 12,000 a la adquisición de un DC-3, en el que Bosch y Virgilio Mainardi volaron de inmediato a Venezuela para llevar a cabo la acción.

Pero allí los aguardaba menuda sorpresa. Mientras se encontraban en Caracas gestionando el transporte de las armas, militares venezolanos registraron minuciosamente el avión estacionado en Maracay. Esto lo advirtieron Bosch y Mainardi a su regreso, pues todo lo que había en el interior de la nave se encontraba dispuesto de manera diferente a como lo habían colocado. Dedujeron

²⁷ «Cayo Confites y la lucha contra Trujillo», en *Política: Teoría y Acción*, pp. 16-17.

entonces que habían sido denunciados y que los jefes militares de Maracay o de la aviación venezolana conocían o sospechaban del plan. En conclusión, no pudieron sacar las armas de Venezuela.

Tras estos contratiempos, el impulso solidario de Rómulo Betancourt pareció un tanto amortiguado. Según afirmarían meses después el semanario *Tiempo en Cuba*, en los primeros momentos Juan Bosch obtuvo grandes facilidades en Venezuela porque le había dicho a Betancourt que el presidente cubano, Ramón Grau San Martín, estaba decidido por el movimiento contra Trujillo. No obstante, la actitud de Betancourt varió a partir de su visita oficial a Cuba, en julio de 1946, cuando el propio Grau le informó que «no había llegado a compromiso alguno formal con Bosch».²⁸

Las causas de este fracaso pueden haber sido las presagiadas por Betancourt, pues el espionaje de Trujillo tenía centrada su atención en el exilio dominicano, en especial el radicado en Cuba, y —según la Embajada norteamericana en La Habana— circulaban rumores de que había logrado situar agentes suyos dentro del PRD. Así lo insinuaría años más tarde el *Libro Blanco del comunismo en la República Dominicana*, un libelo oficial trujillista, al afirmar (distorsionando lo tratado por Bosch y sus compañeros con el presidente de Haití) que a finales de 1945 el Gobierno dominicano conoció que agentes de los gobiernos de Venezuela, Cuba y Guatemala habían estado en Puerto Príncipe en gestiones dirigidas a que el Gobierno haitiano «permitiese el libre tránsito de fuerzas y materiales de guerra para el ataque que se preparaba en contra de la República Dominicana».²⁹ Sin embargo, la Embajada de los Estados Unidos en La Habana se limitó a informar al respecto que el presidente Lescot «había hipotecado su casa y entregado 25,000 dólares a Bosch», de lo cual se infiere que las autoridades norteamericanas también seguían de cerca y con más tino las actividades del exilio dominicano.

El gobierno de Trujillo no cesaría de alardear de su conocimiento previo sobre los planes de invasión, ni de asegurar que en los supuestos preparativos los gobiernos de Cuba, Guatemala

²⁸ «La expedición», en *Tiempo en Cuba*, año III, no. 40, 5 de octubre de 1947, p. 8.

²⁹ *Libro Blanco del comunismo en la República Dominicana*, p. 106.

y Venezuela invertían crecidas sumas de dinero. En el citado *Libro Blanco* se afirmó, incluso, que durante todo el año 1946 los «esfuerzos y trabajos bélicos alcanzaron tal notoriedad y los informes en torno a los mismos fueron tan numerosos y tan precisos», que a principios de noviembre el secretario de Relaciones Exteriores, por instrucciones de Trujillo, convocó al Cuerpo Diplomático acreditado en la capital dominicana y «lo enteró de la situación».³⁰

Es curioso, no obstante, que en las fuentes oficiales consultadas no aparezca referencia alguna a esta cita diplomática y que el dictador dominicano no hubiera filtrado la información a la prensa. Más llamativo resulta aún que en su libro de memorias el entonces secretario de Trujillo, José Almoina, afirmara que las primeras noticias del plan invasor llegaron a Santo Domingo en septiembre-octubre de 1946 y no durante todo ese año como se dice en el *Libro Blanco*. Según Almoina, la fuente —«un amigo mexicano»— advertía que se estaba organizando en Cuba una expedición reclutada entre los llamados *bonches*,³¹ la cual Grau favorecía por tres motivos fundamentales: 1) Dar satisfacción a los exiliados dominicanos amigos suyos que no dejaban de presionarlo; 2) Su personal enemistad con Trujillo; 3) Aprovechar la oportunidad de deshacerse de la perturbadora presencia de los mencionados *bonches*, a los cuales Almoina calificó de «aventureros arriscados que le ocasionaban diariamente problemas y conflictos graves no solo en la calle y en los campos, sino en el seno del Ejército y la Policía».³²

Esta versión de Almoina coincide con la del *Libro Blanco* en que en noviembre de 1946 el régimen trujillista recibió noticias detalladas y testimonios irrefutables de que se preparaba una expedición, pero no hace referencia a la mencionada reunión diplomática. Almoina aseguró, en cambio, que Trujillo se tomó

³⁰ *Libro Blanco*, p. 107.

³¹ Pandillas armadas que sumieron en el terror y la desmoralización a la Universidad de La Habana hasta 1940. Compraban y vendían notas docentes, e imponían su *orden* mediante asaltos violentos, agresiones brutales contra estudiantes y profesores dignos, y el asesinato de quienes se enfrentaban a semejantes prácticas.

³² J. Almoina Mateos, *Yo fui*, pp. 209-210.

en serio la amenaza y ordenó la adquisición de aviones, barcos de guerra y armas de todas clases a fin de estar preparado.

Sin embargo, tres años antes el propio Almoina había afirmado en su «Informe Confidencial» que en diciembre de 1946 Trujillo, para cubrir todos sus movimientos intervencionistas sobre Venezuela, había hecho «correr la especie de que se preparaba una invasión a la República Dominicana procedente de Venezuela, con barcos venezolanos camuflados y con tripulaciones venezolanas y de dominicanos exiliados junto con fuerzas reclutadas entre los *bonches* cubanos». Y tanto se había empeñado en justificar dicho rumor, que ordenó el acuartelamiento y luego la concentración de fuerzas militares en las inmediaciones de Santo Domingo.³³

A la luz de la información disponible en la actualidad, parece ser que el espionaje trujillista andaba un poco despistado y el dictador exageró intencionalmente el peligro de invasión armada, quizá con el propósito señalado por Almoina o con el de galvanizar el apoyo interno y exterior a su régimen. Algo confundido estaba también el Gobierno norteamericano, en cuyos documentos desclasificados no aparecen elementos relativos a planes de invasión en 1946.

Mientras tanto, Juan Rodríguez, convencido del fracaso del plan revolucionario coordinado con Betancourt, realizaba un periplo para entrevistarse con los más conspicuos terratenientes y ganaderos

³³ S. E. Morales Pérez, *Almoina*, p. 307. Las contradicciones de Almoina son explicables, según se puede apreciar en la referida obra. Militante socialista y exdiplomático de la República española en Francia, llegó a Santo Domingo a fines de 1939 entre los miles de compatriotas acogidos por Trujillo en calidad de refugiados. En 1940 ejerció como profesor en la Escuela Diplomática y Consular; en 1942 fue designado tutor de Ramfis, el hijo predilecto de Trujillo, y a finales de 1945 devino secretario personal del dictador. En 1947, alegando razones de salud, salió del país y se asentó en México, donde escribió el «Informe Confidencial» que hizo llegar a algunos de los gobiernos amenazados por «El Jefe». Este fue el origen de su libro *Una satrapía en el Caribe: historia puntual de la malavida del déspota Rafael Leónidas Trujillo* (Guatemala, 1949), publicado con el seudónimo de Gregorio R. Bustamante. Descubierta su autoría del «Informe» y bajo sospecha de ser el autor del libro, temeroso por la vida de su familia y la suya propia, Almoina accedió a un «ruego» de la esposa del dictador y publicó el apologético *Yo fui secretario de Trujillo* (Buenos Aires, 1950). Pero ni siquiera esto le salvó la vida: el 4 de mayo de 1960, Almoina cayó abatido a balazos por dos sicarios de Trujillo de origen cubano (un expolicia y un exsoldado de Batista) en una calle de Ciudad México y falleció al día siguiente.

de la República Dominicana, a fin de vertebrar una organización clandestina de alcance nacional. Estos influyentes hombres se sumaron al proyecto y acordaron que Rodríguez marchara al extranjero para encabezar un movimiento armado contra Trujillo, que sería respaldado a su arribo al territorio quisqueyano por la citada organización. Rodríguez trasladó una parte de su fortuna hacia bancos en los Estados Unidos y Puerto Rico, y aprovechando un supuesto viaje de recreo con su familia a esta isla, «se quedó y le mandó a decir a ‘su mano Trujo’ —así le decían sus íntimos a Trujillo antes de invadir los yanquis a Santo Domingo— que se lo cogiera todo [sus propiedades] que él volvería para recuperarlo a su tiempo».³⁴

Juan Bosch ignoraba estas gestiones de Rodríguez, que conocería tardíamente, ya en Cayo Confites, por boca del propio hacendado. Esta revelación le haría reflexionar sobre las limitaciones de la insurrección que se preparaba y las razones que impedirían su éxito:

Frente a un movimiento dirigido por terratenientes ganaderos, Trujillo representaba un avance, porque [...] era el hombre que había implantado aquí [en la República Dominicana] el capitalismo industrial [...] Nosotros no éramos marxistas ni conocíamos a Marx, de manera que en lo que pensábamos [...] no había influencia marxista; pero entendíamos que la historia no da marcha atrás y que por esa razón no podía triunfar un movimiento organizado por terratenientes y ganaderos contra una sociedad industrial y con cierto desarrollo financiero, sin embargo no le dijimos a nadie lo que pensábamos porque ya estábamos montados sobre el caballo de Cayo Confites y éramos en realidad un poder militar por el número de hombres que había allí y además por las armas que teníamos [...] Nosotros pensábamos que desde que pisáramos tierras dominicanas debíamos organizarnos dentro del país de tal manera que el triunfo de la revolución no fuera el de los ganaderos y terratenientes para lo cual debíamos llevar a posiciones de mando a gente nuestra de tal manera que

³⁴ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 23.

el poder militar y el poder político que acabara imponiéndose no obedeciera a los intereses de los grandes propietarios.³⁵

Así pensaría Bosch en el verano de 1947, después de conocer el trabajo realizado por Juan Rodríguez. Pero cuando el hacendado llegó a La Habana unos meses antes, las ansias libertarias del afamado escritor y de los demás exiliados dominicanos cobraron nuevos bríos. Ello se debía no solo al entusiasmo y la vitalidad que exhibía Rodríguez a sus sesenta años, sino también a que traía consigo algo que siempre había faltado a la oposición quisqueyana para llevar adelante sus planes: dinero. Y en cantidad nada despreciable —medio millón de pesos, según la mayoría de las fuentes; 400,000 o 600,000, al decir de otras; 300,000, de acuerdo con el propio Rodríguez—,³⁶ procedente de la porción de su fortuna que había logrado sacar de la República Dominicana. Si a ello se añade la organización que dejó formada antes de salir hacia el exilio, se comprenderá mejor por qué Juan Rodríguez constituyó un factor clave para fraguar la unidad de la oposición antitrujillista y devino autoridad principal de la futura expedición.

Inquieto por las actividades de los exiliados dominicanos y a tono con los débiles aires democráticos que aún soplaban en la América Latina, a pesar de los avances de la Guerra Fría, Trujillo extendió una «cordial invitación» a sus opositores políticos para que, amparados por las garantías que otorgaban «la Constitución y otras leyes adjetivas», se reintegraran a la patria. Un comunicado oficial de la Legación de la República Dominicana en Cuba, fechado el 10 de junio de 1946, reiteró a los interesados la «formal invitación» del Gobierno para que todos los nacionales que se encontraban en el extranjero —sin distinción de sus ideologías políticas— y quisieran regresar al país, lo hicieran bajo las «más completas garantías oficiales» y se dedicaran, en el marco de la Constitución y las leyes vigentes, a «actividades políticas si así lo desearan».³⁷

³⁵ «Cayo Confites y la lucha contra Trujillo», en *Política: Teoría y Acción*, pp. 19-20.

³⁶ *Prensa Libre*, año VII, no. 1930, domingo 5 de octubre de 1947, p. 2, col. 4.

³⁷ *Libro Blanco*, p. 63.

Pero esta invitación del *Benefactor*, como presintieron algunos líderes del exilio que la vieron con recelo, no era más que una finta. Tras un brevísimo período de legalidad, los órganos represivos de la dictadura arremetieron contra aquellas fuerzas de la oposición que habían caído en la trampa, en especial el recién constituido Partido Socialista Popular (comunista) cuyo primer acto público tuvo lugar en septiembre de 1946 y ya en octubre era fuertemente reprimido.

Los revolucionarios dominicanos se acabaron de convencer de que las vías legales estaban agotadas y se propusieron derribar al tirano por medios violentos. Pero existían criterios dispares en cuanto a la forma: unos abogaban por comenzar la lucha en el territorio nacional; otros confiaban en los movimientos provenientes del exterior. A los primeros se les objetaba la fuerza de la policía política y el ejército trujillistas para descubrir la conspiración y destruirla; a los segundos, que ningún intento anterior había tenido éxito. Sin embargo, el proyecto revolucionario en marcha parecía conciliar ambos puntos de vista, pues contaría con una expedición armada procedente del extranjero y con una organización clandestina en el país, armónicamente acopladas. Era presumible, por tanto, que tuviera un alto poder de convocatoria y unificación.

Así ocurrió, y durante los primeros meses de 1947 los líderes antitrujillistas intensificaron sus negociaciones en torno al plan encabezado por Juan Rodríguez. Poco a poco, trabajosamente, debido a las contradicciones existentes entre las diversas personalidades y organizaciones, fueron limando asperezas y acercándose a un consenso. Las circunstancias los obligaban, además, a mantener el mayor sigilo para no caer bajo la mirada del espionaje trujillista, el cual —aunque seguiría jactándose de conocer al dedillo los movimientos del exilio— continuó bastante desorientado durante todo el primer semestre de 1947.

Desorientado, sí; pero no pasivo. Esto último lo resaltó la revista *Bohemia* en marzo de 1947, a raíz del estallido de una bomba en la oficina consular de la República Dominicana en La Habana, donde residía el cónsul José Eugenio Villanueva, quien realizaba

una amplia labor de espionaje sobre los revolucionarios dominicanos radicados en Cuba. La esposa de Villanueva acusó del atentado a los exiliados de su país, pero los líderes quisqueyanos Juan Isidro Jimenes-Grullón y Romano Pérez Cabral lo condenaron y expresaron que la oposición democrática de Santo Domingo repudiaba las acciones terroristas aisladas, «carentes de fecundidad política». Según *Bohemia*, ambos tenían la presunción de que la bomba había sido colocada por elementos adictos a Trujillo para obstaculizar las actividades revolucionarias dominicanas, entre ellas «los preparativos insurreccionales que realizaba la oposición dentro y fuera de la isla». *Bohemia* aprovechó la oportunidad para denunciar que Trujillo, sumido en la desesperación, conspiraba contra el gobierno de Grau San Martín utilizando los oficios de Arsenio Ortiz, el exChacal de Oriente, y contra el régimen de Rómulo Betancourt, en complicidad con el expresidente venezolano Eleazar López Contreras.³⁸

La desorientación del espionaje de Trujillo era compartida por el sistema de Inteligencia y ciertas autoridades de los Estados Unidos. Estos, al parecer, no evaluaron adecuadamente las informaciones provenientes de La Habana, Caracas y Puerto Príncipe acerca de comentarios de líderes dominicanos respecto a un plan de invasión y la posesión de considerable cantidad de armas por parte de los revolucionarios o sus gestiones para adquirirlas. Todo indica, incluso, que el Gobierno menospreció o desechó una evidencia aportada por el Buró Federal de Investigaciones (FBI), en marzo de 1947, de que exiliados dominicanos estaban comprando armas en Nueva York con vistas a una revolución, y que no se investigó a fondo una información, de abril del propio año, según la cual dos aviones habían volado desde territorio norteamericano hacia Cuba para ser utilizados por los revolucionarios.

Ante la inminencia de las elecciones presidenciales en la República Dominicana, Trujillo reclamó la ayuda de los Estados Unidos a fin de paliar el aislamiento político en que se encontraba y la actitud crítica que le manifestaban varios jefes de misiones

³⁸ Enrique de la Osa, *En Cuba: primer tiempo, 1947-1948*, p. 45.

diplomáticas acreditados en Santo Domingo. El encargado de la misión fue el canciller Arturo Despradel, quien se entrevistó al efecto con el embajador norteamericano George H. Butler el 6 de mayo de 1947.

En telegrama al Departamento de Estado, Butler informó que Despradel le había suplicado que lo ayudara para lograr una actitud más amistosa y cooperativa del cuerpo diplomático. El embajador, que no simpatizaba con el régimen de Trujillo, le respondió que su sede diplomática había cooperado en casos donde tal acción era de mutua ventaja para los dos pueblos y gobiernos, pero le reiteró la política de «absoluta no-intervención —ni oposición ni apoyo a la administración de Trujillo— en los asuntos políticos dominicanos». Y agregó que estaba haciendo un gran esfuerzo de conciencia para ser objetivo y justo, pero se veía forzado a concluir que las instituciones y prácticas democráticas, tal como se concebían en los Estados Unidos, no existían en la República Dominicana. Despradel alegó que la cooperación era esencial para combatir el comunismo, pero Butler le aseguró que toda oposición «no era necesariamente comunista» e insistió en la necesidad de luchar «por la democracia real».³⁹

Es posible que la antipatía hacia el déspota dominicano y su régimen haya llevado a Butler a ser más áspero de la cuenta con Despradel. Pero no cabe duda de que las relaciones entre los dos países atravesaban por un período de tensión a causa de la injerencia de Trujillo en los asuntos internos de varias naciones del continente⁴⁰ y de la excesiva represión doméstica. Todo esto,

³⁹ *FRUS*, 1947, volume VIII, The American Republics, United States Government Printing Office, Washington, 1972, pp. 633-634.

⁴⁰ En su citado «Informe Confidencial», J. Almoina Mateos reseñó las acciones intervencionistas emprendidas o planeadas por Trujillo en el continente. En unos casos se trataba de naciones de «impacto directo», las cuales eran objeto de intervención violenta *manu militari* o estaban amenazadas de serlo; en otros, de naciones «sin objeto beligerante», donde la intervención era indirecta y se proponía preparar el ambiente para la consecución de los objetivos directos. Sobre las primeras (Cuba, Venezuela, Guatemala, Haití), las acciones se dirigían a crear dificultades y establecer metódicamente *quintas columnas* (en el caso de Cuba, el plan subversivo incluía un golpe de Estado militar, el encarcelamiento de Grau San Martín y sus familiares, y la designación de un gobierno servil a Trujillo). Sobre las segundas (los Estados Unidos, México,

naturalmente, creaba situaciones incómodas al Gobierno de los Estados Unidos e irritaba a sus funcionarios, en especial a aquellos como Butler que creían de verdad en la democracia burguesa al estilo yanqui y repudiaban los regímenes dictatoriales.

Poco después de esta entrevista, el 10 de mayo de 1947, Rafael Leónidas Trujillo, candidato del Partido Dominicano, se hizo elegir presidente de la República Dominicana por cuarta ocasión, en una farsa electoral en la que fue acompañado por los «aspirantes» de dos formaciones políticas ficticias: el Partido Laborista y el Partido Nacional.

El 15 de mayo siguiente, un personaje muy cercano al dictador, Manuel de Moya Alonzo, supervisor de Agricultura, Bosques y Colonización del Gobierno dominicano, declaró en Ciudad México que un «ataque armado» podía esperarse desde Cuba. Al mismo tiempo, Trujillo hacía publicar en Santo Domingo la fotocopia de una supuesta carta, de fecha anterior a los comicios, en la cual el secretario general del Partido Comunista de México, Dionisio Encina, afirmaba que el pueblo dominicano no podía seguir viviendo bajo las manos de un dictador, que un movimiento revolucionario de los obreros dominicanos podía prosperar, y que un gran cargamento de armas y municiones se enviaría a la República Dominicana el 3 de mayo, y sería ocultado en la costa sur de la República, cerca de Azua, localidad que tenía excelente comunicación con Ciudad Trujillo. Aunque Encina declaró inmediatamente que la misiva había sido falsificada, la publicación de la noticia puso de nuevo sobre el tapete el asunto de una posible invasión desde el exterior.⁴¹

Y también dejó en evidencia la aprensión del régimen, que invadía incluso a su máximo jerarca. En ese sentido, el semanario *Time* publicó por esos días una semblanza nada amable del *Benefactor*:

Hoy Trujillo quisiera ser un caballero benigno, amado de todos, pero el tiempo le ha contagiado el mismo temor que ha

Colombia), la red era más sutil y enlazaba sus mallas «por el soborno personal, la subvención periódica a determinadas empresas, el regalo, la dádiva, la adquisición de posiciones económicas, la compra de periódicos, la fundación de semanarios y revistas, el cohecho, etc.» (En S. E. Morales Pérez, *Almoína*, pp. 301-302).

⁴¹ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 177, domingo 27 de julio de 1947, p. 32, cols. 7-8.

difundido. Lleva un chaleco blindado, tiene su propio catador de comida y solo come en su propia casa. Llega a los banquetes diplomáticos después que ha terminado la comida, llevando su propio coñac Carlos I (tres botellas) cuyos corchos deben quitarse ante sus ojos, y del cual toma después que han tomado otros.⁴²

La valentía de Chapitas, tan celebrada por sus adulones, quedó en entredicho. Y no por boca de sus detractores o enemigos políticos, sino de un ilustre órgano de la *gran prensa* norteamericana.

El temor de Trujillo lo llevó a involucrarse aún más en la conspiración contra el Gobierno de Venezuela. Así, el 19 de junio, el embajador norteamericano en Santo Domingo, George H. Butler, al referirse a un informe de la Marina de los Estados Unidos sobre declaraciones del general Eleazar López Contreras que implicaban claramente a Trujillo y a su gobierno en planes para un ataque armado contra el Gobierno de Betancourt, informó al Departamento de Estado que el canciller dominicano le había asegurado que eso no era cierto.

Aunque consideró dudoso que López Contreras estuviera en la República Dominicana preparando dichos planes, Butler opinó que el Gobierno dominicano «estaba creando una gran cortina de humo con acusaciones de que había conspiraciones, incitadas desde el exterior, para derrocar al Gobierno de Trujillo, cuyos supuestos preparativos incluían actividades en los Estados Unidos, Puerto Rico, Canadá, Cuba, Haití, México, las Antillas Holandesas y Venezuela».⁴³

En la misma línea, pero con un enfoque más ingenuo, el embajador norteamericano en Cuba, R. Henry Norweb, aseguraría meses después que hasta la primera mitad de julio de 1947, la «mayoría de la gente» parecía haber olvidado la invasión contra Trujillo debido al interés en una amenaza «diversionista» de invasión dominicana a Venezuela, cuyos indicios —incluida la posible adquisición ilegal por el dictador de aviones de guerra norteamericanos— el Departamento de Estado seguía al menos desde febrero del propio

⁴² «Bello asesino», p. 74.

⁴³ *FRUS*, 1947, p. 639.

año. Según Norweb, los rumores de crecientes preparativos en Santo Domingo para una invasión armada contra el gobierno de Rómulo Betancourt dominaban hasta tal punto el pensamiento acerca del teatro de operaciones caribeño, que «los primeros informes procedentes de Cuba sobre una inminente invasión de la República Dominicana fueron descartados o vistos como una posible cortina de humo para cubrir el asunto venezolano».

Pero esto ocurriría más tarde. De momento, el 8 de julio de 1947 tenía lugar en Washington una importante reunión destinada a emparentarse con la expedición antitrujillista. Ese día el nuevo embajador dominicano, Julio Ortega Frier, connotado exponente de la *élite* intelectual sumisa a Chapitas, realizó una visita al secretario de Estado norteamericano George Marshall. Y lo primero que hizo fue entregarle una invitación para que los Estados Unidos acreditaran a un representante especial en la toma de posesión presidencial de Trujillo, fijada para el 16 de agosto.

Acto seguido, remitiéndose a instrucciones del dictador, el embajador expresó la esperanza de que el Gobierno norteamericano diera marcha atrás a la política de no suministrar armas a la República Dominicana establecida en diciembre de 1945, e indicó que su Gobierno se había molestado particularmente por las razones aducidas para esa decisión. Añadió que aunque su país había obtenido ciertas armas durante los últimos dieciocho meses de otras fuentes y tenía ahora una oferta de la Gran Bretaña para proporcionarle municiones, Trujillo prefería satisfacer sus requerimientos en los Estados Unidos. Por consiguiente, a nombre del Gobierno dominicano, reiteró la esperanza de que muy pronto se le permitiera hacer las compras en el mercado yanqui.

Invocando también instrucciones de Trujillo, Ortega Frier manifestó que su Gobierno estaba deseoso de colaborar con el norteamericano para el éxito de la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente—convocada para el 15 de agosto de 1947, en Rio de Janeiro, Brasil—, a la cual atribuía gran importancia. Aseguró que, a pesar de los rumores existentes, el Gobierno dominicano no había propuesto a la Conferencia emitir declaración crítica alguna

sobre ningún otro país americano, y precisó que se refería a Venezuela.

Marshall, evidentemente tomado por sorpresa, decidió ganar tiempo. Le respondió al embajador que no había tenido oportunidad de considerar antes de su visita los primeros dos puntos planteados por él, pero que pronto lo haría y entonces fijaría la posición del Departamento de Estado. Y con respecto a la toma de posesión presidencial, le adelantó que la práctica reciente de los Estados Unidos era la de acreditar a su embajador residente como representante del Gobierno.⁴⁴

La astuta jugada de Trujillo ponía al Gobierno norteamericano en una embarazosa disyuntiva: le vendía las armas o mantenía su política restrictiva. La primera opción estimulaba la injerencia desestabilizadora del *Generalísimo* en otras naciones de Latinoamérica —no siempre en consonancia con los intereses de Washington— y la represión interna en su país; la segunda, lo incitaba a comprar armas en otros mercados y reducía la influencia yanqui en los asuntos dominicanos. A cambio de lograr sus propósitos, Trujillo le ofrecía plena colaboración en la Conferencia de Río de Janeiro, cónclave que revestía un enorme interés para la política exterior de los Estados Unidos. Por estas razones, el Gobierno de Washington tardaría casi un mes en tomar una decisión.

Mientras tanto, en Cuba, la ingente actividad de Juan Rodríguez y su aportación financiera propiciaban que el movimiento antitrujillista diera trascendentes pasos de avance en el orden político y organizativo. Así, en junio de 1947, los principales líderes de la oposición dominicana acordaron preparar una expedición armada y despacharla hacia Santo Domingo lo más pronto posible, con el objetivo de derrocar a Trujillo antes de su cuarta toma de posesión presidencial. Del mismo modo, en los primeros días de julio aprobaron e imprimieron los programas y la propaganda que sería lanzada desde el aire, y dieron la orden de reclutamiento. En su quehacer conspirativo, los exiliados quisqueyanos contaron con la anuencia del gobierno de Grau San Martín y el apoyo de algunas

⁴⁴ FRUS, 1947, pp. 642-643.

organizaciones y personalidades de la Isla con las que sostenían estrechas relaciones.

En este proyecto expedicionario-insurreccional, que pasaría a la historia como «La expedición de Cayo Confites», confluirían nuevamente los anhelos libertarios y la solidaridad de cubanos y dominicanos. Pero junto a tan nobles propósitos, también estarían presentes intereses espurios e inconfesables.

LA ORGANIZACIÓN

*Todo aquello estuvo muy mal organizado [...]
Fue una de las cosas peor organizadas
que he visto en mi vida.*

FIDEL CASTRO

Desde el punto de vista organizativo, el consenso de la oposición dominicana cristalizó el 13 de julio de 1947 con la elección de un Comité Central Revolucionario (CCR) como autoridad suprema de la revolución. Presidido por el licenciado Ángel Morales —un exdiplomático de cincuenta y tres años que había sido vicepresidente de la Liga de las Naciones (antecesora de la ONU), secretario de Relaciones Exteriores y embajador de Santo Domingo en Washington, y vivía en el exilio desde el ascenso de Trujillo al poder en 1930—, el CCR estaba compuesto, además, por otros cuatro miembros: Juan Rodríguez, designado comandante en jefe del Ejército Libertador; los doctores Juan Isidro Jimenes-Grullón y Leovigildo Cuello, así como el escritor Juan Bosch.

Según la Embajada de los Estados Unidos en La Habana, los elegidos asumieron el compromiso de llevar a cabo una revolución armada en la República Dominicana, cuyo propósito inmediato sería la derrota de la tiranía y la instauración de un gobierno revolucionario que organizara la vida del pueblo «sobre la base de la libertad política y económica y la justicia social», y colaborara «en la lucha por el establecimiento de la democracia en todos los países de América».

El 15 de julio fueron adoptados los estatutos del CCR, y dos días después sus miembros firmaron el Programa Mínimo y los Estatutos

Constitucionales del futuro gobierno revolucionario. Aunque no se conservan —que sepamos— ejemplares de estos documentos, es presumible que los Estatutos Constitucionales se inspiraran en la «Ley Constitucional: proyecto de Constitución del Gobierno Revolucionario de la República Dominicana», suscrita por el Frente Unido de Liberación Dominicana (FULD) y el Frente Nacional de Liberación (FNL) el 7 de febrero de 1946, en San Juan, Puerto Rico, y conocida posteriormente como Constitución de Cayo Confites, una legislación progresista destinada a acabar con todo vestigio del trujillismo y a encaminar el país hacia la democracia representativa.¹

El CCR estableció su cuartel general en el Hotel San Luis (calle Padre Varela —Belascoaín— no. 73, próximo al Malecón habanero), propiedad de Cruz Alonso Rodríguez, un comerciante cubano que cooperaba desde hacía años con la causa antitrujillista y había brindado alojamiento a muchos revolucionarios dominicanos. El CCR utilizó también con fines conspirativos varias habitaciones del Hotel Sevilla Biltmore (Paseo de Martí no. 255, cerca del Parque Central), donde instaló oficinas y se hospedaron algunos jefes de la expedición, así como los pilotos norteamericanos que participarían en ella.

Para alcanzar sus objetivos, el CCR desplegó una intensa labor con tres fines principales: 1) Obtener los medios de transporte, equipos, armas y otros pertrechos necesarios a la empresa; 2) Reclutar y organizar a las tropas que formarían el ejército libertador, y 3) Concentrar y entrenar a los futuros expedicionarios, para lo cual precisaba de instalaciones y logística. A pesar de consagrarse a estas tareas, el CCR requirió el auxilio de los gobiernos solidarios del continente, especialmente el de Cuba, desde cuyo territorio partiría la expedición.

Por esta razón, representantes del CCR sostuvieron varias entrevistas con Ramón Grau San Martín en las que le informaron la situación del movimiento, le expusieron sus necesidades y le solicitaron ayuda. El presidente cubano accedió y encargó de la operación al ministro de Educación José Manuel Alemán, hombre de su entera

¹ José Antinoe Fiallo Billini, *Constitución de Cayo Confites*, en EcoHispano.com, 3 de marzo de 2007.

confianza y de su más cercana intimidad; al mismo tiempo, designó a Jorge Felipe Agostini, capitán de la Marina de Guerra y jefe de la Policía Secreta del Palacio Presidencial, como su enlace directo con los revolucionarios. Alemán convino con los líderes dominicanos los detalles del plan expedicionario y, a su vez, nombró a Manuel Castro del Campo, *Manolo*, director de Deportes y Educación Física, como su agente de enlace con el CCR.

En el ínterin, Grau conferenció con el jefe militar de la expedición, el ahora general Juan Rodríguez, quien le brindó información adicional sobre el proyecto. Según el expedicionario Francisco Alberto Henríquez, *Chito*, Rodríguez le contó cómo en la propia entrevista con Grau salieron a relucir los problemas de la política cubana:

Cuando se le dieron a Grau detalles sobre la composición de la expedición, él se dio cuenta de la desproporción que había entre cubanos y dominicanos y dijo que eso había que perfeccionarlo. El año siguiente iba a haber elecciones en Cuba y Grau San Martín pensaba que su sucesor debía ser José Manuel Alemán [...] Lo que pretendía Grau era que [...] Alemán se beneficiara de los frutos políticos que podía dejar en Cuba el movimiento de Cayo Confites. Don Juan Rodríguez se dio cuenta de eso y cuando salían del Palacio Presidencial de La Habana le dijo a Alemán, según me lo contó el propio don Juan: «Quiera Dios que los cuerdos no dañen una cosa que tienen que hacer los locos».²

Acorde con la estrategia diseñada por los máximos responsables cubanos y dominicanos, Manolo Castro formó una plana mayor integrada por conocidos miembros del Movimiento Socialista Revolucionario (MSR), *grupo de acción*³ afín al gobierno auténtico del cual Manolo había sido fundador junto a Roberto Pérez, Eduardo Corona, Julio Salabarría y Rolando Masferrer Rojas.

² Testimonio de Francisco Alberto Henríquez Vásquez, *Chito*, en *Política: Teoría y Acción*, p. 9.

³ Los *grupos de acción* eran bandas de gánsteres y pistoleros, estimuladas o toleradas por el Gobierno.

Este último era un abogado de veintiocho años, renegado del Partido Comunista y había participado en la guerra civil española, donde se le apodó El Cojo a causa de heridas que le estropearon una pierna. En la plana mayor se hallaban el propio Masferrer, Eufemio Fernández Ortega, Armentino Fera, José Casas, Feliciano Maderne, Daniel Martín Labrandero y Carlos Gutiérrez Menoyo, todos con experiencia militar o insurreccional en la mencionada contienda española o en las luchas contra Machado en Cuba.⁴

La ambigüedad ideológica del MSR había quedado al desnudo en su presentación formal ante la opinión pública el 6 de abril de 1947 —en presencia, entre otros, de Juan Bosch y dirigentes auténticos de segunda línea—, cuando sus principales cabecillas lo definieron como una tercera fuerza entre el Partido Socialista Popular (PSP), «sometido incondicional a la política exterior de una potencia extranjera», y el PRC (A), «monstruo sin cabeza nutrido de incapacidad y contradicciones»; proclamaron su repudio al «imperialismo ruso» y al «yanqui-británico»; llamaron al exterminio de los regímenes de Franco y Trujillo; expresaron su voluntad de unificar a los *grupos de acción* entonces dispersos como Acción Revolucionaria Guiteras (ARG), a los excomunistas y excombatientes de la guerra civil española, y apelaron a la «acción directa» en lugar de los meros adoctrinamientos y sermones morales. Su neta vocación terrorista y su predilección por el atentado personal fueron expuestas sin ambages, aunque envueltas en una retórica política, en el apotegma que lanzó Rolando Masferrer en la propia ceremonia inaugural: «Un hombre audaz vale por dos. Vale por tres el que hace blanco a 25 pasos con una pistola 45. Pero valdría por diez si a más de esto resulta un buen asambleísta y siente afecto por la literatura política».⁵

El MSR y Masferrer no eran aún lo que serían, pero su derrotero ya estaba esbozado. Y Manolo Castro no pudo contener su regocijo al declarar, a la salida del acto, que por primera vez en Cuba los revolucionarios estaban haciendo lo que desde hacía tiempo debía hacerse: unir a los diferentes *grupos de acción*

⁴ José Duarte Oropesa, *Historiología cubana*, t. III, p. 60.

⁵ «M.S.R.», en *Bohemia*, año 39, no. 15, 13 de abril de 1947, p. 37.

alrededor de lo que llamó un programa definido y concreto de liberación nacional.

La contribución de los principales factores involucrados en la empresa expedicionaria sería estimada por la revista *Bohemia* como sigue:

1. Juan Rodríguez: tres buques, fusiles, ametralladoras de mano, granadas, fusiles automáticos en cantidades suficientes y su fortuna personal.
2. Juan Bosch: varios aviones —tres de ellos de combate y otros de transporte—, una estación de radio, una camioneta y un barco de vela y motor.
3. El MSR: oficiales, hombres, técnicos de todo tipo, lugares de entrenamiento, así como fondos para el mantenimiento de las tropas y medios de transporte, todo ello con un soporte financiero del Gobierno cubano ascendente a medio millón de pesos.
4. Un grupo de dominicanos: cerca de 300 fusiles que mantenían guardados desde hacía tiempo.
5. Las agrupaciones de exiliados en Venezuela y los Estados Unidos: los pasajes para los dominicanos y extranjeros —oficiales, combatientes, técnicos, médicos y telegrafistas— que se trasladarían a Cuba para enrolarse en la expedición, más el dinero adicional que pudieron recolectar.

Las cifras anteriores no incluían las armas personales aportadas por los futuros expedicionarios: cientos de pistolas, revólveres, docenas de ametralladoras de mano, no menos de cincuenta rifles automáticos y hasta un saco de granadas de mano tipo piña.⁶ En esta contribución se destacaron los exiliados dominicanos radicados en Santiago de Cuba, los cuales llevaron numerosos fusiles, machetes y hasta alguna metralleta que habían conservado desde la caída de Machado, aunque muchas de estas armas eran inservibles y otras sirvieron solo para entrenamiento.⁷

⁶ «Cayo Confites», en *Bohemia*, año 39, no. 51, 21 de diciembre de 1947, p. 112.

⁷ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 14.

El estimado de *Bohemia* sobredimensionó la aportación de Juan Bosch, quien, a tenor de sus propias declaraciones, consiguió el ya referido avión DC-3, un AT-3 de entrenamiento y un *Cessna* de dos motores; todos ellos adquiridos, probablemente, con los fondos suministrados por el presidente haitiano Ellie Lescot y alguna suma aportada por el PRD, puesto que los 3,000 dólares que Bosch había recaudado dictando conferencias en Venezuela se destinaron a sufragar sus viajes y los de otros dirigentes del movimiento.⁸ Por otra parte, *Bohemia* subestimó el aporte de Juan Rodríguez —decisivo para la adquisición de buques, aviones y armas—, así como el del Gobierno cubano —logística y armas, en lo fundamental— que diversas fuentes calcularon entre medio millón y un millón y medio de dólares.

Una guerra relámpago

Según el expedicionario dominicano Horacio Julio Ornes, el plan original del movimiento insurreccional nunca contempló establecer un campamento en Cayo Confites, ni en ninguna parte, sino simplemente el arribo de un barco con las armas adquiridas a territorio cubano y el embarque de todos los dominicanos que quisieran incorporarse a la expedición. «El plan [puntualizó Ornes] era muy primitivo, muy apegado a la tradición expedicionaria que teníamos los dominicanos para luchar contra la tiranía. Pero las cosas se complicaron a medida que el esfuerzo cubano se iba haciendo más patente [y] los dominicanos comenzaron a perder el control de aquel movimiento [...]».⁹

Sea como fuere, lo cierto es que dominicanos y cubanos se enfrascaron en un complejo plan militar cuya materialización exigiría mucho más que un barco, armas y hombres, tropezaría con numerosos obstáculos y sufriría significativas modificaciones durante la marcha. Es una gran verdad también que la preponderancia de los cubanos no solo haría perder a los dominicanos

⁸ Testimonio de J. Bosch, en *Política: Teoría y Acción*, pp. 16 y 18.

⁹ Testimonio de Horacio Julio Ornes, en *Política: Teoría y Acción*, p. 13.

el control del movimiento y el dominio de la situación, sino que le conferiría un talante muy peculiar al proyecto mismo. Ello se debió, en esencia, a que a mediados de 1947 el gobierno de Grau San Martín distaba mucho de aquel con que había inaugurado su mandato presidencial el 10 de octubre de 1944.

En efecto, los preparativos de la expedición antitrujillista coincidieron con la fase crucial del proceso de descomposición que transformó el carácter honrado, nacionalista y progresista del gabinete de Grau en sus albores, en el corrupto, entreguista y reaccionario gobierno que caracterizaría finalmente al autenticismo en el poder. Este giro retrógrado estuvo marcado por algunos sucesos de particular relevancia, como los monumentales e impunes robos, malversaciones y negocios fraudulentos; el auge de la bolsa negra, la especulación y la *botella*; la proliferación de los *grupos de acción*, con su macabra estela de muerte, sangre y dolor; la política divisionista del movimiento sindical y la usurpación de su liderazgo mediante procedimientos tramposos y violentos; la campaña por la reelección presidencial —contraria a la Constitución— llevada a cabo por algunos de los más fieles colaboradores de Grau e incentivada por el propio presidente; la subordinación de la política exterior cubana a los dictados del Gobierno de los Estados Unidos, y, en fin, el más absoluto desdén por todo lo que significara orden y circunspección en el manejo de los asuntos públicos, para dejar campo libre al imperio del relajamiento y el desenfreno en la conducción del Estado y la sociedad.

La carrera regresiva del autenticismo llegó a provocar un cisma en el seno del PRC (A) con la salida de los llamados ortodoxos liderados por el carismático senador Eduardo Chibás Rivas y la formación oficial, en julio de 1947, del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), hacia el cual fluyeron los más honestos y progresistas dirigentes auténticos y una gran cantidad de militantes. Esta decantación natural hizo más evidente la decadencia moral del Gobierno y la prominencia de sus personeros más corruptos, uno de los cuales —acaso el más destacado— era José Manuel Alemán, el hombre a quien Grau San Martín había confiado la organización de la expedición antitrujillista.

Nacido en 1903, José Manuel Alemán Casharo, *El Bicho*, hizo carrera a la sombra de su padre, José Braulio Alemán, un general mambí que fue secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes en el gobierno de Machado. En esa dependencia José Manuel Alemán llegó a ser jefe de Cuentas y Presupuestos, cargo que lo convertiría después en la eminencia gris del ministro de Educación de Batista, Anselmo Alliegro, gracias a su habilidad para la comisión de fraudes, malversaciones y robos a cuenta del inciso K de la Ley de Ampliación Tributaria de 1943. Bajo la presidencia de Grau, Alemán se las ingenió para devenir favorito del Palacio y en particular de la Primera Dama, Paulina Alsina de Grau, hasta tal punto que en mayo de 1946 fue designado ministro de Educación, posición desde la que continuó el saqueo del tesoro nacional y creó pandillas de bandoleros a su servicio. En abril de 1947, Alemán y Francisco Grau Alsina, *Pancho*, sobrino del presidente y subsecretario de Agricultura, fundaron el BAGA (Bloque Alemán-Grau Alsina), un verdadero poder dentro del poder que tenía como finalidad dominar la maquinaria del PRC (A) para ponerla al servicio de Grau San Martín en pos de las elecciones generales de 1948, además de asegurar a Alemán y Grau Alsina la nominación como candidatos a senadores. Pero esta fue una fachada detrás de la cual se escondía la ambición política de Alemán, cuya candidatura a la presidencia de la República ya se había lanzado públicamente. De las nutridas arcas del tesoro nacional manipuladas por Alemán, uno de los ladrones más grandes de la historia de Cuba, saldría el aporte financiero cubano a la expedición de Cayo Confites.

Bajo el mando de Alemán se hallaba Manuel Castro del Campo, *Manolo*, presidente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) hasta el 4 de abril de 1947, cuando Grau San Martín, como parte de la creciente derechización de su gobierno, lo designó director de Deportes y Educación Física en sustitución del íntegro revolucionario Luis Orlando Rodríguez. Aunque gozaba aún de cierta aureola revolucionaria, Manolo Castro era en realidad un pistolero de rango en el sórdido mundo de los *grupos de acción*. Se le consideraba implicado en al menos cuatro crímenes —los del profesor universitario Raúl Fernández Fiallo y los estudiantes Hugo Dupotey, Mario Sáenz

de Burohaga y Andrés Noroña—, pero no había sido enjuiciado por ninguno. Combatiente antimachadista desde su época de estudiante de bachillerato, Castro había desplegado una activa vida política en la Universidad de La Habana, donde ingresó en 1929 como estudiante de Ingeniería y nunca concluyó la carrera, a pesar de que al abandonar el centro docente contaba con treinta y seis años de edad. Había militado en la Legión Revolucionaria de Cuba y ahora lo hacía en el MSR. Era un político profesional cuyos tempranos ímpetus revolucionarios se habían transmutado por completo: de escenario de lucha, la Universidad se había convertido en instrumento de poder y fuente de prebendas. De ahí que, como tantos otros, no vacilara en recurrir a la violencia y al crimen. Su influencia en los predios universitarios y en los *grupos de acción* puestos al servicio del gobierno auténtico, le había servido de catapulta para saltar a la Dirección de Deportes y Educación Física.

En las nada pulcras manos de José Manuel Alemán y Manolo Castro puso Grau San Martín el ambicioso plan revolucionario dominicano. Plan que, desde el punto de vista militar, descansaba en dos pilares fundamentales: la superioridad sobre el enemigo, particularmente en lo tocante a la fuerza aérea, y el factor sorpresa. La ausencia o el debilitamiento de cualquiera de ellos, reduciría de forma notable sus posibilidades de éxito.

Para Feliciano Maderne, conspirador experimentado y militar de carrera, que en agosto de 1931 había sido jefe de Operaciones de la antimachadista expedición de Gibara y ahora era uno de los autores del plan contra Trujillo, la superioridad militar de los expedicionarios era evidente pues contaban con una poderosa flota aérea calculada entre dieciocho y veintidós modernas aeronaves, mientras el enemigo —según la exploración realizada por un aviador norteamericano sobre el aeropuerto de la capital dominicana— disponía de algo más de diez aparatos obsoletos: seis *Mustang* P-17, varios PT, dos bombarderos viejos y dos aviones de transporte en mal estado, y, además, no tenía pilotos de primera calidad.¹⁰

¹⁰ Es probable que los datos de Maderne estuvieran errados. Según el «Informe Confidencial» de J. Almoina Mateos, en septiembre-octubre de 1946 el

En consecuencia, según Maderne, el plan estaba encaminado a realizar un desembarco directo y desarrollar «una guerra relámpago de cien horas de duración poco más o menos», cuyas operaciones serían ofensivas:

El primer paso hubiera sido buscar lugares abrigados para nuestros combatientes y propiciar las circunstancias para que la población se sumase a los invasores y después interferir las carreteras, que en Santo Domingo parecen estar construidas en su casi totalidad con fines militares defensivos [...] Mi impresión personal es que Trujillo resultaba impotente para repeler la invasión y los expedicionarios, más que combatir, se hubieran visto obligados a realizar funciones de orden público.¹¹

Maderne estaba tan seguro del éxito del plan que al dar a la publicidad los pocos detalles referidos, ya liquidada la expedición de Cayo Confites, aseguró que en los estudios realizados solo había encontrado un punto débil en la disposición estratégica de la red de comunicaciones del enemigo, pero no lo iba a revelar para no poner sobre aviso a Trujillo. Evidentemente, confiaba en que, a pesar del fracaso sufrido, el plan se podía reintentar.

En contraste con la parquedad de Maderne, otros expedicionarios fueron prolijos al informar sobre el proyecto militar. Tales fueron José Luis Wangüemert Máiquez, estudiante de Ingeniería de la Universidad de La Habana, y Jorge Yániz Pujol, periodista del diario *Prensa Libre* que participó en la empresa de Cayo Confites en la doble condición de combatiente y reportero. De acuerdo con sus relatos, la primera acción correspondería a la aviación

Ejército dominicano poseía 50 aviones modernos (monomotores de caza y bimotores de bombardeo y combate) y en septiembre de 1947 contaba con 98 aparatos modernísimos, los cuales serían piloteados por jóvenes dominicanos entrenados desde marzo del propio año por un as de la aviación militar norteamericana, héroe del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. (En S. E. Morales Pérez, *Almoina*, pp. 315 y 318).

¹¹ Carlos Lechuga, «'Una guerra relámpago de cien horas hubiera destruido a Trujillo', declara Maderne», en *Bohemia*, año 39, no. 45, 9 de noviembre de 1947, p. 4.

de caza y bombardeo, y consistiría en bombardear los objetivos militares de la capital dominicana y las instalaciones del puerto a fin de silenciar las baterías antiaéreas y los nidos de ametralladora del Ejército trujillista. En esta operación participarían tres pilotos que habían integrado la famosa sección de Los Tigres Voladores, un grupo de voluntarios norteamericanos que habían combatido en China, Birmania e India durante la Segunda Guerra Mundial.

A continuación, aterrizarían los aviones de transporte en la pista del aeropuerto General Andrews, ubicado a pocos kilómetros de Ciudad Trujillo, con un batallón de unos 220 expedicionarios a bordo. Esta fuerza tendría la misión especial de ocupar el aeropuerto para que sirviera como base de operaciones. Desde allí, las tropas se desplazarían en dos direcciones principales: una hacia el centro de la capital, a lo largo de una carretera perpendicular al mar que desembocaba cerca de la residencia del dictador, lugar donde se encontraban las instalaciones de los regimientos de caballería, y la otra avanzaría en camiones por la avenida George Washington a fin de ocupar la planta de radio —desde la cual se lanzaría el anuncio de la revolución a todo el país— y el Edificio Diez, de siete pisos, a la sazón el punto más elevado de la ciudad. El armamento de cada soldado del batallón consistía en una ametralladora de mano y varias granadas, pero llevarían, además, tres fusiles y tres cananas para entregarlas a los dominicanos del movimiento insurreccional que se sumaran a las filas de los expedicionarios.¹²

A juicio de Juan Bosch, Santo Domingo era el sitio ideal para combatir debido a que había muchas casas de concreto que podían convertirse en puntos fortificados; había teléfonos, médicos y farmacias donde obtener medicinas para curar heridos y enfermos; era el lugar donde podían hallar más hombres y mujeres dispuestos a pelear contra la dictadura y donde se podía llegar con mayor facilidad ya que el aeropuerto estaba entonces «pegado» a

¹² José Luis Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 42, 19 de octubre de 1947, p. 41; Jorge Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios de Cayo Confites», en *Bohemia*, año 39, no. 43, 26 de octubre de 1947, pp. 60-61.

la ciudad. «Nosotros debíamos traer unas 200 armas [puntualizó] para los que se nos unieran, de manera que estábamos en condiciones de formar rápidamente una fuerza combativa».¹³

El éxito de estas acciones en la capital dominicana obligaría al enemigo a concentrarse en la Fortaleza Ozama, que domina el puerto de Santo Domingo, sobre la cual se lanzaría el ataque decisivo, luego de una operación de ablandamiento mediante el empleo de la aviación y los morteros. La misión de este batallón especial, en resumidas cuentas, era contener a toda costa al Ejército de Trujillo hasta que desembarcaran, en playas cercanas a la capital, los buques que transportarían al grueso de las fuerzas expedicionarias. Según Virgilio Mainardi Reyna, estos desembarcos se realizarían en «distintos puntos» del país, aunque solo mencionó a Puerto Plata, ciudad situada en la costa norte dominicana.¹⁴

Al parecer, ninguno de los principales jefes de la expedición discrepó de la concepción del plan militar. Sin embargo, un estudiante de Derecho de la Universidad de La Habana, que cumpliría veintiún años en las arenas de Cayo Confites y advirtió tempranamente los males de fondo del movimiento antitrujillista, se la cuestionó. Era Fidel Castro, quien apreció que la expedición era caótica (pues carecía de táctica y estrategia, y se trataba de un ejército que no era ejército, cuyos mandos se habían repartido políticamente entre las personalidades), y objetó la idea de desembarcar en Santo Domingo para chocar frontalmente con un ejército que poseía marina de guerra, aviación y miles de hombres bastante bien organizados, entrenados y armados por los gobiernos norteamericanos. En su lugar, Fidel había pensado en la guerra irregular:

[...] ya desde entonces albergaba la idea de la lucha irregular. Tenía la convicción, a partir de las experiencias cubanas, de las guerras de independencia y otros análisis, de que se podía luchar contra un ejército convencional moderno utilizando métodos de guerra irregular. Pensaba en la posibilidad de una lucha

¹³ Testimonio de J. Bosch, en *Política: Teoría y Acción*, p. 23.

¹⁴ Testimonio de V. Mainardi Reyna, en *Política: Teoría y Acción*, p. 6.

guerrillera en las montañas de Santo Domingo, en vez de lanzar una fuerza mal entrenada e inexperta contra el ejército regular de Trujillo [...] Creía en la guerra irregular por instinto, porque nació en el campo, porque conocía las montañas y porque me daba cuenta de que aquella expedición era un desastre.¹⁵

Los avatares de la expedición de Cayo Confites le darían a Fidel la oportunidad de proponer un plan que, de haberse aprobado, le habría permitido poner en práctica su concepción de la guerra irregular en la República Dominicana antes que en Cuba.

Las armas

La tarea más urgente del CCR fue completar el acopio de armas, municiones, equipos y pertrechos bélicos que desde hacía algunos años los revolucionarios dominicanos venían reuniendo para iniciar el movimiento insurreccional, y hacer llegar todo ese material a Cuba. Con ese fin, emisarios del CCR trataron de conseguir dichos suministros en los Estados Unidos, pero sus esfuerzos iniciales fracasaron al caer en manos de traficantes y gángsteres que, a título de intermediarios, les timaron 20,000 dólares. Fue entonces cuando se decidió recurrir a Juan José Arévalo, presidente de Guatemala.

El encargado de esta misión, según relató el expedicionario Francisco Alberto Henríquez, *Chito*, fue su primo Enrique Cotubanamá Henríquez, cuya designación se debió a que era hermano del ensayista e historiador dominicano Pedro Henríquez Ureña, fallecido en 1946, de quien Arévalo conservaba un grato recuerdo. Con semejante aval Cotubanamá Henríquez visitó al presidente guatemalteco, el cual no solo accedió a la petición, sino que envió a su esposa ante el presidente argentino Juan Domingo Perón para gestionar la adquisición de las armas. Aprovechando las posiciones antiyanquis de su colega sudamericano, Arévalo

¹⁵ *Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*, 2. ed., p. 137.

esgrimió el pretexto de que en Guatemala iba a estallar un movimiento contrarrevolucionario financiado por la United Fruit Company. En consecuencia, Perón ordenó la venta de las armas, que fueron recibidas por Virgilio Mainardi y sus hermanos en costas guatemaltecas y trasladadas a Cuba.¹⁶

En su versión de estos hechos, Rolando Masferrer aseguró que por mediación de Arévalo dos emisarios del movimiento —a uno de los cuales identificó como Cruz Alonso Rodríguez— se entrevistaron con Perón, quien no solo autorizó la venta de las armas, sino que costeó de sus fondos para gastos secretos 350,000 dólares que les faltaban para completar el pago del equipamiento adquirido. Pero cuando Perón descubrió que las armas serían utilizadas contra Trujillo, decidió proporcionarle una cantidad mayor a este para que se defendiera; obsequio que le envió con la Misión Argentina que asistió a la cuarta toma de posesión presidencial trujillista en Santo Domingo, el 16 de agosto de 1947.¹⁷

Masferrer coincidió en lo fundamental con la información ofrecida por Virgilio Mainardi respecto al armamento recibido: 1,500 fusiles individuales, 50 ametralladoras de mano de tipo alemán fabricadas en la Argentina, 10 fusiles ametralladoras, tres morteros modelo Brandet de 81 mm, un millón de tiros para los fusiles, 775,000 tiros calibre 45 para las ametralladoras, 1,000 granadas de mano y granadas de morteros.¹⁸

Nuevos emisarios del CCR a los Estados Unidos adquirieron aviones y barcos usados en la Segunda Guerra Mundial, explosivos, bazucas, fusiles Springfield y Browning, carabinas, pistolas y municiones de todo tipo. Consiguieron incluso uniformes, cascos y banderas del Ejército norteamericano, artículos que les serían útiles en el futuro.

¹⁶ Testimonio de F. A. Henríquez Vásquez, en *Política: Teoría y Acción*, pp. 8-9.

¹⁷ *Prensa Libre*, año VII, no. 1930, domingo 5 de octubre de 1947, p. 2, col. 7; Jorge Quintana, «El jefe del Ejército decapitó a la revolución dominicana», dice el Dr. Rolando Masferrer», en *Bohemia*, año 39, no. 41, 12 de octubre de 1947, p. 40.

¹⁸ Testimonio de V. Mainardi Reyna, en *Política: Teoría y Acción*, p. 3; J. Quintana, «El jefe del Ejército...», p. 40.

Aunque existen diversos cálculos sobre las armas, equipos y pertrechos de que dispuso la expedición, el más completo es el que hizo la Embajada de los Estados Unidos en La Habana a partir de informaciones provenientes de fuentes públicas y confidenciales. Según este, su monto total fue el siguiente:

BARCOS. Los expedicionarios dispusieron de cuatro embarcaciones: 1) La LTC (Landing Tank Craft: Barcaza de Desembarco de Tanques), renombrada *Libertad* y luego *Aurora*; 2) La LCI (Landing Craft Infantry: Barcaza de Desembarco de Infantería) N° 1006, renombrada *Máximo Gómez* y más conocida como *El Fantasma*, construida en 1944 por los astilleros Consolidated Steel Corp, Shipbuilding Div., de Orange, Texas; medía 158.5 pies de largo y 23.25 de ancho y contaba con dos motores Diesel de 230 HP; 3) La embarcación de rescate de aeronaves C-77421, renombrada *Berta*, construida en 1944 por la Ventnor Boat Works, Incorporated, de Atlantic City, New Jersey; medía 100 pies de largo, tenía dos motores Diesel y estaba equipada con un radio transmisor; y 4) La goleta auxiliar *Victoria*, de 75 pies. Los revolucionarios adquirieron también una LCI que renombraron *Patria*, pero no pudieron disponer de ella; de igual modo ocurrió con dos lanchas torpederas PT (Patrol Torpedos) asignadas por la Marina de Guerra de Cuba. Por otra parte, se apoderaron de la goleta dominicana *Angelita*, renombrada *Maceo*, propiedad de Trujillo, de 120 pies de largo y equipada con un motor Diesel.

AVIONES. La expedición llegó a tener entre 18 y 32 aviones. Doce de ellos fueron examinados, al fracasar la empresa, por el representante del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos en La Habana: un B-24 *Liberator*; dos *Vega Ventura*; seis *Lockheed* tipo P-38 (F-5), diseñados para realizar trabajos fotográficos en un largo radio de acción, por lo que a su llegada a Cuba no estaban equipados con armas ni bombas; dos B-25 (bombarderos *Mitchell*) y un C-46A (*Comando Curtis*) de transporte. Los revolucionarios contaban, además, con otros seis aviones: dos *Cessna* C-78, dos C-47 y dos *Vultee* BT-13. El informe de la Embajada yanqui incluyó con duda una declaración de Masferrer según la cual los expedicionarios habrían adquirido otros ocho bombarderos B-25 (de

los cuales solo tres fueron verificados por expertos de esa sede) y también utilizarían seis *Douglas* de transporte.

ARMAS, MUNICIONES, EXPLOSIVOS, EQUIPOS Y OTROS PERTRECHOS. La expedición dispuso de 3,000 fusiles argentinos y 1,500 Springfields, con un aproximado de cuatro millones de tiros; 50 ametralladoras calibre 7.65 de tipo alemán fabricadas en Argentina; 215 subametralladoras Thompson y una cantidad imprecisa de pistolas automáticas Colt calibre 45 último modelo, con unos 775,000 cartuchos para ambas; 15 bazucas norteamericanas, con unas 280 o 300 cabezas que serían convertidas en granadas; 300 cohetes, sin medidas, descripción ni referencia a los medios de lanzamiento; una cifra indeterminada de bombas de distinto peso, entre ellas algunas de 300 libras; 300 bombas de fragmentación y varias bombas cilíndricas de profundidad de 325 libras; 2,000 libras de dinamita; 3 morteros modelo Brandet de 81 mm; 2,000 granadas de mano compradas en Argentina y los Estados Unidos; 3 cañones antitanque norteamericanos de 37 mm; de 6 a 8 *jeeps* suministrados por el Gobierno cubano (dos de ellos pertenecientes al Palacio de los Deportes); al menos 53 sacos de cascos militares norteamericanos; varios guacales de patas de rana y 200 paracaídas comprados en los Estados Unidos.¹⁹

En su mayor parte, estas armas, equipos y pertrechos bélicos fueron adquiridos por los cubanos Reinaldo Ramírez Rosell, Cruz Alonso, J. E. Majorrieta, Eufemio Fernández y Manolo Castro, el dominicano Miguel Ángel Ramírez y los norteamericanos Hollis Burton Smith y Chester Miller. El resto del material fue suministrado por la Marina de Guerra y el Ejército de Cuba.

Algunas de las embarcaciones atracaron en la Base Naval del Mariel, mientras otras se dirigieron al puerto de Antilla, desde donde partiría la expedición. La mayoría de los aviones aterrizaron en la pista de la mencionada base y allí se estacionaron; otros lo hicieron en el aeropuerto de Rancho Boyeros y en el aeropuerto militar de Columbia. Una parte de las armas y equipos fue transportada hacia Cuba en los propios barcos y aviones de los expedicionarios.

¹⁹ *Plot to Invade the Dominican Republic, U.S. Embassy – Havana, State Dispatch # 4615, December 19, 1947, en Cuban Information Archives, Document 0150, <http://cuba-exile.com>*

Las restantes estuvieron a cargo de la Willis Air Service, empresa que las trasladó por vía aérea desde Teterboro, New Jersey, hasta el campo de aviación de Aerovías Q, en Columbia; más tarde fueron conducidas a la finca América, propiedad de José Manuel Alemán, para su almacenamiento y custodia por soldados de la Marina de Guerra cubana. El Palacio de los Deportes también fue utilizado como depósito de bombas.

Para muchos expedicionarios y observadores, resultó evidente la tolerancia del Gobierno de los Estados Unidos hacia la compra del material bélico en ese país y su posterior traslado a Cuba. En defensa de esta tesis, Feliciano Maderne arguyó que destacados gobernantes norteamericanos habían demostrado con palabras y con hechos —aunque no reveló nombres ni ofreció detalles— su simpatía con la expedición. Por otra parte, aseguró que los medios aéreos —sobre todo los P-38 y B-25—, debido a su calidad, pudieron ser comprados únicamente con el visto bueno de las autoridades yanquis. Explicó que el P-38 había sido el avión más eficaz utilizado por los norteamericanos en la Segunda Guerra Mundial, al cual solo era superior en radio de acción y capacidad de fuego el *Mustang* P-51, también de los Estados Unidos, pero este no había podido actuar en el conflicto porque el inicio de su fabricación coincidió con el armisticio. Y se preguntó cómo era posible que el movimiento antitrujillista pudiera contar con siete P-38, sin el consentimiento de las autoridades del vecino país, para luego responder de modo categórico: «Ese es un avión que no sale del territorio de la Unión si no es para un propósito compatible con el criterio de sus gobernantes. Pensar en lo contrario es sencillamente ingenuo».²⁰

En cuanto a la posesión de un *Liberator* inglés por los expedicionarios, Maderne dijo que, como todo el mundo sabía, a una nación le era casi imposible vender una patente extranjera a un tercero. Por tanto, siendo el *Liberator* patente británica, había podido salir del territorio norteamericano única y exclusivamente con la aprobación de sus autoridades.

²⁰ C. Lechuga, «Una guerra relámpago...», p. 4.

Respecto a los buques, Maderne apreció idéntica tolerancia, puesto que sobre todo los destinados al desembarco de tropas y los diseñados para torpedear acorazados eran modelos ampliamente conocidos y, sin embargo, fueron adquiridos en los Estados Unidos y zarparon de sus costas sin dificultad.

Estas afirmaciones de Feliciano Maderne tienen una lógica tremenda, pero no son exactas. Trujillo era, a no dudarlo, un súbdito incómodo para el Gobierno norteamericano. Por consiguiente, es posible que ciertos funcionarios oficiales vieran en la expedición una oportunidad idónea para deshacerse de él y dejaran hacer. No obstante, la adquisición de determinados medios en los Estados Unidos tropezó con serias dificultades que tendrían una repercusión negativa en el plan expedicionario.

Un secreto a voces

Adquiridos o encargados los equipos, las armas y pertrechos fundamentales, el CCR dispuso la concentración de los hombres para su entrenamiento. A tal efecto, convocó a las decenas de exiliados dominicanos radicados en Cuba y ordenó el traslado a La Habana de los residentes en los Estados Unidos, Puerto Rico y otros países de la América Latina.

Según José Diego Grullón —un revolucionario dominicano que residía en Santiago de Cuba desde mayo de 1933—, «el mensaje de la revolución en marcha» había llegado a la urbe oriental el 1. de julio de 1947. Su portador fue Rafael Mainardi Reyna, *Fellito*, quien luego continuó viaje hacia Guantánamo con idéntico fin. En ambas ciudades, los dirigentes del movimiento antitrujillista designaron comisiones para comunicar la noticia a los exiliados dominicanos y determinar los que estuvieran dispuestos a empuñar las armas. El resultado fue impresionante: todos se enrolaron en la expedición, entre ellos más de veinte septuagenarios que amenazaron con suicidarse si no eran admitidos. En uno de sus frecuentes viajes a La Habana, en cuya Universidad estaba a punto de concluir la carrera de Derecho, José Diego Grullón conoció a Juan Rodríguez por

medio de su pariente Juan Isidro Jimenes-Grullón y de ese modo quedó conectado con el alto mando expedicionario.²¹

Los revolucionarios dominicanos residentes en otros países, llegaron a la capital cubana en sucesivas oleadas. Eran alojados por unos días en el Hotel San Luis y luego trasladados al Instituto Politécnico de Matanzas, donde se les unirían tras igual periplo otros combatientes latinoamericanos. En este centro docente permanecieron unas dos semanas, bajo la inocente apariencia de una convención internacional. Y aunque se ha dicho que allí comenzaron a entrenarse, no hemos obtenido evidencias de ello.

Aparte de los relatos y declaraciones de algunos miembros del CCR y jefes de la expedición, muchos de los cuales vivían en Cuba, son escasos los testimonios sobre la empresa expedicionaria de exiliados dominicanos radicados en otros países y que no tuvieron cargos de dirección en el movimiento antitrujillista. Uno de ellos, sin embargo, escribió un libro en el cual narró sus vivencias y dio a conocer interesantes informaciones. Se trata de Tulio Hostilio Arvelo, un abogado de treinta años que había participado en acciones revolucionarias en su país, entre las cuales destacaba un plan de atentado contra el *Generalísimo*. En junio de 1947, Arvelo fue nombrado vicecónsul de la República Dominicana en Puerto Rico, cargo desde el que siguió colaborando con el movimiento. Enterado de los preparativos de la expedición, se enroló en ella no sin antes escribir una carta de renuncia a Trujillo en la cual denunciaba su régimen. Luego voló de San Juan a Miami y de aquí a La Habana, donde tomó una habitación en el Hotel Senado²² y estableció contacto con Arístides Sanabria, exiliado dominicano a quien iba recomendado y dirigía una denominada Tercera Sección, que se encargaba de las comunicaciones. Este nombre era convencional, pues las secciones primera y segunda no existían.

²¹ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, pp. 13-15.

²² Al parecer, se trató de una confusión de Arvelo, pues aunque en La Habana existía un Hotel Senado (Industria no. 318, entre Neptuno y San Miguel), la información que ofrece seguidamente corresponde al Hotel San Luis.

Designado «imponente» de mensajes, Arvelo comenzó a entrenarse en el arte de cifrar y descifrar textos en clave, junto a los también dominicanos Augusto Alfonseca Espaillet, *Purro*, y José Antonio Bonilla Aybar, *Toñín*. Su prolongada estancia en La Habana le permitió conocer los ajetreos revolucionarios en el hotel donde se hospedaba y así los plasmó en su libro:

La habitación de Arístides Sanabia [...] se había convertido en el centro de recepción de los exiliados que venían de los Estados Unidos, de Venezuela, de México y de Puerto Rico. Era una especie de punto de reunión en el que se hacían a veces los más imprudentes comentarios [...] Fueron muchos los que pasaron por aquella oficina [...] Solamente permanecían dos o tres días en La Habana. ¿A dónde iban? ¿A qué sitio misterioso se dirigían? No lo sabía. El único que decía saberlo era Arístides Sanabia y ese secreto se lo guardaba con gran celo.²³

En julio comenzaron a llegar también los pilotos norteamericanos, todos veteranos de la Segunda Guerra Mundial y tres de ellos exintegrantes del legendario escuadrón de Los Tigres Voladores. Eran los únicos mercenarios de la expedición y fueron hospedados en el Hotel Sevilla, donde disfrutaron de condiciones privilegiadas. Aunque según la revista *Time* les habían prometido un pago de 200 dólares semanales,²⁴ el expedicionario Miguel Pumariega aseguró que la retribución ofrecida fue de 400 dólares por misiones de bombardeo.²⁵

Del modo descrito se fueron concentrando en Cuba cientos de conjurados de varias nacionalidades (dominicanos, venezolanos, puertorriqueños, nicaragüenses, hondureños, norteamericanos, españoles) procedentes de distintos países. Y era tal la simpatía con la lucha antitrujillista, que hubieran podido ser muchísimos más. Así, por ejemplo, en la Oficina de Alistamiento organizada

²³ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 41.

²⁴ «Cuba. El fin de una expedición», en *Bohemia*, año 39, no. 42, 19 de octubre de 1947, p. 69.

²⁵ Entrevista con el autor, 26 de julio de 2003. Todas las citas de Pumariega corresponden a esta entrevista.

por los exiliados dominicanos en Caracas se inscribieron más de 400 venezolanos, aunque solo 50 pudieron ser trasladados a Cuba.²⁶

A todos ellos se añadieron los cubanos, cuyo reclutamiento comenzó el 15 de julio en varias ciudades de la Isla. En La Habana, las entrevistas iniciales se realizaban en oficinas del MSR (calle 19 casi esquina a 12, Vedado) y en el Hotel San Luis, mientras el alistamiento formal tenía lugar en el parque José Martí (Malecón y avenida de los Presidentes, Vedado), donde los enrolados hacían ejercicios de escalamiento, reptación y cursos de obstáculos.²⁷ Estas labores transcurrieron sin molestias ni interferencias de los órganos represivos; por el contrario, bajo su permisiva contemplación.

De acuerdo con José Luis Wangüemert, en el reclutamiento del personal el MSR contó con el apoyo de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), la Federación Campesina y varias organizaciones juveniles.²⁸ No obstante, al menos en el caso de la FEU se trató de aquellos dirigentes cercanos al MSR, pues otros que se oponían a los métodos y a las acciones de dicho movimiento como Fidel Castro, entonces vicepresidente en la Escuela de Derecho, nada tuvieron que ver con los preparativos de la expedición.

Al decir de Rolando Masferrer, la capital cubana aportó unos 850 hombres y le siguieron en orden decreciente Holguín, Guantánamo y Cienfuegos, ciudades en las que el MSR tenía una buena implantación.²⁹ La cifra era elevada y obedecía, por un lado, a que los alrededor de 400 dominicanos enrolados resultaban insuficientes para las exigencias del plan militar, lo que obligó a los líderes del CCR a solicitar más personal, y, por otro, a la enorme cantidad de voluntarios nacionales que se inscribieron. No se puede excluir, sin embargo, que el afán de protagonismo y preponderancia haya llevado a los jefes del MSR a incrementar de manera desproporcionada el número de cubanos. En todo caso, según José Luis Wangüemert, el número de alistados sobrepasó lo previsto.

²⁶ *El Crisol*, año XIII, no. 227, sábado 4 de octubre de 1947, p. 10, col. 4.

²⁷ J. Duarte Oropesa, *Historiología cubana*, p. 59.

²⁸ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 41, 12 de octubre de 1947, p. 32.

²⁹ J. Quintana, «'El jefe del Ejército...'», p. 39.

El papel hegemónico del MSR en el reclutamiento de los futuros expedicionarios, tuvo al menos dos consecuencias: la marginación de *grupos de acción* rivales, exmilitares y representantes de otras fuerzas progresistas, y la ausencia de rigor y discreción. Existen varios testimonios que así lo evidencian.

Uno de ellos es el de Humberto Lamothe Coronado, un joven de veintiocho años que había pertenecido a la Joven Cuba, organización fundada por Antonio Guiteras, y desde 1945 estaba vinculado con el movimiento antitrujillista. En 1946 un espía de Trujillo lo acusó de haber colocado una bomba en el Consulado dominicano en La Habana, hecho que no se le pudo probar pero por el cual sufrió persecución. Lamothe dio fe de cómo por discrepancias políticas Rolando Masferrer marginó de los preparativos expedicionarios a una agrupación izquierdista dominicana dirigida por Manuel de Jesús Hernández Santana, *Pipí*, y respaldada por la Joven Cuba, la Acción Revolucionaria Guiteras (ARG) y la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR).

Pipí y sus partidarios estimaban que el CCR no constituía una garantía para la democracia en la República Dominicana, ya que algunos de sus miembros eran remanentes del antiguo caudillismo político y habían sostenido negocios y relaciones muy estrechas con Trujillo hasta fecha reciente. Por esa razón, presentaron un programa mínimo de gobierno con marcado acento progresista que fue rechazado por el CCR. Según Lamothe, Rolando Masferrer «no prestó atención a las justas demandas de los dominicanos de izquierda» y se plegó «a los planes de los antiguos trujillistas» que dominaban el CCR, en especial Juan Rodríguez, «porque pudo sacarle ventajas económicas».³⁰ En consecuencia, cuando le pidieron al líder de la UIR, Emilio Tro Rivero, que enviara compañeros suyos a la expedición, este respondió que solo lo haría si se aceptaba el mencionado programa. El hecho fue confirmado, al menos parcialmente, meses después por la revista *Tiempo en Cuba* al expresar que algunos *grupos de acción* se habían

³⁰ Humberto Lamothe, *La verdad sobre Cayo Confites. Masferrer: chantajista y tráns-fuga*, sin datos editoriales, sin fecha y sin numeración de páginas. Todas las citas de Lamothe provienen de esta fuente.

negado a contribuir con hombres a la empresa, y que con el de Emilio Tro «no había contacto político ni personal y al parecer no fueron solicitados sus esfuerzos».³¹

De acuerdo con Lamothe, el CCR se negó también a ofrecer la información que Pipí Hernández le solicitó sobre los planes para garantizar la democracia y la justicia social al pueblo dominicano, arguyendo que «todavía no se había pensado en eso, y que habría tiempo para, después de derrocar a Trujillo, pensar en lo que se iba a hacer...» Tal respuesta resulta verosímil, pues aunque el CCR había aprobado el Programa Mínimo y los Estatutos Constitucionales del futuro gobierno revolucionario, ninguno de estos documentos fue dado a conocer a los expedicionarios. Por consiguiente, la agrupación de Pipí Hernández acordó dejar en libertad a sus miembros para enrolarse en la expedición por su propia cuenta si así lo deseaban, y su líder confesó que no quería sentirse responsabilizado con «las traiciones y las desvergüenzas» que podrían ocurrir. «Esas palabras de Pipí [afirmó Lamothe] fueron como el evangelio: todo lo que él nos pronosticó sucedió al pie de la letra».

Otra información de sumo interés la ofreció Feliciano Maderne, quien era fundador del MSR pero no se enroló en la expedición por medio de esta organización, sino honrando un compromiso de luchar contra Trujillo que había contraído desde 1932 con los exiliados dominicanos en Nueva York y había ratificado a Juan Rodríguez en La Habana antes de la creación del MSR. Maderne contó que en la expedición sucedieron «cosas muy extrañas», algunas de las cuales estuvieron relacionadas con la forma del reclutamiento de las tropas. «Más de mil ex militares [precisó] mostraron sus deseos de participar en la revolución y no tuvieron oportunidad». Por otra parte, «lo que debía constituir un secreto se realizaba públicamente. Yo oculté los preparativos de la expedición hasta de mi familia [...] Sin embargo, el resto de los enrolamientos se efectuó sin recato».³²

En esa misma línea se pronunció Miguel Pumariega Díaz, *Miguelito*, un joven de veinte años que había participado en

³¹ «La expedición», p. 9.

³² C. Lechuga, «Una guerra relámpago...», p. 84.

acciones revolucionarias como miembro de un grupo independiente dirigido por su hermano Ciro. Miguelito acababa de regresar de Venezuela, adonde había ido con el propósito no consumado de realizar un atentado contra el esbirro batistiano Jaime Mariné, y se sumó a la expedición por medio de Ciro, quien estaba vinculado con la alta dirección del MSR. De acuerdo con el relato de Miguelito, en el momento en que se estaba realizando el reclutamiento del personal, ya se conocía bastante de la expedición. «Eso era público [enfaticó] un secreto a voces entre los militantes de las organizaciones... Era *vox populi*».

Esa atmósfera de misterio develado fue descrita con imágenes muy elocuentes por el periodista-expedicionario Jorge Yániz Pujol, en su reportaje para la revista *Bohemia*:

Algo anormal estaba ocurriendo en la República. A cada momento, madres desesperadas, hermanas llorando, novias que se vieron abandonadas sin motivo, acudían a las distintas dependencias policíacas, estableciendo denuncias. Ninguna podía aportar detalles concretos [...] Nunca antes los cuerpos de seguridad registraron anomalías parecidas [...] Los más raros rumores corrían por la ciudad [...] Unos decían que se estaba preparando un golpe revolucionario. Otros, que se estaba alistando un gran ejército para poner fin [...] a los desmanes y tropelías del sangriento régimen del dictador Trujillo [...] Los días transcurrieron [...] La versión del Ejército Liberador [...] fue cobrando forma. El velo de misterio que envolvía las desapariciones, fue rasgándose [...] Yo conocía a Eufemio Fernández Ortega [...] Se le mencionaba como uno de los dirigentes del movimiento de liberación [...] Las gestiones para hablarle [...] resultaron nulas. Un día me decían que estaba en Miami gestionando armas, otro que se encontraba en Venezuela luchando por lograr apoyo a los revolucionarios y algunas veces sus íntimos, jurándolo, afirmaban que desconocían su paradero.³³

³³ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 42, 19 de octubre de 1947, p. 52.

Pero, además de público, el reclutamiento se realizaba de forma indiscriminada. Según Miguel Pumariega, se reclutaban hasta delincuentes en el Parque Central, «elementos de tercera línea» a los que se les llenaba una planilla de inscripción y ya. «Lo sé por una cosa [puntualizó]: había tipos en la expedición que le preguntaban a los dominicanos: ‘Oye, ven acá, ¿en Santo Domingo dónde está la joyería tal...?’ Si tú eres un soldado libertador, ¿para qué quieres saber dónde están las joyerías? Se veía que ese había sido reclutado en el Parque Central».

Abundando sobre el tópico, Tulio H. Arvelo confirmó la presencia en la expedición de elementos procedentes de «los bajos fondos de Cuba», aunque aclaró que por suerte eran una minoría. Entre los dominicanos, añadió, se decía que algunos cubanos habían confeccionado mapas de Santo Domingo donde se indicaba la ubicación de los bancos y las joyerías de Prota y de Oliva, las más importantes por entonces. De ahí, «el temor de que ese pequeño grupo de aventureros entrara al saqueo desenfrenado de la capital sin que les animara ningún ideal libertador».³⁴

Con las opiniones de Pumariega y Arvelo coincidió Luis David Piñeda Pérez, un revolucionario de veintidós años, oriundo de Gibara, que desplegaba sus actividades políticas en la antigua provincia de Oriente y llegó a la empresa antitrujillista mediante Enrique Cotubanamá Henríquez, con quien estaba vinculado por motivo de las luchas campesinas. Después de viajar a La Habana y reunirse en el Hotel San Luis con Jimenes-Grullón, Juan Bosch y el propio Henríquez, Piñeda regresó a Oriente y comenzó el reclutamiento entre sus correligionarios. «Había muchos de grupos revolucionarios [aseguró] pero también se reclutó a muchas gentes que eran delincuentes. En el afán de tener hombres para pelear, se reclutaba a todo el que quería ir».³⁵

En torno a este asunto, José Luis Wangüemert emitió un criterio tajante: «Estudiantes, obreros, profesionales, dijeron *presente* al pase de lista, junto a los hombres sencillos del campo.

³⁴ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 68.

³⁵ Entrevista con el autor, 28 de febrero de 2004. Todas las citas de Piñeda corresponden a esta entrevista.

Y también el penal dijo *presente*».³⁶ De ese modo, incluyó entre los participantes a delincuentes que habían guardado prisión.

Un testimonio de gran valor histórico por la información que aporta y la precisión de sus juicios, es el de Fidel Castro, quien estudiaba en la Universidad de La Habana con la aspiración de obtener los títulos de Derecho Civil y Ciencias Sociales, y cuyo protagonismo en las luchas estudiantiles revelaba ya su madera de líder. Formaba parte de la Comisión de Dirigentes Universitarios contra la reelección de Grau San Martín, era presidente de los comités Pro Democracia Dominicana y Pro Independencia de Puerto Rico en la Universidad, y tenía muchas relaciones con Juan Rodríguez y otros dirigentes del exilio dominicano. A pesar de apreciar que el Gobierno cubano utilizaba la causa dominicana como una bandera de política revolucionaria, Fidel consideró que era su deber enrolarse como soldado en la expedición. Así lo hizo, y de sus vivencias sobre los preparativos ha dejado la visión siguiente:

Fue una de las cosas peor organizadas que he visto en mi vida: recogieron mucha gente por las calles de La Habana, sin atender a condiciones de cultura, a condiciones políticas, conocimientos, era organizar a toda velocidad un ejército artificial; reunieron más de 1,200 hombres.³⁷

Había gente buena, muchos dominicanos buenos, había cubanos que sentían la causa dominicana pero con un reclutamiento que se hizo apresuradamente incorporaron también antisociales, lumpen, de todo.³⁸

Bueno, un lumpen bien preparado puede ser bueno. No lo he querido decir despectivamente. Pero carecían de preparación ideológica. Lo que más aprendí de aquello de Cayo Confites es cómo no se debe organizar algo, cómo hay que escoger y seleccionar a la gente.³⁹

³⁶ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 41, 12 de octubre de 1947, p. 32.

³⁷ Fidel Castro, *En esta Universidad me hice revolucionario*, p. 33.

³⁸ Arturo Alape, *El Bogotazo: Memorias del olvido*, p. 639.

³⁹ *Cien horas con Fidel*, p. 156.

La juventud de la mayoría de los futuros expedicionarios y la catadura moral de algunos de ellos, serían utilizadas como pretextos por los voceros de la reacción en Cuba para denigrar el movimiento antitrujillista. Así, José Ignacio Rivero, en las columnas del *Diario de la Marina*, calificaría maliciosamente a los conjurados como «jóvenes inexpertos», mientras en *Prensa Libre* el periodista Ramón Vasconcelos —mulato para más señas— les llamaría, con un híbrido de racismo y desdén, «los negritos del Parque Central».

Por las costas de Cuba

Tras la llegada del buque *Libertad* cargado de armas y otros pertrechos a la bahía de Nipe el 16 de julio de 1947, los organizadores de la expedición concentraron a los alistados en el Hotel San Luis, el parque José Martí y el Palacio de los Deportes (calle Paseo y 1ª, Vedado), de donde fueron transportados hacia el Instituto Tecnológico de Matanzas. Aquí permanecieron muy poco tiempo, pues el 20 de julio los jefes del movimiento estimaron que la cercanía a la capital resultaba peligrosa y decidieron trasladar el contingente hacia la Escuela Politécnica de Holguín.⁴⁰ En ambos centros docentes, facilitados por José Manuel Alemán, se aprovechaba que los profesores, empleados y alumnos disfrutaban sus vacaciones de verano.

No pocos de los enrolados viajaron directamente de La Habana a Holguín. Tanto estos, como los congregados en el instituto matancero, se trasladaron en camiones del Ministerio de Educación o en ómnibus y trenes con boletos pagados por el propio Ministerio. Así lo hicieron también los cubanos del interior de la Isla y los

⁴⁰ Las fuentes de la época nombran de distinto modo a estos centros. En *La educación en Cuba*, Mercedes García Tudurí ofrece una información que ayuda a entender el asunto: «Escuelas tecnológicas. Hasta 1944 se habían construido tres: Ceiba del Agua, en La Habana, y la Ciudad Escolar de Holguín Calixto García (posteriormente Centro Politécnico Calixto García y Escuela Politécnica de Grado Medio General Calixto García), en la provincia de Oriente, y, por último, la Ciudad Escolar de Matanzas, que empezó a funcionar después». (En *La Enciclopedia de Cuba*, volumen 8: *Geografía, folklore, educación, economía*, Enciclopedia y Clásicos Cubanos Inc., San Juan y Madrid, Madrid, 1974, p. 440).

exiliados dominicanos residentes en Guantánamo y Santiago de Cuba, incluidos los más de veinte ancianos que constituían la precoz impedimenta del ejército libertador. En los desplazamientos hacia Holguín se puso en evidencia el carácter público de la expedición, aumentó la preocupación de los revolucionarios y se hicieron algunos augurios pesimistas.

Un anónimo redactor de *La Revolución Dominicana*, órgano del Movimiento Obrero Dominicano publicado en Venezuela, dejaría constancia de una de estas profecías: «Durante el recorrido [...] casi todas las personas de los más disímiles estratos sociales del país nos susurraban al oído: ‘Lo que nosotros sabemos es que este movimiento no saldrá de las costas de Cuba’». ⁴¹

En su itinerario hacia Holguín, Virgilio Mainardi y otros compañeros hicieron un alto en un restaurante de Santa Clara. Mientras compartían animadamente, pasó el joven Fidel Castro, a quien Mainardi conocía de la Universidad. Fidel se acercó al grupo, objetó la excesiva publicidad con que se estaba organizando la expedición e indagó al respecto. «Nosotros le contestamos [recordó Mainardi] que eso se debía simplemente al apoyo irrestricto que teníamos del gobierno de Grau San Martín, pero que era una empresa seria». A lo que Fidel reiteró su inconformidad por «la forma pública en que se estaba haciendo el movimiento», y expresó su preocupación «de que fuera un gancho». ⁴²

La publicidad de la empresa fue aún más ostensible a la llegada de los hombres a Holguín. José Luis Wangüemert lo constató apenas descendió del tren la tarde del 23 de julio: «El pueblo, enterado de que algo anormal sucede, vigila la estación. Los choferes de alquiler, conociendo nuestra ruta, nos ofrecen transporte hasta la Escuela Politécnica [...] Nuestros planes son del dominio público porque el hombre que nos conduce habla de la gente que nos espera». ⁴³

En menos de una semana se concentraron en la mencionada Escuela alrededor de 1,200 expedicionarios, los cuales juraron

⁴¹ «La verdad sobre Cayo Confites», en *La Revolución Dominicana*, no. 2, Venezuela, julio de 1960, p. 4.

⁴² Testimonio de V. Mainardi Reyna, en *Política: Teoría y Acción*, p. 4.

⁴³ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 41, 12 de octubre de 1947, p. 32.

solemnemente «servir a la Junta Revolucionaria de la República Dominicana» y «ser soldados de la democracia en el Ejército de la Liberación de América» (ELA), nombre que adoptó la novel fuerza armada.⁴⁴ Bajo la dirección de su Estado Mayor, comenzaron las labores de organización militar, el entrenamiento de las tropas y —según Rolando Masferrer— también las dificultades, pues mientras recibían de la Marina toda clase de facilidades, el Ejército se manifestaba receloso y hacía todo lo posible para resistir las órdenes de cooperación que les había dado el presidente Grau. De tal comportamiento Masferrer solo excluyó al coronel Cecilio Pérez Alfonso, jefe del Distrito Militar de Holguín, quien los atendió «con decencia». Masferrer lo había contactado en un viaje que hizo a esa ciudad oriental después que comenzó el traslado de los expedicionarios, y como la Politécnica se hallaba junto a la jefatura del Distrito Militar, decidió pedirle una entrevista, a la que Pérez Alfonso accedió. «Cuando a la hora convenida llegué al Distrito Militar [expresó Masferrer] el coronel Pérez Alfonso se encontraba de recorrido con el Jefe del Estado Mayor, general [Genovevo] Pérez Dámera, quien casi nos revistó al cruzar por frente al Politécnico».⁴⁵ Se trataba, sin duda, de un mal presagio.

La fuerza expedicionaria quedó estructurada en tres batallones. El primero, de Infantería, llevaba el nombre de Sandino, estaba al mando de Rolando Masferrer y contaba con tres compañías de tres pelotones cada una; los pelotones, comandados por un sargento mayor o un segundo teniente, estaban compuestos por unos treinta y dos hombres, subdivididos en escuadras mandadas por sargentos. El segundo batallón, nombrado Guiteras y asignado a Eufemio Fernández, disponía de tres compañías de dos pelotones cada una, para un total de unos 200 hombres, y se le consideraba «especial» debido a que su misión era secreta. El tercero, de Armas Auxiliares, era el Luperón; estaba comandado por

⁴⁴ *Ibidem*. Varios testimonios coinciden en esta denominación. Sin embargo, de acuerdo con Ángel Miolán su nombre era Ejército de Liberación Americana (*Política: Teoría y Acción*, p. 10) y según José Diego Grullón se llamaba Ejército de Liberación Dominicana (J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 41).

⁴⁵ J. Quintana, «El jefe del Ejército...», p. 42.

el hondureño Jorge Rivas e integrado por dos secciones (de morteros y ametralladoras) y una compañía de artillería antitanques y bazucas. Pronto se organizaría un cuarto batallón, también de Infantería, denominado Máximo Gómez, al mando de Feliciano Maderne.

El entrenamiento en el polígono de la Escuela Politécnica se limitó a ejercicios de infantería: formación, marchas y despliegues, arme y desarme de fusil automático y lanzamiento de granadas. No se realizaron prácticas de tiro, pues las detonaciones podrían llamar la atención, dada la cercanía a la ciudad. Se ofrecieron, además, conferencias sobre historia y política dominicanas. Algunos expedicionarios estuvieron en el centro docente holguinero hasta trece días, mientras otros no llegaron a las cuarenta y ocho horas. Durante ese tiempo, las tropas recibieron buena alimentación y una cajetilla de cigarros *per capita* diariamente.

La relativa tranquilidad con que allí transcurría la estancia de los hombres del ELA, se vio interrumpida por un incidente ligado a la política nacional cubana. En aras de favorecer a los candidatos locales del BAGA a las elecciones generales de 1948, Rolando Masferrer y un grupo de secuaces del MSR asaltaron la residencia del dirigente auténtico en Holguín y exrepresentante a la Cámara, Luis Baire Llopiz, con el propósito de intimidarlo, pero el intento resultó frustrado debido a que el agredido y varios amigos se parapetaron para hacerles resistencia. En medio de la confusión, la esposa de Baire Llopiz y representante a la Cámara, Angélica Rojas, logró salir de la casa y tomar un avión hacia La Habana. A las 12:30 a.m. del 24 de julio fue recibida por el presidente Grau San Martín, a quien pidió garantías para la vida de su esposo. Grau le prometió que los expedicionarios abandonarían la ciudad de Holguín y, acto seguido, recibió sucesivamente al general Ruperto Cabrera —jefe interino del Ejército, pues Genovevo Pérez Dámera se encontraba de recorrido por la provincia de Oriente— y a José Manuel Alemán.

Aunque los tres visitantes abandonaron el Palacio Presidencial por la escalera privada y ninguno formuló declaraciones, no fue difícil a los reporteros acreditados ante la mansión ejecutiva

colegir que las mencionadas entrevistas guardaban relación entre sí y todas ellas con el asalto a la casa de Baire Llopiz y las pugnas internas en el PRC (A) holguinero. Con pleno conocimiento de causa, *Tiempo en Cuba*, el semanario dirigido por Masferrer, ofreció una peregrina versión de los acontecimientos: hacía alrededor de una semana que la «cuestión política y revolucionaria» dentro del autenticismo en Holguín se había puesto «color de rosa»: de un lado estaban los honestos revolucionarios y fundadores del Partido; del otro, viejos politiqueros y algunos auténticos que se habían dejado llevar por las *botellas* proporcionadas por Baire Llopiz y su esposa (miembros del Partido Demócrata hasta hacía poco), líderes del movimiento contrarrevolucionario en el seno del PRC (A). La situación llegó al «rojo vivo» cuando Manolo Cano Rojas, del grupo de «la honestidad», había enviado a sus padrinos —Eufemio Fernández y Rolando Masferrer, quien «ocasionalmente» se encontraba en la ciudad «trabajando para el MSR»— ante Baire Llopiz para concertar un duelo. Este, sin embargo, no solo se negó a aceptar, sino que después llamó al Palacio Presidencial para denunciar que tenía la casa rodeada de elementos revolucionarios que querían lincharlo. Sin molestarse siquiera en exponer los motivos que habrían llevado a Cano Rojas a solicitar el lance de honor, el anónimo articulista de *Tiempo en Cuba* concluyó en tono burlón: «Los revolucionarios no sabían si dar rienda suelta a la hilaridad o a la estaca».⁴⁶ A la semana siguiente, el semanario volvería a la carga mediante un artículo de Rolando Masferrer y Eufemio Fernández repleto de improperios contra Baire Llopiz (a quien llamaron La Rata) y de pormenores sobre el presunto duelo, pero sin conseguir que su versión del suceso alcanzara repercusión mediática y credibilidad.

El asalto a la residencia de Baire Llopiz, injustificable acto de vandalismo que Humberto Lamothe calificó como la «primera indisciplina y traición» de Masferrer, fue seguido el 24 de julio por otra importante violación disciplinaria: el desembarque de las armas del buque *Libertad*, fondeado en la bahía de Nipe,

⁴⁶ «La mezcla», en *Tiempo en Cuba*, año III, no. 30, 27 de julio de 1947, p. 4.

contraviniendo la orden expresa de que no fueran llevadas a tierra. Aunque se hizo con el objetivo de entrenar a los expedicionarios, la posesión de armas por parte de estos podía dar lugar a accidentes de sangre y a enfrentamientos con el Ejército. Ambos sucesos precipitaron la salida de las tropas del ELA de la Escuela Politécnica, pues a la disposición de Grau de que los expedicionarios abandonaran Holguín, siguió la orden perentoria del Ejército de que desalojaran el centro docente.

El propio 24 de julio, a las nueve de la noche, se llamó a formación en el campamento, e instantes después las tropas partieron en ómnibus y camiones hacia Antilla, con la consigna de hacerse pasar por obreros que iban a trabajar a las minas de níquel de Nicaro. A pesar de que hicieron el viaje sin descanso, comida ni agua, reinaba la alegría entre los hombres al creer que muy pronto abordarían los barcos y zarparían rumbo a la República Dominicana. Así, en horas de la madrugada del 25 de julio una parte del contingente llegó a la finca La Chiva, ubicada en la zona costera de Antilla, propiedad de Rafael López, donde fueron alojados en un barracón y saludados de modo nada cortés por un hormiguero embravecido a causa de un reciente aguacero torrencial.

Pero no todos los expedicionarios corrieron igual suerte. Cientos de combatientes quedaron a mitad de camino al averiarse los ómnibus en que viajaban, lo cual retardó su llegada, mientras que otros fueron interceptados en Cueto por tropas del Ejército al mando del coronel Epifanio Hernández. Los militares ocuparon un camión de la Marina de Guerra que transportaba los cañones de 37 mm, detuvieron a muchos de los hombres armados y obligaron a los restantes a regresar a Holguín. Poco faltó para que se llegara a la violencia debido a la belicosidad de ambas partes. La solución del problema requirió de negociaciones que Rolando Masferrer relató como sigue:

En un cuarto del Hotel «Comercio», de Cueto, celebré una entrevista con Luis Castillo, del Servicio Secreto de Palacio; Garcerán, un oficial de la Marina, que pertenece a la guardia personal del Presidente Grau, cuya representación ostentaba en

aquellos momentos; el comandante Argilagos, que representaba al coronel Epifanio Hernández; el capitán Abelardo Azcuy, jefe del Escuadrón de la Rural de Mayarí y el teniente Manfugá, jefe del puesto de Antilla [...] El oficial Garcerán expuso a nombre del Presidente Grau la orden de que no se nos pusieran obstáculos. Todo parecía liquidado. Los hombres detenidos fueron puestos en libertad, las armas ocupadas devueltas y el camión de la Marina con sus tres cañones pudo al fin llegar a su destino.⁴⁷

Mientras se negociaba en Cueto, los expedicionarios que habían podido llegar a La Chiva armaron su campamento, montaron sus guardias y recibieron un almuerzo consistente en arroz casi crudo, una sardina y un jarro de agua terrosa, que algunos mejoraron con ostiones capturados en los mangles. Luego le dieron a cada hombre su armamento: un fusil Máuser nuevo y una canana de balas.

Como no había agua en la finca, tuvieron que ir a cargarla en botellas al pozo del batey, lo cual dio origen a malhumores y disputas entre las tropas. Al respecto, José Luis Wangüemert relató:

Para entretenernos se nos manda construir «chabolas». Es la primera vez que oímos el vocablo. Se trata de una choza pequeña y baja, hecha con troncos y ramas, donde caben a lo sumo dos personas, que fue bautizada con ese nombre por los soldados republicanos de la guerra civil española. Dan machetes para cortar las ramas, pero nuestro pelotón, huyéndole al trabajo, se lanzó a la búsqueda de un bohío abandonado. Encontramos un cobertizo de tablas sin desbistar; lo vaciamos, y con las tablas le hicimos un piso y un caminito de madera hasta un embarcadero cercano que utilizábamos para bañarnos.⁴⁸

Pero muchos no disfrutaron la obra. Esa misma noche, sin haber comido, los pelotones del batallón Sandino recibieron la orden

⁴⁷ J. Quintana, «'El jefe del Ejército...»», pp. 42-43.

⁴⁸ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 41, 12 de octubre de 1947, p. 33.

de partir. Hicieron una penosa marcha de diez kilómetros hasta un tejár llamado El Ramón, donde solo había dos barracones, un horno en ruinas y un pozo en el fondo de una hondonada con una bomba y una tubería para subir el agua hasta el tejár. Fueron albergados en uno de los barracones donde, exhaustos, cayeron rendidos. Horas más tarde se oyó un grito de «¡Fuego!», pero como no sucedió nada más pensaron que se había tratado de una falsa alarma.

Al día siguiente salieron de su error al descubrir a un expedicionario dominicano, con un brazo partido, escondido en una cerca de piña de ratón. Había salido gritando del campamento y, al sentirse perseguido por varios compañeros, cayó por un barranco y se fracturó el brazo. Era él quien había gritado la noche anterior. Presa de un ataque de nervios, que algunos identificaron como «neurosis de guerra», fue enviado de urgencia al hospital de Holguín. Pero cuando el automóvil en que viajaba estaba a punto de llegar a su destino, se lanzó al pavimento dando gritos. Las heridas y contusiones recibidas agravaron su estado. En el hospital fue atendido, lo que propició que el caso adquiriera trascendencia pública.

En horas de la tarde fueron distribuidos los uniformes. Eran de color verde olivo: pantalón de comando con grandes bolsillos; chaqueta corta de mangas largas, bolsillos al frente y un triángulo rojo con un monograma dorado que decía «ELA». También se repartieron zapatos de vaqueta del Ejército cubano y cascos de acero.

Mientras tanto, el 25 de julio, los integrantes del batallón Máximo Gómez que habían permanecido en La Chiva realizaron despliegues en guerrillas y prácticas en combinación con la batería de morteros hasta muy entrada la madrugada. En esa faena los sorprendió un fuerte aguacero que pasaron a la intemperie. Al día siguiente, salieron del campamento y estuvieron caminando más de tres horas hasta llegar a El Ramón, en cuya entrada había dos soldados del batallón Sandino vestidos de uniforme y armados. Después de identificarse, se les autorizó la entrada y se dispusieron a descansar un rato. De lo que aconteció luego, Humberto Lamothe dejó la versión siguiente:

Al poco tiempo llegó el «coronel» Rolando Masferrer, dándonos la orden de construir inmediatamente las chabolas. Nosotros nos negamos, diciéndole que hacía dos días que no comíamos ni habíamos tenido descanso, mientras que su batallón estaba comido y descansado en las casas de la finca. El «coronel» mostró su carácter de hombre mediocre y cobarde; nos amenazó y llamó a uno de sus matones, que ostentaba el cargo de «teniente», intimidándonos con una ametralladora de mano. Todo fue inútil; por fin el tránsito del batallón Sandino aceptó darnos de comer después de una entrevista entre varios compañeros que le hicieron reconocer nuestra justa actitud.

Al anochecer, recibieron la orden de regresar a La Chiva, donde encontraron al Estado Mayor de la expedición junto a oficiales y soldados del Ejército cubano. Y aunque algunos tomaron esta sorpresiva presencia como un mal síntoma, para otros la forma en que los jefes castrenses departían con el alto mando expedicionario constituía una prueba de que los problemas con el Ejército se habían solucionado.

El 27 de julio a las dos de la tarde los hombres del batallón Sandino, llamados a formación, recibieron la noticia de que tropas al mando del coronel Epifanio Hernández avanzaban sobre ellos. Así mismo, avistaron un barco de carga que navegaba por la bahía de Nipe con personas vestidas de blanco en la cubierta y temieron que fueran de la Marina de Guerra cubana. Como todo ello violaba lo convenido entre los jefes de la expedición y las autoridades, se dio la orden de resistir si trataban de quitarles las armas y se montaron guardias en la costa. Pero el carguero desapareció de la vista y los soldados de Epifanio Hernández no llegaron.

En horas de la madrugada del día 28, se acercaron a la costa dos pequeños barcos. Eran los que, junto a la LTC *Libertad*, se encargarían de transportar a los expedicionarios: la embarcación C-77421 de rescate de aeronaves —adquirida por los revolucionarios— y una goleta de 75 pies, la cual fue necesario alquilar debido a que las otras dos naves no tenían capacidad para acoger a todos los hombres. Ello no se debió a una imprevisión, sino a que la

LCI *Patria*, también comprada por los revolucionarios, no había podido salir aún de los Estados Unidos.

Uno de los jefes tomó un bote y se acercó a los barcos recién atracados para efectuar las comprobaciones de rigor. A su regreso, se dio la orden de recoger todas las armas y subirlas a bordo lo más rápidamente posible. El alto mando de la expedición había decidido evitar cualquier enfrentamiento con el Ejército, incluso si este penetraba en el campamento.

La decisión de guardar las armas en los barcos tenía como propósito no solo evitar un incidente, sino también impedir que fueran ocupadas. Por la noche se conoció que fuerzas del Ejército habían obstaculizado nuevamente la expedición, esta vez deteniendo a la entrada de Antilla al resto de las tropas rezagadas procedentes de Holguín. Los combatientes se vieron obligados a permanecer durante horas en los camiones, en espera de que los jefes obtuvieran de La Habana una orden del presidente Grau San Martín para que el coronel Epifanio Hernández facilitara el paso de los expedicionarios.

La orden fue dada y el reticente coronel permitió que los hombres llegaran a La Chiva. Pero junto a la buena nueva, llegó otra disposición perentoria del presidente: los expedicionarios debían salir de Antilla en un plazo de veinticuatro horas. La noticia llenó de júbilo a las tropas del ELA, pues creyeron que al fin zarparían hacia la República Dominicana. Mas no era así: debían dirigirse a un islote de la costa norte camagüeyana denominado Cayo Confites, lugar escogido por el propio Grau San Martín. «La orden [expresó Rolando Masferrer] nos la llevó, personalmente, el capitán de la Marina de Guerra Jorge Agostini, Jefe del Servicio Secreto de Palacio [...] No fue una mera casualidad el que se eligiera a Cayo Confites [...] Durante la pasada guerra mundial en ese cayo la Marina de Guerra había tenido instaladas dos piezas antisubmarinas y un destacamento de tropas».⁴⁹ Pero nada de esto se informó a los expedicionarios.

⁴⁹ J. Quintana, «'El jefe del Ejército...», p. 43.

Según Enrique de la Osa, al conocer la decisión de Grau, la jefatura de la expedición se dividió: unos estimaron que debían zarpar de inmediato rumbo a la República Dominicana, mientras otros fueron partidarios de marchar para el cayo y continuar allí el entrenamiento de las tropas hasta la llegada de la fuerza aérea, por ser esta un factor clave del plan militar que los conduciría a la victoria. Prevalció esta última posición y se decidió el embarque hacia Cayo Confites bajo la protección de los soldados del Ejército cubano acantonados en Antilla. «El jefe de este puesto [aseguró De la Osa] solicitó del general Juan Rodríguez una declaración escrita de que las órdenes habían sido cumplidas, a lo que este accedió mediante una carta de agradecimiento al Ejército de Cuba por la colaboración brindada».⁵⁰ Pero esto tampoco se informó a la tropa.

A las seis de la mañana del 29 de julio salieron los hombres del batallón Sandino en camiones hacia La Chiva, donde se unieron al resto de los integrantes del ELA. En la casa que ocupaba el jefe de la expedición, general Juan Rodríguez, se encontraban el comandante Argilagos, de Mayarí, y el capitán Azcuy, de Antilla, los cuales leyeron los manifiestos que se lanzarían desde el aire sobre Santo Domingo y conversaron con algunos expedicionarios. La atmósfera no podía ser más distendida. Para mayor relajación, se hallaban presentes los familiares de varios expedicionarios que habían llegado a La Chiva para despedirlos.

El embarque comenzó a las 10:35 a. m. y terminó justo al mediodía. Llegó el momento de partir. Formaron filas. Reinaba la emoción ante el inminente comienzo de las acciones. «Una mujer se acercó a nosotros [escribió José Luis Wangüemert]. Era la madre de uno de los expedicionarios. Al reconocerle [...] corrió hacia él y le abrazó. No dijo una palabra. Pero su ademán era inequívoco: ¡Sigue adelante!». ⁵¹

Hubo, no obstante, algunos rezagados. Ese fue el caso de Miguel Pumariega y Enrique Rodríguez Loeches, quienes —según

⁵⁰ E. de la Osa, *En Cuba: primer tiempo*, pp. 196-197.

⁵¹ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 41, 12 de octubre de 1947, p. 37.

recordó el primero— la noche previa al embarque habían estado de guardia «para ver si subían soldados, presentar combate o lo que determinara el mando»:

Yo le dije a Rodríguez Loeches: «Bueno, no nos vamos a meter aquí los dos despiertos —que era la orden—, vamos a dormir tres horas cada uno». Yo me metí mis tres horas despierto, desperté a Enrique y le dije: «Ahora te toca a ti». Él se despertó e hizo el papiré. Yo me quedé dormido. Y cuando entró el capitán Eduardo Corona, ya estaba todo el mundo desarmado y embarcando, y nosotros armados con 300 tiros y ni se sabe cuántas granadas. Entonces fue que nos cogieron.

Algo pasadas las 12 del día, zarparon las tres embarcaciones flameando pabellón estadounidense. Rebautizadas con los nombres de las hijas del propietario de El Ramón —*Aurora*, *Berta* y *Victoria*—, por la importante y desinteresada contribución de esta a la empresa revolucionaria, las naves fueron escoltadas a su salida por el cañonero 101 de la Marina de Guerra cubana. Y esta vez, en caso de necesidad, las tropas del ELA simularían ser turistas en viaje de recreo.

Pero la travesía, lejos de recreativa, resultó azarosa. Los expedicionarios iban hacinados. Un temporal con fuertes marejadas los azotó poco después de la partida. El mar estaba muy picado. A los mareos y náuseas propios de quienes no estaban habituados a los bamboleos de la navegación marítima, siguieron los vómitos de aquellos que devolvían el único alimento ingerido en horas de la tarde: sardinas con galletas. Pese a las vicisitudes, al caer la noche empezaron los comentarios y especulaciones respecto al rumbo que llevaban. «Algunos decían [escribió Humberto Lamothe] que nos dirigíamos a la isla de La Tortuga, próxima a Santo Domingo; otros, que íbamos a desembarcar en una playa desierta de Haití. Sin embargo, hubo los que afirmaron que en vez de irnos acercando a Santo Domingo, nos estábamos alejando».

Al amanecer del 30 de julio, el mar seguía picado. Varios hombres yacían en la cubierta de los barcos sobre la mezcla de sus

propias excrecencias y el agua sucia del mar, en medio de hedores repulsivos. Y para sorpresa de todos, el sol despuntó a popa y no a proa como era de esperar. La intriga duró hasta que avistaron unos islotes y luego alguien identificó a Cayo Romano, en la costa norte de Camagüey.

Se acercaron. El potente silbato del *Aurora* anunció que se estaba solicitando un práctico. Al rato se apareció una balandra, cuyos tripulantes intercambiaron con el capitán del barco expedicionario. Todo indica que le ofrecieron la información necesaria, pues concluido el diálogo las embarcaciones tomaron rumbos distintos. «Atravesando una ‘pasa’ entre dos cayos [relató José Luis Wangüemert], fuimos a caer sobre otro islote, bajo y verde, dotado de una hermosa playa al suroeste [...] Era Cayo Confites».⁵²

A los expedicionarios se les dijo que permanecerían en el cayo el tiempo justo para alistar la expedición —no más de cuatro días—, pues las condiciones del lugar hacían imposible que allí viviera un ejército. Por consiguiente, creyeron que en una semana partirían hacia la República Dominicana. Su estancia, sin embargo, habría de prolongarse durante casi dos meses.

⁵² J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 41, 12 de octubre de 1947, p. 37.

AJETREOS DIPLOMÁTICOS, OPERACIONES MEDIÁTICAS

El ejército de la República Dominicana y la vasta mayoría de los dominicanos que apoyan y sostienen el Gobierno de esta nación, están dispuestos a repeler cualquier agresión.

ARTURO DESPRADEL

Los cambios que sufrió el plan antitrujillista a finales de julio de 1947, tuvieron su origen en el carácter semipúblico de la conspiración. Y como esta devino *vox populi*, sus ondas llegaron no solo a los simpatizantes de la causa dominicana, sino también a las antenas de la Embajada de los Estados Unidos en La Habana y a oídos del propio Trujillo. El Gobierno dominicano atribuiría más tarde su conocimiento del plan a las declaraciones de dos instructores puertorriqueños arrepentidos, a quienes se les había permitido abandonar el territorio cubano. Tamaña ingenuidad habría hecho posible que, a su llegada a Miami, los desertores fueran interrogados por la policía, se publicitara la noticia de los preparativos revolucionarios y esta trascendiera al ámbito internacional.

Aunque pudo haber sido esa la fuente primigenia de la información del *Generalísimo*, lo más probable es que tal versión fuera una pantalla para encubrir a los informantes de su servicio de espionaje en Cuba. En todo caso, el hecho cierto es que tanto el Gobierno dominicano como el norteamericano obtuvieron tempranamente informaciones acerca del plan expedicionario, y que el asunto fue tratado por sus cancillerías entre sí y por cada una de ellas, por separado, con la Cancillería cubana. Así lo

atestiguan numerosos documentos publicados por los gobiernos de los Estados Unidos y la República Dominicana, y algunos que conservó el Ministerio de Estado¹ de Cuba.

Maniobras y denuncias

Uno de esos documentos es el memorando que el secretario de Estado de Relaciones Exteriores de la República Dominicana entregó al encargado de negocios interino de Cuba en Ciudad Trujillo, el 22 de julio de 1947. Su texto original no figura en ninguna de las fuentes consultadas, pero una versión resumida del mismo fue dada a conocer nueve años después de los sucesos de Cayo Confites, en el *Libro Blanco del comunismo en la República Dominicana*.

En el memorando se decía que, según noticias de buena procedencia, elementos cubanos, venezolanos, americanos, dominicanos y de otras nacionalidades, estaban preparando un movimiento armado para derrocar al Gobierno de Santo Domingo, y que con este propósito habían instalado sus bases en la provincia de Oriente, donde estaban realizando entrenamiento militar. Los revolucionarios, precisaba el documento, poseían aviones de bombardeo y toda clase de armas de guerra, estaban dirigidos por Manolo Castro, director de Deportes del Ministerio de Educación, y otros cabecillas que decían contar con el apoyo del Gobierno de Cuba. Con típica hipocresía diplomática, la nota expresaba la confianza del Gobierno dominicano en que tan pronto como el de Cuba se enterara de las referidas informaciones, le daría al asunto el cuidado que su naturaleza demandaba, con el cordial espíritu que había presidido la tradicional amistad entre ambos pueblos y gobiernos.²

De acuerdo con el *Libro Blanco*, el 23 de julio el secretario de Estado de Relaciones Exteriores dominicano envió un cable al ministro de Estado de Cuba, Rafael P. González Muñoz, en el que

¹ Nombre que tenía entonces el Ministerio de Relaciones Exteriores.

² *Libro Blanco*, p. 109.

le reiteraba los términos del memorando entregado a su representante en Ciudad Trujillo el día anterior. Con una retórica similar a la de su interlocutor, González Muñoz respondió que había dado conocimiento del asunto a las «autoridades competentes, para su inmediata atención», como correspondía a la cordial amistad cubano-dominicana.³

No hemos podido verificar la existencia del memorando y los cables mencionados. Por el contrario, llama la atención que en varios documentos internos del Ministerio de Estado de Cuba, contentivos de resúmenes y propuestas sobre el diferendo de Cayo Confites, no se aluda a ellos. Esto hace lícito sospechar de su autenticidad.

Según la Embajada norteamericana en La Habana, desde el 1. de julio de 1947 comenzaron a llegarle informaciones y rumores de que un intento de invasión a la República Dominicana cobraba forma rápidamente en Cuba. Durante las dos semanas siguientes, la Embajada confirmó la veracidad de tales reportes, monitoreó la constitución del Comité Central Revolucionario y conoció su decisión de llevar una revolución armada a Santo Domingo. En consecuencia, el 17 de julio, el embajador Henry Norweb visitó al ministro de Estado cubano y le comentó la existencia de numerosas informaciones de que Cuba era utilizada como base para actividades revolucionarias, pero el ministro le respondió que «aunque había oído tales rumores, las autoridades cubanas habían investigado y no había preparativos o armas».

Dos días más tarde, Norweb informó al Departamento de Estado que se estaban concentrando hombres en la región oriental de Cuba y que el ministro de Estado cubano le había reiterado su desconocimiento de que algo estuviera ocurriendo. El 24 de julio la Embajada norteamericana conoció que José Manuel Alemán y Manolo Castro asesoraban a los revolucionarios en el reclutamiento del personal. Al mismo tiempo, el cónsul estadounidense en Santiago de Cuba notificó sobre la reunión de fuerzas en Antilla y que altos funcionarios cubanos estaban involucrados en la

³ *Ibídem*, p. 110.

operación. El día 25 las investigaciones de la Embajada revelaron que los revolucionarios disponían de seis aeroplanos (dos bombarderos *Lockheed Vega Ventura*, dos *Cessna C-78* y dos *Douglas C-47*) y que esperaban también un bombardero de mayor porte, tipo B-24. «A estas alturas [consignó un informe de la Embajada] era ostensible que el reclutamiento se realizaba abiertamente, que los hombres eran trasladados hacia el oriente de Cuba y que numerosas personalidades del Gobierno estaban involucradas. El asunto se estaba volviendo rápidamente un secreto a voces».

Amén de algunas imprecisiones, la Embajada yanqui realizaba un acucioso seguimiento de los preparativos expedicionarios. Y no es osado pensar que los comentarios del embajador Norweb al ministro de Estado cubano, hayan influido en la decisión de trasladar hacia Holguín a la tropa concentrada en el Instituto Tecnológico de Matanzas.

El mismo 25 de julio, las agencias United Press (UP) y Associated Press (AP) difundieron un artículo del *Miami Daily News*, según el cual las autoridades miamenses estaban investigando el relato de los ciudadanos puertorriqueños César Aníbal Torres y Serafín Rivera, de veintidós y veinticuatro años de edad respectivamente, los cuales aseguraban que se les había contratado para entrenar reclutas que participarían en una revolución contra el gobierno de Trujillo. Era la primera información pública sobre la expedición.

Veteranos del ejército norteamericano, al que habían servido durante tres años, Torres y Rivera declararon que habían sido contactados en Jayuya, su pueblo natal, por un ciudadano dominicano que les ofreció «altos cargos» en el futuro Gobierno de la República Dominicana si ayudaban a entrenar a los revolucionarios. De Jayuya volaron a San Juan, luego a Miami y finalmente a La Habana, donde se hospedaron en un hotel y después fueron trasladados a unas barracas. Añadieron que unos cincuenta hombres reclutados en Cuba, Venezuela, Puerto Rico y la República Dominicana estaban en el grupo que se adiestraba cerca de la capital cubana. Puntualizaron que habían perdido el entusiasmo en su tarea cuando les comunicaron que, además de instruir a los reclutas, tendrían que pelear en la revolución, y por ello decidieron

no aceptar; pero en ese momento se recibió un aviso de que la policía estaba registrando un avión del movimiento y todos los complotados se dispersaron. «La revolución fracasó [discurrieron entonces] mejor es que huyamos».⁴ Y relataron la fuga en términos demasiado simples para ser creíbles: pasaron la noche en el hotel, tomaron un ómnibus, velaron la oportunidad y escaparon.⁵

Funcionarios de la policía de Miami y de la Sociedad de Ayuda a los Viajeros manifestaron ignorar qué parte de la historia era digna de crédito, pero señalaron que Torres y Rivera parecían preocupados y que, aunque alegaban desconocer quién los había reclutado y quiénes dirigían la revolución, alguien les había pagado el pasaje de Puerto Rico a La Habana. Por su parte, el cónsul dominicano en Miami, Luis A. Oviedo, y el vicecónsul, José Manuel Lovatón, *Mencho*—hermano y custodio de Lina, la favorita del *Benefactor*—, declararon que su Gobierno tenía conocimiento de la conspiración.⁶

A pesar de su gravedad, estas revelaciones —que hasta el *Diario de la Marina*, acusado de recibir de Trujillo una subvención mensual de 50,000 pesos,⁷ calificó de «extrañas»— tuvieron escasa repercusión en la prensa cubana. Menos aún tendría una entrevista de la AP a los desertores tras su arribo a San Juan, aunque en ella los jóvenes negaron haber visto tropas o armamentos en Cuba y dijeron que se les había pagado el pasaje para jugar volibol en la Isla.⁸

Esta historia parecía un teatro montado por el *Generalísimo* para desplegar su ofensiva contra el proyecto expedicionario. Y, por lo pronto, le permitió activar los canales diplomáticos. Así, el propio 25 de julio el embajador dominicano en Washington, Julio Ortega

⁴ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 176, sábado 26 de julio de 1947, p. 13, cols. 5 y 6.

⁵ *Noticias de Hoy*, año X, no. 176, sábado 26 de julio de 1947, p. 7, cols. 1 y 2.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*, año X, no. 203, miércoles 27 de agosto de 1947, p. 2, col. 8. Curiosamente, en el «Informe Confidencial» de J. Almoína Mateos no se incluye al *Diario de la Marina* entre los órganos de prensa subvencionados por Trujillo. Aparecen, en cambio, los periódicos *Información* (con una asignación de 100,000 pesos y una suma mensual) y *Pueblo*, así como la emisora Cadena Oriental de Radio, esta última también con una mensualidad. (En S. E. Morales Pérez, *Almoína*, p. 308).

⁸ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 180, jueves 31 de julio de 1947, p. 1, col. 1.

Frier, visitó al secretario de Estado adjunto, Norman Armour, a fin de tratar el tema de la posible invasión revolucionaria.

Ortega Frier expresó que su Gobierno tenía información fiable sobre una inminente y sustancial invasión bien armada desde Cuba contra la República Dominicana, en la cual participarían cubanos, venezolanos, españoles y guatemaltecos. Dijo que se había informado al Gobierno cubano, pero este había sido incapaz de tomar medidas preventivas eficaces. Se refirió a la gran afluencia de personas sospechosas a Puerto Rico y señaló que esta isla había sido utilizada en el pasado como trampolín para ataques contra la República Dominicana, aunque no tenía ninguna evidencia al respecto. Aludió, así mismo, a un posible ataque armado desde Haití.

Según Ortega Frier, la principal razón de su Gobierno al llamar la atención del Departamento de Estado sobre el asunto, era la afirmación de varios elementos antitrujillistas de que contaban con la simpatía, si no el apoyo, de los Estados Unidos. Adelantó que no conocía justificación alguna para tales asertos, pero refirió declaraciones de funcionarios norteamericanos que eran utilizadas por los enemigos de Trujillo. Citó incluso comentarios del presidente Harry Truman durante la presentación de sus cartas credenciales (el 27 de febrero de 1947), que habían sido distorsionados para indicar una inclinación antitrujillista de los Estados Unidos. Pidió que se hiciera algo para detener la circulación de esas falsas interpretaciones, e insinuó que los funcionarios estadounidenses debían inhibirse de hacer manifestaciones públicas proclives a ser usadas con tal propósito.

Armour le respondió que el Gobierno norteamericano no había emprendido ninguna acción que justificara los supuestos comentarios de los grupos antitrujillistas, a tiempo que no podía controlar la forma y el tenor de las informaciones de la prensa. Le participó que durante los últimos seis meses el Departamento de Estado había recibido un flujo constante de informes sobre actividades revolucionarias y conspiraciones contra varios países del Caribe, y había solicitado a las agencias apropiadas del Gobierno su completa investigación para prevenir y castigar las violaciones de las leyes estadounidenses. Una de las conspiraciones investigadas, precisó, había revelado evidencias de

ataques planeados contra Venezuela desde República Dominicana, razón por la cual se pensaba procesar a ciertos individuos, hecho que podía resultar una «desagradable publicidad».

Ortega Frier manifestó comprensión total hacia la obligación del Gobierno estadounidense de hacer cumplir las leyes y enjuiciar sus violaciones. Y añadió que en cuanto se percató de que el ministro consejero de su Embajada estaba involucrado en las actividades del expresidente venezolano Eleazar López Contreras, aquel fue inmediatamente revocado del cargo. De este modo, el embajador dominicano admitió la implicación de su Gobierno en los ataques contra Venezuela.

Armour le indicó que el Departamento de Estado acogería con agrado cualquier información sobre este tipo de materias y le informó lo esencial de sendos telegramas secretos procedentes de La Habana y Puerto Príncipe, con fecha 24 de julio, que hasta el presente no han sido desclasificados por el Gobierno de los Estados Unidos. Por último, enfatizó que los informes desde Cuba «no indicaban que el rumorado ataque desde la Isla fuera de la magnitud descrita por el embajador».⁹

Esta conversación indica a las claras que, en su afán de sondear a fondo si el Gobierno estadounidense apoyaba el movimiento antitrujillista o le profesaba simpatías, Ortega Frier se había excedido en el tono y el contenido de sus palabras. Pero el subsecretario yanqui no pasó por alto la pifia, y en su réplica aplacó los bríos de su colega con dos argumentos de alto poder persuasivo: 1) El gobierno trujillista carecía de derecho para quejarse, por cuanto sus planes agresivos contra Venezuela eran evidentes; 2) El procesamiento de algunos implicados en esa trama, constituiría una propaganda negativa para el régimen dominicano. La acción resultó fulminante: llamado a capítulo, Ortega Frier volvió mansamente al redil y la entrevista concluyó en una atmósfera de colaboración.

El 26 de julio, el secretario de Estado, Marshall, informó de la conversación sostenida entre Ortega Frier y Armour a los embajadores norteamericanos en Ciudad Trujillo, La Habana, Caracas,

⁹ *FRUS*, 1947, pp. 644-645.

Ciudad Guatemala y Puerto Príncipe, y remitió las primeras instrucciones concretas sobre el recién iniciado diferendo político-diplomático al embajador norteamericano en Cuba, R. Henry Norweb.

Ante todo, Marshall expresó que su Departamento aprobaba la manera cuidadosa como Norweb estaba siguiendo la incipiente situación revolucionaria dominicana que parecía estar desarrollándose en Cuba y el tratamiento del asunto con el Ministerio de Estado cubano. Más adelante, le comunicó que informaciones recibidas esa mañana de Ciudad Trujillo y el día anterior de Puerto Príncipe daban lugar a nuevos temores de que pudiera haber algo más que «rumor y chapucería» en los supuestos planes revolucionarios. Esto, comentó, sería un golpe severo al concepto de arreglo pacífico y al Sistema Interamericano si, particularmente en vísperas de la Conferencia de Río de Janeiro, ocurriera en «nuestro ámbito» una explosión del tipo que, según la República Dominicana, estaba en marcha y que, de acuerdo con informes de algunas misiones diplomáticas norteamericanas en el Caribe, se hallaba por lo menos en algún grado de preparación. Acto seguido, Marshall indicó:

Es deseable que usted procure una entrevista inmediata con el presidente Grau para expresarle la preocupación que tiene este Gobierno, y que seguro él compartirá, de que allí ocurra alguna acción que probablemente cause agitación o incluso temor sustancial de agitación en el Hemisferio. El Departamento [de Estado] sabe, por supuesto, que usted dejará claro que no creemos de forma alguna que el Gobierno del presidente Grau tenga algo que ver con estos planes [...] La naturaleza de sus observaciones al presidente debe estar [...] en la línea de que estamos seguros de que sus puntos de vista a este respecto son similares a los nuestros y que él no dejará piedra sin remover para investigar la supuesta conspiración revolucionaria y, si percibe cualquier evidencia concreta de ella, aplastarla rápida y eficazmente.¹⁰

¹⁰ *FRUS*, 1947, pp. 643-644.

Esta instrucción se inscribía en la estrategia de dominación continental de los Estados Unidos, uno de cuyos pilares era el fortalecimiento del panamericanismo y el llamado Sistema Interamericano.

Fruto de la Primera Conferencia Panamericana, celebrada en Washington a fines de 1889, e inspirado en la Doctrina Monroe (América para los *norteamericanos*), el panamericanismo se presentaba como un proyecto de unidad e integración hemisféricas. Pero desde su origen se reveló como una política imperialista tendente al control político, económico y militar de la América Latina y el Caribe, en franca contraposición con la unidad latinoamericana —sin los Estados Unidos— preconizada por Bolívar y Martí.

Aunque los Estados Unidos habían implementado esta política hasta mediados de la cuarta década del siglo xx y logrado avances en sus propósitos, carecían aún de la fuerza necesaria para imponerse en todos los países del continente, y desplazar de algunos a potencias europeas como Gran Bretaña, Alemania y Francia. Sin embargo, al concluir la Segunda Guerra Mundial, la situación cambió radicalmente: los Estados Unidos habían devenido primera potencia imperialista y se hallaron en condiciones de lanzarse a la dominación plena del continente. A tal fin, se empeñaron en fortalecer e institucionalizar el Sistema Interamericano, cuya representación hasta entonces ostentaba una vetusta y poco funcional organización denominada Unión Panamericana.

Los designios yanquis comenzaron a realizarse en la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y la Paz o Conferencia de Chapultepec, celebrada en el castillo homónimo de la ciudad de México del 21 de febrero al 8 de marzo de 1945, y continuarían en la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente, convocada para el 15 de agosto de 1947 en Rio de Janeiro, Brasil. En este contexto, una explosión revolucionaria en la República Dominicana o en cualquier otro país de América Latina —más si contaba con el apoyo de gobiernos del área— podría ser perjudicial para el Sistema Interamericano. La razón era simple: el cónclave de Rio tenía el objetivo fundamental de concluir un

pacto militar hemisférico, bajo la égida de los Estados Unidos y en función de sus intereses imperialistas, que sirviera como punta de lanza a la política de guerra fría, chantaje atómico y anticomunismo feroz impuesta al mundo tras la derrota del nazi-fascismo. Para ello resultaban imprescindibles la estabilidad, la paz y la unidad de los países del hemisferio en torno a la superpotencia nortea. Toda amenaza contra esa estrategia debía, pues, ser conjurada.

En consecuencia, la sustancia y el tono del mensaje de Marshall a Grau, sin florituras diplomáticas, fueron crudos y netos: el Gobierno estadounidense deseaba que no estuviera involucrado en los preparativos revolucionarios contra Trujillo; pero si lo estaba, debía abstenerse de proseguir en la conspiración y proceder a su liquidación total y expedita. Semejante emplazamiento no dejaba muchas opciones: o Grau accedía a la demanda o se situaba en rebeldía. Por tanto, al líder auténtico le resultaría hartamente difícil, pese a su reconocida astucia, evadir el cerco que se le había tendido.

Paralelamente, el jefe de la Legación de la República Dominicana en Cuba, Héctor Incháustegui, enviaba una nota diplomática, fechada el 26 de julio, al ministro de Estado, Rafael P. González Muñoz, en la cual le suplicaba hiciera llegar al general Genovevo Pérez Dámera, jefe del Estado Mayor del Ejército, el cable que por conducto de la Cancillería le dirigía su homólogo dominicano, general Fausto E. Caamaño. «Aunque supongo [rezaba el mensaje de Caamaño] que Ud. estará enterado de la preparación militar que se hace en Cuba con intención de hacer un desembarco para invadir nuestro territorio, deseo notificarlo oficialmente para su conocimiento».¹¹ Ese mismo día, González Muñoz le trasladó el cable de Caamaño a Pérez Dámera «para su conocimiento y fines procedentes».¹²

El documento entregado por Incháustegui demuestra que, aun cuando el cable del 23 de julio reseñado en el *Libro Blanco* no hubiera existido o no hubiera llegado a su destinatario, a más tardar tres días después el Gobierno cubano recibió una interpelación dominicana a través de los canales diplomáticos. El hecho de que estuviera dirigida al general Pérez Dámera, induce

¹¹ AHMRERC. Fondo Cuba, leg. República Dominicana, expte. Cayo Confites.

¹² *Ibidem*.

a pensar que la animadversión de este hacia la expedición era aprovechada por Trujillo para sembrar cizaña entre las autoridades cubanas.¹³ Por su parte, la Cancillería de la Isla le concedió importancia al asunto, pues a pesar de que el 26 de julio era sábado hizo llegar la información de inmediato al jefe del Ejército. Estos elementos son de particular importancia para comprender y situar en su justo sitio los acontecimientos que tuvieron lugar los días subsiguientes.

Una invasión «comunista»

Aunque Trujillo manejaba con habilidad los instrumentos diplomáticos, al parecer comprendió que por ese camino sus posibilidades de éxito serían escasas o nulas, pues el Gobierno cubano podía recurrir a evasivas o aplazar indefinidamente su respuesta, y el norteamericano poco haría si no contaba con evidencias sobre los preparativos de invasión. Por consiguiente, decidió ventilar la conspiración con el fin de desalentar a sus organizadores y patrocinadores, cundir el pánico entre los expedicionarios haciéndoles

¹³ Aunque no se puede descartar que se tratara, además, de un nuevo intento trujillista para entablar negociaciones directas con el jefe del Ejército cubano. Según el «Informe Confidencial» de J. Almoina Mateos, en 1946 Trujillo había fracasado en su tentativa de captar a Pérez Dámera para perpetrar un golpe de Estado contra Grau San Martín. Este habría sido el colofón de la labor desplegada por el mayor Henry Gazón, agregado militar dominicano en La Habana, quien había logrado mediante soborno la captación de militares cubanos y las visitas de comisionados de las fuerzas armadas de Cuba a la República Dominicana. «Una de las comisiones mejor recibidas fue la del Cuerpo de Sanidad Militar [...] presidida por un teniente coronel médico quien fue recibido por Trujillo. Fue [...] por mano de dicho teniente coronel por la que Trujillo, de acuerdo con las conversaciones que Gazón había tenido frecuentemente en Columbia, se decidió a invitar al jefe del Ejército general Genovevo Pérez Dámera enviándole una afectuosa carta. Trujillo esperaba con impaciencia la visita de Pérez Dámera porque confiaba en entenderse con este para provocar un golpe militar en Cuba contra Grau San Martín y deseaba hacerle proposiciones concretas de ayuda efectiva para que Pérez Dámera se elevase a la Presidencia. Parece que el general cubano si no rehusó la invitación dio en respuesta una dilación *sine die*». (En S. E. Morales Pérez, *Almoina*, p. 310).

creer que marchaban hacia una muerte segura y galvanizar las fuerzas internas que sostenían su régimen.

La primera denuncia pública tuvo lugar el sábado 26 de julio de 1947. Y su protagonista fue el dinámico embajador dominicano en Washington, Julio Ortega Frier, cuyas declaraciones transmitieron de inmediato la UP y la AP, agencias de las que dependían en gran medida los órganos de prensa cubanos y latinoamericanos para la cobertura del acontecer internacional.

El resultado estuvo a la altura de las expectativas. Entre el domingo 27 y el lunes 28 de julio, los principales medios de difusión del continente publicaron con gran destaque las revelaciones de Ortega Frier, las cuales —según la versión de la UP— consistieron en lo siguiente: un grupo de comunistas y políticos descontentos preparaban en Cuba un ejército con la intención de derrocar al gobierno de Trujillo. Los comunistas habían comenzado a reclutar ese ejército en Cuba después de que el Gobierno dominicano ilegalizó su partido, y, con la cooperación de partidos comunistas de otros países de América, habían reclutado hombres en Venezuela, Puerto Rico y Guatemala, que fueron enviados a Cuba para su preparación militar. Los comunistas decían contar con 3,000 hombres en las proximidades de La Habana, y, una vez listos, serían llevados a puertos cercanos a la República Dominicana. Las autoridades de Santo Domingo ignoraban la cuantía exacta del ejército invasor, pero sabían que pasaban de mil alistados y que solo unos cien eran dominicanos; conocían también los nombres de los dirigentes del movimiento. El 25 de julio había zarpado de Cuba un barco de gran tonelaje con equipo de desembarco norteamericano, lanzallamas y gran cantidad de otras armas para pasarlas de contrabando a la República Dominicana. Dos individuos reclutados en Puerto Rico habían escapado a Miami, donde informaron de todo a la policía.¹⁴

La AP difundió interesantes detalles que su colega UP había omitido; entre otros, que el gobierno de Trujillo había dado debida cuenta a la Cancillería de Washington sobre los preparativos revolucionarios en Cuba y había protestado ante el Gobierno

¹⁴ *Información*, año XI, no. 177, domingo 27 de julio de 1947, pp. 1 y 16.

cubano, a pesar de lo cual parecía que el ejército invasor continuaba sus actividades. Según esta versión, Ortega Frier aseguró que:

El primero de agosto o antes vamos a tener fuegos artificiales en la República Dominicana [...] Se supone que una expedición salió anoche de Antilla, Cuba, compuesta de 1,000 hombres. Otras fuerzas están concentradas en distintos puertos, lo que indica que existe el propósito de atacar a nuestro país por distintos lugares. Estamos preparados para recibirlos cualesquiera que sean sus planes. El Ejército dominicano está totalmente alerta. Conocemos todos sus planes, los tipos de armas con que cuentan y quiénes las pagaron.¹⁵

En curiosa sintonía con las preocupaciones expuestas por Marshall a su embajador en La Habana, la AP resaltó que el descubrimiento de los hechos denunciados por Ortega Frier podría crear una situación difícil a la Conferencia de Rio de Janeiro y a la materialización de los postulados del Acta de Chapultepec. Esta conjetura merece algunos comentarios.

La Resolución VIII «Asistencia Recíproca y Solidaridad Americana», más conocida como Acta de Chapultepec, aprobada en la conferencia homónima, declaró que todo atentado de un Estado contra la integridad o la inviolabilidad del territorio, o contra la soberanía o independencia política de un Estado americano, sería considerado como un acto de agresión contra los demás Estados. Tal formulación revolucionó el concepto de «solidaridad continental» vigente hasta entonces en el Sistema Interamericano, que preveía solo una agresión proveniente de un país no americano.

La Resolución definió como un acto de agresión la invasión, por fuerzas armadas de un Estado, al territorio de otro, traspasando las fronteras establecidas por tratados y demarcada de conformidad con ellos, y estableció que en caso de que se ejecutaran actos de agresión o de que hubiera razones para creer

¹⁵ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 177, domingo 27 de julio de 1947, p. 32, col. 7.

que se preparaba una agresión por parte de un Estado cualquiera contra la integridad o la inviolabilidad del territorio, o contra la soberanía o la independencia política de un Estado americano, los Estados signatarios se consultarían entre sí para concertar las medidas que conviniera tomar.

El Acta previó que mientras durara la Segunda Guerra Mundial estas medidas podrían ser: el retiro de los jefes de Misión; la ruptura de las relaciones diplomáticas, consulares, postales, telegráficas, telefónicas y radiotelefónicas; la interrupción de las relaciones económicas, comerciales y financieras, así como el empleo de las fuerzas militares para evitar o repeler la agresión. Y recomendó que, una vez establecida la paz, los gobiernos americanos consideraran la celebración de un tratado permanente que estipulara las medidas antes enunciadas a fin de conjurar las amenazas o actos de agresión.

Con la nueva enunciación —dirigida supuestamente a frenar una agresión por parte de la Argentina peronista, que había mantenido una política exterior antianqui y filo fascista—, el Gobierno norteamericano procuraba asegurarse la solidaridad continental no solo ante agresiones extracontinentales, sino también contra eventuales enemigos en el propio hemisferio. Manipulando esta cláusula, podría imponer sanciones e incluso emplear la fuerza militar, con el concurso de otros Estados del continente, contra cualquier país cuyo Gobierno no fuera de su agrado, bajo el pretexto, siempre plausible, de una agresión de dicho país a otra nación americana. Desde ese punto de vista, el Acta constituyó el embrión del tratado militar continental que los Estados Unidos se proponían firmar en la Conferencia Interamericana convocada para agosto de 1947, en Rio de Janeiro.¹⁶

De lo antes expuesto, se infiere que el diferendo cubano-dominicano constituía un obstáculo para la materialización del espíritu y la letra del Acta de Chapultepec, por cuanto la conspiración contra Trujillo que se organizaba en Cuba se ajustaba perfectamente a lo tipificado en aquella como un acto de agresión o razones para

¹⁶ Humberto Vázquez García, *De Chapultepec a la OEA. Apogeo y crisis del panamericanismo*, pp. 49-54.

creer que esta se preparaba. Por tanto, al Gobierno dominicano le asistiría el derecho de apelar al Acta —o al tratado permanente que surgiera del cónclave de Río de Janeiro— para desencadenar el mecanismo de consulta y solicitar que se aplicara contra Cuba alguna de las medidas previstas. Semejante escenario desviaría a los Estados Unidos de su propósito fundamental en Río, pues tan aliado suyo era el gobierno dictatorial de Trujillo como el democrático de Grau San Martín. El nuevo instrumento, pues, se malograría al nacer y carecería de credibilidad si no era empleado contra los verdaderos enemigos del Imperio: el comunismo y las fuerzas progresistas del continente. Ello explica la conducta de los Estados Unidos ante el mencionado diferendo.

La denuncia de Ortega Frier fue desmentida *ipso facto* por representantes diplomáticos de los tres países aludidos. El primero fue Gonzalo Carnevali, embajador de Venezuela en Washington, quien aseguró que su Gobierno no tenía conocimiento de semejante situación, ni participación en movimiento alguno contra ningún gobierno americano. A su vez, el encargado de negocios de Guatemala en la capital yanqui, Francisco Linares Aranda, dijo que las declaraciones del embajador dominicano eran lo más ridículo y fantástico que había oído en su vida. «Tan ridículo [enfaticó] que invade el campo de lo cómico».¹⁷ Por último, el cónsul general de Cuba en Miami, Manuel Velázquez, calificó igualmente de «fantásticos» los rumores acerca de un supuesto ejército secreto adiestrándose en Cuba, y adujo que no sería posible entrenar ni a cincuenta hombres sin que se supiera. «El Gobierno de Cuba [afirmó categóricamente] no podría dejar de conocer ese proyecto y jamás lo toleraría».¹⁸

La Administración estadounidense reaccionó también con agilidad. En horas de la tarde del domingo 27 de julio, el director de la Oficina de Asuntos de las Repúblicas Americanas del Departamento de Estado, James H. Wright, telefoneó al embajador norteamericano en Cuba, Henry Norweb, debido a dos telegramas enviados por este que hablaban de informar el «momento

¹⁷ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 177, domingo 27 de julio de 1947, p. 32, col. 8.

¹⁸ *Ibidem*.

de salida de aviones y buques» de la expedición revolucionaria.¹⁹ Wright le confesó que esta noticia lo había «alarmado un poco» porque el Departamento había dejado claro su interés en que se hiciera todo lo posible con el Gobierno cubano para prevenir la salida de los aviones y los buques. En Washington, agregó, se apreciaba mucho el excelente informe del embajador y se aprobaba la acción emprendida por él hasta el presente. No obstante, se deseaba que, en caso necesario, volviera donde las autoridades cubanas para dejarles claro, si aún no lo estuvieran, con «cuánto desagrado» los Estados Unidos verían la salida de los aviones y los buques. «Queríamos evitar una batalla campal», precisó Wright en un memorando sobre su conversación con Norweb, mientras este le aseguró que «retomaría el asunto nuevamente y, de ser necesario, trataría de ponerse en contacto con el presidente Grau».²⁰

Llama la atención la coincidencia del mensaje de Norweb y las revelaciones de Ortega Frier respecto a la salida de la expedición hacia la República Dominicana, con la sola diferencia de que el embajador norteamericano se refirió a la salida de «buques» (en plural) y de aviones (no mencionados por el diplomático trujillista). Resulta evidente, así mismo, el temor del Departamento de Estado de que la presión sobre el Gobierno de Cuba no hubiera sido efectiva. De ahí la indicación a Norweb de volver a la carga, esta vez en términos perentorios y amenazantes.

Así lo hizo el embajador yanqui el lunes 27 de julio, cuando se entrevistó con el ministro de Estado cubano Rafael P. González Muñoz y le manifestó que el Gobierno de los Estados Unidos esperaba que no ocurriera acción alguna que disturbara la paz en el hemisferio occidental. El ministro admitió que el Gobierno de Cuba «estaba consciente de lo que estaba sucediendo, y realizaba diligencias para prevenir cualquier abuso de la hospitalidad».²¹ De este modo, el gobierno de Grau reconocía por primera vez que tenía conocimiento sobre la conspiración e insinuaba lo que iba a hacer con ella.

¹⁹ Estos telegramas no han sido desclasificados por el Gobierno de los Estados Unidos.

²⁰ *FRUS*, 1947, p. 646.

²¹ *Ibidem*.

Mientras, la Embajada de los Estados Unidos en La Habana observaba que el general Pérez Dámera estaba preocupado por el «número de hombres armados en la zona oriental de Cuba, los cuales podrían crear fácilmente una amenaza para la tranquilidad doméstica» y, por consiguiente, les había dado «a los revolucionarios un tiempo corto para abandonar Cuba o desintegrarse». Tanto las palabras del ministro de Estado como la conducta del jefe del Ejército, estaban en plena armonía con lo que acontecía en la zona donde se encontraban los expedicionarios.

A pesar del intercambio diplomático sostenido con Washington y Ciudad Trujillo, el Gobierno de Cuba optó por negar públicamente la existencia de los preparativos revolucionarios en el territorio nacional y de las interpelaciones diplomáticas dominicanas. Interrogados el 28 de julio sobre la denuncia formulada en Washington por el embajador de la República Dominicana, tres altos funcionarios cubanos respondieron de manera concertada: «Nada he pensado sobre esa cuestión de Santo Domingo», dijo el primer ministro, Raúl López del Castillo. «El Ministerio de Estado [aseguró el canciller Rafael P. González Muñoz] no conoce la existencia de nota alguna de protesta de ningún país en relación con actividades revolucionarias». Y el coronel Fabio Ruiz Rojas, jefe de la Policía Nacional, expresó: «Niego que sea cierto cuanto se ha venido publicando en relación con Santo Domingo, en lo que respecta a Cuba».²²

Más atento o más avisado que otros periodistas, un reportero del *Diario de la Marina* percibió la vacilación de González Muñoz al responder las preguntas sobre las gestiones diplomáticas dominicanas, y así lo escribió: «Cuba —contestó [el canciller] después de organizar su pensamiento—, mejor dicho, el Ministerio de Estado, no ha recibido ninguna protesta de ningún país en relación con actividades revolucionarias».²³

En concomitancia con estas declaraciones, el coronel Francisco Arana, jefe de las Fuerzas Armadas de Guatemala, desmintió que revolucionarios comunistas hubiesen salido de su país

²² *Información*, año XI, no. 178, martes 29 de julio de 1947, p. 1, col. 1 y p. 16.

²³ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 178, martes 29 de julio de 1947, última página, col. 6.

rumbo a Cuba con el fin de participar en una supuesta invasión a la República Dominicana.²⁴

Por su parte, Juan Bosch declaró que Trujillo, al ordenar a su embajador en Washington divulgar que 3,000 comunistas de toda América se habían concentrado en Cuba con vistas a derrocar por la fuerza al régimen dominicano, trataba de encubrir sus conspiraciones contra Cuba y Venezuela, y mezclaba a Guatemala como respuesta a la ruptura de relaciones que por dignidad democrática había ordenado en fecha reciente el presidente Juan José Arévalo. Según Bosch, la afirmación de Ortega Frier de que el ejército concentrado en La Habana era comunista, constituía la culminación del plan que se venía preparando desde hacía algún tiempo, pues en mayo Trujillo había asegurado que se ponía al servicio de Washington para combatir el comunismo en cualquier lugar de América; desde entonces, una vasta campaña de prensa y radio presentaba a Cuba y Venezuela como países comunistas. Entre los actores de la campaña, Bosch mencionó a H. Stuart Morrison, periodista del diario *Miami Herald*, quien desde hacía más de un año recibía una crecida asignación mensual como «agente de propaganda» del dictador dominicano.²⁵ «Trujillo sabe [acotó Bosch] que no hay tales comunistas en Santo Domingo y que nosotros, los exiliados dominicanos, no tenemos nexo alguno con los partidos comunistas».²⁶

A todas estas, el 28 de julio el general Genovevo Pérez Dámera respondió el cable que su homólogo dominicano Fausto E. Caamaño le había enviado el día 23. Sobrio y lacónico, el mensaje de Genovevo reciprocaba el tono empleado por Caamaño: «Acuso recibo cable fecha reciente punto Se ha ordenado amplia investigación punto Resultado la misma se informará conducto correspondiente punto Atentamente».²⁷ Este cable no se dio a

²⁴ *Noticias de Hoy*, año X, no. 178, martes 29 de julio de 1947, p. 6, cols. 1 y 2.

²⁵ El «Informe Confidencial» de J. Almoina Mateos no cita expresamente a Morrison entre los periodistas estadounidenses pagados por Trujillo. Sí menciona de forma explícita al *Miami Herald*, otros periódicos, agencias informativas y periodistas norteamericanos comprados por el Generalísimo. (En S. E. Morales Pérez, *Almoina*, pp. 322-327).

²⁶ *Prensa Libre*, año VIII, no. 1872, martes 29 de julio de 1947, p. 2, col. 1.

²⁷ *Libro Blanco*, p. 110.

conocer en su momento por ninguna de las partes, ni a él aludió el Gobierno dominicano en sus denuncias públicas. Extrañamente, su texto vio la luz en el *Libro Blanco del comunismo en la República Dominicana*, publicado en 1956.

A las 6:00 p.m. del propio lunes 28, el embajador Norweb informó al secretario de Estado, Marshall, sobre la marcha de la expedición. Según Norweb, una «fuente absolutamente confiable en el Gobierno cubano», que trabajaba «con los revolucionarios dominicanos», afirmaba que debido a la «presión externa» Grau les había dado de plazo hasta el miércoles 30 de julio para abandonar tierras cubanas; en su defecto, utilizaría el Ejército para desalojarlos. Aunque muchos miembros prominentes del Gobierno, añadía, estaban incluidos en el movimiento, no habían conseguido acercarse al general Genovevo Pérez Dámera, quien, muy furioso, había hecho varios viajes a las áreas de concentración, tenía unos cincuenta soldados entrenados en La Chiva y otros en estado de alerta.

El informe precisaba que el domingo 27 de julio, en horas de la tarde, un barco pequeño con unos cincuenta exiliados dominicanos había partido hacia un puerto aislado de la República Dominicana, con la intención de infiltrarse a fin de advertir a los nativos de la inminente revolución y alistar la ayuda interior. Por otra parte, cinco aviones de transporte de Venezuela estaban disponibles para ser utilizados y algunos de ellos se esperaban en Rancho Boyeros el lunes 28. Las operaciones aéreas estaban a cargo de un excoronel dominicano nombrado Freddie, y se habían procurado «tanques panzudos» para su utilización como bombas incendiarias (posiblemente de napalm) y explosivos de demolición. Los aviones serían tripulados por un grupo de 30 americanos. Para su pronta salida, se necesitaban 100,000 dólares. Mario Salabarría, jefe de la Policía Secreta, y Manolo Castro, quien se encontraba en esos momentos en Miami, estaban solicitando fondos. El informante creía que las tripulaciones de los aviones exigían el depósito del dinero en efectivo antes de despegar, y estimaba que la aventura había costado hasta ese momento entre cinco y siete millones de dólares.

El Cuartel General en La Habana —concluía el informe—, había anunciado que no habría ningún cambio en los planes tras

las revelaciones de los periódicos y las órdenes de Grau. Las tropas, estimadas por la fuente entre 4,500 y 5,000 efectivos, estaban siendo congregadas en Holguín y transportadas a Antilla; se hallaban muy bien equipadas con rifles, ametralladoras y municiones, y habían recibido unos veinte días de entrenamiento «para la revolución, no para un ataque militar». Los desembarcos serían en la costa de la República Dominicana y los ataques aéreos sobre Ciudad Trujillo. Se contaba fuertemente con la ayuda interior para el éxito de la revolución.

Norweb apostilló que, en esencia, esta información era semejante a las recibidas poco a poco de otras fuentes y altamente valorada por su precisión, aunque la Embajada estaba comprobando más lo relativo a los aviones. Y concluyó: «A las 5 p. m. todavía estoy esperando una contestación del ministro de Estado, quien estoy seguro ha visto al presidente. Él evidencia una creciente resistencia y es crítico de las historias de prensa calificadas como ‘sondas norteamericanas’». ²⁸

Alrededor de las 7:00 p.m., Norweb telegrafió de nuevo al secretario de Estado para comunicarle que a última hora de esa tarde el presidente Grau le había informado que se estaban «tomando medidas enérgicas para sofocar la actividad revolucionaria» que tenía lugar en suelo cubano y estaba dirigida contra la República Dominicana. Le dijo, además, que se emitiría «una declaración pública a este efecto y otras subsecuentes como garantías de la situación». ²⁹

A juzgar por las palabras de Grau, la suerte de la expedición estaba echada: sería sofocada, tal como le había pedido George Marshall. Sin embargo, el Gobierno no procedió de inmediato contra los expedicionarios, ni emitió declaración pública alguna, por lo cual pareció que detrás del compromiso oficial se escondía alguna artimaña del mandatario auténtico.

²⁸ *FRUS*, 1947, p. 647.

²⁹ *Ibidem*, pp. 647-648.

Los duendes de Trujillo

La operación mediática iniciada con las declaraciones de Ortega Frier, abrió la caja de Pandora de donde comenzaron a brotar los demonios de la expedición. En efecto, a partir de entonces proliferaron informaciones, comentarios y rumores que parecían dirigidos a acreditar las imputaciones del régimen dominicano y atentar contra el éxito del plan invasor. Resulta muy sintomático que la mayor parte de esas noticias se originaran en los Estados Unidos, cuyo Gobierno temía una explosión revolucionaria en el Caribe, eventualidad ante la cual prefería seguir lidiando con Trujillo.

En Cuba, la expedición continuó siendo del dominio público, lo que aumentaba las posibilidades de que las indiscreciones trascendieran a los medios de difusión. No obstante, al parecer funcionó una especie de pacto de silencio entre los ámbitos políticos y mediáticos, pues se publicaban las informaciones y los comentarios procedentes del extranjero, pero se mantenían a buen recaudo las evidencias sobre los preparativos revolucionarios en Cuba. Salvo contadas excepciones, el enfoque de los políticos y la prensa era crítico hacia la dictadura trujillista y favorable a los movimientos que luchaban por la democracia en la República Dominicana. Tal actitud no significaba una identificación con los planes del gobierno de Grau: era solo un reflejo de la repulsa casi unánime que concitaba el régimen despótico de Quisqueya en la sociedad cubana.

Trujillo, por su parte, siguió manipulando al unísono los recursos de la diplomacia y la denuncia pública. Esa combinación le aseguraba que los ajetreos tras bambalinas salieran con frecuencia a la luz pública y ocuparan los cintillos de los periódicos. Y esto, a su vez, incentivaba la publicación de otras informaciones, comentarios y rumores, que generaban nuevos trajines diplomáticos.

Dándole continuidad a su operación mediática, el 28 de julio el Gobierno dominicano emitió un anuncio oficial en el que ratificaba las denuncias del embajador Ortega Frier. Al mismo tiempo, declaró que había recibido informes fidedignos de que se preparaba públicamente una invasión revolucionaria contra su país. A modo de

colofón, advirtió que se encontraba listo para rechazar cualquier agresión y aseguró que reinaba la tranquilidad en toda la nación.³⁰

Entretanto, la Administración norteamericana evaluaba las nuevas informaciones en su poder y adoptaba una posición oficial muy cautelosa antes de emprender otras acciones. Ello se infiere de las declaraciones de funcionarios autorizados, que fueron difundidas en varios despachos y comentarios de prensa fechados el 28 de julio, en Washington.

Según la UP, un vocero del Departamento de Estado manifestó que el Gobierno de los Estados Unidos estaba esperando informes de sus representantes antes de iniciar actuación alguna respecto a las acusaciones de que «comunistas revolucionarios» preparaban una invasión de la República Dominicana desde Cuba. En el ínterin, estudiaba con interés los informes remitidos por los diplomáticos de los Estados Unidos en la zona antillana.³¹

Otro cable de la misma agencia era más explícito: Lincoln White, vocero del Departamento de Estado, informó que esa entidad había recibido, por los conductos usuales, rumores relativos a la existencia de tropas que se estaban preparando en Cuba para embarcar en una expedición contra el gobierno del presidente Trujillo. El Departamento no poseía información concreta ni detalles al respecto, por lo que no se habían dado instrucciones para realizar investigaciones especiales. En consecuencia, no contaba con elementos suficientes para hacer comentarios, pero de ser ciertos los rumores el asunto interesaría a los Estados Unidos. No podía anticipar la posición de su Gobierno en tal caso, pues ella dependería de los informes que se obtuvieran.³²

Pero la información que omitían los gobiernos de Cuba y los Estados Unidos, comenzó a ser pródigamente difundida por el diario *Miami Herald*. Sus artículos contenían tantos detalles y eran tan oportunos, que traslucían el propósito apenas velado de hacer fracasar la expedición. Así, el 28 de julio publicó, sin revelar su

³⁰ *Información*, año XI, no. 178, martes 29 de julio de 1947, p. 16.

³¹ *Ibídem*.

³² *Ibídem*.

fuelle, que en la costa oriental de Cuba estaba preparada una «flotilla rebelde» que participaría en la invasión a la República Dominicana. La flotilla, ubicada en el puerto de Baracoa, se componía de seis barcos fruteros, dos cañoneros y 3,000 hombres. De estos, unos ochocientos eran cubanos, estaban armados con fusiles norteamericanos y a cada uno se le había ofrecido una prima de enganche de 1,000 dólares más el botín que hicieran. Se había fijado el primero de agosto para la salida, pero como esta había perdido su carácter secreto, acaso se anticipara.³³

Al día siguiente, el diario habanero *El Crisol* publicó un comentario en el que mezclaba hábilmente las negativas del gobierno de Grau y el supuesto desconocimiento de las autoridades norteamericanas acerca de los preparativos expedicionarios, con revelaciones de oficiales del Ejército cubano y noticias sobre la tranquilidad reinante en la República Dominicana, todo ello con el evidente propósito de desacreditar las denuncias del gobierno de Trujillo.

El anónimo comentarista calificó de infundadas y fantásticas las declaraciones del embajador Ortega Frier, las cuales —dijo— habían sido recibidas con escepticismo y frialdad tanto en Washington como en La Habana. Si eso no era suficiente para desvirtuar las manifestaciones del embajador dominicano —añadió—, el jefe del Distrito Militar de Oriente, coronel Epifanio Hernández, había transmitido al general Genovevo Pérez Dámera, jefe del Ejército, una comunicación del capitán Abelardo Azcuy, jefe de la capitanía de Antilla, en la cual afirmaba haber comprobado personalmente que no habían salido expediciones de ese puesto y que no existían en la zona las concentraciones de hombres denunciadas por el representante de Trujillo. Para el articulista, esta información directa de un jefe militar que se encontraba sobre el terreno, era la mejor respuesta de Cuba a las protestas dominicanas. Y, cual si fuera portavoz del Gobierno cubano, agregó que no se negaba en La Habana que los grupos de dominicanos exiliados en distintos países del continente no habían renunciado a la esperanza de

³³ *Ibidem*.

librar a su país de la dictadura de Trujillo y que los anhelos de esos exiliados hallaban eco simpático, tanto en los pueblos como en los gobiernos democráticos de nuestra América. Pero de eso a despachar expediciones militares, según los círculos oficiales, había mucha distancia. Y concluyó el comentarista de *El Crisol*:

Naturalmente, el señor Trujillo teme que un desembarco revolucionario en Santo Domingo produzca un estallido popular incontenible y [...] por eso [...] se le antojan duendes sus dedos y [...] hacen acusaciones mal fundadas sus representantes diplomáticos. Una prueba de que tales acusaciones carecen de base nos la da el propio Sr. Ortega Frier cuando dice haber tenido informes de que 1,000 hombres salieron el viernes de Antilla en un barco para desembarcar en Santo Domingo. Esos [...] hombres deberían estar ya batiéndose en la hermana república, de ser ciertas las acusaciones del embajador. Pero [...] hasta ahora no se ha disparado un tiro en ese país.³⁴

El *Miami Herald* volvió ese mismo día sobre los preparativos expedicionarios mediante la publicación de dos interesantes informaciones. La primera citaba un cablegrama enviado al diario por el canciller de la República Dominicana, Arturo Despradel, en el cual informaba que el caso de invasión a ese país había sido puesto en conocimiento de las Naciones Unidas y que el ejército, así como la mayor parte del pueblo dominicano, «que apoyan al Gobierno del presidente general Rafael L. Trujillo, estaban preparados a repeler la agresión».³⁵ El periódico agregó haber recibido informes en el sentido de que dos bombarderos de los revolucionarios atacarían la capital dominicana el miércoles 30 o el jueves 31 de julio.

La segunda información del diario se refería a la escuadrilla invasora que estaba concentrándose en el extremo oriental de Cuba, para llevar un ejército de «exiliados y mercenarios» a la República Dominicana a fin de derrocar el régimen de Trujillo. Según el redactor del artículo, H. Stuart Morrison, sus no identificados

³⁴ *El Crisol*, año XII, no. 169, martes 29 de julio de 1947, p. 1, col. 1 y p. 16, col. 1.

³⁵ *Información*, año XI, no. 179, miércoles 30 de julio de 1947, p. 1, col. 3 y p. 16, col. 3.

informantes estimaban que el grupo estaba «recibiendo armas de los comunistas cubanos»³⁶ y que la fecha fijada para el ataque era el primero de agosto. A tal fin, un transporte con 600 jóvenes cubanos, armados con rifles norteamericanos del tipo usado en la Primera Guerra Mundial, ya había llegado al lugar de concentración. La fuerza expedicionaria —añadió—, era de al menos dos mil hombres, y a los cubanos se les había ofrecido 1,000 dólares por cabeza para participar en la invasión.

Entretanto, las autoridades cubanas y norteamericanas mantenían, en lo esencial, sus posiciones. Michael Mc Dermott, vocero del Departamento de Estado, declaró que los representantes de los Estados Unidos en la zona del Caribe continuaban haciendo acopio de los rumores referentes a una invasión a la República Dominicana, pero no se habían recibido todavía suficientes detalles para comentar el asunto. Por su parte, el cónsul cubano en Nueva York, Reinaldo Fernández Rebull, desmintió los rumores según los cuales se estaba prestando ayuda financiera y trato preferencial a las personas que solicitaban visas a fin de sumarse a una expedición que, presuntamente, se estaba «formando en Cuba, para derrocar al Gobierno de la República Dominicana».³⁷

¿Expedicionario o paracaidista?

El pacto de silencio de la prensa y los políticos cubanos, si en verdad existió, estaba condenado a una vida efímera. El 30 de julio, a escasos cuatro días de la denuncia de Ortega Frier, el diario *¡Alerta!* publicó en exclusiva, con titular a ocho columnas en primera plana, dos informaciones enviadas desde Holguín por su corresponsal, Germán Cruz Agramonte, las cuales confirmaban la existencia de preparativos para una expedición con destino a la República Dominicana.

Sin citar fuentes, el periodista recogió «afirmaciones» de que en el Instituto Tecnológico de La Pantoja y en la barriada

³⁶ *Ibídem.*

³⁷ *Ibídem.*

de Mayabe —a cuatro y dos kilómetros de Holguín, respectivamente— funcionaban campos de entrenamiento donde recibían instrucción militar numerosos reclutas que participarían en una expedición armada que saldría por puertos de la provincia de Oriente rumbo a la República Dominicana, con el propósito de derrocar a Trujillo. Precisó que habían pasado por Holguín rumbo al puerto de Antilla varios camiones repletos de expedicionarios, a los cuales se habían sumado algunos simpatizantes holguineros. Todos ellos se unirían a otras fuerzas que se organizaban en distintas naciones americanas. El insólito movimiento bélico había alarmado al vecindario de la ciudad y los puertos de la provincia.

A continuación, Agramonte fue al meollo de su descubrimiento. El 28 de julio había ingresado en el Hospital Civil de Holguín el ciudadano Francisco Miguel Román, natural de Santo Domingo y mayor de edad, por graves lesiones sufridas —según dijo— al caerse de un camión en que viajaba acompañado de numerosos compañeros que iban en dirección al puerto de Antilla, procedentes del Instituto Tecnológico de La Pantoja. Al ser reconocido por el médico de guardia, Román presentaba escoriaciones en la cara y una luxación en el antebrazo. Se le estaba haciendo una radiografía para comprobar si tenía fracturas óseas. Su estado era grave. Y concluía el corresponsal:

En un registro que le fue practicado por un enfermero del hospital, en presencia de un vigilante de la Policía Nacional, se le ocuparon varios pasajes por avión entre La Habana y la República Dominicana; un pasaporte visado por los consulados de Cuba y Santo Domingo y la suma de \$5,206 en monedas de oro, al parecer de la República Dominicana. Se dice que el lesionado es oficial instructor de los expedicionarios que se encuentran en un campo de entrenamiento que existe en este término, de donde saldrán próximamente rumbo a la República Dominicana con el propósito de derrocar, por medio de las armas, al presidente Rafael Leónidas Trujillo.³⁸

³⁸ *¡Alerta!*, año XIII, no. 179, miércoles 30 de julio de 1947, p. 1, cols. 6-8.

Se trataba, sin duda, del joven dominicano que había sufrido el ataque de nervios en el campamento expedicionario. Había evidencias, pues, de que las acusaciones de Trujillo no carecían de fundamento.

¡Alerta! condimentaba su revelación con dos noticias de las cuales también se hicieron eco otros diarios. La primera informaba sobre una visita del general Genovevo Pérez Dámera a Holguín con el propósito de realizar una inspección al regimiento del Ejército allí radicado que, junto al de Santiago de Cuba, cubría la vigilancia de la zona oriental. La segunda daba cuenta de las medidas de vigilancia puestas en práctica, por razones desconocidas, por fuerzas del Ejército en el interior de la Isla. Estas consistían en el registro minucioso de todos los vehículos que entraban y salían de las provincias de Camagüey y Matanzas, y de la ciudad de Cienfuegos, así como de sus ocupantes. «El Estado Mayor del Ejército [acotó *¡Alerta!*] así como el buró de prensa de esa fuerza armada, guardan hermética reserva en relación a estos hechos, negándose a dar informes que arrojen un poco de luz sobre las extrañas medidas dictadas».³⁹ Se podía colegir que ambas informaciones estaban vinculadas con el proyecto libertador dominicano.

Las revelaciones de la prensa cubana, las acusaciones de Trujillo y las presiones norteamericanas no podían dejar indiferente al Gobierno de Cuba. Y todo hace suponer que Grau se atemorizó por las consecuencias que el curso tomado por el difereando político-diplomático pudiera traer para Cuba y para la propia expedición. El presidente se encontraba en una encrucijada: tenía empeñada su palabra con los revolucionarios dominicanos —a quienes, al parecer, deseaba realmente ayudar— y, al mismo tiempo, no era capaz de resistir las presiones yanquis. De ahí su ardid de transferir a los expedicionarios para Cayo Confites.

Aislados en tan recóndito lugar, los expedicionarios podían continuar su entrenamiento y mantenerse al amparo de indiscreciones que dieran pábulo a otras denuncias de Trujillo y a nuevas

³⁹ *Ibídem*, p. 2, col. 8.

exigencias del Gobierno de los Estados Unidos. De esa forma, Grau ganaba el tiempo necesario para que la expedición se alistara, mientras el asunto perdía actualidad y desaparecía de las primeras planas de los periódicos. Tal maniobra exigía que las autoridades cubanas negaran, como lo estaban haciendo, la existencia de los preparativos revolucionarios en Cuba y de las interpelaciones del Gobierno dominicano. En este contexto, es lícito pensar que las «filtraciones» de la prensa sobre las pesquisas del Ejército tenían el propósito de acreditar la presunta determinación del Gobierno a localizar la expedición para aniquilarla. Entretanto, los barcos podrían zarpar y lo que ocurriera después sería tan trascendental que poco importaría de dónde había partido.

Semejante táctica, que pone de manifiesto las veleidades de Grau San Martín, suponía que la presencia de los expedicionarios en Cayo Confites se mantuviera en el más absoluto secreto. Y, en las condiciones de Cuba, ese resultaba un punto muy vulnerable. No obstante, la suerte vino en auxilio del líder auténtico, pues al Gobierno de los Estados Unidos le falló la información en el momento preciso y quedó algo desconcertado. De ello dejó elocuente constancia un informe de su Embajada en La Habana: «Julio 29-30. La salida de las embarcaciones fue reportada en la prensa. Se asumió popularmente que el esfuerzo había sido suprimido o que la invasión estaba teniendo lugar. La Base Naval de Guantánamo, que había estado haciendo observaciones, perdió la pista de los barcos».

Al día siguiente de las sensacionales revelaciones de *¡Alerta!*, algunos diarios habaneros publicaron una declaración de Juan Bosch sobre el expedicionario recluido en el Hospital de Holguín. El destacado escritor y político dominicano aprovechó la oportunidad para denunciar el *modus operandi* del espionaje de Trujillo en Cuba, así como el respaldo publicitario que brindaban al dictador los periódicos de Miami y algunas agencias de prensa norteamericanas.

Según Bosch, Francisco Miguel Román era un agente provocador de Trujillo, cuyas señas se correspondían con las de una persona que, de acuerdo con el movimiento clandestino dominicano,

sería lanzada en paracaídas desde un avión sobre el territorio cubano. Ello explicaba las heridas que lo habían llevado al Hospital Civil de Holguín. Los datos publicados por *¡Alerta!* parecían confirmar tal sospecha, pues si Román iba en un camión con otros compañeros, era increíble que cayera y no lo hubieran recogido.

Román tampoco podía aclarar, argumentó Bosch, por qué se le habían hallado encima más de cinco mil pesos en oro, un pasaporte visado y varios pasajes aéreos entre la República Dominicana y Cuba, pues en caso de que fuera cierto que había revolucionarios concentrados en Holguín y que Román estuviera con ellos, seguramente no habría podido conservar tanto dinero y documentos tan sospechosos sin que sus jefes lo hubieran advertido.

«El episodio Román [enfaticó Bosch] ha sido planeado para poder difundir desde el supuesto sitio de origen, una noticia confirmatoria de las fantásticas producidas por los funcionarios del Gobierno dominicano, a fin de tener base con que sustentar la acusación que hizo contra Cuba tan a la ligera y para su eterno ridículo, el embajador de Trujillo en Washington».⁴⁰

Bosch manifestó que, como estaba seguro de sus informaciones, había transmitido al jefe del Ejército y al jefe de la Policía de Cuba sendos telegramas —cuyos textos adjuntaba a su declaración— en los cuales denunciaba a Román como agente provocador de Trujillo. Y reveló que, además de Román, numerosos agentes extranjeros, en especial norteamericanos, del sistema de espionaje de Trujillo, estaban llegando a Cuba. Uno de ellos era un joven que transportaba informaciones de La Habana a Miami, donde las entregaba al cónsul dominicano.

Señaló Bosch que una denominada «Oficina de Investigaciones Cubana» trabajaba en esos menesteres y para enviar sus informes a Santo Domingo se valía de cierto agregado de una misión europea. Y añadió que algunos altos funcionarios extranjeros radicados en Cuba, cuyos nombres daría en caso de que prosiguieran sus actividades, formaban parte del complot de publicidad contra la Isla organizado por Trujillo, a pesar de que lo hacían a espaldas de sus

⁴⁰ *El Crisol*, año XIII, no. 171, jueves 31 de julio de 1947, p. 1, col. 1 y p. 16, col. 2.

superiores. Aunque, a juicio de Bosch, todas esas informaciones se basaban en mentiras, estas eran publicadas en periódicos adictos a Trujillo, como los diarios de Miami, de donde se retransmitían a toda América por las agencias de noticias envueltas en el asunto. «Cogido en su propia falsedad [finalizó el escritor dominicano] Trujillo pretende ahora sacar partido de su error colocando a Cuba en una situación defensiva ante la ONU y ante los demás gobiernos de América. Está en su papel, el de provocador de disturbios en la familia americana de naciones».⁴¹

Las afirmaciones de Juan Bosch tendían a revertir en favor del movimiento revolucionario dominicano la situación creada por el expedicionario víctima del ataque de nervios y quitarle a Trujillo la iniciativa en el terreno propagandístico. Todo hace pensar que lo logró, no solo porque sus argumentos resultaban verosímiles y la opinión pública cubana les dio crédito, sino porque sobre este punto la propaganda trujillista enmudeció.

Dados los notorios vínculos de Bosch con Ramón Grau San Martín y, sobre todo, con Carlos Prío Socarrás —a la sazón ministro del Trabajo—, sus declaraciones permiten colegir que el Gobierno cubano y los revolucionarios dominicanos estaban sobre la pista del espionaje de Trujillo en Cuba y compartían informaciones al respecto. En ese sentido, la revelación acerca de la misteriosa «Oficina de Investigaciones Cubana» tendría importantes consecuencias en los días sucesivos.

En este complicado escenario, el 29 de julio el jefe de la Policía Nacional, coronel Fabio Ruiz Rojas, confirmó las versiones circulantes sobre un urgente viaje suyo a los Estados Unidos y puntualizó que saldría al día siguiente, por vía aérea, hacia Washington a fin de entrevistarse con el jefe del Buró Federal de Investigaciones (FBI), John Edgar Hoover. Ruiz Rojas no dio a conocer el motivo del viaje, pero se supo extraoficialmente que se trataba de una conferencia para adoptar medidas de seguridad en la América Latina, ante el auge de las «ideas totalitarias» en algunos países. En horas de la noche, el jefe de la Policía Nacional se entrevistó

⁴¹ *Ibídem.*

con el presidente Grau San Martín. Al salir, dijo que había ido a despedirse y que en los Estados Unidos se proponía «comprar armamentos» para el cuerpo que comandaba y «estudiar la organización de la policía norteamericana».⁴²

Al día siguiente, poco antes de partir rumbo a Miami, Ruiz Rojas precisó que en los Estados Unidos ultimaría negociaciones iniciadas hacía algún tiempo por subordinados suyos a fin de comprar 50 perseguidoras, armas y parque para la Policía, y reiteró que, por supuesto, se proponía visitar al director del FBI. «Aunque no lo dijo el jefe de la Policía cubana [comentó el diario *Información*] se rumoró que su visita a Edgar Hoover tiene relación con las medidas que habrán de implantarse en varios países latinoamericanos, para reprimir las actividades de los elementos tildados de totalitarios».⁴³

Ciertamente, la Guerra Fría avanzaba a toda máquina y el FBI dirigía operaciones a escala hemisférica y brindaba asesoramiento a los cuerpos policiales de la América Latina a fin de reprimir a las organizaciones comunistas e izquierdistas de la región. Y como el gobierno de Grau se había sumado a la nueva ola reaccionaria, parecía natural que el jefe de la Policía Nacional viajara a los Estados Unidos y sostuviera conversaciones con Hoover. Para mayor evidencia, el 29 de julio el propio Ruiz Rojas al frente de un aparatoso despliegue policial y en virtud de una resolución del ministro Carlos Prío, había desalojado del Palacio de los Trabajadores a los legítimos dirigentes comunistas de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) y había ocupado el local, para luego entregarlo a los apócrifos líderes sindicales sumisos al Gobierno. Pero visto el curso del contencioso internacional en el área del Caribe, también era lógico suponer que el viaje de Ruiz Rojas estuviera relacionado con la expedición revolucionaria que se organizaba en Cuba contra el régimen de Trujillo.

En Santo Domingo, mientras tanto, el dictador movilizaba —o simulaba movilizar— a sus tropas ante la presunta inminencia de la invasión. Sus acciones y declaraciones tenían el claro propósito

⁴² *Información*, año XI, no. 179, miércoles 30 de julio de 1947, p. 1, col. 1 y p. 16, col. 3.

⁴³ *Ibidem*, no. 180, jueves 31 de julio de 1947, pp. 1 y 16.

de disuadir a los participantes de la expedición y a los revolucionarios que la secundarían a su llegada al territorio nacional. En este empeño, el *Generalísimo* contó también con la colaboración de algunos medios de prensa de los Estados Unidos.

En efecto, el 30 de julio el *Miami Daily News* publicó declaraciones de un vocero oficial dominicano según las cuales las reservas militares del país, incluyendo a todos los hombres aptos para el servicio, habían sido parcialmente movilizadas; seis aviones —con sus cargas completas de bombas— y unidades navales estaban realizando operaciones de reconocimiento hasta lugares a ciento cincuenta millas en aguas adyacentes a la República Dominicana, en espera de la «inminente invasión revolucionaria, inspirada por los comunistas y financiada y entrenada con la ayuda de los gobiernos de Venezuela y Guatemala y la colaboración pasiva de Cuba». Y concluyó que la revolución encabezada por Ángel Morales, Juan Bosch y otros tenía «por lo menos seis aviones en el aeródromo de Santa Fe, Cuba, más dos transportes, un DC-3 y un DC-4».⁴⁴

Tras ratificar que una invasión militar procedente de Cuba se estaba aproximando, el *Generalísimo* admitió que su Gobierno no podría resistir militarmente una invasión en gran escala, pero tenía completa confianza en las Naciones Unidas y en la eficacia de los principios interamericanos expresados en el Acta de Chapultepec. Y añadió que la Secretaría General de la ONU había sido completamente informada sobre este asunto.⁴⁵

De la parte cubana continuaron las negativas. En esta ocasión tomó la palabra el doctor Ricardo Plasencia, hombre de negocios de Holguín y presidente de la Sociedad Patriótica Cubana, quien el 30 de julio declaró en Miami que las informaciones de que cerca de Holguín se estaban entrenando elementos revolucionarios para una invasión a la República Dominicana, eran «increíbles». Manifestó, además, que si tal cosa estuviera sucediendo, él de seguro se habría enterado de ello. Agregó que era totalmente imposible ocultar las mencionadas actividades militares a los 850 civiles residentes en la zona en torno a La Pantoja. Y precisó que como

⁴⁴ Ibidem.

⁴⁵ Ibidem.

a una milla de allí se encontraban en cuarteles 2,500 soldados del Ejército, muchos de ellos veteranos, por lo que «sería muy difícil silenciar las noticias sobre tales actividades militares».⁴⁶

Ese mismo día, el jefe de la Policía de Baracoa, capitán Arsenio Escalona, desmintió las revelaciones del *Miami Herald*, aseguró que nada sabía acerca de la supuesta «flota rebelde» y que en dicha ciudad no existían «movimientos armados de ningún tipo».⁴⁷

Una cana al aire

Con nuevas informaciones en su poder, el 31 de julio el gobierno de Trujillo emprendió una escalada en su cruzada diplomático-mediática. La inició el secretario de Estado de Relaciones Exteriores, Arturo Despradel, mediante una nota dirigida al encargado de negocios interino de Cuba en Ciudad Trujillo. El documento explicaba que, no obstante lo expresado por el ministro de Estado cubano de que los informes que le había transmitido sobre las actividades revolucionarias habían sido comunicados a las autoridades competentes para su debida atención, el Gobierno dominicano seguía recibiendo informaciones por las cuales se evidenciaba que los preparativos militares revolucionarios que de manera pública se realizaban en Cuba para organizar una expedición contra su país, lejos de desaparecer, continuaban febril y progresivamente en zonas de las ciudades de Holguín, Antilla y Baracoa.

Despradel le recordaba que entre las materias que habían ocupado con mayor interés la atención de las distintas conferencias interamericanas celebradas durante los últimos años con el propósito de darle un sentido más efectivo y realista al principio de la solidaridad continental y a la cooperación entre los pueblos y gobiernos del continente, figuraba la relativa al deber que tenía todo Estado americano de evitar actividades en su territorio encaminadas a fomentar en otro Estado americano luchas civiles, disturbios internos o la propagación de ideologías subversivas,

⁴⁶ *Ibidem*, p. 16.

⁴⁷ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 180, jueves 31 de julio de 1947, p. 1, col. 2.

que alteraran el orden y la paz de ese Estado y afectaran la pacífica convivencia de los pueblos de la región.

A continuación señalaba las convenciones y protocolos en los cuales se formulaba y establecía ese deber jurídico y moral, con especial mención a la Resolución VII de la Segunda Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas, celebrada en La Habana, en julio de 1940.⁴⁸ Esta reunión —acotó— había recomendado a las repúblicas americanas emplear los medios necesarios para evitar que sus habitantes, nacionales o extranjeros, tomaran parte, reunieran elementos, pasaran la frontera o se embarcaran en su territorio con el objetivo de iniciar o fomentar una lucha civil o disturbios internos y propagar ideologías subversivas en otro país americano. Subrayó que los principios en que se había inspirado esta Resolución habían sido posteriormente reafirmados, no solo dentro del Sistema Interamericano, sino también en la Carta de las Naciones Unidas suscrita en la ciudad de San Francisco, en 1945.

⁴⁸ La Resolución VII «Contra la propagación de doctrinas tendientes a poner en peligro el común ideal democrático interamericano o comprometer la seguridad y neutralidad de las Repúblicas Americanas», reafirmó la adhesión al «ideal democrático prevaleciente» en dichas repúblicas, así como su neutralidad, y recomendó a sus gobiernos la adopción de las disposiciones necesarias para «extirpar en las Américas» la propaganda de las doctrinas tendientes a poner en peligro el «común ideal democrático interamericano» y así eludir cualesquiera actividades capaces de comprometer la «neutralidad americana». A tal fin, recomendó las reglas siguientes: «a) Emplear los medios necesarios para evitar que los habitantes de su territorio, nacionales o extranjeros tomen parte, reúnan elementos, pasen la frontera o se embarquen en su territorio para iniciar o fomentar una lucha civil o disturbio interno o propagar ideologías subversivas en otro país americano; b) Desarmar e internar toda fuerza rebelde que traspase sus fronteras [...]; c) Prohibir el tráfico de armas y material de guerra salvo cuando fueren destinados al Gobierno, mientras no esté reconocida la beligerancia de los rebeldes, caso en el cual se aplicarán las reglas de neutralidad; d) Evitar que en su jurisdicción se equipe, arme o adapte a uso bélico cualquier embarcación destinada en interés de la rebelión». Recomendó, además, la promoción de reglas y procedimientos para facilitar la acción de las autoridades policiales y judiciales en la represión de dichas actividades ilícitas; la prohibición de «toda actividad política de individuos, asociaciones, grupos o partidos políticos extranjeros», cualesquiera que fuera la forma con que la «disimularen o encubrieren», y encareció la comunicación recíproca de informaciones y datos acerca del «ingreso, no admisión y expulsión de extranjeros». (En *Diario de la Marina*, año CVIII, no. 180, martes 30 de julio de 1940, p. 19, col. 5).

Para el canciller dominicano era evidente que, de continuar en el territorio cubano los preparativos revolucionarios, el Gobierno de la Isla estaba en el deber jurídico y moral de adoptar con prontitud todas las medidas necesarias para conjurar una situación de la cual estaba debidamente informado, y para cuya solución contaba con la autoridad y los elementos indispensables. Y remataba su nota: «El Gobierno dominicano espera, en consecuencia, que las autoridades cubanas presten a este asunto la atención que corresponde, no solamente en mérito a la tradicional amistad que vincula a ambos pueblos y Gobiernos, sino también a las obligaciones jurídicas y morales establecidas por los acuerdos y resoluciones interamericanos a que me he referido».⁴⁹

Ese mismo día, Despradel ratificó ante la prensa que su Gobierno había reportado al Secretariado de las Naciones Unidas que en Cuba se estaban efectuando preparativos revolucionarios contra la República Dominicana, lo cual constituía una grave violación de los pactos internacionales. No obstante —precisó—, hasta ese momento la acción del Gobierno dominicano se había limitado a tener informado al Secretariado de la ONU para que el Consejo de Seguridad contara con la información previa, en caso de que ulteriormente se solicitara la acción que el Consejo estimara indispensable y dentro de su capacidad, a fin de preservar la paz en el Caribe.⁵⁰

En La Habana, Juan Bosch ofreció unas declaraciones referidas también a convenios y protocolos diplomáticos, pero con un enfoque diametralmente opuesto. El líder dominicano partió del documento enviado a la ONU en el cual Trujillo había confesado que en el plano militar no podría resistir una invasión, mas que tenía plena confianza en las Naciones Unidas y en la eficacia de los principios expresados en el Acta de Chapultepec. Sin embargo —objetó—, los principios y documentos a los cuales aludía el dictador consagraban el derecho de todos los pueblos, y por tanto también del dominicano, a vivir libres de terror y a darse democráticamente el gobierno que estimaran conveniente. Y como estas condiciones no se cumplían en la República Dominicana, Trujillo

⁴⁹ *Libro Blanco*, pp. 110-112.

⁵⁰ *Noticias de Hoy*, año X, no. 181, viernes 1 de agosto de 1947, p. 6, col. 6.

no tenía «derecho alguno [...] a reclamar la protección de convenios internacionales» que violaba día tras día. «En cuanto a su confesada incapacidad para resistir un ataque de la revolución antitrujillista [concluyó Bosch] consideramos que su única posición elegante, sería abandonar inmediatamente el poder y el territorio de nuestro país. Tendrá que abandonarlo de todas maneras, si logra salvar una vida odiada por dos millones de compatriotas».⁵¹

A todas estas, una expresión de Bosch según la cual la revolución dominicana era «tanto anticomunista como antitrujillista», unida a declaraciones anteriores en las cuales tomaba distancia de los comunistas, provocó una airada respuesta de *Noticias de Hoy*, órgano del Partido Socialista Popular (PSP). «Anti-trujillista primero, Sr. Bosch», tituló el diario un editorial en el que refutó la afirmación del líder dominicano —quien, dijo, hasta hacía poco era «visita diaria» en la sede del periódico—, a tiempo que calificó su posición como una claudicación ideológica y conjeturó que ello se debía tal vez a que «ya tenía la mente puesta en la cosa pública».⁵² El incidente debilitaba el consenso antitrujillista entre las fuerzas progresistas cubanas y constituía un lamentable éxito de la propaganda del *Benefactor*.

La escalada trujillista prosiguió el 31 de julio, pero esta vez en Washington, donde el embajador Julio Ortega Frier declaró haber recibido de su Gobierno noticias sin confirmar, según las cuales habían partido por mar y aire substanciales fuerzas para atacar la República Dominicana. Se trataba, precisó, de tres fuerzas invasoras: una, compuesta por dos grandes bombarderos equipados con bombas y tropas paracaidistas, que había partido desde Venezuela el 30 de julio y se dirigía a Ciudad Trujillo; otra, de aproximadamente mil hombres, que había salido de Cuba y se encontraba en territorio haitiano, cerca de la frontera dominicana, y una tercera, de unos mil quinientos hombres, acampada cerca de Holguín y Baracoa, lista para partir en aviones y lanchones.

A pesar de lo increíble de los rumores —comentó Ortega Frier—, tal parecía que los tres grupos estaban planeando atacar

⁵¹ *El Crisol*, año XIII, no. 172, viernes 1 de agosto de 1947, p. 1, col. 7 y p. 16, col. 2.

⁵² *Noticias de Hoy*, año X, no. 182, sábado 2 de agosto de 1947, p. 1, col. 6.

simultáneamente por la frontera a lo largo de la bahía de Manzanillo, con la intención de derrocar el gobierno del presidente Trujillo y establecer una república comunista en su lugar. Aclaró, sin embargo, que ninguno de esos grupos habían sido divisados por las autoridades de su país y que había hablado por teléfono con personas en la capital dominicana, donde reinaba una calma absoluta.

Menos del diez por ciento de los expedicionarios eran dominicanos, acotó Ortega Frier, y la mayoría estaba integrada por jóvenes cubanos que querían «echar una cana al aire», algunos venezolanos y puertorriqueños. Estimó que posiblemente el 80 % de los dominicanos, así como la totalidad de los cubanos y venezolanos, eran comunistas; y que quizá los informes circulantes en Cuba fueran meras fanfarronadas, pero tal parecía que había algo de cierto. «Desde hace dos meses [concluyó sarcásticamente] vienen circulando en Cuba rumores de que se están entrenando tropas en el territorio cubano para atacar a la República Dominicana, pero [...] el Gobierno cubano, controlado por los comunistas, no ha podido hallar evidencia alguna de ello».⁵³

Poco después, el secretario de Ortega Frier, José Vega, completó la información dada por su jefe: los buques referidos por este eran dos barcasas de desembarco y una corbeta, dotadas de artillería y ametralladoras; el punto de partida del contingente se hallaba entre Antilla (bahía de Nipe) y Baracoa.⁵⁴

Al parecer, ambas declaraciones se sustentaban en informaciones sobre el traslado de los expedicionarios de La Chiva a Cayo Confites, interpretadas por las fuentes trujillistas como la salida de la expedición hacia la República Dominicana. En consecuencia, el Gobierno dominicano ordenó el oscurecimiento del aeródromo de Ciudad Trujillo la noche del 31 de julio, y un funcionario oficial declaró que el régimen estaba preparado para hacer frente a cualquier emergencia.

Otras informaciones procedentes de la capital dominicana indicaban que la posibilidad de una invasión inminente se había

⁵³ *Información*, año XI, no. 181, viernes 1 de agosto de 1947, p. 1, col. 8 y p. 16, col. 2.

⁵⁴ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 181, viernes 1 de agosto de 1947, última página, col. 5.

tomado muy en serio. Así, el representante de la Pan American Airways anunció que todos los puertos aéreos de la República Dominicana serían mantenidos a oscuras esa noche, como precaución contra un bombardeo aéreo sorpresivo de «los comunistas». El puerto aéreo McAndrews, uno de los mayores del Caribe e importante punto de escala entre Norte y Sudamérica, se encontraba en estado de alerta desde el día 29, cuando llegaron noticias de que dos bombarderos estaban prestos a despegar de Venezuela para atacar a Ciudad Trujillo. Se decía, además, que la invasión podría comenzar la noche del 31 de julio, y, aunque no se apreciaba excitación alguna, el Cuartel General del Ejército anunció que estaba listo para cualquier eventualidad.⁵⁵

En correspondencia con la alarma en Santo Domingo, desde Puerto Príncipe las agencias de prensa notificaban que el Ejército haitiano se hallaba en estado de alerta y preparado para enfrentar todo tipo de contingencia.

Las noticias provenientes de los Estados Unidos desentonaban, curiosamente, con el alarmismo predominante. En Miami, Edward Tomlinson, un conocido escritor y comentarista de asuntos latinoamericanos, le restó importancia a la «inminencia» de una revolución en la República Dominicana debido a que los exiliados dominicanos no eran suficientes para comenzar una revolución y la República Dominicana tenía uno de los ejércitos mejor equipados en el Caribe. «Quienes intentaren una invasión [aseguró] tendrían que contar con un amplio apoyo militar. Ese apoyo solo podría ser dado por una gran potencia y ninguna de este hemisferio intenta hacer cosa alguna de esa naturaleza».⁵⁶

Otro experto en asuntos latinoamericanos, William Gaudet, declaró en Nueva Orleans que las informaciones sobre una invasión revolucionaria a la República Dominicana formaban parte de una amplia campaña lanzada por el gobierno de Trujillo. Añadió Gaudet que las noticias enviadas por sus representantes en Venezuela, República Dominicana y Cuba indicaban que no había

⁵⁵ *Información*, año XI, no. 181, viernes 1 de agosto de 1947, p. 1, col. 8 y p. 16, col. 2.

⁵⁶ *Ibidem*.

tal amenaza de invasión. Por el contrario, atestiguaban que la campaña «pagada por Trujillo» obedecía a dos razones: provocar el respaldo del pueblo norteamericano al gobierno del *Generalísimo* y crear un estado de crisis dentro de la nación que le permitiera aplicar con mayor facilidad medidas internas «de su hechura». En ese sentido, los partidarios del dictador desplegaban una propaganda enorme para aparentar la inminencia de una invasión, a fin de contrarrestar un movimiento opositor que se estaba incubando dentro del país. No obstante —aseguró Gaudet—, la oposición dominicana había sido tan reprimida que era muy improbable que lograra gran cosa.⁵⁷

A juzgar por las informaciones hoy disponibles, al concluir julio de 1947, tras cinco días de ajetreos diplomáticos y operaciones mediáticas, cuando al parecer se conocía bastante sobre la expedición antitrujillista, en realidad solo habían dos cosas ciertas: 1) Del proyecto revolucionario había desaparecido por completo el factor sorpresa, tan importante para asegurar su éxito. Sean cuales fueren el momento, la forma y el lugar de destino de la expedición, Chapitas estaría preparado para hacerle frente. Esto no condenaba el plan al fracaso, pero haría su costo humano más elevado; 2) Dos de los protagonistas principales de esta historia —los gobiernos de los Estados Unidos y la República Dominicana— ignoraban aún que las fuerzas expedicionarias habían comenzado a desembarcar en una estrecha faja de tierra situada al norte del archipiélago cubano denominada Cayo Confites.

⁵⁷ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 181, viernes 1 de agosto de 1947, última página, col. 6.

PARAÍSO INFERNAL

Llegamos al cayo de día, a las doce del día o algo así. ¡Oh, era el Paraíso, eran las Islas Hawai! [...] Pero a los pocos días se vio que era una cosa más complicada.

MIGUEL PUMARIEGA

Cayo Confites es un pequeño islote perteneciente al grupo insular de los Jardines del Rey o de Sabana-Camagüey, un conglomerado de 987 islas y cayos que se extienden por la costa norte de Cuba a lo largo de 465 kilómetros entre la península de Hicacos, en la provincia de Matanzas, y la bahía de Nuevitás, en la de Camagüey.

La mayor y más importante isla de los Jardines del Rey es Cayo Romano, que tiene aproximadamente setenta kilómetros de longitud, seis de anchura media y constituye la segunda de las islas adyacentes al territorio insular de Cuba después de la Isla de la Juventud, antes llamada Isla de Pinos. Por la época de la expedición ya Cayo Romano estaba poblado, producía sal y tasajo, y era famoso por la cantidad de caballos salvajes y otros animales que lo habitaban.

A Cayo Romano le siguen en dimensión e importancia los cayos Coco, Guajaba y Sabinal, clasificados también desde el siglo XIX como islas por el geógrafo cubano Esteban Pichardo, debido a su extensión y a la existencia de manto freático en ellos. Otros cayos de cierta notoriedad son los denominados Paredón del Medio, Verde, Cruz, Santa María y Confites.

Cayo Confites se extiende de norte a sur en forma de arco, cuyos extremos apuntan al oeste, o de luna que inicia su fase

creciente. De configuración irregular, mide unos 926 metros de largo, alcanza solo 185 metros en su parte más ancha y tiene un área de 0.25 kilómetros cuadrados. Se encuentra en los 22° 11' de latitud norte y los 77° 39' de longitud oeste y es el punto más exterior de esta porción de la costa cubana. Su unión con los restantes puntos costeros más exteriores de Cuba mediante una recta, constituye la línea base a partir de la cual se miden las 12 millas náuticas de anchura correspondientes al mar territorial de la República de Cuba.¹ Cayo Confites limita al norte con Cayo Lobos, a poco más de 22 kilómetros de distancia; al sur con Cayo Verde, a 7.4 kilómetros; al este con la Punta del Diamante, a la entrada del Canal Viejo de Bahamas y próxima al arrecife Múcaras, a unos 35 kilómetros, y al oeste con Cayo Cruz, a 8.3 kilómetros. Más al sur de Cayo Verde se halla Cayo Romano, distante 15 kilómetros de Cayo Confites, y por la fecha de la expedición antitrujillista se decía que cuando la marea era baja estos tres cayos quedaban unidos por un banco de arena.

Cayo Confites es muy bajo —apenas un metro sobre el nivel del mar—, estrecho, arenoso y carece de agua potable. En septiembre de 1947 varios órganos de prensa publicaron una información, atribuida a las cartas hidrográficas de la Sección de Bienes del Estado del Ministerio de Hacienda, según la cual el cayo presentaba rompientes al noroeste y al sudeste con profundidades de cinco a ocho brazas (de 8.36 a 13.37 metros, respectivamente) y de «más de dos mil pies» al este (unos 660 metros), «con calado suficiente para grandes barcos trasatlánticos».² Aunque las primeras de estas cifras se acercan a la realidad, la relativa a la costa este es muy exagerada pues tal profundidad solo se alcanza en pleno Canal Viejo de Bahamas, a varios kilómetros de Cayo Confites. Resulta curioso que semejante desatino haya proliferado, cuando incluso publicaciones no especializadas señalaban que la profundidad de las aguas en torno al cayo fluctuaba entre dos y cuatro brazas

¹ Decreto-Ley N° 1 del Consejo de Estado de la República de Cuba, 26 de febrero de 1977, en *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, año LXXV, no. 6, Edición Ordinaria, p. 15; *Diccionario geográfico de Cuba*, p. 97.

² *El Crisol*, año XIII, no. 221, sábado 27 de septiembre de 1947, pp. 1, 13 y última.

(de 3.34 a 6.69 metros).³ Las curvas a nivel de mapas más recientes indican profundidades de cuatro metros al oeste y de seis a diez metros al este del cayo.⁴

Cayo Confites pertenecía al Estado cubano, no se había arrendado a persona alguna y, debido a sus características, nadie se había interesado en su explotación. Solo había sido habitado por las dotaciones de soldados que se basificaron allí durante la Segunda Guerra Mundial y por algunas familias de pescadores.

Hay numerosas versiones del paisaje de Cayo Confites a la llegada del ejército antitrujillista. La mayoría coincide en que se trataba de un islote de grandes arenales y arrecifes, sin agua potable, infestado de mosquitos, con una vegetación muy escasa y raquítica compuesta de mangles, matojos, hierba, uvas caleta, un pino, un eucalipto y de tres a seis cocoteros. Por la costa sudoeste se extendía una playa en forma de media luna invertida, y en la extremidad meridional se ha señalado la existencia de un montón de piedras⁵ o de un promontorio de hermosas uvas caletas y algunos pinos jóvenes que daban buena sombra.⁶ El cayo estaba bordeado de arrecifes, pero cuando bajaba la marea algunos bancos de arena formaban playazos. La obra del hombre se reducía a una casita de madera y techo de guano, que un expedicionario describió pintada de azul, con un jardín de bulbos al frente y mucha hierba larga, fina y alta hasta la rodilla;⁷ tres ranchos o bohíos más pequeños, en perfecta alineación con la casita; otro más hacia el sur, cerca del embarcadero;⁸ y, en el extremo de la playa, un bajareque que cubría el casco a medio reparar de un balandro de pesca.⁹ Tanto las rústicas viviendas como una cantidad indeterminada de puercos y gallinas, habían sido dejadas por los pescadores al abandonar el cayo.

³ Luis J. Bustamante, *Enciclopedia popular cubana*, t. I, p. 532.

⁴ *Mapa de la República de Cuba*, Instituto de Geodesia y Cartografía, 2. ed – 1978 – E522, Hoja F18-5.

⁵ L. J. Bustamante, *Enciclopedia popular*, p. 532.

⁶ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 19.

⁷ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», *Carteles*, año 28, no. 42, 19 de octubre de 1947, p. 36.

⁸ Testimonio de Ángel Miolán, en *Política: Teoría y Acción*, p. 10.

⁹ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», *Carteles*, año 28, no. 42, 19 de octubre de 1947, p. 36.

A tan extravagante paraje comenzaron a llegar las tropas del ELA desde finales de julio de 1947.

Bautismo de sangre

En efecto, en horas del mediodía del 30 de julio atracó en Cayo Confites el buque *Aurora* y unos minutos después el *Berta*; ambos, repletos de expedicionarios. La goleta *Victoria* había sido perdida de vista desde el día anterior por causas desconocidas. El desembarco se efectuó por la costa este, que ofrecía las mejores condiciones para la operación, y demoró cerca de dos horas debido a la impericia de los marineros en abrir las compuertas de los barcos y lanzar las planchas por donde habrían de salir los hombres.

Encontrándose aún las tropas a bordo de las naves, sus jefes les ordenaron que, una vez en tierra, se mantuvieran en la playa hasta que se hiciera un inventario de las propiedades abandonadas por los pescadores. Los primeros en descender fueron los integrantes de una compañía del batallón Sandino, cuya misión consistía en montar una guardia en forma de cordón humano para impedir la violación de la mencionada orden. Desplegadas las fuerzas de vigilancia, comenzó el desembarco.

Según Humberto Lamothe, en esta ocasión Rolando Masferrer perpetró una «nueva canallada» al hacer que los hombres de su batallón (el Sandino) desembarcaran en botes, mientras que los restantes tuvieron que hacerlo a nado. En consecuencia, fue necesario remolcar hasta la orilla a muchos que no sabían nadar.

Uno de los primeros hombres en desembarcar, relató José Luis Wangüemert, trató de atravesar el cordón de seguridad tendido en la playa, por lo que desde el castillo de proa del buque *Aurora* un centinela le dio el alto. El joven hizo caso omiso y siguió corriendo. El centinela disparó al aire, pero el joven se volvió hacia él y se negó a obedecerle. Entonces el centinela, que tenía órdenes estrictas, tuvo que hacer fuego de nuevo, esta vez apuntándole a las piernas:

Pero la bala [precisó Wangüemert] rebotó en la arena y fue a herir al hombre en la cabeza. Le vimos caer tendido sobre la arena, en un charco de sangre [...] El centinela no sabía qué hacer con el rifle, y nadie se atrevía a acercarse al caído hasta que comenzó a moverse. Entonces todos corrieron a levantarlo [...] Media hora después, con la cabeza vendada, caminaba entre nosotros. Había recibido una herida a sedal.¹⁰

En su versión del suceso, Humberto Lamothe sostuvo que cuando los expedicionarios vieron tierra, se lanzaron desde la proa del barco. Ante la estampida, «Masferrer, colérico, ordenó a sus sabuesos que dispararan contra esos compañeros, hiriendo de gravedad en la cabeza a un soldado, a quien se dio por muerto sobre las arenas del cayo, pero, atendido oportunamente, se reestableció».

Pudo haber ocurrido de cualesquiera de las formas descritas, o incluso de otra. En todo caso, el incidente constituyó el absurdo bautismo de sangre del ELA. Su feliz conclusión abrió el camino a lo que algunos llamaron «carrera desenfrenada» hacia el cayo y otros «entusiasta instalación» en su geografía. En un santiamén los expedicionarios abarrotaron las rústicas viviendas, pero fue por breve tiempo pues el alto mando decidió establecer en ellas el Estado Mayor, las comandancias de los batallones y la Intendencia General.

Condenadas a la intemperie, las tropas recorrieron el cayo y requisaron todo lo que estimaron útil para construir lechos más blandos que la arena, y chabolas para guarecerse del sol, la lluvia y el sereno: tablas, sacos, hierba, hojas, tallos y ramas de mangle. Muy pronto cambió la decoración del islote: «La hierba alta y la mancha verde del mangle fueron cediendo terreno a la arena prieta, a medida que mil pares de manos comenzaron a segar y cortar».¹¹

Durante la exploración del terreno, los expedicionarios descubrieron los cerdos y las gallinas abandonados por los pescadores, y comenzaron una implacable cacería en medio de gritos, risas y malas palabras. «Los matamos enseguida. Masferrer mismo

¹⁰ *Ibíd.*, p. 37.

¹¹ *Ibíd.*, p. 36.

mató unos puerquitos y nos comimos todo aquello», aseguró Miguel Pumariega. «Si duraron diez minutos fue mucho», apuntó Humberto Lamothe, quien a su vez dejó un recuerdo menos agradable del episodio: «El batallón Máximo Gómez cazó tres cerdos [...] pero cuando empezamos a limpiarlos recibimos una orden de Masferrer para que [los] entregáramos [...] Nosotros nos negamos porque los otros habían sido cazados por los [otros] dos batallones [...] y no habían recibido reclamación alguna. Los oficiales del Máximo Gómez cedieron a la exigencia de Masferrer».

Al caer la tarde, todos los expedicionarios estaban instalados en el cayo: los principales jefes, en las casas abandonadas por los pescadores, la mejor de las cuales —que tenía incluso un juego de cuarto— la ocupó el general Juan Rodríguez; los soldados, en chabolas, improvisados colchones o sobre la arena, agrupados en grandes bloques, uno por cada batallón. El promontorio de uvas caleta y pinos jóvenes, situado al sur del cayo, se reservó a los ancianos que componían la impedimenta de la expedición, a quienes desde el primer momento la Intendencia General destinó los mejores alimentos. Una amplia explanada situada detrás de la Comandancia, fue seleccionada como polígono. Allí tendrían lugar las maniobras, ceremonias, cambios de guardia y revistas generales del ELA.

Concluida la jornada, los expedicionarios disfrutaron de un apetitoso sopón —plato único, bautizado así en El Ramón, a base de arroz blanco, chícharos o garbanzos, carne salada y viandas—, esta vez reforzado con la carne de los cerdos recién sacrificados. Se trataba, en aquellas circunstancias, de una buena comida, pero su distribución no fue equitativa. «La parte del peinís,¹² las costillas y el lomo [aseguró Humberto Lamothe] se las comieron los traidores de la expedición, Rolando Masferrer y comparsa». Para saciar la sed, además de beber del agua traída en los barcos, algunos hombres asaltaron los cocoteros y muy pronto acabaron con sus frutos. Al oscurecer, se encendieron hogueras; pero a las nueve de la noche todos dormían, sin quitarse las botas y el uniforme.

¹² Así aparece en el original. Debe tratarse del pernil.

Al día siguiente, se terminó de organizar el campamento, se entregaron las armas y se estableció lo que sería la rutina de Cayo Confites, con un horario bastante estricto:

- 06:00: Toque de diana, formación y ejercicios calisténicos. Durante la formación se leía la orden del día, por medio de la cual se informaba a la tropa de las tareas de la jornada y se designaba a las compañías que se ocuparían del servicio de agua (transportarla desde los barcos y distribuirlo), leña (buscar en el cayo todo lo que sirviera como combustible), vigilancia y policía.
- 07:00: Desayuno.
- 07:30: Entrenamiento militar.
- 10:30: Baño.
- 11:30: Almuerzo y descanso.
- 14:00: Academia (instrucción) de sargentos.
- 15:00: Academia general.
- 16:00: Baño.
- 17:00: Inspección de armas.
- 17:30: Jura de la Guardia, ceremonia que se efectuaba en el polígono, en presencia de todo el campamento, incluido el Estado Mayor del ELA, y consistía en la inspección del armamento de los soldados asignados al servicio de guardia.
- 18:00: Formación de las tropas —armas presentadas, saludo militar y toque de cornetas— para arriar la bandera dominicana, izada sobre un palo situado encima del caballete del bohío donde radicaba la comandancia del batallón Luperón.
- 18:30: Comida y descanso.

Los días sucesivos transcurrieron de forma similar, sin mayores novedades, pero el 3 de agosto un acontecimiento alteró la monotonía del cayo: la llegada de la goleta *Victoria*, escoltada por el cañonero 101 de la Marina de Guerra cubana, el mismo que había presenciado la salida de la expedición de Antilla. Los numerosos expedicionarios que traía a bordo estaban sucios, macilentos, y

tan débiles a causa del hambre y la sed que fue preciso ayudar a desembarcar a muchos de ellos.¹³

Después que comieron, bebieron y se repusieron, contaron lo ocurrido. Tras la salida de los buques *Aurora* y *Berta* de la bahía de Nipe, la goleta *Victoria* quedó al paio en el canal. Se les acabó el agua. Un pescador les vendió dos cubos, a peso cada uno. Al fin pudieron salir, pero perdieron el rumbo. Regresaron a la costa para bordearla. Sin agua ni comida, fueron sorprendidos por un mal tiempo. Los hombres, casi inconscientes, yacían sobre la cubierta o entre las inmundicias de la sentina. A la segunda noche, se perdieron dos muchachos: un cubano, de apellido Medina, y un venezolano. No se supo si habían caído al mar en uno de los bandazos de la embarcación o si se los había llevado una ola: el ruido del viento impedía que cualquier otro sonido se escuchara. A la mañana siguiente arribaron al puerto de Nuevitás. Un grupo de hombres fue a buscar agua con el práctico del puerto, y más de una decena de ellos se quedaron escondidos en el monte. Ya listos para seguir hacia Cayo Confites, el capitán de la *Victoria* se acobardó y varó la nave. Poco faltó para que lo lincharan. En eso llegó el cañonero 101. Los militares arrestaron al capitán traidor, enviaron un nuevo patrón en su lugar y tomaron la goleta a remolque.

La propia tarde del 3 de agosto, en la ceremonia de Jura de la Guardia, reunida ya la mayor parte de las tropas de la expedición, se les rindieron honores militares póstumos, correspondientes a los caídos en campaña, a los dos expedicionarios de la goleta *Victoria* desaparecidos, las primeras víctimas de Cayo Confites.¹⁴

¹³ La cantidad de hombres que transportó la goleta *Victoria* varía según la fuente. J. L. Wangüemert Máiquez («El Diario de Cayo Confites», p. 37) la calculó en unos ochenta. Sin embargo, para el anónimo expedicionario que publicó su diario de campaña en *Noticias de Hoy* (ver nota no. 14 del presente capítulo), el grupo estaba integrado por 300 combatientes, mientras que para E. de la Osa (*En Cuba: primer tiempo*, p. 197) eran cerca de 400.

¹⁴ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», *Carteles*, año 28, no. 42, 19 de octubre de 1947, p. 37; «La Odisea de Cayo Confites», anónimo, en *Noticias de Hoy*, año X, no. 233, miércoles 1 de octubre de 1947, p. 1, col. 3 y p. 6, col. 5.

Armas para Trujillo

Mientras los hombres del ELA comenzaban su adaptación a la vida en el cayo, el 31 de julio aterrizó en el aeropuerto Rancho Boyeros de La Habana un bombardero B-24 *Liberator* cuatrimotor, destinado a la expedición. La nave, comandada por el piloto norteamericano Chester H. Pickup, portaba municiones para fusiles y otros pertrechos militares. Tras su llegada, el comandante Camilo Chávez, jefe de la Aviación Militar del Ejército cubano, al frente de 50 hombres armados, se dirigió a la terminal aérea y confiscó el avión con toda su carga. Al día siguiente, el B-24 *Liberator* y dos *Vega Ventura* —también pertenecientes al movimiento antitrujillista— que se encontraban desde antes en Rancho Boyeros, fueron conducidos por pilotos militares cubanos hacia el aeródromo militar de Columbia, donde quedaron retenidos.¹⁵ Era una fehaciente muestra de la hostilidad del Ejército hacia la expedición.

En tanto, los gobiernos involucrados en el conflicto del Caribe, comenzaron en agosto de 1947 con una intensa actividad diplomática. El propio día primero, el secretario de Estado norteamericano, George Marshall, envió un telegrama secreto a su Embajada en Ciudad Trujillo, en el que rememoraba la visita que le había realizado el embajador Julio Ortega Frier el 8 de julio para solicitarle la revocación de la política de no proporcionar armas al Gobierno dominicano.

Marshall explicó que luego de un cuidadoso estudio, el Departamento de Estado había concluido que los Estados Unidos deberían considerar a la República Dominicana y a las demás repúblicas americanas sobre la misma base respecto al permiso de exportación o transferencia de armas. En consecuencia, se permitirían las ventas de armas a Trujillo cuando el Departamento concluyera que eran razonables y necesarias para mantener el orden interior, facilitar el ejercicio del derecho de autodefensa

¹⁵ 1947/52. *La bonanza de Cayo Confites y renovación del equipo*, en *Cuban Arms*, <http://www.geocities.com>; «Cayo Confites», en *Bohemia*, p. 113; *Cayo Confites: Plot to Invade the Dominican Republic*, Am Embassy Report 4434, 17 October 1947.

o cumplir la obligación internacional de proporcionar fuerzas de contingencia al Consejo de Seguridad de la ONU.

Tan interesantes como el cambio de política, fueron las razones que lo habían provocado. Y Marshall las expuso con suma crudeza:

Nuestra restrictiva política de armas hacia la República Dominicana y ciertos otros gobiernos funcionó mientras este Gobierno tuvo un virtual monopolio de las armas, lo que está lejos de ser el caso en la actualidad. Los factores políticos que abogan por el embargo son tan contundentes hoy como nunca y su actual revocación cae en el terreno pragmático. Si la República Dominicana va a armarse (como al parecer hará), entonces nuestra posición será más fuerte para tener voz en el asunto.¹⁶

El secretario de Estado no pudo ser más claro: Trujillo estaba decidido a incrementar su poderío bélico. Venderle armas, pues, equivalía a mantener una fuerte posición en los asuntos dominicanos, más ahora que el *Generalísimo* se hallaba bajo la amenaza de invasión por un ejército revolucionario en el cual figuraban elementos de presunta filiación comunista.

Pero el Gobierno norteamericano no se limitó a restablecer la venta de armas, sino que movilizó a sus fuerzas armadas a fin de descubrir las bases y los movimientos de la expedición antitrujillista. La decisión de las futuras operaciones se tomó el propio primero de agosto durante una reunión entre el subsecretario de Estado, Robert A. Lovett, y el almirante DeWitt C. Ramsey, vicejefe de Operaciones Navales de la Marina de Guerra.

Cumpliendo instrucciones de Marshall, Lovett mostró a Ramsey el expediente sobre el plan revolucionario que se organizaba en Cuba, y ambos lo revisaron. De acuerdo con una conversación previa de Marshall con James Forrestal, secretario de la Marina, esta había preparado un mensaje al comandante en jefe de la Flota Atlántica, para instruirle que hiciera reconocimientos a fin de tratar de localizar los buques que habían zarpado de puertos

¹⁶ *FRUS*, 1947, p. 648.

cubanos. Ramsey mostró a Lovett este mensaje y luego lo envió a su destinatario.

Lovett enfatizó en que no debía producirse ningún tipo de interferencia a esa operación, ni demostración de fuerza alguna. «Lo único que deseábamos por el momento [señaló] eran informes de Inteligencia y tal información pudiera obtenerse a través de reconocimientos complementados por algún tipo de vigilancia continua de estos barcos, si son localizados, por medio de naves pequeñas como las PT [*Patrol Torpedo*: lanchas torpederas]». ¹⁷

Ramsey expresó pleno acuerdo con el programa y ofreció toda su cooperación. Acto seguido, mostró a Lovett la completa disposición de los barcos en el área de Guantánamo, donde en ese momento se encontraban algunas de las más poderosas unidades de la flota. Estas incluían, entre otros medios, dos portaviones, dos acorazados y dos divisiones de destructores. Para Ramsey, el reconocimiento aéreo era una cuestión simple que debía hacerse con cautela, y las maniobras de entrenamiento que se estaban realizando en las cercanías de la zona proporcionarían una cobertura en caso necesario.

Lovett reiteró que el Departamento de Estado quería evitar cualquier interferencia, pues su propósito era proceder a través de la ONU, utilizando el artículo 39 o el 51 de la Carta de las Naciones Unidas o ambos, aunque existía la posibilidad de recurrir simultánea o alternativamente a las convenciones de La Habana ¹⁸

¹⁷ Ibídem, p. 649.

¹⁸ Se refiere a la convención Deberes y Derechos de los Estados en caso de Luchas Civiles, adoptada por la VI Conferencia Internacional Americana (La Habana, febrero de 1928) y a la Resolución VII de la Segunda Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas (La Habana, julio de 1940). La primera obligaba a los Estados contratantes a observar las reglas siguientes respecto a la lucha civil en otro de ellos: «Emplear los medios a su alcance para evitar que los habitantes de su territorio, nacionales o extranjeros, tomen parte, reúnan elementos, pasen la frontera o se embarquen en su territorio para fomentar una lucha civil [...] Desarmar e internar toda fuerza rebelde que traspase sus fronteras [...] Prohibir el tráfico de armas y material de guerra salvo cuando fueren destinados al Gobierno, mientras no esté reconocida la beligerancia de los rebeldes, caso en el cual se aplicarán las reglas de la neutralidad [...] Evitar que en su jurisdicción se equipe, arme o adopte al uso bélico cualquiera embarcación destinada a operar en interés de la rebelión». (*Sexta Conferencia Internacional Americana*.

o al Acta de Chapultepec. «Le expliqué [señaló Lovett] que, en mi opinión personal, a las puertas de la Conferencia de Río, las vías de La Habana y Chapultepec pudieran ser un estorbo y que otros procedimientos de las Naciones Unidas debían ser más inmediatamente eficaces o menos embarazosos».¹⁹

Llama la atención este juicio sobre los instrumentos del Sistema Interamericano. Al parecer, se debió a que para aplicar cualquiera de las sanciones previstas en el Acta era necesario convocar a los países del continente y llegar a un consenso, pero semejante cónclave podía tener resultados imprevisibles a causa de la presencia en él de los gobiernos involucrados en la expedición revolucionaria y el amplio repudio continental a la dictadura de Trujillo. Un fracaso, pues, podría malograr o complicar la consecución del objetivo principal de los Estados Unidos en la Conferencia de Río de Janeiro: la firma de un tratado militar hemisférico. De ahí que Lovett prefiriera recurrir a la Carta de la ONU.

Según el artículo 39 de esta, el Consejo de Seguridad era el organismo facultado para determinar la existencia de toda amenaza a la paz, quebrantamiento de la misma o acto de agresión, y para recomendar o decidir las medidas a tomar —de conformidad con los artículos 41 y 42 de la propia Carta— a fin de mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales. Por su parte, el artículo 41 establecía que el Consejo podía decidir las medidas que se adoptarían —excepto las que implicaran el uso de la fuerza armada— para hacer efectivas sus decisiones e instar a los miembros de la ONU a que las aplicaran. Las posibles medidas eran: la interrupción total o parcial de las relaciones económicas, de las comunicaciones ferroviarias, marítimas, aéreas, postales, telegráficas, radioeléctricas y por otros medios, así como la ruptura

Acta Final, mociones, acuerdos, resoluciones y convenciones, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Ca., La Habana, 1928, p. 171). Entre los firmantes de la convención figuraban, curiosamente: por la República Dominicana, Ángel Morales, uno de los miembros del CCR; y, por Cuba, José Braulio Alemán, padre de José Manuel Alemán. Respecto a la Resolución VII, véase la nota no. 48 del capítulo «Ajetreos diplomáticos, operaciones mediáticas» en la p. 127 de esta obra.

¹⁹ *FRUS*, 1947, p. 650.

de relaciones diplomáticas. Mientras, el artículo 42 estipulaba que si el Consejo de Seguridad estimaba que las medidas citadas pudieran ser inadecuadas o hubieran demostrado serlo, podría ejercer la acción que fuera necesaria para mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales: demostraciones, bloqueos y otras operaciones ejecutadas por fuerzas aéreas, navales o terrestres de miembros de las Naciones Unidas.²⁰

Finalmente, de acuerdo con el artículo 51, ninguna disposición de la Carta de la ONU podía menoscabar el derecho de legítima defensa, individual o colectiva, en caso de ataque armado contra un Estado miembro de las Naciones Unidas, hasta tanto el Consejo de Seguridad hubiera tomado las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales. En tal caso, el Estado agredido debía informar de inmediato al Consejo de Seguridad las adoptadas en ejercicio del derecho de legítima defensa, las cuales no afectarían la autoridad y responsabilidad del Consejo para ejercer la acción que estimara preciso a fin de mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales.²¹

Por consiguiente, en caso de necesidad, los Estados Unidos podían disponer de la Carta de la ONU para encauzar el conflicto y no tenían que recurrir al ahora «engorroso» mecanismo de concertación del Sistema Interamericano.

En pie de guerra

Pero mientras los funcionarios estadounidenses desplegaban su faena, los de Trujillo no andaban cruzados de brazos. El primero de agosto, su embajador en Washington, Julio Ortega Frier, declaró que el Gobierno dominicano mantenía una constante observación aérea de las costas del país con vistas a interceptar cualquier embarcación que pretendiera desembarcar tropas en el territorio nacional. No menos de veinte aviones —aseguró— realizaban el

²⁰ *Carta de las Naciones Unidas y Estatutos de la Corte Internacional de Justicia*, edición oficial, Naciones Unidas, San Francisco, 1945, p. 10.

²¹ *Ibíd.*, p. 11.

servicio de vigilancia, aunque todavía no habían avistado ninguna embarcación invasora y hasta el momento todos los informes sobre la expedición partían de rumores procedentes de Cuba.

De acuerdo con informaciones obtenidas por el cónsul dominicano en Santiago de Cuba —puntualizó el embajador—, tres barcos habían zarpado de costas cubanas con 500 hombres a bordo; pero como no habían llegado todavía a tierra dominicana, solo cabían tres posibilidades: que esas tropas se hubieran escondido en Cuba, cuyas autoridades decían no saber nada al respecto; que trataran de desembarcar secretamente en la República Dominicana, o que intentaran una invasión en toda regla. Ante esta última eventualidad, los informes de la invasión no tardarían en llegar y el Ejército dominicano la aplastaría fácilmente, si no era respaldada de forma abierta o velada por otros países. «Las tropas dominicanas [enfaticó Ortega Frier] no atacarán las supuestas embarcaciones en alta mar, o siquiera dentro de las aguas territoriales de las tres millas de las costas dominicanas [...] Solo serán atacadas si intentan desembarcar».²²

A tono con estas declaraciones, la UP reportó desde Ciudad Trujillo que las fuerzas armadas dominicanas se encontraban en estado de alerta después de una noche de vana espera de la invasión aérea; el aeropuerto de la capital se había mantenido totalmente a oscuras y, según un funcionario oficial no identificado, Trujillo estaba listo para enfrentar cualquier emergencia.²³ Al mismo tiempo, la radioemisora oficial dominicana advertía sobre la posibilidad de un ataque aéreo contra la capital y ordenaba apagar las luces de los aeropuertos. «Se ha sabido [puntualizaba la UP, quizás también a modo de advertencia] que recientemente el Gobierno dominicano adquirió por conducto de la Oficina de Pertrechos de Guerra de los Estados Unidos material de guerra, inclusive 4 aviones de combate P-38 y barcos, así como armas cortas y municiones».²⁴

La radioemisora trujillista difundió también presuntas declaraciones de dominicanos exiliados en San Juan (no identificados) en el

²² *Información*, año XI, no. 182, sábado 2 de agosto de 1947, p. 1, col. 3.

²³ *Ibidem*, p. 16, col. 2.

²⁴ *El Crisol*, año XIII, no. 173, sábado 2 de agosto de 1947, p. 12, col. 1.

sentido de que se había preparado una revolución contra Trujillo, la cual estallaría en una fecha ya determinada y mantenida en secreto, pero que podía ser en breve. Durante las últimas semanas —agregó— habían salido de Puerto Rico hacia Cuba unos treinta puertorriqueños a fin de unirse a las fuerzas expedicionarias; el Gobierno dominicano sabía, además, que «delincuentes comunistas» tenían el proyecto de bombardear Ciudad Trujillo por mar y aire. «El jefe del Bureau Federal de Investigaciones en San Juan, Alvin Schlenker [concluyó la UP] confirmó [...] que se habían reclutado elementos en esta ciudad, pero no reveló datos exactos, indicando que estaba enviando un informe sobre el asunto a Washington».²⁵

La creciente atmósfera de guerra en el Caribe se incrementó cuando el Gobierno de Haití declaró que mantendría la neutralidad más escrupulosa respecto a la República Dominicana, para lo cual había tomado ya las medidas necesarias. Según la UP, los numerosos haitianos residentes en la República Dominicana, alarmados por los continuos movimientos de tropas, estaban solicitando apresuradamente sus pasaportes para regresar a Haití y habían declarado que Quisqueya estaba en pie de guerra.

A caldear más la histeria belicista contribuyó un comentario de Albert Hicks, un experto norteamericano en asuntos del Caribe, a través de la emisora radial American Broadcasting Company (ABC) de los Estados Unidos. Hicks predijo que el sábado 2 de agosto comenzaría una conflagración en la República Dominicana, y que los grandes titulares de los periódicos de ese día anunciarían el inicio de una guerra de gran intensidad en la que intervendrían fuerzas de aire, mar y tierra. Negó, sin embargo, que las tropas invasoras fueran comunistas y aseguró que sus jefes eran el general Juan Rodríguez y el doctor Ángel Morales. «Conozco bien a ambos [acotó] y calificarlos de comunistas es como llamar comunista a [Harry] Truman».²⁶

Las autoridades cubanas, en tanto, seguían negando todo conocimiento de los preparativos expedicionarios. El primero de agosto, antes de continuar viaje hacia Washington, el jefe de la Policía Nacional, coronel Fabio Ruiz Rojas, negó al *Miami Herald*

²⁵ *Información*, año XI, no. 182, sábado 2 de agosto de 1947, p. 16, col. 2.

²⁶ *El Crisol*, año XIII, no. 173, sábado 2 de agosto de 1947, p. 12, cols. 1 y 2.

que los rumores respecto al entrenamiento en Cuba de un ejército revolucionario para invadir a la República Dominicana fueran el motivo de su viaje. Según Rojas, tan pronto tuvo conocimiento de esos rumores ordenó una completa investigación. «Y hasta ahora [dijo] no hemos encontrado la menor evidencia de ello. Creo que esos informes son pura fantasía».²⁷ Su visita a Hoover era, pues, de «simple cortesía» debido a que este ocupaba en los Estados Unidos un cargo similar al suyo en la Isla.

De igual modo se pronunció Tomás Febles, a nombre de un grupo de periodistas cubanos de visita en Miami. Según Febles, el gobierno de Grau había investigado la posibilidad de que los dominicanos exiliados en Cuba estuvieran organizando una revolución y no había hallado nada de cierto en ello. «Hay en Cuba [aseguró] unos trescientos dominicanos los cuales han iniciado este rumor de revuelta, pero no tienen armas ni dinero. No es cierto que haya barcos concentrados en puntos de la costa».²⁸

El *Miami Herald* pareció respaldar las posiciones cubanas, al asegurar que poseía informes según los cuales aviones del Ejército de Cuba, con sus cargas de bombas, estaban recorriendo las costas de la Isla en busca de la supuesta flota invasora. Aunque no había confirmación oficial —precisó—, los jefes del Ejército tenían órdenes de hacer regresar los buques si eran localizados.

En tono semejante al de las autoridades cubanas se pronunció *El Crisol*, que sazonó su comentario con versiones testimoniales acerca de la inestabilidad existente en la República Dominicana y la determinación de su pueblo a deshacerse de Trujillo. El anónimo periodista aseguró que las noticias del vecino país indicaban que el pueblo dominicano, hastiado ya de tantos años de dictadura sangrienta, se disponía a reconquistar la libertad y restablecer la democracia.

Un comerciante norteamericano recién llegado a La Habana, procedente de Ciudad Trujillo —testimonió *El Crisol*—, había manifestado que la situación interior de la República Dominicana era inestable. Los hombres de negocio, hartos de sufrir un régimen que los esquilma, no vacilaban en expresar su descontento cuando podían hacerlo sin

²⁷ *Información*, año XI, no. 182, sábado 2 de agosto de 1947, p. 1, col. 3 y p. 16, col. 2.

²⁸ *Ibíd.*, p. 16, col. 2.

correr riesgos y en afirmar su simpatía con quienes exponían su vida dentro del país para provocar un cambio en la situación. La rebeldía del pueblo dominicano se había hecho visible por primera vez cuando el Gobierno autorizó la celebración de actos políticos, varios meses antes de las elecciones. A los mítines de la oposición habían concurrido decenas de miles de personas y el efecto producido en el país fue tan grande que el Gobierno los prohibió y comenzó la persecución de sus organizadores, algunos de los cuales fueron asesinados o encarcelados. En consecuencia, no eran pocas las personas próximas al régimen que se disponían a abandonarlo tan pronto como el pueblo alzara su voz. Entre ellos se contaban no solo intelectuales de primera fila, sino también políticos muy conocidos que todavía eran visita frecuente del *Generalísimo*. Y concluyó el diario:

Las medidas militares tomadas por el Gobierno dominicano y las noticias transmitidas por la radio acerca de la organización de movimientos revolucionarios dominicanos en el extranjero, han producido honda impresión en toda la república, siendo opinión general de los círculos comerciales de Ciudad Trujillo que un incidente cualquiera puede provocar un estallido poderoso en Santo Domingo.²⁹

En correspondencia con las negativas de funcionarios y medios de prensa cubanos, el 2 de agosto el encargado de negocios de Cuba en Ciudad Trujillo entregó al secretario de Estado de Relaciones Exteriores dominicano una nota de respuesta a la expedida por este el 31 de julio. En ella manifestó que tenía instrucciones de desmentir, en la forma más categórica, los rumores de que su Gobierno mantuviera una actitud pasiva ante los supuestos preparativos revolucionarios contra el Gobierno dominicano, protegiera o permitiera la organización de grupos armados en territorio cubano y tolerara expediciones marítimas. Y añadió:

Puedo asegurar a Vuestra Excelencia que tan pronto el Gobierno de Cuba, avisado por el Gobierno de la República Dominicana,

²⁹ *El Crisol*, año XIII, no. 173, sábado 2 de agosto de 1947, p. 1, col. 1 y última página, col. 1.

tuvo noticias de que, según las informaciones que este recibiera de distintas fuentes del exterior, en el territorio de Cuba tenían lugar supuestos movimientos revolucionarios contrarios al Gobierno de la República Dominicana, dio las órdenes oportunas a las autoridades competentes para que ejercieran una estrecha vigilancia en todos aquellos lugares que se estimaron más adecuados para poner en práctica un plan de esta naturaleza.³⁰

Pero el diplomático cubano se cuidó de adelantar el resultado de dicha vigilancia.

Ese mismo día, el Ministerio del Exterior de Venezuela desmintió la afirmación del embajador dominicano en Washington de que dos bombarderos habían despegado de territorio venezolano «para participar en el rumorado ataque contra el régimen del presidente Trujillo»; además, acusó al Gobierno dominicano de dar protección y ayuda a los enemigos políticos del Gobierno venezolano.³¹

La radio dominicana, por su parte, continuó atizando el fuego de la invasión, aunque admitió que hasta el 2 de agosto no había sido posible confirmar los rumores al respecto. La capital quisqueyana —precisó— había sufrido por segunda noche consecutiva el oscurecimiento total y la población permanecía alerta contra cualquier posible ataque aéreo.³²

Mientras tanto, en los Estados Unidos se desataba un pequeño escándalo relacionado con los preparativos expedicionarios. Reginald Mitchel, funcionario del Departamento de Estado, declaró que ante el rumor de que siete aeroplanos de combate de un aeródromo de la Florida estaban dispuestos a partir hacia el Caribe, su Departamento había instruido al Buró de Aduanas y otras agencias del Gobierno que hicieran una investigación e impidieran la salida de esos aviones. En relación con rumores existentes «desde el mes de enero» sobre «complots revolucionarios en el Caribe» —aseguró Mitchel—, el Departamento de Estado

³⁰ *Libro Blanco*, pp. 112-113.

³¹ *El Crisol*, año XIII, no. 173, sábado 2 de agosto de 1947, p. 12, col. 2.

³² *Ibidem*.

había puesto al tanto a las agencias encargadas de la aplicación de las leyes que mantuvieran una escrupulosa vigilancia a fin de que «los Estados Unidos no se usaran para la conspiración».³³

El comisionado delegado de aduanas de los Estados Unidos, Edion J. Shamart, confirmó que se habían enviado instrucciones a los funcionarios de Tampa para que detuvieran los aviones si trataban de partir. Fuentes de Miami dijeron que los funcionarios de aeronáutica civil también se encontraban en alerta general buscando las aeronaves, pero Shamart aclaró que no tenía información de que estas hubiesen sido enviadas a un territorio de la Florida. Por el contrario, tenía entendido que los siete aviones habían salido originalmente de Knoxville, Texas, aunque era lógico presumir que se detuvieran en la Florida para reaprovisionarse de combustible.³⁴

F. Angle, director de aduanas en Tampa, reveló que el personal de los aeródromos de la Florida y de otros puntos de partida hacia la América Latina y el Caribe habían recibido órdenes de localizar los mencionados aviones. Y precisó que instrucciones similares habían sido enviadas a todos los aeródromos de ese Estado y a los puertos de Tampa, Pensacola, Panama City, Appalachicola, Port Joe, Carabell, Key West, Boca Grande, Saint Petersburg, Miami, Port Everglades, West Palm Beach, Saint Augustine, Jacksonville y Fernandine. Era de presumir —dijo— que los aeródromos militares y navales hubieran recibido órdenes análogas, y que se le hubiera dado instrucciones al cuerpo de policía de carreteras de reportar cualquier avión «sospechoso». Los aviones que se buscaban —acotó la UP— eran excedentes de guerra adquiridos por particulares y dos de ellos habían sido identificados como P-38.³⁵

A la par de estas noticias, que apuntaban hacia un aumento de la tensión en el Caribe, comenzaron a aparecer otras que vaticinaban su mengua. El 2 de agosto, el *Miami Herald* publicó unas declaraciones del senador y comisionado de Agricultura dominicano, Manuel de Moya, según las cuales el pueblo de la

³³ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 183, domingo 3 de agosto de 1947, p. 32, col. 5.

³⁴ *Información*, año XI, no. 183, domingo 3 de agosto de 1947, p. 1, col. 1 y p. 29, col. 4.

³⁵ *Ibidem*, p. 29, col. 4.

República Dominicana comenzaba a creer que los revolucionarios habían sido asustados. A lo que el rotativo añadió que la tensión en Ciudad Trujillo estaba disminuyendo.³⁶

Al día siguiente, el *Diario de la Marina* admitió con desgano que las denuncias dominicanas parecían bastante alejadas de la realidad y abogó por dejar al tiempo la confirmación de los acontecimientos. De ese modo —expuso—, sería probable conocer quién o quiénes estaban interesados en los rumores diseminados, aunque a lo mejor se trataba única y exclusivamente de una «exportación comunista o de los comunistas». Además, no se poseían noticias sobre el panorama general de la República Dominicana después de la última elección presidencial del *Generalísimo*. «Hay que tener en cuenta [concluyó impudicamente] que este hombre férreo y singular ha plasmado en su país la unidad de ideas, procedimientos y psicología. Desde 1930 [...] ha ido moldeando el país para lograr eso que hemos llamado unidad psicológica».³⁷

El 4 de agosto, en Nueva York, la Asociación Reivindicadora Dominicana del exilio —dirigida por los exiliados Bonilla Atilés y Carlos Félix— declaró que los siete aviones que supuestamente estaban preparados para despegar desde la Florida a fin de cooperar con el movimiento revolucionario dominicano, eran en realidad propiedad de Trujillo y se encontraban ya en su aeródromo privado de Sabana de Santa Rosa. La organización negó también que hubieran salido de Cuba tres barcos con fuerzas revolucionarias para invadir a Santo Domingo y calificó de fantástica la historia de una revuelta. Esta era —a su juicio— una invención del embajador Ortega Frier y de Trujillo.

Un portavoz del Departamento de Estado rehusó comentar la noticia de que los siete aviones «invasores» pertenecían al *Generalísimo*, e indicó que no había recibido información alguna de las autoridades de aduanas y que el Departamento había actuado solo sobre la base de un rumor. «No sabemos en realidad [aseveró] si dichos aviones existen o no».³⁸

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 183, domingo 3 de agosto de 1947, p. 33, col. 7.

³⁸ *El Crisol*, año XIII, no. 174, lunes 4 de agosto de 1947, p. 1, col. 7 y p. 20, col. 3.

Desde Ciudad Trujillo, la UP difundió el «rumor» de que las autoridades cubanas habían confiscado «un avión de bombardeo al aterrizar en el aeródromo de Rancho Boyeros» y añadió que en esferas particulares de La Habana se aseguraba la «incautación de 3 aviones más», aunque voceros de las fuerzas armadas cubanas lo habían desmentido.³⁹

El 4 de agosto, a su regreso de Washington, el coronel Fabio Ruiz Rojas, jefe de la Policía Nacional de Cuba, se entrevistó con el presidente Grau San Martín para informarle del viaje. Trascendió que, además de comprar varias perseguidoras y armamento para las fuerzas a su mando, Ruiz Rojas había cambiado impresiones con el jefe del FBI, John Edgar Hoover, sobre las actividades de «elementos de ideas totalitarias infiltrados en Cuba y en otros países de América»; y «acordado las medidas» que habrían de ser puestas en práctica en Cuba contra ellos «en caso de ser necesaria una represión policíaca de sus actividades».⁴⁰ Aunque la información no se refería a las actividades conspirativas contra Trujillo, en realidad incluía explícitamente a algunos de los revolucionarios participantes.

Ese mismo día, el secretario de Estado, George Marshall, le comunicó al embajador Ortega Frier la disposición del Gobierno de los Estados Unidos a reanudar la venta de armas a la República Dominicana. Era una buena nueva para Trujillo, quien a partir de entonces podía considerar que la Administración yanqui estaba de su lado ante la anunciada expedición revolucionaria.

El 5 de agosto, Michael Mc Dermott, vocero del Departamento de Estado, declaró que los Estados Unidos no habían recibido «nuevos informes en relación con el supuesto complot para la invasión de la República Dominicana».⁴¹ De este modo, el Gobierno estadounidense colocaba en un bajo perfil el conflicto caribeño, para luego situar en los planos estelares la prioridad del momento: la Conferencia de Río de Janeiro, que sería el tema dominante los días subsiguientes.

³⁹ *Ibíd.*, p. 20, col. 3.

⁴⁰ *Información*, año XI, no. 184, martes 5 de agosto de 1947, p. 16, col. 7.

⁴¹ *Ibíd.*, no. 185, miércoles 6 de agosto de 1947, p. 1, col. 7.

En este enmarañado contexto, las autoridades aduanales norteamericanas, a solicitud del Departamento de Estado, detuvieron en Baltimore, Maryland, el buque LCI no. 534, adquirido en esa ciudad por revolucionarios dominicanos. La embarcación, rebautizada *Patria*, se utilizaría para transportar parte de las tropas del ELA hacia Santo Domingo, puesto que en los barcos *Aurora* y *Berta* no cabían todas. Según Juan Bosch, la captura y posterior confiscación del barco se produjo tras una denuncia de la Embajada dominicana en Washington. Fue un duro golpe, pero no amilanó a los organizadores de la expedición, pues de inmediato surgió la idea de comprar otro buque parecido, situarlo en Baltimore, trasladar a él los hombres, pertrechos y materiales del *Patria*, y zarpar ilegalmente hacia Cuba. Impuesto del nuevo plan, José Manuel Alemán entregó los 20,000 dólares que hacían falta para la operación y Manolo Castro partió para Baltimore.⁴² Este grave contratiempo retrasaría la salida de la expedición y haría materialmente imposible su llegada a tierras dominicanas antes de la asunción presidencial de Trujillo.

Un nuevo revés para los expedicionarios tuvo lugar el 9 de agosto, cuando autoridades norteamericanas retuvieron en Miami un avión J2F-6, comprado en los Estados Unidos como sobrante de guerra.⁴³

Motín en el cayo

Inhóspito, desalentador, hostil. Con tales adjetivos calificaron a Cayo Confites los cronistas de la expedición. Sin embargo, ante los ojos deslumbrados de algunos de sus jóvenes moradores, el islote apareció como un lugar paradisíaco. «Llegamos al cayo de día [relató Miguel Pumariega], a las doce del día o algo así. ¡Oh, era el Paraíso, eran las Islas Hawai! Faltaban solo las hawaianas. A bañarse y eso [...]» Pero hasta los más optimistas comprenderían

⁴² *FRUS*, 1947, p. 651; J. Bosch, «Treinta años de trabajos públicos», en *Bohemia*, año 43, no. 47, 2 de diciembre 2 de 1951, p. 60.

⁴³ 1947/52. *La bonanza de Cayo Confites y renovación del equipo*.

muy pronto que el asunto era más complicado. Ello se debió, principalmente, a la escasez de agua y comida. «Ahí fue [señaló Pumariega] donde se empezó a *escachar* la cosa».

Mas esto no tuvo lugar de inmediato, sino tras la llegada de la goleta *Victoria* el 3 de agosto de 1947. El primer síntoma fue la terminación de las provisiones de carne salada y arroz, por lo que al día siguiente fue necesario consumir los alimentos en conserva destinados a la campaña (latas de sardinas y de carne de cerdo con frijoles), repartidos en modestas raciones para que todos alcanzasen. La situación se complicó más por la escasez de agua potable, pues los depósitos mermaban a ojos vistas y en el cayo no había.

A pesar de las condiciones descritas, el 4 de agosto transcurrió con bastante dinamismo. Temprano en la mañana, el batallón Sandino realizó el primer simulacro de desembarco. Tras darle las dos vueltas reglamentarias al cayo a paso doble, las tropas fueron enviadas al buque *Aurora*. La compañía A ocupó el castillo de proa y su cubierta; la B, el puente de mando y los pasillos al lado de la torreta; la C, la popa y el interior de la nave. El Estado Mayor tomó posesión de la torreta para observar bien la maniobra. A la orden de los jefes, los expedicionarios descendieron por la plancha del buque. Primero la compañía A, que avanzó y tomó posiciones para proteger el desembarco de la B; luego esta, que en unión de la primera avanzó mientras descendía la compañía C. Acto seguido, las tres unidades simularon un ataque en masa contra el enemigo. La operación duró cinco minutos y se consideró un éxito. Más adelante, la reducirían a tres.

En lo sucesivo esta maniobra también sería ejecutada por las tropas del batallón Máximo Gómez, cuyas misiones eran semejantes a las del Sandino. Los restantes batallones no realizaban el simulacro de desembarco, pues sus misiones de combate eran otras. Así, de acuerdo con su cometido especial, el Guiteras formaba junto a un terraplén situado a cuatro metros de altura. A la voz del jefe, los hombres se lanzaban uno a uno (simulando el salto desde el avión tras su aterrizaje) y se desplegaban en guerrillas de forma similar a como lo harían en Santo Domingo. Ya tendidos en el suelo, comenzaban a disparar. A la orden de avanzar, corrían

unos 15 metros y se abrían en forma de abanico para dominar un espacio de unos 200 metros, donde el supuesto enemigo les haría resistencia. Esta maniobra se repetía varias veces. Tras un breve descanso, practicaban defensa personal, tiro a distintas distancias, reptación y desarme de centinelas sin hacer ruido, modos de herir para provocar una muerte fulminante y lucha cuerpo a cuerpo.

El batallón Luperón, de armas auxiliares, concentraba su ejercitación en el tiro de ametralladoras y piezas de artillería.

Eran comunes para todas las fuerzas las dos vueltas al cayó antes de empezar la preparación, el despliegue en guerrillas y la defensa personal.

Al principio, estos ejercicios resultaban agobiantes. Pero con el transcurso de los días los expedicionarios adquirieron tal fortaleza física que, una vez terminada la sesión de entrenamiento, aún disponían de energía y voluntad para celebrar encuentros de pelota, boxeo y volibol.

La novedad del 4 de agosto tuvo como protagonista al Ejército cubano, cuya aviación irrumpió por primera vez en el espacio aéreo del cayó. Se trataba de los aviones números 106 y 107, que iniciaron las operaciones de vigilancia sobre la expedición. Al divisarlos, los expedicionarios creyeron que se trataba de su fuerza aérea; pero el diálogo entre los pilotos de las naves, captado por los radiorreceptores del ELA, los sacó muy pronto de su error. «Número Uno, tomando fotografías», dijo uno de los pilotos; a lo que el otro respondió: «Estaría bueno darles una pasada con las ametralladoras».⁴⁴ Acto seguido, los aviones bajaron en picada varias veces sobre el cayó exhibiendo bombas de cien libras bajo sus alas y luego se retiraron rumbo a Camagüey. La hostilidad era ostensible. A partir de entonces, la operación —a la cual se sumaría el avión no. 108— se haría consuetudinaria en el momento de la Jura de la Guardia, cuando las tropas formaban en el polígono, lo que acentuaba su carácter intimidatorio.

Mas estas acciones eran, además, una forma de delación. «Sacamos copia de todo lo que decían [declaró tiempo después

⁴⁴ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», *Carteles*, no. 42, 19 de octubre de 1947, p. 37.

Rolando Masferrer]. Personalmente yo puse en manos del general Ruperto Cabrera, en una visita rápida que hice a La Habana, las pruebas de esas conversaciones, con la advertencia de que así como nosotros las habíamos interceptado, también podrían hacerlo los espías de Trujillo. De hecho se nos estaba delatando».⁴⁵

A pesar de esa gestión, los aviones de la Fuerza Aérea cubana continuaron sus incursiones. De acuerdo con Jorge Yániz Pujol, el único cambio fue que comenzaron a realizarlas en el horario de la mañana y que se creó un ambiente de cierta cordialidad. En todo caso, los expedicionarios se acostumbraron a estas visitas y les sacaron el mejor partido posible. Al respecto, el propio Yániz Pujol apuntó: «Los aviadores cubanos seguían el curso de nuestras carreras. Y los aprovechamos para entrenarnos. A su aparición, nos lanzábamos a tierra y apuntábamos con los rifles y ametralladoras y ellos bajaban en picada, como si fueran a ametrallarnos. Cuando, a juicio de los aviadores, habían logrado el objetivo, en la próxima vuelta nos saludaban agitando los brazos».⁴⁶

El 5 de agosto, pasadas las emociones de la víspera, Cayo Confites recobró su verdadero rostro. Agotadas las reservas de carne y sardinas enlatadas, leche condensada y azúcar, los combatientes redujeron su dieta a chícharos y garbanzos. Quedaba agua para dos días, por lo que se racionó y se incrementó la vigilancia de los depósitos. Se abrió un pozo, pero brotó un agua tan salobre que solo servía para cocinar.

Al día siguiente, la situación se agravó: desayuno con café salado; de almuerzo, una latica del mismo brebaje, un poquito de avena, una fina lasca de pasta de guayaba (distribuida a razón de una barra por cada 32 hombres) y medio jarrito de agua *per capita*. Las privaciones comenzaron a exacerbar el malestar creciente de los más débiles, en particular de un grupo de jóvenes habaneros del batallón Sandino que ya se habían señalado por sus muestras de descontento. Cualquier incidente podía convertirse en el detonante

⁴⁵ J. Quintana, «'El jefe del Ejército...», p. 43.

⁴⁶ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 44, 2 de noviembre de 1947, p. 57.

capaz de hacer explotar la carga acumulada. Y así ocurrió en horas de la tarde, cuando se formó un altercado por un cubo de agua:

Quedaba tan poca [relató José Luis Wangüemert] que el pánico a la sed se infiltró en las filas. Primero fue el susurro de algunos. Fue creciendo como el ruido de una inundación. Se volcó de chabola en chabola y llegó a la comandancia. El murmullo dijo: «Nos vamos a morir de sed». Y se puso la canana y cogió el máuser. Después gritó: «¡Motín!» Dos pelotones del Sandino y los cuadros a medio organizar del nuevo batallón Máximo Gómez se amotinaron, gritando, frente al Estado Mayor.⁴⁷

Según esta versión, algunos elementos responsables se dispusieron a controlar la situación por medio de las armas: unos cargaron sus ametralladoras y las emplazaron frente a los rebeldes; otros rastrillaron sus fusiles y pistolas. Cuando percibieron el peligro, los amotinados se disolvieron y cesó el bullicio. Pero no acabaron las penurias, pues la comida fue una réplica del almuerzo y ya no quedó alimento alguno, ni siquiera para los enfermos. Entonces, al caer la tarde, se tomó la única decisión posible: despachar el *Berta* hacia Nuevitas en busca de provisiones.

Como el retorno del orden en el cayo se había logrado por la fuerza y persistían las causas que habían propiciado el amotinamiento, la llegada de la noche avivó el temor a la sublevación y este impidió dormir a los expedicionarios. Bien fundado y nada difuso, ese temor ya no los abandonaría más.

El 7 de agosto, los síntomas de la crisis que se venía incubando eran evidentes. Los hombres, ansiosos, estaban en pie antes del toque de diana. No hubo desayuno, el agua se había terminado y no se hicieron ejercicios. La disciplina se había resquebrajado. El ocio tenía un efecto desmoralizante: los expedicionarios pasaron el día tirados en la playa, bajo las chabolas o vagando por los arenales; algunos, desconsolados, oteaban inútilmente el horizonte. Proliferaban los comentarios más pesimistas respecto a su estancia

⁴⁷ *Ibídem*, p. 41.

en el cayo y a su partida hacia la República Dominicana. Muchos creyeron que todo estaba perdido. Sin embargo, alrededor de las tres de la tarde alguien avistó el *Berta* en lontananza y los ánimos cambiaron súbitamente. Los hombres se agolparon en la orilla, algunos se metieron en el agua y, echada a un lado la cólera del día anterior, confraternizaron en espera del barco.

Las bodegas del *Berta* venían repletas de alimentos: leche condensada, arroz, granos y viandas. La cubierta, atestada de barriles de agua, racimos de plátano y frutas. A manera de saludo, los tripulantes de la nave lanzaron a los expedicionarios una rociada de hermosas naranjas que aquellos agradecieron y engulleron con fruición. En breve tiempo el *Berta* fue completamente descargado. Barriles, cajones y sacos llenos de mercancía nutrieron los raquíuticos almacenes de la Intendencia General. Y de este modo volvió la tranquilidad al cayo.

Entre los pasajeros del *Berta* se encontraba Cruz Alonso, propietario del Hotel San Luis y muy vinculado con los dirigentes del CCR. Interrogado a su llegada sobre la fecha de salida, dio una respuesta sorprendente y, a la vez, esperanzadora: «Hay que esperar —dijo— a que cristalicen las gestiones cerca de un gobierno amigo que parece dispuesto a entregarnos una escuadrilla de aviones con sus pilotos. Estamos esperando también las ametralladoras pesadas [...] El ejército va a darnos cincuenta».⁴⁸ En gestiones ante ese «gobierno amigo» y el Ejército cubano se encontraban Eufemio Fernández y Rolando Masferrer, jefes de los batallones Guiteras y Sandino, respectivamente. El primero no había hecho aún acto de presencia en el cayo, mientras el segundo se encontraba ausente desde el 5 de agosto cuando, a bordo del buque *Aurora*, había partido hacia Nuevitas.

Restablecida la normalidad en el campamento, se reanudaron las sesiones de táctica militar, instrucción política (Historia y Geografía dominicanas), preparación física y ejercicios de entrenamiento. Los expedicionarios aprendieron la teoría de las fortificaciones de campaña, las formas de hacer nidos de ametralladoras,

⁴⁸ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 43, 26 de octubre de 1947, p. 32.

trampas antitanques y el minado de puentes; la fabricación de granadas de mano (con cartuchos de dinamita), fulminantes y mechas, y su lanzamiento; el manejo de fusiles automáticos, ametralladoras de mano, morteros y bazucas; el ataque con dinamita y cocteles Molotov a carros de asalto y tanques. El propósito era que todos los soldados estuvieran en condiciones de manejar cualquier arma y ocupar el lugar de los que cayeran en combate.

En esos lances ocurrió el segundo hecho de sangre, que estuvo a punto de convertirse en una masacre. Tuvo lugar durante una maniobra nocturna, cuando un pelotón de patrulla penetró en la zona de tiro de los morteros en el momento en que una batería de tres piezas abría fuego. «La granada rompió la noche en dirección a los hombres [relató José Luis Wangüemert]. Estos tenían que tirarse al suelo cuando oyeran el disparo del mortero porque se suponía que tiraban sobre ellos... ¡y era verdad! El obedecer sus órdenes les salvó la vida. Solo un hombre que se demoró en tirarse, recibió heridas de metralla en las piernas».⁴⁹ Afortunadamente, al segundo mortero se le estropeó la carga y no disparó, ante lo cual las ametralladoras que iban a barrer la zona tampoco entraron en acción. El alto al fuego permitió la llegada de un enlace que dio a conocer el verdadero estado de la situación.

Juan Bosch atribuyó el origen del accidente a otras razones: «Una de las granadas no siguió la parábola como se había planeado porque el suelo del Cayo era de arena y la base del mortero se movió en el momento de hacer el disparo, lo que provocó que la granada cayera entre dos pelotones».⁵⁰ Sin embargo, coincidió en que la explosión del proyectil, debido a la profusión de esquirlas de acero que lanzó por los aires, pudo haber causado varias muertes, lo que no ocurrió gracias a que la fortuna estuvo de parte de los expedicionarios.

La preparación se intensificó a partir del 9 de agosto, tras la llegada al cayo de Eufemio Fernández y Rolando Masferrer, y la explicación alentadora que ofreció este último acerca de la marcha del movimiento y su anuncio de que la partida hacia la República

⁴⁹ *Ibíd.*

⁵⁰ Testimonio de J. Bosch, en *Política: Teoría y Acción*, p. 27.

Dominicana estaba próxima. La alegría y el entusiasmo volvieron al ánimo de los hombres, y el fantasma del motín pareció esfumarse del campamento.

En medio de este renovado optimismo, el 11 de agosto el cañonero 101 de la Marina de Guerra cubana hizo una nueva y discreta aparición en el cayo. Es presumible que su estancia no haya sido motivo de preocupación para los expedicionarios, sino más bien una señal de la cercanía de la partida, pues el buque permaneció unas pocas horas, subieron a bordo solo los miembros del Estado Mayor del ELA y no trascendieron el objetivo de la visita ni el contenido de las conversaciones.

Las peripecias de la goleta *Cinco Hermanos*

Ese mismo día llegó a Cayo Confites la goleta *Cinco Hermanos*, procedente de La Habana. Traía un grupo de expedicionarios, en su mayoría dominicanos y cubanos, y 750 libras de dinamita. Los bisoños soldados recibieron la calurosa bienvenida de los ya fogueados combatientes del cayo, y todos compartieron esa noche con tres pilotos veteranos de la Segunda Guerra Mundial, exmiembros del destacamento de Los Tigres Voladores, que se encontraban de visita en el campamento.

La *Cinco Hermanos* había zarpado sigilosamente de las proximidades del Puente de Hierro, en la desembocadura del río Almendares, la madrugada del 8 de agosto al mando del capitán Jorge Agostini, quien tenía como segundo a Enrique Cotubanamá Henríquez. Entre los viajeros destacaban el dominicano Francisco Alberto Henríquez, *Chito*; un médico japonés de apellido Osawa, el camarógrafo Luis Colás y el periodista Jorge Yániz Pujol, ambos cubanos. La tripulación, perteneciente a la Marina de Guerra de Cuba, les ofreció todas las comodidades y atenciones posibles.

La travesía de la *Cinco Hermanos* había sido bastante accidentada, y ello retrasó su llegada al cayo. A alturas de Cárdenas fue azotada por un aguacero torrencial. Los fuertes vientos y el mar picado zarandeaban la pequeña embarcación. Para complicar más

las cosas, uno de sus motores se descompuso y la goleta quedó a merced de la furia de la naturaleza. El riesgo mayor era que se estrellara contra los arrecifes, pues el impacto podía hacer detonar la dinamita y volar la nave en pedazos. A duras penas, el maquinista logró echar a andar el motor deteriorado, que aún trabajando con dificultades hizo posible fondear cerca de Cayo Diana. Cuando la lluvia y el viento amainaron, el capitán Agostini se dirigió a Cárdenas para tratar de reparar la avería.

A su regreso en una lancha de la Marina de Guerra, Agostini traía malas noticias. Su gestión había sido infructuosa: en Cárdenas no había las piezas de repuesto que se necesitaban. La única solución dependía de un ingeniero norteamericano que se había ofrecido para intentar la reparación del motor averiado. Se hizo necesario entonces remolcar la goleta hasta la costa. Mientras tanto, los expedicionarios fueron conducidos hasta la residencia de los prácticos del puerto, quienes les dispensaron muy buena atención. Allí recibieron la visita de un oficial de la Marina de Guerra, el cual les informó que no dispondrían de otra embarcación para continuar el viaje, por lo que tendrían que esperar la reparación de la goleta. Algunos de los hombres aprovecharon la ocasión para alquilar un bote a un pescador y trasladarse hasta un cayo cercano y bañarse en la playa.

La *Cinco Hermanos* fue reparada, y en horas de la tarde del 9 de agosto zarpó rumbo a su destino. El capitán Agostini permaneció en Cárdenas, por lo que Enrique Cotubanamá Henríquez tomó el mando de la nave. Convertidas ya sus peripecias en anécdotas, los expedicionarios vieron con claridad dos cosas: la Marina de Guerra cubana continuaba apoyando la expedición y los contra-tiempos de Cárdenas habían anulado el sigilo de la partida.

Tras el desembarco en Cayo Confites, los nuevos soldados fueron incorporados en los batallones del ELA. A solicitud propia, dada su relación con Eufemio Fernández, Jorge Yániz Pujol fue asignado como oficial al Guiteras. Su primera impresión del cayo, a pesar del entusiasmo que traían los nuevos reclutas, es una imagen elocuente de cuán desalentador era este tras casi dos semanas de su ocupación por los expedicionarios:

Millones de moscas volaban alrededor nuestro impidiéndonos hablar, chocándonos en el rostro, metiéndose en las orejas... Y para hacer más ingrata la estancia, el viento levantaba la arena, azotándonos con fuerza [...] Llegó la hora de comer [...] Yo me senté en una pequeña mesa junto a Eufemio Fernández [...] Al fijar la vista en mi plato, me invadió enorme sensación de asco: en medio del sancocho de cien colores que el cocinero pomposamente llamó ajiaco criollo, nadaban desesperadamente tres moscas, mientras otros cientos de miles zumbaban alrededor [...] «Eufemio, este plato tiene moscas», le dije al coronel estimando que se trataba de algo excepcional [...] «¿Sí?», contestó sonriendo. «Pues apártalas, que ya yo boté las mías» [...] Y ¡qué ajeno estaba yo entonces a que las moscas en la comida resultaban cosa pálida, insignificante, en relación con las penalidades que me aguardaban!⁵¹

Efectivamente, una de las razones que contribuían a hacer cada vez más insoportable la vida en el campamento era la falta de higiene. Ello se debía, en buena medida, a que se utilizaba como letrina y vertedero un extremo del islote, donde la acumulación de heces fecales y desechos de comida de más de mil hombres, bajo el sol y las elevadas temperaturas del verano, producían una extraordinaria cantidad de moscas y constituían un peligroso foco de infección. Con la subida de la marea, el agua limpiaba y arrasaba consigo una parte de las inmundicias, pero no conseguía higienizar el lugar. Según varios expedicionarios, para comer con sosiego era necesario introducirse en el mar hasta la cintura, único sitio adonde no llegaban las moscas. Este internamiento, a su vez, disminuía la caída en la comida de los granos de arena que levantaban las ráfagas de viento. No obstante, se hacía muy difícil comer sin el acoso de las moscas y sin tragar arena.

Lo anterior explica los numerosos casos de disentería, gastroenteritis y fiebre tifoidea que se presentaron en el cayo, los cuales obligaron a recluir a muchos hombres en la enfermería

⁵¹ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 42, 19 de octubre de 1947, p. 55.

del campamento y evacuar a algunos de ellos. Paradójicamente, dadas las características de los alimentos que se ingerían, eran muy frecuentes también los casos de constipación. De ahí que los medicamentos más demandados fueran los antidiarreicos y los laxantes, y que el cuerpo médico del ELA apenas diera abasto para atender a los enfermos. La situación higiénica y sanitaria en el cayo se hizo tan desesperante que, a pesar de su alta jerarquía militar en el ELA, Rolando Masferrer llegó a manifestar públicamente que «había que salir de allí de todos modos».⁵²

Pero como bien anotara Jorge Yániz Pujol, a los expedicionarios les aguardaban mayores penalidades. Una de ellas, cual ave de mal agüero, planeó sobre Cayo Confites el 12 de agosto de 1947. Era un enorme hidroavión *Catalina* con las insignias de la Fuerza Aérea de la Marina de Guerra de los Estados Unidos, que dio dos o tres vueltas en torno al islote y luego voló rasante sobre la playa. La portezuela abierta permitió a los expedicionarios ver a algunos de los tripulantes de la nave mientras tomaban fotografías del campamento. Esta penalidad no interesaba directamente la alimentación o la salud de las tropas del ELA, pero no auguraba nada bueno a la suerte de la expedición. Al igual que había ocurrido con la Fuerza Aérea cubana, a partir de entonces el sobrevuelo del cayo por la aviación norteamericana se hizo cotidiano, en horas de la tarde.⁵³

Para hacer más infeliz la jornada, esa noche llovió durante más de una hora. Los hombres tiritaban. La mayoría salió a la intemperie para recibir sobre su cuerpo el agua limpia y constante que caía del cielo, en vez de soportar la sucia e intermitente que filtraba de las chabolas y aumentaba la sensación térmica. Fue necesario repartir ron para mitigar el frío

⁵² J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 43, 26 de octubre de 1947, p. 33.

⁵³ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 44, 2 de noviembre de 1947, p. 57. A fin de subrayar la responsabilidad de las autoridades cubanas en la expedición de Cayo Confites, la Embajada de los Estados Unidos en La Habana observó: «El Ministerio de Estado nunca protestó los vuelos diarios de observación de la Marina americana sobre o cerca de Cayo Confites».

y, cuando cesó la lluvia, encender hogueras para calentarse y secar las ropas empapadas.

Pero no todo era desventura en Cayo Confites. La juventud y la decisión de la inmensa mayoría de los expedicionarios de cumplir su misión libertaria, les daban fuerzas y ánimo para soportar las adversas condiciones de vida, y el sentido del humor les hacía más llevadera la convivencia. Además de los baños en la playa —que aparte de necesarios eran una fuente de placer y relajación— y los encuentros deportivos, las tropas tenían otras formas de entretenimiento.

Algunas eran instructivas, como la lectura de libros traídos por los propios expedicionarios, y de periódicos y revistas obsequiados por los visitantes; o la escucha de la radio por medio de varios receptores portátiles existentes en el campamento. De corte parecido eran los concursos de canto y baile que se organizaron, en los cuales se otorgaban premios a los mejores intérpretes.

El pasatiempo más generalizado, sin embargo, se inspiraba en las propias calamidades de los hombres y consistía en la burla de sí mismos. Así, por ejemplo, imaginaron que el cayo era una ciudad cuyas ficticias calles bautizaron con nombres como Calle del Cangrejo, de la Retranca, de los Golpes, de los Riflazos, de los Pollos y otros, en alusión a situaciones y hechos vividos como protagonistas o espectadores en el campamento. Estas anécdotas eran, además, surtidor inagotable para las bromas y chismes que sazaban las tertulias durante los ratos de ocio tras el entrenamiento y las comidas.⁵⁴

Del amplio repertorio de estos últimos, los expedicionarios Luis Piñeda y Miguel Pumariega recordaron los relativos a ciertos hábitos del general Juan Rodríguez. Este salía muy poco de su choza, al extremo de realizar sus necesidades en un tabor que había en ella. Con él trabajaba un negro de unos sesenta años, a quien apodaron Negativo. «El pobre [abundó Pumariega] se encabronaba con la gente, y la gente lo jodía porque tenía que sacar el tabor. Era cubano, soldado, pero asistente del general. Le

⁵⁴ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», *Bohemia*, año 39, no. 43, 26 de octubre de 1947, pp. 61-62.

decían Negativo porque era negro y canoso. Parecía el negativo de una fotografía».

A pesar de estas distracciones y la seguridad dada por Masferrer sobre la proximidad de la partida, los días pasaban y la orden de zarpar no llegaba. La incertidumbre se fue apoderando poco a poco de los expedicionarios, sin excluir a los que habían llegado en la goleta *Cinco Hermanos*. Tal estado de ánimo alcanzaba incluso a los jefes, muchos de los cuales parecían ignorar lo que ocurría tanto como las tropas. No obstante, les reiteraban a los hombres que en cualquier momento se efectuaría la partida.

La falta de información daba pábulo a toda clase de especulaciones. Entre los expedicionarios proliferaban los rumores más pesimistas. Se decía que el espionaje de Trujillo había logrado interesar a los funcionarios de Washington y, como resultado, se les había retirado el apoyo que creían tener del Gobierno de los Estados Unidos; que el FBI se había movilizado y tenía agentes en el seno de la expedición, y así sucesivamente.

Una de las cosas que se dijo para levantar la moral, según Jorge Yániz Pujol, fue que se esperaba un buque cargado con los más modernos armamentos, que saldría de Filadelfia. «Ese día [añadió] nos olvidamos del hambre, de la sed y hasta de los bichos. De acuerdo con la noticia, se iniciaría la salida el quince de agosto, para invadir Santo Domingo el día 16, fecha en que el dictador dominicano tomaría posesión de la Presidencia de la República». ⁵⁵

A partir de ese momento, comenzó la ansiosa y emocionada espera del barco. Pero este no aparecía. En cierta ocasión, un expedicionario, desconfiado y ocurrente, dijo: «No se ocupen muchachos, que se trata de un fantasma...» Y de ahí surgió el nombre con que se conocería a la añorada embarcación: El buque *Fantasma*. ⁵⁶

⁵⁵ Ibídem, p. 62.

⁵⁶ Ibídem.

Dios contra Trujillo

A las nueve de la mañana del martes 5 de agosto, el investigador policiaco Alfonso Luis Fors Reyes recibió cinco disparos de bala calibre 45 desde un automóvil que desapareció a toda velocidad. Cuatro de los impactos resultaron graves: tres en la espalda y uno en la nuca, todos sin orificio de salida; el quinto, a sedal en el cuello, fue leve. El atentado ocurrió a solo unos pasos de la residencia de Fors, sita en la calle 6 del reparto La Sierra, en La Habana. El *modus operandi* de los autores no dejaba lugar a duda sobre su origen: alguno de los *grupos de acción* que campaban por su respeto en la capital cubana.

Alfonso Fors había nacido en Mantua, Pinar del Río, cincuenta y seis años atrás. Sus brillantes dotes como investigador criminal le permitieron hacer una carrera ascendente en la Policía Judicial hasta ocupar su jefatura máxima en marzo de 1924, y le granjearon el elogioso apelativo de El Sherlock Holmes cubano. Pero una vez instalado en el poder Gerardo Machado, Fors prestó sus servicios al dictador también en tareas de represión política, en especial contra el movimiento obrero. Aunque negó siempre toda implicación criminal, se le atribuía el asesinato de dos connotados revolucionarios: el venezolano Francisco Laguado Jayme, eliminado a petición del dictador venezolano Juan Vicente Gómez, y el joven cubano Pío Álvarez.

Cesanteado pocos días después de la caída de Machado y temeroso de la justicia popular, Fors abandonó la Isla y se refugió en los Estados Unidos, de donde regresó en 1940 bajo la sombrilla protectora de Fulgencio Batista. Ya en La Habana, creó una agencia de investigaciones privadas que, por su pericia personal y los nutridos archivos que poseía, alcanzó un éxito notable. En esas lides, estableció relaciones con emisarios de Trujillo y recibió de este la encomienda de dirigir su labor de espionaje en Cuba y los Estados Unidos. Fors puso manos a la obra, y en tiempo récord logró acceder a los grupos de exiliados dominicanos en la Isla y suministrar a Chapitas detallados informes sobre los preparativos expedicionarios. Se cuenta que a quien le reprochaba su nueva

actividad, respondía cínicamente: «Yo soy un policía y sirvo a cualquier cliente».⁵⁷

Pero, a pesar de su destreza, Fors fue descubierto. Y su labor de espionaje a favor de Trujillo, quedó tácitamente expuesta a la luz pública por Juan Bosch en aquellas declaraciones aparecidas en los diarios habaneros el 31 de julio de 1947, en las que denunció a cierta «Oficina de Investigaciones Cubana» que enviaba sus informes a Santo Domingo mediante un agregado de una misión diplomática europea. «No sabemos cuál fue el premio que Trujillo dio a Fors por su informe [afirmó un historiador de la época] pero el MSR le regaló una rociada de plomo que por poco le cuesta la vida».⁵⁸ En efecto, a pesar de la contundencia del atentado, Fors escapó milagrosamente de la muerte y se marchó de Cuba para siempre.

Aunque el protrujillista *Diario de la Marina* calificó a Fors de «persona muy estimada en la sociedad cubana, y contra la cual no había motivo alguno visible de resentimiento o de persecución», admitió que el atentado se debía a «supuestas relaciones de la víctima con los gobiernos de otros países colocados hoy en el primer plano de la actualidad». Además, publicó la noticia difundida por la radio de que Fors había practicado investigaciones privadas por orden y mediante pago del gobierno de Trujillo, «para determinar el origen de la conspiración, nombres de los dirigentes, número de los hombres disponibles para la expedición y lugar de concentración», así como una declaración del dirigente de la UIR, Jesús Diéguez, en la que se expresó de modo semejante y estimó que «Fors era un agente de Trujillo».⁵⁹

Otros medios de prensa se pronunciaron en términos más o menos parecidos. Solo el masferrerista *Tiempo en Cuba* fue más lejos en la apreciación del atentado y sus consecuencias, al confirmar la existencia de «un movimiento de invasión [...] contra la dictadura sanguinaria del tiranuelo dominicano». Aunque daba la conspiración por fracasada, quizás con el ingenuo y burdo propósito de

⁵⁷ E. de la Osa, *En Cuba: primer tiempo*, p. 149.

⁵⁸ J. Duarte Oropesa, *Historiología cubana*, t. III, p. 60.

⁵⁹ «El atentado a Alfonso L. Fors», en *Diario de la Marina*, año CXV, no. 185, miércoles 6 de agosto de 1947, p. 1, col. 8, p. 11, cols. 5 y 6.

engañar a Trujillo para proseguir en calma los preparativos, las precisas revelaciones del semanario delataban de hecho la expedición: «El movimiento contra Trujillo [abundó *Tiempo en Cuba*] no era producto de una conspiración de grupos, sino un movimiento colectivo en el cual le fue fácil al experto polizonte penetrar. Sus informaciones fueron de tal género y precisión que a Trujillo que no carece de conexiones le fue fácil hacerlo fracasar».⁶⁰

El atentado a Fors debilitó el espionaje trujillista en Cuba y privó al *Generalísimo*, al menos temporalmente, de algunas informaciones de primera mano, pues al parecer nadie dudaba de la eficiencia de la «Oficina de Investigaciones Cubana». Sin embargo, la Embajada de los Estados Unidos en La Habana, quizás con más conocimiento de causa, ofreció una versión matizada sobre la calidad de estos servicios:

El presidente Trujillo tenía trabajando a sus fuentes de Inteligencia. Se asumía, tanto por la Embajada como por los revolucionarios, que habían sido infiltrados espías en las filas de los insurrectos [...] Aunque el Gobierno dominicano conocía de manera general lo que estaba sucediendo, ofreció muchas declaraciones que eran bastante incorrectas, al indicar nombres y lugares [...] Su Inteligencia era mucho más pobre de lo que se creía.

El mismo día del atentado a Fors, el encargado de negocios interino de Cuba en Ciudad Trujillo, José Pimentel Menéndez, remitió una nota de protesta al canciller dominicano, Arturo Despradel, por ciertas frases calumniosas con que el diario quisqueyano *La Nación* había insultado esa mañana al presidente Ramón Grau San Martín a propósito de la conspiración revolucionaria. El diplomático arguyó que el Gobierno dominicano estaba debidamente informado de la actitud «en todo momento correcta e intachable» de Grau y de su gobierno, de lo cual era testigo el propio Despradel, quien en una audiencia reciente le había asegurado poseer noticias de que «el Gobierno cubano

⁶⁰ «El caso Fors», en *Tiempo en Cuba*, año III, no. 32, 10 de agosto de 1947, p. 5.

había puesto en práctica las medidas de vigilancia solicitadas por el Gobierno dominicano, y que ello se había hecho a entera satisfacción de este último». En consecuencia, Pimentel rechazó el libelo de *La Nación* por su falsedad y rogó encarecidamente a Despradel que, a nombre del Gobierno dominicano, desmintiera dichas manifestaciones injuriosas e interviniera para que dentro del plazo más breve se diera una pública satisfacción que desvaneciera la desagradable impresión causada.⁶¹

Esta acción, emprendida al parecer por iniciativa de Pimentel, revelaría muy pronto su naturaleza absurda y le daría a Trujillo una magnífica oportunidad para mantener la iniciativa en el terreno diplomático.

Dos días después, el *Washington Post* publicó un artículo de primera plana en el que arremetió contra el envío de armamentos norteamericanos hacia la América Latina, lo cual calificó de una peligrosa reaparición del filibusterismo en gran escala. Se trataba, según el diario, de municiones, armas, aviones y barcos destinados a revolucionarios que representaban las dos tendencias extremistas de la derecha y la izquierda: la primera tenía como blanco al Gobierno de Venezuela y la segunda a Trujillo. Una parte de este material había sido comprado legalmente y pertenecía a los sobrantes de guerra, pero otra había sido robada de los arsenales. Las compras, los robos y el embarque de las armas se realizaban a través de México o de las isletas solitarias de la costa sudeste de los Estados Unidos, y estaban financiados por organizaciones revolucionarias establecidas en Nueva York y la Florida. «Los comunistas [aseguraba el *Post*] se han aprovechado del movimiento contra Trujillo para consagrarse a él con todo entusiasmo y tratan de mantener bases de comunicaciones y de operaciones en el corazón del Hemisferio Occidental. Sus actuales bases están en Estados Unidos y Cuba».⁶²

Por primera vez, un órgano de la *gran prensa* norteamericana, portavoz de las altas esferas del poder real en el país, se

⁶¹ AHMRERC. Fondo Cuba, leg. República Dominicana, expte. Cayo Confites.

⁶² *Diario de la Marina*, año CXV, no. 187, viernes 8 de agosto de 1947, última página, col. 1.

pronunciaba sobre el conflicto en el Caribe. Y lo hacía con un mensaje transparente, que no dejaba lugar a duda acerca del interés de los máximos rectores del sistema: era hora de acabar con el desorden imperante, pues de él se estaban aprovechando los comunistas. La advertencia no parecía dirigida solo a los revolucionarios y conspiradores de América Latina y el Caribe, sino también a los funcionarios de la Administración yanqui que, guiados por sus extravíos democráticos, pudieran estar colaborando con el movimiento antitrujillista o haciéndose la vista gorda respecto a las actividades de sus representantes en los Estados Unidos.

Al día siguiente de la irrupción del *Washington Post*, tuvo lugar un acontecimiento llamado a darle un vuelco al curso de esta historia: cuatro marineros «antillanos británicos» (dos naturales de Jamaica y dos de Gran Caimán) se presentaron ante el cónsul interino de Gran Bretaña en La Habana, James T. Weir, y le contaron sus recientes experiencias en aguas cubanas.

Según su relato, el 30 de junio de 1947, mientras se encontraban en Nueva York a la espera de empleo en un barco, un individuo llamado M. A. (Miguel Ángel) Ramírez les ofreció trabajo como marineros a bordo de una nave que debía salir próximamente con destino a Santiago de Cuba, donde se le harían reformas para luego transportar frutas entre Puerto Cortés, Honduras, y la Florida. Aceptaron y subieron a la embarcación para ser sometidos a una prueba de capacidades. Allí descubrieron que se trataba de un buque LCT utilizado en la Segunda Guerra Mundial, enarbolaba bandera hondureña y su nombre era *Libertad*. Trabajaron en él hasta que zarpó el 9 de julio. Llevaba un cargamento que parecía un equipo de radio y tenía una guardia muy bien armada.

Siete días después llegaron a la bahía de Nipe, donde los esperaba un barco similar, sin pabellón alguno. Se llamaba *Victoria*, pero fue renombrado *Berta*. Allí permanecieron hasta el 31 de julio. Su trabajo consistió en trasladar del *Berta* al *Libertad* un cargamento de rifles, ametralladoras, granadas de mano, bombas, obuses, pequeños cañones, dinamita y otros pertrechos. Durante el tiempo que duró esta faena, no se les permitió hacer contacto con la costa. Al concluirla, navegaron hasta Preston para abastecerse de agua,

pero las autoridades portuarias les negaron el permiso alegando que el *Libertad* no llevaba bandera. Tras breves negociaciones, izaron pabellón cubano y se surtieron del líquido. Regresaron entonces a la bahía de Nipe, donde cargaron otros tres cañones de campo y 400 soldados armados, que vestían uniforme color verde olivo. El *Libertad* navegó entonces hasta Cayo Confites, adonde llegó el primero de agosto. Y precisaron los marineros:

Siendo el barco de desembarco directo [...] entró en la playa misma, abrió sus puertas y la tropa desembarcó a la marcha. Desembarcaron también algunas armas y municiones. El *Berta* trajo dos cargamentos de soldados [...] y nosotros calculamos el total [...] en unos 1100. Todo se hizo al estilo militar; y como ejemplo de la disciplina mantenida vimos un oficial derribar un soldado por desobedecer a sus órdenes.⁶³

Permanecieron en el cayo hasta el 4 de agosto. Desde el barco podían ver el entrenamiento de los soldados, la construcción del campamento y el abasto de provisiones y agua. De allí el *Libertad* partió hacia Pastelillo, Nuevitás. El 6 de agosto, los cuatro marineros se fugaron de la nave y llegaron a la oficina del vicecónsul británico en Camagüey, de donde fueron transportados hacia La Habana y luego repatriados a Jamaica.

Pero la interesante historia del *Libertad*, que los expedicionarios habían renombrado *Aurora*, fue mantenida a buen recaudo por los británicos durante varios días.

A todas estas, el periodista Enrique de la Osa publicó en *Bohemia* un artículo que era una síntesis y parecía el colofón del conflicto. Tras ridiculizar al embajador dominicano en Washington por haber especulado sobre la hora cero y el lugar preciso de donde partiría la invasión contra Trujillo, así como por haber puesto por medio —como en toda historia de «aparecidos» urdida por la propaganda trujillista— al «fantasma rojo», De la Osa enfatizaba que a finales de julio los hechos empezaron a burlarse de las

⁶³ AHMRERC. Fondo Cuba, leg. República Dominicana, expte. Cayo Confites.

especulaciones, cuando se conoció que Trujillo estaba enviando paracaidistas a Cuba. Esto dio pie a la conjetura de una inminente invasión de la Isla por las tropas del dictador, para lo cual su Gobierno había comprado armas de contrabando en los Estados Unidos y Puerto Rico. Venezuela también estaba bajo amenaza.

Mientras, proseguía De la Osa, el Departamento de Estado norteamericano declaraba que al haber solo rumores sobre la presunta invasión revolucionaria, no había estimado necesario investigar y hacía deslizar la especie de que los Estados Unidos no lamentarían la caída de Trujillo. Nunca, comentó el periodista, un déspota se había visto más aislado de toda simpatía: únicamente le quedaba la lejana solidaridad de Franco. Por eso había abandonado Santo Domingo para refugiarse en San Cristóbal, a unos veintisiete kilómetros de la capital. Este traslado, unido al trasiego de tropas, al apagón de las costas y las noticias filtradas del exterior, pusieron en efervescencia a la población dominicana. Temeroso de un brote interior y un asalto de fuera, el *Generalísimo* hizo decir a su emisora oficial que el pueblo podía seguir alegre y feliz. No había motivos para preocuparse: el movimiento de tropas se debía al entrenamiento para el desfile militar del 16 de agosto, en el que 110,000 hombres marcharían frente a Palacio. Y remató De la Osa:

Los exiliados dominicanos en Cuba rieron de lo lindo: el temible ejército del usurpador no sobrepasaba la cantidad de 3,000 soldados de línea mediocrementemente pertrechados. Se puede con ellos ganar unas elecciones a la brava, como las celebradas últimamente, pero no acometer tareas específicamente militares, si estalla una seria rebelión en el país. Uno de estos desterrados [...] señaló que era la primera vez que Chapitas se ve forzado a calmar en público la agitación de sus conciudadanos, y sacó la siguiente conclusión: «El lema impuesto en Santo Domingo por la dictadura dice: *Dios y Trujillo*. Pero como la voz del pueblo es la de Dios, parece que va llegando la hora de cambiar la frase y decir: *Dios contra Trujillo*».⁶⁴

⁶⁴ *Bohemia*, año 39, no. 32, 10 de agosto de 1947, pp. 48-49.

De que Trujillo temía un brote opositor interno sincronizado con el proyecto expedicionario, dio fe el diario *Noticias de Hoy* al revelar la orgía de sangre y sadismo que sacudía a la capital dominicana. Asesinatos de presos políticos, cuyos cadáveres eran expuestos en la vía pública; centenares de prisioneros en grave peligro de ser liquidados, crueles torturas a hombres y mujeres antes de matarlos y descuartizarlos, eran las informaciones que se filtraban desde Ciudad Trujillo. Del interior del país no había sido posible obtener noticias, excepto aquellas referidas a que la región del Cibao se encontraba en estado de sitio y con un intenso movimiento de tropas debido a los rumores de un inminente desembarco revolucionario.⁶⁵

En este contexto, el 11 de agosto la Cancillería dominicana respondió al encargado de negocios interino de Cuba su nota de protesta por el insulto proferido al presidente Grau San Martín por el diario *La Nación*. Según la Cancillería, el Gobierno dominicano lamentaba que el de Cuba se hubiera sentido mortificado por el ataque contra el presidente cubano, pero aclaró que el mismo reflejaba únicamente la opinión particular de un periódico propiedad de una empresa privada. Por lo tanto, el Gobierno dominicano no era ni podría ser responsable de lo que un periódico dijera de Grau o de cualquier otro jefe de Estado, como no lo era el de Cuba de cuantas ofensas y ataques al presidente Trujillo contenían a diario ciertos periódicos cubanos. La Constitución de la República Dominicana —decía la nota— consagraba la libertad de expresión, pero una «legislación adjetiva» consideraba delito las ofensas o ultrajes inferidos públicamente al jefe de un Estado amigo, y desde hacía años los tribunales dominicanos venían sancionando la falta de respeto que implicaban tales ataques. De este modo, la Cancillería insinuaba que la única opción en el caso era recurrir a los tribunales del país. No obstante —s subrayó—, era deseable que legislaciones semejantes existieran en todos los Estados para evitar esas desagradables ocurrencias.

La Cancillería dominicana admitió que, ante las seguridades dadas por el Gobierno cubano de que tomaría las medidas

⁶⁵ *Noticias de Hoy*, año X, no. 189, domingo 10 de agosto de 1947, p. 1, col. 6 y p. 8, col. 8.

necesarias para evitar la organización y salida de la anunciada expedición militar revolucionaria, el canciller Arturo Despradel había manifestado el aprecio del Gobierno dominicano, pero esto no significaba un juicio definitivo respecto a la actitud del Gobierno de Cuba sobre el asunto. Recordó que el Gobierno de Santo Domingo formaba sus juicios no solo con informaciones de departamentos de otros gobiernos, sino también con las que llegaban de sus propios agentes diplomáticos y de otras fuentes de su absoluta confianza. Y de acuerdo con esas informaciones, recibidas con posterioridad a las seguridades dadas por el Gobierno cubano, las actividades revolucionarias en Cuba seguían desarrollándose abiertamente. Era lógico, pues, que el Gobierno dominicano esperara que se le hiciera conocer el resultado de las medidas adoptadas por las autoridades cubanas.

Acto seguido, la Cancillería refirió informaciones publicadas en la prensa cubana y en el citado artículo del *Washington Post* que demostraban sus asertos. Mencionó, en particular, una relativa a la salida hacía varios días desde costas cubanas de la expedición revolucionaria —que en esos momentos se encontraría escondida en algún lugar cercano a la República Dominicana— y la versión de que el objetivo de la invasión era formar un «centro comunista en el Hemisferio Occidental». Todo lo expuesto revelaba —agregó— el clima de tolerancia en Cuba a tales actividades contrarias al espíritu y la letra de la Convención de 1928 y la Resolución VII de la Segunda Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas de 1940.

Por último, la Cancillería subrayó la sorpresa que la nota del encargado de negocios cubano había causado al Gobierno dominicano, pues desde hacía mucho tiempo numerosos órganos de la prensa y radio cubanas venían «injuriando y difamando» al presidente Trujillo y a su Gobierno, sin que el de Cuba hubiera prestado «atención satisfactoria a las numerosas representaciones» formuladas por los diplomáticos dominicanos en La Habana.⁶⁶

⁶⁶ Nota 21235, 11 de agosto de 1947, en AHMRERC. Fondo Cuba, leg. República Dominicana, expte. Cayo Confites.

No obstante esta nota, el conflicto cubano-dominicano parecía tomar un bajo perfil y perder estridencia. Un indicio de ello tuvo lugar el 12 de agosto, en Río de Janeiro, cuando el canciller trujillista, Arturo Despradel, declaró su intención de no plantear a la Conferencia Interamericana «el grave problema jurídico» de la supuesta invasión que debía partir de las costas de Cuba. Estas palabras, según *El Crisol*, disipaban las últimas nubes de la tormenta de verano levantada con las acusaciones al Gobierno de Cuba, y constituían una prueba muy sólida de que las mismas se debían no tanto al temor de que los exiliados dominicanos en la Isla estuvieran preparando una invasión, como a la inquietud del dictador ante las manifestaciones, cada vez más frecuentes y visibles, de la voluntad del pueblo dominicano de reconquistar sus libertades por todos los medios a su alcance. Y concluyó el rotativo: «Si el Presidente Trujillo y sus consejeros creyeran realmente que en Cuba se estaban preparando expediciones [...] aprovecharían la Conferencia de Río para denunciarlas [...] Si procede de otra manera es porque está convencido de lo contrario y porque en nada aliviaría su situación interior el complicar la Conferencia [...] con acusaciones a las que nadie desea dar crédito».⁶⁷

A la par de este comentario, varios periódicos habaneros dieron a conocer que el Gobierno de Cuba había adquirido 12 bombarderos B-25 en los Estados Unidos, en calidad de material sobrante de guerra. El nuevo cariz que parecía haber tomado el conflicto con la República Dominicana, hizo que esta noticia pasara bastante inadvertida. Dicha venta era una nueva manifestación del pragmatismo del Gobierno norteamericano, que lucraba con los dos contrincantes del posible enfrentamiento bélico en el Caribe.

Otra señal de aparente normalidad la ofreció el presidente Harry Truman al designar al embajador Butler como su representante personal, con el rango de embajador especial, en la ceremonia por la cuarta toma de posesión presidencial de Trujillo.⁶⁸

⁶⁷ *El Crisol*, año XIII, no. 182, miércoles 13 de agosto de 1947, p. 1, col. 1, y p. 16, col. 1.

⁶⁸ *FRUS*, 1947, p. 643.

Cayo Confites al descubierto

A juicio de la Embajada de los Estados Unidos en La Habana, lo que ocurrió entre el 4 y el 13 de agosto no era el declive del conflicto, sino un momento de calma debido fundamentalmente a la falta de informaciones concretas, pues el plan de invasión a la República Dominicana no había sido cancelado y los preparativos continuaban. Y puntualizó:

El Gobierno cubano se empeñó en obtener la liberación de una LCI [*Patria*] que resultó ser un obstáculo considerable para los revolucionarios. Se supo también que la desunión del mando había aumentado, que había temor acerca de la actitud de los Estados Unidos y que algo tendría que hacerse lo más pronto posible. De las investigaciones del FBI y el servicio de Aduana de los Estados Unidos quedó claro que los intentos para obtener aeronaves continuarían.

Sin embargo, la entrega por parte del ministro británico en La Habana de una copia de la deposición de los marineros «antillanos británicos» al embajador norteamericano Henry Norweb, el 11 de agosto de 1947, dio un vuelco total a la situación. Según la Embajada yanqui, esta información aportó algunas de las primeras evidencias documentales sobre lo acontecido hasta ese momento y reveló que el cuerpo expedicionario se había trasladado para Cayo Confites. «Conociendo esto [consignó] el Operativo de la Base Naval de Guantánamo mantuvo después sus actividades bajo observación». Por tanto, no había sido casual que el 12 de agosto aparecieran los aviones de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos por primera vez sobre Cayo Confites.

El 13 de agosto, Norweb informó a Marshall que había obtenido considerable información confirmatoria sobre la expedición. Para el embajador yanqui, ahora estaba claro que el barco *Libertad*, que había partido de Nueva York el 9 de julio, tenía conexión con Cruz Alonso Rodríguez y había participado, a finales de julio, en la transportación de municiones de artillería

y hombres de la bahía de Nipe a Cayo Confites, donde se había establecido un campamento militar de aproximadamente 1,000 hombres. Era probable —señaló— que el *Libertad* hubiera sido renombrado *Aurora* y que el barco adicional comprometido en la operación fuera el *Victoria*, ahora con el nombre de *Berta*. Y precisó:

Con respecto a [...] la presión cubana para obtener la liberación de la LCI [*Patria*] en Baltimore, Cruz Alonso llamó hoy a la Sección Comercial de la Embajada, pidiendo información sobre la detención. Varios informes indican la falta de transporte como un serio impedimento en el esfuerzo para el movimiento de la tropa. Existen rumores de que en los centros de entrenamiento se dificulta mantener la disciplina con los comunistas venezolanos, ya expulsados, y de algunas ejecuciones, una de las cuales fue informada por fuente fidedigna.⁶⁹

Norweb refirió, además, que Juan Bosch había reprendido a los revolucionarios dominicanos por la intensificación del chismo-reeo y que el doctor Reinaldo Ramírez Rosell, director de Aerovías Cubanas Internacionales (Cuinair), uno de los agentes que efectuaban compras para la expedición, confesó haber engañado a los revolucionarios en el precio de la compra del avión B-24, por lo que temía represalias violentas. Por último, Norweb estimó que, aunque los problemas continuaban multiplicándose, el «intento revolucionario» no podía ser descartado todavía. Y puntualizó: «A menos que se haya hecho recientemente un movimiento hacia otras áreas, lo que dudo, este está aún en territorio cubano o en aguas cubanas. ¿Desea el Departamento que pregunte al Gobierno cubano bajo qué condiciones están los revolucionarios en el territorio cubano?». ⁷⁰

En respuesta a Norweb del 15 de agosto, el Departamento de Estado hizo constar su impresión de que la posición norteamericana estaba clara para el Gobierno cubano, pero si el embajador estimaba que no lo estaba en grado suficiente quedaba a su

⁶⁹ *FRUS*, 1947, p. 651.

⁷⁰ *Ibíd.*

discreción aclarársela. «Nosotros [precisaba la instrucción] nos inclinábamos en este momento por no hacer la pregunta mencionada en la última oración de su mensaje».⁷¹

Por alguna razón, el Departamento no estimó prudente hacer esta pregunta. De todos modos, ya Cayo Confites estaba al descubierto y el Gobierno de los Estados Unidos podía tomar cualquier decisión con pleno conocimiento de causa.

Mientras esto ocurría en los circuitos diplomáticos yanquis, un vocero de la Embajada dominicana en Washington declaró que el gobierno de Trujillo tenía pruebas documentales de la «complicidad roja» en la conspiración para invadir a su país. El funcionario admitió que en la fuerza revolucionaria había ciudadanos dominicanos desterrados por su Gobierno, pero insinuó que la mayoría pertenecían a la Tercera Internacional. Recordó que hacía dos meses se había interceptado una presunta carta del secretario general del Partido Comunista en México a su homólogo peruano, en la que se revelaban los planes para pasar armas de contrabando por los puertos dominicanos a fin de ser utilizadas, aparentemente, por los revolucionarios. Según el vocero, dicha conspiración había sido destruida, motivo por el cual no se efectuaron embarques de armas; pero se conocían muy bien los antecedentes de varios líderes comunistas que, se sospechaba, formaban parte de la fuerza expedicionaria.⁷²

Al día siguiente, 16 de agosto de 1947, el *Generalísimo* tomó posesión, por cuarta vez en diecisiete años, de la presidencia de la República Dominicana mediante juramento ante el Congreso Nacional y los representantes extraordinarios de 40 países. La ceremonia era la culminación del proceso iniciado con las elecciones de mayo —que la revista norteamericana *Time* no vaciló en calificar de «amañadas»— en las que Trujillo había «arrasado» con el 93 % de los sufragios, y ponía punto final a cinco días de fiesta decretados por el dictador para solaz de la ciudadanía. En su discurso de aceptación, el flamante presidente prometió mantener el mismo sistema de «orden democrático» vigente hasta el

⁷¹ *Ibidem.*

⁷² *Información*, año XI, no. 193, viernes 15 de agosto de 1947, p. 1, col. 3 y p. 16, col. 2.

momento, y en clara referencia a la proyectada invasión revolucionaria, espetó: «Quienquiera que trate de perturbar nuestra paz, nos encontrará dispuestos a defenderla».⁷³

Concluida la ceremonia, todos los participantes se dirigieron a la catedral de la capital dominicana, donde se les ofreció un *Te Deum* y los diplomáticos invitados visitaron la tumba de Cristóbal Colón. Posteriormente, se efectuó un desfile militar en honor a las representaciones extranjeras y a las autoridades nacionales. En depurado estilo fascista, miles de soldados y atletas recorrieron la avenida Washington y desfilaron ante una glorieta. «A una orden dada [comentó la revista *Time*] las sirenas empezaron a disparar alaridos sobre la ciudad, y carros blindados pasaron tronando hacia el Palacio del Senado, en una indicación de lo que pudiera esperarles a los rebeldes».⁷⁴ En horas de la noche, el *Benefactor* y la primera dama ofrecieron un baile de gala a sus invitados, con el que finalizaron alegremente las actividades por la toma de posesión presidencial.

El mismo día de las celebraciones trujillistas, la fuerza aérea de los «rebeldes» se incrementaba con dos aviones *Lockheed* P-38 F-5 *Lightning* que aterrizaron en la Base Naval del Mariel, al oeste de La Habana. Eran los primeros de una serie de seis que completaban el lote adquirido. Para el ELA, constituían la primera señal de buen augurio, después de una racha de adversidades.

⁷³ *Información*, no. 195, domingo 17 de agosto de 1947, p. 1, col. 1.

⁷⁴ «República Dominicana. Cuarta inauguración», en *Bohemia*, año 39, no. 35, 31 de agosto de 1947, p. 68.

UNA ESPERA DESESPERANTE

En el cayo reinaba una atmósfera de fracaso. Muchos tenían ya un mes allí cuando llegué y no había ningún indicio de que la expedición saldría hacia Santo Domingo.

TULIO H. ARVELO

T ras la carencia de agua y alimentos que sufrieron los expedicionarios a los pocos días de su desembarco en Cayo Confites, era de esperar que el aseguramiento logístico se normalizara. Habían llegado a la precipitada y eso podía justificar cierta desorganización inicial, pero una vez instalado el campamento y decidida la permanencia en el cayo —no importa cuán breve o prolongada fuera—, los responsables de la expedición debían garantizar todos los suministros que necesitara la tropa. Tamaña responsabilidad correspondió a hombres de confianza del ministro José Manuel Alemán, quienes se abastecerían de agua potable, víveres y otras provisiones en Nuevitas, para luego transportar el vital cargamento en el *Berta* hasta el cayo. Sin embargo, este servicio nunca funcionó eficientemente y las tropas padecieron varias crisis de agua y comida, a pesar de los esfuerzos de la Intendencia General del ELA que —de acuerdo con su jefe, José Diego Grullón— compraba pescado, tortugas, careyes, puercos y chivos en los cayos vecinos.¹ Ello explica por qué la ocasional captura de un tiburón

¹ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 19. Aunque Grullón no lo aclara, es de suponer que las compras de animales domésticos se hicieran en Cayo Romano, que era el único habitado en el entorno. El pescado y otros frutos del mar, en cambio, sí podían comprarlos a pescadores que realizaban su faena en este y otros cayos cercanos.

—según varios testimonios— resultara, además de una aventura, un verdadero festín.

A estas penurias se unieron las duras condiciones de vida en el cayo, la falta de información sobre la partida y la incertidumbre respecto al destino de una expedición ya no solo demasiado publicitada, sino también vigilada y hostigada por las fuerzas armadas de Cuba y los Estados Unidos. Todo ello generaba un malestar natural y creciente entre los expedicionarios, una crispación de nervios casi imposible de contener y siempre a punto de estallar, que devino amenaza permanente para el orden y la disciplina.

Los robos fueron las transgresiones más recurrentes. Comenzaron a poco de instalado el campamento y se extendieron como una plaga durante toda la estadía del ELA en el cayo. Al principio se robaba comida, pero muy pronto los ladrones ampliaron su campo de acción a todos los bienes materiales de valor o utilidad: artículos de uso personal, cigarros, frazadas, hamacas. En tales circunstancias, no pocos expedicionarios optaron por llevar consigo sus pertenencias más preciadas para disminuir el riesgo de perderlas.

Nadie escapaba al pillaje, pues los rateros no distinguían grados, títulos ni jerarquías. Sus blancos eran tanto el humilde soldado, como los jefes y oficiales; simples estudiantes o trabajadores y distinguidos profesionales. Pero, por supuesto, mientras más rango tenía la víctima, mayor era la trascendencia del delito. Así, fueron muy sonados el robo de la hamaca del ingeniero dominicano Narciso Castillo, quien había alardeado de que para sustraérsela tenían que matarlo, y la frazada del inspector general del ELA, la cual ocultaron los bandidos bajo un metro de arena mientras duraron las investigaciones.

No pocos ladrones formaron bandas con cierto grado de organización, mientras otros alcanzaron notoriedad por su audacia y destreza en el oficio. Uno de estos robos ocurrió durante un concurso de canto. El maestro de ceremonias había puesto una lata de leche condensada sobre la arena, entre sus pies. A continuación anunció: «Ahora vamos a elegir, con sus aplausos, el mejor cantante, y el que obtenga el primer lugar será premiado

con esta...»² Y al agacharse para mostrar la lata de leche, descubrió que había desaparecido. Como es natural, el incidente provocó una explosión de risa entre los cientos de hombres que componían el auditorio.

El robo gozó de bastante impunidad debido a la tolerancia o complicidad de numerosos expedicionarios, algunos de los cuales se beneficiaban con el «solidario» reparto del botín que hacían ciertos malhechores. Un reflejo de este ambiente permisivo fue el grupo Los Católicos, del batallón Guiteras, así denominado porque sus integrantes justificaban el robo como una necesidad y expresaban su aceptación poniendo cara de santos.

El robo catalizaba el mal humor reinante en el cayo y fomentaba los altercados entre los expedicionarios. La solución del problema exigía el cese de la impunidad y el castigo ejemplar de todo delito o transgresión. De ahí la adopción de métodos punitivos que iban desde asignar a los infractores tareas adicionales después de la jornada diaria, hasta su confinamiento en un macizo de diente de perro en un extremo del cayo, bautizado La Siberia por los expedicionarios. En esta insólita prisión, uno de los correctivos más severos consistía en introducir al reo en el agua hasta la cintura durante toda la noche, lo que hizo ganar al lugar una discutible aunque bien merecida fama.

Algunos jefes y oficiales propinaban castigos corporales a sus subalternos e inferiores jerárquicos. Jorge Yániz Pujol, teniente desde su llegada al cayo, dejó una confesión muy ilustrativa a este respecto. Un día le llamó la atención a un soldado que hablaba mal de los jefes, el cual le contestó irrespetuosamente. «Me cegué [escribió Yániz Pujol]. Le eché mano a un palo y le di un ‘toletazo’ en la cabeza. Nunca antes, seguramente, los dos le habíamos dado la vuelta al cayo corriendo a tanta velocidad. Solamente le pude dar dos golpes más, por la rapidez de sus piernas».³

² T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 68.

³ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 43, 26 de octubre de 1947, p. 63.

Sofismas y revelaciones

En Santo Domingo, pasada ya la euforia de las celebraciones por la exaltación presidencial de Trujillo, el 18 de agosto un portavoz del Gobierno reiteró que en territorio cubano se estaba entrenando una «Brigada Internacional» integrada por «destacados comunistas», entre los cuales figuraban algunos que habían peleado con los «rojos» en la guerra civil española. El Gobierno de Cuba —añadió— se había concretado a decir que investigaría los hechos y funcionarios cubanos los negaban, mientras proseguían activamente los preparativos de la deliberada e injusta agresión que podía dar lugar a una guerra de grandes y graves proporciones entre Cuba y la República Dominicana, con el consiguiente escándalo internacional y la perturbación de la paz del continente. Frente a estas circunstancias —remató el vocero—, el Gobierno dominicano debía «solicitar los buenos oficios o mediación de algunos gobiernos americanos para que el de Cuba acepte que una comisión internacional investigue a fondo los hechos denunciados por el Gobierno dominicano, a fin de que esta controversia quede diafanizada y solucionada cabalmente con sujeción principalmente a acuerdos interamericanos aplicables al caso».⁴

Interrogado por los periodistas respecto a la solicitud dominicana de una investigación sobre la referida «Brigada Internacional», el ministro de Estado cubano, Rafael P. González Muñoz, respondió con sorna:

¿Ustedes saben dónde están? Cuba mantiene una Legación en Ciudad Trujillo, y la República Dominicana otra en La Habana. Por ninguno de esos conductos, que son los adecuados para intercambiar los gobiernos relaciones de todo orden, incluyendo informaciones y propósitos, nos hemos enterado de esa declaración. Tampoco hemos recibido protesta formal alguna de los supuestos hechos realizados en Cuba contra la seguridad del Gobierno dominicano.⁵

⁴ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 196, martes 19 de agosto de 1947, última página, col. 6.

⁵ *Ibíd.*, p. 1, col. 2.

Agregó el canciller que al conocer algunas versiones sobre preparativos expedicionarios contra Trujillo, el Gobierno de Cuba había adoptado las medidas adecuadas para el cumplimiento de sus deberes internacionales: «La declaración a que ustedes se refieren [concluyó] caso de tener carácter oficial revelaría, por la forma en que la misma se divulga, un acto de inusitada publicidad, cuyo fin desconocemos».⁶

Simultáneas, pero de mayor significación, fueron las declaraciones del general Genovevo Pérez Dámera, en una entrevista exclusiva al corresponsal de la UP en La Habana, Miguel A. Alonso, cuyos aspectos principales difundieron los medios de prensa cubanos. Pérez Dámera señaló que la semana anterior había recibido un cable del jefe del Estado Mayor del Ejército dominicano, en el cual se quejaba de la conspiración y le pedía que investigara. A pesar de lo irregular del procedimiento, pues un asunto de esta índole debía tramitarse por los canales oficiales y reglamentarios del Ministerio de Estado, una vez confirmada la veracidad del cable, le había enviado por medio de la Legación dominicana en Cuba una contestación donde le prometía realizar una investigación que todavía continuaba.

«En esta fecha [aseguró el jefe del Ejército cubano] día 18 de agosto, y en las zonas a mi mando, no hay ninguna fuerza o grupo de hombres armados preparándose para una invasión a la República Dominicana». Agregó que en Cuba había muchas personas que le tenían poco cariño a Trujillo, pero de ahí a estar entrenándose una brigada internacional había bastante diferencia. «Tal vez mañana pudiera organizarse [...] pero repito que en esta fecha no hay tal grupo de fuerzas armadas, porque de haberlas estarían ya detenidas [...] Hay quienes aseguran que los grupos armados existen [...] pero yo desafío a que me digan dónde están, para irlos a detener».⁷

Pérez Dámera precisó que durante su recién finalizado viaje por la provincia de Oriente había comprobado la existencia de un perfecto orden. Interrogado sobre el «paracaidista dominicano» recluido en un hospital de Holguín, respondió que no podía

⁶ *Ibídem.*

⁷ *El Crisol*, año XIII, no. 187, martes 19 de agosto de 1947, p. 16, col. 2.

imaginarse si este había caído del cielo o de un camión, pero tenía fundadas razones para creer que era un individuo mentalmente desequilibrado.

Ni las declaraciones de González Muñoz ni las de Pérez Dámera pasaron inadvertidas en los medios diplomáticos. Así lo prueban la reseña y el comentario de la Embajada de los Estados Unidos sobre ambas:

El ministro de Estado cubano negó que su Gobierno haya recibido a través de canales oficiales cualquier protesta formal del Gobierno dominicano. El general Genovevo Pérez Dámera [...] declaró que no había grupos armados [...] preparándose para invadir la República Dominicana en ningún territorio bajo su jurisdicción. Esto, al parecer, era literalmente cierto porque Cayo Confites está probablemente bajo el mando de la Marina. La declaración del ministro de Estado fue el mismo tipo de sofisma.

Tenían razón los diplomáticos norteamericanos al calificar así estas declaraciones, pues desde el 11 de agosto conocían que los expedicionarios se encontraban en Cayo Confites. Para ellos, González Muñoz y Pérez Dámera mentían paladinamente. Es probable, sin embargo, que la Embajada ignorara hasta dónde Grau pretendía llegar con su tortuoso juego, y ello explicaría por qué el Gobierno yanqui no emprendió entonces una acción más resuelta, sino que mantuvo una cautelosa espera mientras continuaba la búsqueda de información.

Las pesquisas de la Embajada fueron muy fructíferas por esos días, según se aprecia en su reseña sobre los sucesos del 19 de agosto: «Cuatro aviones *Lockheed* F-5 (tipo P-38) fueron observados.⁸ Se reportó la existencia de cantidades sustanciales de armamento y municiones en predios del ministro de Educación». El informe no ofrecía detalles, pero resulta suficiente para colegir que casi un mes antes de que saliera a la luz pública el formidable arsenal existente en la finca América, propiedad del ministro de Educación José Manuel Alemán,

⁸ Los dos que habían llegado el 16 de agosto y dos más que aterrizaron el propio día 19.

el Gobierno de los Estados Unidos contaba con la información que marcaría un punto de viraje para la expedición de Cayo Confites.

Ese mismo día, el secretario de Estado sin cartera de la República Dominicana, Arturo Logroño, reiteró que su Gobierno tenía pruebas documentales de las actividades «filibusteras» de los comunistas cubanos contra su país y Gobierno. Logroño formuló tales declaraciones a propósito de noticias procedentes de la Conferencia de Río de Janeiro, según las cuales una fuente allegada a la delegación norteamericana había dicho que las acusaciones de la República Dominicana contra Cuba eran una maniobra publicitaria mientras se celebraba el cónclave hemisférico. El secretario dominicano aseguró que semejante afirmación era infundada, pues su Gobierno no buscaba ni necesitaba publicidad sensacional, ni tampoco interferiría la Conferencia con una incidencia contra Cuba ni contra ningún país americano, y aseveró que los hechos expuestos por las autoridades de su país eran precisos y circunstanciados. «Mi Gobierno [enfaticó] tiene pruebas documentales que respaldan sus alegatos, por lo cual ha adoptado todas las medidas procedentes para su seguridad dentro de los acuerdos internacionales contractuales que rigen estas situaciones, según el Derecho Internacional».⁹

De otra parte, el secretario de Estado interino de la República Dominicana, Emilio García Godoy, al referirse al desmentido del Gobierno cubano acerca de las protestas oficiales dominicanas, admitió que Trujillo nunca se había dirigido sobre el asunto a Grau San Martín. Sin embargo, relató en detalles el contenido del cable enviado el 23 de julio por el jefe del Estado Mayor del Ejército dominicano, general Fausto E. Caamaño, a su par cubano Genovevo Pérez Dámera; el del cable que el propio 23 de julio había dirigido el canciller Despradel a su homólogo en Cuba, Rafael P. González Muñoz, y la respuesta de este, fechada ese día, «informando que había trasladado el asunto a las autoridades competentes para su inmediata atención».¹⁰

⁹ *Información*, año XI, no. 197, miércoles 20 de agosto de 1947, p. 1, col. 8 y p. 16, col. 6.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 16, col 6.

Las declaraciones de estos altos personeros trujillistas coincidieron con la noticia de que la República Dominicana había hecho un llamamiento a varios gobiernos del hemisferio para que persuadieran al de Cuba a aceptar un comité internacional que investigara las acusaciones dominicanas. Todo parecía indicar que se trataba de una nueva ofensiva diplomática y mediática.

El Gobierno cubano no respondió las declaraciones de Logroño y de García Godoy, ni comentó la posible creación de un comité internacional. Esto último lo hizo de manera oficiosa *El Crisol*, un diario muy cercano a las esferas del poder, que liquidó el asunto de un plumazo al asegurar que la noticia del referido comité había sido recibida con «marcada indiferencia» en La Habana, pues la opinión dominante en los círculos oficiales era que las acusaciones dominicanas carecían de fundamento. El Gobierno cubano —recordó el periódico— había realizado una investigación completa cuando el embajador dominicano en Washington declaró que estaba organizándose en Antilla una expedición revolucionaria para desembarcar en las costas dominicanas. En esa ocasión, tropas del Ejército recorrieron los alrededores de Antilla y las costas de la bahía de Nipe constatando que no había hombres armados ni barcos para la supuesta expedición.

Acto seguido, el articulista de *El Crisol* destacó la superioridad militar de Cuba respecto a la República Dominicana, con lo que la noticia sobre la creación del comité internacional parecía un simple pretexto. Desde el punto de vista militar —puntualizó—, las amenazas bélicas que indirectamente hacía el *Generalísimo* no habían producido más efecto en Cuba que las acusaciones de conspiración para derribarlo, pues las fuerzas armadas cubanas eran capaces de rechazar una agresión militar de la dictadura dominicana por tierra, mar y aire. Y acotó:

El margen de superioridad de nuestras fuerzas militares, navales y aéreas es suficientemente amplio para garantizar la seguridad del país a despecho de los barcos adquiridos por el Presidente Trujillo en el Canadá y de las armas compradas al Brasil [...] Ese margen aumentará en breve, cuando el ejército y la marina

reciban los bombarderos B-25 y los barcos adquiridos recientemente en los Estados Unidos, donde, como se sabe, no ha logrado el general de Santo Domingo conseguir armas.¹¹

No obstante, el comentarista concluía en tono menor al señalar que, de acuerdo con todas las informaciones disponibles, el Gobierno de Cuba no se proponía tomar precauciones militares ante las amenazas provenientes de Ciudad Trujillo, pues se tenía la impresión arraigada de que en realidad no existía peligro de guerra.

El propio 19 de agosto, pero en Washington, el doctor Ángel Morales, líder opositorista dominicano y miembro del CCR, confirmó que se había proyectado una acción militar contra el gobierno de Trujillo. Aseguró que durante los últimos meses se habían materializado considerablemente los planes para la rebelión, cuyo momento decisivo no estaba muy lejos. Comparó la situación en su país con la de Francia antes de la invasión, cuando los alemanes sabían que los aliados estaban listos para atacar, pero ignoraban por dónde y cuándo. Desmintió de modo categórico que los dominicanos fueran comunistas y estuvieran recibiendo ayuda oficial de otros ciudadanos o gobiernos extranjeros. Subrayó que la responsabilidad completa de los planes para derrocar al tirano descansaba en la oposición dominicana, que todo el dinero invertido en los preparativos de la campaña procedía de ciudadanos dominicanos y que ni ciudadanos ni gobiernos de otros países tenían relación con el proyecto. No participaría personalmente en ninguna acción militar —aclaró—, pues la dirección táctica y estratégica del movimiento se encontraba en manos del agricultor y ganadero Juan Rodríguez, quien en esos momentos estaba planeando la ofensiva. Por último, Morales calculó las fuerzas de Trujillo en 5,000 hombres diversamente equipados y señaló que el dictador nunca había permitido a sus soldados más de dos balas por cabeza por temor a una rebelión en las filas del Ejército.¹²

¹¹ *El Crisol*, año XIII, no. 187, martes 19 de agosto de 1947, p. 1, col. 1, y p. 16, col. 2.

¹² *Información*, año XI, no. 197, miércoles 20 de agosto de 1947, p. 16, col 6; *El Crisol*, año XIII, no. 188, miércoles 20 de agosto de 1947, p. 1, col. 8 y p. 10, col 5; *Diario de la Marina*, año CXV, no. 197, miércoles 20 de agosto de 1947, p. 1, cols. 1 y 2.

Estas osadas declaraciones fueron respondidas al día siguiente por el Gobierno norteamericano, el cual envió un claro mensaje a Ángel Morales y a otros dirigentes de la oposición dominicana: «Centros del Gobierno de los Estados Unidos comentaron la larga actuación pública del líder de la oposición dominicana doctor Ángel Morales como patrocinador de un gobierno democrático, pero dijeron que no podían naturalmente apoyar, en modo alguno, su plan para derrocar al actual régimen de la República Dominicana por la fuerza».¹³

Juan Isidro Jimenes-Grullón, también miembro del CCR, declaró en La Habana que la idea de la invasión inmediata era una de las tantas fantasías de la mente ofuscada y temerosa de Trujillo, y que ante el acrecentamiento de las actividades de la oposición dominicana con el apoyo «no de gobierno alguno, sino de los pueblos y hombres libres de América», el dictador se había llenado de miedo, por lo que pedía respaldo al pueblo y lanzaba dramáticos SOS a la ONU. En cuanto al calificativo de comunistas, Jimenes-Grullón dijo que Trujillo había divulgado esa fantástica acusación con la esperanza de conquistar el favor de Washington. Y concluyó:

Pero, por ventura, tanto el Gobierno norteamericano como los demás gobiernos de la América, saben a qué atenerse sobre este asunto. Ellos no ignoran que los dirigentes de nuestro movimiento y las masas que nos secundan son específicamente demócratas y solo aspiran a restaurar en la República Dominicana, las perdidas libertades, para felicidad del pueblo y convivencia digna con las demás naciones americanas.¹⁴

A todas estas, el gobierno del Benefactor, contrariamente a su promesa, presentó en la Conferencia de Rio de Janeiro una proposición dirigida a aplicar el tratado militar en vías de negociación en el caso de que un país permitiera que elementos extranjeros o

¹³ *Información*, año XI, no. 198, jueves 21 de agosto de 1947, p. 1, col. 3 y p. 16, col. 8.

¹⁴ *El Crisol*, año XIII, no. 188, miércoles 20 de agosto de 1947, p. 10, col. 7.

nacionales prepararan o lanzaran un ataque a otro país hermano. La propuesta, entregada por el canciller Arturo Despradel, se remitía al principio adoptado en la Segunda Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas (La Habana, 1940) de evitar que los habitantes de estas, nacionales o extranjeros, cruzaran la frontera o embarcaran en su territorio para «iniciar o fomentar la guerra civil, desórdenes internos o propagar ideologías extrañas y contrarias al espíritu democrático del continente», y pedía que dicho principio se incorporara como uno de los casos de agresión «susceptibles de afectar la paz y seguridad del continente».¹⁵ Esta acción complementaba la solicitud previa del gobierno trujillista de que un comité internacional investigara las noticias sobre la organización en Cuba de una «Brigada Internacional» para invadir a la República Dominicana.

En esta ocasión, el Gobierno cubano tampoco comentó la posible creación del referido comité internacional. Sin embargo, interrogado el 20 de agosto por los periodistas sobre las denuncias dominicanas, el primer ministro Raúl López del Castillo expresó: «Ignoramos todo lo relacionado con la protesta de la República Dominicana, mientras esta no se produzca por el conducto usual».¹⁶ Y agregó que no se había hecho ninguna representación por los «cauces normales», o sea, el Gobierno dominicano ante la Legación cubana en Ciudad Trujillo, o la Legación dominicana en La Habana ante el Ministerio de Estado de Cuba.

Ese mismo día, el Centro de Información Dominicano declaró que su Gobierno no podía comprender y se encontraba sorprendido por las informaciones publicadas en la prensa, según las cuales el Gobierno de Cuba negaba haber recibido representaciones y protestas formales de la República Dominicana. En las últimas semanas —aseguró el Centro— se habían hecho varias representaciones ante el Gobierno cubano que citaban actividades específicas de una brigada armada integrada en su mayoría por comunistas,

¹⁵ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 197, miércoles 20 de agosto de 1947, p. 1, col. 7.

¹⁶ *Información*, año XI, no. 198, jueves 21 de agosto de 1947, p. 1, col. 3.

incluyendo veteranos que habían peleado «al lado de los rojos» en la guerra civil española. Y remató: «Estas notas fueron respondidas por el Gobierno cubano, que entonces declaró que investigaría las quejas [...] Hasta ahora sin embargo los funcionarios oficiales cubanos se han negado a investigar esas quejas, pese a que continúa activamente la campaña para esta injusta agresión».¹⁷

El Gobierno dominicano parecía desconcertado ante los reiterados desmentidos públicos de las autoridades cubanas. El arsenal diplomático de Trujillo estaba a punto de agotarse. Le quedaba un último recurso: apelar directamente al presidente Ramón Grau San Martín. Y no vaciló en hacerlo.

De Trujillo a Grau y viceversa

El *Generalísimo* no esperó el desenlace de su propuesta en la Conferencia de Río, ni el poco probable rebote de las declaraciones de Logroño y García Godoy. El 20 de agosto dirigió una extensa carta a Grau en la cual le notificaba que, según fuentes dignas de crédito, una «Brigada Internacional» integrada por cubanos, venezolanos, guatemaltecos y de otras nacionalidades —entre ellos, algunos dominicanos que se habían exiliado «voluntariamente»— estaba realizando desde hacía varias semanas entrenamiento militar activo en el territorio cubano y que, habiendo adquirido armas y equipos de guerra, incluidos buques y aviones, se encontraba lista o casi lista para intentar desembarcos en la República Dominicana a fin de desatar una guerra civil y tratar de derrocar a su «legalmente elegido y constituido» Gobierno.

Recordó Trujillo que estos graves hechos habían sido informados por medio de notas de su Cancillería al Ministerio de Estado cubano y a la Legación de Cuba en la capital dominicana, de lo cual presumía enterado a Grau. Esas notas —explicó— destacaban la contradicción de tales preparativos subversivos con las normas del Derecho Internacional, con los pactos interamericanos y, en

¹⁷ *Ibídem*, p. 16, col. 8.

especial, con la tradicional amistad y fraternidad entre los pueblos cubano y dominicano, y tenían el propósito de lograr una acción inmediata del Gobierno cubano para detener o desalentar los mencionados preparativos en virtud de los pactos interamericanos vigentes.

La Cancillería cubana —subrayó el *Benefactor*— aseguró que había trasladado la información a las autoridades competentes para su pronta atención, que el Gobierno de Cuba no prestaba ninguna cooperación a la expedición revolucionaria y que había tomado o estaba tomando las medidas necesarias para impedir su salida. No obstante, los preparativos revolucionarios seguían desarrollándose y no se había realizado ninguna acción capaz de detenerlos. La discordancia entre la situación existente y las seguridades dadas por la Cancillería cubana —según Trujillo— lo autorizaban a sospechar que los departamentos del Gobierno de Cuba, a los cuales, supuestamente, se había trasladado la atención del caso, no habían actuado de conformidad con dichas seguridades, por lo que se requería la intervención de una autoridad más influyente que la Cancillería.

Considerando esa circunstancia, y teniendo en cuenta la habitual ecuanimidad de Vuestra Excelencia, y la seguridad que tengo de que no puede ser deseo de Vuestra Excelencia que en su período de gobierno se quebrante, por primera vez en la historia, la paz fraternal que siempre ha existido entre el pueblo dominicano y el pueblo cubano, no vacilo en apelar, personalmente, a Vuestra Excelencia, para que, interponiendo su alta autoridad presidencial, haga detener los preparativos revolucionarios que se hacen contra la República Dominicana en el territorio cubano, y que, si en este existen adversarios políticos del Gobierno que presido, su actividad se limite a los términos permitidos por la hospitalidad, el Derecho Internacional y los Pactos Interamericanos.¹⁸

¹⁸ *Libro Blanco*, p. 115.

Trujillo expresó finalmente su esperanza de que Grau, por su posición oficial y su ejecutoria personal, tuviera la autoridad política y moral necesaria para prestar a la causa de la paz en el Caribe el servicio que las circunstancias exigían. De lo contrario, el Gobierno dominicano se vería obligado a reconocer que se habían frustrado sus esfuerzos por solucionar por medio de la vía diplomática esa lamentable cuestión que «se resolvería inmediatamente», si Grau «así lo quisiera».¹⁹

Al día siguiente, el Centro de Información Dominicano dio a conocer que Trujillo había enviado un cablegrama especial a Grau en el cual le sugería que tomara medidas para evitar una guerra en el Caribe. Y, a fin de acreditar la veracidad de la información, citó el párrafo en que el dictador recababa la autoridad del presidente cubano para poner fin a los preparativos revolucionarios.²⁰

Esta noticia suscitó numerosos comentarios en torno a la crisis cubano-dominicana. Uno de ellos fue el de Francis L. McCarthy, corresponsal de la UP en La Habana, quien puso en boca de «observadores extranjeros» radicados en la capital cubana la afirmación de que Trujillo formularía acusaciones contra Cuba ante algún organismo internacional y pediría a los firmantes de los acuerdos adoptados en La Habana en 1928 y en 1940 que dieran los pasos necesarios a fin de investigar sus acusaciones contra Cuba, si no recibía «una contestación satisfactoria de su mensaje al presidente Grau».²¹ Aunque aclaró que las autoridades cubanas no habían confirmado la recepción de la misiva de Trujillo, y Grau había rehusado comentar las numerosas protestas del Gobierno dominicano, el corresponsal de la UP manifestó que ahora se esperaba una reacción del presidente cubano ante la apelación personal del *Generalísimo*.

No se equivocaba McCarthy. El 21 de agosto, Grau envió a Chapitas un mensaje breve y sinuoso en el que —según fuentes trujillistas—, tras expresarle sus más vivos deseos de estrechar cada

¹⁹ *Ibídem*, p. 116.

²⁰ *El Crisol*, año XIII, no. 189, jueves 21 de agosto de 1947, p. 10, col. 8 y p. 11, cols. 7 y 8.

²¹ *Información*, año XI, no. 199, viernes 22 de agosto de 1947, p. 16, col. 5.

vez más las relaciones fraternales que siempre habían existido entre los pueblos de Cuba y la República Dominicana, le manifestó: «En relación con las apreciaciones de Vuestra Excelencia sobre supuestas actividades de exiliados dominicanos residentes en mi país, pláceme manifestarle que mi Gobierno ha tratado de comprobar la exactitud de esas informaciones y continúa laborando en el propósito de evitar que puedan ocurrir los hechos a que las mismas se refieren».²²

En los archivos cubanos no se conserva copia de este texto. Sin embargo, obran dos memorandos de la Asesoría Especial del Ministerio de Estado con versiones diferentes del mismo. Según el primero, titulado «Reclamación de la República Dominicana», sin fecha, pero por su contenido posterior al 20 de noviembre de 1948, Grau le informó a Trujillo que «tomaría las medidas adecuadas para evitar cualquier agresión a la República de Santo Domingo». De acuerdo con el segundo, «Exposición sintética de las cuestiones existentes entre la República de Cuba y la República Dominicana», también sin fecha, pero por su contenido posterior al 13 de enero de 1950, el presidente «dio seguridades a la República Dominicana de que serían adoptadas las medidas procedentes para evitar todo daño y solicitó [...] informes precisos y detallados de dicha conspiración».²³

Este mensaje, cualquiera que haya sido su texto, no impidió que ese mismo día el ministro de Estado, Rafael P. González Muñoz, tras una hora de conferencia con Grau, formulara unas asombrosas declaraciones. Interrogado por los periodistas sobre el cablegrama de Trujillo, del cual ya había dado cuenta la prensa matutina, el canciller dijo ignorar por completo su existencia. «Es más [agregó] he recibido la visita en la Cancillería del Encargado de Negocios de Santo Domingo en Cuba, señor Héctor Incháustegui, y no hubo absolutamente nada; fue una visita protocolar, como las de todos los recibos diplomáticos que tienen lugar los jueves de cada semana».²⁴

²² *Libro Blanco*, p. 116.

²³ AHMRERC. Expte. cit.

²⁴ *El Crisol*, año XIII, no. 190, viernes 22 de agosto de 1947, p. 6, col. 1.

Era como para que nadie entendiera nada. No obstante, el contencioso diplomático-mediático siguió su curso. El 22 de agosto, el Centro de Información Dominicano anunció que Trujillo había recibido respuesta de Grau, quien le había asegurado que su Gobierno continuaba «investigando las actividades de los ‘exiliados dominicanos’ residentes en Cuba».²⁵ Aunque esta información fue publicada por la prensa cubana, las autoridades de la Isla no divulgaron el contenido de las cartas intercambiadas entre ambos presidentes, ni confirmaron su existencia.

Pero el *Generalísimo* no se dio por vencido. El 23 de agosto, su Cancillería entregó una extensa nota al encargado de negocios de Cuba en Ciudad Trujillo, en la que le comunicaba que el Gobierno dominicano acababa de recibir informes desde La Habana según los cuales unos 1,500 hombres —incluidos aviadores canadienses, americanos y cubanos pertenecientes al Ejército nacional— estaban listos para dirigirse hacia la República Dominicana en barcos situados a la vista del público. Los elementos principales y predominantes en la expedición —extremistas cubanos, venezolanos, guatemaltecos y de otras nacionalidades— constituían una Brigada Internacional de idéntico cariz a la que había actuado a favor del comunismo en la guerra civil española, cuyos designios eran tratar de producir en la República Dominicana una revolución social que repugnaba a sus tradiciones, a la ideología política de todos sus sectores y a los más altos intereses del sistema democrático americano. En vista de tales hechos y de que era innegable que el Gobierno cubano, tanto por los informes suministrados por el dominicano, como por las noticias y comentarios de los medios informativos de la Isla, así como por el testimonio de varios ciudadanos cubanos, tenía ya más que suficientes elementos de convicción sobre los mencionados preparativos subversivos, el Gobierno dominicano, en virtud de la Convención suscrita en La Habana en febrero de 1928, creía llegado el momento de solicitar:

²⁵ *Información*, año XI, no. 200, sábado 23 de agosto de 1947, p. 1, col. 5.

Que el Gobierno cubano emplee los eficaces medios de que dispone ampliamente para evitar la reunión de los elementos que constituyen la expedición revolucionaria antidominicana organizada en su territorio [...] Que se desarme e interne la fuerza que está entrenada y alistada o alistándose para dicha expedición [...] Que se incaute de las armas y material de guerra [...] en poder de la fuerza expedicionaria [...] Que tome las medidas que están fácilmente a su alcance para impedir el tráfico de armas y material de guerra con destino a la fuerza expedicionaria; y [...] que impida el uso o la adecuación de embarcaciones en los puertos, costas y aguas cubanas por o para la fuerza revolucionaria.²⁶

Por último, la nota recordó las promesas y seguridades dadas en fecha reciente por la Cancillería cubana y por su Legación en Ciudad Trujillo, así como la promesa contenida en el mensaje de Grau al dictador, para concluir que el Gobierno dominicano confiaba en que el de Cuba correspondería en forma satisfactoria a las peticiones formuladas, con lo cual se consolidaría la paz de ambos países y se prevendrían perturbaciones en el Caribe de graves consecuencias para toda la América.

Lo distintivo de esta nota es que daba por ciertos los preparativos de la expedición revolucionaria e insinuaba la complicidad del Gobierno cubano. Por eso no reclamaba investigación alguna, sino que se actuara contra los insurrectos de manera rápida y enérgica.

Es preciso consignar que este documento tampoco obra en los archivos cubanos. Por el contrario, en uno de los memorandos ya citados hay una referencia a una nota de igual fecha, en la cual la Cancillería dominicana se interesaba en «entablar negociaciones bilaterales» para dejar aclaradas las responsabilidades derivadas «del movimiento de Cayo Confites».²⁷ Según el memorando, esta nota fue recibida en el Ministerio de Estado cubano el 27 de agosto y, tres días después, sin esperar respuesta, la Cancillería dominicana envió una comunicación circular a sus similares de

²⁶ *Libro Blanco*, pp. 117-118.

²⁷ «Reclamación de la República Dominicana», en AHMREC. Expte. cit.

América en la que acusaba a Cuba de perturbadora de la paz en el Caribe, y formulaba cargos contra Venezuela, Guatemala y los Estados Unidos.

Pero esto ocurriría después. De momento, el 23 de agosto el Gobierno dominicano declaró que, pese a las promesas de Grau, no se estaba haciendo nada para investigar el entrenamiento del «ejército revolucionario», cuyas maniobras continuaban sin interrupción. Acusó a los gobiernos de Venezuela y Guatemala de contribuir con grandes sumas de dinero a los fondos de los revolucionarios y suministrarles material bélico, aviones de caza y bombarderos, e identificó a un general venezolano de apellido Taborda como «agente financiero» entre su país y los expedicionarios «dominados por los soviéticos». Culpó al Gobierno de Venezuela de prestar a los conspiradores dos corbetas con equipos bélicos de todo tipo, aportar 180 hombres que se adiestraban en Cuba y recibir materiales de guerra enviados por el Gobierno de Guatemala. Recordó que en las últimas tres semanas había enviado repetidas protestas diplomáticas al Gobierno de Cuba, en las cuales pedía que impidiera el uso de su territorio como base de entrenamiento del ejército antitrujillista. Y citó una declaración del *Benefactor*, según la cual durante su nuevo mandato presidencial continuaría aplicando su política de prohibir dentro de las fronteras dominicanas el tráfico de armas destinadas a derrocar gobiernos de otros países. A juicio de Trujillo, esta política de «respeto» a la paz de otros pueblos, a las leyes y al orden interamericano, concordaba con los objetivos del sistema de seguridad continental que se estaba considerando en Río de Janeiro.²⁸

Y precisamente de esta urbe brasileña llegó la respuesta del canciller de Venezuela, Carlos Morales, quien encabezaba la delegación de su país a la Conferencia Interamericana. Morales acusó al Gobierno dominicano de haber ofrecido ayuda política a los elementos contrarios al gobierno de Rómulo Betancourt para hacerlo fracasar. Luego recordó que en varias ocasiones había desmentido categóricamente las informaciones suministradas a

²⁸ *Información*, año XI, no. 201, domingo 24 de agosto de 1947, p. 1, col. 7 y p. 16, col. 6.

la prensa por el embajador dominicano en Washington, precisó que la acusación trujillista carecía de todo fundamento, pues ningún gobierno incurriría en la ingenuidad de realizar actos de esa naturaleza, y concluyó afirmando que el Gobierno de Venezuela tenía en su poder un ejemplar autógrafo de la carta circular del secretario de Trujillo a sus representantes diplomáticos en el exterior, en la cual se les daban instrucciones para que comunicaran a los enemigos del Gobierno de Venezuela que la República Dominicana estaba «dispuesta a recibirlos en su seno y a prestarles ayuda personal y política».²⁹

Carlos Acevedo, delegado de Guatemala en el cónclave, terció en la polémica para declarar que la acusación de Trujillo era otro capítulo de un viejo cuento. Añadió que ignoraba completamente los fantásticos cargos que se le hacían a Guatemala, pero le parecía que no existía gente tan ingenua que creyera en *Las mil y una noches*. Y, con fina ironía, agradeció la información de que su país disponía de un material de guerra tan vasto como el que se le acreditaba para la fantástica aventura.

El delegado a la Conferencia y embajador de Cuba en Washington, Guillermo Belt, declaró que solo el ministro de Estado de la Isla podía hacer comentarios «sobre un asunto que desconozco completamente».³⁰ Es posible que Belt no estuviera al tanto de los pormenores del «asunto», aunque muy poco probable

²⁹ Ibídem, p. 16, col. 6. En lo que resulta al menos una curiosa coincidencia, la víspera (22 de agosto de 1947) de esta alusión pública del canciller venezolano al secretario de Trujillo, el embajador de Venezuela en La Habana, José Nucete Sardi, envió a su Ministerio de Relaciones Exteriores un radiograma sobre la gestión de José Almoína para dar a conocer los planes secretos del dictador dominicano contra varios gobiernos de América Latina, en especial los de Cuba, Venezuela y Guatemala. El mensaje precisaba que Almoína tenía documentos que quería «ofrecer al gobierno venezolano». Unos días más tarde, el propio embajador puntualizó: «Exiliado en México, el funcionario no quiere entrar en contacto con nadie. Y en Cuba, solo con el Jefe de Estado o con el Gobierno de Venezuela directamente». (En S. E. Morales, *Almoína*, p. 178). Según Morales, ello explica el hallazgo de tres ejemplares del «Informe Confidencial» de Almoína en Venezuela: dos en el Archivo Histórico de Miraflores y uno en el de la Casa Amarilla. Y ello podría explicar —añadimos— la posesión por el canciller venezolano de otros documentos como el mencionado en su declaración de Río de Janeiro.

³⁰ *Información*, año XI, no. 201, domingo 24 de agosto de 1947, p. 16, col. 6.

que lo desconociera por completo dada su alta responsabilidad y su estrecha relación con figuras del Gobierno, incluido Grau, y el Ejército.

El «asunto», entretanto, continuaba su marcha en Cuba. El 23 de agosto, un avión *Lockheed* P-38 F-5 de la fuerza aérea expedicionaria arribó a la base naval del Mariel, mientras otro aterrizó por error en Columbia, donde fue retenido por fuerzas del Ejército. Resultó necesario que Manolo Castro apelara a Grau San Martín para lograr —doce días después— la devolución del mencionado aparato y de un C-47 detenido con anterioridad.

El peor enemigo

La Embajada de los Estados Unidos, bastante bien informada de los acontecimientos que Belt decía ignorar, dejó constancia sobre la situación del plan expedicionario y el estado de ánimo de las tropas del ELA a las alturas del 23 de agosto:

Los hombres en Cayo Confites, durmiendo sobre la arena, luchando con los mosquitos, la pobre alimentación y la inacción, se estaban impacientando. Al parecer, el calendario de la invasión se había desajustado y las tropas estaban listas antes que la aviación. Los aviones habían llegado, pero no estaban equipados para la guerra. Portabombas, ametralladoras y radios fueron procurados frenéticamente.

En efecto, la aviación, cuyo papel en los planes militares del ELA era primordial, se había convertido en una rémora para la expedición. Pero no solo por los motivos apuntados en el informe de la Embajada yanqui, sino también a causa de las acciones obstruccionistas del Ejército cubano, las cuales se incrementarían en los días sucesivos. El conjunto de estos factores impidieron, a la postre, el alistamiento de la fuerza aérea antitrujillista.

Adicionalmente, las adversidades y privaciones en Cayo Confites creaban una tensión entre los expedicionarios que

ocasionaba numerosas desavenencias. Jorge Yániz Pujol narró una anécdota que, además de confirmarlo, revela otros motivos que exacerbaban las discordancias hasta hacerlas estallar. Ocurrió a los pocos días de su llegada al cayo, tras la caída de una enorme rata sobre su cuerpo mientras dormía. El repulsivo animal no huyó y, contra toda lógica, entabló una batalla que el periodista expedicionario pudo ganar aplastándole la cabeza con la culata de su fusil. El sofocón fue suficiente para que Pujol decidiera pasar el resto de la noche en la chabola de unos jóvenes con los que había trabado amistad. Con sus bártulos al hombro, soñoliento y agotado por los esfuerzos de la jornada, no escuchó la voz del centinela cuando le dio el «alto», pero sí el silbido escalofriante de la bala que aquel le disparó y estuvo a punto de alcanzarlo. Aún sin recuperarse del susto, se vio rodeado por varios hombres armados de ametralladoras y poco faltó para que un sargento apodado Macana lo baleara con su pistola.

Escenas como esta, según Pujol, se repitieron con alarmante frecuencia. Se preguntó entonces por qué ese exceso de precauciones en un campamento instalado en pleno cayo, con sus vigías y centinelas, adonde era muy difícil llegar. Y luego reflexionó:

La cosa se explica únicamente por las divisiones internas entre los distintos grupos dominicanos integrados por elementos del Partido Revolucionario [Dominicano], la Unión Progresista Agraria (UPA) y los oficiales del Estado Mayor que discrepaban en todo, menos en la idea de derrocar a Trujillo. Había desconfianza mutua [...] y por ese motivo surgían complicaciones, especialmente en lo que concernía a la Hora Cero. Porque en Cayo Confites, todos pensábamos en iniciar la acción de guerra y la espera nos desesperaba. Todo era preferible a continuar allí.³¹

Desconfianza, celos, rivalidades y contradicciones, no solo entre dominicanos, sino también entre cubanos —atomizados también en varias organizaciones y partidos— y hombres de otras

³¹ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», *Bohemia*, año 39, no. 43, 26 de octubre de 1947, p. 62.

nacionalidades, eran un peligroso agregado a las difíciles condiciones de la vida en el cayó. Varios testimonios dan cuenta de altercados por asuntos de diverso grado de importancia o absolutamente baladíes: desde una diferencia política hasta una cajetilla de cigarrillos.

En esas condiciones [anotó Yániz Pujol] el tiempo también se transformó en nuestro peor enemigo [...] Estábamos envenenados. Cualquier cosa nos «disparaba» los nervios. Las peleas eran continuas [...] Hubo momentos en que las riñas no tuvieron remedio. Surgían varias a la vez. Por cualquier cosa se insultaban. Nadie admitía la menor molestia de sus compañeros y cada uno trataba de imponerse «de a hombre».³²

La dilatada espera estaba acabando con la psiquis de los hombres, sin exclusión de grados y jerarquías. A finales de agosto, el estado de efervescencia alcanzó cotas superiores al originarse una riña entre el general en jefe del ELA, Juan Rodríguez, y el general dominicano Manuel Alexis Liz, del Estado Mayor. Aunque ambos extrajeron sus pistolas, el hecho no tuvo fatales consecuencias debido a la intervención de los presentes, pero provocó la destitución del general Liz, el ascenso a su posición del general dominicano Manuel Calderón y la designación, en lugar de este, de Feliciano Maderne, quien hasta el momento se desempeñaba como jefe del batallón Máximo Gómez, al frente del cual quedó provisionalmente Rolando Masferrer hasta que tres días después fue nombrado el teniente coronel dominicano Diego Bordas. En fin de cuentas, el altercado implicó en lo inmediato un reajuste en cadena de varios mandos del ELA, pero su trascendencia a todo el campamento tuvo un impacto mayor, pues contribuyó a fomentar el desorden y la desmoralización de las tropas.

Afortunadamente, se pudo recobrar la calma y los máximos responsables de la expedición ganaron conciencia de lo imperioso que resultaba mantener la disciplina y el orden. Ello no impidió, sin embargo, que continuaran manifestándose discrepancias de

³² *Ibídem*, p. 63.

todo tipo y descollaran, por sus implicaciones, las existentes en el seno de la alta jerarquía militar y política.

No pocas de estas giraron en torno a la figura de Juan Rodríguez, cuyo liderazgo era formalmente acatado por su decisiva contribución financiera al proyecto expedicionario y su activo papel en la fase organizativa previa, pero bastante cuestionado entre otras razones por su falta de capacidad política y militar para semejante empeño. Ya hemos visto las prevenciones de Juan Bosch al respecto, pero las suyas no fueron las únicas ni las más incisivas y descarnadas. Así, Virgilio Mainardi Reyna, quien era asistente del general Rodríguez, estimó que este dirigía el campamento «en razón no de su primitivismo político, no de su manejo singular de la política, no de otras condiciones de un hombre perteneciente al siglo pasado que obedecía a una formación distinta a la de nosotros, que entonces éramos jóvenes, sino simplemente porque él había hecho el mayor sacrificio para que cristalizara esa empresa en forma real».³³ Otros expedicionarios de alto rango dejaron testimonio, con mayor o menor objetividad, con más o menos razón, de sus desavenencias y recelos. Todo indica, pues, que el jefe máximo del ELA no era un factor de unidad y cohesión en el cayo.

Importantes discrepancias se produjeron alrededor del controvertido Rolando Masferrer, cuyas ideas, actitudes y procedimientos generaron conflictos de envergadura. Masferrer tuvo diferencias con varios jefes militares y líderes políticos del campamento, en particular con Juan Bosch, Feliciano Maderne y Eufemio Fernández, y una vez fracasada la expedición, criticó pública y acerbamente a la mayoría de ellos, ensañándose con Juan Rodríguez y su hijo José Horacio, contra quienes lanzó todo tipo de invectivas y ofensas a pesar de que el primero le había dado muestras de afecto y respaldo.

Una de las contradicciones que estalló peligrosamente en Cayo Confites tuvo como protagonistas al propio Masferrer y a su conmlitón político, Eufemio Fernández. Al parecer, su origen se remontaba a diferencias anteriores en el seno del MSR, que se

³³ Testimonio de V. Mainardi Reyna, en *Política: Teoría y Acción*, pp. 4-5.

exacerbaron durante la estadía en el campamento por rivalidades y aspiraciones de mando. Y si del encontronazo de Masferrer con Bosch existen pocos testimonios, del enfrentamiento con Eufemio Fernández los hay en abundancia, debido a su carácter público y a que estuvo a punto de convertirse en una batalla campal.

A juzgar por varios de esos testimonios, el batallón Guiteras —donde se concentró la mayoría de los elementos revolucionarios— era el mejor organizado, el más disciplinado y el de mayor fortaleza. Su jefe, el teniente coronel Eufemio Fernández, tenía conocimientos militares, don de mando y era respetado por sus subordinados. Estas cualidades, unidas a la misión especial asignada, determinaron que el Guiteras y Fernández gozaran de prestigio y popularidad en el campamento; pero al mismo tiempo provocaron envidia y temor en Masferrer, quien se aprovechaba de su posición para conceder privilegios a sus hombres a la manera populista y estimulaba o toleraba las provocaciones de estos hacia los del batallón Guiteras.

Según Humberto Lamothe, mientras los soldados del Guiteras dormían o descansaban sobre la arena después del entrenamiento, hombres del Sandino, «azuzados por Masferrer», les tiraban arena, piedras, agua y los insultaban. Ante la reiteración del hecho, Eufemio Fernández le llamó la atención a Masferrer, pero este le ripostó que no era responsable del comportamiento de sus soldados. Como las provocaciones continuaron, ambos jefes sostuvieron una acalorada discusión, que concluyó con la retirada de Masferrer ante la indignación de Fernández. Sin embargo, de acuerdo con la versión de Lamothe, poco después:

Rolando ordenó a su tropa que se movilizara y estuviera en formación de combate, emplazando un mortero y varias ametralladoras en dirección a los batallones Guiteras, Máximo Gómez y Luperón. Estos dos últimos batallones no estaban de acuerdo con [...] Masferrer, y se aliaron al Guiteras [...] Al transcurrir unos minutos, sonó un disparo que provenía desde el Sandino: el plan diabólico del traidor Masferrer era de que con ese disparo se generalizara la batalla para hacer fracasar la invasión a Santo Domingo. Mientras

[...] Masferrer [...] y sus principales matones se situaron cerca de los barcos fondeados en la playa para poder huir y ponerse en salvo en caso de que los otros batallones respondieran a la provocación.

Para Lamothe, los planes de Masferrer fracasaron debido a que Eufemio Fernández comprendió la gravedad de la situación y actuó con «una serenidad asombrosa» al no dar la orden de fuego a sus hombres, lo cual propició la solución pacífica del incidente. Por su parte, Luis D. Piñeda resaltó que en ese momento Eufemio Fernández tuvo una buena posición. Otros testimonios coinciden en que de no haberse evitado el combate, se habría producido una verdadera masacre y se habría precipitado el fin de la expedición.

De las restantes contradicciones que se manifestaron en el cayo, algunas subieron de tono en las semanas siguientes y otras se mantuvieron en sordina, pero todas contribuyeron a la desunión de los hombres, el decaimiento del entusiasmo, la quiebra de la moral y la propagación del pesimismo. «No solo las epidemias, en constante crecimiento [consignó Ángel Miolán] sino también la desintegración interna, generada por los intereses antagónicos de todo tipo, lo mismo que la anarquía, fruto de la desesperación, daban la impresión de que en cualquier momento la expedición desembocaría en un fracaso total».³⁴

Pese a tales contratiempos y dificultades, los expedicionarios continuaban su entrenamiento y esperaban ansiosos el momento de partir hacia la República Dominicana. No todo estaba perdido, pero era preciso aprovechar las reservas morales aún existentes y pasar a la acción antes de que el tiempo y las adversidades dieran al traste con la expedición.

Aires de guerra

El 24 de agosto, la popular revista *Bohemia* publicó cuatro artículos relacionados con el conflicto cubano-dominicano, que

³⁴ Testimonio de Á. Miolán, en *Política: Teoría y Acción*, p. 11.

rezumaban un tufillo belicista y desafiaban abiertamente al tirano de Quisqueya. Con el título «El Generalísimo tiene miedo», uno de ellos afirmaba que después de la farsa electoral Trujillo se sentía inseguro: sus agresiones a la libertad y al bienestar de los ciudadanos habían acentuado la rebeldía popular, y el «viraje democrático» que prometió había terminado de modo sangriento. Los emigrados dominicanos en el Caribe lo tenían alarmado; sabía que por sí solos no podían organizar una expedición, pero temía que algún gobierno los apoyara. Y, puesto que Cuba era el país que más emigrados había acogido, presumía que la invasión partiría de aquí. Ello explicaba sus notas diplomáticas.

Según la revista, Trujillo se pronunciaba así para desprestigiar a sus adversarios ante Washington, aunque los Estados Unidos no lamentarían la caída del dictador. Fundamentaba esto último en supuestas charlas íntimas del embajador norteamericano en Cuba, en las cuales expresaba que los Estados Unidos preferirían la renuncia de Trujillo, pero consideraban beneficioso el cese de su mandato «en cualquier forma que se produjera».³⁵ *Bohemia* colegía que en este caso, al parecer, el fantasma del comunismo no espantaba a los yanquis, lo cual constituía una señal indudable de que no había tal.

Abundando en sus argumentos, el semanario explicó que de los cinco miembros del Comité Central Revolucionario dominicano, su presidente, Ángel Morales, se encontraba en Washington; el general Juan Rodríguez, su principal jefe militar, acababa de pasar por Caracas en viaje hacia otros países de América del Sur, y Leovigildo Cuello, exdelegado general del Frente Unido de Liberación Dominicana, estaba en Puerto Rico. En Cuba solo se hallaban Juan Isidro Jimenes-Grullón y Juan Bosch, que eran los que menos relación podían tener con una operación militar. Acto seguido, reproducía fragmentos de declaraciones en las que el general Rodríguez negaba que gobierno alguno de América apoyara las actividades de emigrados dominicanos, y pasajes de una entrevista en la que Jimenes-Grullón afirmaba que no era un

³⁵ *Bohemia*, año 39, no. 34, 24 de agosto de 1947, p. 48.

secreto que exiliados y opositores clandestinos en Santo Domingo se propusieran derrocar a Trujillo, pero que sería una locura preparar una expedición a la luz del día permitiendo que el tirano se enterara del hecho. Lo que atemorizaba a Trujillo —subrayó— era la unidad inquebrantable de sus compatriotas desterrados; por ello trataba de imposibilitar sus trabajos lanzando especies prematuras e infundadas.

A modo de conclusión, *Bohemia* reprodujo declaraciones de dirigentes de casi todos los partidos políticos cubanos, en las que sobresalía su consenso respecto al sátrapa dominicano y la unidad nacional ante el peligro de enfrentamiento bélico:³⁶

Miguel Suárez Fernández, presidente del Senado y dirigente del PRC (A): «La dictadura que sufre la República Dominicana ha sido combatida con denuedo por los demócratas cubanos [...] Los verdaderos demócratas debemos brindarle al pueblo dominicano la cooperación más amplia y efectiva hasta lograr el colapso del régimen de sangre y pillaje que representa Rafael Leónidas Trujillo».

Rubén de León, presidente de la Cámara de Representantes y dirigente del PRC (A): «Son suficientes y hay que atenerse a ellas, las declaraciones del Gobierno».

Guillermo Alonso Pujol, senador y presidente del Partido Republicano: «No tengo dudas de nuestra plena solidaridad con los anhelos del pueblo dominicano [...] Por sobre otros razonamientos, los cubanos no olvidaremos que el brazo heroico del generalísimo Máximo Gómez, contribuyó a crear nuestra República».

Blas Roca, secretario general del Partido Socialista Popular: «Trujillo [...] es una vergüenza para la América. No creo que tenga derecho a plantear ante la ONU o cualquier organismo internacional una investigación en Cuba, pues lo primero que cualquier asociación internacional tendría que hacer es investigar cómo Trujillo oprime, tortura, persigue y asesina al pueblo dominicano».

Eduardo Chibás, presidente del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos): «He prestado mi apoyo a los exiliados dominicanos

³⁶ Las declaraciones que siguen proceden de *Bohemia*, año 39, no. 34, 24 de agosto de 1947, pp. 49 y 61.

y [...] seguiré prestándolo [...] Aparte de considerar esta actitud la única compatible con la orientación progresista del mundo y con el sentido de solidaridad americana, respondo con ella a la deuda contraída por Cuba con el primero y el último de sus grandes libertadores: Hatuey y Máximo Gómez».

La única nota discordante la ofreció Carlos Saladrigas, jefe del Partido Demócrata y excandidato de Fulgencio Batista a las elecciones presidenciales de 1944: «Preocupado por el desenvolvimiento irregular de nuestra vida política, las versiones que circulan de que se prepara en Cuba una expedición contra Trujillo me inquietan por las repercusiones internas que pudieran tener como una nueva amenaza de perturbación para nosotros».

En un trabajo titulado «El sátrapa Trujillo amenaza a Cuba», *Bohemia* retomó la posible agresión dominicana contra la Isla y publicó la siguiente tabla comparativa del poderío de ambos países, aclarando que esta no incluía los nuevos bombarderos, ni la flota que Cuba acababa de adquirir en los Estados Unidos:

	Santo Domingo	Cuba
Superficie (en millas cuadradas)	19,932	43,178
Habitantes	2,110,000	5,125,000
Presupuesto (ordinario)	\$23,334,000.00	\$127,793,000.00
Gastos del Ejército y la Marina (ordinarios)	\$5,499,000.00	\$19,527,000.00
Líneas de ferrocarril (en millas)	600	13,981
Carreteras (en millas)	3,000	7,500
Vehículos motorizados	4,700	57,102
Ejército (incluye oficiales)	4,100	14,996
Marina (incluye oficiales)	1,150	4,406
Aviación (pilotos)	26	95
Aviación (miembros auxiliares)	50	270
Fuerzas de reserva (con instrucción militar)	2,500	10,000
Bombarderos pequeños	2	6
Aviones de reconocimiento	3	8
Aviones de caza y escolta	2	18

Aviones de combate	6	27
Aviones adaptados militarmente tanto del Ejército como de la Marina	5	36
Hidroaviones	2	7
Aviones para el transporte de tropas	1	5
Cruceros, corbatas, fragatas y toda clase de barcos de hasta 1,000 toneladas adscriptos a la Marina de Guerra	8	21
Cruceros, corbetas, fragatas y toda clase de barcos de más de 1,500 toneladas y sin pasar de 2,500 adscriptos a la Marina de Guerra	2	5
Tanques de todo tipo	2	24
Cañones antitanques	-	10
Equipos lanzallamas	1	12
Motocicletas	18	160
Camiones antiguos y modernos	8	56
Jeeps	10	85
Ametralladoras antiaéreas	6	160
Mulos y caballos	900	7,000
Armamento moderno para cada soldado en campaña	45%	75%

La columna correspondiente a Cuba estaba flanqueada por fotografías del presidente Ramón Grau San Martín y del jefe del Ejército, general Genovevo Pérez Dámera; la dominicana, por las del dictador Trujillo y su hermano, el mayor general Héctor B. Trujillo, jefe del Ejército. Presidía el conjunto un subtítulo que no requería comentario alguno: «Amenaza: Fanfarronada. ¿Con qué cuenta Chapitas?»³⁷

El tercer trabajo de *Bohemia* era un reportaje gráfico titulado «La Nueva Flota de Guerra de Cuba», en el que informaba — con amplio despliegue fotográfico — sobre los navíos *José Martí*, *Antonio Maceo*, *Máximo Gómez*, *20 de Mayo*, *10 de Octubre*, *Pinar del Río*, *Habana*, *Las Villas*, *Camagüey* y *Oriente*, que llegarían a Cuba

³⁷ *Bohemia*, año 39, no. 34, 24 de agosto de 1947, pp. 50-51.

el 31 de agosto procedentes de Charleston, Carolina del Norte. Se trataba de tres fragatas, cinco guardacostas y dos remolcadores construidos en 1943 a un costo de 13 millones de dólares y vendidos a Cuba en 500,000. Las fragatas llevaban los nombres de *Martí*, *Maceo* y *Gómez*; los guardacostas, los de las antiguas provincias cubanas, excepto Matanzas, pues ya había uno homónimo, y los remolcadores, las fechas históricas.³⁸

El cuarto y último artículo: «Defensa. Cuba en Charleston», describía con lujo de detalles los navíos comprados a los Estados Unidos, a saber:

FRAGATAS (destinadas al Servicio de Patrulla-escolta). Desplazamiento de 2,415 toneladas, velocidad de 20.3 nudos, calado de 13 pies 8 pulgadas, armadas con 3 cañones de 3 pulgadas – 50 calibre doble propósito y 4 cañones de 20 mm; 2 propelas, 303 pies 11 pulgadas de eslora y 37 pies 6 pulgadas de manga. Eran las primeras naves cubanas equipadas con aparatos de radar. Puestas en servicio en 1943, habían pasado a la reserva al concluir la Segunda Guerra Mundial.

GUARDACOSTAS. 110 pies 10 pulgadas de eslora y 17 pies de manga. Desplazamiento de 148 toneladas, velocidad de 15.6 nudos, 2 propelas, equipados con motores Diesel. Armados con cañones de 20 mm, construidos en 1943.

REMOLCADORES. Desplazamiento de 852 toneladas, velocidad de 12.2 nudos, 165 pies 5 pulgadas de eslora y 33 pies 4 pulgadas de manga. Cañón de 1-3 pulgadas 50 calibre, doble propósito de 20 milímetros AA. Puestos en servicio el 13 de noviembre de 1943.

Por último, se informaba que la flotilla formaría una división cuyo mando se había confiado al teniente coronel Braulio Fernández.³⁹

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ *Ibidem*, p. 66. Tales fueron los datos publicados por *Bohemia*. Sin embargo, un texto especializado ofrece una información más precisa: *Fragatas*: Desplazamiento: 2,199 toneladas. Eslora: 304 pies. Manga: 37.5 pies. Calado: 13.7 pies. Velocidad: 20 nudos. Armamento: 3 cañones de 3 pulgadas calibre 50 y 2 cañones antiaéreos de 40 milímetros (de esto se exceptúa la fragata *Máximo Gómez*, que tenía 6 cañones antiaéreos de 20 milímetros). *Guardacostas*: Desplazamiento: 95 toneladas. Eslora: 110 pies. Manga: 17 pies. Calado: 6.5 pies. Velocidad: 15 nudos. Armamento: 2 cañones antiaéreos de 20 milímetros.

Intenciones aparte, los cuatro trabajos de la prestigiosa revista *Bohemia* hacían evidente que nuevos vientos de guerra nutrían la ya cargada atmósfera caribeña.

Un ultimátum «amistoso»

El 25 de agosto, varios periódicos habaneros se hicieron eco de una nota del Centro de Información Dominicano, en la cual se aseguraba que el Gobierno quisqueyano había presentado al encargado de negocios de Cuba en Ciudad Trujillo, Miguel Figueroa, la recomendación de que el Gobierno cubano disolviera las «brigadas internacionales comunistas» que se encontraban en la Isla con el fin de invadir la República Dominicana, internara a los revolucionarios y sus líderes, incautara el armamento que poseían, impidiera todo tráfico de armas (actual o futuro) que pudieran emplearse con ese propósito y prohibiera el uso de los puertos cubanos a los barcos que llevaran contrabando de armas o tropas revolucionarias.

En esencia, esta «recomendación» se correspondía con las demandas contenidas en la nota que la Cancillería dominicana había entregado al encargado de negocios cubano dos días antes. Sin embargo, el Centro tuvo a bien añadir que se trataba de una nota de carácter amistoso, fundamentada en la información obtenida y presentada al Gobierno de Cuba respecto a la existencia de grupos revolucionarios en la Isla. Recordó, además, que en su mensaje a Trujillo, Grau San Martín se había comprometido a investigar las acusaciones formuladas por la República Dominicana, y expresó su confianza en que Cuba haría todo lo posible «para garantizar la paz futura de ambas naciones».⁴⁰

Remolcadores: Desplazamiento: 852 toneladas. Eslora: 165 pies. Manga: 33.3 pies. Calado: 16 pies. Velocidad: 12 nudos. Armamento: 1 cañón de 3 pulgadas calibre 50. (Tomado de Milagro Gálvez Aguilera: *La Marina de Guerra en Cuba 1909-1958*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, t. 1, pp. 116-118 y 122).

⁴⁰ *Información*, año XI, no. 202, martes 26 de agosto de 1947, p. 1, col. 7 y p. 16, col. 3.

Interrogado a la salida de una larga conferencia con Grau, el ministro de Estado, Rafael P. González Muñoz, dijo a los periodistas que «oficialmente» nada sabía de ese «ultimátum amistoso» de que hablaban los diarios de la mañana.⁴¹

Ese mismo día, el embajador de los Estados Unidos en La Habana, Henry Norweb, y Joseph R. Dillon, representante del Departamento del Tesoro norteamericano, visitaron al ministro González Muñoz para solicitar su apoyo a fin de determinar si algún avión había sido exportado ilegalmente a Cuba desde los Estados Unidos. Aunque Norweb —según informe de su Embajada— aseguró que tal información era para fines «puramente aduanales» y para comprobar si se habían producido violaciones «de las leyes norteamericanas», el ministro cubano intuyó el verdadero propósito y le prometió poner a Dillon en contacto con las autoridades competentes y facilitarle su tarea. Se trataba de una evasiva, y de ello se dieron cuenta en seguida los funcionarios yanquis, pues a partir de entonces trataron insistente e infructuosamente de materializar dicha promesa.

Al día siguiente, González Muñoz visitó de nuevo el Palacio Presidencial. Y a su salida, se repitió la escena: los periodistas volvieron a interrogarlo sobre el ultimátum dominicano. El canciller respondió:

Señores, estamos en las mismas condiciones de ayer noche cuando les informé que hasta ese momento el Gobierno cubano no conocía ni había recibido por ningún conducto Nota-ultimátum de ninguna clase de ningún país. Ahora, lo único que puedo hacer es ratificarles esas mismas manifestaciones, incluyendo en el momento actual las horas transcurridas hasta este momento.⁴²

A todas estas, el conjunto de las organizaciones juveniles de Cuba suscribió un manifiesto en el que tomaban posición ante el diferendo cubano-dominicano. Tras calificar de ridículas las

⁴¹ *Ibíd.*, p. 1, col. 7.

⁴² *El Crisol*, año XIII, no. 194, miércoles 27 de agosto de 1947, p. 1, col. 7 y p. 10, col. 8.

acusaciones y amenazas de Trujillo, el documento consignó que el pueblo cubano había respondido de la única manera posible: con la mayor indiferencia y el más criollo choteo. ¿Motivo? Jamás había habido la más leve fricción entre la República Dominicana y Cuba. Lo que existía y había existido siempre era un permanente estado de guerra entre el tirano Trujillo y el pueblo dominicano.

Las organizaciones juveniles cubanas advirtieron que las acusaciones de Trujillo contra el gobierno de Grau, además de calumniosas, constituían una infame tentativa dirigida a lograr lo imposible: la pugna entre ambos pueblos, con la consiguiente complicación internacional. Y concluyeron:

Estamos y estaremos siempre al lado de la gran nación dominicana, a la que reiteramos nuestro cariño y respeto, y contra la oprobiosa tiranía de Trujillo que, surgida a través de los peores métodos de crimen y de robo, no ha podido en momento alguno representarle. La unidad histórica de Máximo Gómez y Martí, nos obliga a la más íntima solidaridad con la lucha del pueblo dominicano hacia su liberación y democracia.⁴³

Entre los firmantes del manifiesto resaltaban Enrique Ovares y Alfredo Guevara, presidente y secretario de la FEU, respectivamente; Gustavo Masó, presidente de la Asociación Estudiantil de Institutos de Cuba; Flavio Bravo, por la Juventud Socialista, y Hugo Mir, por la Juventud del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos).

La respuesta del *Generalísimo* a las noticias que llegaban de Cuba no se hizo esperar. El 26 de agosto, un comunicado de su Gobierno aseguró que desde ese momento en adelante reconocería a los gobiernos que se establecieran en el hemisferio occidental, siempre que fueran anticomunistas. Aunque esta decisión fue anunciada tras el golpe de Estado que derribó a José María Velasco Ibarra en Ecuador, los argumentos utilizados para justificarla revelaban que el mensaje estaba dirigido a Cuba.

⁴³ Ibídem, p. 10, col. 8.

El gobierno trujillista declaró su «vehemente oposición» a la política de los gobiernos que trataran de establecer regímenes apoyados por los soviéticos en cualquier país de las Américas. Luego afirmó que la República Dominicana conocía desde hacía tiempo que una red en gran escala de agentes soviéticos estaba operando en el Sur y Centro América, especialmente en la zona del Caribe, para derrocar regímenes con el propósito de servir «planes comunistas». En esos momentos, expresó, la República Dominicana estaba frustrando con éxito la invasión a su territorio —dirigida por Moscú y ejecutada por una «brigada internacional de revolucionarios rojos» que se adiestraban en Cuba—, y tenía la determinación de combatir las infiltraciones subversivas y la propaganda contra las Américas.⁴⁴

Una noticia difundida ese día pareció dar razón a las denuncias trujillistas: un misterioso barco de bandera hondureña había sido retenido en el puerto de Baltimore, debido a que el Departamento de Estado norteamericano se había negado a expedir la licencia de partida solicitada por sus dueños. «Se rumoraba [decía un cable de la UP] que el barco era utilizado para el envío ilegal de armas a los grupos rebeldes que se alega proyectan una revolución contra el gobierno de la República Dominicana».⁴⁵ Pero funcionarios de la aduana yanqui habían realizado un minucioso registro en la nave sin encontrar huellas de armas o municiones en su interior.

El 27 de agosto, el periódico norteamericano *Evening Star* dio a conocer que Baltimore era una de las primeras áreas escogidas para la reunión del movimiento contra la República Dominicana. Aseguró que la embarcación retenida el día anterior era una barcaza de desembarco de la infantería, cuya tripulación estaba compuesta principalmente por exiliados dominicanos, y señaló que este tipo de nave tenía una tripulación de doce a catorce hombres, mientras que en el barco retenido había 40.

Según el *Evening Star*, la barcaza —de nombre *Patria*— había sido vendida al ciudadano cubano Cruz Alonso por un corredor de

⁴⁴ *Información*, año XI, no. 203, miércoles 27 de agosto de 1947, p. 1, col. 6 y p. 16, col. 2.

⁴⁵ *Ibíd.*

Nueva York y traída a Baltimore para reparaciones desde su fondeadero de James River, Virginia. Otro cubano llamado Howard Rubiel había comparecido en la aduana con el fin de obtener el despacho del buque, pero fracasó en sus gestiones ante Washington a fin de obtener el permiso para hacerse a la mar. Por su parte, el patrón del barco, MacDowell Sherwood, declaró que había sido enviado a Baltimore a hacerse cargo de la barcaza, la cual —según se le había dicho— «iba a dedicarse al negocio de frutas».⁴⁶

La noticia sobre la retención del buque *Patria* en Baltimore, captada por radio en Cayo Confites, dejó pasmados a los expedicionarios. Su tan esperado *Fantasma* pareció esfumarse definitivamente. «La incertidumbre se trocó en desesperación [escribió Jorge Yániz Pujol] y esta vez no sirvieron las explicaciones. Se nos dijo que el Gobierno de Estados Unidos había sacado las armas del buque y que las entregaría en una embarcación gemela».⁴⁷

Más tarde, los expedicionarios conocieron que en el *Patria* no se habían encontrado armas y que tampoco se habían formulado cargos contra los revolucionarios arrestados. La buena nueva les hizo recobrar el aliento. Pero no del todo, pues hasta en el mejor de los casos —la liberación del *Patria* o la entrega de un buque semejante— su angustiosa permanencia en el cayo se prolongaría.

Como se recordará, el buque *Patria* había sido confiscado a principios de agosto en Baltimore, Maryland. Por consiguiente, la noticia de su retención el día 26 parecía un ardid de los conspiradores dominicanos —en complicidad con autoridades norteamericanas— para desinformar a Trujillo y a los enemigos de la expedición en los Estados Unidos. En consecuencia, era cierta la versión respecto a la «embarcación gemela», pues el 25 de agosto había zarpado sigilosamente de Elizabeth City, Carolina del Norte, unos 335 kilómetros al sur de Baltimore, la barcaza LCI (L) 1006, rebautizada *Máximo Gómez* y comprada poco antes por el dominicano Miguel Ángel Ramírez con el dinero enviado por José Manuel

⁴⁶ Ibídem, no. 204, jueves 28 de agosto de 1947, p. 16, col. 3.

⁴⁷ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 43, 26 de octubre de 1947, p. 63.

Alemán por medio de Manolo Castro. De este modo, el verdadero buque *Fantasma* atracaría en el Mariel cuatro días más tarde.⁴⁸

A tono con el prelude bélico en que parecía encontrarse el diferendo cubano-dominicano, el 27 de agosto el diario trujillista *La Nación* dio a conocer que la República Dominicana incrementaría grandemente sus Fuerzas Armadas: el ejército crecería de 7,000 a 12,000 plazas, se crearían dos divisiones móviles de 24,000 hombres, y aumentarían las reservas de Marina y Aviación. Así mismo, el dictador presentaría al Congreso un proyecto de ley con vistas a implantar el Servicio Militar Obligatorio para hombres de diecisiete a treinta y cinco años, mientras que los de mayor edad hasta cincuenta y cinco prestarían «servicios especiales». «El día en que dichas fuerzas se enfrenten con un adversario, los enemigos recibirán una lección que jamás podrán olvidar»,⁴⁹ sentenció Trujillo, quien prometió la creación de dos nuevas provincias y la realización de importantes obras públicas, además de asegurar que su gabinete combatiría el comunismo y ocuparía el puesto que se le asignara en una eventual guerra mundial.

Haciéndose eco del clamor trujillista, un editorial del *Diario de la Marina* consideró que en el incidente con la República Dominicana las cosas habían ido demasiado lejos, y llamó a «imponer un poco de sensatez y de buen sentido» antes de que la novelaría o el sectarismo separaran a dos pueblos que tenían trascendentes motivos históricos para vivir en la máxima armonía. A juicio del diario, la República Dominicana podía tener un gobierno bueno o malo, pero esa adjetivación valía en cuanto la hicieran los hijos de aquella tierra. «Para nosotros [resaltó] en lo que atañe a las relaciones que debemos mantener con tal Gobierno, será bueno o malo según cumpla o incumpla las normas, las tradiciones y los tratados que nos obligan recíprocamente».⁵⁰

⁴⁸ *Marina de Guerra Dominicana*, en *Fuerzas Militares Dominicanas*, <http://www.fuerzasmildom.com>; *Plot to Invade the Dominican Republic*, U.S. Embassy – Havana, December 19, 1947, State Dispatch # 4615.

⁴⁹ *Información*, año XI, no. 204, jueves 28 de agosto de 1947, p. 1, col. 1.

⁵⁰ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 202, martes 26 de agosto de 1947, p. 4, cols. 1 y 2.

Noticias de Hoy le salió al paso al decano de la prensa cubana, tildando el citado párrafo de «desvergonzado» y el editorial en su conjunto de «indigno chivato». Así mismo, recordó los reportajes y números dedicados por el *Diario* a «la obra de Trujillo», calificó su posición de «habildosamente equidistante» y subrayó que daba por ciertas las declaraciones del dictador sin aportar pruebas.⁵¹

Mientras tanto, en Washington, según el *Daily News*, se estaba «fermentando» una tempestad entre el Departamento de Estado y la colonia dominicana debido a un cable de felicitación enviado por el exsecretario de Estado, Corder Hull, al dictador Trujillo por el pago de la deuda externa dominicana. La acción de Hull, recalcó el diario, había convulsionado a dicho Departamento y provocado que miembros de la colonia dominicana declararan sentirse traicionados.

El incidente explotó a raíz de que Trujillo hiciera publicar copias fotostáticas del cablegrama de Corder Hull en la primera plana de los periódicos dominicanos, con la intención de poner en evidencia el apoyo de los Estados Unidos a su régimen. Un vocero de Hull manifestó que el exsecretario de Estado solo había tratado de decirle a Trujillo que aprobaba el pago de la deuda; si algo más se había añadido a su mensaje, era un hecho desafortunado. Y agregó, a modo de implícita disculpa, que Hull había estado recluido en un hospital durante un año y no estaba muy al corriente de los acontecimientos. «Ocurra lo que ocurra [estimó el *Daily News*] Hull ha apoyado a Trujillo, precisamente cuando este lo necesitaba».⁵²

El propio 27 de agosto, a las 5:10 p. m., un avión *Douglas* de dos motores N-C 56001 realizó un aterrizaje forzoso en la finca La Caridad, sita en la localidad de Managua, muy próxima a La Habana, ante el asombro de los vecinos y curiosos del lugar. El accidente ocurrió debido al fallo de un motor que terminó apagándose por completo. De ahí que el piloto planeara y diera varias vueltas en el aire hasta encontrar un terreno llano donde aterrizar. Al tocar tierra, el tren de aterrizaje, las hélices y uno de los motores

⁵¹ «Defensor de Trujillo», en *Noticias de Hoy*, año X, no. 203, miércoles 27 de agosto de 1947, p. 2, col. 8.

⁵² *Información*, año XI, no. 204, jueves 28 de agosto de 1947, p. 16, col. 3.

quedaron destrozados, pero el piloto y el copiloto solo sufrieron contusiones y magulladuras en la piel, por lo que abandonaron el aparato, se dirigieron a la carretera y tomaron un ómnibus en dirección a La Habana para, supuestamente, acudir a un médico.

Esta circunstancia rodeó al acontecimiento de un halo misterioso, pues al presentarse la policía en el lugar ya los pilotos se habían retirado y no los encontraron ni tuvieron noticias de ellos en ningún centro de socorro cercano. De la inspección ocular resultó que aunque la nave tenía capacidad para 21 pasajeros y carga, carecía de asientos y en su interior se hallaron facturas de dos establecimientos habaneros dedicados a la venta de pollos. El oficial investigador designado se dirigió entonces al aeropuerto de Rancho Boyeros, donde el personal de la torre de control le informó que el avión pertenecía a la empresa Cuinair (Aerovías Cubanas Internacionales S. A.), se dedicaba al trasiego de frutas, aves y huevos, y había sido despachado a las 5:02 p. m. con destino a Santa Clara. En esa oficina, sin embargo, no estaban registrados los integrantes de la tripulación.

A últimas horas de la noche los pilotos se presentaron en la estación de policía encargada de la investigación. El piloto se identificó como Leonardo Izquierdo, residente en Santa Fe, y el copiloto como Tomás Díaz, vecino de Santiago de las Vegas. Ambos pertenecían a la ANACRA (Academia Nacional de Aviación Civil, Reserva Aérea), centro fundado en 1939 por la Dirección de Deportes para el entrenamiento de pilotos civiles por oficiales del Ejército. La ANACRA radicaba en Rancho Boyeros y desde 1945 estaba bajo control del Ejército, pero en fecha reciente había pasado nuevamente a la Dirección de Deportes y se encontraba en proceso de reorganización para reanudar sus cursos de aviación civil.

Reinaldo Ramírez Rosell, presidente de Cuinair, declaró a la prensa que el avión accidentado no era de su empresa, sino de su propiedad particular y lo utilizaba para viajes privados. Añadió que desde hacía seis días estaba en negociaciones con la ANACRA y lo había cedido para el entrenamiento de pilotos, sin que aún

se hubiera formalizado la venta. Del mencionado vuelo a Santa Clara, por tanto, no sabía absolutamente nada.

Así concluyó el caso del avión accidentado en Managua. Para el ciudadano común, todo quedaba claro y el misterio, develado; pero para el observador informado acerca de la expedición anti-trujillista y del papel que desempeñaban la Dirección de Deportes en su organización y Reinaldo Ramírez Rosell en la adquisición de la flota aérea, el siniestro constituía una evidencia más de los preparativos que tenían lugar en Cuba.

Espoleado por la repercusión mediática del suceso, Ramón Vasconcelos —quien en su columna de *Prensa Libre* ya había instado a averiguar si Trujillo tenía razón o no en sus denuncias de que en Cuba se organizaba «una expedición contra su Gobierno, financiada por gobiernos extranjeros y por funcionarios del nuestro»— volvió a la carga sobre la conspiración, esta vez para denunciar que había habido movilización pública en el Hotel San Luis y entrenamiento militar en el Instituto Politécnico de Holguín; que frente a Nuevitas, fuera de las aguas jurisdiccionales, había o había habido un barco y dos frente a Gibara. Y luego se preguntó:

¿Lo desconoce el Gobierno? ¿Desconoce también que varias madres cubanas reclaman el regreso de sus hijos, menores de edad, de los cuales no reciben noticias porque están en alta mar y no les permiten bajar a tierra; desconoce el sacrificio de quinientas reses de un central camagüeyano y la intervención militar para evitar que el hecho trascendiera; desconoce quién dirige todo ese movimiento desde La Habana?⁵³

Tiempo en Cuba, el semanario dirigido por Masferrer, acusó a Vasconcelos de delación. Tenía razón, pero el anónimo articulista olvidaba que su propia revista había mantenido una postura similar en ocasión del atentado a Alfonso Fors. Y no solo eso: ahora iba más lejos, al afirmar que la información de Vasconcelos había sido elaborada por el «semisancionado» Fors y cerrar su comentario con el

⁵³ Ramón Vasconcelos, «Huracán sobre el Caribe», en *Prensa Libre*, año VII, no. 1898, viernes 29 de agosto de 1947, p. 1, cols. 1-2 y p. 8, cols. 3-4.

escalofriante lema «La justicia tarda pero llega...»,⁵⁴ que en el lenguaje de los *grupos de acción* significaba la condena a muerte del periodista.

Al parecer, la acción diversiva en torno al buque *Patria* no confundió a Trujillo, pues el 29 de agosto —coincidiendo con la llegada del *Fantasma* al Mariel— el canciller dominicano hizo llegar al encargado de negocios de Cuba una nota con informaciones precisas sobre los preparativos expedicionarios y la solicitud de enviarlas a su Gobierno. He aquí los elementos novedosos:

Cuarenta tripulantes de un barco detenido en Baltimore eran revolucionarios dominicanos, muchos de los cuales se han trasladado a Cuba por la vía aérea [...] En La Habana funcionan tres oficinas de los encargados de preparar la invasión a Santo Domingo, situadas en el Hotel Sevilla, que ocupa la habitación N° 140; en el Hotel San Luis, quinto piso, habitación N° 23 y en la calle Orrely N° 118. La del San Luis está dirigida por Enrique Cotubanamá Henríquez y la del Sevilla por Araña [...] Los revolucionarios están frente a la costa de Nuevitas, en un cayo próximo, organizados en distintos batallones [...] recibiendo entrenamiento diario de lanzamiento de granadas de mano y prácticas de ametralladoras.⁵⁵

La tácita alusión a Cayo Confites, así como una lista de «organizadores de grupos revolucionarios» que se habían trasladado de Nueva York a La Habana por distintas vías, entre los cuales figuraba Miguel Ángel Ramírez, eran los detalles sobresalientes de la información.

Ese mismo día el Departamento de Estado yanqui anunció la designación de su embajador en la República Dominicana, George H. Butler, para que integrara durante varios meses un «estado mayor de planes políticos» creado por el secretario George Marshall con vistas a desarrollar la política exterior norteamericana;

⁵⁴ «Alarmistas y delatores», en *Tiempo en Cuba*, año III, no. 35, 31 de agosto de 1947, pp. 7-9.

⁵⁵ *Nota 22957*, 29 de agosto de 1947, AHMRERC. Expte. cit., y en *Libro Blanco*, p. 120.

cumplido dicho plazo, Butler regresaría a su puesto.⁵⁶ Parecía contradictorio que cuando se esperaba un ataque para derrocar a Trujillo, el Departamento alejara de Santo Domingo a su embajador. Dos razones podrían explicar esa decisión: el Gobierno de los Estados Unidos tenía la certeza de que la expedición no saldría o las antipatías de Butler hacia el dictador no convenían a los propósitos de la política exterior yanqui.

Entretanto, en Ciudad Trujillo quedaba inaugurada oficialmente la Ciudad Universitaria, ante la presencia de embajadores y ministros que habían asistido al cuarto juramento del *Generalísimo* como presidente. Era un esfuerzo más para hacer creer que el país vivía en plena normalidad.

El 30 de agosto, la Cancillería dominicana entregó al encargado de negocios de Cuba, Miguel Figueroa Miranda, una nota con nuevas informaciones sobre la expedición, cuyos aspectos relevantes eran los siguientes:

El 19 de agosto corriente, fue embarcada considerable cantidad de material de guerra del puerto Barrios, de Guatemala, con destino a Cuba, material que se supone para los revolucionarios que conspiran allí contra el Gobierno dominicano [...] En el diario *El Popular*, del 24 de agosto de 1947 [...] de México, los señores Policarpo Soler Cruz y Juan Cárdenas, ex oficiales de la Policía de Cuba, han declarado [...] que funcionarios del Gobierno cubano están tolerando abiertamente el complot para atacar a la República Dominicana, tomando parte activa en la organización de una expedición armada [...] En la Universidad de La Habana se han efectuado reclutamientos de voluntarios, bajo la dirección del líder comunista Manolo Castro [...] El transporte de los revolucionarios se hace en los camiones del Ministerio de Obras Públicas, por disposición del Ministro Casas Alemán [...] Este [...] ha contribuido con [...] \$350,000.00 para la adquisición de material de guerra, equipos militares, aviones, etc., destinado a los revolucionarios [...] En la finca El Calabazal, propiedad del

⁵⁶ *Información*, año XI, no. 206, sábado 30 de agosto de 1947, p. 1.

Ministro Alemán [...] próxima a La Habana, se encuentran once aviones, algunos P-38 y P-51, DC-3 los otros, destinados igualmente para uso de los revolucionarios.⁵⁷

Aunque con algunos errores —como atribuirle filiación comunista a Manolo Castro, añadirle el apellido Casas a Alemán, confundir el Ministerio de Obras Públicas con el de Educación y el nombre de la finca con el de la localidad donde se hallaba—, la información del Gobierno dominicano revelaba un secreto cuya divulgación posterior sería clave en el desenlace de la conspiración: la existencia de un arsenal en una finca perteneciente a José Manuel Alemán.

Apelación a los gobiernos americanos

Convencido de que las notas al Gobierno cubano solo servían para engrosar el abultado expediente del plan expedicionario, Trujillo decidió pasar a una fase superior de su batalla diplomática. El 30 de agosto, sin esperar respuesta al documento entregado la víspera a la Legación de Cuba, el canciller interino dominicano, Emilio García Godoy, dirigió una nota a los jefes de las misiones diplomáticas americanas acreditadas en Ciudad Trujillo.

Invocando la Resolución VI de la Segunda Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas (La Habana, julio de 1940),⁵⁸ y tras recordar que desde

⁵⁷ Nota 23217, 30 de agosto de 1947, en AHMRERC. Expte. cit. Una versión, ligeramente corregida, aparece en el *Libro Blanco*, p. 121.

⁵⁸ Según la Resolución VI: 1º) Cada República americana adoptaría en su territorio las medidas necesarias para «prevenir y suprimir cualquiera clase de actividades dirigidas, ayudadas o instigadas por gobiernos, grupos o individuos extranjeros» tendientes a subvertir las instituciones nacionales, a fomentar desórdenes en su vida política interna o a modificar por la presión, la propaganda, la amenaza, o de cualquiera otra manera, el derecho de sus pueblos a regirse por los «sistemas democráticos que en ellos prevalecen». En caso de que cualquiera República americana se viera amenazada por tales actividades, los gobiernos se consultarían de inmediato, «si el Estado directamente interesado tuviera a bien solicitarlo»; 2º) Para que la consulta fuera más eficaz, era «esencial el más amplio intercambio de informes relativos a las susodichas

julio de 1947 el Gobierno de la República Dominicana conocía que en territorio cubano se hacían preparativos ostensibles para una invasión armada al territorio quisqueyano, con el fin de turbar el «libre y normal» desenvolvimiento de las instituciones de ese país y de instaurar en él, por la fuerza, un régimen «incompatible con su tradición republicana», la nota aseguraba que el Gobierno dominicano poseía informes de hechos concretos y precisos que demostraban la existencia de dicha conspiración, la cual estaba ya en la etapa de los preparativos materiales y las vías de hecho. Esto último se ponía de manifiesto en: a. La organización de centros revolucionarios en varios países; la recolecta de fondos para esos fines subversivos; el reclutamiento de «extremistas o incautos» de diferentes nacionalidades, para la formación de tropas destinadas a la invasión; el adiestramiento, público al comienzo y luego velado, de las tropas, y el equipamiento, con toda clase de armas de guerra, de esas «brigadas internacionales»; b. Los conspiradores contaban con barcos de ataque y transporte, así como con aviones de bombardeo y de caza con capacidad para lanzar y proteger el ataque; c. La mayor parte del contingente estaba concentrada en distintos puntos estratégicos del territorio cubano o de sus aguas jurisdiccionales, lista para lanzarse, en el momento oportuno, sobre la República Dominicana.

El conocimiento de esos hechos, según la nota, no le permitía al Gobierno dominicano considerar como «mera guerra de nervios» las frecuentes declaraciones públicas de los cabecillas de la empresa, los cuales no solo se jactaban de estar preparando un golpe desde territorio cubano, sino que se vanagloriaban de contar con el respaldo de autoridades norteamericanas, cubanas, venezolanas y guatemaltecas.

actividades dentro de sus jurisdicciones respectivas»; 3º) Cualquier gobierno que obtuviera información que demostrara que se estaban ejecutando o que amenazaban ejecutarse actividades de la naturaleza señalada en el territorio de una o más Repúblicas americanas, comunicaría «inmediatamente los informes obtenidos, bajo la más estricta reserva, al Ministerio de Relaciones Exteriores de dicha nación o naciones»; 4º) El más amplio intercambio de dichos informes ayudaría «a preservar la paz e integridad de las Américas». («Resolución VI. Sobre actividades dirigidas desde el exterior contra las instituciones nacionales», en *Diario de la Marina*, año CVIII, no. 180, martes 30 de julio de 1940, p. 9, cols. 4 y 5).

A juicio del Gobierno de Quisqueya, los verdaderos dirigentes del movimiento eran individuos de conocida raigambre extremista, vinculados con la ideología comunista con que se pretendía subyugar a los países libres del continente; y los políticos dominicanos que les servían de parapeto o instrumento, eran elementos desarraigados del medio ambiente nacional o irresponsables aventureros que creían poder utilizar el movimiento para sus fines personales. Todos ellos, por la diversidad de sus nacionalidades, constituían una agrupación internacional que no tenía relación alguna con el sentimiento local de la política dominicana y, por ende, no podía afincar sus actividades en principios, postulados o tendencias.

Ante las proporciones de la situación descrita, precisaba la nota, el Gobierno dominicano —a través de los canales correspondientes— había informado al de Cuba y solicitado la intervención de sus poderes y autoridades para que impidieran la consumación de hechos que de manera tan honda, desgraciada y lamentable podrían repercutir en la «tranquila y pacífica» convivencia de la comunidad quisqueyana. Pero hasta el momento el Gobierno dominicano no había recibido del cubano ninguna seguridad de que los hechos denunciados fueran falsos o de que, de ser ciertos, no llegarían a consumarse. Esta actitud mantenía en constante expectativa a las autoridades dominicanas y en angustiosa inquietud al pueblo, el cual no podía ver impasible la prolongación por más tiempo de una amenaza militar externa capaz de producir el colapso de sus actividades económicas y comerciales. En semejante contexto, era justo pensar que el Gobierno dominicano estuviera incurriendo en gastos extraordinarios considerables, que el comercio y la industria redujeran sus actividades, y que las operaciones y transacciones financieras se vieran resentidas. Tal situación se complicaba aún más debido al enorme sacrificio que había realizado al cancelar, en un solo pago, la deuda pública del país con una erogación de más de nueve millones de dólares.

El Gobierno dominicano reiteraba que los hechos denunciados, de ser ciertos, constituían una flagrante violación a la letra y el espíritu de varios instrumentos interamericanos, especialmente la Convención sobre Derechos y Deberes de los Estados en caso de

guerra civil, suscrita en La Habana durante la Sexta Conferencia Internacional Americana y ratificada después por Cuba y la República Dominicana.

Seguidamente, la nota sintetizaba las informaciones que el Gobierno dominicano había trasladado oficialmente al de Cuba, y explicaba que este había negado en la forma más categórica los rumores que le atribuían una actitud pasiva ante los supuestos preparativos revolucionarios y había asegurado una estrecha vigilancia en todos los lugares que se estimaron más adecuados para un plan de esa naturaleza, a fin de evitar que pudieran ponerse en práctica. Pero tales respuestas no tranquilizaban al Gobierno dominicano, que en ningún momento había acusado de complicidad al de Cuba, pues la negación de semejantes imputaciones no extinguía de forma radical y sustancial la amenaza de guerra. Además, la existencia de una poderosa fuerza internacional lista a invadir la República Dominicana era fácilmente comprobable. La naturaleza, la magnitud y la objetividad de los hechos reportados no requerían una larga y laboriosa comprobación: existían o no. Al Gobierno dominicano solo hubiera satisfecho una negación rotunda de la denuncia, caso de resultar incierta; o, de ser cierta, la adopción inmediata de las medidas previstas en la Convención Interamericana de 1928: desarme e internamiento de las fuerzas expedicionarias. La actitud del Gobierno de Cuba, sin embargo, era evasiva y daba pábulo a que se mantuviera una confusa situación, preñada de peligros para la paz y la tranquilidad de los pueblos cubano y dominicano.

Frente a estos planes, el Gobierno dominicano se preparaba para apelar a las autoridades interamericanas competentes a fin de que, si el Gobierno de Cuba no esclarecía prontamente los hechos, aquellas procedieran a investigarlos; y, en caso de no tomar dicho Gobierno las medidas necesarias para frustrar los intentos de los conspiradores y sancionarlos, hicieran que esas medidas y sanciones fueran suplidas por los medios que proveía el Derecho Internacional. «Mientras tanto [concluía la nota] recurre mi Gobierno al de Vuestra Excelencia para que, en acatamiento de lo dispuesto en el párrafo 3º del VI acuerdo de la Reunión de Consulta del año 1940 [...] tenga a bien traspasarle, bajo la más

estricta reserva, los informes que posea o que adquiriera acerca de la dicha amenaza a la paz americana».⁵⁹

Trujillo no hizo público de inmediato el contenido de este documento, aunque el primero de septiembre el Centro de Información Dominicano anunció que había sido entregado a los jefes de las misiones diplomáticas americanas acreditados en la capital quisqueyana y que su texto sería divulgado cuando aquellos lo hubieran notificado a sus respectivos gobiernos.

Ese mismo día, Trujillo instruyó a su Cancillería que no concurriera a consultas sobre reconocimiento de nuevos gobiernos y ruptura de relaciones diplomáticas, según las normas vigentes en el sistema interamericano, mientras este no impidiera que un gobierno americano rompiera relaciones con otro por determinación caprichosa y subjetiva, sin tener en cuenta los vínculos espirituales y contractuales de la solidaridad y sin que hubieran mediado agravios ni motivos cercanos o remotos de disgusto o alejamiento. Esta decisión se sustentaba en que las consecuencias producidas por rupturas podían ser tan dañinas al concierto político continental, como las derivadas de un reconocimiento prematuro y precipitado de un gobierno. En lo adelante, pues, el establecimiento de relaciones sería materia que el Gobierno dominicano resolvería «por sí mismo, de acuerdo con el examen [...] de cada situación específica y en consecuencia con los intereses superiores del país».⁶⁰

En apariencia, esta medida no guardaba relación directa con la apelación a las cancillerías del continente sobre el diferendo con Cuba. Sin embargo, contenía un sutil mensaje para los gobiernos americanos, en especial para el de Cuba, donde proliferaban conspiraciones y rumores —reales o imaginarios— de golpes de Estado contra Grau San Martín: cualquier organización o movimiento que intentara derrocar por la fuerza a los gobiernos legítimamente constituidos podía contar con el reconocimiento de la República Dominicana.

⁵⁹ *Información*, año XI, no. 210, jueves 4 de septiembre de 1947, p. 1, col. 1 y p. 8, cols. 7 y 8.

⁶⁰ *Ibidem*, no. 208, martes 2 de septiembre de 1947, p. 1, col. 1 y p. 16, col. 2.

El embajador estadounidense en Ciudad Trujillo, George H. Butler, fue uno de los primeros en comentar la apelación del dictador a los gobiernos americanos. En mensaje al secretario de Estado el primero de septiembre, Butler estimó que la nota dominicana parecía estar técnicamente de acuerdo con las estipulaciones de la Conferencia de La Habana (1928) y con la Resolución VI de la Segunda Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas (1940); y dado que los Estados Unidos eran parte de ambos acuerdos y que la nota mencionaba dos veces la posible implicación de ciudadanos o funcionarios «americanos», el Gobierno estadounidense tenía un interés especial en el caso.

Butler observó, sin embargo, que la intención dominicana de pedir una investigación interamericana no parecía estar contemplada en las disposiciones de la Resolución VI. Esta estipulaba que el Estado directamente interesado podía pedir una consulta interamericana, lo cual parecía bastante distinto a una investigación específica sobre actividades en un país. Además, estimó probable que la solicitud dominicana para un intercambio estrictamente confidencial de información estuviera legalmente conforme con la mencionada Resolución, aunque ese intercambio de información era una parte de la consulta que no se había pedido o iniciado todavía.

Recordó Butler que meses atrás, en ocasión de un estado similar de tensión entre Venezuela y la República Dominicana, él había recomendado una consulta interamericana, la cual había repetido recientemente en relación con el caso de Cuba. Añadió que la consulta sobre la fricción en el área caribeña era aún necesaria y deseable, pues la actividad revolucionaria en Cuba era un síntoma de un problema básico y una investigación limitada de un síntoma no parecía justa o constructiva. Por otro lado, una consulta «completa e imparcial» respecto a las causas básicas de fricción era difícil y desagradable, pero podría conducir a un remedio parcial. No obstante, mientras las situaciones políticas en muchos países fueran tales que los exiliados debieran conspirar desde el extranjero, estas dificultades continuarían. De ahí que, en su opinión, los Estados

Unidos debían asumir el liderazgo en un esfuerzo por asegurar una más extensa y genuina observancia de los procesos democráticos que en teoría eran la base del sistema interamericano.

Butler terminó su comentario con una referencia muy objetiva al conflicto cubano-dominicano: «De acuerdo con la información disponible, esta Embajada está convencida, y creo que la Embajada en La Habana coincide, de que ese movimiento revolucionario es fundamentalmente de los dominicanos opuestos a la dictadura de Trujillo y de que no está dirigido por comunistas extranjeros ni dominicanos».⁶¹

En coincidencia con el telegrama de Butler, el primero de septiembre llegaron a Cuba las nueve unidades navales de la Marina de Guerra compradas a los Estados Unidos. A la luz del conflicto cubano-dominicano, la asistencia del presidente Grau San Martín al recibimiento oficial de la flota dio una connotación bélica concreta al acontecimiento.

Dos días después, el jefe de la Legación británica en La Habana le envió al ministro de Estado de Cuba, Rafael P. González Muñoz, una traducción de las declaraciones ofrecidas el 8 de agosto por los cuatro marineros «antillanos británicos» escapados del barco *Libertad*. En nota acompañante, el diplomático británico presionaba discretamente a su «querido Ministro y amigo» cubano:

Usted tal vez esté enterado de que una versión de dicha declaración facilitada, aparentemente, por los marineros citados, ha sido publicada en la prensa de los Estados Unidos, las Antillas Británicas y la República Dominicana. El Gobierno de la República Dominicana ha sugerido que se haga una investigación completa de los hechos [...] Mi Gobierno me ha pedido que ofrezca estos antecedentes a la atención de Vuestra Excelencia. Quizás Vuestra Excelencia consideraría conveniente practicar una investigación, cuyos resultados pudieran entonces ser comunicados al Gobierno dominicano.⁶²

⁶¹ *FRUS*, 1947, pp. 651-652.

⁶² AHMRERC. Expte. cit.

Otra forma de presión sobre el Gobierno de Cuba, aunque menos discreta, se ejerció ese mismo día, en Ciudad Trujillo, cuando el canciller interino, Emilio García Godoy, entregó a la prensa el texto de la apelación a los gobiernos americanos.

En Washington, mientras tanto, tenía lugar una importante conversación entre el jefe de la Oficina de Asuntos de las Repúblicas Americanas del Departamento de Estado, James H. Wright, y el encargado de negocios dominicano, Joaquín E. Salazar. La reunión se produjo en el despacho de Wright, adonde Salazar fue convocado, y en ella participó también William W. Walker, asistente del jefe de la División de Asuntos Caribeños.

Wright expuso que su Departamento había recibido del embajador Butler la esencia de la nota entregada por la Cancillería dominicana en la que solicitaba información acerca de las actividades de los revolucionarios dominicanos. Explicó que su Gobierno había mantenido una estrecha vigilancia sobre las actividades de grupos de exiliados latinoamericanos en los Estados Unidos y había tomado todas las precauciones para prevenir cualquier actividad ilegal. Su Departamento —precisó— había mantenido la más estrecha cooperación con el embajador Ortega Frier, con el propio Salazar y con otros miembros de la Embajada dominicana, y había intercambiado información acerca de las actividades de los revolucionarios dominicanos; mencionó, en particular, las frecuentes conversaciones que funcionarios de su Departamento habían sostenido «con el Señor Herrera, de la Embajada dominicana, y las conferencias casi diarias para el intercambio de información»; citó la detención del barco LCI en Baltimore como ejemplo de la vigilancia ejercida por las autoridades de su país, y aseguró que se haría el máximo esfuerzo para continuarla. Salazar expresó su completa satisfacción con la acción del Gobierno estadounidense.

Más adelante, Wright se refirió al pasaje de la nota que atribuía a los revolucionarios dominicanos una declaración según la cual su movimiento había sido apoyado por funcionarios norteamericanos, y puntualizó que dicho movimiento no tenía el apoyo de ningún funcionario del Gobierno de los

Estados Unidos. Salazar coincidió con Wright en que, sin duda, tal información era falsa. Wright abordó entonces la alegación dominicana de que algunos de los líderes del movimiento eran ciudadanos americanos, y manifestó que su Departamento apreciaría mucho si el Gobierno dominicano le suministrara cualquier información al respecto.

Salazar expresó que su Gobierno estaba preocupado por la incapacidad del de Cuba para dar pasos contra los revolucionarios dominicanos, y en particular molesto por la evidencia de que elementos del Gobierno cubano estaban ayudando e incitando abiertamente a los conspiradores. Añadió que, según sus últimos informes, los revolucionarios contaban con varios barcos pequeños, 12 aviones y aproximadamente 1,700 hombres en el territorio cubano, y que en fecha reciente se había producido un movimiento de sus barcos por las inmediaciones de Nuevitas y Holguín. Wright comentó que esos movimientos «estaban sometidos a reconocimiento aéreo casi diario».

Salazar transmitió el temor de su Gobierno de que el de Cuba estuviera suministrando a los revolucionarios armas y municiones obtenidas en los Estados Unidos, y alegó que el «Sr. Ramírez», a quien identificó como ciudadano cubano, había hecho viajes frecuentes a esa nación a fin de comprar armas de guerra para los revolucionarios. Admitió, sin embargo, que debido a la cantidad de viajes entre los Estados Unidos y Cuba, y a que los cubanos que visitaban ese país por veintinueve días o menos no requerían visas, era absolutamente imposible verificar los movimientos de todos los pasajeros procedentes de la Isla. Sobre este punto terció Walker, quien demostró estar mejor informado que Salazar al señalar que Ramírez se encontraba en esos momentos en La Habana.

Por último, Wright manifestó que su Departamento había recibido un informe desde Caracas según el cual en fecha reciente Juan Rodríguez había dejado Venezuela, presumiblemente con destino a Cuba; que en Caracas visitó a varios exiliados dominicanos, al parecer desilusionados, y que los planes del jefe del ELA se habían alterado debido a su incapacidad de traer el barco LCI

desde Baltimore. Wright aprovechó la ocasión para reiterar que dicho barco quedaría detenido indefinidamente.⁶³

La conversación entre Wright y Salazar pone en evidencia que la colaboración del Gobierno de los Estados Unidos con el régimen de Trujillo era muy estrecha. No obstante, en esta ocasión le suministró al menos una información falsa, pues el buque *Fantasma* se encontraba en el Mariel desde el 29 de agosto. Pero era probable que Wright no lo supiera.

Tras la entrega a la prensa de la nota dominicana a las cancillerías americanas, los principales medios de difusión del continente —incluidos los cubanos— la publicaron y comentaron profusamente. Esto no impidió que el Gobierno de Cuba continuara negando la existencia de toda gestión diplomática dominicana. Interrogado el 4 de septiembre, a la salida del Palacio Presidencial, el ministro de Estado, Rafael P. González Muñoz, dijo que había tenido la satisfacción de recibir la visita del encargado de negocios de la República Dominicana, en la audiencia diplomática de los jueves, pero este «no le había entregado ninguna nota diplomática del Gobierno del presidente Trujillo, concretando su visita a la gestión de asuntos rutinarios».⁶⁴ La persistencia del Gobierno de Cuba en negar los hechos, incluso frente a la más rotunda evidencia, rebasaba los límites imaginables.

Orden secreta: bombardear La Habana

En medio de estos trajines, el *Miami Herald* publicó —y varios medios de prensa cubanos rebotaron— un artículo de su redactor H. Stuart Morrison, que parecía mandado a hacer por el mismísimo Trujillo. Se trataba, en síntesis, de la existencia de un plan secreto del *Benefactor* para bombardear La Habana si en el territorio dominicano caían bombas lanzadas desde aviones procedentes de Cuba. Pero el tono del artículo y las fuentes referidas por el periodista (círculos de exiliados dominicanos en La Habana) hacían

⁶³ *FRUS*, 1947, pp. 653-654.

⁶⁴ *Información*, año XI, no. 211, viernes 5 de septiembre de 1947, p. 1, col. 2.

pensar más bien en una amenaza de Trujillo para amedrentar a los capitalinos y al Gobierno cubano.

Morrison decía que mientras los ministros del Exterior de las repúblicas americanas estaban firmando un tratado hemisférico contra las agresiones en Río de Janeiro, las nubes de guerra sobre el Caribe se hacían más grandes y más negras con el último acontecimiento de la «guerra de nervios» entre Cuba y la República Dominicana: la noticia de que La Habana podía estremecerse con las explosiones de bombas. Según el periodista, en los mencionados círculos se comentaba que la fuerza aérea dominicana había recibido una orden secreta de bombardear La Habana «si y cuando» cayera la primera bomba en suelo quisqueyano de algún avión procedente de Cuba. Con ese fin, Trujillo habría detallado un vuelo especial de una flotilla de 35 aviones de guerra, entre ellos bombarderos protegidos por aviones de combate nocturno *Viuda Negra*.

Morrison recordaba que a pesar de las negativas del Gobierno de Cuba, los dominicanos seguían denunciando que un ejército antitrujillista se preparaba en la provincia cubana de Oriente. Calculó sus efectivos entre 6,000 y 6,500 hombres, y su fuerza aérea en 21 aviones de guerra: desde B-25, P-38 y DC-3, hasta un grupo de *Cessna* bimotores «suicidas». En su mayoría, estos equipos se hallaban en dos aeropuertos de La Habana, aunque los P-38 estaban cerca de Pinar del Río. Además, la fuerza expedicionaria contaba con una flota de 12 barcasas de desembarco, surtas en el puerto de Manzanillo, en espera de órdenes para zarpar.

Según el periodista, una declaración de un exiliado dominicano a una estación radial de La Habana el 31 de agosto en la cual anunciaba la proximidad de la invasión, era considerada como un intento por comunicarse con el movimiento de resistencia en la República Dominicana, a fin de alertarlo para que suministrara ayuda cuando desembarcaran los revolucionarios. Para hacer frente a semejante desafío, Trujillo había aumentado su ejército de 7,000 a 12,000 hombres y contaba con unos 80,000 en la reserva (de entre dieciocho y sesenta y cinco años), puestos en estado de alerta. «Nadie sabe, excepto el alto mando de los

exiliados [concluyó Morrison] cuando puede iniciarse el ataque... pero el que habló por radio [...] dijo que se ‘producirá cuando Trujillo menos se lo espere y desde varios lugares’». ⁶⁵

Este era un nuevo ejemplo de que, tal como había denunciado Juan Bosch, algunos periódicos norteamericanos estaban resuelta y activamente al lado del dictador dominicano.

La amenaza de Trujillo de bombardear La Habana fue ridiculizada el 5 de septiembre por el ministro de Defensa cubano, comandante Salvador Menéndez Villoch, quien a la salida del Palacio Presidencial tras conferenciar con el presidente Grau San Martín declaró a la prensa: «Ustedes saben que ese es el último recurso de todos los dictadores. ¿Recuerdan en época de Machado que este se quejó al gobierno inglés, porque decían que en Jamaica le estaban preparando un ejército para derrocarlo? [...] Iguales temores siente ahora el dictador dominicano». ⁶⁶

No tardó la Cancillería de Chapitas en expresar la «natural y profunda indignación» que la declaración de Villoch había causado en el «gobierno y pueblo dominicanos», por su «adrede y obvia injusticia». En nota al encargado de negocios interino de Cuba, Miguel Figueroa Miranda, la Cancillería afirmó que no le había molestado el mote de dictador con el cual se calificó a Trujillo, pues así habían llamado los comunistas a Roosevelt, a Churchill, a Truman y a Dutra; además, el pueblo dominicano estaba «satisfecho y orgulloso» de que así se le llamara, porque Trujillo había puesto «orden» donde siempre existió el caos, porque había dado «paz y estabilidad» a una nación que se había desangrado y empobrecido en cruentas guerras intestinas, y una larga lista de otras razones. Lo que molestó, en cambio, fue que un alto funcionario del Gobierno de Cuba se hubiera prestado a dar público aliento a los «facciosos y descontentos políticos» que desde Cuba hostilizaban al Gobierno dominicano, lo cual daba mayor fundamento a las noticias de que ciertos funcionarios cubanos participaban de forma abierta en las maniobras de aquellos encaminadas a alterar «la paz y el sosiego» de que disfrutaba la República Dominicana. Por tal motivo, el Gobierno dominicano protestaba «vigorosamente»

⁶⁵ *Ibidem*, p. 16, col. 7.

⁶⁶ *Noticias de Hoy*, año X, no. 212, sábado 6 de septiembre de 1947, p. 6, col. 1.

en la creencia de que el de Cuba tomaría las medidas pertinentes «para evitar su repetición».⁶⁷

Poco antes, el encargado de negocios de Cuba había respondido al canciller dominicano su nota del 23 de agosto. Como si nada hubiera sucedido durante el tiempo transcurrido, el diplomático cubano acusó recibo del deseo del Gobierno dominicano de formular «determinadas peticiones» sobre las supuestas actividades de elementos dominicanos exiliados en Cuba, y añadió:

Mucho me ha sorprendido [...] ver que el Gobierno de Vuestra Excelencia, no obstante reconocer [...] la solícita atención prestada a los anteriores despachos, no se haya dignado aguardar la respuesta [...] de mi Gobierno y que, en su lugar, procediera a referir el conocimiento de este asunto a los Gobiernos americanos [...] con el inevitable prejuicio de su interpretación [...] Este cambio de actitud [...] puede interrumpir el normal desenvolvimiento de este asunto y puede tender a propiciar la confusión en lugar de esclarecer, por cuyo motivo [...] me obliga a suspender el cumplimiento del trámite pendiente en la esperanza de que por la Cancillería dominicana se acceda a reconsiderar esta actitud asumida en mérito a lo expuesto.⁶⁸

La respuesta no podía ser más desenfadada: como el Gobierno dominicano había apelado a los gobiernos del continente, el de Cuba no se sentía obligado a investigar el movimiento expedicionario ni responderle a la Cancillería de Trujillo, a menos que esta se retractara de su actuación. La Cancillería dominicana, además, era virtualmente reconvenida por haber propiciado la confusión e interrumpido el normal desenvolvimiento del asunto. Se trataba ya de un perfecto diálogo de sordos. Y, desde esa óptica, es fácil comprender por qué el Gobierno dominicano no dio publicidad alguna a esta nota ni la respondió.

Pero la ofensiva diplomática de Trujillo siguió su curso imperturbable. El 8 y el 9 de septiembre, el canciller dominicano

⁶⁷ Nota 24048, del 11 de septiembre de 1947, en AHMRERC. Expte. cit.

⁶⁸ *Libro Blanco*, pp. 118-119.

transmitió al encargado de negocios cubano los nuevos datos obtenidos por el Gobierno de Santo Domingo sobre los preparativos expedicionarios en Cuba, a saber:

En Baracoa, Banes y Cayo Verde [...] están haciendo entrenamientos revolucionarios contra el Gobierno dominicano [...] frente a Nuevitas, en un cayo próximo, está anclado uno de los barcos con que cuentan [...] el cual abastece una pequeña unidad de la marina de guerra cubana, y en el Ingenio Pilón, a 125 kilómetros de Manzanillo, hay un campamento de más o menos 900 hombres de la revolución.⁶⁹

Evelio León y Cervantes, de nacionalidad cubana, ha estado tratando de obtener ayuda del Gobierno haitiano [...] Las Brigadas Internacionales que se encontraban en Antillas y Holguín, con un número de 1,500 a 1,800 hombres, han sido trasladadas a Cayo Confeti, al Norte de Cayo Romano, donde se entrenan diariamente con rifles automáticos, ametralladoras y cañones de 65 milímetros [...] En el referido Cayo se encuentran tres goletas de dos palos y una manga, de tipo remolcador [...] Entre los funcionarios del Gobierno más interesados en estas actividades figura el capitán Agostini, Jefe de la Guardia del Palacio Presidencial [...] ⁷⁰

A pesar de equivocar el nombre del cayo donde se encontraban los expedicionarios y otros errores, la información revelaba un conocimiento bastante actualizado del estado de la expedición, probablemente logrado con la ayuda de los Estados Unidos.

El 10 de septiembre, el canciller dominicano volvió a la carga con otra nota al encargado de negocios cubano: las «brigadas internacionales» que se organizaban en Cuba habían recibido «8 lanchas torpederas en Lengua de Pájaro»; sus aviones alcanzaban «al número de 28»; habían adquirido «una moto-nave de 500 toneladas», además

⁶⁹ Nota 23723, 8 de septiembre de 1947, en AHMRERC. Expte. cit. Un texto semejante, pero con la omisión de «Banes» y fechado el 5 de septiembre, aparece en el *Libro Blanco*, p. 122.

⁷⁰ Nota 24098, 9 de septiembre de 1947, en AHMRERC. Expte. cit., y *Libro Blanco*, pp. 122-123.

de los buques que ya poseían, y se proponían «partir de Cuba antes del 15 de los corrientes, fecha en que se reunirá el Congreso allí».⁷¹

Al día siguiente, la Cancillería dominicana respondió al encargado de negocios cubano su nota del 6 de septiembre. Respecto a la apelación a otros gobiernos americanos y la suspensión de trámites, la Cancillería estimó que como hasta esta fecha el Gobierno cubano no había dado una respuesta precisa y clara que satisficiera el natural interés del Gobierno dominicano en el «debido esclarecimiento de los hechos denunciados», se había considerado conveniente solicitar a los demás gobiernos del continente los informes que pudieran tener sobre este grave asunto, «de acuerdo con una previsora medida» del sistema jurídico interamericano, «concretada en la Resolución Sexta de la II Reunión Consultiva de Cancilleres Americanos de La Habana».⁷²

A juicio de la Cancillería dominicana, esta acción no era impropcedente ni ajena a los procedimientos normales del sistema interamericano; y, lejos de entorpecer la tramitación cubana, iba encaminada a robustecerla y facilitarla con el auxilio de nuevas informaciones. Por tanto, el Gobierno dominicano reafirmaba su propósito de llegar a un satisfactorio esclarecimiento de hechos que podían poner en peligro la tradicional armonía entre ambos pueblos.

Nuevos datos sobre la expedición fueron transmitidos el 15 de septiembre por el canciller dominicano al encargado de negocios cubano. Sus elementos más significativos eran los siguientes:

Para Haití han salido el señor Irán Ruiz, hermano del Jefe de la Policía [...] y otros individuos más, con el fin de hacer una inspección final de los lugares que pudieren servir de base a las Brigadas Internacionales [...] Del informe de los señores indicados dependerá la forma y fecha del ataque [...] Desde Puerto Rico fue embarcado por avión con destino a Cuba, clandestinamente [...] un cargamento compuesto de 3,053 cascos de acero, el cual fue recibido en La Habana por el señor Manolo Castro [...] Los

⁷¹ Nota 24206, 10 de septiembre de 1947, en AHMRERC. Expte. cit., y *Libro Blanco*, p. 123.

⁷² Nota 24053, 11 de septiembre de 1947, en AHMRERC. Expte. cit.

tripulantes del avión [...] los llevó un señor de apellido García, secretario de Manolo Castro, al hotel Sevilla Biltmore, donde fueron hospedados durante 5 días [...] En Rancho Boyeros, cerca de la pista del Expreso Aéreo cubano, los revolucionarios tienen numerosas barracas para entrenar los componentes de las Brigadas Internacionales [...] Allí existen talleres y estaciones de radio, donde, además, se enseña el mecanismo y manejo de ametralladoras [...] Desde Miami fueron embarcados clandestinamente para La Habana, en un avión *Douglas* V-18 No. 66116 [...] un cargamento de granadas de mano, gomas de aviones, extinguidores de fuego y ametralladoras [...] En el hotel Sevilla Biltmore viven mecánicos de aviación [...] los cuales han entrado ilegalmente a Cuba, pero con el apoyo de algunas autoridades cubanas [...] Los revolucionarios disponen de varios aviones de combate y bombarderos en Cuba, listos a entrar en acción [...] un *Libertador*, dos *Ventura*, un V-17, un V-16 y tres C-47 [...] un C-46, diez P-38 y tres P-51 [...] Aunque entre los aviadores figuran muchos cubanos, los revolucionarios tienen empeño en conseguir que la mayoría de los bombarderos sean tripulados por aviadores americanos de experiencia.⁷³

Con independencia de sus numerosos errores, los documentos reseñados muestran que el Gobierno dominicano conocía los pormenores de la expedición y quería dar a entender que estaba condenada al fracaso. Por consiguiente, con el traslado de semejantes informes presionaba al Gobierno de Cuba para que la abortara.

La aparición del *Fantasma*

Mientras las cancillerías de Cuba y la República Dominicana sostenían este farragoso intercambio diplomático, en Cayo

⁷³ Nota 24626, 15 de septiembre de 1947, en AHMRERC. Expte. cit. En el *Libro Blanco*, pp. 123-125, aparece una nota con similar texto, pero fechada el 13 de septiembre.

Confites tenían lugar importantes sucesos. Uno de ellos, por cierto alentador, fue la promulgación, el 2 de septiembre, del primer decreto de la Junta Revolucionaria, el cual estipulaba la concesión de pensiones de 60 a 150 pesos a los mutilados e indemnizaciones de 10,000 a las familias de los soldados muertos en campaña. «Esta fue la única mención de cuestiones monetarias que yo al menos oí»,⁷⁴ escribió el expedicionario José Luis Wangüemert en rechazo a las reiteradas acusaciones de mercenarios que la propaganda trujillista lanzó contra los miembros del ELA.

Otro acontecimiento esperanzador fue la noticia, conocida entonces solo por los principales jefes del movimiento, de que ya el *Fantasma* se encontraba en Cuba y que los aprestos organizativos finales de la expedición —movilización del último grupo de alistados, disposición del armamento y la logística— se habían acelerado. Este anuncio coincidió con la llegada a la Base Naval del Mariel, el 4 de septiembre, del P-38 y el C-47 retenidos en Columbia, y —según informe de la Embajada norteamericana en La Habana— con la decisión del alto mando expedicionario de no contar con los bombarderos B-24 y *Vega Ventura* todavía en poder del Ejército, sino completar la flotilla con los B-25 que se estaban adquiriendo en los Estados Unidos, uno de los cuales ya se hallaba en el Mariel, donde se esperaban otros tres. Sin embargo, estas buenas noticias se enturbiaron con una nueva acción hostil del Ejército: la confiscación, el día 5, de un C-47 matrícula NC-66113 que aterrizó en Santiago de Cuba por razones no esclarecidas.

En cuanto al *Fantasma*, Tulio H. Arvelo dejó un testimonio sobre los días previos a su salida del Mariel. De acuerdo con su relato, a la llegada del barco a Cuba se vivían momentos de particular desazón, pues los últimos exiliados dominicanos habían arribado a La Habana desde hacía una semana y no ocurría nada. Los hombres estaban ansiosos por acabar de llegar al campamento y partir rumbo a Santo Domingo. Arvelo fue convocado a una habitación del Hotel Sevilla, donde lo esperaba Miguel Ángel Ramírez con otras

⁷⁴ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 43, 26 de octubre de 1947, p. 33.

personas desconocidas. De la conversación sostenida se deduce el sigilo con que se ultimaban los preparativos. Así la recordó Arvelo:

Me hizo un interrogatorio en el que noté cierta desconfianza en cuanto al origen de mi presencia entre los futuros expedicionarios. Me hizo preguntas como esta: «¿Hacía tiempo que usted era vice-cónsul en San Juan de Puerto Rico? ¿Cómo supo usted que se estaba preparando esta expedición? ¿Quién fue el contacto suyo para enrolarse?» Más que el contenido de las preguntas, me molestó el tono [...] Mi respuesta fue la siguiente: «Creo que si usted tiene desconfianza, no es conmigo con quien tiene que investigar. Traje recomendaciones de los exiliados de Puerto Rico y es con ellos con quienes usted debe indagar si se puede o no confiar en mí».⁷⁵

Arvelo no supo si fue investigado o no, pero a partir de esta entrevista la actitud de Ramírez hacia él cambió por completo. Y cuatro días más tarde fue conducido en automóvil al puerto del Mariel, donde tomó una lancha que lo llevó hasta el *Fantasma*. Allí se encontraban ya unos veinticinco hombres que se incorporarían al campamento; luego arribaron Miguel Ángel Ramírez y Rolando Masferrer.

Un incidente revelador de la poca seriedad con que se hacían los nombramientos tuvo lugar cuando Masferrer reunió a la tropa para darle a conocer la lista de los oficiales con sus grados y cargos. Arvelo se asombró al escuchar su nombre y su designación como «capitán encargado del cuerpo médico». Por ello, en la primera oportunidad se acercó a Masferrer y le dijo:

—Coronel, creo que hay un pequeño error. Usted me ha nombrado capitán, jefe de la brigada sanitaria; pero yo no soy médico.
—¡Que usted no es doctor! —exclamó sorprendido.
—Sí, soy doctor; pero en derecho.
—¡Ah! Usted es abogado.

⁷⁵ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 42.

Esto último lo dijo sin siquiera mirarme, y dándome las espaldas agregó: «Está bien, entonces después hablaremos» [...] Acababa de perder mi grado de capitán y hasta la estimación de Miguel Ángel Ramírez, quien había sufrido un gran desencanto porque creía tener un médico entre sus filas.⁷⁶

El 7 de septiembre zarpó el *Fantasma* del Mariel. Mientras, en Cayo Confites la jornada se anunciaba incierta, pues en horas de la mañana se había terminado el agua y los expedicionarios estaban angustiados ante las consecuencias imprevisibles de la nueva crisis. El calor era sofocante y agotador. Se suspendieron los ejercicios. La desmoralización y el pesimismo planeaban una vez más sobre la tropa.

Pero quiso el azar que fuera la víspera del día de la Caridad del Cobre, y esa circunstancia alivió la tensión. Desde horas tempranas aparecieron por doquier estampas de la virgen. Los expedicionarios, devotos o no, empezaron a construir altares. Algunos limpiaban y preparaban el terreno. Otros se ocupaban de los adornos: piedras de colores, botellas vacías, caracoles, conchas, ramas de uva caleta y mangle. Había quienes hacían lámparas con velas y latas de leche condensada vacías para la iluminación nocturna de los altares. Se hizo música con cajones de madera, hubo bailes y toques de santo. Una procesión recorrió el cayó. Algunos hombres se arrodillaban ante cada altar, hacían sus petitorios y ofrendaban lo que podían: medallas, cigarros, fosforeras... El conjunto era una mezcla de fervor religioso, curiosidad y novelería.

A la hora de la formación vespertina, se leyó un radiotelegrama enviado por Manolo Castro: «Salimos de La Habana rumbo cayó. Las cincuenta resuelto (se trataba de la adquisición de ametralladoras de ese calibre). Preparen fiesta».⁷⁷ Los más optimistas saltaron de alegría; otros, predispuestos por las falsas alarmas y los continuos aplazamientos, no creyeron la noticia. Pero todos esperaron el día de la virgen. «Nueve o diez altares rústicos [rememoraría Juan

⁷⁶ Ibídem, p. 55.

⁷⁷ J. Yáñez Pujol, «59 días con los expedicionarios», *Bohemia*, año 39, no. 44, 2 de noviembre de 1947, p. 39.

Bosch años después] congregaban a su alrededor a la tropa y los muchachos, de uniforme completo, casco y fusil, rendían guardia a la patrona de Cuba; junto a cada altar, docenas de hombres rezaban en voz baja. Yo recorrí todos los altares y oí los ruegos; de cada diez, nueve eran pidiendo que el *Fantasma* llegara pronto».⁷⁸

A la mañana siguiente, un expedicionario divisó a lo lejos la proa de un barco y, presa de la emoción, gritó: «¡El *Fantasma*! ¡El *Fantasma*!» Su entusiasmo fue contagioso; la algarabía, general. En el clímax de su excitación, los hombres corrían, saltaban, agitaban sus fusiles, se abrazaban. Algunos daban gracias a la virgen de la Caridad del Cobre por haberles traído la embarcación. Otros pregonaban a voz en cuello que al fin partirían hacia Santo Domingo.

Alrededor de las 9:00 a. m. llegó el *Fantasma*, cuyo verdadero nombre, *Máximo Gómez*, pese a su simbolismo, no llegaría a prender en la tropa debido a lo arraigado del primero. Aunque había sido pintado, aún se podía distinguir la numeración que lo identificara hasta su adquisición por los conspiradores dominicanos. En la cubierta, engalanada para la ocasión, formaron los nuevos expedicionarios —entre ellos algunos de los que habían sido arrestados en Baltimore— al mando del comandante Miguel Ángel Ramírez. Pero cuando trataron de desembarcar, las escalerillas no funcionaron. Fue necesario arrimarlo al *Aurora* y descender a través de este. El desembarco se extendió hasta el mediodía, pero ello no fue óbice para que a los recién llegados se les dispensara una jubilosa bienvenida. Su presencia en el campamento hizo renacer el entusiasmo. La ansiada «Hora Cero» parecía acercarse y el estado de ánimo era óptimo para dar la orden de partida. Y, por lo pronto, el *Fantasma* resolvería una necesidad apremiante: remplazar al *Berta*, que debía ser enviado a Nuevitas a fin de repararle la propela, en la transportación de agua y comestibles.

La felicidad, sin embargo, duró poco en el cayo. Como la expedición no partió de inmediato, la monotonía y el desánimo se impusieron de nuevo. La espera se volvió insoportable. Se exacerbaron las pasiones y las susceptibilidades, con su fatal secuela de malos

⁷⁸ J. Bosch, «Treinta años», p. 60.

humores, tensiones y reyertas. La jefatura del ELA informó que se esperaba por dos lanchas torpederas, las cuales se encontraban en el Mariel y muy pronto llegarían al cayo, para zarpar hacia Quisqueya.

El mismo día de su llegada a Cayo Confites en el *Fantasma*, Tulio H. Arvelo y el poeta dominicano Pedro Mir recorrieron el campamento y se encontraron con varios expedicionarios que los pusieron al corriente sobre el estado de ánimo de la tropa y los problemas existentes. Horacio Julio Ornes, amigo de Arvelo desde la adolescencia, les participó de sus divergencias con el general Juan Rodríguez, y Danilo Valdez, «con un fatalismo que a la postre resultó profético», les resumió la situación asegurándoles que del cayo saldrían para las cárceles cubanas.⁷⁹

Valdez los impuso, así mismo, de la composición de la Junta que gobernaría la República Dominicana a la caída de Trujillo —integrada por los cinco miembros del CCR—, para en seguida acotar que ya algo andaba mal en ese organismo, pues se decía que Juan Bosch era prácticamente un prisionero en el campamento y los restantes —excepto el general Rodríguez— se paseaban por La Habana. Arvelo no dio mucho crédito a esta última información debido a que Ángel Morales y Leovigildo Cuello habían llegado al cayo en el *Fantasma*, pero días después comprendió que, al menos en el caso del primero, se trataba de una visita.

En cuanto a Bosch, al parecer Arvelo y Mir no llegaron a conocer en toda su magnitud la situación que afrontaba. Sin embargo, algo supieron cuando fueron a saludarlo y se lo encontraron acostado en una hamaca, con la pistola al alcance de la mano a causa de los rumores sobre un complot para asesinarlo. Para disuadir a sus posibles verdugos, Bosch acuñó y propagó una frase que se hizo famosa en el campamento: «Me podrán matar en el cayo, pero yo soy un muerto muy hediondo».⁸⁰ Y todo indica que la iniciativa surtió efecto, no solo porque Bosch sobrevivió al intento expedicionario sino también porque no fue blanco de atentado alguno en Cayo Confites.

Arvelo y Mir ignoraban entonces que los mencionados rumores tenían su origen en las contradicciones entre Rolando

⁷⁹ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 56.

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 67.

Masferrer y Juan Bosch. Según este último, Masferrer creía que el líder dominicano tenía preferencia por Eufemio Fernández ya que, de acuerdo con el plan general de la expedición, Bosch iría a la República Dominicana con el batallón Guiteras. Sin embargo, es muy probable que hayan existido otras razones, tal como se deduce de los testimonios de algunos expedicionarios y de un incidente ocurrido en el cayo.

Una noche Bosch se llevó a Masferrer a conversar a la orilla del mar. Lo que allí trataron fue relatado años después por el político dominicano del modo siguiente:

Le dijimos que si moríamos en circunstancias que no estuvieran muy claras íbamos a ser un muerto hediondo y de su mal olor iba a participar alguna gente, con él a la cabeza, que eso era y sería así si moríamos en el Cayo o en cualquier otro sitio que no fuera la República Dominicana. Le dijimos además que él no conocía a los dominicanos; que los humillaba y creía que eran cobardes porque no reaccionaban como los cubanos diciendo en alta voz lo que pensaban; que el cubano protestaba en el acto cuando se creía perjudicado o maltratado y que el dominicano se quedaba callado, pero que en la República Dominicana se iban a tirar tiros de verdad, no de salva; que allí [...] todos íbamos a estar armados, y que él, como jefe de un batallón, tendría que ir adelante, no atrás, y los hombres a quienes él humillaba irían detrás de él; que recordara siempre eso.⁸¹

Ante la decidida acción de Bosch, Masferrer se limitó a repetir: «Juan, Juan». Pero cuando, ya fracasada la expedición, le preguntaron por el presunto arresto del político dominicano en Cayo Confites, respondió: «No hubo tal cosa», y deslizó una frase cuyo propósito era presentar a Bosch como un cobarde, proyectar una sombra sobre su liderazgo y mostrarse a sí mismo por encima de él: «En cierta ocasión me expresé sus deseos de salir del Cayo, creyéndose inseguro. Le hice ver la conveniencia de permanecer allí para dar el ejemplo a los

⁸¹ Testimonio de J. Bosch, en *Política: Teoría y Acción*, p. 22.

soldados». Acto seguido, sin embargo, se le escaparon unas palabras que reflejaban uno de los motivos —acaso el esencial— de las desavenencias entre ellos: «Juan Bosch no me tiene confianza. Nos consideraba como posibles instrumentos del general Juan Rodríguez».⁸² A la luz de lo acaecido en el cayo —antes y después de esta conversación— y la trayectoria posterior de Masferrer, no cabe duda de que a Bosch le asistía la razón en no tenerle confianza.

Pero Bosch estaba realmente aislado. De ello ha dado cuenta Fidel Castro, quien lo conoció en el cayo y pudo conversar mucho con él. «No era el jefe de la expedición [escribió Fidel] pero sí la más prestigiosa personalidad entre los dominicanos, ignorado por algunos de los principales jefes del movimiento y por los cabecillas cubanos, que contaban con importantes y bien remuneradas influencias oficiales».⁸³

Manolo Castro no llegó a Cayo Confites en el *Fantasma* como se podía inferir de su radiotelegrama, sino dos días después. Puesto que era uno de los máximos responsables de la expedición, su visita había creado una gran expectativa. A incrementarla contribuyó, además, otro mensaje recibido en el campamento según el cual el visitante traía buenas nuevas. Y aunque no habían llegado aún las dos lanchas torpederas, se decía que solo se esperaba por Manolo Castro para zarpar. Tal perspectiva había aplacado un poco el descontento que una vez más resurgía a causa de la falta de agua, alimentos y la prolongada espera.

La mañana del 10 de septiembre añadió suspenso a la visita. Un hidroavión amaró muy próximo al cayo, pero de la cabina no descendió Manolo Castro sino un piloto que venía en su búsqueda. Se conoció entonces que la aeronave debía haber trasladado al director de Deportes a Cayo Confites, pero cuando llegó a Nuevitas ya este había partido en un barco. El piloto coligió que debía tratarse del *Berta*, por lo que regresó al campamento e informó que no muy lejos de allí había divisado la embarcación donde viajaba el esperado huésped.

⁸² J. Quintana, «'El jefe del Ejército...'», p. 61.

⁸³ F. Castro, «La historia real y el desafío de los periodistas cubanos», en *Granma*, año 44, no. 159, viernes 4 de julio de 2008, p. 2, col. 3.

A su llegada al cayo, Manolo Castro fue saludado por las tropas en formación y armadas. La contagiosa alegría de estos hombres fue correspondida por el visitante con efusividad y júbilo semejantes. Al rato, flanqueado por sus amigos Rolando Masferrer y Eufemio Fernández, Castro llegó al bohío del Estado Mayor donde conferenció con el general Juan Rodríguez, sin que trascendiera lo tratado. Tras el almuerzo, comenzó una fiesta en su honor que duró toda la tarde. Los expedicionarios creyeron que estaban a punto de zarpar hacia Santo Domingo. Pero, para sorpresa de todos, cuando la euforia alcanzaba sus cotas más altas, el propio homenajeado se convirtió en el agua-fiestas de la jornada. Según el testimonio de Jorge Yániz Pujol, Manolo Castro, «venciendo la turbación [...] anunció que tenía que marcharse, que la espera sería breve y que la llegada de las lanchas torpederas era imprescindible al triunfo de la causa. Y se marchó [en el hidroavión] llevándose [...] todo nuestro entusiasmo».⁸⁴

Efectivamente, Manolo Castro se llevó el entusiasmo de la tropa; pero, en compensación, le dejó la luz eléctrica y el cine, pues había traído consigo una planta generadora, un proyector con su pantalla y numerosos filmes, en especial de contenido bélico. En un santiamén, se montó un cine al aire libre y comenzaron las exhibiciones. La novedad se prestó en seguida para las ocurrencias y las bromas. Tulio H. Arvelo fue objeto de una de ellas cuando fue por primera vez a disfrutar el espectáculo: «Nos sentamos en la arena y a poco comenzamos a ver una película de guerra. Cuando más entretenido estaba oí una voz que gritaba ‘Coca-Cola bien fría’. Di un salto y llamé al que voceaba. No había Coca-Cola ni nada que se le pareciera».⁸⁵ Y Jorge Yániz Pujol recogió una anécdota que refleja también el ambiente lúdico y distendido imperante a veces en el cayo:

Una noche, después que los muchachos se cansaron de revivir los paseos con sus novias y amiguitas, fuimos al cine. Hacía muchos

⁸⁴ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 46, 16 de noviembre de 1947, p. 29.

⁸⁵ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, pp. 58-59.

días que no veíamos una mujer. Y, para cambiar, pusieron una película en la que aparecían preciosas muchachas en trajes de baño, exhibiéndose casi al natural. Las palabras subidas de tono y la gritería fue tanta y tan continua que se suspendió la función [...] La película de referencia, fue pedida a gritos desde entonces. Pero hubo buen cuidado de no repetirla.⁸⁶

Pero si la luz eléctrica y el cine fueron recibidos con beneplácito, no es menos cierto que los expedicionarios los percibieron también como una señal de que su permanencia en el cayo sería aún prolongada y, por tanto, hacía falta un entretenimiento para ayudarlos a soportar la espera.

Con los hombres que llegaron al cayo en el *Fantasma* se formó un nuevo batallón denominado José María Cabral y culminó la organización del ELA, cuya estructura y mandos principales quedaron como sigue:

- Comandante en jefe: general Juan Rodríguez García, dominicano.
- Jefe del batallón Guiteras: teniente coronel Eufemio Fernández Ortega, cubano.
- Jefe del batallón Sandino: teniente coronel Rolando Masferrer Rojas, cubano.
- Jefe del batallón Luperón: teniente coronel Jorge Rivas Montes, hondureño.
- Jefe del batallón Máximo Gómez: teniente coronel Diego Bordas Hernández, dominicano.
- Jefe del batallón Cabral: comandante Miguel Ángel Ramírez Alcántara, dominicano.

En el Estado Mayor figuraban, además, los dominicanos Manuel Alexis Liz y Manuel Calderón Hernández, y el cubano Feliciano Maderne Delgado, todos con el grado de general, así como los jefes de las unidades navales que componían la expedición.

⁸⁶ J. Yáñez Pujol, «59 días con los expedicionarios», *Bohemia*, año 39, no. 46, 16 de noviembre de 1947, p. 29.

Por otra parte, el ELA contaba con los servicios siguientes:

- Intendencia: comandante José Diego Grullón, dominicano.
- Inteligencia Militar: capitán Pedro Matos Arreaza, venezolano.
- Cuerpo de Veteranos: teniente coronel José Ricardo Alfonseca Mercaderes, dominicano.
- Cuerpo Médico: doctor comandante Toribio Bencosme, dominicano. Este servicio contaba con ocho facultativos.
- Prensa y Propaganda: comandante Virgilio Mainardi Reyna, del Estado Mayor; secretario: Adalberto Martínez Cobiella, dirigente estudiantil de la Universidad de La Habana; vocales: comandante José Diego Grullón, expresidente de la Asociación de Reporteros de Santiago de Cuba; primer teniente José Soto, periodista dominicano; primer teniente Roberto Coloma Álvarez, exsecretario de Segundo Curti Messina (exministro de Gobernación de Grau San Martín); Bernabé Muñiz Guibernau, *Bebo*, camarógrafo cubano, jefe del Departamento de Fotografía, y segundo teniente Jorge Yániz Pujol, jefe del Departamento de Prensa Escrita. Este servicio era el encargado de la propaganda del ELA; a su arribo a la República Dominicana, intervendría todos los periódicos y radioemisoras del país.
- Radiocomunicaciones: capitán Américo Lora Camacho, dominicano. Contaba con varias plantas distribuidas estratégicamente en Cuba y servicios de comunicación móvil, que permitían mantener el enlace entre las tropas, los barcos, los aviones y los delegados del ELA en otros países.
- Consejo de Guerra: Se ocupaba de analizar y decidir sobre las transgresiones disciplinarias.

Paralelamente, se mantenía en funciones la Junta Directiva del Movimiento, la cual estaba formada por los cinco miembros fundadores del CCR: Juan Rodríguez, Juan Bosch, Juan Isidro Jimenes-Grullón, Leovigildo Cuello y Ángel Morales. La Junta contaba con dos comisiones: la Comisión Política, integrada por Jimenes-Grullón, Morales y Cuello; y la Comisión Militar, formada

por Juan Rodríguez, en su condición de comandante en jefe del ELA, y Juan Bosch, que actuaba como secretario y dirigía las reuniones de los jefes de batallones.

Según Juan Bosch, Morales y Jimenes-Grullón fueron en contadas veces al cayo, donde permanecían uno o dos días a lo sumo, mientras que Leovigildo Cuello tuvo que abandonarlo y marchar hacia La Habana por razones de salud tras permanecer más de un mes en el campamento.⁸⁷

El 11 de septiembre deparó grandes emociones a los expedicionarios, en particular a los que cumplieron ese día su primera acción militar. De regreso de Nuevitas, el *Fantasma* venía inusualmente a toda máquina. Con similar rapidez su capitán descendió del buque y se dirigió al bohío del Estado Mayor, donde se entrevistó con el general Juan Rodríguez. No se divulgó lo que hablaron, pero poco después formaron a las tropas. Se pidieron veinte voluntarios para una operación y todos los hombres se ofrecieron. En menos de media hora se organizó un pelotón, cuyos integrantes fueron seleccionados en los batallones Guiteras y Sandino.⁸⁸ De completo uniforme y con ametralladoras de mano, los escogidos subieron al *Fantasma*, se echaron a ambos lados de la cubierta —donde se habían emplazado ametralladoras calibre 50—, pusieron proa al norte y partieron a la máxima velocidad.

Ya lejos del cayo, se colocó a popa una bandera norteamericana y los expedicionarios fueron informados de la misión por cumplir. Se trataba de capturar la goleta *Angelita*, propiedad de Trujillo —y así nombrada en honor a su hija más pequeña—, que había sido avistada y reconocida desde el *Fantasma* cuando aquella navegaba por las cercanías de Cayo Confites. La identificación había sido realizada —según Juan Bosch, Virgilio Mainardi y otros expedicionarios— por Ramón Mejías del Castillo, *Pichirilo*, un enérgico integrante del batallón Guiteras que había pertenecido a la Marina de Guerra venezolana con el grado de capitán; o —de acuerdo con Tulio H. Arvelo— por Mon Febles, maquinista

⁸⁷ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 86; *Política: Teoría y Acción*, p. 22.

⁸⁸ Según Jorge Yániz Pujol, este pelotón estaba comandado por Rolando Masferrer. De acuerdo con Tulio H. Arvelo, su jefe era Diego Bordas.

del *Berta*. En todo caso, ambos eran marinos dominicanos de reputada competencia y conocían muy bien las embarcaciones de su país, incluidas las del dictador. El *Angelita* era una goleta de cabotaje que se dedicaba usualmente a transportar carne, producida en los mataderos de Trujillo, desde Santo Domingo hasta Puerto Rico, pero había sido enviada a Miami para una reparación y durante el trayecto se acercó al cayo en una probable misión de espionaje.

Una hora después de la partida, los expedicionarios divisaron el *Angelita* y se le aproximaron sin despertar sospechas en su tripulación, debido al pabellón que ondeaba en el *Fantasma*. Se preparó el abordaje, pero en ese instante rompió un fuerte aguacero, la visibilidad se hizo nula y la acción fue aplazada. El buque del ELA siguió navegando y al escampar se hallaba a unos cien metros de la goleta. No tardó en arrimársele. Y, según Jorge Yániz Pujol, los tripulantes del *Angelita* quedaron asombrados por lo que vieron:

Como un resorte, se incorporaron numerosos hombres apuntándoles con ametralladoras. El capitán de la goleta fue el único que no perdió la calma y dio rápidas instrucciones. Nadie las cumplió. Los dos barcos tocaron y como gatos gigantes nos lanzamos de un salto sobre la cubierta [...] La sorpresa de los hombres de la *Angelita* no tuvo límites. No hubo la menor resistencia. Se lanzaron sobre el piso sin atreverse a mirarnos.⁸⁹

De acuerdo con esta versión, el abordaje del *Angelita* se realizó sin abrir fuego. Sin embargo, Miguel Pumariega manifestó que le tiraron con armas de grueso calibre delante de la proa para detenerlo y Juan Bosch aseguró que los asaltantes «cayeron en cubierta disparando sus armas».⁹⁰

Una vez consumada la rendición, los tripulantes de la embarcación trujillista fueron trasladados al *Fantasma* y el pelotón de abordaje

⁸⁹ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», *Bohemia*, año 39, no. 44, 2 de noviembre de 1947, p. 57.

⁹⁰ J. Bosch, «Treinta años», p. 61.

procedió al registro de la goleta, donde no encontraron pruebas de espionaje ni armas de guerra: solo unos seis fusiles que se justificaban para la defensa normal de un barco mercante. El máspreciado botín se hallaba en las bodegas y en los refrigeradores: frutas, latas de jugos, pollos fritos, carnes. De momento, los expedicionarios titubearon, pero bastó que uno de ellos cediera a la tentación para que «todos, como verdaderos demonios desatados», se lanzaran sobre los manjares y no se oyeran «más que risas secas, nerviosas y el choque de las dentaduras en las manzanas, golosinas y resto de la comida».⁹¹

Concluida la operación, el *Angelita* y el *Fantasma* enfilaron hacia Cayo Confites. Pero antes, los hombres del ELA tuvieron el buen tino de cubrir a brochazos el rótulo que identificaba a la goleta de Trujillo y estampar en sus planchas de proa el glorioso nombre que desde entonces llevaría: *Maceo*.

Al desembarcar en el cayo en horas del mediodía, el capitán del *Angelita*, Valeriano Brito, y cuatro marineros recibieron una amplia explicación acerca de los objetivos del movimiento expedicionario. Los marineros declararon que no eran trujillistas y expresaron su deseo de sumarse al ELA, pero el capitán, «a pesar de que se le amenazó con fusilarlo»,⁹² mantuvo su lealtad al *Benefactor* y se portó valientemente. «Quiero advertirles [declaró ante los miembros del Estado Mayor] que yo no peleo contra *El Jefe*. Me rendí porque mis hombres no me secundaron. Pero haré contra ustedes todo lo que pueda. Lo mejor que deben hacer es fusilarme».⁹³

Brito fue confinado a La Siberia y en horas de la tarde se le condujo a Nuevitas en el *Berta*, custodiado por un oficial de la Marina de Guerra cubana que estaba de visita en el campamento. Días después, lo remitieron de nuevo a Cayo Confites en calidad de prisionero y fue internado en el buque *Aurora*. Los cuatro marineros del *Angelita* gozaron de plena libertad en el cayo. No hacían entrenamiento militar, pero realizaban el mantenimiento de la embarcación y otras tareas. La goleta trujillista devino la cuarta

⁹¹ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», *Bohemia*, año 39, no. 46, 16 de noviembre de 1947, p. 28.

⁹² T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 60.

⁹³ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», *Bohemia*, año 39, no. 46, 16 de noviembre de 1947, p. 28.

nave de la flota del ELA, fue pintada de gris como las otras y artillada con una ametralladora calibre 50 en su proa.

Al decir de Humberto Lamothe, no todo transcurrió felizmente en la captura del *Angelita*, pues los hombres que llevó Masferrer a la operación cometieron una fechoría que puso la nota amarga de la jornada. Como en un vulgar saqueo, se robaron numerosos objetos —sábanas, colchones, leche evaporada, cigarrillos y otros— que debieron haber entregado al alto mando para el uso que estimara conveniente. En su lugar, fondearon la goleta frente al cayo, iban a ella en bote diariamente y —destacó Lamothe— «estuvieron tomando leche y comiendo otras cosas durante varios días, mientras las tropas pasaban hambre».

Cuando el estado de ánimo en el cayo decaía y el pesimismo se generalizaba, el anuncio de una perturbación ciclónica se convirtió en la peor amenaza que hasta entonces se cerniera sobre la expedición. De acuerdo con las informaciones recibidas, el fenómeno meteorológico representaba un peligro para la región central de Cuba. Los hombres del ELA comprendieron que, de pasar por Cayo Confites o sus áreas adyacentes, el ciclón arrasaría con el campamento y todos morirían ahogados debido a la baja altura del islote y su absoluta falta de protección contra los embates del mar. Y desde ese instante vivieron en una terrible zozobra, pegados a los receptores de radio a la espera de la evolución del organismo tropical.

Ante el peligroso escenario que se vislumbraba, un grupo de expedicionarios se dirigió al general Rodríguez proponiéndole zarpar de inmediato para Santo Domingo. Pero la demanda no prosperó debido a que el tiempo no tardó en deteriorarse. Comenzó a llover incesantemente. A causa de los torrenciales aguaceros, los hombres estuvieron sin dormir tres noches seguidas. El viento soplaba con fuerza huracanada. El nivel del mar subía cada vez más hasta penetrar por una zona muy baja y cortar en dos la punta del cayo. En no pocos expedicionarios cundió el pánico y a algunos les dio por juntar sus cosas para morir con ellas.

En un momento de relativa calma, dos aviones del Ejército cubano y uno de la Marina norteamericana sobrevolaron el

campamento y comunicaron por radio que si el buque *Aurora*, que estaba atracado, no se hacía inmediatamente a la mar, corría peligro de naufragio. La advertencia fue tenida en cuenta. El viento, en forma de remolino, comenzó a tomar fuerza. La tripulación del *Aurora* cumplió las órdenes de su capitán para hacerse a la mar, pero la nave permaneció inmóvil, pues se había incrustado en un banco de arena y sus propelas no lograban impulsarla. Tenía, además, los motores averiados debido a maniobras y bandazos innecesarios.

Se recurrió entonces a Pichirilo, el diestro marino dominicano que divisara al *Angelita*. Este gozaba de estimación general, pero al parecer a causa de discrepancias políticas con Juan Rodríguez no había sido correctamente justipreciado. Pichirilo se trasladó al *Aurora*, que al rato comenzó a moverse. En ese instante se desató un aguacero con fuertes vientos, por lo que se ordenó a los expedicionarios concentrarse en uno de los extremos del cayo debido a que el *Aurora* estaba lleno de dinamita y podía estallar en un bandazo. Cuatro horas más tarde escampó, los vientos amainaron y ya Pichirilo había salvado la barcaza. Entonces uno de sus tripulantes descendió a tierra y dio a conocer la proeza del marino:

Lo hubiera hecho antes —dijo— si no tiene que salvar la goleta [...] Mientras ustedes estaban en la punta del cayo y después de poner el barco en posición aceptable, *La Angelita* rompió las amarras, saltando sobre las olas como caballo asustado. Entonces Pichirilo [...] trepó valientemente a un bote, acompañado por un viejo lobo de mar. Los dos remarón con fuerza hasta [...] abordar la nave, gobernándola con mano firme hasta dejarla nuevamente fondeada.⁹⁴

Convertido en el héroe de la jornada, Pichirilo fue vitoreado por la tropa y designado por el mando capitán del *Aurora*. En feliz coincidencia, los partes meteorológicos anunciaron que el ciclón enfilaba hacia la Florida y el peligro se alejaba del cayo.

⁹⁴ Ibídem, pp. 88-89.

Pero ni siquiera la proeza de Pichirilo y el salvamento de los buques devolvieron el entusiasmo al campamento. Lejos de ello, comenzaron a circular rumores inquietantes: que el jefe del Ejército se había «rajado» y en cualquier momento daba órdenes de arrestar a los expedicionarios; que Grau había sido engañado por los militares y actuaría contra el movimiento; que de un momento a otro llegaría la Marina... Ante esa situación, según Jorge Yániz Pujol, el Estado Mayor ordenó a Eufemio Fernández dirigirse a Venezuela para tratar de completar distintas gestiones de ayuda; aunque, al decir de Juan Bosch, las luchas entre Masferrer y Fernández habían llegado a un punto tan alto que Manolo Castro sacó a este último del cayo y lo envió en misión al extranjero.

Las versiones de Yániz Pujol y Bosch parecen excluyentes, pero podrían ser compatibles. Según numerosos testimonios, por esos días se estaba fraguando un cambio en los planes expedicionarios que requerían el envío de emisarios al exterior. La designación de Eufemio Fernández, pues, podía cubrir una necesidad real y, al propio tiempo, evitar un enfrentamiento entre sus hombres y los de Masferrer.

En cuanto al cambio de planes, los elementos más consistentes se encuentran en un informe de la Embajada de los Estados Unidos en Cuba, según el cual tras heroicos esfuerzos los líderes del movimiento estaban reuniendo sus fuerzas y completando los preparativos; los pilotos y mecánicos yanquis acondicionaban los aviones en el Mariel y volaban en ellos diariamente. Todo indicaba que si la tropa se mantenía unida unas tres semanas más, el éxito estaba asegurado. El documento registró, además, informaciones sobre planes para mover a las fuerzas hacia otro lugar aceptable y que un grupo había partido hacia Haití con el fin de conseguir el apoyo del presidente Dumarsais Estimé.

Encabezado por Félix Buenaventura Sánchez, *El Dominicano*, este grupo intentaría persuadir al presidente haitiano para que permitiera a las fuerzas antitrujillistas aterrizar, desembarcar y transitar en Haití. De acuerdo con la Embajada norteamericana, Sánchez viajaba con pasaporte venezolano y contactó de inmediato con el encargado de negocios de Venezuela en Puerto Príncipe,

pero tuvo que abandonar con urgencia su misión porque Trujillo había puesto precio a su cabeza. El grupo estaba integrado, además, por los cubanos Erundino Vilela, segundo jefe de la Policía Secreta, quien se suponía era un experto en propaganda y debía comenzar un movimiento antitrujillista en Haití; Irán Ruiz, hermano del jefe de la Policía Nacional, Fabio Ruiz Rojas; el teniente de la Policía René de Cárdenas, y José Enrique Camejo Argudín, funcionario del Ministerio de Estado cubano y exencargado de negocios de Cuba en Haití, el cual viajaba con pasaporte oficial, tenía en su equipaje una subametralladora Thompson calibre 45 y era el representante de Grau en la comitiva, por lo que llevaba una carta del presidente cubano para Estimé.

Las fuentes consultadas no aportan informaciones concretas sobre los resultados obtenidos por esta delegación, ni por la enviada a Venezuela. Consta, sin embargo, que Trujillo estaba al corriente de las gestiones de la primera, así como de las actividades del movimiento opositor dominicano en Puerto Príncipe y la posible utilización del territorio haitiano por los expedicionarios. De todos modos, en medio de estas diligencias tuvieron lugar importantes acontecimientos en La Habana, que marcarían un punto de viraje para la expedición antitrujillista.

Hacia una drástica evolución

La diplomacia del *Generalísimo* no se mostró activa solamente con relación a Cuba. El 15 de septiembre, su embajador en Washington, Jesús Ortega Frier, fue recibido, a petición suya, en el Departamento de Estado por el secretario adjunto, Norman Armour; el jefe de la Oficina de Asuntos de las Repúblicas Americanas, James H. Wright, y Charles C. Hauch, de la División de Asuntos Caribeños.

Según un memorando redactado por Hauch, Ortega Freir discutió en «muy grave y a veces agitada manera» sobre las actividades revolucionarias contra el Gobierno dominicano que tenían su centro en Cuba. Ante todo, el embajador afirmó que la

conspiración había sido respaldada por un fondo de 3,000,000 de dólares, parte del cual provenía del presidente Betancourt de Venezuela, y resaltó la influencia comunista en el movimiento, aunque admitió que varios de los dirigentes principales no comulgaban con ese ideal.

Acto seguido, Ortega Frier pasó al propósito cardinal de su visita: solicitar «cierta ayuda» de los Estados Unidos. A tal fin, se refirió al supuesto plan de los revolucionarios para destruir la industria azucarera dominicana mediante el bombardeo de sus centrales. Dicha industria —señaló— era en su mayor parte «propiedad americana» y, por consiguiente, estos «intereses americanos» se afectarían. Estimó que el objetivo del plan era destruir la fuente principal de los réditos del Gobierno a fin de precipitar una crisis financiera y económica en el país. El plan —dijo— tenía el apoyo de ciertos funcionarios gubernamentales y productores azucareros cubanos que esperaban de esta manera arruinar la industria azucarera y la economía dominicanas. Subrayó que los revolucionarios tenían a su disposición los aviones adecuados para llevar a cabo la operación. Por tales razones, pidió que se acelerara la entrega de armas, naves y aviones solicitados; expresó con vehemencia que los Estados Unidos debían ayudar a la República Dominicana a obtener los medios para defenderse; y alegó que su Gobierno tenía solo 30 aviones, la mayoría de los cuales eran de entrenamiento (el Departamento de Estado había conocido, sin embargo, a través de George C. Stamets, consejero técnico de la Fuerza Aérea dominicana, que el gobierno del *Generalísimo* tenía solo nueve aviones capaces de ser usados en combate).

Wright explicó que los departamentos de Estado, Defensa y Marina estaban haciendo todo lo posible para apresurar las entregas de una cantidad apropiada de armamento, mientras Armour observó que la ayuda militar no parecía ser el problema inmediato. A su juicio, el paso más importante era hacer un esfuerzo por resolver el problema de la tolerancia y la ayuda del Gobierno de Cuba al movimiento revolucionario basificado en su territorio. Wright precisó que como la República Dominicana era la parte ofendida, tenía la

responsabilidad de comenzar las acciones y el Gobierno dominicano no podía ni debía esperar que otros gobiernos tomaran la iniciativa.

Esto era precisamente —repuso Ortega Frier— lo que pensaba hacer su Gobierno, el cual no había obtenido satisfacción en su trato directo con el de Cuba y había estimado considerar la materia de acuerdo con la Resolución XIV de la Segunda Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas (La Habana, 1940).⁹⁵ Al amparo de esta Resolución, la Junta Directiva de la Unión Panamericana había designado un comité de cinco países que debía mantener vigilancia constante para asegurar que los Estados en disputa la resolvieran tan rápidamente como fuera posible y sugerir —sin detrimento de los métodos adoptados por las partes o de los procedimientos en que estuvieran de acuerdo— las medidas y pasos que pudieran conducir a una solución.

Siguiendo esta resolución, la Junta Directiva había indicado a Cuba, los Estados Unidos, Argentina, México y Brasil servir como miembros de este comité, pero solo los cubanos habían designado en realidad a un representante: su exembajador en los Estados Unidos, Aurelio Fernández Concheso. Ortega Frier pidió, pues, que el Gobierno norteamericano designara a su representante tan rápidamente como fuera posible e insinuó que él se había esforzado también para que los otros países en el comité designaran a sus

⁹⁵ La Resolución XIV. Procedimiento de Consulta estableció que: «1º El Gobierno que desee promover la Consulta en cualquiera de los casos previstos en las Convenciones, Declaraciones y Resoluciones de las Conferencias Internacionales, y proponer una reunión de los ministros de Relaciones Exteriores o de sus representantes, deberá dirigirse al Consejo Directivo de la Unión Panamericana [CDUP] indicando los asuntos sobre los cuales desea verse la Consulta, así como la fecha aproximada en que ha de celebrarse la reunión; 2º El CDUP transmitirá inmediatamente la solicitud, junto con la lista de los temas sugeridos, a los demás Gobiernos Miembros de la Unión y solicitará las observaciones y sugerencias que [...] desearán presentar; 3º Sobre la base de las respuestas recibidas el CDUP determinará la fecha de la reunión, formulará el programa correspondiente y adoptará, de acuerdo con los respectivos Gobiernos, las demás medidas convenientes para preparar la reunión; 4º El CDUP procederá a formular un Reglamento de las reuniones de Consulta y lo someterá a todos los Gobiernos americanos para su aprobación [...]» (*Diario de la Marina*, año CVIII, no. 181, miércoles 31 de julio de 1940, p. 8, col. 7).

representantes (lo que se confirmó en una investigación posterior del Departamento de Estado). Wright manifestó que los Estados Unidos designarían en el comité, probablemente, al embajador William Dawson, quien a su vez fungía como representante ante la Junta Directiva (lo cual también se materializó con posterioridad).

Por último, Ortega Frier se refirió a la posibilidad de ataques por tierra desde Haití. El Gobierno haitiano —dijo— estaba haciendo lo posible para prevenir que su territorio fuera usado como base, pero dio a entender que este no era capaz de actuar eficazmente para evitarlo. La situación —añadió— era de grave preocupación para su Gobierno, debido a la posible necesidad de que el Ejército dominicano cruzara la frontera y al efecto que tal acción tendría en las relaciones dominicano-haitianas. El presidente Trujillo —precisó— había discutido esto con el embajador haitiano Price-Mars, quien había viajado a Haití para informar al presidente Estimé. Ortega Frier expresó también que, según le había advertido Trujillo, la posición de Estimé estaba haciéndose más débil y, ante la eventualidad de su completo deterioro, un «círculo militar» encabezado por el coronel Paul Magloire podría dar un golpe de Estado.

«En general [concluyó el memorando de Hauch] el tono de la conversación del Embajador fue muy serio y dio a entender que esperaba una drástica evolución en breve».⁹⁶

Como era ya habitual, Ortega Frier publicitó algunos detalles de su conferencia con Norman Armour. Esta vez declaró que el Gobierno dominicano «acaso» solicitara la actuación de todas las repúblicas americanas para impedir la invasión a su país por los enemigos del régimen de Trujillo. Se negó a manifestar concretamente cuál sería la forma de acción pedida por la República Dominicana, pero mostró las copias de las resoluciones adoptadas en la Segunda Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas, de La Habana (1940), y llamó la atención sobre la cláusula en que se demandaba a cualquier nación americana amenazada de agresión a notificarlo a los demás países.

⁹⁶ *FRUS*, 1947, pp. 654-657.

La República Dominicana —precisó el embajador— no había solicitado ayuda ni intervención estadounidense para contrarrestar la revuelta que se preparaba en Cuba, pero había indicado a Norman Armour que los Estados Unidos, «como hermano mayor», deberían hacer algo al respecto. Agregó que su Gobierno esperaba la invasión anunciada hacía tiempo por los líderes de la oposición, aunque el presidente Trujillo no sabía la fecha exacta en que se realizaría.

Según Ortega Frier, había manifestado a Armour que no deseaba que el Caribe se convirtiera en una nueva zona balcánica y que no sería necesaria ayuda material de los Estados Unidos para dominar la revuelta, si este país apoyaba moralmente a su Gobierno. «No queremos [puntualizó] dar solución al problema por medios bélicos, sino dentro de la organización interamericana».⁹⁷

Ortega Frier manejó con habilidad sus declaraciones a la prensa, aunque mintió flagrantemente respecto al pedido dominicano de ayuda militar a los Estados Unidos y al compromiso de otorgársela contraído por este. El activo embajador trujillista en Washington ignoraba, sin embargo, que la «drástica evolución» deseada por él para el conflicto de Cayo Confites, estaba a punto de iniciarse. Y no podía imaginar la forma *sui generis* como ella tendría lugar.

⁹⁷ *Información*, año XI, no. 220, martes 16 de septiembre de 1947, p. 1, col. 4 y p. 16, col. 2.

LA DEBACLE

Parece que el Gobierno cubano ha seguido el camino más eficaz, esperando hasta que la expedición estuviera totalmente organizada y en vías de ejecución, para actuar rápida y eficientemente y aprehender a los conspiradores y tomar el material bélico.

(The New York Times, 1 de octubre de 1947)

La ola terrorista que se había desatado en Cuba, especialmente en La Habana, desde los inicios del gobierno de Ramón Grau San Martín, se incrementó notablemente durante su tercer año en el poder. Aunque el atentado personal —con su amplia gama de motivaciones y fines— continuó siendo la modalidad más recurrente, ocuparon un lugar destacado la colocación de bombas, las balaceras y otras formas de agresión violenta contra locales del Partido Socialista Popular y de los sindicatos fieles a la CTC unitaria, a tiempo que se multiplicaron los enfrentamientos entre bandas y *grupos de acción* rivales. De este modo, la espiral del terror se acercaba a su momento cumbre; y 1947, a la implantación de un récord macabro en la orgía de sangre que, al finalizar el mandato del líder auténtico, cerraría con un saldo de 64 muertos, 33 heridos, considerables daños materiales, y un enorme perjuicio moral y político para la sociedad cubana.

Uno de los atentados de mayor trascendencia ocurrió el 5 de septiembre y tuvo como blanco al comandante Emilio Tro Rivero, un joven de treinta años que había integrado el Ejército de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Herido en combate, Tro llegó hasta Alemania y participó en la ocupación

del Japón. Al terminar el conflicto bélico, recibió un licenciamiento honroso y regresó a Cuba, donde en 1946 fundó la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR). En julio del año siguiente, Grau San Martín lo designó instructor de Entrenamiento y Disciplina Militar de la Policía Nacional, un puesto creado especialmente para él.

Sesenta balazos impactaron el automóvil de Tro y varios de sus ocupantes resultaron heridos, pero nada ocurrió a su propietario que no se encontraba en el vehículo. Las características del suceso y el manifiesto interés de las víctimas en eludir la investigación policial, sugerían que se trataba de un ajuste de cuentas. Tal versión fue tácitamente confirmada por Jesús Diéguez Lamazares, secretario general de la UIR, al declarar que conocía a los autores del atentado y que este sería vengado. Los entendidos en la materia coligieron que aludía al grupo de El Colorado y Mario Salabarría, enemigos jurados de Tro.

La venganza no demoró. El 12 de septiembre, el capitán Raúl Ávila Ávila, *Lechoncito*, jefe de la Policía del Ministerio de Salubridad y uno de los presuntos autores del atentado a Emilio Tro, fue ultimado a balazos en una bodega del Vedado. Un testigo presencial, sometido a brutal interrogatorio por el comandante Mario Salabarría —a la sazón jefe del Servicio de Investigaciones Especiales y Extraordinarias (SIEE) de la Policía Nacional—, identificó como autor del crimen a Luis Padierno Labrada, un hombre del grupo de Tro. La viuda de Ávila declaró que Tro y Padierno se habían presentado armados en su casa, en busca de su marido. Sobre esta base, el 13 de septiembre el juez de instrucción encargado de la causa abierta por la muerte del capitán Ávila ordenó el arresto de Emilio Tro.

Orfila: principio del fin

En horas de la tarde del 15 de septiembre Mario Salabarría se dispuso a «arrestar» a Tro, quien se encontraba en la residencia del comandante de la Policía Antonio Morín Dopico, en el reparto

Orfila, Marianao —en la actualidad calle 64, entre las avenidas 31 y 41—, adonde había ido a almorzar en compañía de varios amigos. Las fuerzas policiales cercaron la vivienda y la atacaron con pistolas, revólveres, rifles y ametralladoras. Los sitiados respondieron con el fuego de sus armas, entablándose una batalla que fue reportada en directo por Radio Reloj, grabada y narrada por el periodista-locutor Germán Pinelli —quien después la transmitiría en su programa de la emisora CMQ—, y filmada por el camarógrafo Eduardo Hernández, *Guayo*, del Noticiero Nacional de Cine.

Avanzada ya la contienda, Tro telefoneó al teniente Armando Correa y le pidió que se dirigiera a Columbia a fin de gestionar la intervención del Ejército, pues él y sus amigos tenían ser ejecutados si se rendían a Salabarría. Correa, Jesús Diéguez Lamazares y otros miembros de la UIR se presentaron en el Estado Mayor del Ejército, donde fueron recibidos por su jefe interino, general Ruperto Cabrera, quien los dejó retenidos para evitar que se incorporaran al combate. Al mismo tiempo, amigos de Tro y Morín Dopico acudieron al Palacio Presidencial con el propósito de solicitarle a Grau San Martín que ordenara al Ejército el envío de tropas. Pero el presidente alegó un fuerte estado gripal y no los recibió, como tampoco atendió a dos figuras del PRC (A) que fueron a verlo por la misma razón: el representante Guillermo Ara, testigo presencial de lo que acontecía en Orfila, y el presidente del Senado, Miguel Suárez Fernández, quien portaba una información según la cual el mencionado combate formaba parte de una conspiración contra el Gobierno. Los emisarios de Tro y Dopico tuvieron que conformarse con transmitir su petición a la primera dama, Paulina Alsina, quien poco después les aseguró que había obtenido del presidente la orden para la intervención del Ejército. Presente en ese momento en el Palacio, Manolo Castro —amigo íntimo de Mario Salabarría— manifestó que tal orden no era necesaria porque lo de Orfila ya había terminado.

Al parecer, el alto mando castrense no obedeció la «insólita orden proveniente de una mujer sin cargo ni jerarquía oficial».¹ En lugar de ello, el general Ruperto Cabrera telefoneó al jefe del Ejército, general

¹ J. Duarte Oropesa, *Historiología cubana*, p. 57.

Genovevo Pérez Dámera —quien se encontraba en Washington, reunido con su parigual estadounidense Dwight Eisenhower—, para solicitarle instrucciones.² Y entonces Pérez Dámera ordenó la intervención del Ejército. Según la Embajada de los Estados Unidos en Cuba, Grau le pidió a Genovevo que regresara de inmediato a La Habana, lo cual hizo el general en un avión facilitado por el Ejército norteamericano. Reclamado por Grau o de regreso por su propia iniciativa, lo cierto es que el jefe del Ejército asumió el control de la situación.

Mientras se realizaban estas gestiones, la situación de los asediados en Orfila se tornó desesperada. Al cabo de tres horas de un combate desventajoso, afectados por los gases lacrimógenos que los habían obligado a refugiarse en el baño, Tro y sus amigos sacaron telas blancas por las ventanas e instaron a sus adversarios a no disparar, pues iban a salir mujeres y niños. La decisión de entregarse coincidió con la llegada de 20 tanques y carros blindados, así como numerosos efectivos del Ejército.

El primero en salir de la casa fue Morín Dopico, quien, con su hija de diez meses en brazos y herida, fue detenido por dos soldados y conducido al Hospital Militar. La rendición, al parecer, había sido aceptada y se respetaría. Pero cuando salieron Aurora Soler Amor —esposa de Dopico, en estado de gestación— y Emilio Tro, se sintió un tableteo de ametralladoras y ambos cayeron al suelo acribillados por las balas. Luego Tro, Luis Padierne y el resto de sus compañeros fueron sádicamente rematados. Algunos policías censuraron la vileza de sus bárbaros colegas que habían disparado a mansalva y ello provocó un altercado entre las fuerzas asaltantes, pero la intervención de los soldados impidió el inicio

² Este viaje de Genovevo Pérez Dámera tuvo un carácter bastante discreto. El viernes 12 de septiembre se dio a conocer que en la mañana del día anterior, jueves 11, el jefe del Ejército había salido en un transporte aéreo militar hacia los Estados Unidos, donde atendería «asuntos propios de su cargo». Pérez Dámera estaba acompañado de su hijo, Genovevo Pérez Valdés; los tenientes coroneles Camilo González Chávez, jefe del Cuerpo de Aviación, y el doctor Luis J. Iglesias de la Torre, director del Hospital Militar; y por los capitanes ayudantes Luis E. Trujillo Castillo y Alejandro Gómez Arquija (*Información*, año XI, no. 217, viernes 12 de septiembre de 1947, p. 1, col. 8). Durante los días subsiguientes los medios de prensa guardaron silencio respecto al viaje, el cual solo volvió a la palestra pública a raíz de los sucesos de Orfila y no se relacionó con la expedición antitrujillista.

de otra balacera. Las fuerzas del ejército arrestaron a Salabarría y a numerosos oficiales y agentes policiales. Así terminó la cruenta batalla, que dejó un saldo de seis muertos y ocho heridos.

Esa misma noche fue asesinado a balazos el agente del SIEE, Raúl Adán Daumy. Era no solo el primer acto de venganza por la muerte de Tro y sus compañeros, sino también el anuncio de que la espiral de violencia y sangre continuaría.

La matanza de Orfila tuvo gran repercusión en la opinión pública y la sociedad cubanas. La madre de Emilio Tro fue la primera en emitir un severo juicio. «Acuso al Presidente de la República [declaró en la funeraria donde velaba el cadáver] de ser el responsable de la muerte de mi hijo y de amparar a sus matadores [...]»³

El Senado le dedicó su sesión del 16 de septiembre, ante la significativa ausencia de los senadores del PRC (A), excepto Miguel Suárez Fernández, presidente del cuerpo legislativo, y el jefe del grupo auténtico Antonio Varona, *Tony*, aunque este se retiró apenas comenzaron las críticas de la oposición. Todos los oradores condenaron la actuación policial. El líder ortodoxo Eduardo Chibás calificó el suceso como «la más extraordinaria prueba del estado de salvajismo» imperante en el país, pues «hasta en las peores épocas de la tiranía» se había respetado a las mujeres y los niños.⁴ Además, culpó al Gobierno de fomentar pugnas en todos los sectores con el deliberado propósito de crear una situación propicia al golpe de Estado y perpetuarse en el poder. Eduardo Suárez Rivas, del Partido Demócrata, acusó al presidente Grau de ser «el gran culpable, el gran defraudador, el gran asesino y el gran simulador».⁵

En la Cámara de Representantes no pudo iniciarse el debate, porque enterados su presidente, el auténtico Rubén de León, y los legisladores del PRC (A) de que su correligionario Guillermo Ara iba a formular acusaciones sensacionales, decidieron no presentarse a la sesión para no llegar al quórum requerido. Ello no impidió al ortodoxo Manuel Bisbé declarar que la responsabilidad

³ E. de la Osa, *En Cuba: primer tiempo*, p. 173.

⁴ Luis Conte Agüero, *Eduardo Chibás, el adalid de Cuba*, p. 528.

⁵ E. de la Osa, *En Cuba: primer tiempo*, p. 177.

de lo ocurrido en Orfila debía caer principalmente en Grau San Martín, por haber propiciado que los *grupos de acción* se armaran y haber estimulado las rivalidades entre ellos.

El 17 de septiembre, Genovevo Pérez Dámera mostró a los directores de los principales periódicos de La Habana la película filmada en Orfila. A fin de realzar su papel protagónico, el general declaró que desde Washington había dictado las órdenes para que el Ejército interviniera y evitar más derramamiento de sangre. «Si el Ejército actuó en ese momento bien o mal [expresó] es culpa mía [...] pero creo que la llegada de las fuerzas militares evitó más pérdidas de vidas».⁶ Tras calificar a Mario Salabarría de asesino, dijo que lo tenía incomunicado para impedir que se movieran influencias a su favor. Y puso en tela de juicio la supuesta honradez del prisionero, al mostrar los 14 billetes de 1,000 pesos que le habían encontrado ocultos en sus zapatos.

Pérez Dámera habló con la resolución del triunfador y revestido de tal autoridad que parecía el jefe del Estado, mientras Grau San Martín se mantenía indiferente a la tragedia. Semejante protagonismo del jefe castrense alarmó a varios dirigentes auténticos, conscientes de que el general había levantado su prestigio y podía convertirse en un peligro.

El 18 de septiembre tropas del Ejército ocuparon las oficinas del SIEE y registraron la casa del jefe de la Policía Nacional, coronel Fabio Ruiz Rojas, quien corrió al Palacio Presidencial en busca del amparo de Grau y pidió licencia para reponerse de las «emociones» de esos días, según el malicioso comentario del general Pérez Dámera. Al día siguiente, el coronel Enrique Hernández Nardo, jefe del Quinto Distrito Militar del Ejército, fue designado supervisor de la Policía Nacional.

En su charla radial del 20 de septiembre, Eduardo Chibás afirmó que el asesinato de Tro había sido planeado en el tercer piso del Palacio Presidencial (donde radicaban las habitaciones del presidente) y era una consecuencia del obstáculo que representaba Tro para algunas especulaciones de bolsa negra. «Se dice

⁶ *Información*, año XI, no. 222, jueves 18 de septiembre de 1947, p. 1, col. 4 y p. 16, col. 3.

[añadió] que el comandante Tro fue el que mató [...] al capitán Ávila, figura destacada de la banda del Colorado, que es socio fuerte del Tercer Piso y de Carlos Prío Socarrás, quien le ofreció a cambio de sus servicios hacerlo senador por Pinar del Río».⁷ Chibás condenó los hechos de sangre cometidos por Tro, pero reconoció que este no mataba por la espalda, ni asesinaba mujeres, ni robaba, ni participaba en las especulaciones de la bolsa negra, a las que siempre había combatido. Y, como conclusión, afirmó que más culpables que el degenerado autor de la masacre (Mario Salabarría) eran el jefe de la Policía, el ministro de Gobernación y el presidente de la República, por haberle ratificado su confianza después de la tragedia.

Con el transcurso de los días comenzaron a esclarecerse las causas y los responsables de la matanza. Era cierto que Tro había reclamado el edificio del SIEE, sito en la esquina de 23 y 32 del Vedado, para instalar allí su unidad de Entrenamiento y Disciplina Militar, a lo cual se negó Salabarría y el incidente causó un disgusto entre ambos. Pero no se trataba solo de eso. Tal como afirmara Chibás, Emilio Tro se había enfrentado a las especulaciones de bolsa negra y otros negocios ilícitos organizadas por altas esferas del Gobierno. Y a juzgar por las numerosas denuncias que al respecto trascendieron, Salabarría se había involucrado en tales operaciones en contubernio con el jefe de la Policía Nacional, coronel Fabio Ruiz Rojas; todo lo cual habría sido denunciado por Emilio Tro al presidente. Numerosas contradicciones y un mutuo sentimiento de antipatía, habían hecho de Tro y Salabarría enemigos irreconciliables, y esa rivalidad había conducido a sucesos de sangre entre sus seguidores. El coronel Fabio Ruiz Rojas pertenecía en realidad al grupo de Salabarría, por lo que siempre se parcializaba a su favor, lo cual habría llevado a Emilio Tro a amenazarlo de muerte. Ante el temor de que la amenaza se consumara, Ruiz Rojas y Salabarría decidieron eliminar a Tro. El fallido atentado contra este y la muerte del capitán Ávila habían catalizado el conflicto. En esas circunstancias, Salabarría y Ruiz

⁷ L. Conte Agüero, *Eduardo Chibás*, p. 529.

Rojas se valieron de la orden de arresto dictada por el juez de instrucción para llevar a cabo el ataque a la casa de Morín Dopico. La participación en el combate de Orlando León Lemus, *El Colorado*; Rogelio Hernández, *Cucú*; Roberto Meoqui, José Fallat Aqueris, *El Turquito*, y otros elementos allegados a Salabarría, pero no pertenecientes a su dependencia policial, indicaba a las claras el carácter gangsteril de la operación.

La mayor parte de las versiones de los sucesos de Orfila, coinciden en que Grau San Martín se quedó cruzado de brazos y no intervino a tiempo para detener la masacre. La frialdad e indiferencia del presidente parecían obedecer a la misma razón por la que había plagado a los cuerpos policiales de *hombres de acción* procedentes de diferentes organizaciones: dividirlos y hacerlos enfrentar entre sí. En su libro de memorias, Ramón Grau Alsina, *Mongo*, sobrino dilecto y secretario personal del presidente, escribió que según el país se asentaba, la demanda de los «servicios» que ofrecía el crimen organizado declinaba y los pistoleros empezaron a matarse entre sí por la participación en un mercado cada vez más pequeño. «Después que la mayoría de los matones se habían matado entre ellos o escapado fuera del país [añadió Grau Alsina] Tío pudo fácilmente dirigir sus esfuerzos de imponer la ley sobre los pocos restantes».⁸ Aparte de la edulcoración nostálgica de la realidad —pues ni el país se asentó, ni el mercado del crimen declinó, ni se impuso la ley a los matones que permanecieron en Cuba—, las palabras de Mongo Grau confirman el perverso método utilizado por Grau San Martín.

El líder auténtico dio, sin embargo, una explicación autocomplaciente de su conducta. En una entrevista concedida semanas después de los sucesos de Orfila, dijo que no era justo acusarlo de indiferencia por no haber hecho declaraciones. Todo lo contrario, había querido que su voz no se sumara a la «confusión» de esas horas; por la misma razón, tampoco había deseado interferir las acciones del poder judicial ni las del oficial investigador del caso. Agregó que, utilizados por factores políticos ambiciosos

⁸ Ramón Grau Alsina y Valerie Ridderhoff, *Mongo Grau: Cuba desde 1930*, p. 89.

que con propaganda amañada enrarecían la vida cívica del país, muchos de los «elementos revolucionarios llamados de acción» habían caído en una psicosis que hipertrofió sus aspiraciones y deseos. «Tal fenómeno de enrarecimiento de la atmósfera pública [concluyó] no podía haber sido reprimido por mí sin el quebrantamiento de mi firme propósito de no limitar en forma alguna [...] la libre emisión del pensamiento que es la libertad básica para el funcionamiento de toda democracia».⁹ En su afán de justificarse, Grau embrollaba intencionalmente la libertad de pensamiento con los crímenes cometidos por los *grupos de acción*. Y respecto a Emilio Tro, meses más tarde contó una anécdota que lo culpaba ante la historia: «Una vez vino a verme: ‘Presidente, Salabarría ha querido matarme; tengo las pruebas’. Le contesté: ‘Pero, chico, a lo mejor no es Salabarría’. Creo que sí, que era verdad, hasta que vino el terrible incidente de Orfila [...]»¹⁰

Muerte en el cayo

La noticia de la masacre de Orfila, captada por radio en Cayo Confites, causó expectación y sobresalto entre los expedicionarios, muchos de los cuales sabían o intuían cuán ligada estaba su empresa a los vaivenes de la política cubana. Aunque su efecto inmediato fue la exacerbación de las pasiones entre los afiliados y simpatizantes de los *grupos de acción* en pugna, muy pronto se impuso la preocupación común por el protagonismo del general Pérez Dámera, a quien todos identificaban como el enemigo número uno del proyecto antitrujillista en el seno del Gobierno. No pocos estimaron que semejante alteración del orden podía ser tomada como pretexto para arremeter contra la expedición y liquidarla. En opinión de otros, el envalentonado jefe del Ejército no tardaría en enfilarlos los cañones a las tropas del ELA, debido a que estas constituían un serio obstáculo para sus ambiciosos

⁹ Humberto Rubio, «El presidente Grau San Martín y los últimos acontecimientos», en *Bohemia*, año 39, no. 40, 5 de octubre de 1947, p. 51.

¹⁰ *Bohemia*, año 41, no. 4, 23 de enero de 1949, p. 30.

planes políticos en Cuba. Para la inmensa mayoría de los jefes y soldados acantonados en el cayó, había llegado la hora de partir rumbo a Santo Domingo a como diera lugar.

Con palabras elocuentes, Jorge Yániz Pujol reflejó las consecuencias que la matanza de Orfila traería para la expedición: «El lamentable y sanguinario suceso de Marianao [...] hizo más estragos en nuestras filas que una epidemia. A juicio de todos, ese era el principio del fin».¹¹ Y Ángel Miolán dejó constancia de algunas precauciones que, por consiguiente, fue necesario tomar: «Frente al posible estallido de la unidad interna, o para esperar el ataque de barcos a la vista, en el horizonte, que parecían listos para desembarcar, hubo que cavar trincheras, algunas noches del Cayó».¹²

No obstante la amenaza que se cernía sobre el campamento, los expedicionarios concentraron su atención en un suceso doméstico. Su principal causante fue Jesús Alfaro Goicochea, alias *Mejoral*, un soldado de dieciséis años de edad perteneciente al batallón Máximo Gómez y miembro de la pandilla Los Diablitos, famosa por sus indisciplinas y por dedicarse a conseguir comida y cigarros mediante la fuerza. Sorprendidos *in fraganti* por algunos oficiales, los pandilleros protagonizaron un altercado que provocó su envío a La Siberia. Camino de la prisión, el furioso Mejoral sostuvo un violento intercambio verbal con Cascarita, un sargento de su propio batallón que tenía la misión de custodiarlo.

Según algunas versiones, el castigo impuesto a Mejoral fue por veinticuatro horas; de acuerdo con otras, se fugó de La Siberia. De cualquier modo, al día siguiente de su apresamiento ya estaba de regreso en el batallón y no hacía más que hablar de venganza y anunciar que mataría a Cascarita. Enterado este de la amenaza, lo informó a sus superiores, uno de los cuales —no identificado por ninguna de las fuentes consultadas— estimó conveniente un nuevo confinamiento de Mejoral y ordenó su arresto al propio Cascarita.

A las once de la mañana el sargento se dispuso a cumplir la orden. Mejoral se encontraba en la puerta de la comandancia del

¹¹ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, no. 46, 16 de noviembre de 1947, p. 90.

¹² Testimonio de Á. Miolán, en *Política: Teoría y Acción*, p. 11.

batallón entre un grupo de soldados y, al advertir las intenciones de Cascarita, le espetó: «Se necesita algo más hombre que tú para llevarme preso otra vez».¹³ Acto seguido, tomó una botella y se dirigió hacia Cascarita, quien le apuntó con su rifle y lo conminó a detenerse. Pero, en lugar de hacerlo, Mejoral siguió avanzando. Lo que ocurrió después fue crudamente relatado por Jorge Yániz Pujol:

Cascarita [...] iba a ser agredido [...] Todavía dudó una breve fracción de segundo. La distancia entre ellos era muy pequeña. Los presentes, como hipnotizados, presenciaban la escena [...] Un paso más del agresor y se escuchó la detonación. Mejoral dio un salto, se llevó las dos manos al estómago y cayó ensangrentado [...] En tierra se convulsionaba violentamente, mientras por una enorme herida se vaciaban los intestinos y se veía el hígado. Cada salto hacía chapotear el charco de su propia sangre, que salía a borbotones por la tronera que abrió la bala explosiva.¹⁴

Fragmentos del hígado de Mejoral quedaron adheridos a una palma cercana, y la bala que atravesó su cuerpo también le destrozó un brazo a la altura del codo.¹⁵ Y aunque fue conducido a la enfermería y luego al buque *Aurora*, adonde los médicos trataron de salvarlo, el joven expedicionario falleció unas dos horas y media más tarde. La jefatura del campamento decidió considerarlo baja de guerra y rendirle honores militares. Un toque de silencio y la bandera a media asta anunciaron su muerte. El cadáver, colocado sobre dos bidones vacíos y bajo una tienda de lona, fue velado con guardia de honor rotativa. A las 5:00 p. m., bajo un aguacero, fue envuelto en una bandera cubana y enterrado a unos cien metros del polígono ante el mudo homenaje de las tropas.

Todavía bajo la conmoción del luctuoso incidente, los jefes de la expedición se dieron a la tarea de reconsiderar, a la luz de los

¹³ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 44, 2 de noviembre de 1947, p. 38.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 43, 26 de octubre de 1947, p. 35.

peligros derivados de la situación política en Cuba, el plan militar aprobado. En reunión del Estado Mayor, Juan Bosch propuso la salida del *Fantasma* con bandera norteamericana, y cincuenta o sesenta hombres escogidos y vestidos con los uniformes del Ejército de los Estados Unidos almacenados en las bodegas del buque. El nuevo plan consistía en llegar de noche frente a islas Turcas, poner proa hacia el sur, desembarcar en la costa norte de Haití y alcanzar Fort Liberté. De allí se dirigirían hacia la frontera dominicana para penetrar en los cerros del Gurabo Francés, donde proclamarían la existencia de un gobierno revolucionario que solicitaría el inmediato reconocimiento de Cuba y Venezuela.

Al parecer, Juan Rodríguez receló de esta proposición debido al real o supuesto protagonismo que su autor se reservaba. Cuando Bosch se percató de ello, le replicó: «Don Juan, lo más probable es que antes de llegar a la frontera o después de cruzarla algunos de nosotros mueran, pero no todos moriremos. Algunos llegarán vivos y esos serán los que formen el gobierno».¹⁶ El general Rodríguez dijo entonces que la idea era muy buena, pero había que pensarla dos veces. Sin embargo, los acontecimientos sucesivos impidieron volver sobre ella de inmediato.

Por esos días los «imponentes de mensajes» de la expedición vivieron una experiencia singular. Dominicanos todos, ostentaban el grado de teniente y ocupaban sus puestos en distintos buques: Toñín Bonilla, en el *Aurora*; Purro Alfonseca, en el *Fantasma*, y Tulio H. Arvelo, en el *Berta*. En comparación con las privaciones y las duras jornadas del campamento, la vida a bordo de las naves era una felicidad: el trabajo no agotaba, se comía mejor, no se dormía a la intemperie, había menos moscas y no se producían trifulcas ni altercados.

Después de permanecer unos seis días anclado frente al cayo, el *Berta* zarpó hacia Nuevitas para la reparación de una propela. Y Arvelo, según su propia versión, pasó toda la travesía en estado de ansiedad, moviéndose entre la cubierta —donde se hallaban los visitantes al campamento, incluidos Ángel Morales y Leovigildo

¹⁶ Testimonio de J. Bosch, en *Política: Teoría y Acción*, p. 22.

Cuello—y la cabina del telegrafista. Por medio de los miembros del CCR, tenía interés en conocer algunos detalles sobre la expedición. Pero el tiempo transcurría entre conversaciones intrascendentes y coligió que aquellos no querían o no podían hablar del asunto. Del telegrafista, a su vez, esperaba la entrega de algún mensaje en clave con la orden de partir hacia Santo Domingo. Mas nada llegó.

En Nuevitas, los hombres del *Berta* fueron amigablemente recibidos por el capitán del destacamento de la Marina de Guerra y confraternizaron con los marinos cubanos. Allí desembarcaron Cuello, Morales y sus acompañantes a fin de continuar el viaje de regreso a La Habana. Al día siguiente, el barco se desplazó a Pastelillo, puerto situado en la propia bahía de Nuevitas, para su reparación y fondeó a cierta distancia del muelle. De ahí, los expedicionarios se trasladaban a tierra en chalupa para atender a las numerosas personas que procuraban información sobre familiares enrolados en el ELA. Arvelo dejó una estampa de estos encuentros que revela cuán pública eran la expedición y la presencia del *Berta* en el lugar:

Pasamos varios días bastante entretenidos con aquella gente a quienes siempre se les daba alguna noticia de sus parientes. Surgían preguntas como: «¿Cuándo se van? ¿Ustedes vieron a fulano de tal? Llénemele esta carta» [...] Algunas veces uno de los nuestros daba noticias acerca de alguien y después nos decía: «En realidad yo a ese tipo jamás lo he visto pero a esta gente hay que decirles mentiras piadosas para que crean que sus parientes están bien».¹⁷

Un guardacostas de la Marina de Guerra cubana se acercaba al *Berta* dos o tres veces al día. En ocasiones, con el fin de entregar a los expedicionarios artículos que les habían enviado a Nuevitas; otras, simplemente para que las tripulaciones se saludaran.

El nuevo escenario aumentó la zozobra de Arvelo y sus compañeros. A la demora de la orden de partida, se sumó el pesimismo

¹⁷ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 72.

del capitán del *Berta* —un cubano llamado Nilo Martínez— respecto a la propela, pues para repararla era necesario varar el barco, operación que requería mucho tiempo, y en Pastelillo no había astillero. El destino de los expedicionarios se vislumbraba incierto, pues si en esas condiciones llegaba la orden de zarpar, se quedarían abandonados en Nuevitas. Según Arvelo, la situación era muy extraña. Y como el telegrafista le dejaba leer todos los mensajes que se captaban, intuyó que algo raro sucedía.

Tenía razón. Y su incógnita comenzó a despejarse el 20 de septiembre en horas de la tarde, al terminar de descifrar un mensaje de contenido y tono inusitados: el presidente Ramón Grau San Martín convocaba al general Juan Rodríguez con urgencia a La Habana. «¿Qué pasará? ¿Por qué tienen que mandar a buscar al general Rodríguez a La Habana? [...] ¿Habrás fracasado todo?», preguntó en voz alta el telegrafista del *Berta* cuando Arvelo le dio a conocer el texto descifrado. Y esas palabras motivaron en el «imponente de mensajes» una amarga reflexión:

En realidad la palabra «fracaso» siempre estaba en labios de todo el mundo por el tiempo transcurrido desde la llegada al cayo sin que hubiera manera de que se saliera de allí. Sobre todo porque se sabían vigilados. Todos los días continuaban sobrevolando el campamento aviones de la Embajada Norteamericana desde los cuales sus camarógrafos tomaban películas. Ya todos sabían que aquello no era cosa secreta, que todo el mundo lo sabía y que de momento podría suceder lo que en realidad sucedió más tarde.¹⁸

La convocatoria de Grau al general Juan Rodríguez y lo que «sucedió más tarde», guardaban íntima relación con importantes acontecimientos que estaban teniendo lugar en la capital cubana.

¹⁸ *Ibidem*, p. 73.

Hallazgo en la finca América

Los avatares de Orfila habían desplazado el tema de Cayo Confites de los planos políticos y mediáticos estelares, no solo porque en los días posteriores a la masacre escasearon las noticias respecto a la expedición, sino también porque las que trascendieron poco o nada repercutieron en la vida nacional.

Tal fue el caso de las declaraciones de un vocero del Departamento de Estado norteamericano, difundidas por la UP el 18 de septiembre, según las cuales carecían de fundamento los rumores de que extraoficialmente los Estados Unidos habían formulado «observaciones» al Gobierno de Cuba respecto a la supuesta utilización de su territorio para preparar una revolución contra el gobierno de Trujillo.

En varios «centros latinoamericanos», añadía la UP, se comentaban las palabras pronunciadas el día anterior por el secretario de Estado, George Marshall, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, que algunos creían referidas a la situación dominicana; en particular, un pasaje en el cual Marshall afirmaba que la acción de un país al facilitar armas o ayudar de otro modo análogo a las fuerzas rebeldes contra un gobierno, debía considerarse «un acto de hostilidad» y que la Asamblea General de la ONU no podía permanecer impasible en caso de que un país miembro de la organización se encontrara «en peligro de ataque desde el exterior». No obstante, puntualizó la UP, «en centros oficiales de la ONU se dudaba» de que las palabras de Marshall tuvieran «relación con el caso de la República Dominicana».¹⁹

El bajo perfil con que concluía esta especulación, reflejaba hasta qué punto el contencioso de Cayo Confites se había eclipsado. No sería por mucho tiempo, pues muy pronto volvería a los primeros planos de la actualidad, debido precisamente a su relación con la tragedia que lo había desplazado de ella.

En efecto, en sus pesquisas sobre los sucesos de Orfila, el oficial investigador designado por el Ejército, teniente coronel Oscar

¹⁹ *Información*, año XI, no. 223, viernes 19 de septiembre de 1947, p. 1, col. 2, y p. 16, col. 8.

Díaz Martínez, ordenó un registro en la finca América, ubicada en el poblado de Calabazar —área del actual Parque Lenin—, donde presumiblemente se escondían El Colorado y otros elementos que habían participado en el asalto a la casa de Morín Dopico.

El registro tuvo lugar el 20 de septiembre. Las fuerzas militares no hallaron a los fugitivos, pero hicieron un descubrimiento de más valor: un arsenal de ametralladoras, bombas aéreas y de profundidad de distintos tamaños, balas explosivas calibre 30 y 50, rifles, pistolas y otros pertrechos de guerra, en cantidades tales que se necesitaron 13 camiones para transportar el material confiscado. En el lugar solo se detuvo a un sargento de tercera de la Marina de Guerra, que fue trasladado a Columbia para someterlo a interrogatorio.

Díaz declaró que no se había podido determinar a quién pertenecía el antedicho arsenal, ni quién era el verdadero propietario de la finca América.²⁰ Sin embargo, la prensa no tardó en esclarecer el asunto. *Noticias de Hoy* dio a conocer que la referida hacienda, de 16 caballerías, había sido propiedad del expresidente José Miguel Gómez, quien la dejó en herencia a sus hijos, entre ellos el también expresidente Miguel Mariano Gómez. Luego quedó abandonada por muchos años, hasta que a inicios de la Segunda Guerra Mundial había servido para el internamiento de los tripulantes del barco italiano *Recca*, incautado por el Gobierno cubano. A finales de 1946, José Manuel Alemán la adquirió por 125,000 pesos y emprendió su remodelación (que incluyó reparaciones, la construcción de una edificación y una carretera), a un costo de 200,000 pesos y en la cual utilizó a más de cien trabajadores del Ministerio de Educación pagados con presupuesto del Estado. Desde el comienzo de las obras, Alemán había ordenado una severa vigilancia e impedido el paso de curiosos por el lugar.²¹ Al publicarse esta información, Díaz admitió que sabía que José Manuel Alemán acostumbraba a descansar en la finca América, bien custodiada y de constante trajín.

²⁰ *El Crisol*, año XIII, no. 216, lunes 22 de septiembre de 1947, p. 8.

²¹ *Noticias de Hoy*, año X, no. 225, domingo 21 de septiembre de 1947.

El general Pérez Dámera manifestó que la oportuna, serena y ponderada actuación del Ejército había evitado males mayores y derramamientos de sangre. El material de guerra descubierto —añadió—, acaso formaba parte de «una cadena de hechos diversos, de una misma conspiración», que las fuerzas castrenses podían detener.²² Y aseguró:

Toda tenencia de armas, y mucho más de la naturaleza de las ocupadas, no puede ser para otra cosa que para movimientos conspirativos, golpes de Estado o la realización de hechos que solo persiguen como única finalidad el derrocamiento de un régimen, su gobierno y, naturalmente, como a lo que primero hay que eliminar es la fuerza de ese estado de derecho emanado de la Constitución y el pueblo, en primer término tenían que ser contra el Ejército, cuya función primordial como tal es la de velar por las instituciones públicas y la seguridad del Estado.²³

Con el evidente propósito de explotar políticamente el suceso, Pérez Dámera abrió las puertas de la finca América a periodistas y fotógrafos. Llamó la atención a algunos de ellos la existencia de bombas de profundidad, detalle que no avalaba la teoría del golpe de Estado; pero un experto aclaró que dichos artefactos no solo se empleaban contra los submarinos, sino que, con pequeñas adaptaciones, podían convertirse en potentes minas terrestres. Ante las contundentes pruebas exhibidas y la implicación de José Manuel Alemán, a la sazón ministro de Educación en uso de licencia,²⁴ se especuló que el jefe del BAGA y los promotores del *continuismo* planeaban lograr por la fuerza lo que no habían conseguido mediante la ley: la continuidad de Grau San Martín en la presidencia de la República.

²² *Información*, año XI, no. 225, domingo 21 de septiembre de 1947, p. 1, col. 6 y p. 29, col. 3.

²³ *El Crisol*, año XIII, no. 216, lunes 22 de septiembre de 1947, p. 8.

²⁴ El 26 de agosto, Alemán había solicitado a Grau una licencia para «asuntos propios», la cual le fue concedida. Con posterioridad, allegados al ministro de Educación manifestaron —en clara referencia a la participación de Alemán en la campaña electoral— que dicha licencia era «para no hacer política desde el poder y mucho menos mezclar la docencia en la política» (*Diario de la Marina*, año CXV, no. 203, miércoles 27 de agosto de 1947, p. 1, col. 2).

Trascendió entonces que, al regreso de un repentino y misterioso viaje «de descanso» a Miami, Alemán había sostenido una larga entrevista con Grau la noche del sábado 20 de septiembre. A su salida del Palacio Presidencial, el ministro manifestó que había examinado ampliamente las cuestiones que ocupaban la atención pública con su «ilustre amigo» el presidente de la República, por cuya «expresa indicación» declaró que el jefe de Estado afirmaba «sus poderes constitucionales en el exacto funcionamiento de su autoridad» y que las medidas ejecutadas por las fuerzas militares respondían a «sus instrucciones, enderezadas a tutelar el orden y el sosiego público, en el marco estricto de la ley». No podría concebirse la defensa de las instituciones y el ordenamiento legal —añadió— si no llevaran explícitamente el ejercicio de todos los poderes inherentes a la función rectora del presidente; ni podían los institutos armados cumplir sus deberes fuera de las prescripciones legales y de las normas de obediencia a que estaban constreñidos para con quien, por mandato constitucional y popular, era el jefe supremo de todas las fuerzas armadas de la República. Y concluyó:

En tal virtud, ha de saberse que cuantas medidas se han promovido con ocasión de los trágicos sucesos del pasado lunes [matanza de Orfila] emanan directa y exclusivamente del Jefe del Estado. Esa es la verdad; y por otra parte, solamente así sería dable, en estas horas difíciles, resguardar la Constitución y la ley, y con ellas los principios democráticos que rigen nuestra forma de gobierno.²⁵

Las palabras de Alemán parecían una tomadura de pelo o un soberano acto de cinismo. No las desdeñó Eduardo Chibás cuando al día siguiente, durante un discurso en Holguín, resaltó que la masacre de Orfila, ocurrida en los precisos momentos en que se abría la legislatura, constituía un nuevo eslabón en la larga cadena de asesinatos que se venían cometiendo en Cuba desde la elección de Grau y una consecuencia natural del sangriento

²⁵ *Información*, año XI, no. 225, domingo 21 de septiembre de 1947, p. 1, col. 1 y p. 16, col. 6.

clima de violencia que el presidente fomentaba deliberadamente como política de gobierno. «¿Qué se persigue con eso? [se preguntó el líder ortodoxo] ¿Tratar de [...] socavar las instituciones democráticas de la nación, desacreditando las fuerzas armadas, especialmente al Ejército, a fin de preparar el terreno para un golpe de Estado, apoyado en los pistoleros que lo mantengan en el poder después de cumplir su mandato constitucional?» A juicio de Chibás, el hallazgo en la finca de José Manuel Alemán era un plan a espaldas de la Constitución, de la ley y del pueblo «para el continuismo».²⁶

Según *Tiempo en Cuba*, el semanario dirigido por Rolando Masferrer, lo que estaba ocurriendo respondía a la lucha de muchos politiqueros por separar al Gobierno de las «organizaciones revolucionarias», empeño al que se había sumado desde hacía tiempo el general Pérez Dámera. De ahí la designación como oficial investigador del teniente coronel Oscar Díaz, excompañero de academia del comandante Emilio Tro, y su utilización en el «acercamiento» a «uno de los grupos contendientes». Para *Tiempo en Cuba*, la investigación no debía limitarse a establecer la culpabilidad de los responsables del asesinato, sino ir más allá; y de ella no podía quedar libre ni el propio Pérez Dámera, pues era preciso esclarecer cómo una «guerra chiquita, que se libraba a unos pasos de Columbia», había tenido tan trágico final y cómo la presencia del Ejército no había podido impedir la masacre. «Es necesario [puntualizó] establecer responsablemente hasta qué punto no se está fraguando en la mente del general Pérez Dámera otro golpe estilo 4 de septiembre²⁷ [...] hacia la dictadura militar [...] Hasta dónde [...] intenta ser el Batista del 1948». *Tiempo en Cuba* estimó que el presidente Grau San Martín tenía la obligación de

²⁶ *El Crisol*, año XIII, no. 216, lunes 22 de septiembre de 1947, p. 14.

²⁷ Se refiere al golpe de Estado del 4 de septiembre de 1933 que depuso al presidente Carlos Manuel de Céspedes y Quesada y su gobierno títere, impuestos por el mediador norteamericano Benjamin Sumner Welles tras el derribo del tirano Gerardo Machado el 12 de agosto del propio año por una revolución de profunda raíz popular. El sargento taquígrafo Fulgencio Batista lideró el movimiento militar del 4 de septiembre, que contó con el apoyo del Directorio Estudiantil Universitario, el ABC radical y la organización Pro Ley y Justicia.

prevenir el golpe e impedir que el jefe del Ejército adulterara el cuadro democrático, y abogó porque nadie aprovechara la tragedia de Orfila «para hacerse pedestales napoleónicos», menos aún quien había podido «impedirla fácilmente».²⁸

Situadas en las antípodas, las versiones de Chibás y *Tiempo en Cuba* reflejan cuánto el espectro del golpe de Estado amenazaba la situación política nacional. En medio de esta enrarecida atmósfera, el 22 de septiembre, tras una reunión de dos horas con Grau, el general Pérez Dámera ofreció unas declaraciones en tono muy diferente al que había empleado hasta ese momento:

Siempre que actúo como Jefe del Ejército, he cumplido instrucciones concretas del Presidente de la República, que es el Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas del país. Entre el Jefe del Ejército y el Presidente de la República existe una perfecta identificación de jefe a subalterno; porque de otra forma, yo no sería el Jefe del Ejército. Esto, naturalmente, aparte de las vinculaciones afectivas que existen entre el Jefe del Estado y yo.²⁹

Tanto estas declaraciones de Pérez Dámera como las formuladas por Alemán dos días antes, traslucían un marcado interés en asegurar que no había fisuras entre el Ejército y el presidente, y que la autoridad de este no se había resquebrajado. Se podía entrever, además, que Grau había tranquilizado a Alemán respecto a su implicación en las pesquisas de Orfila y llamó a capítulo al jefe del Ejército por su excesivo protagonismo, luego de lo cual les ratificó la confianza a ambos. A pesar de las contradicciones y rivalidades existentes, en la cúpula del Gobierno las aguas parecían retomar su nivel.

La astuta maniobra que se urdía en el Palacio Presidencial comenzó a percibirse con mayor claridad cuando Carlos Arazoza, ministro de Educación en funciones, apareció en escena con una increíble revelación: «La finca América no es propiedad del señor José Manuel Alemán como se ha afirmado. La utilizó, tan

²⁸ *Tiempo en Cuba*, año III, no. 38, 21 de septiembre de 1947, pp. 3-5.

²⁹ *Información*, año XI, no. 226, martes 23 de septiembre de 1947, p. 16, col. 8.

solo, como lugar de descanso por gentileza de sus propietarios y hace más de dos meses que [...] no ha vuelto a utilizar la referida finca».³⁰ Para Arazoza, por consiguiente, holgaban todos los comentarios, especulaciones y versiones que relacionaban al ministro de Educación con lo que hubiera ocurrido e, incluso, con lo que pudiera ocurrir en la finca América. En su afán de resultar convincente, el ministro interino llegó al hilarante extremo de asegurar que Alemán carecía de fondos hasta para mantener su modesto apartamento de La Habana Vieja. Se pretendía, a todas luces, exonerar a Alemán de responsabilidad por el hallazgo del arsenal en la finca América y limpiar su deteriorada imagen pública.

Aunque Arazoza se cuidó de identificar al dueño de la hacienda, la verdad no tardó en abrirse paso. El semanario *El Siglo* reveló que la finca América pertenecía legalmente a la sociedad Calval S.A., representada por Arturo Calvo Lozano, gerente de la firma Calvo y F. Viera, dedicada al negocio de ferretería y radicada en la calle Compostela no. 663. A nombre de este testaferro se encontraban no solo la mencionada finca, sino otros bienes muebles e inmuebles adquiridos por José Manuel Alemán.³¹

Los medios de difusión cubanos no vincularon el descubrimiento en la finca América con el complot para derribar a Trujillo. Sin embargo, el embajador de los Estados Unidos en La Habana, Henry Norweb, pronosticó que la evolución de los acontecimientos nacionales daría al traste con la expedición. El domingo 21 de septiembre, en un telegrama al secretario de Estado, George Marshall, Norweb resumió los últimos sucesos cubanos y emitió la valoración siguiente:

El control de la policía por el Ejército promete una situación doméstica más pacífica. Son probables cambios en el Gabinete en vista de la implicación de Alemán. El prestigio del presidente sufrirá aún más, pero no hay indicio alguno de ruptura con el

³⁰ *El Crisol*, año XIII, no. 217, martes 23 de septiembre de 1947, p. 1.

³¹ E. de la Osa, *En Cuba: primer tiempo*, p. 213.

Ejército [...] Los acontecimientos mencionados [...] y otra información indican un rápido desmoronamiento del intento de invasión dominicano.³²

Aunque la «otra información» mencionada por Norweb ha permanecido en la penumbra, la vida le daría la razón en que los acontecimientos derivados de la masacre de Orfila conducirían al fracaso del proyecto expedicionario. No ocurrió igual respecto a la situación interna cubana, pues sus predicciones no fueron tan atinadas. Ciertamente, el prestigio de Grau San Martín continuó deteriorándose, pero el control de la policía por parte del Ejército no traería más paz a la nación y la implicación de Alemán no provocaría cambios en el gabinete, ni siquiera su propia sustitución como ministro de Educación.

Señales del desmoronamiento de la expedición aparecieron el propio 21 de septiembre cuando fuerzas del Ejército, al mando del teniente coronel Oscar Díaz, efectuaron un registro en el Hotel Sevilla. Según declaró a la prensa este oficial, en la habitación no. 373 —cuyo huésped, Robert Newman, presuntamente alertado por algunos camareros, se había dado a la fuga— se ocupó una ametralladora que no tenía relación alguna con los sucesos de Orfila y podía tratarse de un trofeo de guerra de la Segunda Guerra Mundial. Díaz aprovechó la ocasión para comentar que las armas confiscadas en la finca América tampoco tenían vínculo con la masacre y que el sargento allí detenido había sido puesto en libertad.

En otras habitaciones del Hotel Sevilla —entre ellas la no. 140, denunciada con antelación en una nota de la Cancillería dominicana— se encontraron varias chapas de automóviles, una mira de tanque, cartuchos de perdigones, pólvora, una sustancia sin determinar, balas de ametralladora, cantimploras, uniformes del Ejército cubano, insignias de oficial del Ejército norteamericano y algunos documentos. En este contexto trascendió que el supervisor de la Policía Nacional, coronel Enrique Hernández Nardo, había ordenado el arresto de Manolo Castro

³² *FRUS*, 1947, p. 657.

y su presentación ante el oficial investigador a fin de que prestara declaraciones.³³

Las pistas de Orfila conducían cada vez más a la conspiración antitrujillista y a sus dos principales organizadores cubanos: José Manuel Alemán y Manolo Castro.

El cayo en llamas

Si la noticia de la matanza de Orfila había causado sobresalto y expectación en Cayo Confites, la del hallazgo en la finca América —captada por radio en el campamento la noche del propio 20 de septiembre— provocó una verdadera conmoción y elevó al máximo las tensiones entre los expedicionarios. Los principales jefes sabían que el arsenal descubierto estaba destinado al ELA, y muy pronto este conocimiento se hizo extensivo a la tropa. Las conjeturas se habían vuelto realidad: el Ejército cubano ya estaba arremetiendo contra el proyecto antitrujillista. La percepción del inminente peligro fue universal. Y también la certidumbre de que para salvar la expedición era preciso partir cuanto antes hacia la República Dominicana.

Sin embargo, esta decisión afrontaba un inconveniente que, al mismo tiempo, constituía la última esperanza de mantener el apoyo del Gobierno cubano: el resultado de la entrevista del general Juan Rodríguez con el presidente Grau San Martín. A tal fin había llegado a Cayo Confites el cañonero 101 *Emilio Diéguez*, de la Marina de Guerra, que zarpó rumbo a Nuevitas al mediodía del 21 de septiembre llevando a bordo al jefe del ELA y a Feliciano Maderne, quienes continuarían en automóvil hacia La Habana. Antes de abordar el buque, Rodríguez anunció que impartiría instrucciones a las diez de la mañana del día siguiente y designó al general Manuel Calderón al mando del Estado Mayor y a Rolando Masferrer al frente del campamento.

Pero los acontecimientos en el cayo tomaron un curso imprevisto, tras captarse por radio ese mismo día las noticias sobre el registro

³³ *Información*, año XI, no. 226, martes 23 de septiembre de 1947, p. 27, cols. 2 y 3

en el Hotel Sevilla, el allanamiento de las oficinas del movimiento, la desbandada de los pilotos norteamericanos y la orden de detención de Manolo Castro. La acometida del Ejército contra la expedición se intensificaba. El asalto al campamento parecía inminente. Por tanto, luego de varias reuniones de los principales jefes militares, el Estado Mayor tomó la decisión de partir de inmediato hacia Quisqueya, pero no siguiendo el plan original sino el propuesto por Juan Bosch —y desdeñado, en principio, por Juan Rodríguez— de dirigirse hacia las islas Turcas y entrar por Fort Liberté, al norte de Haití.³⁴ Acto seguido, se dieron las órdenes correspondientes a los mandos subalternos y se instruyó por radio a los comandantes de los barcos que los aproximaran a la costa.

Los jefes de batallones formaron a sus tropas. Algunos, como el comandante español Daniel Martín Labrandero, excombatiente republicano en la guerra civil española y segundo jefe del batallón Guiteras, pronunciaron emotivas arengas que enardecieron a los soldados. Dijo Martín:

Señores, ha llegado el momento de partir. Las cosas no han salido como pensábamos y nos han quitado varios puntales. Tenemos que suplirlos con el valor, la decisión y la convicción de nuestros ideales. Dentro de muy poco tiempo nos enfrentaremos a las fuerzas del tirano. Yo he asumido el mando del Guiteras y espero su aprobación. Eufemio [Fernández] seguramente, se unirá a nosotros en las últimas horas. Si no están de acuerdo con eso, si no están decididos a obedecernos ciegamente, declinaré el mando y me uniré como soldado a cualquiera de los batallones.³⁵

El respaldo a la decisión de partir fue unánime en el campamento. A la orden de los jefes, oficiales y soldados dismantelaron los bohíos y las chabolas, recogieron las armas y los equipos, ordenaron sus pertenencias y prepararon las mochilas, acopiaron el

³⁴ Entrevista a J. Bosch, en J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 87.

³⁵ J. Yáñez Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 48, 30 de noviembre de 1947, p. 24.

agua y los pocos alimentos que quedaban. En un abrir y cerrar de ojos el cayo se había transformado en una laboriosa colmena.

Concluida la operación, alguien prendió fuego a unas chabolas. No se supo si obedecía una orden o actuaba por iniciativa propia, pero muy pronto su gesto fue imitado y comenzaron a arder otras chabolas, los bohíos y todo material combustible. Al cabo del rato, el campamento era una hoguera gigantesca en medio de la oscuridad de la noche. A semejanza de las legendarias naves de Hernán Cortés, el cayo en llamas simbolizaba la decisión de los expedicionarios de partir hacia su destino, sin opción de regreso. «Confites [escribió José Luis Wangüemert] lucía como una inmensa antorcha de libertad».³⁶

Mas la euforia en el cayo parecía sentenciada a durar poco. Un nuevo contratiempo interfirió la partida: en franco desacato a la orden del Estado Mayor, los barcos no se acercaron a la costa. Como se hallaban a corta distancia, se les hicieron señales visuales y tampoco respondieron. En esos lances se perdió bastante tiempo. Jorge Yániz Pujol describió la desesperación y la cólera que dominaban al jefe del campamento:

Rolando Masferrer, violento, fuera de sí, insultaba en todos los tonos a los comandantes de los barcos, llamándolos traidores y canallas [...] Las conversaciones se mantenían a toda voz. En esas condiciones, un oficial explicó lo que ocurría: «El general Juan Rodríguez —dijo— en el momento de su partida dio órdenes a los comandantes de los buques para que no se movieran del lugar hasta su regreso...» Pero, para Rolando, no había razones en ese momento.³⁷

Avanzada la noche, la mayoría de los soldados, agotados por la dura jornada, apiñados en la playa para protegerse de las llamas y el calor, se acostaron en la arena a descansar. El estado de efervescencia estaba llegando a su fin.

³⁶ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 43, 26 de octubre de 1947, p. 35.

³⁷ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 48, 30 de noviembre de 1947, p. 24.

Ya en la madrugada el Estado Mayor redactó un mensaje, firmado por todos sus integrantes, que reiteraba la orden impartida a los comandantes de los barcos. Como no había botes disponibles, no faltó quien se ofreciera para llevarlo a nado, pero la idea fue desestimada debido a que las aguas que circundaban al cayo estaban infestadas de tiburones. En esos apuros, tocó de nuevo al intrépido Pichirilo Mejías proponer la solución: cubrir la distancia hasta los barcos dentro de un bidón de los que se utilizaban para almacenar agua. Así lo hizo, y regresó al amanecer del 22 de septiembre en un bote de remos con una pésima noticia: Virgilio Mainardi, comandante del *Aurora*, se negaba a regresar alegando que cumplía órdenes del general Rodríguez.³⁸

Por orden de Masferrer, Horacio Rodríguez —hijo y jefe de Despacho del comandante en jefe del ELA— tomó el bote y fue personalmente a dar la orden. En horas de la mañana, el buque *Fantasma* comenzó a moverse rumbo a la playa, mientras el *Aurora* lo hacía en sentido contrario. Al Horacio descender del primero y tomar un bote para dirigirse a tierra, Masferrer vociferó: «Nos traicionó. Hay que arrestarlo en cuanto llegue». Y cuando se aproximó a la costa, Armentino Fera, *El Indio*, Arístides Saavedra y otros hombres se introdujeron en el agua y le apuntaron con sus ametralladoras. Horacio sacó su pistola para defenderse, y El Indio le disparó una ráfaga que no lo alcanzó, pero lo hizo desistir del intento. «Te vamos a fusilar por traidor», le espetó Masferrer a Horacio tan pronto llegó a la playa. «Rolando, ¿estás loco? —contestó aquel— Analiza. Piensa». Y no pudo decir más, porque fue asido violentamente por los brazos y llevado a la fuerza hacia el *Fantasma*, «mientras los soldados, como demonios, se precipitaban al buque y lo abordaban [...]»³⁹

Para Juan Bosch, este incidente constituyó una mala hora, un momento difícil para todos los expedicionarios:

³⁸ Según Tulio H. Arvelo, el *Aurora* estaba comandado por el teniente coronel Diego Bordas.

³⁹ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 48, 30 de noviembre de 1947, pp. 24-25.

Vimos que iba a desatarse una guerra entre dominicanos y cubanos, lo cual hubiera sucedido sin ninguna duda en caso de que hubiera muerto José Horacio Rodríguez, no porque era el hijo de don Juan sino porque era un hombre de muchas condiciones buenas y muy valiente según lo demostró en esa ocasión [...] Como los cubanos eran más que los dominicanos, nuestro destino era morir en ese cayó y después que nos mataran nos deshonrarían para poder explicar por qué nos habían muerto, pero afortunadamente la cosa no pasó de un largo momento de tensión que de milagro no desembocó en una matanza.⁴⁰

Rebasado el peligroso incidente, el general Calderón ordenó la persecución y detención del *Aurora*, el cual navegaba con lentitud debido a que tenía una propela dañada. El *Fantasma*, un buque más veloz, podría darle alcance. Pero era preciso aligerar su carga, por lo que se instruyó el rápido desembarco de los cientos de soldados que ya lo habían abordado. Estos acataron la orden y abandonaron el buque. Así, el *Fantasma* con un grupo de fusileros desplegados en la cubierta siguió al *Aurora* hasta alcanzarlo.

Conminado a detener la nave, bajo la amenaza de las ametralladoras que le apuntaban, el comandante Mainardi reiteró que obedecía órdenes directas del jefe del ELA. Fue necesario, pues, que el general Calderón le hablara en términos perentorios: o cumplía lo dispuesto por el Estado Mayor o mandaba a abrir fuego. De este modo finalizó la «insubordinación» del *Aurora* y se le hizo regresar al cayó. Ya frente a la costa, Mainardi se trasladó al *Fantasma* y ante la plana mayor expresó que el general Rodríguez le había dado órdenes terminantes de no zarpar en su ausencia. Explicadas las razones de la decisión tomada por el Estado Mayor, Mainardi comprendió y retornó a su barco.

A las tres de la tarde comenzó, de manera organizada, el embarque de los expedicionarios. Solo se presentó un contratiempo logístico: por la premura de la salida no se habían podido recoger, en la fábrica de hielo de Antilla, las raciones de alimentos en

⁴⁰ Testimonio de J. Bosch, en *Política: Teoría y Acción*, p. 21.

conserva y galletas para tres días que la Intendencia General había preparado con vistas al desembarco en la República Dominicana.⁴¹ Esto ocasionaría no pocos contratiempos a los expedicionarios en los días subsiguientes.

A las siete de la noche zarparon los barcos de Cayo Confites. A la vanguardia, capitaneado por Pichirilo Mejías, iba el *Aurora*, donde viajaban los miembros del Estado Mayor sin mando de unidades, los batallones Máximo Gómez, Luperón y Cabral, la Intendencia General y la mayor parte del Cuerpo Médico y de Comunicaciones. En sus bodegas almacenaba explosivos, morteros, granadas y parque para los fusiles.

Al centro navegaba la goleta *Angelita*, al mando de Marquitos del Rosario —hijo del homónimo internacionalista dominicano que en 1895 acompañó a José Martí y Máximo Gómez en su viaje de la República Dominicana a Playitas de Cajobabo, para incorporarse a la Guerra de Independencia de Cuba—, y pilotada por el teniente Alfredo Brito Báez. El *Angelita* tenía sus máquinas averiadas y llevaba a bordo parte del Cuerpo Médico y de Comunicaciones, así como a los veteranos y enfermos imposibilitados de proseguir en la expedición, los cuales serían desembarcados en tierras cubanas. Portaba también cargas de dinamita, que se traspasarían a los otros barcos en el momento oportuno.

Cerraba la fila, a retaguardia, el *Fantasma* con los batallones Sandino y Guiteras, el resto del Cuerpo Médico, la sección de Radio y los camarógrafos, para un total de 550 hombres. Estaba al mando de Rolando Masferrer y lo pilotaba el capitán MacDowell Sherwood, el experimentado marino jamaicano que había contrabandeado armas entre varios países de América Latina y transportado a Cuba parte del armamento y de los pertrechos bélicos de la expedición. Las bodegas del *Fantasma* contenían armas, municiones, explosivos y una cantidad considerable de uniformes, banderas y cascos del Ejército norteamericano.

Los barcos iban tan atestados de gente, que todos los sitios disponibles estaban ocupados: desde las cubiertas y las bodegas hasta

⁴¹ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, pp. 33-34.

las escaleras de desembarco y las balsas de salvamento. Llegada la hora de acostarse, no quedó espacio libre y no se podía transitar. Paradójicamente, esta incomodidad, unida al agotamiento y el hambre, pues en todo el día solo habían ingerido un desayuno de galletas y chocolate, les impelía a conciliar el sueño.

La caída de la noche trajo a los hombres del *Aurora* una sorpresa que les puso los nervios de punta: un incendio en la cocina. La alarma fue enorme, pues si estallaban las 30,000 libras de dinamita, las granadas y las municiones almacenadas en las bodegas, todos volarían. Las puertas de la cocina enrojecieron y su luz causaba espanto en medio de una noche sin luna, bajo un cielo encapotado. Los expedicionarios quedaron paralizados, pues ignoraban qué clase de fuego era, cómo detenerlo y dónde estaban los extintores. Tulio H. Arvelo, quien no viajaba en el *Aurora*, pero reconstruyó el suceso a partir de un relato que le hiciera Pedro Mir, resumió la solución del incidente:

De pronto se vio correr a un joven dominicano de apellido Piket que se había criado en Estados Unidos y que era veterano de la Segunda Guerra Mundial, quien tomando un extintor bajó a la cocina. Nadie sabía cómo estaban las llamas [...] ni cuál era la situación en el interior, puesto que solamente se veía el rojo de las grandes puertas [...] Después que el muchacho se introdujo [...] fue palideciendo el color rojo [...] y el fuego al fin se apagó. Fue realmente heroico el acto aquel [...] una muestra de valentía y de presencia de ánimo.⁴²

Sofocado el incendio, los hombres del *Aurora* pudieron recobrar la calma y reponerse de la agobiante jornada.

Entretanto, el lunes 22 de septiembre en horas de la tarde el presidente Grau San Martín conferenciaba durante treinta minutos con el ministro Alemán y el general Pérez Dámera en el Palacio Presidencial. Llamó la atención que ninguno de los visitantes hiciera declaraciones a su salida, en especial el jefe del Ejército, tan

⁴² T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 97.

propenso al contacto con los periodistas. «Parece [comentó el diario *Información*] que con su terminante declaración del domingo [21 de septiembre] en el sentido de que solo ha obedecido en todo el proceso de estos días órdenes del Presidente de la República, ha dado por terminada el general Pérez Dámera la serie de declaraciones que venía ofreciendo diariamente a la prensa».⁴³

El mutismo de ambos personajes, sin embargo, podía obedecer a que el asunto tratado con el presidente guardara relación con el viaje del general Juan Rodríguez a la capital. Al referirse a la conferencia de Grau con sus dos estrechos colaboradores, la Embajada de los Estados Unidos comentó que «probablemente el Ejército desarmaría a los insurrectos», los cuales ya habían dejado Cayo Confites. Aunque ni en esa ocasión ni después la sede diplomática yanqui mencionó la visita del jefe del ELA al Palacio Presidencial, es poco probable que lo ignorara. Y si así hubiera sido, de todos modos conocía lo más importante: que los expedicionarios ya habían salido de Cayo Confites y que el Ejército iba a desarmarlos.

Por su parte, el hallazgo en la finca América se labraba su propio camino en los cuerpos legislativos cubanos.

En el Senado, el Comité del Partido Liberal presentó el 22 de septiembre una moción contra el ministro de Educación José Manuel Alemán. La propuesta consignaba que dicho comité se había enterado por medio de la prensa de que en el registro practicado en la finca América, propiedad de Alemán, se habían encontrado armas y municiones prohibidas por la ley y en cantidad extraordinaria. Como el insólito hecho constituía una infracción evidente del Código de Defensa Social y una amenaza para la paz pública y la tranquilidad de los ciudadanos, los senadores liberales proponían al pleno del Senado tomar el acuerdo de solicitar al presidente del Tribunal Supremo de Justicia que se designara inmediatamente, por la Sala del Gobierno, un juez especial con objeto de «incoar la causa que ha de formarse por la ocupación de armas prohibidas en la finca América, de la propiedad del señor José Manuel Alemán, Ministro de Educación».⁴⁴ Además de

⁴³ *Información*, año XI, no. 226, martes 23 de septiembre de 1947, p. 16, col. 8.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 16, col. 3.

firmada por los senadores liberales, la moción fue apoyada por los socialistas, demócratas y ortodoxos.

En la Cámara, el representante Antonio Bravo Acosta presentó una petición de datos en la cual solicitaba que el Ejecutivo informara a dicho órgano los detalles de lo ocurrido en la finca América. Bravo Acosta demandó, así mismo, que su propuesta se sometiera a discusión y a votación. Aunque se le objetó que tal acción estaba fuera del Reglamento, la moción fue sometida a votación y aprobada por unanimidad.

Se presentó además una moción de desconfianza contra José Manuel Alemán, firmada por numerosos representantes. Pero el líder del grupo auténtico, Porfirio Pendás, pidió un pase de lista al que solo respondieron 64 legisladores, ante lo cual el también auténtico Rubén de León, presidente de la Cámara, suspendió la sesión.⁴⁵

Rumbos inciertos

El alba del 23 de septiembre deparó a los expedicionarios del *Aurora* otra desagradable sorpresa. Como lo acordado era navegar hacia el este, el sol debía comenzar a divisarse por la proa del barco; pero, contrario a toda lógica, sus rayos asomaron detrás de la popa. Juan Bosch se percató de la irregularidad y fue al puente de mando donde el capitán Pichirilo Mejías le informó que tenía órdenes de Rolando Masferrer de navegar hacia el noroeste y anclar en Cayos Anguilla, posesión de las islas Bahamas situada a unos ochenta kilómetros al nordeste de Isabela de Sagua, en la antigua provincia de Las Villas. El líder dominicano consideró ese destino demasiado peligroso por encontrarse en el estrecho de la Florida, en aguas vigiladas por los guardacostas norteamericanos.

Informados de la noticia por Bosch, los jefes que viajaban en el *Aurora* se reunieron de urgencia en el camarote de José Horacio Rodríguez y decidieron establecer contacto radial con

⁴⁵ *El Crisol*, año XIII, no. 217, martes 23 de septiembre de 1947, pp. 1 y 4.

Masferrer. De ese modo conocieron que el *Fantasma* se hallaba en Cayo Santa María, a unos cuarenta y cinco kilómetros al nordeste de Caibarién, Las Villas, y a unos treinta y cinco al noroeste de Punta Alegre, Camagüey. «Había navegado [escribió Bosch] costeando la Isla de Cuba, a pesar de que sabían que había órdenes de apresarnos. No solo nos habíamos alejado de nuestro objetivo sino que además estábamos dando la sensación de que nuestras intenciones eran actuar en Cuba, con lo cual se agravaba nuestra situación».⁴⁶ Conscientes de que el peligro para la expedición se había incrementado, los oficiales del *Aurora* decidieron ir al encuentro de sus compañeros.

¿Qué había pasado? ¿Por qué el *Fantasma* había ido a parar a Cayo Santa María? Las respuestas a estas preguntas resultan determinantes para desentrañar el misterioso vínculo de la expedición de Cayo Confites con la política cubana. Rolando Masferrer, principal protagonista del hecho, ofreció detalles sobre el móvil aparente de ese desplazamiento, pero guardó cautelosa reserva en cuanto a sus fines reales. En un artículo publicado tras el fracaso de la expedición, el jefe del batallón Sandino afirmó que en aquellos momentos estaban esperando a Manolo Castro, Eufemio Fernández (ambos en Venezuela) y a Juan Rodríguez (en La Habana), y agregó: «Usando la radio y la clave, dimos el punto de destino: Cayo Anguila (británico), después iríamos ya rumbo al este, a Cayo Moa, Oriente, donde debieron reunírsenos [...] Las malas condiciones del tiempo, más la posibilidad de ser interceptados de día, nos hizo recalar en Cayo Caimán Grande de Santa María, frente a Caibarién».⁴⁷

De modo análogo se pronunció el capitán del *Fantasma*, MacDowell Sherwood, en una entrevista concedida al semanario

⁴⁶ J. Bosch, «Treinta años», p. 61.

⁴⁷ «La Expedición. Masferrer escribe», en *Tiempo en Cuba*, año III, no. 40, 5 de octubre de 1947, p. 4. (En realidad se encontraban en Cayo Grande de Santa María. La confusión pudo haberse debido a que con el nombre de Santa María se conoce también a la cadena de pequeños cayos situados al sur y al noreste del Cayo Grande. Uno de ellos es el Cayo Caimán Grande de Santa María, o simplemente Caimán Grande. Este cayo es muy pequeño, pero más alto que los circundantes, razón por la cual desde 1909 se instaló un faro para orientar la navegación en una zona repleta de cayuelos, médanos y arrecifes).

Tiempo en Cuba. A una pregunta directa del periodista, Sherwood respondió que se había dirigido hacia Cayo Santa María debido al temor de los jefes militares expedicionarios de ser apresados ante las inquietantes noticias provenientes de La Habana, mas no explicó las razones por las cuales estimaron menos peligroso este lugar, muy próximo a las costas de Cuba y más cercano a su capital que Cayo Confites. Sherwood ofreció pormenores de la travesía, pero esquivó el meollo del asunto:

Escogimos Los Ensenachos⁴⁸ para el acantonamiento de la tropa y el canal de La Guasa para los barcos. Nuestro punto de destino era Cayos Anguilla, pero ese día sufrimos chubascos del sur y vientos fuertes del sur-sureste. Temeroso de un súbito mal tiempo que debilitaría el contingente a bordo, hacinado como iba, que no nos daría tiempo a recoger la gente y llevarla a Lanzanillo,⁴⁹ el cayo más alto entre Sagua y Caibarién, desviamos el rumbo hacia Santa María para hacer noche y alguna comida caliente.⁵⁰

Tanto la versión de Sherwood como la de Masferrer eran verosímiles, pero no aclaraban por qué el *Fantasma* había variado el rumbo para dirigirse hacia Cayos Anguilla, un lugar situado en dirección contraria a la acordada y que, por añadidura, los alejaba de la República Dominicana. Además, si el referido desplazamiento del *Fantasma* estaba justificado como dijeron, ¿por qué actuaron subrepticamente, sin decir una palabra a los jefes de la expedición y solo se lo informaron a los pilotos de las otras naves?

Con el tiempo, sin embargo, el velo del misterio se fue descorriendo. José Luis Wangüemert, que viajaba en el *Fantasma*, consignó que al salir de Cayo Confites los buques pusieron proa a Cayo Lobos para tomar rumbo y luego torcieron al oeste hacia Santa Clara, pero a las 3:00 a. m. del 23 de septiembre la goleta

⁴⁸ Pequeños cayos situados al este de Cayo Francés, al norte de la antigua provincia de Las Villas.

⁴⁹ Pequeño cayo situado al norte de Sagua la Grande, antigua provincia de Las Villas.

⁵⁰ Carlos Montenegro, «MacDowell Sherwood, el *Fantasma*», en *Tiempo en Cuba*, año III, no. 45, 9 de noviembre de 1947, p. 12.

Angelita perdió la orientación y, tras ella, el *Fantasma*. De este modo, en horas de la mañana se encontraban navegando sin guía, frente a la costa de la provincia de Las Villas y «rumbo a un cayo, con el propósito de establecer contacto con La Habana» sin que se conociera su posición. Luego narró la llegada a Cayo Santa María y la sorpresa de hallar dos veleros y gente pescando; describió la geografía del cayo —grande, de vegetación muy tupida y arrecifes, con una playa estrecha en una ensenada— y resumió los resultados de una exploración realizada por un pelotón del batallón Sandino y otro del Guiteras, al mando de Eduardo Corona y Enrique Rodríguez Loeches, respectivamente: el cayo estaba habitado por unos cuarenta hombres, era un refugio de carboneros que cortaban mangle para hacer carbón, tenían un horno y bajareques donde pernoctar; los barcos pertenecían a pescadores de Caibarién que hacían mareas en los cayos. Y finalizó su relato con una lacónica pista sobre el misterio: en uno de los barcos viajó a tierra el «enviado especial Ramón Quesada», con un «mensaje urgentísimo» para Manolo Castro y Eufemio Fernández.⁵¹

Esto último fue lo que al parecer le hicieron creer a Wangüemert, pero resultaba en extremo improbable pues en esos momentos tanto Castro como Fernández se encontraban en Venezuela. Aunque sin elementos probatorios, se puede inferir que el verdadero destinatario del mensaje era José Manuel Alemán, principal responsable cubano de la expedición, que sí estaba en La Habana. De haber sido así, la tesis del golpe de Estado adquiriría más credibilidad, no solo por el papel protagónico de Alemán en la campaña a favor del continuismo, sino también por su nulo compromiso ideológico con el movimiento antitrujillista.

Jorge Yániz Pujol iba también a bordo del *Fantasma* y coincidió con Wangüemert en la descripción del cayo, pero fue más escueto aún respecto al porqué llegaron allí. Acorde con su versión, a las 8 de la mañana del 23 de septiembre los oficiales del *Guiteras* fueron convocados al camarote de la plana mayor, donde el comandante Daniel Martín les

⁵¹ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 44, 2 de noviembre de 1947, pp. 46-47.

ofreció sucintas informaciones: se dirigían al Cayo Santa María, el plan de ataque había sido variado y después de una reunión con los jefes de batallones, se les diría la misión concreta de cada uno.⁵²

Según Juan Bosch, Masferrer había seguido otro rumbo porque su intención era dirigirse a La Habana «donde pensaba conquistar el poder».⁵³ «Él creía [precisó Bosch] al menos eso me dijo cuando le pregunté por qué quería llegar a La Habana, que con la situación de alarma que a su juicio había en la capital de Cuba debido a los sucesos de Orfila, él podía tomar fácilmente el poder».⁵⁴

Miguel Pumariega no ostentaba cargos en la expedición, pero disponía de información de primera mano sobre sus interioridades debido al estrecho vínculo de su hermano Ciro con algunos de los principales jefes, en especial con Masferrer. De ahí la importancia de su testimonio, según el cual el *Fantasma* zarpó rumbo a La Habana para tomar Columbia y destituir a Genovevo Pérez Dámera, acción que Pumariega consideró «un maquiavelismo de Grau». «Era para darle un golpe de Estado al Ejército [puntualizó] porque ya circulaban un millón mil versiones, entre ellas que Genovevo había recibido dos millones de pesos de Trujillo, cosa que debe haber sido verdad [...] Nosotros veníamos para Columbia, para apoyar a Grau y ‘echarnos’ a Genovevo. Entraríamos por el Morro con la hilera de barcos y p’al carajo».

Otros expedicionarios también acusaron a Masferrer de intentar conquistar el poder en Cuba, pero no aportaron elementos adicionales a los aquí expuestos. En más de una ocasión, el jefe del batallón Sandino aseguró que las armas de Cayo Confites no se iban a utilizar en Cuba, ni contra el Gobierno cubano, al que calificó de democrático «pese a todos sus errores y vacilaciones». Y no solo se defendió, sino que resguardó a sus amigos en el poder, en particular a José Manuel Alemán, al asegurar que «ninguno de los funcionarios del Gobierno» que ayudaron directamente a la expedición jamás sugirió que sus armas se utilizaran «para

⁵² J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 48, 30 de noviembre de 1947, p. 25.

⁵³ Testimonio de J. Bosch, en *Política: Teoría y Acción*, p. 23.

⁵⁴ Entrevista a J. Bosch, en J. D. Grullón, *Cayo Confites*, pp. 87-88.

influir en la vida política cubana». ⁵⁵ Masferrer, sin embargo, nunca brindó una explicación convincente de la razón por la cual el *Fantasma* había navegado hacia el occidente y había fondeado en Cayo Santa María.

Tras un almuerzo frugal y tardío, debido a las precarias condiciones para cocinarle a tanta gente, al caer la noche Masferrer ordenó el embarque de los expedicionarios que estaban en Cayo Santa María, pero la marea alta y un fuerte oleaje impidieron a la mayoría de ellos, incluidos todos los que no sabían nadar, llegar hasta el barco. Solo unos diez o doce lograron alcanzarlo y a duras penas colgarse de su barandilla, pero la fuerza del agua desprendió la escalera del *Fantasma*, que se hundió en el mar sin ocasionar pérdidas humanas. Algunos de los hombres que intentaron nadar hasta el barco sufrieron mareos y vómitos, por lo que fue necesario rescatarlos y prestarles auxilio en la playa.

A pesar de estos contratiempos, Masferrer gritaba desde la proa del *Fantasma* para que los expedicionarios lo abordaran. Y, según Humberto Lamothe, al informársele lo ocurrido «contestó, furioso, que no le interesaban esos compañeros». Varios oficiales del batallón Guiteras ordenaron a sus tropas permanecer en el cayo, y Masferrer amenazó con dejarlos abandonados. Pero los oficiales, precisó Lamothe, «viendo el peligro que había si lanzaban a las aguas a sus hombres, y observando también que muchos tiburones estaban en redor [...] decidieron mantener la actitud tomada». Al jefe del batallón Sandino no le quedó más remedio que aplazar el embarque hasta el día siguiente. Entonces los expedicionarios prendieron enormes fogatas para espantar las nubes de mosquitos que plagaban el cayo, protegerse del aire frío —pues habían desembarcado casi desnudos para no mojar sus ropas— y tratar de dormir o, al menos, descansar un poco.

A las nueve de la noche llegó el *Aurora* y ancló junto al *Fantasma*, que llevaba unas diez horas en el cayo. Fue en esa ocasión cuando Rolando Masferrer le confesó a Juan Bosch las razones por las

⁵⁵ J. Quintana, «'El jefe del Ejército...», pp. 39 y 60.

cuales había fondeado en Cayo Santa María. Al respecto, el político dominicano comentaría años después:

Cuando le oí decir tal cosa pensé que estaba loco, pero no le di a entender nada, porque debía convencerlo de que debía seguir con nosotros el viaje hacia la República Dominicana, puesto que su barco llevaba la totalidad de las granadas de mortero y una parte importante de los fusiles que [...] eran indispensables para las acciones de guerra que nos proponíamos llevar a cabo [...]⁵⁶

Convencido o vencido que estuvo Masferrer, los jefes expedicionarios ratificaron su decisión de continuar viaje hacia la República Dominicana. En el ínterin, había llegado al Cayo Santa María la goleta *Angelita*, con lo cual la flotilla de la expedición quedó reorganizada y las tropas se animaron un poco.

Pero la extensa jornada no culminaría plácidamente. A las dos de la madrugada, cuando los expedicionarios disfrutaban el chocolate caliente del anticipado desayuno, una pésima noticia se añadió a los numerosos incidentes del día: ocho hombres (una escuadra completa) de un pelotón del batallón Sandino habían desertado llevándose sus ametralladoras de mano. Los soldados, con su jefe al frente, habían salido de recorrido y no regresaron. Como se pensó que podían haberse extraviado, se organizaron patrullas para buscarlos, pero todo esfuerzo resultó infructuoso. La extensión del cayo, sus grandes pantanos y tupida maleza, así como el desconocimiento del terreno por parte de los expedicionarios, habían impedido una búsqueda efectiva y ello dejaba viva la esperanza de encontrarlos. Mas toda ilusión se esfumó al surgir de la tropa y circular rápidamente el rumor de que se habían fugado. Era la primera desertión colectiva del ELA, pero no sería la última.

Al valorar los avatares de la expedición desde su salida de Cayo Confites hasta su reagrupamiento en Cayo Santa María, Juan Bosch expresó: «Sin sentido alguno, se consumieron víveres y petróleo. La moral de la gente comenzó a bajar».⁵⁷ Y esto último

⁵⁶ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 88.

⁵⁷ J. Bosch, «Treinta años», p. 61.

era lo peor que podía ocurrirles, ante los acontecimientos que acababan de tener lugar en La Habana y Nuevitas.

De acuerdo con las indicaciones recibidas, a su llegada a la capital cubana Juan Rodríguez y Feliciano Maderne debían presentarse en las oficinas del Servicio Secreto del Palacio Presidencial y comunicarse con José Manuel Alemán. Pero, en previsión de una celada, optaron por dirigirse a la residencia de Maderne, desde donde telefonearon a Alemán. De la conversación sostenida concluyeron que no había dificultades, y solo entonces quedaron en encontrarse media hora después en el lugar señalado.

Allí los esperaba Alemán. Un poco más tarde llegó el general Genovevo Pérez Dámera, acompañado de los generales Gregorio Querejeta y Ruperto Cabrera, más otros altos oficiales del Ejército, mientras el presidente Grau les hacía llegar un mensaje en el cual se excusaba de asistir debido a que se encontraba con gripe. Todo estaba listo para comenzar la reunión. Feliciano Maderne —quien no fue invitado a participar en ella y se quedó en un pasillo conversando con el capitán Jorge Agostini, jefe del Servicio Secreto del Palacio— contaría más tarde: «Y cuando pensé que el cambio de impresiones iba a comenzar, se abrieron las puertas anunciándonos que había tocado a su fin».⁵⁸

La brevedad del encuentro no era de por sí una señal negativa. Menos aún cuando al salir del salón el general Pérez Dámera, ante todos los presentes, instruyó al capitán Agostini pedir 4,000 galones de gasolina para los aviones del ELA y comunicarse con el capitán del puerto de Nuevitas a fin de que llevara a Cayo Confites 6,000 raciones secas de alimentos. A juzgar por las apariencias, los conflictos con el Ejército se habían solucionado, el Gobierno cubano ratificaba su apoyo y la expedición podría salir hacia su destino.

Pero la realidad era más dura y complicada: el jefe del Ejército había concedido al general Juan Rodríguez un plazo de veinticuatro horas para desalojar Cayo Confites y abandonar el territorio cubano, lo cual aceptó el jefe del ELA a condición de que se le entregaran los

⁵⁸ C. Lechuga, «Una guerra relámpago...», p. 5.

aviones y las armas confiscados, suministros para las tropas y combustible para los barcos.⁵⁹ Era un compromiso digno y ventajoso.

Al retirarse del Palacio, Juan Rodríguez informó a Maderne que para el regreso a Nuevitas el Ejército había puesto a su disposición un avión en el aeródromo de Aerovías Q. Pero cuando llegaron allí, se encontraron con que nadie tenía instrucciones al respecto. En aquellas circunstancias era lícito pensar que les habían tomado el pelo. Mas el jefe del ELA sugirió la posibilidad de una equivocación suya, y entonces se dirigieron al aeropuerto de Rancho Boyeros, donde los esperaba el avión *Douglas* que los conduciría a Nuevitas. La hipótesis del error parecía confirmada.

Sin embargo, los acontecimientos posteriores darían crédito a la presunción de que se había tratado de una estratagema para confundirlos y hacerles perder tiempo. «Al llegar al puerto camagüeyano [relató Maderne] las esperanzas volvieron a derrumbarse. El capitán del Puerto, que ya estaba listo para llevar las raciones a Confites, recibió contraorden de La Habana».⁶⁰ Con la incertidumbre que esta noticia les produjo respecto al compromiso recién contraído en La Habana, Rodríguez y Maderne abordaron el cañonero 101 para reunirse con sus tropas.

A todas estas, bajo la cobertura de la investigación de los sucesos de Orfila, el alto mando del Ejército y la Marina de Guerra ordenaron el estado de alerta para todas sus fuerzas. En consecuencia, se comenzaron a ejecutar operaciones de rastreo y movimientos sospechosos (bloqueos de carreteras, detenciones, registros de automóviles y embarcaciones, desplazamiento de tropas), especialmente en zonas costeras.

Por su parte, el teniente coronel Oscar Díaz convocó a una conferencia de prensa «para evitar falsos rumores» sobre la ocupación de armas en la finca América. Díaz «aclaró» que en conocimiento de que uno de los encartados en la investigación de los sucesos de Orfila estaba huyendo por la zona de Rancho Boyeros y Calabazar, había ordenado su captura. En la búsqueda, las fuerzas militares habían penetrado en la mencionada hacienda y sorprendido a un

⁵⁹ E. de la Osa, *En Cuba: primer tiempo*, p. 198.

⁶⁰ C. Lechuga, «Una guerra relámpago...», p. 5.

sargento de la Marina de Guerra cargando pertrechos bélicos, por lo cual se procedió a su arresto y a la ocupación del material. Al tratarse de un aforado que se hizo responsable de todo cuanto allí había, el sargento estaba a disposición de las autoridades militares hasta tanto se depuraran responsabilidades. «Como quiera que somos respetuosos de las leyes de nuestro país [concluyó Díaz] quiero hacer constar que si en el curso de las investigaciones, que al efecto estoy practicando, apareciera algún otro elemento responsable [...] se pondrá a disposición de los tribunales competentes en su oportunidad».⁶¹

La referencia a José Manuel Alemán era obvia y las palabras de Díaz asombraron porque desentonaban del enfoque oficial tendente a exonerar de culpa al ministro de Educación. Se podía colegir que en el espinoso asunto el investigador del Ejército actuaba por su cuenta o incitado por el general Pérez Dámera a fin de asestarle un golpe a su rival en las esferas del poder.

Apenas Juan Rodríguez y Feliciano Maderne abandonaron a Nuevitas, una lancha de la Marina de Guerra cubana se arrimó a la goleta *Berta* y varios marinos armados de ametralladoras la abordaron. Tulio H. Arvelo estaba leyendo sentado en la cubierta cuando uno de los asaltantes —a quien ya consideraba su amigo por las veces que, siempre cordial y afectuoso, había estado a bordo— lo encañonó y le dijo: «Bueno, vamos preso, que ya se acabó esta aventura».⁶²

Arvelo creyó que se trataba de una broma y prosiguió su lectura. Pero un empujón por las costillas con el cañón de la ametralladora lo hizo comprender la seriedad del asunto. Muy pronto, todos los expedicionarios fueron sacados casi a empujones del barco y trasladados en lancha a la comandancia del puerto. Pasaron toda la tarde en una especie de almacén, donde alrededor de las ocho de la noche les dieron pan y chocolate. Y allí durmieron.

En un abrir y cerrar de ojos, el tratamiento de la Marina de Guerra a los tripulantes del *Berta* había dado un giro de 180 grados. De compañeros y amigos, se habían convertido en prisioneros.

⁶¹ *Información*, año XI, no. 227, miércoles 24 de septiembre de 1947, p. 27, col. 2.

⁶² T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 83.

Era una anticipación de lo que les esperaba al resto de las tropas del ELA.

A las ocho de la mañana del miércoles 24 de septiembre, un barco de la Marina de Guerra cubana se aproximó a Cayo Santa María y fondeó a la salida del canal. Poco después, bombarderos del Ejército en formación de combate comenzaron a sobrevolar el área. Instintivamente, los expedicionarios que se encontraban en tierra —los cuales ya habían decidido no oponer resistencia en caso de ser atacados— se ocultaron en la maleza. En esas condiciones, se dio la orden de embarque inmediato. A las diez, cuando ya estaban listos para zarpar, los barcos de la expedición fueron rodeados por tres naves de la Marina de Guerra: el cañonero *Emilio Diéguez* y las fragatas *José Martí* y *Máximo Gómez*. Pero el sobresalto pasó cuando de este último descendieron en un bote Juan Rodríguez y Feliciano Maderne.

Instalado en el *Aurora*, Rodríguez informó al Estado Mayor el resultado de su gestión en La Habana. Pronto la noticia se esparció entre la tropa, que tenía buenas razones para acogerla con agrado: por una parte, renacían las esperanzas de liberar al pueblo quisqueyano; por la otra, podrían saciar el hambre y la sed que seguían haciendo estragos. Los testimonios a este respecto difieren, sin embargo, en cuanto al tenor de los acuerdos: algunos sostienen que el general Pérez Dámera se había comprometido a devolver los aviones y el material ocupado en la finca América, así como a suministrar petróleo, agua y alimentos; otros aseguran que su compromiso se había limitado a esto último.

Al mismo tiempo, circuló entre los jefes y expedicionarios la sospecha de que el general Genovevo Pérez Dámera había convencido al presidente Grau San Martín de que la expedición «se iba a virar contra Cuba», con lo cual el jefe del Ejército pretendía «justificar su entendimiento con el régimen de Trujillo, a través del Embajador del tirano en Estados Unidos», durante la reciente visita del general a Washington.⁶³ De ahí se habría derivado no solo la no entrega de los aviones y los pertrechos bélicos prometidos, sino también la decisión de proceder contra la expedición.

⁶³ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 58.

Todo indica que la nueva situación acabó de convencer a la jefatura de la expedición de que no contaría con la fuerza aérea y de que el peligro de ser arrestados era inminente. En consecuencia, el alto mando del ELA resolvió descartar el plan militar original de la expedición —en el cual la aviación resultaba indispensable— y salir a toda costa del territorio cubano. Según José Diego Grullón, a causa del desengaño sufrido el general Juan Rodríguez enfermó «de vergüenza y tristeza [...] y dejó la dirección del movimiento en manos del Prof. Juan Bosch».⁶⁴

Concluida la reunión del Estado Mayor, Rodríguez dio la orden de partir rumbo a Cayo Winchos, un peñón de las islas Bahamas ubicado a poco más de ochenta kilómetros al este-nordeste de Cayo Santa María y a unos cuarenta kilómetros al norte de Cayo Romano. Según dijo el jefe del ELA, en ese lugar debían esperar la llegada de las lanchas torpederas (PT) para dirigirse a Santo Domingo. Por su parte, Rolando Masferrer informó que allí esperarían a Manolo Castro, quien «tenía un mensaje importante para la dirección de la expedición».⁶⁵

A las once de la mañana zarpó la expedición, en el mismo orden de marcha establecido a su salida de Cayo Confites. Las unidades navales de la Marina de Guerra cubana, que tras el desembarco de Rodríguez se habían mantenido a una prudente distancia, no interfirieron la partida de las embarcaciones del ELA, pero las siguieron de cerca.

La expedición abandonaba el territorio cubano en el término de veinticuatro horas exigido por el general Pérez Dámera, sin que el Ejército y la Marina hubieran honrado el compromiso contraído en La Habana. La importante ayuda prometida quedaba diferida para la escala en Cayo Winchos. No pocos jefes y soldados expedicionarios sospecharon que se trataba de un engaño.

Entretanto, las fuerzas armadas se movilizaban en todo el territorio nacional; y sus acciones no pasaban inadvertidas a los alertas reporteros, que en cuestión de horas inundaron los periódicos y las emisoras de radio con noticias basadas en hechos

⁶⁴ *Ibidem.*

⁶⁵ *Ibidem*, p. 59.

reales, rumores y no pocos disparates. Este heterogéneo caudal de publicidad sugería que algo grande estaba sucediendo en Cuba.

Llamaron la atención, en particular, informaciones relativas al acuartelamiento de la Marina de Guerra y la salida del puerto de La Habana de unidades navales en operaciones, las cuales fueron desmentidas por el Estado Mayor de ese cuerpo armado. Este solo confirmó que el crucero *Cuba* había salido el sábado 20 de septiembre —sin precisar el rumbo— y aseguró que no se había registrado nada anormal en las unidades que se encontraban en servicio de vigilancia de las costas. No obstante, la prensa insistió en que algunas embarcaciones habían partido rumbo a la provincia de Oriente, a fin de apresar a un grupo de hombres armados que se hallaban en un cayo de las costas de Santiago de Cuba.

Suscitaron curiosidad, así mismo, las inusuales restricciones y medidas de seguridad establecidas para el acceso al Castillo de la Punta, sede del Estado Mayor de la Marina. La entrada de periodistas hasta la oficina del Negociado de Prensa del órgano solo se permitió acompañados por un oficial desde el cuerpo de guardia.

Especial ajetreo había en la región central de la Isla. Los medios de prensa reportaron la llegada de camiones del Ejército repletos de soldados y equipos a la ciudad de Caibarién en horas de la madrugada. Efectivos militares ocuparon el campo de aviación y la playa, a tiempo que se observaba un gran trajín en el puesto de la Marina de Guerra. Partidas mixtas, integradas por miembros de este cuerpo y del Ejército, establecieron vigilancia sobre las embarcaciones que arribaban y partían del puerto. También se registraban los vehículos que entraban y salían de la ciudad. Evidentemente, las operaciones militares se habían concentrado en las proximidades de Cayo Santa María.

Uno de los primeros en enterarse de la captura del *Berta* y el arresto de sus tripulantes, fue el vicecónsul norteamericano en Nuevitas, quien el mismo día de los hechos remitió a la Embajada de los Estados Unidos en La Habana un informe al respecto. Pero no fue el único, pues el miércoles 24 de septiembre ya el suceso trascendía a los medios periodísticos, con la precisión de que un guardacostas había capturado una embarcación de superficie

cuando navegaba hacia Nuevitas con «siete individuos» a bordo, todos civiles, que portaban pistolas y ametralladoras sin licencia, los cuales habían sido arrestados. El diario *Prensa Libre* afirmó incluso que la fuente de su información era el Estado Mayor de la Marina de Guerra. Ningún medio de prensa, sin embargo, vinculó la captura de la goleta —cuya denominación no fue de conocimiento público— con la expedición antitrujillista.

Ante esta situación, el jefe del Estado Mayor de la Marina de Guerra, comodoro José Águila Ruiz, declaró que no existía noticia oficial ni extraoficial relacionada con la detención de barcos sospechosos y que los reportes de los jefes de los distritos navales acusaban normalidad en sus mandos. Pero su desmentido no resultó convincente y los rumores continuaron.

Ese mismo día, en horas de la mañana, los expedicionarios del *Berta* fueron trasladados a la ciudad de Camagüey en un camión cubierto por una lona. El calor asfixiante, el zarandeo del vehículo, la sed y el hambre (habían ingerido la última comida regular a las doce del día anterior), convirtieron el viaje de varias horas en un suplicio.

En la capital agramontina los aguardaba un avión para continuar hacia La Habana. Tulio H. Arvelo contó que si el tratamiento de la Marina al arrestarlos fue malo, cuando pasaron bajo la jurisdicción del Ejército en Camagüey la situación empeoró de modo tal que a un expedicionario que tardó un poco en bajar del camión, le propinaron algunos pescozones mientras le decían: «Camine rápido que aquí no nos andamos con juegos». Y puntualizó Arvelo: «Quien así actuó y habló fue un oficial cuya cara, por lo feroz de su gesto, se me quedó grabada en la memoria. Tan grabada [...] que doce o trece años más tarde pude identificarlo entre los esbirros de la tiranía batistiana que pagaron con su vida frente a un pelotón de fusilamiento por sus crímenes contra su pueblo. Su nombre: Jesús Sosa Blanco».⁶⁶

Pero eso no fue todo. Durante el vuelo a La Habana los prisioneros viajaron esposados a una cadena y escoltados por un

⁶⁶ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 84.

soldado que les apuntaba con una ametralladora. Al aterrizar en el aeródromo de Columbia, los zafaron de la cadena, pero les mantuvieron las esposas hasta que fueron encerrados en los calabozos. Estas precauciones, a todas luces excesivas, constituían una prueba de que se les trataba como a vulgares y peligrosos criminales. El propio Arvelo reconoció, sin embargo, que con posterioridad el tratamiento mejoró.

El traslado de los prisioneros del *Berta* tampoco pasó inadvertido a los medios periodísticos, los cuales dieron cuenta inmediata de lo ocurrido e incluyeron el detalle de que habían sido conducidos a la capital del país y puestos a disposición del oficial investigador. Pero el hecho no se asoció aún con la expedición antitrujillista.

A todas estas, la Embajada de los Estados Unidos en Cuba dejó constancia de que en esos momentos todos los pilotos norteamericanos ya habían regresado a su país, razón por la cual los líderes revolucionarios en La Habana habían hecho un intento infructuoso de última hora para organizar un «ataque aéreo suicida» sobre Ciudad Trujillo utilizando pilotos cubanos.

La información sobre los pilotos era el colofón de las acciones que venía desarrollando el Ejército cubano para privar al ELA de su fuerza aérea, lo cual era bien conocido en los medios expedicionarios. José Luis Wangüemert consignó al respecto que, aunque se sabía que el 90 % del éxito de la empresa radicaba en el efecto de su aviación, no se les habían entregado los 23 aparatos que retenía el Ejército en La Habana y en un aeropuerto construido para la expedición en la provincia de Oriente. Según Wangüemert, el general Pérez Dámera alegó que los pilotos del ELA «no habían cumplido el acuerdo entre la Junta Revolucionaria y el Gobierno de mantenerse concentrados en el aeropuerto de San Julián [...] También dispersó a nuestros aviadores, los mejores del mundo, pertenecientes a la famosa escuadra de los Tigres Voladores [...]»⁶⁷ José Diego Grullón precisó que según el parecer de algunos observadores y, muy en especial, del alto

⁶⁷ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 44, La Habana, 2 de noviembre de 1947, p. 47.

mando del ELA, «el Ejército había retenido la mayor parte de los aviones y otros habían sido sustraídos por los propios pilotos mercenarios que se habían contratado con altos salarios para traerlos a Cuba».⁶⁸

Esto en cuanto a la aviación y los pilotos. Es preciso señalar que ninguna de las otras fuentes consultadas alude al supuesto «ataque aéreo suicida» contra la capital dominicana mencionado por la Embajada estadounidense.

De que el Gobierno de Cuba no tenía intenciones de cumplir el compromiso contraído con el general Juan Rodríguez, dio fe una reunión en el Palacio Presidencial que concluyó a la una de la madrugada del jueves 25 de septiembre. En ella participaron el presidente Ramón Grau San Martín; el ministro de Educación, José Manuel Alemán; el jefe del Ejército, general Genovevo Pérez Dámera, y el jefe de la Marina de Guerra, comodoro José Águila Ruiz.

De acuerdo con el relato del periodista Enrique de la Osa, el cónclave palatino estuvo rodeado por una atmósfera de misterio: la mayor parte de las luces del Palacio fueron apagadas; las guardias, reforzadas, y se prohibió la entrada o salida de persona alguna. Una vez iniciada la reunión, Alemán era el único que salía con frecuencia al Salón de los Ayudantes para tomar café y calmar sus nervios. Los periodistas aguardaban en el piso inferior y solo podían especular.

El motivo de la conferencia era delicado: el comodoro Águila Ruiz se había negado a los requerimientos del general Pérez Dámera de que la Marina de Guerra copara a los expedicionarios. En consecuencia, el asunto fue sometido a la decisión del presidente. El jefe del Ejército resumió su posición como sigue:

Presidente, en este problema de la expedición hay lo que se ve y lo que no se ve. Me consta que elementos adictos a Alemán participan del movimiento con ánimo de utilizar las fuerzas contra Cuba. Tengo agentes de mi absoluta confianza deslizados en sus

⁶⁸ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 40.

filas y me tienen al tanto de lo que allí sucede. Están planeando una maniobra para rescatar a [Mario] Salabarría, que es el líder oculto del Movimiento Socialista Revolucionario, organización al servicio de Alemán. Hay que liquidar esa conspiración, pues luego será tarde...⁶⁹

Águila Ruiz objetó la posición de Pérez Dámera con gran economía de palabras. A su juicio, no había necesidad de hacer alarde de fuerza alguno, pues los expedicionarios gozaban de simpatía popular por la causa que defendían y era un error traerlos presos.

Grau zanjó la controversia con una decisión salomónica que dejaba zonas de ambigüedad: «Yo creo que no es necesaria la violencia. Una solución pacífica del asunto es factible. No hace falta que la Marina ataque [...]»⁷⁰ Así, pues, los barcos del ELA habrían de ser capturados, y los expedicionarios, encarcelados, pero pacíficamente.

Terminado el cónclave, se permitió a los periodistas encontrarse con la alta cúpula militar. Interrogados sobre la presunta tirantez entre la Marina de Guerra y el Ejército, sus más encumbrados jefes respondieron de modo semejante: «Las relaciones entre ambos cuerpos armados son, como siempre, cordiales», afirmó Genovevo Pérez Dámera. Y José Águila Ruiz aseguró que las informaciones de prensa sobre la referida tirantez eran «sencillamente estúpidas».⁷¹

Ante un periodista que le preguntó directamente si era verdad que en Cayo Confites se encontraban sitiados por fuerzas del Ejército y la Marina de Guerra numerosos expedicionarios organizados para salir hacia la República Dominicana, el general Pérez Dámera respondió tajante y altivo: «Yo puedo asegurar que no hay absolutamente nada en Cayo Confites».⁷² Salía a la luz pública, por primera vez, el nombre del islote donde se había acantonado el contingente antitrujillista y que identificaría a la expedición en el futuro.

⁶⁹ E. de la Osa, *En Cuba: primer tiempo*, pp. 198-199.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 199.

⁷¹ *Ibidem*.

⁷² *Noticias de Hoy*, año X, no. 228, jueves 25 de septiembre de 1947, p. 1, col. 6.

En Cayo Winchos

El obeso jefe del Ejército cubano había dicho la verdad: en *ese* momento no había absolutamente nadie en Cayo Confites, pues ya los expedicionarios se encontraban en Cayo Winchos, adonde habían llegado pasadas las tres de la tarde del miércoles 24 de septiembre bajo la vigilancia de la Marina de Guerra. No desembarcaron, pero desde la cubierta de sus barcos pudieron apreciar el aspecto del pequeño y deshabitado islote: arena, rocas, hierba espesa y alguna que otra tuna.

Ante el desolador paisaje, Masferrer se dirigió a las tropas por medio de los altoparlantes para anunciar que esa tarde llegarían Manolo Castro y Eufemio Fernández en las lanchas torpederas, y arribaría también un barco con alimentos. Aseguró que al día siguiente partirían hacia Santo Domingo y que los buques de guerra cubanos protegerían a los expedicionarios hasta su entrada en aguas dominicanas. «Nos dijo una serie de mentiras [escribió Humberto Lamothe] que en vez de producirnos el efecto que él quiso, nos llenó de desasosiego y desaliento [...] Nosotros ya sabíamos que [...] esos barcos nos estaban [...] persiguiendo, que nosotros éramos sus prisioneros».

El susodicho «barco con alimentos» era la fragata *José Martí*, que llegó un poco después de los otros buques. Su arribo, sin embargo, no significó la entrega de provisión alguna a los expedicionarios, a pesar de las gestiones de estos con ese fin, pues los oficiales de la Marina ofrecieron evasivas y pretextos para aplazarla hasta el día siguiente. Jorge Yániz Pujol llegó a la conclusión de que «lo del agua y los alimentos era una treta para retenernos en cayó Winchos en espera de las órdenes de detención, que estaban al producirse».⁷³

Y para colmar de inquietudes la jornada, al caer la tarde se aproximó a la flota expedicionaria una pequeña embarcación con bandera norteamericana que, si bien discreta y pacíficamente, se mantuvo en el lugar hasta la medianoche. La presunción de espionaje parecía fundada.

⁷³ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 48, 30 de noviembre de 1947, p. 98.

Al día siguiente, los expedicionarios amanecieron rodeados por cuatro barcos de la Marina, pues a los tres que los habían seguido desde Cayo Santa María se había sumado la fragata *Maceo*. Convocados por los jefes de esas unidades navales, los miembros del Estado Mayor del ELA se trasladaron en bote hasta el cañonero *Emilio Diéguez* para ultimar los detalles del aprovisionamiento de agua, víveres y combustible, que resultaban vitales pues la sed y el hambre se habían tornado insoportables y las reservas estaban prácticamente agotadas. En el *Fantasma*, por ejemplo, solo quedaba leche condensada y en cantidades tan exiguas que apenas se pudo preparar un jarrito *per capita* a las siete de la mañana y otro a la una de la tarde, como único alimento del día.

La reunión a bordo del guardacostas cubano fue tensa. Los jefes de la Marina pidieron al mando expedicionario la entrega de los barcos y las armas, la disolución del ELA y el envío de los hombres a Nuevitás para trasladarlos gratuitamente a sus hogares. Era una especie de rendición discreta que fue rechazada por el Estado Mayor de la expedición, el cual demandó el suministro del agua, la comida y el combustible prometidos. Ante esta posición y la voluntad presidencial de no emplear la violencia, los oficiales de la Marina accedieron a entregar las provisiones a condición de que el barco designado para recibirlas —el *Fantasma*— se acercara a las unidades navales sin hombres armados a bordo. Se trataba, en apariencias, de evitar incidentes entre las dos formaciones armadas, pero también podía ser una nueva estratagema dilatoria.

De regreso al *Fantasma*, Masferrer mandó a emplazar ametralladoras, pero los principales oficiales del Guiteras ordenaron a los soldados no hacer nada si no recibían órdenes expresas del comandante Martín, sustituto del jefe del batallón, Eufemio Fernández.⁷⁴ A acciones como esta de Masferrer pareció referirse Juan Bosch cuando afirmó que «del *Fantasma* partían órdenes que a nada conducían y la gente iba desmoralizándose».⁷⁵

No obstante su debilidad física, los expedicionarios sacaron fuerzas para trasladar cajas de balas, explosivos y fusiles del

⁷⁴ H. Lamothe, *La verdad sobre Cayo Confites*.

⁷⁵ J. Bosch, «Treinta años», p. 61.

Fantasma al *Aurora* hasta altas horas de la noche, con vistas a aligerar al primero de su carga bélica y dejarlo en las condiciones exigidas por la Marina de Guerra.

Desde su calabozo en la prisión de Columbia, Tulio H. Arvelo advirtió la llegada de los desertores de Cayo Santa María, pero quizá no imaginó que muy pronto entablaría una curiosa relación con ellos.

En efecto, el jueves 25 de septiembre en horas de la noche los prisioneros dominicanos del *Berta* fueron conducidos al despacho del general Genovevo Pérez Dámera, quien estaba conversando con los mencionados desertores. Tras saludar a los primeros con la «proverbial campechanía cubana», el jefe del Ejército les dijo: «Ustedes fueron ‘embarcados’ por Masferrer y sus cómplices. Ustedes creían que la expedición se preparaba contra Trujillo; pero en realidad lo que querían los cubanos era derrocar al Presidente Grau».⁷⁶

Luego los invitó a una pequeña sala de cine, donde les proyectaron varias películas. Los atónitos espectadores contemplaron escenas de las tropas en formación en los primeros lugares donde se habían acantonado, del arribo a Cayo Confites y de la vida en el campamento. Había secuencias filmadas desde aire y tierra. Ante sus ojos desfilaron los líderes del movimiento antitrujillista, los organizadores de la expedición, los jefes del ELA y otros personajes vinculados con el proyecto revolucionario: Ángel Morales, Leovigildo Cuello, Juan Rodríguez, Manolo Castro, Feliciano Maderne, Cruz Alonso y muchos más. Al aparecer los hombres en pantalla, el general Pérez Dámera preguntaba si alguien los conocía y los desertores, hundiéndose nuevamente en la ignominia, los identificaban.

Al concluir el espectáculo, el general ofreció un refrigerio a los prisioneros y les dijo: «Sabemos que ustedes no son culpables de nada. Que su intención era tumbar a Trujillo. Los únicos culpables son los que los engañaron, con Masferrer a la cabeza; pero pronto todos estarán presos y se les dará el castigo que merecen [...] Ustedes pronto serán puestos en libertad. Solo es cuestión de

⁷⁶ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, pp. 85-86.

que terminemos con este problema».⁷⁷ Hasta los menos avezados en política podían intuir el fin nada glorioso que esperaba a la expedición.

Con un sensacionalista titular de primera plana, *Prensa Libre* publicó ese mismo día una noticia impactante: más de 1,500 expedicionarios que se proponían liberar a Santo Domingo se encontraban sitiados en Cayo Confites por fuerzas del Ejército y la Marina de Guerra de Cuba; y, conminados a entregar sus armas «de gran potencia», se negaban a hacerlo.

Según *Prensa Libre*, estas informaciones habían sido reveladas la tarde del martes 23 de septiembre durante una reunión secreta del Comité Pro Democracia Dominicana del Senado por el presidente de ese órgano legislativo y dirigente del PRC (A), Miguel Suárez Fernández. En boca de este, precisamente, puso el diario la declaración siguiente: «Los sitiados de Cayo Confites [...] enviaron un mensaje al Comité para que pidiera al Gobierno cubano que se les permitiera salir del lugar con su armamento».⁷⁸ En consecuencia, el Comité había designado una comisión, integrada por el propio Fernández, el dirigente ortodoxo Emilio Ochoa, Millo, y otros senadores, la cual ya se había entrevistado con el jefe del Ejército y estaba tratando de hacerlo con el presidente Grau San Martín para hacerle igual petición. Al decir de *Prensa Libre*, en la reunión del Comité también se había informado que un barco de guerra norteamericano había interceptado la expedición en el mar y la había obligado a regresar y refugiarse en Cayo Confites.

La revelación del rotativo habanero tuvo repercusiones inmediatas. «No he hablado con nadie sobre este asunto», aseguró Miguel Suárez Fernández al desmentir que hubiera facilitado tales informaciones.⁷⁹ En Washington, un vocero del Departamento de Estado declaró que no se tenían noticias oficiales sobre la versión de que un buque de guerra de los Estados Unidos hubiera interceptado y obligado a regresar a territorio cubano a un barco lleno de rebeldes dominicanos. Y añadió que, de acuerdo con las últimas

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 87.

⁷⁸ *Prensa Libre*, año VII, no. 1921, jueves 25 de septiembre de 1947, p. 2, col. 8.

⁷⁹ *Información*, año XI, no. 228, jueves 25 de septiembre de 1947, p. 1, col. 7.

noticias recibidas acerca del plan de invasión antitrujillista, «esas fuerzas se estaban desbandando».⁸⁰ Este mensaje parecía tener el doble propósito de tranquilizar a Trujillo y presionar al Gobierno cubano para que acabara de aplastar el intento expedicionario.

A crear una atmósfera propicia para la liquidación del ELA, contribuyó también la amplia difusión de otras noticias y rumores que circulaban en el territorio nacional, a saber:

- La Marina de Guerra confirmó que las nuevas fragatas *Máximo Gómez* y *Maceo* estaban prestando servicio de vigilancia en la costa norte de las provincias orientales, mientras otras dos embarcaciones de las adquiridas en fecha reciente habían salido de recorrido por el litoral norte.
- En Caibarién, el Ejército y la Marina, que seguían vigilando el poblado, la costa y los cayos vecinos, habían detenido a varios individuos que se ocultaban en Cayo Santa María (sin duda, los desertores del batallón Sandino).
- Del puesto militar de Quemado de Güines habían salido fuerzas castrenses hacia Cayo Verde para investigar la presencia allí de una goleta, en tanto el Ejército y la Policía registraban los vehículos que entraban y salían del pueblo.
- En Santiago de Cuba, la Policía Militar se mantenía acuartelada y portaba armas largas, mientras la tropa del cuartel Moncada continuaba de retén.
- El Negociado de Prensa y Radio del Ejército anunció que en el término de doce horas el investigador de los sucesos de Orfila, teniente coronel Oscar Díaz, haría declaraciones muy importantes; mas, vencido ese plazo, notificó que el mencionado oficial nada tenía que declarar a la prensa, pues ningún hecho de importancia se había registrado.
- El Estado Mayor del Ejército calificó de carente de veracidad el rumor de que ese cuerpo armado había adquirido nuevos aviones, entre ellos un cuatrimotor y varios bombarderos destinados a la vigilancia que se había dispuesto para el desarme de civiles.

⁸⁰ *Ibidem*, no. 229, viernes 26 de septiembre de 1947, p. 1, col. 2.

- El general Genovevo Pérez Dámera viajó de manera inesperada a Camagüey. Poco después, el presidente Grau San Martín conferenció durante largo rato con los generales Ruperto Cabrera y Gregorio Querejeta, y con el supervisor de la Policía Nacional, coronel Enrique Hernández Nardo, pero ninguno de ellos ofreció declaraciones a la prensa, ni trascendieron los motivos del encuentro.⁸¹

El viernes 26 de septiembre, temprano en la mañana, los hombres del *Fantasma* desembarcaron en Cayo Winchos. Ya sin armas y tropas, el barco partió a cargar los suministros prometidos por la Marina de Guerra.

No más los expedicionarios tocaron tierra, comenzó a llover. Bajo el agua, desayunaron un jarrito de leche aguada con canela, indudable presagio de otra jornada de penurias. Y era tanta el hambre que los hombres se lanzaron a explorar el cayo con vistas a procurarse algo de comer. Algunos descubrieron una pila de racimos de plátanos maduros abandonados por una goleta que había naufragado recientemente, y no tardaron en devorarlos; varios se dedicaron a recoger caracoles, sacarles las babosas y comérselas crudas; otros mataron a tiros una manta cerca de la orilla, la cortaron en trozos y la cocieron con hierba del cayo hasta engendrar un mejunje que nombraron «sopa de verdolaga». Poco después se terminó el agua potable, completándose la fatal combinación de hambre y sed.

En esas condiciones, numerosos oficiales y soldados se reunieron y acordaron abandonar el ELA, y demandar su regreso a La Habana. Aunque el grupo promotor de la iniciativa «venía desde hacía días sembrando el pánico y el descontento»,⁸² no se llegó a saber si la desertión fue a causa de un arreglo previo o de un pacto de última hora en el cayo.⁸³ De cualquier modo, los amotinados formalizaron su protesta mediante una carta firmada por todos y dirigida al alto mando de la expedición.

⁸¹ Ibídem, p. 27, cols. 5-8.

⁸² J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 44, 2 de noviembre de 1947, p. 48.

⁸³ Testimonio de J. Bosch, en: *Política: Teoría y Acción*, p. 24.

Las causas de esta segunda y cuantiosa deserción colectiva eran múltiples y variadas. «Los hombres [escribió al respecto Jorge Yániz Pujol] querían pelear contra los de Santo Domingo; pero no cruzar sus armas con sus hermanos cubanos y mucho menos perecer de necesidades en un inhóspito cayo inglés...»⁸⁴ Según Humberto Lamothe, los desertores explicaron que su actitud estaba motivada por «la traición y desvergüenza de Rolando Masferrer [...] por los atropellos que habían recibido; y [...] por las mentiras que sistemáticamente venía diciéndonos». De acuerdo con la revista *Bohemia*, muchos pidieron que se participara a los soldados lo que acordaran los jefes.⁸⁵ A la luz de estas versiones, se puede colegir que la deserción fue el fruto de la acumulación de inconformidades y de la creciente desmoralización de la tropa. El hallazgo de una bomba de fabricación casera en la santabárbara del *Aurora*, junto a varios quintales de dinamita, hizo más compleja y delicada la situación.

En estas circunstancias, el Estado Mayor designó a Rolando Masferrer para que se dirigiera a los sediciosos. En tono dramático, el jefe del batallón Sandino les reiteró los objetivos de la lucha y la decisión de partir. Así mismo, garantizó a los que desearan regresar a La Habana que no habría represalias y que serían transportados por la Marina de Guerra. Les dijo que, a pesar de su actitud, ya ellos habían sufrido y luchado mucho por la Revolución dominicana. «No quiero engañarles —concluyó—. Aún nos esperan momentos más difíciles. ¡Quienes quieran seguir, que suban a bordo!»⁸⁶

La arenga de Masferrer contuvo a una parte de los cerca de 500 amotinados. Aun así, permanecieron en tierra 307 hombres, a quienes se les ordenó que entregaran todo su equipamiento militar: armas, cascos, cananas, uniformes y otros efectos. Como muchos se negaron, se formó un destacamento que los obligó a desnudarse y los despojó de esos artículos.

⁸⁴ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 48, 30 de noviembre de 1947, p. 98.

⁸⁵ «Cayo Confites», en *Bohemia*, año 39, no. 51, 21 de diciembre de 1947, p. 134.

⁸⁶ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 44, 2 de noviembre de 1947, p. 48.

Humberto Lamothe calificó a este destacamento como «una pandilla de verdaderos bandidos» que, ametralladoras en mano, despojaron a los desertores de sus ropas, relojes, maletas, zapatos, etc., para luego lucirlos «risueños al regresar a los barcos». Miguel Pumariiega aseguró que algunos integrantes del destacamento dispararon contra los desertores, aunque sin ocasionar víctimas, y les cayeron a golpes. «Fue tanto el sadismo usado por Masferrer con estos compañeros [puntualizó Lamothe] que uno de los hombres que bajó con él desde el barco [...] al ver lo que la pandilla hacía con ellos, le dijo: ‘Mire, Coronel, mi rifle, yo me quedo con estos hombres’».

El jefe del batallón Sandino volvió a arengar a los desertores. Uno de ellos le espetó que ya habían sido bastantes los malos tratos recibidos de su parte para seguirlo soportando sin «meterle un balazo». Masferrer lo miró de arriba abajo y le contestó: «Lástima de hombrón, ojalá la Marina te deje aquí para que te pudras...»⁸⁷

Al regreso del *Fantasma*, ya el incidente en el cayo había concluido. Se procedió entonces a un nuevo trasiego de armas y municiones entre los barcos del ELA. Esa tarde los oficiales de la Marina de Guerra tuvieron que dar de comer y beber a los expedicionarios, pues de los suministros prometidos solo habían entregado un poco de combustible.

Los jefes de la expedición se reunieron a bordo del *Aurora* y tomaron dos importantes decisiones: 1) Partir a medianoche rumbo a la República Dominicana, burlando las unidades navales de la Marina de Guerra cubana para evitar que esta capturara a las naves del ELA o notificara su posición a la Marina trujillista; 2) Reajustar el plan militar de la expedición. La primera decisión se adoptó con relativa facilidad; a la segunda, en cambio, se llegó trabajosamente debido a que Juan Rodríguez aún tenía confianza en que el Gobierno cubano le devolviera los aviones retenidos, y a contradicciones entre Feliciano Maderne y Rolando Masferrer.

Maderne consideró que dado el estado de la expedición —la tropa en condiciones físicas deplorables, sin aviones, con solo dos

⁸⁷ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 46.

barcos y uno de ellos con la propela torcida— era suicida partir de inmediato hacia la República Dominicana. En su lugar propuso dirigirse a Guatemala para salvar el material de guerra, dar comida caliente y descanso al personal y luego tratar de recuperar el armamento perdido.

Para Masferrer, lo más indicado era partir en seguida, pues los hombres se revitalizarían con el aire de mar, criterio que suscitó una objeción de Maderne muy difícil de refutar: esos mismos hombres estaban en el mar desde hacía días y no se habían vitalizado. No obstante, Masferrer propuso un plan militar emergente que —de acuerdo con sus propias palabras— obedecía fundamentalmente a la ocupación de la aviación del ELA y la constante interferencia por parte del Ejército cubano. El plan consistía en hacerse a la mar y dirigirse a Puerto Príncipe, capital de Haití:

Allí podríamos desembarcar y forzando el paso a los haitianos, nos apoderaríamos de cuatro tanques que el ejército de Haití posee. Después, nos dirigiríamos rápidamente a la frontera para iniciar el ataque por Elías Piña, un pueblo fronterizo que se encuentra ubicado de la parte bajo el dominio de Trujillo. Para ello, previamente, el Subinspector de la Secreta, Erundino Vilela, y Alejandro del Valle habían establecido contacto con destacados líderes demócratas de Haití.⁸⁸

Masferrer no ofreció muchos detalles de su plan, pero se le escapó una información que, aunque tenía el propósito de resaltar la valentía de sus emisarios, dejaba en tela de juicio la efectividad y seguridad de los preparativos en Haití. «Estando en estas gestiones [dijo] Vilela y Del Valle [...] corrieron el riesgo de ser asesinados por los espías de Trujillo dirigidos por aquel famoso Alambrito, confidente y hombre de confianza de Arsenio Ortiz».⁸⁹ Ambos esbirros, en unión de algunos otros

⁸⁸ J. Quintana, «‘El jefe del Ejército...’», p. 44. Según J. L. Wangüemert Máiquez eran seis tanques y 40 ca-miones («El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 44, 2 noviembre de 1947, p. 48).

⁸⁹ J. Quintana, «‘El jefe del Ejército...’», p. 44.

cubanos, estaban al servicio del *Benefactor* desde hacía varios años.

Como se recordará, Trujillo y el Gobierno norteamericano estaban al corriente de las actividades de la comitiva enviada a Haití. Lo novedoso de la revelación de Masferrer es que puso en evidencia su conocimiento de que el espionaje de Trujillo había detectado la operación y actuado contra sus ejecutores, lo cual indica una irresponsabilidad, una temeridad o una desaprensión inauditas.

La relativa parquedad de Masferrer fue compensada por Jorge Yániz Pujol, quien precisó que en Haití se incorporarían al ejército expedicionario más de dos mil hombres (cifra a todas luces exagerada) reclutados por los enviados del movimiento a Puerto Príncipe y después cruzarían la frontera hacia la República Dominicana. Por lo pronto, saldrían por el Canal Viejo de Bahamas y pondrían proa rumbo a Cayo Moa, cerca de Maisí, donde recogerían a Eufemio Fernández, Manolo Castro y Ángel Morales.⁹⁰

A juicio de Feliciano Maderne, este plan era el mismo que en una ocasión anterior habían discutido el propio Masferrer, Castro, Eufemio Fernández y Juan Bosch; la diferencia radicaba en que en su versión original la fuerza aérea se situaría en Puerto Príncipe y ahora carecían de aviones. Es preciso consignar, sin embargo, que el plan propuesto por Juan Bosch antes de salir de Cayo Confites no contemplaba el desembarco en Puerto Príncipe, la ocupación de tanques de guerra al Ejército haitiano, ni el inicio del ataque por Elías Piña, sino entrar a Haití por Fort Liberté y de ahí cruzar la frontera norte con la República Dominicana. Por consiguiente, a menos que existieran otros planes no mencionados en ninguna de las fuentes consultadas, el plan propuesto por Masferrer tenía puntos en común con el de Bosch, pero no era el mismo.

En todo caso, a Maderne le pareció una locura el plan de Masferrer y, una vez fracasada la expedición, no vacilaría en calificarlo de descabellado y desastroso debido a tres razones

⁹⁰ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 48, 30 de noviembre de 1947, pp. 98-99. (Es conveniente recordar que este último extremo era bastante improbable, pues Fernández y Castro se encontraban todavía en Venezuela).

principales: 1. El avance frontal hacia Elías Piña reflejaba ignorancia del arte militar. Allí se encontraba la mayor concentración de tropas dominicanas, ya que la carretera Puerto Príncipe–Ciudad Trujillo atravesaba el poblado. Además, como esta era la distancia más corta entre ambas ciudades, se facilitaba un ataque rápido, cosa que no ignoraban los dominicanos; 2. Aunque el desembarco en la capital haitiana fuera expedito y eficaz, Trujillo se enteraría a los pocos minutos y movilizaría hacia Elías Piña una cantidad de hombres dos o tres veces superior a la del ELA y en magníficas condiciones físicas. Posesionadas de los mejores lugares, esas tropas esperarían a los expedicionarios con grandes ventajas defensivas y ofensivas; 3. La idea de ocupar los tanques del Ejército haitiano era absurda, pues el plan militar dependería de la eventualidad remota de quitar a terceros elementos que, por su valor y eficacia, tendrían capital interés en conservar.⁹¹

Es presumible que Feliciano Maderne haya expuesto estos argumentos en la reunión del Estado Mayor, aunque el hecho no consta en su relato ni en el de los otros participantes. Lo cierto es que el general Juan Rodríguez aprobó el plan de Masferrer, y a Maderne, no obstante sus prevenciones, le tocó participar en el diseño de la táctica a seguir para llevarlo a cabo.

Mientras tanto, el propio viernes 26 de septiembre tenían lugar en La Habana revelaciones y acontecimientos que presagiaban el fin de la expedición.

Con amplio destaque en primera plana, *Prensa Libre* dio a conocer una sensacional declaración del senador liberal villareño Eduardo Suárez Rivas, miembro del Comité Pro Democracia en Santo Domingo, en la cual confirmaba la existencia del mensaje de los expedicionarios de Cayo Confites al Senado publicado el día anterior por el diario. Según Suárez Rivas —cuyas palabras estaban avaladas por una fotocopia, en el papel timbrado que utilizaba como senador, de su declaración a *Prensa Libre*—, había advertido sobre el peligro de que los cubanos concentrados en el cayó regresaran a Cuba con sus armas, pues algunos dirigentes

⁹¹ Resumen del autor a partir de: C. Lechuga, «‘Una guerra relámpago...’, p. 83.

gubernamentales habían participado en los preparativos expedicionarios «más pensando en un plan continuista del gobierno actual que en la libertad de Santo Domingo». Añadió que sabía, al igual que todas las cancillerías del hemisferio, que los gobiernos de Cuba, Venezuela y Guatemala estaban entregando cantidades extraordinarias de armas, de las más modernas y destructoras, a los presuntos invasores. «Eso no era un secreto [enfaticó] pues hasta el Ejército conocía totalmente la cuestión; y aunque no ha dado su cooperación directa, se ha plegado a los deseos del gobierno del Presidente Grau que pensaba en otros aviesos propósitos, y no en la justa libertad del pueblo quisqueyano».⁹²

En tácita alusión a las declaraciones de Suárez Rivas, el primer ministro Raúl López del Castillo rechazó el tema de una posible dictadura militar en Cuba, por improcedente e inoportuno. Dijo que abrir una encuesta sobre este asunto era igual a celebrar un concurso de opiniones acerca del posible derrumbe del Morro, para luego asegurar que firme como el célebre castillo habanero eran el doctor Grau y su gobierno. Todo estaba y todo continuaría, pues, con el mismo ritmo constitucional de siempre. Y concluyó: «¿Quién ha hablado siquiera de posibilidad de dictadura militar y quién ha puesto en duda la permanencia granítica de Grau en el Poder hasta el cese normal de su mandato? ¿No será que la oposición pintó un muñeco y luego le ha cogido miedo a los ojos?»⁹³

En horas del mediodía, Grau San Martín recibió a Luis Augusto Dubock, emisario personal del presidente venezolano Rómulo Betancourt. Dubock había viajado con urgencia a La Habana debido a las noticias llegadas a Caracas sobre el curso de los acontecimientos en Cuba y los malos augurios para el movimiento antitrujillista. Según Enrique de la Osa, Dubock le manifestó a Grau su sorpresa por las medidas adoptadas contra los revolucionarios dominicanos y le pidió, en nombre de Betancourt, que continuara apoyando la expedición, para la cual Venezuela tenía incluso un plan militar de ayuda.

«El venezolano [escribió De la Osa] salió favorablemente impresionado de la conversación con el profesor-fisiólogo y así

⁹² *Prensa Libre*, año VII, no. 1992, viernes 26 de septiembre de 1947, p. 2, col. 2.

⁹³ *Información*, año XI, no. 230, sábado 27 de septiembre de 1947, p. 13.

lo comunicó a los impacientes líderes revolucionarios. Pero ese mismo día, al rayar las seis de la tarde, partió la orden del Palacio Presidencial de capturar a los expedicionarios y disolverlos». ⁹⁴ Esta versión contrasta con la de la Embajada de los Estados Unidos, según la cual Grau recibió a Dubock en compañía del embajador venezolano en Cuba y ambos salieron muy disgustados de la entrevista porque, «probablemente», el presidente les dijo que «el movimiento iba a ser disuelto».

Puede haber ocurrido de una forma u otra. En todo caso, resultan muy verosímiles los comentarios que De la Osa atribuyó a Dubock y a un líder revolucionario dominicano no identificado al enterarse de la decisión presidencial. «Efectivamente, este es un país de bachata y de conga», dijo el primero; mientras el segundo declaró con amargura: «¡Los culpables serán juzgados por la Historia! ¡Esta es una traición que afecta a Cuba!» ⁹⁵

Al parecer, la orden de operar contra la expedición se impartió a últimas horas de la tarde del viernes 26 de septiembre, cuando Grau San Martín recibió en el Palacio Presidencial al general Pérez Dámera, quien acababa de regresar de Camagüey; a su segundo al mando, el general Ruperto Cabrera, y al coronel Enrique Hernández Nardo, jefe del Quinto Distrito Militar y supervisor de la Policía Nacional. A dar más crédito a esta suposición contribuye el hecho de que no trascendió el tema de la reunión y no se permitió a los periodistas interrogar a estos altos oficiales a su salida del Palacio.

Sí se conoció, en cambio, que durante su visita a Camagüey el jefe del Ejército se había entrevistado con el jefe del Regimiento no. 2, Agramonte, coronel Elio Sánchez Lima, y con el inspector territorial, coronel Carlos Ponce de León; y que se había desplazado hasta Cayo Paredón Grande, en la costa norte de la provincia, para conferenciar con el jefe de la Marina de Guerra, comodoro José Águila Ruiz, quien se encontraba en una «visita de inspección» a dicha región. Pero no se divulgó lo tratado en ninguna de estas entrevistas. ⁹⁶

⁹⁴ E. de la Osa, *En Cuba: primer tiempo*, p. 199.

⁹⁵ *Ibidem*.

⁹⁶ *Información*, año XI, no. 230, sábado 27 de septiembre de 1947, p. 1, col. 1 y p. 16, col. 7.

Amplia difusión recibieron, en cambio, las noticias y rumores sobre las operaciones de la Marina de Guerra y el Ejército en el territorio nacional:

- En Caibarién, 10 hombres que viajaban en una lancha de motor fueron detenidos por fuerzas conjuntas del Ejército y la Marina cuando intentaron desembarcar, en horas de la madrugada, en la Ensenada de las Varas, a cuatro kilómetros de la costa. La lancha fue apresada por un cazasubmarinos, mientras sus no identificados tripulantes fueron conducidos al cuartel de la Guardia Rural y luego al Distrito Naval del poblado, de donde salieron hacia La Habana en una lancha torpedera escoltada por un cazasubmarinos. Consultado por los periodistas, el Estado Mayor de la Marina no confirmó esta noticia.
- Las fragatas *Maceo* y *Máximo Gómez* continuaban por las provincias de Camagüey y Oriente, en servicio de vigilancia de costas.
- En Punta Alegre, miembros del Ejército detuvieron a un hombre de unos veinticinco años, mediana estatura y trigüeño que vestía camisa y pantalón verde olivo, cuyas generales no fueron informadas. Se reportó también el arresto de siete personas en el litoral, en las afueras de la población, las cuales fueron enviadas al cuartel de la Guardia Rural y después a la capitanía de Morón.
- En Santiago de Cuba, las tropas del Regimiento Maceo, la Marina y la Policía Nacional continuaron acuarteladas. Los jefes de dichos cuerpos armados no explicaron los motivos.⁹⁷

Semejante bagaje mediático repercutía negativamente en la moral de las tropas expedicionarias, a tiempo que envalentonaba a los personeros del régimen dominicano. Esta vez, el secretario de la presidencia, Telesforo R. Calderón, declaró que desde hacía tiempo la Marina de Guerra y la Aviación dominicanas patrullaban constantemente, día y noche, las aguas y el cielo cubanos,

⁹⁷ *El Crisol*, año XIII, no. 221, sábado 27 de septiembre de 1947, p. 13.

«sin violar el territorio ni las aguas territoriales ajenas», con el propósito de interferir a los miembros de la Brigada Internacional Comunista que se estaban entrenando en territorio cubano contra la República Dominicana.

Aseguró que dentro de esa Brigada se encontraban solo 130 dominicanos, pues los 1,500 restantes eran venezolanos, hondureños, guatemaltecos, chilenos o de otras nacionalidades. Aclaró que la Aviación y la Marina dominicanas no habían advertido en ningún momento la presencia de barcos de guerra norteamericanos en las aguas patrulladas; y que ambos cuerpos armados tenían órdenes de pelear donde se encontraran con los agresores y no dejarles pisar el territorio dominicano. Dijo que tenían fotografías de personas, armas y correspondencia ocupada, que evidenciaban las actividades de la Brigada Internacional; y que los agresores comunistas que vigilaban desde el exterior, jamás podrían pisar territorio dominicano, y de hacerlo recibirían una lección muy dura.

«Aunque es evidente que se ha tratado de crear la confusión [concluyó Calderón] el gobierno dominicano ha estado listo en todo momento, para impedir la invasión de su territorio e infligir la más dura derrota a los agresores».⁹⁸

A medianoche del viernes 26 de septiembre, aprovechando que la luna se escondía tras unos celajes, zarpó la expedición de Cayo Winchos en el mismo orden de marcha seguido hasta entonces: primero el *Aurora*, después el *Angelita* y, por último, el *Fantasma*. Bajo la lluvia, con las luces apagadas y arrastrados por la corriente, los barcos del ELA se deslizaron entre los fondos bajos por donde los barcos de la Marina de Guerra no podían navegar debido a su mayor calado. La estratagema resultó exitosa y pudieron abandonar el cayo sin persecución.

Poco después, varios jefes de alta graduación —entre ellos, los generales Alexis Liz, Manuel Calderón y Feliciano Maderne— y Juan Bosch se encerraron en un camarote; los militares, para estudiar la táctica a seguir; Bosch, a fin de redactar las proclamas y el ultimátum que se lanzarían. «Con los mapas delante [precisó

⁹⁸ *Información*, año XI, no. 231, domingo 28 de septiembre de 1947, p. 1, col. 8 y p. 16, col. 1.

Maderne] llamé al personal conocedor de la topografía de la capital haitiana y sus alrededores, específicamente de la costa, así como de la provincia de Azua en la República Dominicana. Provisto de dicha información procedí a hacer los planes de desembarco e invasión [...]»⁹⁹

Como el averiado *Aurora* imponía el ritmo de marcha, la pequeña flota se desplazaba lentamente. Según el capitán del *Fantasma*, MacDowell Sherwood, las naves pusieron proa al nordeste y se mantuvieron una hora en esa dirección; luego cambiaron rumbo y pasaron a unas veinte millas al norte de Cayo Lobos, para dirigirse a un punto situado en línea perpendicular con el faro de Cabo Lucrecia, al norte de la bahía de Nipe. Este itinerario perseguía despistar no solo a la Marina de Guerra cubana, sino también a los barcos que transitaban por el Canal Viejo de Bahamas.¹⁰⁰

Tras navegar toda la noche, llegaron a alturas de Cayo Lobos el sábado 27 en horas de la mañana. Mensajes transmitidos por aviones y barcos militares cubanos, captados por los telegrafistas del ELA, indicaban que la partida de la expedición había sido descubierta solo al despuntar el alba, tras lo cual el Ejército y la Marina comenzaron su búsqueda. Precisamente a los navíos de la Marina envió el alto mando expedicionario un mensaje urgente, en el cual se pedía auxilio para los desertores de Cayo Winchos a fin de que no murieran de hambre y sed. Para mayor seguridad, se remitió otro en términos semejantes a los responsables del movimiento expedicionario en La Habana, con el encargo de hacerlo llegar al Estado Mayor de la Marina. Al decir de Enrique de la Osa, el portador de este último fue el periodista Luis Gómez Wangüemert, padre del joven expedicionario de igual apellido.¹⁰¹ Por una vía u otra, o por ambas, el mensaje llegó a su destino y los desertores fueron rescatados y apresados por fuerzas de la Marina, noticia que conocieron los expedicionarios a través de la radio.

A bordo de los barcos del ELA continuaban las penurias. Prueba de ello, un desayuno de café solo y un almuerzo

⁹⁹ C. Lechuga, «‘Una guerra relámpago...’», p. 83.

¹⁰⁰ C. Montenegro, «MacDowell Sherwood», p. 12.

¹⁰¹ E. de la Osa, *En Cuba: primer tiempo*, p. 199.

consistente en tres galletas y un jarro de leche condensada. De agua no andaban mucho mejor, aunque el último chaparrón les había permitido recoger y almacenar alguna. El hambre y la sed no habían abandonado a las tropas, ni las abandonarían más en los días finales de la expedición. Tampoco el infortunio, pues el *Angelita* se extravió y los otros dos barcos emplearon varias horas en su búsqueda. Una vez localizado, los tres reanudaron la navegación hasta que, ya avanzada la tarde, atracaron juntos en alta mar para concluir el trasbordo de hombres y pertrechos.

En medio de estas peripecias, los expedicionarios recibieron una noticia procedente de Caracas cuyo protagonista era Manolo Castro. Rompiendo su prolongado silencio, poco antes de partir de regreso hacia Cuba vía Miami, el director de Deportes desmintió despachos de la UP fechados en La Habana, según los cuales era perseguido por el Gobierno cubano. «Me extrañó la noticia [aseguró], pues es incierto que saliera de Cuba perseguido por las autoridades por cuanto el Gobierno de mi país, del cual formo parte, está en conocimiento de mi viaje a Venezuela y otros países de Sur y Centro América».¹⁰²

Manolo Castro había asistido en Caracas a varias sesiones de la Asamblea Constituyente y presenciado un juego de pelota entre los equipos Buffalo Stars y Cervecería Caracas. En sus declaraciones a la prensa dijo, además, que estaba muy gratamente impresionado por la campaña de alfabetización que realizaba el gobierno de Rómulo Betancourt, de la cual informaría al Gobierno cubano. Todas estas actividades le servían de cobertura a la misión que cumplía en relación con la expedición, cuyos pormenores no refieren las fuentes consultadas.

La noticia del regreso de Manolo Castro permitía deducir que, si todo marchaba bien, él y Eufemio Fernández se unirían a la expedición en Cayo Moa o, en última instancia, en Haití. Pero el viaje hacia Cuba les depararía una desagradable sorpresa.

En La Habana, el prolongado silencio del oficial investigador de los sucesos de Orfila, teniente coronel Oscar Díaz Martínez, exasperó

¹⁰² *El Crisol*, año XIII, no. 221, sábado 27 de septiembre de 1947, última página.

a los periodistas que seguían el acontecimiento. Aguijoneados por la curiosidad, los reporteros enviaron un cuestionario al general Pérez Dámera, quien lo respondió por escrito.

La primera pregunta inquiría sobre los rumores que desde hacía varios días circulaban acerca de fricciones entre el jefe del Ejército y el presidente de la República, y la posible sustitución del primero. «Es absurdo que eso esté ocurriendo», respondió Pérez Dámera.

La segunda no fue tan explícita. Se pedía al general que convirtiera en órdenes precisas su promesa de facilitar a los periodistas su misión informativa, y a continuación se daba a entender que el teniente coronel Oscar Díaz afrontaba alguna dificultad, pues desde hacía tres días los tenía ayunos de informaciones. «Oportunamente [respondió Pérez Dámera] se ofrecerán todas las noticias de interés. Actualmente no se ofrecen en la forma en que se venía haciendo para no obstruccionar el procedimiento».¹⁰³

Ese día volvieron a entrevistarse con el presidente de la República los generales Pérez Dámera, Gregorio Querejeta y Ruperto Cabrera, y el coronel Enrique Hernández. De igual modo, todos subieron al tercer piso del Palacio sin detenerse y ninguno hizo declaraciones a su salida.¹⁰⁴

En el plano militar, solo se reportó un movimiento de tropas de Camagüey a Nuevitas y se hizo pública una circular del general Pérez Dámera a los miembros del Ejército, que contenía una felicitación del presidente Grau San Martín a todos los soldados de la República.

El documento evocaba la «lamentable» masacre de Orfila, a tiempo que criticaba la actitud del «grupo de miembros de la Policía Nacional y otras personas ajenas a dicho Cuerpo» que pretendieron resolver violentamente antiguas rencillas personales, con total menosprecio a la ciudadanía y al respeto del cargo y la autoridad de que estaban investidos. Por otra parte, elogiaba la actitud del Ejército por haber permanecido en su puesto hasta que fue «debidamente requerido para restablecer el orden y detener a los que resultaren responsables», así como por haber cumplido con energía y rectitud su obligación de «respaldo y garantía ciudadana,

¹⁰³ *Ibidem*, p. 1, col. 1 y p. 23, col. 1.

¹⁰⁴ *Ibidem*.

y protección efectiva para todos los derechos legítimos». Esta era «la conducta invariable del Ejército, para satisfacción y orgullo del Honorable Señor Presidente de la República», quien por ese medio hacía llegar una felicitación a todos los miembros del Ejército por su «nueva prueba de disciplina y de entereza» que elevaba el prestigio de la Institución «al ganar nuevos laureles en la confianza pública». Dicha felicitación sería leída durante tres días en las formaciones de diana y retreta, y se anotaría en los expedientes personales de todos los miembros del Ejército.¹⁰⁵

En pocas palabras: Grau daba un categórico espaldarazo al general Genovevo Pérez Dámera y le ratificaba su confianza.

Fin de la expedición

Los barcos del ELA navegaron juntos hasta las 12:15 a. m. del domingo 28 de septiembre, cuando el *Angelita* enfiló su proa rumbo a Nuevitas con 36 expedicionarios a bordo, en su mayoría enfermos y veteranos. Entre los primeros figuraban los hermanos Pumariega, quienes, en la condición de correos oficiales, llevaban «encargos» de Masferrer para «las gentes de la Habana».¹⁰⁶

A causa de sus averiadas máquinas, la goleta marchaba lentamente. Y esta no fue su única vicisitud: muy pronto fue azotada por un temporal y perdió las comunicaciones con el *Fantasma* y el *Aurora*. Según Miguel Pumariega, ante el inminente peligro:

El capitán del barco llamó a mi hermano, que era el jefe militar de a bordo, y le dijo: «Mira, yo no soy un marinero normal cualquiera. Yo soy trujillista, y vine a averiguar. Yo le había echado agua al gasoil, había interrumpido las comunicaciones, y el barco no está en capacidad de tomar velocidad. Tenemos que cambiar el rumbo por completo porque hay un ciclón cerca». Mi hermano se privó, los metió presos a todos dentro de las bodegas. Los

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 1, col. 1 y p. 16, col. 1.

¹⁰⁶ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 44, 2 de noviembre de 1947, p. 48.

amarramos y les quitamos la comida y el agua. Y mi hermano le gritó: «Tú eres el capitán del barco. ¡Termina esto!»

Era de noche. El viento soplaba con violencia y levantaba olas gigantescas. El *Angelita* comenzó a inundarse, pero por suerte sus potentes bombas de achique funcionaron y no se hundió. A duras penas, resistió la furia del mar. «El tipo bruto ese [expresó Miguel Pumariaga, refiriéndose al capitán] salvó al barco, porque lo ponía frente a las olas, y más o menos tanteando... Además, era el pellejo lo que se jugaba». En esa faena pasaron toda la noche y parte de la mañana siguiente, hasta que sobrevino la calma. Pero los motores se habían detenido y el barco quedó a la deriva.

A partir de entonces, lo que más castigó a los hombres fue la falta de agua. Algunos, desesperados, bebieron la del mar y convulsionaron. En esa calamitosa situación transcurrieron varias horas, al cabo de las cuales los sobrevoló un avión de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Este pidió auxilio y al rato se apareció una fragata de la Marina de Guerra cubana, a bordo de la cual fueron instalados los ocupantes del *Angelita*. Allí les dieron de comer y beber, mientras la goleta expedicionaria era remolcada hasta Nuevitas, donde, por una ironía de la vida o un premeditado simbolismo, fue amarrada junto al *Berta*.

Años más tarde, Miguel Pumariaga evocó gráficamente la estancia en la ciudad portuaria camagüeyana: «En Nuevitas la Marina nos trató bien, pero el Ejército nos llevó tenso».

El *Aurora* y el *Fantasma* continuaron navegando con dificultades. El primero se desplazaba con lentitud debido a la avería de su propela; y el segundo, a causa de una desviación en su brújula, tuvo que acelerar la marcha en dos ocasiones para encontrar al *Aurora*. En el trayecto se recibió un mensaje de la Marina de Guerra que solicitaba el regreso de la expedición a Cayo Confites para suministrarles más provisiones. Sospechando que se trataba de una trampa, el Estado Mayor del ELA decidió realizar una acción diversiva y respondió afirmativamente, a tiempo que ordenaba a ambos barcos emplazar hombres y armas para rechazar cualquier ataque de la aviación.

Las informaciones disponibles sobre el movimiento de la expedición a partir de este momento son contradictorias. Las versiones de aquellos que viajaban en el *Fantasma* (Masferrer, Wangüemert, Yániz Pujol y MacDowell Sherwood) coinciden en que se dirigían hacia Cayo Moa, aunque registran algunas diferencias en cuanto al objetivo de esta última escala en territorio cubano: abastecerse de petróleo, según unos; hacerse de más provisiones en sentido general, al decir de otros; sin que se supiera la razón, de acuerdo con los terceros; Masferrer refirió incluso que en ese cayó debían encontrarse con el buque *Aurora*. De igual modo ocurre en cuanto a las personas por recoger: Eufemio Fernández, Manolo Castro y Ángel Morales, según Yániz Pujol; el primero y el segundo, de acuerdo con Wangüemert; el primero y el tercero, según Masferrer, quien aseguró que les había informado por radio a La Habana de sus pasos, lo cual era solo factible en el caso de Morales, pues Fernández y Castro aún no habían llegado a Cuba.

Sin embargo, en ningún testimonio de los expedicionarios del *Aurora* consta que el rumbo de los barcos fuera Cayo Moa, contradicción de suma importancia para comprender lo que ocurrió después. Al decir de Feliciano Maderne, a estas alturas de la travesía el *Fantasma* se acercó al *Aurora* e hizo que se detuviera. El capitán Rogelio Caparrós, segundo de Masferrer, solicitó permiso para ir a Cayo Moa, a lo cual Maderne se opuso, pues ello significaba perder un día y provocar la detención del buque. Pero Caparrós le notificó que no les alcanzaba el agua para un día de navegación y Maderne, consciente de que sin agua era imposible continuar, se sintió obligado a concederle el permiso. En consecuencia, se aseguró con Caparrós de que en Cayo Moa hubiera agua potable y le aconsejó que trataran de entrar y salir de noche, y con las luces apagadas para no ser descubiertos. Ambos convinieron en que el *Aurora* les daría alcance por el camino y el *Fantasma* sintonizaría el radio a las diez de la noche para conocer su situación y darles nuevas instrucciones si fuera necesario. Decidido esto, el *Fantasma* se alejó a 14 nudos. A juicio de Maderne, ese «fue el fin de la expedición» pues:

Contrariando las órdenes impartidas y poniendo en evidencia que la falta de agua había sido un pretexto para abandonar la ruta de combate, Masferrer dio órdenes para que su barco entrara en la bahía de Nipe, fondeando a 800 metros de Antilla. Entonces envió a tierra en la lancha del práctico del puerto a su segundo Caparrós y a Rosendo Lima, del batallón Guiteras, con el propósito, según dijo, de buscar cigarrillos y comunicarse con un pariente suyo, oficial de la Marina de Guerra, para que le facilitara dinero. ¡Sin embargo, tenía en sus bolsillos doscientos cincuenta pesos, según se comprobó al ser detenido!¹⁰⁷

De acuerdo con Masferrer, tras la aceptación en Cayo Winchos de su plan emergente (desembarcar en Puerto Príncipe y comenzar el ataque por Elías Piña), se hicieron a la mar rumbo a Cayo Moa. Pero pronto surgió el primer obstáculo:

Los aviones norteamericanos, desconociendo la neutralidad de nuestras aguas jurisdiccionales, volaban constantemente sobre nuestros barcos. Más de una vez estuvimos tentados de hacerles fuego y derribarlos. Llegaron a enfocarnos horas enteras con sus reflectores. Imposible llegar en esas condiciones a cayó Moa [...] Navegábamos con las luces apagadas. Decidimos entonces entrar en Antilla, entre otras razones para eludir al molesto avión yanqui. De paso trataríamos de hacer agua, aprovechando mis relaciones familiares en el lugar.¹⁰⁸

Wangüemert y Yániz Pujol coincidieron en cuanto a la persecución insistente de un hidroavión norteamericano y añadieron otros elementos de interés. Según el primero, aproximadamente al mediodía fueron localizados por un hidroavión de la Marina de Guerra cubana y durante la tarde otros aviones cubanos sobrevolaron el barco. De acuerdo con Yániz Pujol, las fragatas cubanas los buscaban desesperadamente y les enviaron mensajes rogándoles comunicaran su posición para entregarles petróleo y víveres, y

¹⁰⁷ C. Lechuga, «Una guerra relámpago...», p. 84.

¹⁰⁸ J. Quintana, «El jefe del Ejército...», p. 44.

prestarles auxilio porque estaban en peligro, pero no les hicieron caso y continuaron navegando.

Alrededor de las 9:00 p. m., los hombres del *Fantasma* fueron informados de que entrarían en Antilla. Al enfilear el canal, se le ordenó encerrarse en la bodega y esconder las armas, a fin de que el barco pareciera un mercante de cabotaje. La orden era estricta, pues cuando el práctico subiera a bordo se le diría que la expedición había fracasado y que venían solamente a desembarcar algunos expedicionarios residentes en la región.

En cuanto al motivo de la entrada del *Fantasma* en Antilla, tanto Wangüemert como Pujol —en cuyos escritos no se percibe animadversión alguna hacia Masferrer— se expresaron con desconfianza y asombro. «El capitán Caparrós y otro oficial [puntualizó Wangüemert] bajaron a tierra en la lancha del práctico con el encargo —al menos eso fue lo que se nos dijo a nosotros— de comprar cigarros, que era lo con más urgencia se necesitaba».¹⁰⁹ Yániz Pujol fue más drástico. Dijo que los soldados estaban desesperados y se mostraban impacientes por llegar a Haití. A su juicio, en realidad, podían haberlo hecho. «Pero, en ese momento [añadió] Masferrer, que personalmente estimo actuó en todo momento de buena fe y dispuesto a cualquier cosa, dio una orden inexplicable: cambiar el rumbo para dirigirnos a Nipe. Dijo que era para burlar al avión norteamericano y comprar cigarros en aquel lugar. Pero, ¿era suficiente la falta de cigarrillos para arriesgarnos a tanto?»¹¹⁰

El capitán del *Fantasma*, MacDowell Sherwood, ofreció una explicación tan peregrina como discordante de las demás. Manifestó que estaba agotado físicamente, pues había navegado durante veintisiete días y noches de Nuevitas a Cayo Confites y viceversa, a lo cual se añadía el trayecto entre Cayo Confites y Cayo Winchos, necesitaba descansar y no había ningún oficial responsable a bordo capaz de relevarlo. Además:

¹⁰⁹ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, no. 44, año 28, 2 de noviembre de 1947, p. 48.

¹¹⁰ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 48, 30 de noviembre de 1947, p. 99.

Estábamos faltos de agua y en Antilla había la posibilidad de conseguirla. Entendimos que no habían riesgos [...] No fue ningún error entrar en Antilla, tan costa cubana como Moa [...] La permanencia en Antilla nos economizaría 400 galones de petróleo en 7 horas. El *Aurora* con 11 mil a bordo se negaba a suministrarlo por alguna cosa de desconfianza del general Rodríguez.¹¹¹

Motivos o pretextos aparte, lo cierto es que el *Fantasma* fondeó a una distancia prudencial de la costa y los capitanes Rogelio Caparrós y Rosendo Lima fueron despachados a tierra en la lancha de los prácticos. Masferrer y Daniel Martín permanecieron a bordo, listos para dar la orden de zarpar si los emisarios no llegaban antes de las cuatro de la madrugada. Pero otra lancha los devolvió a tiempo, con una carga de cigarros y pan fresco. Al decir de Humberto Lamothe, Masferrer volvió a hacer de las suyas pues el Estado Mayor del Guiteras le había pedido dinero para comprar cigarros y respondió «que no tenía un centavo, mientras él y sus matones se compraban provisiones para su consumo».

Concluida la operación, el *Fantasma* levó anclas y zarpó de Nipe a una hora que osciló, según las diversas fuentes, entre las tres y las cuatro y media de la madrugada del lunes 29 de septiembre. Al salir, pasaron frente a La Chiva y El Ramón, lugares de grato recuerdo para algunos expedicionarios en comparación con las vicisitudes de Cayo Confites.

En el relato de Masferrer no se menciona el resultado de la misión encomendada a Caparrós y Lima. Aparece, en cambio, una referencia bastante amplia a la visita que hizo al barco el capitán del puerto, Bruno Febles, cuyo propósito al divulgarla salta a la vista: «Fue él quien nos informó que ahí apenas si había un destacamento pequeño de soldados. Si nuestras intenciones hubieran sido las de ejercer la violencia en Cuba, la oportunidad se nos presentaba. Tomar Antilla hubiera sido cosa fácil y salir para Holguín más fácil aún. Sin embargo, nuestra misión era llevar la revolución a Santo Domingo y volvimos a salir rumbo a Cayo Moa».¹¹²

¹¹¹ C. Montenegro, «MacDowell Sherwood», p. 13.

¹¹² J. Quintana, «El jefe del Ejército...», p. 44.

Sin embargo, según el propio Masferrer, el avión norteamericano nunca los perdió, volaba cada vez más bajo e iluminaba con sus reflectores la cubierta del *Fantasma* y el piloto le dio la posición de este a la fragata cubana *José Martí*, al mando del comandante Joaquín Cuadras, que los estaba tratando de localizar. Por consiguiente, a juzgar por las palabras del jefe del batallón Sandino, no se logró eludir el avión yanqui, que era el objetivo principal de la entrada del *Fantasma* en la bahía de Nipe; y, habida cuenta de los testimonios de otros expedicionarios, tampoco el objetivo secundario: abastecerse de agua. La entrada en Nipe, pues, solo sirvió para comprar pan fresco y cigarrillos, y retrasar la marcha de la expedición.

Pero hubo más: aunque el *Fantasma* permaneció en el puerto de Antilla más de seis horas, Masferrer no realizó gestión alguna para conseguir agua, lo cual revela que la entrada en Antilla había sido un pretexto para salirse del itinerario acordado. Además, no sintonizó el radio a las diez de la noche como se había establecido, extremo que indica la intención de no ser interferido en sus acciones por la jefatura de la expedición. «Por esa razón [aseguró Maderne] no recibió ninguno de nuestros mensajes diciéndole que dejara la mayor parte del personal en tierra y que el resto seleccionado junto con los jefes, nos encontraran en alta mar para acordar los detalles para dirigirnos a Venezuela, en vista de que los aviones del Ejército cubano y las corbetas de Trujillo nos estaban sitiando».¹¹³

Este testimonio de Maderne tiene puntos de coincidencia con el de Pedro Mir, quien aseguró que después de la entrega del *Fantasma* había una situación de anarquía en el *Aurora* y Juan Bosch pronunció un discurso que levantó la moral. «Insinuó [expresó Mir] que se debían apoderar del barco y llevarlo a Venezuela para salvarlo. El discurso de Bosch produjo un entusiasmo delirante. Todo el mundo estaba dispuesto a seguir esas indicaciones».¹¹⁴

Al parecer, dirigirse a Venezuela era una de las opciones de la expedición en sus últimos momentos. Sin embargo, Maderne aseveró que su mensaje era una desinformación para burlar a los perseguidores del ELA:

¹¹³ C. Lechuga, «Una guerra relámpago...», p. 84.

¹¹⁴ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 99

En realidad nuestro propósito era navegar hacia el este, casi a la altura de la punta de Maisí para hacer creer a las corbetas enemigas situadas en el Canal Internacional que entraríamos a sus aguas y después virar hacia el oeste, alcanzar el cabo de San Antonio y dirigirnos a Centro América. Nada de eso se pudo hacer por tener el buque *Máximo Gómez* [el *Fantasma*] el radio sin funcionar.¹¹⁵

Pero también estas declaraciones podían contener desinformación, si se tiene en cuenta que Maderne había calificado como «delación criminal» las revelaciones de algunos expedicionarios sobre el proyecto antitrujillista, solo habló al respecto con posterioridad a aquellos y aseguró que había omitido detalles del plan de desembarco e invasión por «razones obvias». Además, añadió de forma enigmática que si el *Fantasma* se hubiera encontrado con el *Aurora* de acuerdo con los planes, «a estas horas [noviembre de 1947] estaríamos en Guatemala con el material bélico a salvo o quizás en la República Dominicana participando del júbilo del pueblo por el derrocamiento de Rafael Leónidas Trujillo».¹¹⁶

Al menos en sus manifestaciones públicas, Maderne fue bastante indulgente respecto a la conducta de Rolando Masferrer. «El plan de Haití era descabellado [afirmó] y quiero pensar que la extraña actitud de Masferrer se debió a que así lo reconoció, aunque, desde luego, en ningún momento lo dijo».¹¹⁷ Jorge Yániz Pujol expuso crudamente las consecuencias de la entrada en Antilla, aunque trató de justificar la decisión de Masferrer: «El tiempo perdido en Nipe fue irreparable. Yo creo que Masferrer pensó ganarlo con la velocidad del *Máximo Gómez* [el *Fantasma*] pero la entrada en aquella bahía nos perdió».¹¹⁸ Por el contrario, Humberto Lamothe —quien desde un inicio caló hondo en la naturaleza del jefe del batallón Sandino— fue severo y terminante. Dijo que tras varias horas de

¹¹⁵ C. Lechuga, «Una guerra relámpago...», p. 84.

¹¹⁶ *Ibidem*.

¹¹⁷ *Ibidem*, pp. 5-6.

¹¹⁸ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 48, 30 de noviembre de 1947, p. 99.

viaje, cuando se hacía de noche y ya habían divisado las costas de la provincia de Oriente y recibido la noticia de que el Gobierno de Cuba había ordenado la detención de los expedicionarios, Masferrer «dio la orden de entrar en Antilla para dar tiempo a que la Marina de Guerra cubana nos diera alcance».

Mientras los expedicionarios del *Fantasma* vivían tales peripecias, el *Aurora* continuaba su marcha rumbo al Paso de los Vientos, estrecho de mar que separa a Cuba de Haití. De acuerdo con Juan Bosch, a las alturas de la costa de Camagüey y antes de entrar a las aguas de Oriente, solicitó una reunión del Estado Mayor del ELA debido a que en la situación en que se hallaban las tropas habría sido una locura entrar de sopetón en territorio dominicano, donde los esperaba un ejército preparado para combatir hasta el último hombre. Además, todos los oficiales estaban conscientes de que se necesitaba algún sitio donde descansar, comer y dormir, aunque fuera una noche.

La reunión fue presidida por Feliciano Maderne, pues Juan Rodríguez estaba indispuesto, y en ella participaron Miguel Ángel Ramírez, Jorge Rivas Montes, Abelardo Cuadra, Alexis Liz, Manuel Calderón, Virgilio Mainardi, Ángel Miolán, Horacio Julio Ornes y Diego Bordas. Bosch sugirió presentarse como militares yanquis, a fin de evitar que el Ejército haitiano se les enfrentara. Para ello disponían de expedicionarios blancos, varios de ellos con los ojos azules, y se utilizarían los uniformes, banderas y cascos norteamericanos almacenados en el *Fantasma*. Bosch resumió como sigue los aspectos esenciales de su plan:

No tenemos que desembarcar en los muelles de Puerto Príncipe sino a unos diez kilómetros al norte, en un lugar donde hay playa y por donde pasa el camino de San Marcos, que podemos usar. La acción inmediata es tomar una estación de radio que está en las afueras de la ciudad y leer allí un manifiesto en el que se invite al ejército dominicano a avanzar hacia Haití siempre que Trujillo no vaya con tropa. En el manifiesto declararemos que estamos de acuerdo con Toussaint [Louverture] en que la isla es una e indivisible. Nosotros

mismos nos proponíamos para escribir el manifiesto tan pronto terminara la reunión.¹¹⁹

De acuerdo con Virgilio Mainardi, el plan de Bosch consistía en sorprender al Gobierno de Haití y exigirle que transportara a los expedicionarios hacia la frontera con la República Dominicana. «En caso de negarse [puntualizó Mainardi] nosotros íbamos a provocar una crisis extraordinaria derrocando al gobierno haitiano, no con propósitos políticos sino buscando por la buena o por la mala la transportación para poder llegar a la frontera dominicana».¹²⁰

Ante las dudas de algunos participantes en la reunión, Bosch respondió que desde el punto de vista de la legalidad internacional ellos eran unos piratas armados que no estaban obligados por las leyes internacionales, navegaban sin Dios ni leyes y estaban forzados por las circunstancias a hacer algo grande. La entrada en Haití, argumentó, conmovería al mundo: Moscú, Washington, Londres, París. Y si actuaban decididamente, esa repercusión les daría buenos resultados. «La idea fue aprobada [concluyó Bosch] y Miguel Ángel Ramírez Alcántara elaboró el plan que debíamos seguir para cruzar por Haití y penetrar en territorio dominicano; una columna se dirigiría a San Juan de la Maguana, no a la ciudad sino a sus campos, y la otra tenía la misión de penetrar hasta más allá de Azua en dirección hacia la bahía de las Calderas».¹²¹

A Juan Rodríguez le gustó este plan, que —recordó Bosch— en fin de cuentas era el mismo que no le había gustado cuando se lo había propuesto en Cayo Confites. Sin embargo, ni este plan ni el presentado por Masferrer en Cayo Winchos y aprobado por la jefatura del ELA, pudieron ejecutarse debido a que ambos partían del encuentro entre el *Aurora* y el *Fantasma*, y de la utilización de artículos del Ejército norteamericano depositados en las bodegas

¹¹⁹ En *Política: Teoría y Acción*, p. 24.

¹²⁰ *Ibidem*, pp. 6-7.

¹²¹ *Ibidem*, p. 25. Bosch ofreció otros elementos sobre este plan en J. D. Grullón, *Cayo Confites*, pp. 90-91.

del último. Y tal encuentro solo llegaría a producirse tras la captura de ambas embarcaciones por la Marina de Guerra cubana.

Aunque en sus diversos testimonios Juan Bosch no aludió en ningún momento al plan de Masferrer y este negó la existencia del plan del líder dominicano, las fuentes disponibles avalan a ambos y hacen en extremo difícil llegar a conclusiones excluyentes. Tampoco se puede descartar la existencia de paralelismos, superposiciones y plagios. Pero todo ello es de relativa importancia. Lo fundamental es que en las horas finales de la expedición, entre sus principales jefes prevaleció la idea de arribar a territorio dominicano a través de Haití.

Lo anterior no supone la ausencia de opciones. Por el contrario, fue en este contexto, al parecer, cuando Fidel Castro y Pichirilo Mejías presentaron al Estado Mayor del ELA un plan consistente en dejarlos escoger 50 hombres para sorprender a Trujillo y entrar en la República Dominicana por el lugar que se considerara más apropiado. «Como se trataba de que esos hombres eran en su mayoría cubanos [sostuvo Virgilio Mainardi] no quisimos asumir la responsabilidad de autorizar la realización de esa empresa y les dijimos que no, pero estaban decididos a realizarla».¹²²

No resulta que se presentaran otras objeciones, y todo indica que a este plan ha aludido el líder de la Revolución cubana en dos de las ocasiones en que ha rememorado los acontecimientos de Cayo Confites:

Cuando se frustra la invasión de Santo Domingo —y ya nosotros nos íbamos para Santo Domingo con los que persistían— hubo desertiones, hubo de todo. Ya desde entonces yo tenía idea de la lucha guerrillera, ya me habían dado una compañía de soldados, aquello se veía que era caótico: falta de organización, falta de eficiencia, falta de todo. Yo dije: pero hay que ir. Y por poco yo comienzo la lucha guerrillera en Santo Domingo, porque [...] pensaba en la posibilidad de una lucha guerrillera en las montañas de Santo Domingo.¹²³

¹²² En *Política: Teoría y Acción*, p. 14.

¹²³ F. Castro, *En esta Universidad*, p. 36.

[...] Tenía planeado irme para la montaña con mi compañía [...] Y pensaba: con un pelotón, con un grupito, hacer la guerra en las montañas, una guerra irregular.¹²⁴

Aunque Mainardi afirmó que Fidel y Pichirilo presentaron su plan en Cayo Confites, dos o tres días después de la captura de la goleta *Angelita* por los expedicionarios, la información contextual ofrecida por Fidel sugiere que el hecho ocurrió con posterioridad a las deserciones de Cayo Santa María y Cayo Winchos. Es posible, incluso, que el plan se propusiera por primera vez en Cayo Confites y se reiterara en el camino hacia el Paso de los Vientos.

El domingo 28 de septiembre transcurría bastante tranquilo en la capital cubana, sin noticias ni sucesos importantes relacionados con la expedición. Sin embargo, a las 11:00 p.m. llegó al chuco Fariñas, en las cercanías del Campamento de Columbia, el tren 261 con los 307 desertores de Cayo Winchos, ahora prisioneros del Ejército. Procedente de Nuevitas, el convoy estaba compuesto por dos locomotoras y ocho vagones, siete de los cuales acogían a los desertores y uno a los soldados que los custodiaban. A las alturas de Colón, se había desviado de la ferrovía central y había tomado el ramal sur para llegar directamente a Columbia en vez de a la Estación Terminal de La Habana.

En Fariñas los aguardaba el coronel Quirino Uría, jefe del Regimiento 6 del Ejército, y otros altos oficiales que tenían a su disposición dos ambulancias destinadas a los lesionados y 13 camiones: 11 para transportar a los prisioneros y dos a los soldados.

La mayor parte de los desertores llegaron desnutridos y muy agotados. Algunos vestían aún el uniforme del ELA, otros estaban de civil, y muchos sin camisa o a medio vestir. Tres venían lesionados y fueron trasladados de inmediato al Hospital Militar. Después de un chequeo realizado por los militares, los prisioneros abordaron los camiones y fueron conducidos a Columbia, donde se les ofreció una comida caliente y se les internó en los calabozos.

¹²⁴ *Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*, p. 120.

Esta operación no tuvo cobertura de prensa, pero sus pormenores serían comunicados de forma diferida a los periodistas y dados a conocer ampliamente a través de los medios de difusión.

Un poco antes, a las 9:45 p. m., había tenido lugar una operación similar en la ciudad de Camagüey, adonde llegó procedente de Nuevitas el tren ordinario con la locomotora 205 y un vagón adicional en el que viajaban los expedicionarios de la goleta *Angelita*, fuertemente custodiados por fuerzas del Ejército. «Nosotros éramos 36 [relató Miguel Pumariega] e iban creo que 27 o 30 soldados, casi uno para cada uno. Y, además, armados hasta los dientes los guardias rurales aquellos».

Desembarcaron en la estación ferroviaria de Camagüey, ante el asombro del numeroso público allí concentrado por el espectáculo de aquel grupo de hombres peludos, barbudos y extenuados que los soldados hacían subir a camiones del Ejército. Esta operación tampoco tuvo cobertura periodística, pero a diferencia de lo ocurrido en La Habana, tanto los oficiales del convoy como los mandos militares de la ciudad mantuvieron discreción sobre los detalles de la misma. De todos modos, la noticia del arribo de los prisioneros trascendió a los medios de comunicación, los cuales publicaron que se trataba de 40 hombres, entre ellos varios ancianos, capturados en Cayo Confites.

Los prisioneros fueron trasladados al Regimiento Agramonte. «Allí [dijo Miguel Pumariega] nos tiraron, no en las prisiones, sino en unas barracas del Ejército, pero de mampostería». Y entonces la suerte vino en auxilio de los expedicionarios de una forma inusitada:

Mi hermano se acordó que el jefe del Regimiento era un coronel que había sido novio de una vecina de nosotros en Lawton. Y Ciro le dice a uno de los oficiales: «Mire, yo soy Ciro Pumariega y soy vecino de la mujer del coronel». Y el teniente dijo: «Coño, déjame avisarle al coronel, no vaya a ser...» El coronel lo mandó a buscar. Y nos presentó a los cocineros del Regimiento, nos hicieron comida y nos llevó bien.

Según Humberto Lamothe, a la salida de Antilla, en la madrugada del lunes 29 de septiembre, Rolando Masferrer fue obligado a asistir a una reunión de la plana mayor del batallón Guiteras para que se explicara sobre su sospechosa conducta. Aunque Lamothe no contó detalles de lo acontecido, tildó a Masferrer de cobarde, aseguró que estaba sumamente nervioso y agregó: «Esa fue la primera vez que, ante la posibilidad de la justicia revolucionaria, el traidor Masferrer perdió su gruesa voz de mando y hablaba como una ‘señorita’. Muchos compañeros que estaban presentes en la reunión, se rieron del cambio operado en la voz del ‘guapetón’, pues ahora parecía una de esas ‘damiselas’ que andan por el Prado».

Al despuntar el alba, el *Fantasma* llegó a mar abierto, torció al este y comenzó a navegar en paralelo a la costa oriental, a unas dos millas de tierra firme. Iba rumbo a Cayo Moa, donde se suponía que debía encontrarse con el *Aurora*. Aproximadamente a las 9:00 a.m., divisaron a lo lejos un barco de guerra y algunos expedicionarios pensaron que se trataba del *Aurora*. Se ordenó zafarrancho de combate a la tropa del *Fantasma* y a su capitán acercarse para identificarlo. Se repartieron granadas de mano y los soldados, armados, tomaron posiciones en la borda del barco. Los optimistas se sintieron defraudados al comprobar que se trataba de la fragata *José Martí*, de la Marina de Guerra cubana, la cual exhibía sus ametralladoras antiaéreas y les apuntaba con sus cañones. La fragata hizo señales al *Fantasma* de que detuviera sus máquinas, y este obedeció de inmediato. No demoró aquella en aproximarse y darle una vuelta en torno. Cuando las dos naves se hallaban a unos doscientos metros de distancia, se escuchó la voz de un oficial de la fragata que se dirigió al *Fantasma* por medio de un altavoz y estableció el diálogo siguiente con Rolando Masferrer:

—¿Dónde está la otra embarcación? [El *Aurora*]

—No sabemos

—¿Hacia dónde se dirigen?

—Hacia el Mar Caribe [...]

—Fueron avistadas esta mañana dos corbetas dominicanas navegando hacia el este [...] Informen qué han decidido después de [...] esta noticia.

—Seguimos hacia el este. Encontraremos en Moa al otro barco. Nuestra misión es libertar a Santo Domingo [...] Esperamos que ustedes den orden inmediata para partir [...]

—Tenemos orden de nuestro Gobierno de conducirlos hacia el puerto de Antilla.

—[...] Entendemos, pero no tenemos nada contra nuestro Gobierno.¹²⁵

Dicho esto, Masferrer ordenó continuar y el *Fantasma* reinició la navegación hacia el este. Esta decisión provocó reacciones encontradas entre la tropa: júbilo en algunos por la partida, murmuraciones en otros al advertir la posibilidad real e inminente de un enfrentamiento con los militares cubanos. Entretanto, la mayor parte de los oficiales se entregaba a un cuchicheo que pronto se traduciría en acciones concretas.

Tras el *Fantasma* se lanzó la fragata, que desplegaba mayor velocidad. Pronto lo alcanzó y comenzó a dar vueltas a su alrededor para intimidar a los expedicionarios, mientras el oficial de la Marina les gritaba por el altavoz: «No hagan eso. ¡Peligro! ¡Peligro! Es un suicidio lo que intentan. No hagan resistencia».¹²⁶ Poco después, la fragata se situó frente a la proa del *Fantasma* y le cerró el paso, a tiempo que el oficial les volvía a preguntar por el otro barco del ELA y les reiteraba la orden gubernamental de llevarlos al puerto de Antilla. Los hombres de la Marina parecían decididos a detenerlos y hasta romper fuego si era necesario.

Entonces MacDowell Sherwood detuvo las máquinas del *Fantasma*, y desde su cubierta emplazó a viva voz a Masferrer: le preguntó si estaba loco, pues la fragata iba a disparar, y le dijo que no estaba dispuesto a volar en pedazos. Las palabras del capitán

¹²⁵ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 44, 2 de noviembre de 1947, p. 49.

¹²⁶ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 48, 30 de noviembre de 1947, p. 100.

del *Fantasma* fueron el detonante que hizo estallar las contradicciones a bordo. Masferrer y un grupo minoritario de oficiales se pronunciaron por continuar la marcha a toda costa, con el argumento de que la fragata nunca dispararía contra ellos y, en caso de hacerlo, el primer cañonazo sería preventivo y tendrían la oportunidad de obedecer. La mayoría, sin embargo, consideró que era criminal exponer a la tropa a una muerte segura, pues el *Fantasma* iba repleto de dinamita y a tan corta distancia un solo cañonazo, aunque fuera de salva, los exterminaría a todos. A juicio de Wangüemert, la idea de que todo estaba perdido los había desmoralizado y ya nada se podía hacer.

Derrotado, Masferrer renunció a su grado y cargo, y continuó en el ELA como soldado. No quería, ciertamente, cargar con la responsabilidad de capitular ante la Marina, ni poner en evidencia que había sido el autor del tiro de gracia a la expedición anti-trujillista. En sus posteriores declaraciones sobre la expedición se refirió al hecho con parquedad, pero no hizo comentarios. Solo mostró una trivial preocupación por el futuro de las armas. «Poco antes de llegar a Moa [dijo] nos abordó la Marina de Guerra cubana. No hicimos resistencia. Yo había ordenado que todas las armas se depositasen en las bodegas, en la esperanza de que gobiernos de países amigos las pudieran reclamar como suyas que eran y entregárnoslas en otro país, de donde se sacarían de nuevo para llevarlas a cumplir su destino liberador».¹²⁷

Feliciano Maderne, que había sido benévolo al juzgar la decisión del jefe del batallón Sandino de entrar en Antilla, se pronunció ásperamente respecto al papel desempeñado por este en el triste final del *Fantasma*: «A lo que todavía no he hallado explicación es a la captura o entrega del teniente coronel Rolando Masferrer».¹²⁸

Cumpliendo órdenes de la fragata *José Martí*, el capitán MacDowell echó a andar las máquinas del *Fantasma* y puso rumbo a Antilla. Al llegar a su destino, ancló en el centro de la bahía. Fuerzas de la Marina de Guerra le ocuparon las armas, que

¹²⁷ J. Quintana, «El jefe del Ejército...», p. 44.

¹²⁸ C. Lechuga, «Una guerra relámpago...», p. 84.

trasladaron en unas cincuenta lanchas y otras pequeñas embarcaciones. En ellas condujeron después a los expedicionarios, desarmados, hasta la fragata. Allí, tras un minucioso aunque respetuoso registro, fueron acomodados en la popa y les dieron de comer. «La Revolución [sentenció José Luis Wangüemert] al menos para nosotros, se había acabado».¹²⁹

Para tener una visión más integral de lo sucedido en el *Fantasma* el último día de la expedición, los testimonios de los expedicionarios que viajaban en dicho barco son imprescindibles, pero insuficientes. Es preciso, pues, recurrir a las versiones de aquellos que iban a bordo del *Aurora*, debido a que contienen informaciones que los cronistas del *Fantasma* ignoraban y aportan juicios valiosos para comprender mejor el final de la expedición.

La versión más prolija es la de Feliciano Maderne, quien aseguró que a las ocho de la mañana del lunes 29 de septiembre Masferrer se comunicó por primera vez con el *Aurora* para informar que tenía al este dos corbetas enemigas. Cinco minutos más tarde envió otro radiograma con noticias alarmantes: se hallaba a trece millas al este de Cayo Moa, tenía una fragata a su lado y pedía que acudieran en su ayuda. En un inicio, los jefes del ELA creyeron que se refería a una unidad de la Marina de Guerra cubana, pero desecharon la idea pues supusieron que de haber sido así Masferrer los habría alertado para que huyeran en vez de convocarlos a su encuentro, pues esto implicaba la captura del *Aurora* y el arresto de sus hombres. Por tanto, le solicitaron que aclarara lo relativo a la fragata. Pero no recibieron respuesta. Enviaron dos radiogramas más, y nada. «En vista de eso [puntualizó Maderne] decidimos partir hacia el lugar donde se encontraba. Muy pronto nos arrepentimos pues la fragata de que él hacía mención era la *José Martí* de Cuba».¹³⁰

Por su parte, Juan Rodríguez evocó el suceso de forma sobria pero con una claridad meridiana:

¹²⁹ J. L. Wangüemert Máiquez, «El Diario de Cayo Confites», en *Carteles*, año 28, no. 44, 2 de noviembre de 1947, p. 49.

¹³⁰ C. Lechuga, «Una guerra relámpago...», p. 85.

Un radiograma del *Máximo Gómez* [el *Fantasma*] enviado en clave por Masferrer me daba cuenta de una situación peligrosa y nos pedía que regresáramos. Pensé que el barco estaría a punto de zozobrar y di órdenes de volver el rumbo hacia las costas cubanas para auxiliarlos. Cuando estuvimos en aguas de Cuba nos encontramos con los barcos de guerra y recibimos la orden de rendirnos... Si Masferrer estaba hundido, debió dejarme continuar la marcha. Si él hubiera seguido, no fracasamos, porque llevábamos muchos hombres y muchas armas.¹³¹

Juan Bosch coincidió con Maderne y Rodríguez en los aspectos esenciales. Expresó que el comandante en jefe del ELA, desde su lecho de enfermo, lo mandó a llamar para estudiar la situación creada por el mensaje en el cual Masferrer informaba que se encontraba «en grave situación» y necesitaba ayuda. Consultado por Rodríguez en presencia de su hijo José Horacio, Bosch opinó que debían ir adonde estaba el *Fantasma* porque para llevar a cabo el plan de penetrar en la República Dominicana a través de Haití eran indispensables los hombres y las armas (morteros con sus granadas y un número importante de granadas de mano), así como los uniformes y las banderas norteamericanas que se hallaban en dicho barco.

Juan y José Horacio Rodríguez estuvieron de acuerdo, y el primero ordenó dirigirse a Cayo Moa. Pero al llegar a unas veinte millas de este no encontraron el barco de Masferrer, sino a la Marina de Guerra cubana. «Con dos de sus motores inútiles [precisó Bosch] el *Aurora* navegó en pos de Cayo Moa, teniendo a su frente el macizo de las montañas baracoenses; y al cabo de las horas, mucho antes de que entráramos en aguas territoriales cubanas, nos abordó el *Máximo Gómez*. Por extraña coincidencia, esa fragata cubana tenía el mismo nombre que oficialmente llevaba el *Fantasma*».¹³²

Para Ángel Miolán, esa coincidencia fue «una ironía del destino». Pero no enjuició de igual modo la razón que hizo caer al

¹³¹ *Prensa Libre*, año VII, no. 1930, domingo 5 de octubre de 1947, p. 2, col. 4.

¹³² J. Bosch, «Treinta años», p. 61; *Política: Teoría y Acción*, p. 25; J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 91.

Aurora en poder de la Marina de Guerra cubana, acerca de la cual fue categórico: «El *Fantasma* nos tendió una trampa, con un mensaje, después de su captura o entrega». ¹³³

Cuando la fragata *Máximo Gómez* dio la señal de alto al *Aurora*, los jefes del ELA presumieron que el objetivo de los oficiales de la Marina de Guerra era mantener el buque expedicionario fuera de las aguas jurisdiccionales cubanas. Por consiguiente, le respondieron que estaban cerca de la costa buscando un barco de la expedición, pero tomarían inmediatamente hacia alta mar. De la fragata reiteraron la orden. Entonces Feliciano Maderne le instruyó al maquinista del *Aurora* aminorar la marcha para que el movimiento de la propela no dejara estela, de modo que los de la fragata la creyeran inmóvil y así escapar en la primera oportunidad. «De nada nos valió la treta [concluyó Maderne] pues el comandante de la fragata nos advirtió que paráramos la máquina o de lo contrario harían fuego». ¹³⁴

Tras su rendición, el *Aurora* fue conducido al puerto de Antilla, escoltado por la fragata *Máximo Gómez*. Allí terminaría la aventura revolucionaria del último barco del ELA, pero no los avatares de los expedicionarios que llevaba a bordo, cuyo destino se presagiaba similar al de sus compañeros del *Fantasma*.

No lo aceptó así el joven Fidel Castro, quien no se resignó a la idea de entregarse ni convertirse en prisionero de los militares cubanos y, según Juan Bosch, previó lo que iban a pasar los hombres de Cayo Confites durante su largo trayecto hacia La Habana. ¹³⁵ En consecuencia, al caer la tarde, cuando el *Aurora* se aproximaba al puerto de Antilla, Fidel recopiló varias armas, hizo con ellas un fardo envuelto en nailon, lo amarró bien y lo tiró al agua; acto seguido, en compañía de otros tres expedicionarios, se lanzó a la bahía de Nipe. ¹³⁶ «Primero [relató Fidel] nos montamos en la

¹³³ En *Política: Teoría y Acción*, p. 12.

¹³⁴ C. Lechuga, «'Una guerra relámpago...», p. 85.

¹³⁵ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 91.

¹³⁶ Katiuska Blanco, *Todo el tiempo de los cedros. Paisaje familiar de Fidel Castro Ruz*, 1. ed., p. 240; Fidel Castro, «La historia real y el desafío de los periodistas cubanos», en *Granma*, año 44, no. 159, viernes 4 de julio de 2008, p. 2, col. 3. Según Elena Alavez, los otros expedicionarios eran Miguel Luján, Evaristo

lancha del práctico, pero él estaba muy preocupado porque si nos veían, nos iban a matar. Y yo dije: si nos descubren nos tiramos al agua. Entonces empezaron con reflectores para allá y en una de esas nos apuntaron y cumplí mi palabra y nos tiramos». ¹³⁷ De ese modo, cruzaron la bahía infestada de tiburones, nadaron hasta las costas de Cayo Saetía y lograron salvar algunas armas que después se perderían por una delación. «No me dejé arrestar más que nada por una cuestión de honor [aseguró Fidel años más tarde] me daba vergüenza que aquella expedición terminara arrestada». ¹³⁸

Con los restantes expedicionarios del *Aurora*, los oficiales de la Marina de Guerra cubana procedieron igual que como lo habían hecho con los del *Fantasma*: incautaron su armamento, los trasladaron a la fragata, los registraron, les dieron comida y les facilitaron el descanso a bordo hasta el día siguiente.

Tristes y desanimados, los expedicionarios del *Aurora* y del *Fantasma* habían logrado volver a reunirse solo en la desgracia. Ángel Miolán resumiría de modo elocuente el complejo sentimiento que los embargaba: «Difícilmente volverán a sentir [...] una pena más honda que aquella que hirió su corazón, ese día inolvidable, cuando se dieron cuenta de que se habían acabado sus sueños, porque en unos minutos habían dejado de ser hombres libres para convertirse en prisioneros». ¹³⁹

Ese mismo día, pero en horas de la mañana, los prisioneros del *Angelita* repartidos en dos camiones del Ejército y bajo la vigilancia de un grupo numeroso de soldados, fueron embarcados

Jiménez y José M. Cabrera (E. Alavez, «Aproximación a la verdadera historia de Cayo Confites», en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 97, no. 3-4, La Habana, julio-diciembre 2006, p. 148). De acuerdo con otras fuentes, uno de los expedicionarios era Ramón Mejías, *Pichirilo* (E. de la Osa, *Visión y pasión de Raúl Roa*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, p. 127), y otro el «'Pinto', un gigante de seis pies» (J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 71).

¹³⁷ E. Alavez, «Aproximación a la verdadera», p. 148. La autora cita un testimonio de Fidel que obra en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

¹³⁸ A. Alape, *El Bogotazo*, p. 639. En este pasaje se han tenido en cuenta, además de las obras citadas, los textos siguientes: F. Castro, *En esta Universidad*, p. 36; J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 48, 30 de noviembre de 1947, p. 100, y los testimonios de V. Mainardi y J. Bosch, en *Política: Teoría y Acción*, pp. 6 y 25.

¹³⁹ En *Política: Teoría y Acción*, p. 12.

hacia La Habana. Tomaron la Carretera Central y realizaron un viaje diferente al de los otros expedicionarios. «Entrábamos en los cuarteles para comer algo y orinar [contó Miguel Pumariega]. Los camiones iban cerrados con lona, no se sabía lo que llevaban. Tú mirabas y lo que veías eran soldados nada más, porque nosotros estábamos en el fondo del camión, porque era una cantidad de escolta con armamento, y nosotros desarmados, como si fuéramos unas fieras».

A las seis de la tarde llegaron a la prisión de Columbia, donde fueron internados y poco después cayeron rendidos por el agotamiento.

Una jugada magistral

Tan mal como en las costas orientales cubanas, marchaban los asuntos de la expedición en otras latitudes el lunes 29 de septiembre.

En Miami, en viaje de regreso a La Habana, fue detenido Manolo Castro, acusado de contrabandear armas por vía aérea de los Estados Unidos a Cuba. Según Dick Glass, corresponsal de la UP, en su comparecencia ante las autoridades, Manolo Castro había negado los cargos, pero el comisionado federal Roger Davis le fijó una fianza de 5,000 dólares para que pudiera disfrutar de libertad y dispuso que fuera juzgado por un tribunal federal el 24 de noviembre de 1947, en Jacksonville, Florida. Un informe de Charles Emerick, jefe del Servicio de Vigilancia de Contrabandos, lo acusaba de haber remitido armas a Cuba desde Jacksonville el 16 de agosto anterior. A tal fin, Castro y un tal Smith, experto en armas, habían alquilado un avión en Teterboro, New Jersey, al precio de 1,228 dólares, el cual aterrizó en Baltimore y tomó allí un cargamento de armas transferido de otra aeronave. El piloto del avión, Chester Miller, declaró que Castro le había propuesto trasladarlas a La Habana por 500 dólares. Miller aceptó y realizó el vuelo desde Jacksonville. De acuerdo con el corresponsal de la UP, Manolo Castro parecía muy preocupado por su detención y por medio del cónsul cubano había

enviado un mensaje a su esposa, en el que solicitaba la remisión de la suma exigida como fianza.¹⁴⁰

En La Habana, un decreto presidencial anunció la disolución del Servicio de Informaciones e Investigaciones Extraordinarias (SIIE), dirigido por el comandante Mario Salabarría. En Santa Clara, los miembros del Ejército y la Policía Nacional siguieron acuartelados sin que se hubiera dado una explicación de la medida. Continuaron también los registros de los vehículos que entraban y salían de la ciudad.¹⁴¹

A las tres de la tarde tuvo lugar en Columbia una conferencia de prensa a la que acudieron los directores de los periódicos habaneros y cuyo protagonista fue el teniente coronel Oscar Díaz Martínez, investigador de los sucesos de Orfila. Díaz hizo una pormenorizada recapitulación de lo acontecido desde la masacre hasta la captura de los desertores de Cayo Winchos, y enfatizó en la vinculación del arsenal de la finca América y las armas, películas y documentos ocupados en el Hotel Sevilla con la expedición de Cayo Confites. Añadió que como en el material incautado y en las declaraciones de los expedicionarios rendidos al Ejército aparecían graves cargos contra altos funcionarios del Gobierno, incluido el ministro de Educación en licencia José Manuel Alemán, había ordenado que el informe completo fuera enviado al Tribunal Supremo de Justicia para que iniciara la causa correspondiente.

Díaz puntualizó que el desplome de la expedición sobrevino tras la ocupación de las armas en la finca América, pues las tropas se habían dispersado y cada cual había tomado por su rumbo; en la desbandada, Masferrer había ordenado prepararlo todo para dispararle a la Marina de Guerra, a lo que se negaron muchos expedicionarios. Informó, además, que los detenidos se elevaban en total a 356: de ellos, 307 eran los desertores de Cayo Winchos; 40 los capturados en la goleta *Angelita* y los nueve restantes en el *Berta*. Así mismo, hizo un recuento de las embarcaciones y los aviones ocupados.

¹⁴⁰ *Información*, año XI, no. 232, martes 30 de septiembre de 1947, p. 1, col. 1 y p. 16, col. 6.

¹⁴¹ *Ibidem*.

Interrogado sobre el verdadero motivo de la expedición, Díaz expresó que según las actuaciones practicadas y las declaraciones de algunos testigos, «la tal expedición iba encaminada a crear una grave alteración de orden público en Cuba para evitar la celebración de las próximas elecciones». Y ante otra pregunta aseguró que el Ejército acusaría al que resultara responsable, «aun cuando este se llame Alemán».¹⁴²

Anunció que el día anterior había ordenado varios arrestos, entre ellos los del coronel Fabio Ruiz Rojas, jefe de la Policía Nacional en uso de licencia; Manolo Castro, debido a que se le había citado y no había comparecido, y Eufemio Fernández Ortega, excapitán de la Policía. Los periodistas sabían, sin embargo, que los dos últimos se hallaban fuera del país y que Ruiz Rojas había embarcado la víspera por vía aérea rumbo a los Estados Unidos, en compañía de su esposa, hijos y algunos amigos.

A estas alturas de la conferencia, un oficial del Ejército entró en el salón, se acercó al teniente coronel Díaz y le habló al oído. Al reanudar su declaración, el oficial investigador manifestó que se acababa de recibir un radiograma según el cual los dos últimos barcos expedicionarios (el *Fantasma* y el *Aurora*) estaban entrando en puertos cubanos. Díaz consideró que la expedición era un asunto completamente terminado; reiteró que el informe con todos los indicios acusatorios contra altos funcionarios ya había sido enviado al Tribunal Supremo de Justicia, y advirtió que muchos presentados habían entregado sus diarios, en los cuales aparecían cosas muy graves.

Terminada la conferencia, se permitió a los periodistas pasar a la prisión militar. Desnutridos y agotados, los prisioneros se hallaban diseminados en los cincuenta metros cuadrados del patio. Algunos descansaban en catres de campaña del Ejército. En su mayoría estaban semidesnudos, harapientos y barbudos. Abordados por los periodistas, muchos de ellos hicieron declaraciones y relataron vicisitudes de la expedición. A juzgar por lo publicado, casi todos coincidieron en que Rolando Masferrer tenía la intención

¹⁴² *Prensa Libre*, año VII, no. 1925, martes 30 de septiembre de 1947, p. 4, col. 2.

de disparar contra las naves de la Marina de Guerra cubana y que habían sido engañados por los jefes del movimiento, en primer lugar por el jefe del batallón Sandino.

A las cinco de la tarde, el general Genovevo Pérez Dámera salió del Palacio Presidencial tras una visita de una hora al presidente Ramón Grau San Martín en compañía de los coroneles jefes de los nueve distritos militares, la Aviación, la Sanidad Militar, la Auditoría y otros departamentos. Interrogado por los periodistas sobre la expedición de Cayo Confites, Pérez Dámera respaldó las declaraciones que Oscar Díaz acababa de hacer; añadió que los detenidos en Columbia se habían presentado ante las gestiones de sus fuerzas para evitar derramamiento de sangre y que había ordenado permitirles recibir a sus familiares, así como relatarles la aventura que habían vivido y el trato recibido por parte del Ejército.

Al evocar su reciente afirmación de que en Cayo Confites no había nada, expresó que lo había hecho teniendo conocimiento de que, efectivamente, allí no ocurría nada, pero ello no excluía que esas actividades se realizaran en otros lugares. Añadió que en el territorio a su cargo —del litoral hacia dentro— él podía garantizar que no había nada; pero no podía hacer igual afirmación respecto de algunas zonas bajo la jurisdicción de otras autoridades. La alusión a la Marina de Guerra y al comodoro Águila Ruiz era transparente.

Por último, ratificó que Oscar Díaz estaba deduciendo testimonios para cursarlos a las autoridades competentes, y reiteró su convicción de que las armas requisadas estaban destinadas contra el Ejército, como se podría comprobar por las declaraciones que libremente harían los detenidos en Columbia.

En horas de la noche, el periodista y escritor norteamericano Albert C. Hicks formuló una declaración alarmante al corresponsal de la UP en La Habana: desde hacía setenta y dos horas no tenía noticias de su íntimo amigo y líder del exilio dominicano, doctor Ángel Morales. A requerimiento del presidente Grau San Martín —dijo Hicks—, Morales había partido a las 3:00 a. m. del 27 de septiembre rumbo a Cayo Confites para exhortar a los revolucionarios

a que depusieran las armas y se entregaran pacíficamente, a fin de evitar un posible derramamiento de sangre. Desde entonces no se le había visto ni se tenían noticias suyas. Agregó que Morales había viajado al cayo a bordo de un avión de la Marina de Guerra cubana y, como esta había desempeñado el papel principal en la captura de los revolucionarios, estaba preocupado por la suerte de su amigo. Por esa razón, apelaría a los funcionarios oficiales para que realizaran una investigación a fondo si el doctor Morales no aparecía el martes 30. La declaración de Hicks adquirió ribetes dramáticos al recordar que en 1934 esbirros trujillistas habían atentado contra la vida de Morales en Nueva York, pero no consiguieron su objetivo porque se confundieron y asesinaron a su compañero de habitación, el doctor Sergio Bencosme.¹⁴³

El respaldo que, a la salida del Palacio Presidencial, le dio el general Pérez Dámera al teniente coronel Díaz Martínez por su actuación en la conferencia de prensa en Columbia, hizo creer que el jefe del Ejército contaba a su vez con la venia del presidente Ramón Grau San Martín. Pero hay motivos para dudarlo.

Al parecer, cuando Grau se enteró de lo realmente acontecido en Columbia, comprendió que el asunto de la expedición se le estaba yendo de las manos y decidió parar en seco los ímpetus de Pérez Dámera. En consecuencia, lo convocó a su despacho, en compañía de Díaz Martínez, en el nada habitual horario de las 12:25 a. m. del martes 30 de septiembre. Allí, tras una brevísima entrevista, el presidente llamó a los periodistas acreditados en Palacio y, en presencia de los mencionados oficiales, declaró: «Pueden publicar que el teniente coronel Oscar Díaz no ha hecho las declaraciones que se le atribuyen, publicadas en distintos periódicos, y que como militar de honor ha venido a desmentirlas, siendo su única misión la de elevar la causa de Marianao a los tribunales competentes».¹⁴⁴

Visiblemente conturbado, Díaz manifestó: «Me he concretado a darle cuenta a los tribunales de mis actuaciones, sin hacer

¹⁴³ *Información*, año XI, no. 232, martes 30 de septiembre de 1947, p. 27, col. 3.

¹⁴⁴ *Ibíd.*, p. 16, col. 5. Las declaraciones de Oscar Díaz y Pérez Dámera que siguen, proceden de la misma fuente.

declaración alguna a la prensa respecto a esos particulares, siendo por tanto falsas las que se me atribuyen».

La operación era clara: Grau no iba a permitir que José Manuel Alemán se convirtiera en el chivo expiatorio de la aventura de Cayo Confites, ni que Pérez Dámera continuara su desenfrenado protagonismo, porque en ambos casos la situación se podía revertir contra él como presidente. Esto, de hecho, ya estaba ocurriendo y Grau era demasiado astuto para no haberse percatado.

Al salir del despacho presidencial, el jefe del Ejército no resistió la tentación de lucirse ante los periodistas: «La noticia principal [dijo] es que se han presentado a las autoridades marítimas en Nuevitás y Antilla dos fragatas revolucionarias con 800 hombres y que barcos y hombres son trasladados a La Habana». Acto seguido, hizo una brusca transición y volvió al tema que más interesaba a su auditorio: «Tanto el teniente coronel Díaz como yo, como Jefe del Ejército, sabemos que nadie está más interesado que el Presidente de la República en celebrar elecciones honradas; que en ningún momento el teniente coronel Díaz hubo manifestado que el Gobierno no quería hacer elecciones, porque está plenamente convencido». Y, dirigiéndose a Oscar Díaz, le preguntó: «¿No es verdad, coronel?» «Así es», reconoció dócilmente el oficial investigador.

Entonces, en un esfuerzo por tratar de convertir el correctivo presidencial en triunfo propio, Pérez Dámera terminó con aire solemne: «Para gloria de todos los cubanos van a celebrarse elecciones en 1948, que nos prestigiarán a todos, porque ese es el deseo del Jefe del Estado, que es el Jefe nato del Ejército de la República».

Tal como había ocurrido en los días iniciales de la conspiración antitrujillista, la política cubana y la expedición de Cayo Confites se volvían a dar la mano, pero esta vez sobre las cenizas del proyecto revolucionario dominicano.

Esa madrugada comenzó el traslado de los expedicionarios-prisioneros desde los barcos hasta el puerto de Antilla, donde quedaron bajo la jurisdicción del Ejército. El cambio fue ostensible: del trato cordial de las fuerzas de la Marina, pasaron a las brutalidades y humillaciones de las tropas al mando del coronel Epifanio Hernández, de nefasto recuerdo para los hombres del ELA.

Recibidos por los soldados en zafarrancho de combate y las armas terciadas, los expedicionarios fueron nuevamente sometidos a registro, pero con la diferencia de que ahora les arrebataron todo lo útil o valioso que llevaban encima: dinero, carteras, plumas, bolígrafos, cámaras fotográficas y de cine, relojes y otras prendas. Por obra y gracia de la rapacidad cuartelera, tales objetos se habían transformado en piezas de convicción. Una de ellas llamó sobremanera la atención: los «más de trescientos pesos» encontrados en los bolsillos de Masferrer, quien había dicho que «no tenía un centavo».¹⁴⁵ Al ver que los soldados se apropiaban también de las cantimploras, algunos expedicionarios arrojaron las suyas contra el suelo y las pisotearon hasta romperlas.

No faltaron los maltratos físicos, y el coronel Epifanio Hernández dio el mal ejemplo al empujar a varios de los que protestaban. Impotentes y ultrajados, muchos expedicionarios echaron de menos las armas que les habían quitado; otros anhelaron que sus bárbaros captores estuvieran desarmados para poner a prueba su valentía en igualdad de condiciones, y probablemente todos sintieron que hechos de esta naturaleza justificaban hacer lo que nunca habían deseado: enfrentarse con el Ejército cubano. Entonces, como si obedecieran a una consigna imaginaria, aquellos hombres profirieron a coro unos gritos que resumían y simbolizaban su indignación: «¡Abajo el Presidente! ¡Abajo Pérez Dámera! ¡Muera Epifanio!» Y entonaron los himnos de combate del ELA.¹⁴⁶

Hambrientos y sedientos, pues no les habían brindado desayuno ni agua, los hicieron subir a unos vagones ferroviarios de carga cuyos pisos, cubiertos por restos de azúcar, miel de purga e inmundicias, estaban pegajosos y despedían olores nauseabundos. Allí permanecieron hacinados más de tres horas, con una falta de aire y un calor sofocantes, mientras se realizaban las labores de embarque.

Una vez concluido este, partió el tren rumbo al poblado de Martí, donde fueron trasbordados para uno de pasajeros de tercera

¹⁴⁵ H. Lamothe, *La verdad sobre Cayo Confites*.

¹⁴⁶ J. Yániz Pujol, «59 días con los expedicionarios», en *Bohemia*, año 39, no. 48, 30 de noviembre de 1947, p. 100.

clase —aunque limpio y con asientos de madera— y les dieron un pan con carne y un vaso de agua con azúcar. Fueron instalados a razón de 60 hombres por coche, vigilados por una pareja de guardias en ambas puertas, sin poder moverse de sus puestos. Y así emprendieron el viaje hacia La Habana. En contraste con los agravios de la soldadesca, al paso del tren por los poblados los vecinos trataban a los expedicionarios como héroes y, en gesto afectuoso y solidario, les ofrecían agua, comida, frutas y flores.

La captura de la expedición de Cayo Confites y la presentación pública de los desertores de Cayo Winchos comenzaron de inmediato a repercutir en medios políticos cubanos y extranjeros.

Los gobiernos de Guatemala y Venezuela negaron toda conexión con el movimiento antitrujillista y desmintieron las declaraciones de algunos prisioneros, según las cuales aquellos habían financiado la expedición.¹⁴⁷

Al salir del despacho presidencial, después de una entrevista con su amigo Grau San Martín, el senador Luis Caíñas Milanés comentó acerbamente los últimos sucesos relacionados con la empresa revolucionaria. «Todo eso [dijo] ha sido una maniobra [...] del Ejército contra el doctor Ramón Grau San Martín», y calificó de «jugada magistral» la del presidente al compeler a Pérez Dámera y Oscar Díaz a desmentir las declaraciones formuladas poco antes por ellos mismos.¹⁴⁸

En Washington, el vocero del Departamento de Estado, Michael Mc Dermott, declaró que los Estados Unidos estaban complacidos porque había terminado la «amenaza para la paz» en el Caribe que representaba el proyecto de «golpe de Estado» contra la República Dominicana. Desde julio —dijo—, su Departamento había tomado medidas a fin de impedir la exportación ilegal de material bélico destinado a dicho proyecto y la utilización del territorio norteamericano como base de operaciones de la conspiración revolucionaria. Añadió que a raíz de la nota circular de la Cancillería dominicana, su Departamento le había informado al encargado de negocios de Santo Domingo las medidas acordadas

¹⁴⁷ *Noticias de Hoy*, año X, no. 233, miércoles 1 de octubre de 1947, p. 6, col. 6.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 1, col. 4.

por el Gobierno norteamericano, con las cuales el diplomático dominicano había expresado su «completa satisfacción».¹⁴⁹ Se ponía de manifiesto, oficialmente, la reconciliación de Washington con el tirano de Quisqueya. A la hora de la verdad, el imperio dejaba sus veleidades democráticas a un lado y transaba una vez más a favor del *Generalísimo*.

Aparentemente escandalizado por lo que estaba ocurriendo en Cuba y el estrecho vínculo de la expedición con los Estados Unidos, el diario norteamericano *The New York Times* solicitó al Gobierno de su país una minuciosa investigación sobre el proyecto de invasión antitrujillista. Al mismo tiempo, comentó la actuación de las autoridades de la Isla con una poco disimulada simpatía: «Parece que el Gobierno cubano ha seguido el camino más eficaz, esperando hasta que la expedición estuviera totalmente organizada y en vías de ejecución, para actuar rápida y eficientemente y aprehender a los conspiradores y tomar el material bélico».¹⁵⁰ El diario no empleó la expresión acuñada por el senador Luis Caíñas Milanés, pero su pragmático comentario induce a pensar que la liquidación de la expedición había sido la verdadera «jugada magistral» de Grau San Martín.

En La Habana, a nombre del Comité Central Revolucionario Dominicano, Ángel Morales, Leovigildo Cuello y Juan Isidro Jimenes-Grullón suscribieron una extensa declaración que parecía el epitafio de la expedición antitrujillista. Aseguraron que la Revolución dominicana había perdido una batalla antes de iniciarla, debido a que el destino se había interpuesto a la culminación victoriosa del proyecto expedicionario, y las tropas se vieron obligadas a entregar sus armas y sus sueños «a los máximos amigos de ayer». Y, aunque juzgaron prematuro establecer plenamente las responsabilidades, adelantaron que habían sido abandonados, pues Trujillo había encontrado amigos que se pusieron a su servicio y determinaron la «suspensión» de la ayuda imprescindible que recibían.

¹⁴⁹ *El Crisol*, año XIII, no. 224, miércoles 1 de octubre de 1947, última página, col. 3.

¹⁵⁰ Reproducido por *El Crisol*, año XIII, no. 224, miércoles 1 de octubre de 1947, última página, col. 2.

Los miembros del CCR reconocieron el respaldo brindado por Cuba y los pueblos democráticos de América, y subrayaron que su único propósito era derrocar la tiranía de Trujillo e implantar en la República Dominicana un régimen de democracia política y económica. Por tanto, mentían a conciencia quienes decían lo contrario con el fin de justificar la alevosía que había dado al traste con esa noble empresa. «De Cuba [afirmaron] recibimos el más solícito y pródigo apoyo y nunca podíamos nosotros responder a ese gesto de solidaridad volviendo las armas contra los hombres u organismos que nos amparaban y ayudaban».

Subrayaron que su fracaso era también una derrota de la democracia, en el momento en que el aplastamiento del nazifascismo en la Segunda Guerra Mundial debió asegurar su victoria. Pero, ante la desgracia del pueblo dominicano, las «naciones democráticas» habían aplicado las mismas tácticas de apaciguamiento utilizadas antes con los gobiernos de Hitler y Mussolini, pues para ellas el escándalo y el peligro no estaban en la existencia de aquellos regímenes, sino en que desencadenaran una contienda bélica. En consecuencia, había quienes decían que el deber fundamental era «mantener la paz» en vez de «destruir un régimen de oprobio, como el de Trujillo [...] vergüenza de América y negación de los principios de libertad y justicia por los cuales lucharon las Naciones Unidas en la última guerra».¹⁵¹ La alusión al Gobierno de los Estados Unidos era sutil, pero bastante perceptible.

En otra declaración, pero a título individual, Ángel Morales afirmó que los asuntos de la expedición iban de lo mejor hasta hacía muy poco cuando comenzaron a deteriorarse a causa del bagaje de rumores y la confusión reinantes. Aclaró que su ausencia de La Habana obedeció a que había ido a la región oriental porque le dijeron que los expedicionarios estaban sin alimentos y agua, y cercados por seis unidades de la Armada cubana. Y ese viaje, por supuesto, requería discreción.¹⁵²

¹⁵¹ *Bohemia*, año 39, no. 40, 5 de octubre de 1947, p. 47.

¹⁵² *Noticias de Hoy*, año X, no. 233, miércoles 1 de octubre de 1947, última página, col. 3.

Noticias de Hoy, órgano oficial del Partido Socialista Popular, dedicó un largo editorial al «escándalo de Cayo Confites» que, a su juicio, había puesto de relieve el aventurerismo y la perfidia de «ciertas gentes» que habían jugado con los sentimientos del pueblo cubano y con la tragedia del dominicano. El fracaso de la expedición —aseguró— se había debido a su «podrida raíz aventurerista», las intrigas de los «organizadores», el escándalo con que procedieron, el exhibicionismo barato y muchas cosas más que minaron el proyecto por su base. Había mucho de oscuro —añadió el diario—, pero sin duda uno era el fin de los organizadores y otro el de la masa sana de los expedicionarios. Los primeros empollaban una tremenda aventura contra Cuba: perturbar las elecciones de junio del 48 y frustrar la transferencia constitucional de poderes; los segundos soñaban con ayudar a la liberación del pueblo dominicano. «No puede concluirse otra cosa cuando se sabe el papel organizador que ha jugado José Manuel Alemán, el funesto cacique del inciso K, en todo esto, y cuando se conocen las declaraciones de los propios expedicionarios sobre la actuación sospechosa y torcida de los jefezuelos incapaces y desorbitados».¹⁵³

En su carácter de presidente del Comité Senatorial Cubano Pro-Democracia en Santo Domingo, el senador Eduardo Chibás acusó al presidente Ramón Grau San Martín de haber traicionado la causa de la liberación dominicana, después de brindarle hospitalidad y amparo a los refugiados políticos de ese país. Según el líder ortodoxo, con su pérvida actuación y utilizando a José Manuel Alemán como testaferro, Grau había tomado esa noble causa como cortina de humo para ocultar sus manejos tortuosos encaminados a dar un golpe de Estado contra la Constitución y la democracia. «Con el pretexto de libertar a Santo Domingo del dictador Trujillo [precisó] estaba conspirando para suspender las próximas elecciones y convertirse en dictador de Cuba». Chibás fustigó a los políticos gubernamentales que se empeñaban en exonerar al presidente de la terrible responsabilidad histórica

¹⁵³ *Ibidem*, p. 1, col. 1 y p. 5, col. 5.

de haber aplastado sin miramientos la expedición revolucionaria después de haberla alentado, y en echar las culpas sobre el Ejército y la Marina de Guerra. «Esto es falso [aseguró]. La expedición revolucionaria de Santo Domingo fue liquidada en las costas de Oriente y Camagüey por órdenes del Presidente Grau, cuando se frustró, como consecuencia de los sangrientos sucesos de Marianao, el intento de golpe de Estado planeado contra las instituciones democráticas de nuestra República».¹⁵⁴

El miércoles 1 de octubre de 1947 el Senado aprobó por 31 votos contra 12 una moción de desconfianza contra el ministro de Educación, José Manuel Alemán. En este acuerdo no solo influyó la corrupta ejecutoria de Alemán, sino también la convicción de su complicidad en el golpe de Estado que parecía esconderse detrás de los sucesos de Orfila. Esa noche Alemán presentó su renuncia al presidente Grau, quien inmediatamente después lo designó ministro sin cartera en gesto que denotaba su desprecio por la voluntad parlamentaria y popular. Pero el hecho, de por sí escandaloso, no quedó ahí. A fin de amortiguar la repercusión del voto en el Senado y levantar la imagen de Alemán, aspirante cuando menos a un escaño en el mismo órgano legislativo que lo había sancionado, las huestes del BAGA se dieron a la tarea de organizar un acto de desagravio por su *obra* como ministro de Educación, el cual fue convocado para el 9 de octubre frente a la estatua de Máximo Gómez, en la plazoleta homónima. La elección del monumento al insigne patriota cubano-dominicano para semejante *show* político, no fue una inocente coincidencia.

Ese mismo día, tropas del Ejército registraron la residencia habanera de Juan Bosch, sita en la avenida 12 de Marianao. Su esposa, Carmen Quidiello Castillo, no se extrañó pues no era la primera vez que tal cosa ocurría, aunque sí la más aparatosa por su trascendencia pública; y declaró que como el Ejército registraba su casa diariamente, había decidido mudarse.

De forma casi simultánea, llegaban 52 expedicionarios prisioneros a la fortaleza de La Cabaña, los cuales habían decidido

¹⁵⁴ *Prensa Libre*, año VII, no. 1926, miércoles 1 de octubre de 1947, p. 1, col. 8 y p. 2, col. 4.

continuar la huelga de hambre comenzada en Columbia el día anterior, a la hora de la comida, por iniciativa de un grupo de hombres del *Berta*. La acción de protesta se debía a que llevaban 72 horas de arresto y no los habían presentado ante un juez como disponía la ley. Este fue el colofón de una serie de gestiones realizadas en ese sentido desde su arribo a Columbia, que las autoridades del penal habían desatendido. La atmósfera se había caldeado más por la decisión de los militares de sacar de sus celdas a los hombres del *Berta* y ubicarlos en una amplia galera junto a los desertores de Cayo Winchos. Anunciada la huelga, los militares amenazaron con fuertes castigos a los que no se retractaran.

A la mañana siguiente los prisioneros que se negaron a tomar el desayuno, fueron montados en camiones y conducidos a la prisión militar de La Cabaña. Allí un oficial les dijo que podían hacer todas las huelgas que desearan porque se les respetarían todos sus derechos, incluido el de morir de hambre. Continuaron la huelga ese mediodía, pero a la hora de la comida más de la mitad de los hombres desistieron de proseguirla, lo cual originó una discusión y un tumulto tales que se requirió la intervención de los guardianes para restablecer el orden.¹⁵⁵

El primero de octubre también llegó al puerto de La Habana el destructor norteamericano *Sutton* 771. Según los rumores circulantes, era uno de los buques que rondaban desde hacía varios días las aguas próximas a los lugares donde se encontraban los expedicionarios. Su imprevista aparición trajo a muchos cubanos el infausto recuerdo de la presencia amenazadora de la Armada yanqui en momentos clave de la historia de Cuba, y despertó temores. Pero esta vez la sospecha no encontró asidero en la realidad, pues la visita resultó completamente anodina.

A las 8:30 p.m., coincidiendo con la «renuncia» de Alemán, llegaron al apeadero Carnino —ubicado en Santa Rosa y antigua calzada de Columbia, al fondo del campo de aviación del Ejército— los últimos 725 expedicionarios de Cayo Confites. Habían viajado en un tren militar formado por 16 coches de

¹⁵⁵ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, pp. 88-90.

pasajeros, dos vagones de carga con armamentos y tres locomotoras, al mando del coronel Epifanio Hernández y custodiado por 125 soldados. En Carnino fueron sometidos a la vigilancia de carros artillados con piezas calibre 50 y unos 300 soldados armados de fusiles y ametralladoras, dirigidos por el coronel Quirino Uría, quien tenía a su lado al oficial investigador Oscar Díaz Martínez.

Apenas descendieron del tren, los prisioneros tomaron los camiones del Ejército hasta el campamento de Columbia. Allí se les hizo pasar ante una mesa en la que varios soldados registraban sus nombres y apellidos (aunque algunos como Pedro Mir alteraron los suyos para no aparecer en las listas negras de Trujillo) y luego fueron conducidos a la clínica 4 de Septiembre del Hospital Militar, donde se les dio alojamiento.

Los periodistas y los cientos de familiares que aguardaban, fueron testigos de los gritos proferidos por los expedicionarios desde su llegada a la capital; unos de vivas a la Revolución dominicana; los más contra Trujillo, contra el presidente Grau y, en especial, contra el general Pérez Dámera, a quien acusaban de haberlos traicionado y haberse vendido a Trujillo. Las declaraciones y testimonios recogidos por los reporteros —algunos llegaron a decir que la suma pagada por el *Benefactor* ascendía a ocho millones de pesos—, coparían múltiples espacios de periódicos, revistas y programas radiales a partir de esa misma noche.

El incidente de mayor trascendencia ocurrió cuando los profesionales de la información interceptaron el tren en el paradero de Ciénaga. Allí, el periodista y locutor Germán Pinelli se acercó a Rolando Masferrer para tomarle declaraciones. Muy excitado y nervioso, el exjefe del batallón Sandino comenzó a lanzar una andanada de improperios y exabruptos. Pero, a un cierto punto, alguien le señaló que sus palabras no estaban saliendo al aire y entonces Masferrer, muy molesto, arrojó violentamente el micrófono ocasionándole una grave herida en el rostro al periodista Matías Barceló. Aunque Masferrer negó haber agredido a la víctima y adujo que se había tratado de un accidente, el suceso se dio por cierto y pocos dudaron de su autenticidad, dado el notorio temperamento de su autor.

Hubo otros testimonios que también tuvieron algún impacto. Tales fueron el de Armentino Fera, *El Indio*, quien acusó al general Pérez Dámera de haberse vendido a Trujillo por varios millones de pesos; el de Juan Bosch, quien de modo enigmático anunció que haría «sensacionales declaraciones», y el de Enrique Cotubanamá Henríquez. Este último aseguró que el propósito exclusivo de la expedición era derrocar el régimen de Trujillo y eran «mentirosos e interesados» los rumores de que «quisiera, ni pudiera, emplearse para atacar al Gobierno de Cuba, o a su Ejército». Así mismo, afirmó que las culpas del fracaso eran de diverso orden y magnitud, y algunas debían recaer «sobre los organizadores cubanos y extranjeros». La más grande y evidente era, a su juicio, la traición; pero no precisó en qué consistía, ni quiénes eran sus autores. Sin embargo, dijo, no debía «abrumarse al gobierno actual con responsabilidades que no le incumben solo a él».¹⁵⁶

Algo parecido ocurrió con algunos de los familiares de los expedicionarios, en particular el padre y los cinco hermanos de Jesús Alfaro Goicochea, *Mejoral*, quienes a partir de testimonios de varios compañeros de este responsabilizaron de su muerte a Rolando Masferrer. Según ellos, Mejoral se había opuesto resueltamente a que los expedicionarios dispararan contra los marineros cubanos y por ese motivo Masferrer ordenó a Cascarita que le disparara. Pero eso no fue todo. Los familiares de Mejoral exigieron que se abriera una investigación y aseguraron que el joven expedicionario había sido llevado a Cayo Confites engañado, pues le habían prometido que iba a trabajar a Santo Domingo, y acusaban de ello a Julio Salabarría y a Rolando Masferrer. Estas historias eran total o parcialmente disparatadas, pero en medio del desconcierto existente todo o casi todo era creíble.

Entretanto, tras una dilatada reunión, la Sala de lo Criminal del Tribunal Supremo de Justicia acordó iniciar la causa criminal no. 16 de 1947 contra el ministro José Manuel Alemán y los dirigentes de la expedición de Cayo Confites, así como liberar a todos los expedicionarios con categoría de simples soldados. El

¹⁵⁶ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 234, jueves 2 de octubre de 1947, p. 1, cols. 2, 4 y 5.

magistrado Evelio Tabío Castro Palomino, ponente de la denuncia y juez especial designado, declaró que la acusación constaba de 400 páginas escritas a un espacio, unas 300 declaraciones de expedicionarios, infinidad de fotografías de personas, armas, películas, cartas y otras piezas de convicción obtenidas desde las ocupaciones en la finca América y el Hotel Sevilla-Biltmore hasta las detenciones de los expedicionarios.

Los delitos imputados a Alemán estaban comprendidos en varios artículos del Código de Defensa Social y eran: alistamiento u otros actos hostiles contra potencia extranjera; violación de tregua o armisticio con potencia foránea; compromiso de la dignidad e intereses de la República; reclutamiento no autorizado para servicio militar de potencia extranjera; hechos encaminados a cambiar en todo o en parte la Constitución de la República o la forma de gobierno establecida por medio de la violencia, y tratar de impedir o estorbar las elecciones. Para ellos, el Código prescribía largas condenas de privación de libertad.

En horas de la noche, madres, hermanas y otros familiares de los expedicionarios se congregaron frente al Capitolio Nacional para reclamar la inmediata libertad de los suyos. Paralelamente, grupos de expedicionarios de los recién llegados a Columbia y desertores de Cayo Winchos protagonizaban un altercado que requirió la intervención del Ejército. «Fue la bronca del siglo [afirmó Miguel Pumariega] a gaznatones limpios... y hubo dos tipos heridos de bala del Ejército. Pero sofocaron la revuelta. Y luego los que no cabían en las prisiones militares, los metían en los cuarteles. En cada litera había un soldado y no había forma de escapar de allí».

Así terminaba la expedición de Cayo Confites. Se había cumplido al pie de la letra la profecía del expedicionario Danilo Valdez cuando aseguró que del cayo solo saldrían para las cárceles cubanas. En la capital dominicana, en tanto, Trujillo y su corte guardaban un astuto silencio y disfrutaban la victoria. Tenía razones el *Generalísimo* para estar feliz, pues sus deseos se habían convertido en realidad: la expedición había sido fríamente aniquilada por sus propios patrocinadores.

ECOS DE LA EXPEDICIÓN

*Los amigos. Las diversas opiniones. Los planes impracticables.
Todo eso contribuyó a retardar el movimiento. Teníamos
un noventa por ciento de locos en esta empresa.*

JUAN RODRÍGUEZ

Tras la llegada a La Habana de los prisioneros del *Fantasma* y del *Aurora*, los acontecimientos relacionados con la expedición de Cayo Confites tomaron un ritmo fluctuante; a veces vertiginoso, a veces acompasado: eran los estertores del fracaso.

El jueves 2 de octubre fueron liberados los desertores de Cayo Winchos y los presos que se encontraban en La Cabaña, mientras en Columbia estallaba una multitudinaria huelga de hambre al enterarse las tropas de que Juan Bosch había comenzado una acción semejante desde su arresto en Antilla. La huelga tenía el propósito de solidarizarse con el líder dominicano y presionar al Gobierno de Cuba para obtener la libertad de los cientos de expedicionarios que aún guardaban prisión. Desde antes y mediante un grupo de abogados que formaban parte del ELA, estos prisioneros habían presentado un recurso de *habeas corpus* dirigido al Tribunal Supremo de Justicia.

Preocupado por la envergadura del suceso, el general Genovevo Pérez Dámera mandó a buscar a Bosch a la residencia que, en su condición de jefe del Ejército, ocupaba en el campamento de Columbia. Allí se encontraban varios periodistas amigos de Bosch —entre ellos Sergio Carbó, director y dueño del diario *Prensa Libre*, y Francisco Ichaso, del *Diario de la Marina*—, así como el doctor Leovigildo Cuello, miembro del CCR.

Pérez Dámera fue directamente al grano: había convocado a Bosch para que sus amigos vieran que no estaba herido ni en peligro de muerte y para que le explicara, en presencia de tan selecto auditorio, los motivos de su huelga. Bosch manifestó extrañeza de que el general no estuviera informado, pues se había declarado en huelga de hambre y sed ante un oficial solicitado expresamente por él con ese fin. No obstante, le informó que su acción era en demanda de que fueran puestos en libertad todos los expedicionarios no dominicanos y todos los dominicanos que no tuvieran posiciones de mando militar o político en la expedición. Oído esto, el jefe del Ejército le preguntó qué haría si él le daba su palabra de honor de que al día siguiente se comenzaba la liberación de los presos de filas y en los días posteriores a los restantes. El líder dominicano le respondió que en ese caso rompería la huelga de inmediato.

Pérez Dámera no arriesgaba casi nada con su oferta, pues ya la Sala de lo Criminal del Tribunal Supremo de Justicia había acordado liberar a todos los expedicionarios que tenían la categoría de soldados; además, dada su jerarquía militar y su acceso a información, podía conocer o intuir la decisión que las altas esferas del poder tomarían respecto a los jefes del ELA que se hallaban en prisión.

Contraído el compromiso, a Bosch se le ofreció de comer y beber, pero a causa de su debilidad física solo pudo ingerir un jugo de naranja. Esa misma noche sufrió un ataque de diarreas que motivó su ingreso en el hospital de Columbia, donde los médicos le diagnosticaron disentería amebiana. «Ese mal [contaría Bosch años después] nos retuvo en el hospital militar varios días y por tanto quedó rota la comunicación entre nosotros y los expedicionarios presos, pero se nos dijo que todos habían sido puestos en libertad tal como nos lo había prometido el general Pérez».¹

En efecto, el viernes 3 de octubre fueron liberados los 721 expedicionarios de filas prisioneros en Columbia. Y dos días más tarde obtuvieron la libertad provisional 26 jefes del ELA, luego del

¹ En *Política: Teoría y Acción*, p. 26. Además, en J. D. Grullón, *Cayo Confites*, pp. 88-90.

pago por la jefatura del movimiento de una fianza de 130,000 pesos, a razón de 5,000 *per capita*.²

Avalancha mediática

La liberación de los jefes del ELA dio inicio a una verdadera avalancha de testimonios, comentarios y declaraciones sobre la expedición. Las más esperadas, sin duda, fueron las de Juan Bosch debido a su anuncio previo de que serían sensacionales. La realidad, sin embargo, se quedó por debajo de las expectativas. Desde su lecho de enfermo, alimentado por venoclisis y visiblemente decaído, el líder dominicano no hizo revelaciones trascendentales. Se dijo satisfecho por la liberación de los expedicionarios, negó que existieran fricciones entre los dirigentes del movimiento en los últimos días y afirmó que, con excepción del coronel Epifanio Hernández, los militares con los cuales tuvieron trato se habían portado muy finamente. Lo más cerca que anduvo de una información de primera plana fue cuando indicó como responsables del fracaso de la expedición a «muchas figuras continentales [...] a las cuales en su oportunidad habré de señalar».³ Pero no pasó de ahí.

Juan Rodríguez se reveló más locuaz. Desde el Hospital Militar, donde también se hallaba recluido, dijo que había afrontado por sí solo los gastos de la expedición, aunque admitió que muchos cubanos simpatizantes de la causa dominicana habían aportado recursos y expresó que ignoraba si funcionarios del Gobierno habían contribuido a la compra de armas. Reconoció que los barcos del ELA habían operado furtivamente en las costas cubanas, con

² Estos eran: Manuel Alexis Liz, José Ricardo Alfonseca, Mario Álvarez Izquierdo, Ramón Báez Ramírez, Diego Bordas, Juan Bosch, Manuel C. Rodríguez, Bruno de la Cruz, Armentino Fera, Raúl García, Carlos Daniel Grullón, José Diego Grullón, Guillermo Igenari Torchilane, Juan E. Luna, Feliciano Maderne, Rafael Mainardi, Virgilio Mainardi, Marín P. Mariño, Daniel Martín, Germán Martínez Reyna, Rolando Masferrer, Fausto A. Morales, Miguel Ángel Ramírez, Jorge Rivas Montes, José Horacio Rodríguez y Juan Rodríguez (*El Crisol*, año XIII, no. 250, sábado 1 de noviembre de 1947, p. 1, col. 8 y p. 4, col. 8).

³ *Prensa Libre*, año VII, no. 1930, domingo 5 de octubre de 1947, p. 2, col. 5.

la cooperación de las autoridades navales y militares, pero desmintió que la expedición hubiera tenido intenciones de actuar contra las elecciones en Cuba. «Yo tenía prevista esa contingencia [puntualizó] compensando las fuerzas para frenar en cualquier momento una intentona de esa índole [...] Estaba dispuesto a jugarle la vida para impedirlo». Entre las causas del fracaso señaló la demora y explicó las razones de esta: «Los amigos. Las diversas opiniones. Los planes impracticables. Todo eso contribuyó a retardar el movimiento. Teníamos un noventa por ciento de locos en esta empresa. Mientras yo actué solo, las cosas iban bien... pero después vino el desastre». Interrogado sobre el papel desempeñado por los Estados Unidos, declaró: «Yo creo que efectivamente Estados Unidos tenía interés en que este movimiento abortara». Por último, confesó que estaba muy apenado por todo lo ocurrido, pues no había venido a Cuba «para hacer sufrir a los cubanos ni a proporcionarles disgustos y molestias».⁴

Este sentimiento de Juan Rodríguez fue compartido por su hijo, José Horacio, quien manifestó su preocupación porque las autoridades cubanas y de otros países sufrieran algún perjuicio por la cooperación que habían prestado en el empeño de liberar a la República Dominicana de la dictadura de Trujillo. «Nosotros [subrayó] asumimos toda la responsabilidad que pueda haber de estos hechos».⁵

Rolando Masferrer declaró que las autoridades cubanas —«muy especialmente el doctor Grau»— tenían amplio conocimiento del movimiento, al cual el Gobierno de Cuba había brindado un amplio apoyo técnico y económico; dichas autoridades conocían, así mismo, del apoyo y la simpatía de los gobiernos de Guatemala y Venezuela. Aseguró que el general Pérez Dámera había aprovechado la expedición «con miras políticas en contra del ministro de Educación, José Manuel Alemán». Muy limpias eran, según el jefe del batallón Sandino, sus propias intenciones en la empresa: «Nosotros [...] solo teníamos como objetivo el derrocamiento de la dictadura de Trujillo».⁶

⁴ *Ibídem*, p. 2, cols. 1-4.

⁵ *Ibídem*, col. 4.

⁶ *Ibídem*, cols. 6 y 7.

«El Jefe del Ejército decapitó a la revolución dominicana [afirmó Masferrer unos días después] ¡Triste honor! Nunca nos demostró simpatías. Siempre se manifestaba receloso, aun cuando conocía hasta los más mínimos detalles de su organización y preparación». A su juicio, Pérez Dámera temía la influencia que tendrían los líderes expedicionarios si lograban derrocar a Trujillo; además, tenía celos de Alemán, los que aumentaron al conocer su participación en la organización de la expedición. «Pensó que si nosotros lográbamos nuestro objetivo podríamos derrocarlo y prefirió intervenir para descargar su primer golpe a favor de Trujillo».⁷

Masferrer no consideró improbable que el Departamento de Estado norteamericano, cuya actitud hacia las actividades expedicionarias había sido de «abierta tolerancia», se confundiera con el carácter del movimiento y sugiriera al general Pérez Dámera la «liquidación de la empresa». Estimó más posible aún que los Estados Unidos decidieran mantener en Santo Domingo «un gobierno manso a la política del *big stick* a fin de que se distanciase de las corrientes nacionalistas cubanas». Y, para rematar su idea, añadió: «De todos nosotros es conocido que Washington mantuvo entre los revolucionarios algún agente federal que creo identificar en la persona de [Hollis Burton] Smith, el experto en explosivos».⁸

Masferrer aprovechó la oportunidad para arremeter contra los comunistas cubanos. Informes en su poder —dijo— parecían sugerir que estos se las habían arreglado para introducir «algún agente suyo» en la expedición, pero minimizó su labor al decir que se había mantenido una estrecha vigilancia sobre sus actividades. Y concluyó: «Esta vez les hubiera sido difícil hacerse de alguna influencia en un movimiento armado latinoamericano, lo cual explica la violencia con que han agredido el frustrado esfuerzo, batiendo palmas por Genovevo Pérez».⁹

En tono parecido al del jefe del batallón Sandino, un manifiesto del Comité Ejecutivo Nacional del Movimiento Socialista

⁷ J. Quintana, «El jefe del Ejército...», pp. 38 y 60.

⁸ *Ibidem*, p. 60.

⁹ *Ibidem*, pp. 60-61.

Revolucionario (MSR) aseguró que esta organización no había sido creada, como le atribuían sus enemigos, para destruir las instituciones del país. Soslayando su conocida ejecutoria, el MSR afirmó que no era partidario del terrorismo individual, el cual había condenado debido a que no resolvía los problemas de la liberación nacional y social de Cuba; por el contrario, se había pronunciado por la unidad de todos los revolucionarios. Subrayó que el general Pérez Dámera conocía del amparo oficial cubano a la expedición y de los armamentos que con ese fin entraban en el país. Por consiguiente, presentar el movimiento como un golpe de Estado tenía el propósito de «confundir a la opinión y propiciar una represión bárbara», pues el verdadero peligro de golpe de Estado se localizaba en la jefatura del Ejército.¹⁰

Enrique de la Osa reveló en *Bohemia* que la captura de los expedicionarios «venía a confirmar el rumor de que el mayor general Pérez Dámera se había entrevistado, en su reciente viaje a Washington, con el licenciado Arturo Despradel, secretario de Relaciones Exteriores del tirano Trujillo».¹¹

En otro trabajo, la revista se preguntó qué responsabilidad cabía al presidente de la República en el desarrollo y frustración de la expedición antitrujillista. Acto seguido, puso en boca de «los personajes más íntimamente vinculados a estos acontecimientos» la respuesta siguiente: Grau San Martín había auspiciado el movimiento y lo había tomado bajo su protección, «ordenando más tarde, imprevistamente, el desalojo de Cayo Confites y, en consecuencia, la liquidación del mismo».¹²

Unas páginas más adelante, *Bohemia* insertaba una entrevista en la que Grau brindaba una singular versión de lo sucedido:

En estos días, el Ejército viene procediendo a la ocupación de pertrechos de guerra que estaban destinados, según parece, a la organización de una expedición punitiva contra el régimen que gobierna en la República de Santo Domingo. Grupos de

¹⁰ *Tiempo en Cuba*, año III, no. 40, 5 de octubre de 1947, pp. 10-11.

¹¹ E. de la Osa, *En Cuba: primer tiempo*, p. 200.

¹² *Bohemia*, año 39, no. 40, 5 de octubre de 1947, p. 48.

expedicionarios, fracasados en sus propósitos, se han presentado a las fuerzas armadas y se encuentran bajo la jurisdicción de los Tribunales competentes. Deseo expresar de modo público, que mi Gobierno había concedido hospitalidad a los exiliados políticos de la República de Santo Domingo, y que en ningún momento ejerció sobre ellos vigilancia que menoscabara la calidad generosa de esa hospitalidad, brindada a quienes, por sus ideas políticas, se veían imposibilitados de regresar a su país. Si al amparo de esa hospitalidad se han realizado hechos punibles, serán los Tribunales competentes los que digan la palabra definitiva. Una vez más he de aplicar en este caso mi norma inalterable de conducta de no interferir con hechos o declaraciones, la libre acción de los llamados a asumir las responsabilidades históricas y legales, al dictar el fallo correspondiente.¹³

En esta típica muestra de su estilo imprevisible y paradójico, Grau tergiversaba los hechos, se situaba por encima de toda responsabilidad y dejaba a otros, aparentemente, la solución del problema. No se trató de una posición repentina, sino de una premeditada línea de conducta cuyos antecedentes eran las conversaciones privadas del propio Grau y de su ministro de Estado con el embajador norteamericano en La Habana, así como las declaraciones públicas y las notas diplomáticas suscritas por funcionarios del Gobierno cubano desde el comienzo del diferendo con el régimen de Trujillo.

Una expresión concreta de esa línea, en términos muy semejantes a los empleados por Grau, había tenido lugar el día anterior (sábado 4 de octubre) en una carta del encargado de negocios de Cuba en Costa Rica, René de Lamar y Capó, a Sergio Carballo, director del periódico local *La Nación*, con el ruego de publicarla. Luego de referirse a cables procedentes de La Habana sobre la fracasada expedición organizada por exiliados dominicanos en Cuba «abusando de la hospitalidad que se les había concedido», Lamar aseguró que el Gobierno cubano no había tenido «otra

¹³ H. Rubio, «El presidente Grau», p. 51.

intervención en esos hechos que impedir, de manera efectiva, una agresión revolucionaria en contra de un gobierno amigo; dejando la sanción de los hechos punibles [...] a los Tribunales de Justicia».¹⁴

De este modo, el Gobierno de Cuba se desmarcaba olímpicamente del movimiento democrático dominicano, se apartaba de la expedición antitrujillista y abandonaba a los centenares de hombres que se habían enrolado en ella.

El semanario estadounidense *Time* calificó la expedición de «filibustera», aseguró que hasta la última semana José Manuel Alemán había tenido a muchos de los «invasores» en sus nóminas, y resaltó el apoyo brindado a la empresa por los gobiernos de Cuba, Venezuela y Guatemala. Al comentar su fracaso, señaló dos motivos: había recibido «demasiada publicidad para tener éxito» y había demorado debido a la insistencia de los cubanos en contar con más aeroplanos. De acuerdo con *Time*, esto último había ocurrido a pesar de que el escritor Ernest Hemingway, de veraneo en Cuba, había advertido a los dominicanos que «la demora sería fatal».¹⁵ Así, de forma indirecta, el semanario daba crédito a la acusación formulada en fecha reciente por Telesforo Calderón, secretario de la Presidencia de Santo Domingo, de que Hemingway había intervenido en las «andanzas de la brigada internacional comunista que intentaba atacar a la República Dominicana» y había hecho propaganda contra su Gobierno.¹⁶

¹⁴ AHMRERC. Fondo Cuba, leg. República Dominicana, expte. Cayo Confites.

¹⁵ «El fin de una expedición», reproducido en *Bohemia*, año 39, no. 42, 19 de octubre de 1947, p. 69.

¹⁶ *Información*, año XI, no. 232, martes 30 de septiembre de 1947, p. 27, cols. 3 y 4. Según Enrique Cirules, en agosto de 1947 ya Hemingway se encontraba involucrado en los «rumores o realidades» que suscitaron la expedición antitrujillista. Por ello, «sería maltratado, perseguido, calumniado; y su finca se vio asaltada por un pelotón de soldados procedentes del campamento militar de Columbia. Llegaron incluso a matarle uno de sus perros; y el escritor se vio obligado a esconderse, a huir como si se tratara de un malhechor y a permanecer largos meses en el extranjero». Cirules fundamenta la persecución al escritor en dos motivos principales: las declaraciones de prensa formuladas por los aviadores norteamericanos y canadienses enrolados en la expedición a su regreso a la Florida, en las cuales afirmaron que habían estado «acuartelados en la hacienda del norteamericano Ernest Hemingway», y la seguridad expresada por los agentes

Versiones del fracaso

La mayor parte de los testimonios, declaraciones y comentarios reseñados contenían juicios preliminares sobre el fracaso de la expedición. Durante los meses y años siguientes, a medida que se aplacaban las pasiones y se disponía de nuevas fuentes, afloraron enfoques más sosegados sin que desapareciera del todo el ardor de la batalla política. Un recorrido a través de las versiones más significativas publicadas con posterioridad a octubre de 1947, permitirá completar una visión panorámica del infausto acontecimiento.

En entrevista publicada en noviembre de ese año, Feliciano Maderne manifestó que no creía que el golpe de muerte a la empresa antitrujillista hubiera partido de los Estados Unidos, pues «destacados gobernantes norteamericanos, con palabras y con hechos», habían demostrado «su simpatía a la expedición»; y señaló como evidencia de ello la adquisición de material bélico de primerísima calidad, especialmente aviones, la cual no hubiera podido efectuarse sin la anuencia de las autoridades de ese país.

Aunque dijo carecer de pruebas, Maderne consideró que la expedición fue liquidada debido a entendimientos de última hora entre elementos oficiales de Cuba y Santo Domingo, los cuales «por motivos hasta ahora ignorados traicionaron la liberación del pueblo dominicano». Estimó que el Ejército cubano, en sentido general, había cooperado con la expedición, la Marina le había brindado un apoyo decidido y el general Genovevo Pérez Dámera había actuado en todo momento de acuerdo con el presidente Grau San Martín.

Al líder auténtico, precisamente, había acusado Maderne en el sumario de la causa radicada por la expedición de Cayo Confites. Pero su denuncia, aclaró, tenía un «carácter meramente jurídico a tenor de lo preceptuado en el artículo 141 del Código de Defensa

trujillistas en distintas partes del mundo de que «Hemingway disponía de siete mil hombres armados para desencadenar acciones de guerra contra la República Dominicana». (Enrique Cirules, *Hemingway en la cayería de Romano*, pp. 85-86).

Social», pues se había abstenido de «hacerle al Presidente imputaciones directas o indirectas, así como tampoco exonerarlo de responsabilidades». Su acusación se fundamentaba en que, según el mencionado artículo, si se realizaban alistamientos u otros preparativos bélicos contra una nación extranjera sin la anuencia del Gobierno, los culpables serían sancionados con años de cárcel. Mas, concluyó Maderne, como la expedición se había llevado a cabo «con el consentimiento del Presidente y de algunos de sus ministros, creo yo que estamos dentro de la ley».¹⁷

Para MacDowell Sherwood, capitán del *Fantasma*, las causas del fracaso de la expedición radicaban en diversos factores de carácter interno. Así los explicó en unas declaraciones publicadas en noviembre de 1947:

Había demasiadas gentes dando órdenes. No había unión entre los dominicanos. Ambiciosos, desde Baltimore se repartían los puestos [...] Con lo que se pagó por los dos primeros barcos, alrededor de 60 mil pesos, pudieron comprar dos barcos mejores en Estados Unidos [...] Para traer las armas hubiera bastado con fletar un barco cualquiera sin conexión con los demás [...] Recuerdo que no teníamos lanchas ni botes de remos a pesar de que el dinero invertido hubiera bastado para hacer dos revoluciones [...] ¹⁸

El análisis más amplio que por la época se hizo sobre el fracaso de la expedición, correspondió a Blas Roca, secretario general del Partido Socialista Popular. En un artículo del mes y año citados, Blas expuso «las causas reales» que habían determinado «la liquidación de la aventura de Cayo Confites»:

1. *La actitud de las autoridades de los Estados Unidos*, cuyas agencias oficiales habían jugado con la carta de Trujillo y con la de sus enemigos. Así, permitieron los preparativos invasores y, en cierta medida, los alentaron vendiendo armas, aviones

¹⁷ C. Lechuga, «Una guerra relámpago...», pp. 4 y 90.

¹⁸ C. Montenegro, «MacDowell Sherwood», p. 13.

e implementos de guerra a sus organizadores; era probable, incluso, que hubieran dado «ciertas garantías de neutralidad benevolente» cuando estallara el conflicto. Luego facilitaron a Trujillo el modo de enterarse de dichos preparativos, lo que este aprovechó para denunciar la invasión «comunista», incrementar el terror en el país, prepararse para la guerra —mediante el reclutamiento militar obligatorio y la compra de aviones, tanques, cañones, ametralladoras y otros medios bélicos a los Estados Unidos— y movilizar a sus «amistades en el campo fascista»: Argentina, cuyo Gobierno amenazó con presentar el caso en la Conferencia de Río; y España, que influyó en el de Cuba a través de un emisario del dictador Francisco Franco que sostuvo una larga entrevista con Grau días antes del fin de la expedición. En tales condiciones, las autoridades estadounidenses comenzaron a mostrarse hostiles a la invasión y a «presionar al Gobierno y a las altas autoridades militares cubanas para que la detuvieran».

2. *Las propias contradicciones del régimen de Grau.* Se ignoraban los motivos que tenía este para apoyar y proteger a las fuerzas antitrujillistas, pero se aprovechó del sentimiento popular existente en Cuba contra el régimen de Chapitas. Era difícil creer que Grau quisiera realmente la liberación de la República Dominicana de la tiranía, cuando en Cuba tomaba el camino de la represión al movimiento obrero, la «imposición reeleccionista», las «arbitrariedades más repugnantes» y al frente de las armas y de los expedicionarios estaban elementos de José Manuel Alemán. Sin dudas, Grau había variado su posición a tenor del «cambio» observado en la Cancillería norteamericana y de la influencia franquista; y se valió de «la acción del Ejército» para «dejar destruir la expedición —cuya utilización en la política nacional era cada día más difícil— sin aparente responsabilidad de su parte».
3. *La propia naturaleza de la expedición,* cuyos métodos «*putchistas* y *aventureros*» se manifestaron desde el reclutamiento de los hombres mediante el engaño y sin discreción alguna, la designación de los mandos sobre bases de sectarismo, amiguismo

y ambiciones, hasta la manera de tratar a la tropa y liquidar el intento antitrujillista. «En el alto mando político y *militar* [enfaticó Blas] las rivalidades e intrigas precipitaron el fracaso de la expedición, el cual hubiera sido más estruendoso aún de llegar a realizarse la invasión».¹⁹

En 1949, y con el seudónimo de Gregorio R. Bustamante, José Almoina publicó un libro en el cual aseguró que tras la captura de la goleta *Angelita*, Trujillo supo que los expedicionarios contaban con elementos muy serios. Entonces envió a Arturo Despradel a Washington, adonde «fue citado» el jefe del Ejército de Cuba, Genovevo Pérez Dámera. Y puntualizó Almoina:

Despradel y otro enviado de Trujillo, el llamado Manuel de Moya, llevaron a Estados Unidos fondos suficientes para sobornar y parar con oro la expedición. Pérez Dámera hizo un viaje rápido y feliz; a su regreso también Grau quedó «convencido desinteresadamente»; lo demás [fue] cuestión de horas. Pérez Dámera denunció la expedición como intento perturbador del orden en Cuba y dijo que el Ejército cubano se oponía a ella; hasta su rápido viaje a Washington no lo había dicho; parece que allí se le dieron «razones» muy fructíferas.²⁰

Sobre esta versión es preciso observar que la goleta *Angelita* fue capturada el 11 de septiembre de 1947 en horas de la mañana, cuando Genovevo Pérez Dámera y su comitiva se aprestaban a abordar el avión que los conduciría a los Estados Unidos o ya volaban con ese destino. Por consiguiente, parece poco probable que el general cubano hubiera sido «citado» a Washington después de la captura de la goleta, lo cual no excluye que su estadía en los Estados Unidos fuera aprovechada por Trujillo para enviar un emisario suyo a contactarlo o que la cita de Washington se hubiera

¹⁹ Blas Roca, «Resumen de Octubre», en *Fundamentos*, año VII, no. 73, noviembre de 1947, pp. 14-18.

²⁰ Gregorio R. Bustamante, *Una satrapía en el Caribe. Historia puntual de la mala vida del déspota Rafael Leónidas Trujillo*, p. 113.

concertado con anterioridad al 11 de septiembre. Por otra parte, se debe recordar que cuando estos acontecimientos tuvieron lugar José Almoina se encontraba en México desde hacía varios meses y no contaba con acceso directo a Trujillo y su más cercano entorno. De ahí que sus informaciones no fueran ya de primera mano, como sí lo habían sido mientras se desempeñó como secretario del dictador.

En un texto de 1952, el historiador Juan José Remos estimó que el Gobierno cubano había tolerado la preparación de la expedición hasta el momento en que «las circunstancias lo obligaron a disolver con el propio Ejército los campos de entrenamiento y detener a todos los comprometidos».²¹

Cuatro años después, el gobierno trujillista estableció las siguientes causas del fracaso de la expedición: 1. La gran publicidad que le había dado a los planes de invasión, lo cual «le quitó su clandestinidad originaria, puso al desnudo la conducta incorrecta del Gobierno de Cuba e hizo cundir el desaliento y el derrotismo en las filas revolucionarias»; 2. La heterogeneidad del Ejército invasor, la ausencia de disciplina militar de una gran parte de sus componentes, la pluralidad de jefes, la presencia de «bandoleros de distintas nacionalidades» y las condiciones penosas de la tropa «mientras los dirigentes se gastaban la gran vida», provocaron «disensiones, riñas y motines que muchas veces tuvieron que ser sofocados por la fuerza y al precio de sangre». En resumen, fue tanta la presión pública ejercida por el Gobierno dominicano «con las armas del derecho y la razón» y «tan escandalosa la actitud de los confabulados en Cayo Confites», que el Gobierno cubano se vio en la «obligación moral» de simular un acto represivo que «diera la impresión, aunque tardíamente, de que había cumplido sus compromisos y convenios internacionales».²²

Ese mismo año (1956) vio la luz *La Era de Trujillo*, libro en que Jesús de Galíndez relacionó sumariamente las causas del fracaso de lo que denominó «invasión» de Cayo Confites: «Por varias razones

²¹ En Ramiro Guerra y otros, *Historia de la nación cubana*, vol. VIII, p. 91.

²² *Libro Blanco*, pp. 125-126.

se dilató mucho más de lo previsto, y ninguno de los gobiernos más o menos afectados pudieron ignorarla oficialmente por mucho tiempo; el de Estados Unidos cortó la compra de material de guerra; el de Cuba tuvo que ordenar el desbande de la expedición».²³

En 1960, *La Revolución Dominicana*, órgano del Movimiento Obrero Dominicano en Venezuela, señaló «otro móvil» en los sucesos de Cayo Confites: los Estados Unidos tenían un gran excedente de guerra, por lo que era preciso «crear un clima de tensión en el Caribe para vender todo ese hierro viejo a precio de oro». Y destacó que, sin contar lo gastado en la expedición, Trujillo había desembolsado 20 millones de dólares del dinero robado al pueblo dominicano para la compra de armas y pertrechos bélicos.²⁴

El historiador José Duarte Oropesa, en una obra fechada en 1974, afirmó que la expedición había fracasado debido a la presión del Departamento de Estado norteamericano sobre la Cancillería cubana, pues Washington no deseaba «un cambio en el estado de cosas en el Caribe». A partir de entonces, los gobiernos de Venezuela y Guatemala «se zafaron del grueso de la cuestión», que quedó en manos del Gobierno de Cuba. Para Grau, cuyo interés era «promover un estado de emergencia bélica que le permitiese continuar en el poder», esto fue como un «regalo caído del cielo». Por tanto, continuó alentando la invasión con la complicidad de Genovevo Pérez Dámera, quien aparentemente desconocía el fondo de la trama. Sin embargo, el Departamento de Estado lo puso sobre aviso en los momentos de los sucesos de Orfila y lo envió de regreso a Cuba. «Pasando por encima de Grau [concluyó Duarte Oropesa] Genovevo ordenó a la Marina que pusiese fin a la aventura invasora».²⁵

En un libro publicado en 1980, el historiador Roberto Cassá atribuyó el fracaso de la expedición a que «Trujillo obtuvo el apoyo del imperialismo y pudo presionar exitosamente contra

²³ J. Galíndez, *La Era*, p. 146.

²⁴ *La Revolución Dominicana*, p. 4.

²⁵ J. Duarte Oropesa, *Historiología cubana*, p. 61.

el Gobierno cubano, el cual se vio obligado a disolver el Ejército expedicionario».²⁶

Al año siguiente, Tulio H. Arvelo, en su citado relato testimonial, recordó que en la versión más socorrida de cómo Trujillo logró frustrar la invasión, el general Pérez Dámera desempeñaba un papel preponderante:

Se dice que este viajó a Santo Domingo clandestinamente y en una entrevista con el propio dictador [...] se comprometió a hacer presos a los expedicionarios a cambio de una jugosa dádiva que algunos llegaron a determinar en un millón de dólares. Los acontecimientos del reparto Orfila fueron una coyuntura favorable para iniciar la persecución y el apresamiento posterior de los hombres de Cayo Confites.²⁷

A juicio de Arvelo, el punto más creíble de esta versión era que por entonces Trujillo no tenía poder militar suficiente para oponerse a una invasión de esa envergadura. De ahí que aceptara la proposición de Pérez Dámera, pues ocasionaba el fracaso de la expedición antes de que llegara a tierra dominicana. Tal hipótesis cobró fuerzas con el arresto de la tripulación del *Berta*, ocurrido cuando el grueso de los expedicionarios todavía no habían abandonado Cayo Confites. El hecho, adicionalmente, destruía el «argumento de Pérez Dámera» de que había ordenado la captura de los expedicionarios porque se dirigían a La Habana en vez de a Santo Domingo. La captura del *Berta*, según Arvelo, fue el primer paso del jefe del Ejército cubano «para cumplir el pacto que había hecho con Trujillo».

Respecto a la posibilidad de que Masferrer aprovechara el incidente de Orfila para capitalizar la acción de los «hombres armados y entrenados» del ELA, Arvelo señaló que su punto más débil era la división de los grupos integrantes de la expedición. «Entre ellos [dijo] los había contrarios a la facción que lideraba

²⁶ Roberto Cassá, *Historia social y económica de la República Dominicana. Introducción a su estudio*, t. 2, p. 274.

²⁷ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 87.

Masferrer, quien era el primero en estar consciente de que no contaría con el apoyo de Eufemio Fernández en un intento común para derrocar al Gobierno cubano».²⁸

En 1981, el Centro de Investigaciones Pedagógicas y Educativas de Santo Domingo organizó un panel sobre la expedición de Cayo Confites, en el cual participaron importantes personalidades que habían tomado parte en la empresa. Sus testimonios, publicados dos años después, abordan desde ángulos diversos las razones del fracaso del proyecto antitrujillista.

Virgilio Mainardi resumió las versiones más en boga hasta el momento, a las cuales evidentemente daba crédito: «Unos dicen que fue por soborno de Trujillo a ciertas autoridades militares de Cuba, otros dicen que los yanquis la hicieron fracasar. Yo no me atrevo a decir cuál fue el sector, la persona o el organismo o el miembro del Gobierno de Cuba o el miembro del Gobierno norteamericano que participó en ese posible soborno, o en esa frustración».²⁹

Para Ángel Miolán, las «causas desintegradoras» de la expedición fueron las siguientes:

1. Incapacidad política de la Jefatura; 2. Deficiente organización militar; 3. Resquebrajamiento de la unidad por las intrigas políticas de corte conspirativo; 4. Acorralamiento internacional desatado por la campaña defensiva de la tiranía trujillista; 5. Persecución internacional generada por factores asociados a Trujillo, por similitud de intereses o compra de sus servicios; 6. Factores negativos contraproducentes, generados por complicaciones políticas de las luchas internas en Cuba.³⁰

Según Horacio Julio Ornes, el fracaso se debió, principalmente, a los dirigentes cubanos: «Ya sea por mala fe, por desconocimiento de nuestros problemas o por cualquiera otra razón [...] Cayo Confites fracasó más por las omisiones o errores de los cubanos que por los nuestros». No obstante, reconoció que la

²⁸ *Ibíd.*, p. 88.

²⁹ *Política: Teoría y Acción*, p. 5.

³⁰ *Ibíd.*, p. 11.

empresa había sido «algo demasiado grande para la capacidad [...] tanto militar como política de quienes dirigían ese movimiento [...]»³¹

Juan Bosch aseguró que el plan expedicionario de Juan Rodríguez estaba llamado a fracasar por razones de política externa, aunque también razones de «índole dominicana» lo conducían a igual fin o, por lo menos, a «darle paso a otro plan». En su opinión, a Trujillo se le había dado tiempo para maniobrar, lo que hizo con su característica habilidad y usando «muy bien» sus millones de dólares.

En cuanto al apoyo exterior al tirano, Bosch puso como ejemplo que «los ingleses» habían estado «vigilando Cayo Confites y seguramente le pasaban a Trujillo información sobre lo que veían». Y precisó que con posterioridad al fracaso de la expedición, durante una escala aérea en el aeropuerto de Kingston, Jamaica (entonces colonia británica), había observado «el *Catalina* inglés que volaba constantemente sobre el Cayo».

Bosch señaló, además, su impresión de que el embajador norteamericano en La Habana, Henry Norweb, «trabajó en esa ocasión para Trujillo». Esto lo fundamentaba en que poco después del fracaso de Cayo Confites, Norweb había sido «sacado no solo de Cuba sino del servicio diplomático de su país». En aquellos momentos, explicó Bosch, Trujillo tenía dos enemigos en el Departamento de Estado: el embajador Spruille Braden, que había servido en Cuba y en la Argentina; y el embajador Ellis O. Briggs, quien lo había hecho en Santo Domingo y, «según oímos decir a un funcionario del Ministerio de Estado cubano», había tenido algo que ver con la «retirada» de Norweb.

Respecto a los comentarios según los cuales el general Genovevo Pérez Dámera había recibido dinero de Trujillo, Bosch reveló que con posterioridad a Cayo Confites se había encontrado con el jefe del Ejército cubano en la playa de Guanabo y, tras un cambio de saludos, sostuvieron el diálogo siguiente:

³¹ *Ibíd.*, p. 14.

—Por ahí se dice que Trujillo te dio medio millón de pesos para que hicieras fracasar la expedición de Cayo Confites. ¿Qué hay de eso? [...]

—Oye, si yo no meto la mano en ese lío para que ustedes no fueran a Santo Domingo a esta hora estarían todos ustedes muertos porque Trujillo estaba esperándolos para acabar con todos.

—¿Y cómo convenciste a Grau para que te dejara hacer lo que nos hiciste?

—[...] Le dije lo mismo que estoy diciéndote, que no iba a quedar uno vivo porque Trujillo estaba muy bien preparado.³²

Casi una década más tarde, interrogado sobre si alguien le había explicado las razones por las cuales los jefes de la Marina cubana habían llevado a los expedicionarios a Antilla en condición de presos, Bosch ofreció una valoración de sumo interés:

Hay una sola explicación, pero nadie tiene las pruebas que la legitimen, y es que por lo menos alguno de los militares cubanos se le vendió a Trujillo, como se dice que lo hizo Genovevo Pérez, pero de todos modos en la forma como terminó la expedición de Cayo Confites hay un punto oscuro, y es el mensaje radial que nos envió Rolando Masferrer cuando nosotros estábamos enrumbando hacia el Canal de los Vientos para darle cumplimiento al nuevo plan de acción que habíamos adoptado al salir de Cayo Winchos.³³

En 1984 vio la luz en Cuba una versión de Fidel Castro sobre la expedición de Cayo Confites. Se trató de una entrevista en la que comentó brevemente las causas del fracaso de la empresa: «Al final tienen lugar acontecimientos en Cuba, se producen contradicciones entre el gobierno civil y el Ejército y este decide suspender aquella expedición».³⁴

³² Ibídem, p. 20.

³³ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 90.

³⁴ A. Alape, *El Bogotazo*, p. 639.

En un discurso pronunciado en 1995, el líder de la Revolución cubana manifestó que estando en el Cayo, en la etapa final, «mientras Alemán era el zar del dinero, que suministraba todos los recursos para aquella expedición, Trujillo compró a Genovevo Pérez, que era el jefe del Ejército, y entonces es cuando las pugnas se desatan abiertamente entre varios de aquellos grupos que se calificaban de revolucionarios». Todo eso —añadió— fue degenerando hasta que se produjo la matanza de Orfila, momento que aprovechó Genovevo «para liquidar la expedición», porque veía en ella «un adversario también dentro de la política interna, gente que significaba un peligro para él, en caso de obtener éxito en aquel movimiento de lucha en Santo Domingo».³⁵

Trece años más tarde, Fidel reiteró que el general Genovevo Pérez Dámera «recibió dinero de Trujillo para interceptar la expedición, lo que se llevó a cabo cuando ya se aproximaba al Paso de los Vientos».³⁶

En un libro publicado en 1987, Enrique de la Osa afirmó que el presidente Grau San Martín «ordenó a su jefe del Ejército, el obeso general Genovevo Pérez Dámera, apresar a los expedicionarios acantonados en Cayo Confites». Y añadió: «El *ukase* que decapitaba la incursión liberadora del pueblo hermano partía de Washington, a solicitud de Trujillo».³⁷

Al comentar los sucesos de Orfila en su obra testimonial de 1989, José Diego Grullón destacó que en esos momentos el general Pérez Dámera «se encontraba en Estados Unidos, se supo de buena fuente, con el propósito de visitar allí al embajador de Santo Domingo». Nadie sabía la finalidad de la visita, aunque esta «se suponía» debido a «la coincidencia del cambio de opinión que se había operado en el pensamiento del presidente Grau San Martín, que ordenó a la Marina dejar que el Ejército terminara con la expedición libertadora de Santo Domingo».³⁸

³⁵ F. Castro, *En esta Universidad*, pp. 35-36.

³⁶ F. Castro, «La historia real», col. 2.

³⁷ E. de la Osa, *Visión y pasión*, p. 127.

³⁸ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, p. 30.

En una entrevista del 2003, ante la pregunta «¿Qué cree de la versión de que Genovevo Pérez Dámera traicionó la expedición por un millón de pesos que le dio Trujillo?», Miguel Pumariega expresó: «Yo creo que sí. No tengo información, pero lo creo; y también que Masferrer *cogió su cajita* a lo último».

Interrogado al año siguiente sobre el mismo tema, Luis David Piñeda Pérez aseguró: «Para nosotros, Rolando Masferrer y Genovevo Pérez Dámera fueron quienes vendieron el movimiento a Trujillo, fueron los traidores principales de aquel movimiento».

Las versiones reseñadas, aunque diferentes y a veces contradictorias, identifican las principales causas que condujeron al fracaso de la expedición de Cayo Confites, a saber: 1. La campaña de denuncias llevada a cabo por el Gobierno dominicano, a partir del conocimiento de los preparativos; 2. La traición del general Pérez Dámera, a cambio de una fuerte suma de dinero suministrada por Trujillo; 3. Las presiones del Gobierno de los Estados Unidos sobre el Gobierno cubano; 4. El abandono del movimiento revolucionario dominicano por el presidente Ramón Grau San Martín; 5. Los problemas internos de la expedición; 6. La conducta de Rolando Masferrer en la ruta final hacia la República Dominicana.

A lo largo de la presente obra hemos expuesto numerosas informaciones y comentarios que sustentan o refutan estas posibles causas. No hemos analizado, *ex profeso*, las posibilidades de éxito que habría tenido la expedición si hubiera llegado a su destino, por considerarlo un ejercicio meramente especulativo y carente de utilidad.

Llegados a este punto, vale la pena añadir algunas observaciones sobre las causas del fracaso de la expedición, con el propósito de ayudar al lector a formarse su propio juicio:

1. *Las denuncias de Trujillo*. La astucia con que el *Generalísimo* combinó la ventilación pública de las informaciones que obtenía sobre los preparativos expedicionarios —muchas veces exagerándolos para causar mayor impacto— con las gestiones y presiones diplomáticas de su Cancillería, contribuyó a que el Gobierno de los Estados Unidos contuviera toda veleidad democrática de sus funcionarios, optara por el mantenimiento

del *statu quo* y transara una vez más a favor de su *primer súbdito en el Caribe*. Al mismo tiempo, situó al Gobierno de Cuba fuera del marco legal establecido por el Sistema Interamericano del que formaba parte y, por tanto, en permanente posición defensiva. Por último, persuadió a muchos de que el destino de la empresa antitrujillista sería un rotundo fracaso y significaría la muerte de los expedicionarios. Todo esto debilitó el estado anímico de los conjurados y de los grupos opositores que los apoyarían en el interior de la República Dominicana, complicó el escenario internacional en que la acción tendría lugar y amortiguó el respaldo exterior al movimiento. Desde el punto de vista militar, la publicidad que recibió el plan expedicionario eliminó el factor sorpresa y le permitió a Trujillo prepararse para enfrentar cualquier contingencia.

2. *La traición del general Pérez Dámera*. Aunque se carece de pruebas, los indicios examinados la hacen evidente. Más aún si se tiene en cuenta que su deslealtad quedó comprobada en 1949 al enviar dos hombres de su confianza a Santo Domingo —a espaldas del entonces presidente Carlos Prío Socarrás— para entrevistarse con Trujillo. El objetivo del jefe del Ejército con esa misión era obtener información sobre un complot para asesinarlo, del cual ya el *Generalísimo* lo había alertado a través de la emisora *La Voz del Yuna*. Impuesto del asunto por el movimiento clandestino dominicano, Prío destituyó a Pérez Dámera y lo pasó a retiro el 23 agosto del citado año.³⁹
3. *Las presiones del Gobierno de los Estados Unidos*. Varias informaciones analizadas en esta obra sugieren que las autoridades norteamericanas toleraron la compra de armas, barcos, aviones y pertrechos bélicos por representantes del movimiento antitrujillista. Al parecer, esta conducta obedeció al intento de ciertos sectores del Gobierno de propiciar la sustitución del siempre fiel —aunque indócil y beligerante— Trujillo por un régimen democrático más en sintonía con las necesidades políticas de los Estados Unidos. Pero cuando los preparativos de la expedición

³⁹ E. de la Osa, *En Cuba: segundo tiempo, 1948-1952*, pp. 103-112.

estaban bastante adelantados, el Departamento de Estado —quizás temeroso de que la empresa antitrujillista deviniera una verdadera revolución— hizo todo lo posible por abortarla. A tal fin suministró información y armas al *Generalísimo*, monitoreó la conspiración y mantuvo vigilancia sobre el campamento, los medios y las fuerzas del ELA, a tiempo que presionó al Gobierno cubano para que sofocara el plan expedicionario.

4. *El abandono del movimiento por el presidente Grau San Martín.* Si bien es cierto que brindó una ayuda considerable al proyecto antitrujillista, Grau cedió a las presiones del Gobierno yanqui y terminó sofocándolo como este le había exigido. Al parecer, el presidente cubano trató de irse por la tangente cuando decidió acantonar las tropas del ELA en Cayo Confites y facilitar desde allí la partida subrepticia de la expedición. A la hora de la verdad, sin embargo, no resistió y liquidó la empresa con pragmática frialdad. Tal vez fuera cierta la versión de Pérez Dámera según la cual Grau había obrado de esa forma para evitar la masacre de los expedicionarios, pero ni siquiera eso justificaba someterlos a la humillación del arresto, los maltratos y el encierro en las prisiones cubanas. Grau y su equipo jugaron a la revolución, manipularon los más caros anhelos del pueblo dominicano y transformaron el proyecto expedicionario en una peligrosa aventura. Tuvo razón el periodista y escritor Jorge Mañach al incluir, entre las cosas que no se le podían perdonar al líder auténtico durante su mandato presidencial, la «frivolidad inaudita de la invasión a Santo Domingo».⁴⁰
5. *Los problemas internos.* Es cierto que en el seno de la expedición había disgregación, contradicciones y enfrentamientos, los cuales no solo complicaron y retrasaron su partida, sino que le auguraban grandes dificultades y contratiempos en el futuro. Pero nada prueba que estos fenómenos —comunes, por demás, a todo movimiento político tan heterogéneo como ese— estuvieran llamados a condenarla inexorablemente al fracaso.

⁴⁰ Jorge Mañach, «Saldo y crédito para el 10 de Octubre», en *Bohemia*, año 40, no. 41, 10 de octubre de 1948, p. 137.

6. *La conducta de Masferrer*. El extraño e inexplicable comportamiento del jefe del batallón Sandino desde la salida de Cayo Confites hasta la captura del buque *Aurora*, lo señala a las claras como culpable de la liquidación del último reducto expedicionario.

La causa antitrujillista

El fracaso de Cayo Confites constituyó un incuestionable triunfo para el *Generalísimo*, quien para sostenerse en el poder continuó y extremó su larga cadena de asesinatos, torturas, encarcelamientos y otras formas de represión en la República Dominicana.⁴¹ No tardaron los alabarderos del régimen en celebrar la victoria, y lo hicieron de la forma que más placía al *Jefe*: colmándolo de loas.

Un botón de muestra del renovado y delirante culto a la personalidad del dictador lo brindó el diario *La Nación* de Santo Domingo, el 11 de octubre de 1947, en un comentario sobre la frustrada expedición. Según el articulista, «el Presidente Trujillo, solo el Presidente Trujillo, sin disparar un tiro ni derramar una gota de sangre» había ganado una batalla contra «mil ochocientos bandidos y piratas». Desde su escritorio, añadió, «con la serenidad de un estratega que formula un plan para la victoria, el Generalísimo Trujillo, nota tras nota, fue informando al Gobierno cubano y a la opinión pública internacional del crimen que se fraguaba». Y concluyó:

Con responsabilidad, con ejemplar acierto diplomático, con oportunidad [...] el Generalísimo Trujillo, más que Presidente,

⁴¹ A la par, Trujillo continuó su larga cadena de crímenes más allá de las fronteras dominicanas. Entre sus víctimas más notorias figuraron: Mauricio Báez, dirigente obrero dominicano secuestrado y desaparecido en La Habana, en diciembre de 1950; Andrés Requena, periodista dominicano asesinado en Nueva York, en octubre de 1952; Manuel de Jesús Hernández, *Pipí*, capataz de obra dominicano asesinado en La Habana, en agosto de 1955; Jesús de Galíndez, periodista y profesor español secuestrado y desaparecido en Nueva York, en marzo de 1956; José Almoína, profesor y escritor gallego asesinado en Ciudad México, en mayo de 1960.

Jefe de todos los que merecen llamarse dominicanos, fue desmascarando la maniobra hasta dejarla descubierta, en su horrenda desnudez, a la vista de los propios cubanos y de los ojos de millones de hombres de todos los países de América que siguieron punto por punto esta nueva conspiración bolchevique.⁴²

Para los revolucionarios dominicanos, Cayo Confites significó una frustración y un golpe tremendo, pues vieron malogrado su empeño, y tirados por la borda el dinero, los recursos y los esfuerzos invertidos en la expedición. Muchos regresaron a sus países de origen, mientras otros permanecieron en Cuba, pero la mayoría de ellos no cejó en sus propósitos libertarios.

Muy pronto tuvieron la oportunidad de demostrarlo. El 19 de julio de 1949, un grupo de 12 hombres —en su mayor parte dominicanos, aunque los había también de otras nacionalidades latinoamericanas—, al mando de Horacio Julio Ornes y a bordo de un hidroavión PBY *Catalina* procedente de Guatemala, amaró en la bahía de Luperón, en la costa norte de la República Dominicana. Pero el intento resultó infructuoso: los expedicionarios no pudieron establecer el contacto previsto con la resistencia interna en la ciudad de Puerto Plata; siete de ellos, más los tres tripulantes norteamericanos del *Catalina*, murieron en combate o asesinados por los esbirros de Trujillo, mientras los cinco restantes —incluido el propio Ornes— fueron capturados y condenados a prisión. Dos aviones que completaban la flotilla expedicionaria nunca llegaron a sus destinos de La Vega y San Juan de la Maguana, respectivamente: uno, a bordo del cual viajaba el grupo de 37 hombres comandado por Juan Rodríguez, se vio obligado a aterrizar en Costa Rica debido a una tormenta; el otro, que conducía a 25 combatientes dirigidos por Miguel Ángel Ramírez, aterrizó en la isla de Cozumel para reabastecerse de combustible y allí fueron arrestados por militares mexicanos.⁴³

⁴² *La Nación*, 11 de octubre de 1947, recorte en AHMRERC. Expte. Cayo Confites.

⁴³ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, pp. 120-133; Enrique Rodríguez Loeches, «¿Por qué fracasó la expedición a Santo Domingo?», en *Bohemia*, año 41, no. 34, 21 de agosto de 1949, pp. 58-59, 80-81 y 89-90.

La expedición de Luperón se inscribió en un proyecto insurreccional más vasto denominado Pacto de Alianza, el cual habían suscrito en Ciudad Guatemala, el 16 de diciembre de 1947, dirigentes de «grupos representativos de la política dominicana, nicaragüense y costarricense para derribar a las dictaduras imperantes en sus patrias y restablecer en ellas la libertad y la democracia». Estos convinieron en organizar un Comité Supremo Revolucionario bajo la presidencia del general Juan Rodríguez, a quien designaron comandante en jefe de los Ejércitos Aliados,⁴⁴ cuerpo militar del pacto que sería conocido con el nombre de la Legión del Caribe.⁴⁵ La empresa de Luperón contó con un amplio apoyo del Gobierno guatemalteco de Juan José Arévalo, recibió «aparentemente» una pequeña contribución financiera del presidente costarricense José Figueres y una «tibia expresión de amistad» del presidente cubano Carlos Prío Socarrás, quien no permitió que los aviones hicieran escala en Cuba para reabastecerse de combustible.⁴⁶

Diez años después, en marzo de 1959, los patriotas quisqueyanos se organizaron en el Movimiento de Liberación Dominicana (MLD), acordaron el Programa Mínimo de la Revolución Dominicana y crearon su brazo armado —el Ejército de Liberación Dominicana (ELD)— para liberar a su país de la dictadura de Trujillo. En su nuevo empeño libertario, contaron con el resuelto apoyo del Gobierno revolucionario de Cuba, un aporte de 150,000 dólares del presidente venezolano Rómulo Betancourt —quien se había comprometido inicialmente a entregar medio millón y se negó a que la expedición partiera de Venezuela— y el respaldo logístico —mochilas, hamacas, botas, abrigo y raciones de comida enlatada para 300 hombres— de los militares progresistas venezolanos liderados por Wolfgang Larrazábal.⁴⁷

⁴⁴ *Pacto de Alianza*, en <http://www.lespiritudel48.org>.

⁴⁵ Para más información sobre la controvertida Legión del Caribe, véase Piero Gleijeses, *La esperanza destrozada. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos: 1944-1954*, pp. 103-112.

⁴⁶ Piero Gleijeses, *La esperanza destrozada*, p. 110.

⁴⁷ Delio Gómez Ochoa, *Constanza, Maimón y Estero Hondo. La victoria de los caídos*, pp. 28-60.

Más de un centenar de hijos de Quisqueya y numerosos internacionalistas de varias nacionalidades, formados en tres grupos, marcharon hacia la República Dominicana. El primero, a bordo de un avión C-46 con las insignias de la fuerza aérea de Trujillo, partió desde el antiguo aeropuerto rebelde de Cieneguilla, próximo a la ciudad de Manzanillo; iba al mando de Enrique Jiménez Moya, excombatiente dominicano de la Sierra Maestra y comandante en jefe del ELD, y debido al mal tiempo se vio obligado a aterrizar en el aeropuerto militar de Constanza el 14 de junio de 1959. Los dos grupos restantes acamparon en la península del Ramón, cerca del lugar donde se habían acantonado los expedicionarios de Cayo Confites,⁴⁸ partieron por vía marítima de Punta Arenas, Antilla, y arribaron a la costa norte dominicana el 20 de junio: uno, a bordo del yate *Carmen Elsa* y comandado por José Horacio Rodríguez, desembarcó en la playa de Maimón; el otro, en el yate *Tínima* y dirigido por José Antonio Campos Navarro, lo hizo en la playa de Estero Hondo.⁴⁹ A principios de julio, luego de heroicos combates contra el Ejército trujillista y en desigualdad de condiciones, la expedición fue aniquilada. En su mayoría, los hombres murieron en combate o asesinados; unos pocos fueron capturados y sometidos a crueles torturas en las mazmorras del tirano.⁵⁰

⁴⁸ «Antilla», en *¡Ahora!*, órgano oficial del PCC en Holguín, <http://www.ahora.cu>, 2000.

⁴⁹ Según D. Gómez Ochoa, el ELD estaba formado por 212 hombres distribuidos como sigue: 52 en el avión, 97 en el yate *Carmen Elsa* y 63 en la lancha *Tínima* (Constanza, Maimón, pp. 72 y 77). De acuerdo con Anselmo Brache Batista, esa era la distribución planeada antes de que se averiara una de las embarcaciones, que fue sustituida por una más pequeña: la lancha *Tínima*; pero en realidad partieron 196 hombres: 52 en el avión, 96 en el yate *Carmen Elsa* —pues aunque 121 subieron a bordo, 25 de ellos regresaron desde alta mar— y 48 en la lancha *Tínima* (A. Brache Batista: *Constanza, Maimón y Estero Hondo. Testimonios e investigación sobre los acontecimientos*, Editora Taller, República Dominicana, 1994, pp. 105-106; tomado de una Nota de la Redacción en D. Gómez Ochoa, *Constanza, Maimón*, p. 78). Y según Fidel Castro, ascendían a 225: 56 en el avión y 169 en las embarcaciones (F. Castro, «Mi encuentro con Leonel Fernández, presidente de la República Dominicana», en *Granma*, año 45, no. 53, jueves 6 de marzo de 2009, p. 2, col. 3).

⁵⁰ Entre los muertos estaban los jefes de los tres grupos en que se dividió la expedición; entre los prisioneros había dos cubanos: el comandante del Ejército Rebelde Delio Gómez Ochoa y el joven soldado Pablo Mirabal Guerra, los cuales fueron liberados en julio de 1961 después del ajusticiamiento de Trujillo.

La acción de Constanza, Maimón y Estero Hondo tuvo un impacto enorme en la conciencia del pueblo dominicano, pues «despertó la energía opositora latente contra el régimen» de Trujillo.⁵¹ El auge de la oposición interna —en el que desempeñó un papel relevante el «Movimiento Clandestino 14 de Junio», creado al influjo de la gesta expedicionaria— contribuyó a agudizar la crisis histórica, general y multicausal de la dictadura. El desplome de esta, sin embargo, sobrevendría por efecto del conjunto de factores económicos y supraestructurales, tanto internos como externos, que incidían en la situación; entre ellos, y muy señaladamente, el temor del Gobierno de los Estados Unidos de que la crisis dominicana desembocara en una revolución al estilo de la cubana.⁵² Este «fantasma», a la postre, llevaría al imperialismo yanqui a considerar la posibilidad de deshacerse de Trujillo, aunque sin descartar la opción de seguirlo respaldando si con ello se impedía el estallido revolucionario. Así lo confirman las palabras siguientes del entonces presidente norteamericano John F. Kennedy: «Hay tres posibilidades en orden descendente de preferencia: un régimen democrático decente, la continuación del régimen de Trujillo o un régimen castrista. Debemos aspirar a lo primero; pero no podemos renunciar a lo segundo hasta cuando estemos seguros de que podemos evitar lo tercero».⁵³

El repudio al tirano de Quisqueya alcanzó una fuerza extraordinaria en América Latina, donde connotados enemigos de la Revolución cubana —como Rómulo Betancourt y José Figueres, presidentes de Venezuela y Costa Rica respectivamente, y Luis Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico— persuadieron a los Estados Unidos para que se distanciara de Trujillo, debido a lo embarazoso que resultaba consensuar y «legitimar» el empeño yanqui de acusar de dictatorial al Gobierno de Cuba y promover sanciones contra este, mientras respaldaba a Chapitas desde hacía treinta años y aún continuaba haciéndolo.

⁵¹ R. Cassá, *Historia social y económica*, t. 2, p. 294.

⁵² Para un análisis integral de los factores que provocaron la caída de la dictadura trujillista, véase R. Cassá, *Historia social y económica*, t. 2, pp. 290-299.

⁵³ John Schlesinger, Jr., *A Thousand Days. John F. Kennedy in the White House*, The Riverside Press, Cambridge, 1965, p. 769. (Citado por R. Cassá, *Los doce años. Contrarrevolución y desarrollismo*, t. I, p. 19).

El punto clave de este viraje fue el atentado perpetrado en Caracas contra Betancourt el 24 de junio de 1960, que dejó ileso al presidente venezolano pero costó la vida al jefe de su Casa Militar y heridas a otras personas. Con las pruebas de que el magnicidio había sido preparado por Trujillo, el Gobierno de Venezuela recurrió a la Organización de Estados Americanos (OEA),⁵⁴ la cual convocó la VI Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores Americanos, en su condición de órgano de consulta para la aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR).

El cónclave, celebrado del 17 al 20 de agosto en San José de Costa Rica, estimó que el atentado contra Betancourt era un episodio de un complot fraguado para derrocar al Gobierno de Venezuela. Ambos hechos, subrayó, constituían actos de intervención y agresión contra este país en los cuales estaba implicado «moral y materialmente» el Gobierno de la República Dominicana. En consecuencia, condenó «enérgicamente» la participación del gobierno de Trujillo en tales actos y acordó, de conformidad con lo dispuesto en los artículos 6º y 8º del TIAR, aplicar las medidas siguientes: a) Ruptura de relaciones diplomáticas de todos los Estados miembros de la OEA con la República Dominicana; b) Interrupción parcial de las relaciones económicas de dichos Estados con la República Dominicana, «comenzando por la suspensión inmediata del comercio de armas e implementos de guerra de toda clase». Así mismo, encargó al Consejo de la OEA estudiar la posibilidad y conveniencia de extender la suspensión del comercio a otros artículos, y lo facultó para dejar sin efecto las medidas adoptadas desde el momento en que el Gobierno de la República Dominicana hubiera dejado de «constituir un peligro para la paz y seguridad del continente».⁵⁵ El Gobierno de

⁵⁴ El proceso de institucionalización del panamericanismo había culminado en la IX Conferencia Internacional Americana, celebrada en Bogotá, Colombia, del 30 de marzo al 2 de mayo de 1948, con la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA). Más información sobre este proceso, en H. Vázquez García, *De Chapultepec a la OEA. Apogeo y crisis del panamericanismo*.

⁵⁵ «Resolución de la VI Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas», en *Triunfo de una causa justa*.

los Estados Unidos votó a favor de las sanciones y fue el primero en anunciar el rompimiento de sus nexos diplomáticos con el *Generalísimo*. Era un indudable signo del estado agónico e insalvable de su régimen.

El periodista y diplomático Carlos Lechuga sintetizó en pocas líneas la verdadera finalidad de la cita interamericana en la capital costarricense:

La Sexta Reunión ya estaba arreglada de antemano. Había que condenar a Trujillo. Sus crímenes de treinta años parecían haberse cometido en las últimas treinta horas. Los cancilleres estaban dispuestos a desempeñar el papel de héroes trasnochados. Sin embargo, surgieron dos sorpresas. Una: los norteamericanos no se mostraban dispuestos a ir muy lejos. La otra: Cuba pedía sanciones para el sátrapa, pero también para los Estados Unidos, «el padre de la criatura», como lo calificó Raúl Roa. El juego de ajedrez se descomponía pero, al fin, se liquidó la cuestión. Todos estaban ansiosos de entrar en los umbrales de la Séptima, verdadero propósito del viaje a Centroamérica.⁵⁶

En efecto, no más clausurado el cónclave, sus cortinas se volvieron a descorrer para inaugurar, el 22 de agosto de 1960, las sesiones de la VII Reunión de Consulta de los cancilleres americanos, que condenaría a Cuba por propiciar la «intervención del comunismo internacional» en el continente. No se ofrecieron argumentos, pero se esgrimió un formidable pretexto: las relaciones de amistad recientemente establecidas por el Gobierno revolucionario de la Isla con China y la Unión Soviética. Era un importante paso de la escalada tendente al aislamiento político y diplomático de la Revolución cubana que, en el ámbito del sistema interamericano, culminaría en la VIII Reunión de Consulta (Punta del Este, Uruguay, febrero de 1962) con la expulsión de Cuba de la OEA.

Condenación de la tiranía dominicana. VI Reunión Consultiva de Cancilleres, pp. 30-31; *Revolución*, año III, no. 526, lunes 22 de agosto de 1960, p. 20.

⁵⁶ C. Lechuga, «La conspiración de San José», en *Bohemia*, 11 de septiembre de 1960. Tomado de *Páginas de Bohemia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, p. 115.

Casi nueve meses después de las reuniones de consulta en Costa Rica, el 30 de mayo de 1961, un grupo de hombres surgidos de las filas del trujillismo y de la oligarquía dominicana, integrados en un «operativo directamente montado por la CIA»,⁵⁷ eliminaron a balazos al *Generalísimo* en la periferia de Santo Domingo. La terrible pesadilla de la *Era de Trujillo* había terminado. Muy pronto, la OEA y el Gobierno de los Estados Unidos se reconciliarían con los herederos del dictador.

Incidencias judiciales y diplomáticas

El 8 de octubre de 1947, la Sala de lo Criminal del Tribunal Supremo de Justicia de Cuba decidió trasladar al Senado la Causa 16/947 por delito contra la paz del Estado. La Sala había resuelto de oficio, por acuerdo unánime, una cuestión de competencia surgida en virtud del artículo 122 de la Constitución que le daba jurisdicción al Senado para actuar como Tribunal de Justicia y juzgar a un ministro del Gobierno por cualquier delito de carácter político, a condición de que la Cámara de Representantes, conforme el artículo 125 de la propia Carta Magna, formulara la acusación por acuerdo de las dos terceras partes de sus integrantes reunidos en sesión secreta. La cuestión de competencia era procedente por cuanto los delitos imputados a José Manuel Alemán, comprendidos en los artículos 141 y 143 del Código de Defensa Social, tenían carácter político. En tales casos, el Senado solo podía imponer las penas de destitución e inhabilitación para el ejercicio de cargos públicos.⁵⁸

De este modo, en poco más de una semana la Causa 16/947 había pasado de la jurisdicción militar a la Sala de lo Criminal del Tribunal Supremo y de esta al Senado de la República. Semejante peloteo parecía obedecer a la reticencia de los órganos de justicia a cargar con un asunto tan espinoso como contaminado de política interna, y a su interés en dejar a los políticos la solución del

⁵⁷ R. Cassá, *Los doce años. Contrarrevolución y desarrollismo*, p. 19.

⁵⁸ *Constitución de la República de Cuba*, pp. 64-67.

problema que ellos mismos habían creado. Pero también podía tratarse de una estratagema, hábilmente urdida desde lo alto, a fin de que la Causa se empantanara en el Capitolio y muriera de forma «natural» debido a las posibilidades que tenían el presidente y los legisladores de la alianza gubernamental de impedir que las dos terceras partes de la Cámara de Representantes acusaran a José Manuel Alemán. El tiempo pareció confirmar esta hipótesis, pues los voluminosos legajos de la Causa tardaron casi un mes en llegar al Senado y en sus anaqueles quedaron congelados.

Por otra parte, la Sala de lo Criminal del Tribunal Supremo envió al Tribunal de Urgencia de La Habana los testimonios de lugar expedidos en la Causa 16/947, con los cuales este último radicó la Causa 2650 contra los 26 jefes de la expedición de Cayo Confites. El 31 de octubre, el Tribunal de Urgencia canceló las fianzas de 5,000 pesos pagadas por los procesados, en virtud de que por el procedimiento especial de urgencia no se señalaban fianzas. Finalmente, los jefes expedicionarios obtuvieron su plena libertad y la Causa fue sobreseída.

El 16 de octubre, voceros trujillistas anunciaron en Nueva York que su Gobierno presentaría ante el Tribunal Internacional de Justicia «un dossier de tres libras» y gran cantidad de documentos que acusaban a altos funcionarios de los gobiernos de Cuba, Venezuela y Guatemala por la expedición de Cayo Confites.⁵⁹ Sin embargo, el pesado expediente nunca llegó a su destino debido a una pifia de la diplomacia trujillista que el propio *Generalísimo* explicaría en un mensaje al Congreso Nacional dominicano el 26 de diciembre de 1949: «Ese camino no pudo seguirse porque Cuba no está adscrita todavía a la jurisdicción obligatoria de la Corte y no podía, en esa virtud, ser constreñida a comparecer ante aquel alto Tribunal sin su propio consentimiento».⁶⁰

Al Gobierno de la República Dominicana tampoco le fue posible recurrir a la ONU, debido a que según lo estipulado en el Artículo 2 del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), firmado en Rio de Janeiro el 2 de septiembre de 1947,

⁵⁹ *Diario de la Marina*, año CXV, no. 240, viernes 17 de octubre de 1947, p. 1, col. 6.

⁶⁰ *Libro Blanco*, p. 245.

ningún país americano podía remitirse a la organización mundial sin antes haber agotado las vías del Sistema Interamericano. A Trujillo no le quedaba, pues, más remedio que apelar a este. Y a él acudiría, pero no de inmediato.

Entretanto, el Gobierno de los Estados Unidos se autoeximía de responsabilidad respecto a la expedición de Cayo Confites. Así lo hizo constar el secretario de Estado al embajador dominicano en Washington en una nota fechada el 23 de octubre de 1947. Tras acusar recibo de cinco notas remitidas por la Embajada de Santo Domingo durante el mes de septiembre, «todas ellas referidas a las actividades de una expedición armada que, según se ha señalado, tenía la intención de proceder contra la República Dominicana», el Departamento de Estado agradeció la cortesía de la Embajada al mantenerlo informado sobre el desarrollo de esta situación y le participó que había comunicado el contenido de dichas notas a las otras agencias interesadas del Gobierno. El Departamento resaltó, además, las declaraciones incluidas en varias de las notas de la Embajada sobre la «supuesta» adquisición de equipos para la expedición en los Estados Unidos, así como la «supuesta» participación en la empresa de ciudadanos estadounidenses y otras personas residentes en ese país. A continuación, expresó que como se había «explicado oralmente a funcionarios de la Embajada en varias ocasiones anteriores», el Gobierno norteamericano había tomado «todas las precauciones posibles para asegurar el cumplimiento de sus obligaciones internacionales a este respecto y hacer cumplir su legislación pertinente». En consecuencia, señaló, apreciaría grandemente «cualquier información adicional» que la Embajada pudiera proporcionar el Departamento con relación a este asunto.⁶¹

Evidentemente, el Gobierno de los Estados Unidos no estaba dispuesto a admitir implicación alguna en la expedición, ni a comprometer a sus órganos de Justicia en procesos relacionados con ella. Le bastaba con intervenir cuando no tenía otra opción. Tal había sido el caso de Manolo Castro; y lo era también el del ciudadano norteamericano Arthur F. Roscoe, un expiloto de la

⁶¹ *FRUS*, 1947, p. 658.

Real Fuerza Aérea británica arrestado el 2 de octubre por haber transportado armas, sin licencias de exportación, desde Tampa hasta un lugar cercano a La Habana el 15 de agosto de 1947, cuyo juicio había comenzado en la ciudad floridana el 22 de octubre. Al mismo tiempo, y al parecer para mantener un cierto equilibrio en el terreno judicial, en Alberta, Georgia, la Fiscalía norteamericana había levantado acusaciones por robo y tráfico de armas contra varios ciudadanos dominicanos y de otras nacionalidades que, en connivencia con el Consulado de la República Dominicana y el exgeneral venezolano Eleazar López Contreras, conspiraban contra el Gobierno de Venezuela. Merece la pena destacar que tanto los juicios de la Florida como el de Georgia se desarrollaron a bajo perfil y sin trascendencia alguna.

Diferente cariz tuvieron las iniciativas del régimen de Trujillo. El 12 de noviembre de 1947, el Senado y la Cámara de Diputados de Santo Domingo, en sesión conjunta, adoptaron una resolución cuyos exaltados «considerando» explicaban que: 1º Todo lo bueno ocurrido en la República Dominicana en los últimos tres lustros se debía a «la labor sin fatigas, al pensamiento esclarecido, a la voluntad sin caída, al espíritu esencialmente democrático y al patriotismo impar» de Trujillo; 2º En el «corazón decente de todo buen cubano» debían vivir «en perennidad de recuerdo el amor, el oro, la valentía y la sangre» que el pueblo dominicano había ofrecido a la «accidentada causa de la Independencia de Cuba»; 3º Los hechos habían comprobado plenamente que en territorio cubano se había organizado, financiado y adiestrado una «Brigada Internacional Comunista con el decidido propósito de invadir la República Dominicana»; 4º Esta brigada estaba constituida por hombres de «oscuros antecedentes» reclutados en varios países y por «malos compatriotas» sin arraigo en las masas dominicanas; 5º La «maquiavélica trama» contra la «fructífera tranquilidad moral y material» dominicana había sido realizada con el «consentimiento, complacencia y ayuda» del presidente de Cuba, Ramón Grau San Martín, cuya ineptitud seguía siendo «dolor, sangre y ruina para un pueblo digno de mejor suerte»; 6º Era «pública y notoria la infame cooperación» que habían prestado a la citada

brigada el presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, y el de Guatemala, Juan José Arévalo, «conocidos adeptos a la nefasta ideología moscovita».⁶²

Partiendo de estas premisas, el Congreso dominicano resolvió denunciar «ante la conciencia libre de los gobiernos y pueblos de América» la reprochable y peligrosa conducta de los mencionados presidentes al «organizar, tutelar, amparar y preservar a la Brigada Internacional Comunista» que desde playas cubanas había intentado «alterar la paz creadora, justa, enérgica y progresista» de que gozaba la República Dominicana.⁶³

Paralelamente, Trujillo tanteaba las posibilidades de un arreglo bilateral y ventajoso con Cuba. El 15 de noviembre de 1947 una nota de su Cancillería invitaba a la cubana a iniciar negociaciones con vistas a sustanciar una reclamación dominicana por los daños y perjuicios ocasionados por la expedición de Cayo Confites. Pero la invitación fue declinada el 2 de diciembre por la parte cubana, al entender que contenía inculpaciones inadmisibles y que no era procedente reclamar daños y perjuicios en un pleito no entablado y sobre una cuestión no debatida, de los cuales no podían derivarse derechos de ninguna clase. La Cancillería dominicana volvió a la carga el 13 de diciembre, con la proposición de discutir el asunto ante el Tribunal de Arbitraje Interamericano; pero recibió otra respuesta negativa en la cual la parte cubana añadía, a los argumentos ya mencionados, el de que la reserva formulada por la República Dominicana al suscribir dicho tratado ponía fuera de su alcance los asuntos sometidos a los tribunales nacionales.⁶⁴

El 29 de enero de 1948, la Segunda Cámara de lo Penal del Distrito Judicial de Santo Domingo comenzó un juicio por el «caso de Cayo Confites» contra 240 acusados «de generales, domicilios y residencias ignorados», entre los cuales figuraban tanto expedicionarios como

⁶² AHMRERC. Fondo Cuba, leg. República Dominicana, expte. Cayo Confites.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ Memorandos «Reclamación de la República Dominicana» y «Exposición sintética de las cuestiones entre la República de Cuba y la República Dominicana», en AHMRERC. Fondo Cuba, leg. República Dominicana, expte. Cayo Confites.

exiliados dominicanos no vinculados con la expedición y los tripulantes de la goleta *Angelita*. Todos ellos, juzgados en contumacia, eran considerados culpables de las infracciones siguientes: 1. Concertarse, a proposición de Juan Rodríguez García (a) Juancito, en una trama para remplazar al Gobierno presidido por Trujillo mediante procedimientos contrarios a la Constitución, excitando a los ciudadanos y habitantes de la República Dominicana a armarse contra la autoridad «legalmente constituida»; 2. Organizar y formar una «brigada internacional comunista» para atacar el territorio dominicano; 3. Ejecutar o practicar maquinaciones para inducir a Estados extranjeros, en especial Cuba, Guatemala y Venezuela, a hostilizar a la República Dominicana, emprender guerra contra ella o intervenir en la vida del pueblo y su Gobierno; 4. Ponerse de acuerdo con enemigos del Estado dominicano para entrar en su territorio y obtener la entrega de ciudades, fortalezas, plazas, etc.; 5. Realizar actos hostiles que podían impulsar a la República Dominicana a una declaración de guerra; 6. Tramar un atentado con la finalidad de provocar la guerra civil, para lo cual formaron ejércitos y entrenaron en Cayo Confites, poniendo en peligro la integridad y las relaciones internacionales de la República Dominicana; 7. Cometer actos constitutivos de ofensas públicas al jefe del Estado; 8. Intentar destruir o incendiar edificios, almacenes, astilleros y otras propiedades estatales y particulares, con el deliberado propósito de comprometer las actividades oficiales y privadas del Estado dominicano; 9. Excitar o provocar la comisión de crímenes y delitos; 10. Participar material o moralmente en gaviillas o bandas dirigidas contra la seguridad del pueblo y el Gobierno dominicanos.⁶⁵

Al día siguiente, se dictó sentencia. Los encartados fueron condenados a treinta años de trabajos públicos en la Cárcel Pública de Ciudad Trujillo y a pagarle «solidariamente» al Estado dominicano, como «justa indemnización», la suma de trece millones doscientos cincuenta y seis mil (13,256,000.00) pesos oro.⁶⁶

En julio de 1948, el Gobierno de la República Dominicana—invocando la Resolución 14 de la Conferencia de Cancilleres celebrada

⁶⁵ *Libro Blanco*, pp. 202-210.

⁶⁶ *Ibídem*.

en La Habana en 1940—presentó una reclamación contra Cuba por la expedición de Cayo Confites ante la Comisión Interamericana de Paz (CIP), la cual dio a conocer el 9 de septiembre su acuerdo de que ambos Estados entablaran negociaciones bilaterales para llegar a arreglos sobre las cuestiones pendientes. Estas se iniciaron el 27 del propio mes, mediante un intercambio de notas diplomáticas entre cancillerías que se prolongó hasta febrero de 1949, aunque sin progreso alguno a causa de las mismas e insuperables contradicciones por las cuales el diferendo había ido a la CIP.

En lo sucesivo la negociación se tornaría más compleja debido a las repercusiones de la expedición de Luperón (19 de julio de 1949), ya que inmediatamente después la CIP, a instancias de los Estados Unidos, comenzó una investigación sobre la delicada situación en el Caribe, y en agosto la República Dominicana presentó ante dicha comisión un informe en el que acusaba a Cuba de complicidad en la nueva empresa antitrujillista. En su resolución del 14 de septiembre acerca del caso, la CIP recogió los puntos de vista cubanos respecto al principio de no intervención, y el deseo del establecimiento y refuerzo de la democracia representativa en la región.

No obstante, en nota del 29 de octubre de 1949 la Cancillería dominicana planteó a la cubana que la expedición de Cayo Confites había sido amparada, protegida, financiada y dirigida por el Gobierno de Cuba o, al menos, por autoridades y funcionarios cubanos. Entre las pruebas esgrimidas, citó unas declaraciones de Ramón Grau San Martín a la revista *Bohemia*, en junio de ese año, en las cuales el ya expresidente admitía el apoyo que su gobierno había dado al movimiento antitrujillista. «He deseado siempre para los hijos de Quisqueya [dijo Grau] la misma libertad auténtica que hoy disfrutamos en Cuba. Durante nuestro Gobierno, no solamente hicimos posible la vida de los exiliados en Cuba, sino que los alentamos en la tarea de restaurar en sus tierras la perdida libertad».⁶⁷ Por consiguiente, el Gobierno dominicano entendía que el cubano debía resarcirlo de los daños ocasionados

⁶⁷ *Bohemia*, año 41, no. 26, 26 de junio de 1949, p. 69.

por: 1) Las erogaciones no previstas para reforzar la defensa de su territorio; 2) El perjuicio sufrido en la economía pública y privada dominicanas como consecuencia de los preparativos de Cayo Confites; 3) El daño emergente y el lucro cesante ocasionados por la captura y retención de la motonave *Angelita*. Finalmente, en la nota se afirmaba que las armas empleadas en Cayo Confites se habían facilitado a los expedicionarios de Luperón.⁶⁸

Dos acontecimientos ocurridos en noviembre de 1949 contribuyeron a incrementar la tensión en el Caribe: 1. La denuncia ante la OEA, por parte del Gobierno de Haití, de las actividades conspirativas que contra su país realizaba el Gobierno dominicano, las cuales incluían el asesinato del presidente Estimé, el de otros funcionarios y la invasión del territorio nacional haitiano, por lo que el Gobierno de Puerto Príncipe había decretado el estado de sitio; 2. La denuncia pública de la Cancillería dominicana de una nueva conspiración contra su Gobierno, supuestamente apoyada por el de Cuba y basada en una finca de la región oriental de la Isla.

A pesar de los desmentidos oficiales cubanos, avalados por la visita de periodistas a la finca de marras y el respaldo público de la CIP, en diciembre Trujillo se hizo conferir por el Congreso dominicano poderes para declarar la guerra a cualquier nación que, a juicio de su Gobierno, constituyera una amenaza para la República Dominicana. La CIP envió una nota al Gobierno de Quisqueya en la cual expresaba su preocupación, pues los instrumentos de paz americanos eran suficientes para resolver cualquier discrepancia entre las naciones del hemisferio. Y si bien el Gobierno dominicano respondió que no tenía la intención de agredir a ningún país, no se retractó de su posición belicosa y amenazadora.

Ante esta situación y en virtud del TIAR, el Consejo de la OEA se constituyó en Órgano de Consulta Provisional y creó una comisión para investigar los hechos denunciados por Haití y, en caso necesario, otros problemas similares en el continente, especialmente en el Caribe. En abril de 1950, tras considerar el informe

⁶⁸ Memorando «Reclamación de la República Dominicana», en AHMRERC. Fondo Cuba, leg. República Dominicana, expte. Cayo Confites.

de la mencionada comisión, el Consejo de la OEA reconoció la responsabilidad directa de la República Dominicana en las perturbaciones del Caribe y así lo dejó plasmado en la Resolución sobre el caso. Trujillo sufría una importante derrota diplomática y política.

Mientras la comisión de la OEA desarrollaba su trabajo, el 13 de enero de ese año la Cancillería cubana trasladó a la dominicana los puntos de vista «definitivos» del Gobierno de Cuba con relación a los temas en disputa, a saber: a) El problema de Cayo Confites había sido resuelto por el Gobierno cubano sin causar daños a otros Estados; b) Quienes se considerasen propietarios de la motonave *Angelita* deberían establecer la reclamación pertinente ante las autoridades cubanas, las cuales reunirían los elementos de juicio necesarios para considerar si se trataba de una de las naves capturadas por la Marina de Guerra cubana y en poder de su Gobierno; c) Cuba no había tenido intervención alguna en el asunto de Luperón, pues las armas ocupadas a los revolucionarios habían sido adquiridas en otros países.⁶⁹

De esta forma, las autoridades cubanas daban por terminada la negociación bilateral con Santo Domingo.

El empleo de las armas

Según Juan Bosch y Tulio H. Arvelo, una parte de las armas y municiones de Cayo Confites fueron devueltas por el Gobierno cubano al exjefe del ELA, general Juan Rodríguez, quien prestó una cantidad indeterminada de ellas a José Figueres para la insurrección que preparaba en Costa Rica. La entrega fue gestionada por Enrique Cotubanamá Henríquez, y en la transportación fue utilizado el avión *Cessna* de dos motores que Juan Bosch había adquirido para la expedición antitrujillista. Pero la aeronave cayó en Guatemala, y en el accidente perecieron el piloto (cubano), el copiloto (español) y sobrevivieron, entre otros, el dominicano

⁶⁹ Memorando «Exposición sintética de las cuestiones entre la República de Cuba y la República Dominicana», en AHMRERC. Fondo Cuba, leg. República Dominicana, expte. Cayo Confites.

Virgilio Mainardi Reyna, quien resultó herido. Tras la victoria del movimiento insurreccional costarricense —en la que desempeñaron también un importante papel Miguel Ángel Ramírez, Horacio Julio Ornes y otros expedicionarios de Cayo Confites—, Figueres asumió la presidencia de la Junta Fundadora de la Segunda República y devolvió las armas al general Rodríguez.⁷⁰

De acuerdo con la versión del expedicionario Alberto Henríquez Vásquez, *Chito*, tras el fracaso de Cayo Confites los exiliados dominicanos se dirigieron al presidente guatemalteco Juan José Arévalo en busca de apoyo a sus proyectos antitrujillistas. Arévalo accedió e instó a su amigo Ramón Grau San Martín a que entregara las armas de la frustrada expedición. El presidente cubano dio algunas, pero no a los dominicanos sino al Gobierno de Guatemala.⁷¹

Investigaciones practicadas por el Ejército cubano en 1952 y 1953 confirmaron que: 1) Entre enero y diciembre de 1948 se habían realizado al menos seis vuelos de armas y municiones, en transportes de la Fuerza Aérea de Guatemala que en realidad iban para Costa Rica. Algunos de estos envíos respondían a la solicitud del ya presidente costarricense José Figueres a su homólogo cubano Carlos Prío Socarrás, el cual había ascendido a la primera magistratura de la nación en octubre de 1948. Se consignaba, además, que en un vuelo de diciembre de ese año había viajado Juan Bosch; 2) El 20 de julio de 1949 había volado a Guatemala un avión militar C-47 con 2,000 libras de bombas de aviación. Este envío era en auxilio al Gobierno guatemalteco contra la «revuelta interna» desatada por las tropas leales al jefe del Ejército, coronel Francisco Javier Arana, tras el asesinato de este el 18 de julio, en el puente La Gloria, a unos veinte kilómetros de la capital. Entre los pasajeros del vuelo figuraba Eufemio Fernández Ortega; 3) Todo el material bélico enviado a Guatemala era de fabricación argentina y correspondía «al ocupado en la operación denominada *Expedición de Cayo Confites*».⁷²

⁷⁰ Testimonio de J. Bosch, en *Política: Teoría y Acción*, pp. 18, 26 y 27; T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 108.

⁷¹ Piero Gleijeses, *La esperanza destrozada*, p. 106.

⁷² Estas investigaciones formaron parte de las causas 30/952 y la 78/953 incoadas por los órganos de justicia militar contra el coronel (ya retirado) Genovevo

Pese a sus contradicciones, las informaciones antes expuestas indican que las armas y municiones de Cayo Confites fueron empleadas en la insurrección de Figueres en Costa Rica y en la consolidación de su gobierno, así como en la expedición antitrujillista de Luperón y la defensa del gobierno de Juan José Arévalo.

No ocurrió lo mismo con los aviones del ELA que pudieron llegar a Cuba, los cuales fueron confiscados por el Ejército y pasaron a integrar su Fuerza Aérea, quizás con la única excepción del pequeño *Cessna* accidentado en Guatemala. Por otra parte, al menos tres aeronaves compradas en los Estados Unidos quedaron retenidas en territorio norteamericano: un J2F-6, en Miami, el 9 de agosto de 1947; un PB-4Y, en Ponca City, y un B-25, en Tulsa (ciudades ambas del Estado de Oklahoma), el 6 y 7 de noviembre del propio año, respectivamente.⁷³

Muy diferente resultó el destino de los barcos, pues si bien el *Aurora* y el *Berta* quedaron en poder de la Marina de Guerra cubana, el *Angelita* y el *Fantasma* terminaron en manos de Trujillo. El *Angelita* fue devuelto oficialmente por el gobierno de Carlos Prío Socarrás al de Santo Domingo, por mediación de autoridades norteamericanas.⁷⁴ El *Fantasma*, en cambio, tuvo una curiosa historia.

Entregado a su propietario legal, el general del ELA Miguel Ángel Ramírez, el barco fue rebautizado *Quetzal*, registrado a nombre de una empresa marítima de Guatemala y abanderado con pabellón de esa nación. Se dedicó al transporte de cargas

Pérez Dámera y el general (también retirado) Ruperto Cabrera Rodríguez, respectivamente, por el supuesto delito de malversación y enajenación de armas. Las actuaciones se iniciaron el 22 de marzo de 1952. Interrogado el primero de diciembre de ese año, Pérez Dámera ratificó que el material de guerra enviado a Figueres entre enero y diciembre de 1948, por conducto de oficiales del Ejército de Guatemala, procedía del ocupado a la expedición de Cayo Confites. Ambas causas terminaron integradas en una sola y, teniendo en cuenta que no existían evidencias suficientes con vistas a un enjuiciamiento formal y concreto —pues Pérez Dámera y Ruperto Cabrera alegaban que siempre habían obedecido órdenes del presidente de la República—, fueron provisionalmente sobreseídas el 20 de noviembre de 1953. (Archivo del Instituto de Historia de Cuba. Fondo, *Ejército*, Signaturas 24.3.22/1952 y 24.3.22/1953).

⁷³ 1947/52. *La bonanza de Cayo Confites y renovación del equipo*, en <http://www.geocities.com>

⁷⁴ J. Bosch, «Treinta años», p. 61.

comerciales entre países centroamericanos y del Caribe. El 20 de julio de 1951 zarpó del apostadero naval del Mariel, al mando del capitán dominicano Alfredo Brito Báez —el mismo que había pilotado la goleta *Angelita*—, con una tripulación compuesta por marinos dominicanos, guatemaltecos y cubanos. Transportaba posturas de aguacate con destino a Puerto Livingston, Guatemala. Ocho horas después, el radioperador del barco envió un mensaje en el cual se anunciaba que dos unidades de la Marina de Guerra dominicana lo estaban persiguiendo. De momento, no se supo nada más.

Seis días más tarde, el Gobierno dominicano puso en circulación dos versiones contradictorias sobre lo acontecido. Según la primera, el *Quetzal* había sido sorprendido violando las aguas territoriales dominicanas y sus tripulantes fueron acusados de intentar derrocar al gobierno de Trujillo, a pesar de que el registro del barco no había aportado prueba alguna al respecto. De acuerdo con la segunda, el capitán del *Quetzal*, Alfredo Brito, era en realidad teniente de navío de la Marina de Guerra dominicana y había desviado la ruta del barco hacia su país para reintegrarse a sus funciones militares, luego de concluir una asignación de «servicios especiales». Aunque el gobierno trujillista privilegió esta versión —para lo cual presentó a Brito ante la prensa vestido de uniforme y formulando declaraciones que la ratificaban—, ello no impidió que a fines de noviembre de 1951, luego de varios meses en prisión, todos los tripulantes del *Quetzal* fueran condenados a treinta años de trabajos forzados por conspirar contra la seguridad nacional.

En realidad, el *Quetzal* había sido secuestrado en el canal internacional de Yucatán, cerca de Cozumel, por un navío de la Marina de Guerra trujillista y conducido hacia la base naval de Las Calderas en la costa sur dominicana. Esta acción se había originado gracias a informes de espías de Trujillo radicados en Cuba, según los cuales el *Quetzal*, pese a sus apariencias, transportaba armas y municiones para fomentar un golpe en Nicaragua y en él viajaba de incógnito el general Miguel Ángel Ramírez.

Luego de numerosas protestas, denuncias ante organismos internacionales y negociaciones, los tripulantes cubanos

y guatemaltecos fueron indultados. Mientras, los dominicanos continuaron en prisión y el *Quetzal*, en poder de Trujillo. En 1952, el barco fue renombrado *Paraíso* y transferido a la Marina de Guerra. Allí se mantuvo hasta que en 1959 pasó a la Naviera Dominicana, donde fue utilizado en transporte y cabotaje hasta inicios de 1960.⁷⁵

El destino de los hombres

No es posible aquilatar cabalmente la trascendencia de Cayo Confites, si no se tiene en cuenta la trayectoria ulterior de sus protagonistas. Por esa razón hemos querido finalizar este trabajo con una reseña biográfica de un grupo bastante representativo de tan heterogéneo conjunto, con especial interés en lo referido a su participación en la vida política, económica y social de la República Dominicana y Cuba. Esta presentación sigue un estricto orden alfabético:

AGOSTINI VILLAFANA, JORGE FELIPE. Continuó como jefe del Servicio Secreto del Palacio Presidencial durante el resto del mandato de Grau y en el de Prío. Tras el golpe de Estado de Fulgencio Batista en 1952, se destacó por su actividad clandestina en las filas de la organización Triple A, sobre todo en la creación de un movimiento insurreccional entre oficiales activos y retirados de las fuerzas armadas. Fue asesinado por esbirros de la dictadura el 9 de junio de 1955.

ÁGUILA RUIZ, JOSÉ. El 3 de agosto de 1948 fue sustituido por Grau como jefe de la Marina de Guerra debido, según informaciones de prensa, a numerosas denuncias formuladas contra él por revolucionarios y víctimas del régimen de Batista, entre ellas varias por fraudes e irregularidades. Su cesantía no se relacionó con los acontecimientos de Cayo Confites.

ALEMÁN, JOSÉ MANUEL, *EL BICHO*. El 9 de octubre de 1947, fecha fijada para el acto de desagravio a Alemán, los estudiantes se

⁷⁵ La historia del *Fantasma* ha sido reconstruida a partir de: J. Bosch, «Treinta años», pp. 60-61 y 97; E. de la Osa, *En Cuba: segundo tiempo*, pp. 407-414, y *Marina de Guerra dominicana*, en <http://www.fuerzasmildom.com/marina>.

lanzaron a las calles en protesta contra la política llevada a cabo por él en Educación. Al pasar una caravana de automóviles participantes en el festejo frente al Instituto de La Habana, varios estudiantes se acercaron a uno de los vehículos para arrancarle unos pasquines con su foto; pero el conductor disparó su pistola y dejó sin vida al joven universitario de veinticuatro años Carlos Martínez Junco. Ello no impidió que el acto se efectuara, ante un auditorio compuesto mayormente por individuos pagados por el BAGA. Hubo varios oradores, pero Alemán dio la nota mayor al declinar su homenaje en favor de Máximo Gómez y hacer un manipulado panegírico del héroe dominicano-cubano para ganar méritos a costa de la frustrada expedición de Cayo Confites. La carrera política ulterior de Alemán lo llevó en 1947 a la presidencia del PRC (A) en la provincia de La Habana y en 1948 a un escaño en el Senado. Fruto del robo, amasó una fortuna que solo en inversiones y bancos en Miami superó los doscientos millones de dólares. Aquejado del mal de Hodkins, murió en La Habana el 25 de marzo de 1950.

ALFONSECA ESPAILLAT, AUGUSTO, *PURRO*. Regresó a los Estados Unidos, donde residía. Murió en la expedición de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

ALONSO RODRÍGUEZ, CRUZ. Colaboró con la expedición de Luperón. Después del triunfo de la Revolución, se radicó en Venezuela. Falleció en 1977.

ARÉVALO, JUAN JOSÉ. Apoyó la expedición de Luperón. Durante su mandato presidencial, que concluyó en 1951, llevó a cabo reformas progresistas en Guatemala. Embajador itinerante durante el gobierno de Jacobo Arbenz (1952-1954), regresó fugazmente a su país en 1963 para participar como candidato presidencial en una farsa electoral que fue interrumpida por un golpe militar. A partir de 1969 prestó servicios como embajador de gobiernos represivos y dictaduras militares guatemaltecas en Chile, Venezuela e Israel. Jubilado en 1978 por motivos de salud, vivió sus últimos años en Guatemala. Falleció en 1991.

ARVELO DELGADO, TULIO HOSTILIO. Se mantuvo en el exilio en Cuba, Puerto Rico y Guatemala. Fue secretario del general Juan

Rodríguez. Participó en la expedición de Luperón. Capturado por las fuerzas trujillistas, guardó varios meses de prisión en las mazmorras de la dictadura. Tras ser amnistiado en febrero de 1950, se exilió en Venezuela. Después de ajusticiado el dictador, regresó a Santo Domingo donde desplegó una amplia labor periodística e historiográfica.

BETANCOURT, RÓMULO. Presidió la Junta Revolucionaria de Gobierno en Venezuela hasta 1948. Elegido presidente a finales de 1958, ejerció su mandato desde 1959 hasta 1964. Su gobierno se caracterizó por la alianza con los Estados Unidos, la jerarquía católica y la oligarquía venezolanas. Enemigo de la Revolución, rompió relaciones diplomáticas con Cuba en 1961. Murió en Nueva York, el 28 de septiembre de 1981.

BONILLA AYBAR, JOSÉ ANTONIO, *TONÍN*. Regresó a los Estados Unidos, donde residía. Tras el ajusticiamiento de Trujillo, regresó a Santo Domingo y se dedicó al comercio.

BORDAS HERNÁNDEZ, DIEGO EMILIO. Se dedicó a los negocios. Después de ajusticiado el tirano, regresó a Santo Domingo. Fue secretario de Estado de Industria y Comercio en el gobierno de Juan Bosch (1963) y secretario de Estado sin cartera en el de Joaquín Balaguer (1966-1978). Murió el 8 de abril de 1990.

BOSCH GAVIÑO, JUAN EMILIO. Mantuvo su residencia en La Habana. Fue secretario particular de Prío durante su mandato presidencial (1948-1952). Fungió como delegado en Cuba del movimiento expedicionario de Luperón. Acusado en 1953 de participar en el asalto al cuartel Moncada, se asiló en la Embajada de Costa Rica y luego marchó a ese país. Estuvo exiliado en varios países latinoamericanos. En marzo de 1958 fue arrestado por la policía de Batista, la cual se vio obligada a liberarlo por presión de los intelectuales cubanos. Tras el ajusticiamiento de Trujillo, regresó a República Dominicana en octubre de 1961. El 20 de diciembre de 1962 fue elegido presidente de la República, cargo del que fue derribado por un golpe de Estado militar el 25 de septiembre de 1963. Marchó nuevamente al exilio. En abril de 1965 estalló una sublevación popular en Santo Domingo por su regreso a la presidencia, la cual fue sofocada por la intervención del

Ejército de los Estados Unidos.⁷⁶ En septiembre de ese año regresó a Santo Domingo, donde continuó su activa vida política y literaria. En 1973 renunció al PRD y fundó el Partido de la Liberación Dominicana. Como escritor, dejó una prolífica obra entre cuyos títulos se destacan libros de cuentos, biografías y ensayos. En octubre de 1982 recibió la Orden Félix Varela y en junio de 1988 la Orden José Martí, ambas otorgadas por el Consejo de Estado de la República de Cuba. Murió en Santo Domingo, el 1 de noviembre de 2001.

CASTELLÓ ALDABAS, HUMBERTO. Participó en la ocupación de Radio Reloj el 13 de marzo de 1957, junto a José Antonio Echeverría. Se incorporó a las guerrillas del Directorio Revolucionario en la Sierra del Escambray, donde alcanzó el grado de comandante.

CASTRO DEL CAMPO, MANUEL, *MANOLO*. Tras el pago de la fianza a la justicia norteamericana, obtuvo la libertad provisional y regresó a Cuba el 13 de octubre de 1947. El 24 de noviembre concurrió a la primera vista del juicio, en Jacksonville, Florida, donde fue acusado de asociación ilícita para sacar armas de los Estados Unidos junto al dominicano Miguel Ángel Ramírez y los norteamericanos Hollis Burton Smith, Chester Miller y Percy N. Cyr. Terminada la sesión, volvió a Cuba. La segunda vista fue el 8 de diciembre. La tercera, fijada para el 5 de enero de 1948 y aplazada por enfermedad del juez Lodis W. Strum, nunca llegó a celebrarse pues el 22 de febrero de 1948 Castro fue asesinado a balazos en un café de La Habana. El homicida, Gustavo Ortiz Fáez, era un estudiante de veinte años, militante de la UIR y ahijado del presidente Grau. Se trataba, al parecer, de una venganza por la conducta de Castro ante los sucesos de Orfila. La dirección del MSR acusó del crimen a la UIR, la cual replicó que esa inculpación equivalía a confirmar que Castro había tenido participación directa en Orfila. En 1950, Ortiz Fáez fue condenado a 30 años de prisión.

CASTRO RUZ, FIDEL. Continuó sus luchas políticas en la Universidad de La Habana y en el Partido del Pueblo Cubano

⁷⁶ Las víctimas de la invasión yanqui y de la represión desatada por los tres primeros gobiernos «democrático-representativos» de Joaquín Balaguer (1966-1978) ascendieron a 6,000 personas. [Luis Suárez Salazar, *Madre América. Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)*, p. 19].

(Ortodoxos). A la par, prosiguió su acción solidaria con la causa del pueblo dominicano, uno de cuyos momentos culminantes sería la denuncia contra el régimen de Trujillo que presentó ante el Congreso Estudiantil Latinoamericano previsto para abril de 1948 en Bogotá, Colombia, y frustrado por los sucesos conocidos como «El Bogotazo». Luego del golpe de Estado perpetrado por Batista en 1952, organizó y dirigió el asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953. Guardó prisión hasta mayo de 1955, cuando viajó a México. En 1956 denunció el carácter esencialmente antirrevolucionario de la conspiración «antibatistiana» que tramaba Trujillo con un grupo de gánsteres, aventureros y mercenarios cubanos. Al mismo tiempo, aseguró que «la Revolución dirigida por el Movimiento 26 de Julio daría todo su respaldo al movimiento democrático dominicano».⁷⁷ El 2 de diciembre de ese año desembarcó en Cuba en el yate *Granma* al frente de 82 expedicionarios y dirigió la Revolución que triunfó el 1 de enero de 1959. Ya desde 1958 había facilitado el plan de los emigrados dominicanos en Venezuela de entrenarse en la guerra de liberación cubana, para después lanzarse a la lucha contra la dictadura trujillista. Con este fin subió a la Sierra Maestra un grupo de revolucionarios encabezados por Enrique Jiménez Moya. Tras la victoria, Fidel apoyó la expedición dirigida por Jiménez Moya que en junio de 1959 intentó liberar al pueblo quisqueyano. De este modo, cumplía su promesa de 1956 y «un viejo compromiso con los dominicanos» que habían luchado con los revolucionarios cubanos.⁷⁸

CUELLO HERNÁNDEZ, LEOVIGILDO. Regresó a su exilio en Puerto Rico. Después de la caída de la dictadura, volvió a Santo Domingo, donde desarrolló sus actividades profesionales y políticas. Pasó los últimos años de su vida retirado de ambas.

FELIÚ ARZENO, HÉCTOR MIGUEL ÁNGEL, *MIGUELUCHO*. Participó en la expedición de Luperón. Tras su liberación, residió en Venezuela, Panamá, Cuba y los Estados Unidos. Al triunfar la Revolución,

⁷⁷ F. Castro, «Carta sobre Trujillo», en Heberto Norman Acosta, *La palabra empeñada*, t. 2, p. 264.

⁷⁸ *Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*, p. 332.

regresó a Cuba. Murió en la expedición de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

FERIA PÉREZ, ARMENTINO, *EL INDIO*. Durante la dictadura de Batista formó parte de Los Tigres de Masferrer, banda de asesinos y delincuentes con la cual cometió numerosos crímenes. Abandonó el país tras el triunfo de la Revolución. Devenido agente de la CIA, desembarcó por la costa norte oriental en octubre de 1960 para crear un grupo de alzados en apoyo al alzamiento de Imías, Baracoa; plan promovido por el Servicio de Inteligencia Naval de los Estados Unidos desde la Base Naval de Guantánamo a fin de tomar la ciudad homónima. Murió poco después del desembarco en un enfrentamiento armado contra fuerzas del Ejército Rebelde en el Alto de Irán.⁷⁹

FERNÁNDEZ ORTEGA, EUFEMIO, *EL GUAJIRO*. Devino máximo dirigente de la Asociación Revolucionaria Guiteras (ARG), *grupo de acción* que realizó actividades seudorrevolucionarias y gangsteriles, especialmente en el ámbito sindical. Fue jefe de la Policía Secreta en el gobierno de Prío. Se enroló en la expedición de Luperón. Durante la dictadura de Batista pasó la mayor parte del tiempo fuera de Cuba, muy vinculado con Prío. En 1956 fue acusado, junto a los gángsteres Policarpo Soler y Jesús González Cartas, *El Extraño*, de complotarse con Trujillo en una operación para derrocar a Batista. Regresó a Cuba después del triunfo de la Revolución. En abril de 1961 integró un grupo contrarrevolucionario que fue sorprendido mientras ejecutaba los últimos preparativos de un plan de acciones de distracción para facilitar el desembarco de la invasión mercenaria de Playa Girón. Sometido a juicio, fue condenado a la pena capital.

FIGUERES FERRER, JOSÉ. Presidió la Junta Provisional en Costa Rica (1948-1949). No brindó el apoyo prometido al movimiento antitrujillista, a pesar del respaldo con hombres y armas recibido de este en la insurrección que lo llevó al poder.⁸⁰ Presidente de

⁷⁹ Pedro Etcheverry Vázquez y Santiago Gutiérrez Ocegüera, *Bandidismo. Derrota de la CIA en Cuba*, pp. 85-89.

⁸⁰ T. H. Arvelo, *Cayo Confites y Luperón*, p. 108. «La llamada Legión del Caribe, dirigida por Juan Rodríguez, después de algunas actividades revolucionarias en Centroamérica, dirigió sus actividades contra el régimen dominicano, aunque

la República en dos ocasiones (1953-1958 y 1970-1974), llevó a cabo reformas de carácter socialdemócrata e ilegalizó el Partido Comunista. Rico propietario y enemigo de la Revolución cubana. Murió en 1990.

GRAU SAN MARTÍN, RAMÓN. Unas semanas después de aniquilada la expedición, recibió en el Palacio Presidencial al reaccionario exgeneral y expresidente venezolano Eleazar López Contreras, muy ligado al dictador Trujillo.⁸¹ Se mantuvo en el escenario político cubano hasta la farsa electoral organizada por Batista en noviembre de 1958, en la que aspiró por última vez a la presidencia de la República. Permaneció en Cuba después del triunfo de la Revolución. Murió en La Habana el 28 de julio de 1969.

GRULLÓN MADERO, JOSÉ DIEGO. Mantuvo su residencia en Santiago de Cuba. Participó en la fundación de la Escuela de Periodismo Mariano Corona Ferrer, en la cual fungió como profesor y, en 1959, director-interventor. Fue el primer periodista que entrevistó a Fidel tras el triunfo revolucionario del 1 de enero de 1959, a las tres de la madrugada en el antiguo Ayuntamiento de Santiago de Cuba. La entrevista se publicó al día siguiente en la primera página del periódico *Oriente*, con un autógrafo de Fidel. Colaboró con el periódico *Sierra Maestra*. Falleció en Cuba.

GUTIÉRREZ MENOYO, CARLOS. Tras el golpe de Estado de marzo de 1952, se integró a la lucha contra Batista. Dirigió el comando militar que asaltó el Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957. Allí murió.

HENRÍQUEZ LAVRANSON, ENRIQUE COTUBANAMÁ. Continuó sus actividades profesionales y políticas en Cuba, donde ocupó un escaño en la Cámara de Representantes por el PRC (A). Al triunfar la Revolución, se marchó a los Estados Unidos. Murió el 17 de marzo de 1979.

HENRÍQUEZ VÁSQUEZ, FRANCISCO ALBERTO, *CHITO*. Permaneció en Cuba. Tras el ajusticiamiento de Trujillo, regresó a la República Dominicana, donde se desempeñó como profesor de Historia en

con notables dificultades por la traición de José Figueres, después que fue instalado en el poder en Costa Rica por dicha legión». (R. Cassá, *Historia social y económica*, t. 2, p. 274).

⁸¹ E. de la Osa, *En Cuba: primer tiempo*, pp. 282-284.

la Universidad Autónoma de Santo Domingo y director del Museo Nacional de Historia y Geografía.

HERNÁNDEZ NODAL, NORBERTO. Murió en el asalto al Palacio Presidencial, el 13 de marzo de 1957.

JIMENES-GRULLÓN, JUAN ISIDRO. Vivió exiliado en Cuba y otros países. Miembro del Consejo Directivo del Movimiento de Liberación Dominicano, fue el autor principal del programa que inspiró a la expedición revolucionaria de Constanza, Maimón y Estero Hondo. Seis meses después del ajusticiamiento de Trujillo, regresó a la República Dominicana y fundó la Alianza Social Demócrata, partido por el que aspiró a la presidencia de la República en 1962. Se desempeñó como profesor de Historia y Sociología en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Escribió numerosos libros sobre temas sociológicos, filosóficos, políticos, históricos y literarios. Murió el 10 de agosto de 1983.

LAMOTHE CORONADO, HUMBERTO. A raíz del golpe de Estado de Batista, integró el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) de Rafael García Bárcena, participó en actividades conspirativas con elementos auténticos y luego se vinculó con el Movimiento 26 de Julio. En agosto de 1956 fue arrestado y sometido a brutales torturas. En septiembre del propio año emigró a México y se incorporó a los preparativos revolucionarios de Fidel. Expedicionario del *Granma*, fue asesinado tras el combate de Alegría de Pío el 5 de diciembre de 1956.

MADERNE DELGADO, FELICIANO. Continuó en Cuba, donde reanudó sus labores como inspector de Hacienda. Conspiró contra la dictadura de Batista junto a grupos auténticos y otras organizaciones insurreccionales. Murió a mediados de 1970.

MAINARDI REYNA, VÍCTOR MANUEL, *SILLÍN*. Mártir de la expedición de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

MAINARDI REYNA, VIRGILIO. Participó en la entrega de armas de Cayo Confites a José Figueres para llevar a cabo la insurrección en Costa Rica, operación en la que resultó herido. Tras el ajusticiamiento de Trujillo, regresó a Santo Domingo donde continuó sus actividades políticas y profesionales.

MARTÍN LABRANDERO, DANIEL. Se enroló en la expedición de Luperón. Desde 1952 realizó actividades revolucionarias contra la

tiranía de Batista. En julio de 1956 fue hecho prisionero. En 1957, fuerzas del Directorio Revolucionario trataron de rescatarlo del Castillo del Príncipe para incorporarlo como jefe militar del asalto al Palacio Presidencial, pero el intento fracasó y fue asesinado por esbirros batistianos.

MASFERRER ROJAS, ROLANDO, *EL Cojo*. El 9 de octubre de 1947 sostuvo una entrevista con Grau en el Palacio Presidencial. Interrogado al salir sobre el responsable del fracaso de la expedición, manifestó que el presidente nada tenía que ver con «la agresión de que se nos ha hecho objeto», y que seguiría apoyando todas las «proyecciones revolucionarias y democráticas» que Grau patrocinara.⁸² En junio de 1948 fue elegido representante a la Cámara por el Partido Republicano, aliado gubernamental del PRC (A). En 1949 fue excluido de los preparativos expedicionarios de Luperón, debido a la sospecha de que había proporcionado, mediante los *G-men*, las informaciones que provocaron el fracaso de Cayo Confites.⁸³ Al servicio de Batista desde el golpe de Estado de marzo de 1952, devino senador y comandó la tristemente célebre banda de asesinos y delincuentes conocida como Los Tigres de Masferrer. Tras el triunfo de la Revolución huyó a Miami, donde continuó sus actividades gangsteriles y terroristas. Murió el 31 de octubre de 1975 a causa de la explosión de una bomba colocada bajo su auto por bandas rivales.

MEJÍAS DEL CASTILLO, RAMÓN, *PICHIRILO*. Permaneció en Cuba. En 1956 se incorporó al Movimiento Revolucionario 26 de Julio, viajó a México e integró la expedición del *Granma* como primer oficial. Tras el combate de Alegría de Pío, logró escapar a la persecución, llegar a La Habana y asilarse en la Embajada de México. En abril de 1965, al producirse la invasión yanqui a la República Dominicana, luchó junto a las fuerzas nacionalistas lideradas por el coronel Francisco Caamaño Deñó, en las que se destacó por sus acciones al frente del comando de San Antón. Atacado a balazos

⁸² *Información*, año XL, no. 241, viernes 10 de octubre de 1947, p. 1, col. 8 y p. 16, col. 6.

⁸³ Flavio Bravo, «La frustrada ‘invasión’ a Santo Domingo», en *Fundamentos*, año IX, no. 90, agosto de 1949, p. 688. *G-men* era el nombre que recibían los agentes y espías norteamericanos radicados en Cuba.

«por los órganos de Inteligencia de la República Dominicana [...] que estaban bajo la égida del Gobierno de los Estados Unidos»⁸⁴ la noche del 12 de agosto de 1966, mientras caminaba por una calle de Santo Domingo, el «malogrado comandante de la Revolución de Abril»⁸⁵ murió horas después. Hombre de gran prestigio y popularidad, su muerte provocó una ola de protestas en Santo Domingo; su funeral devino una manifestación de duelo y de repudio al gobierno de Joaquín Balaguer.⁸⁶

MIOLÁN REINOSO, ÁNGEL. Después del ajusticiamiento de Trujillo, regresó a Santo Domingo donde participó activamente en la vida intelectual y política. En el gobierno de Joaquín Balaguer fue presidente del Consejo Nacional de Fronteras y director de Turismo. Se desempeñó también como profesor, periodista y diplomático.

MIR, PEDRO. Residió en Cuba. Tras el ajusticiamiento de Trujillo, regresó a la República Dominicana donde ejerció como profesor universitario y desarrolló una destacada carrera como poeta y escritor. Recibió numerosos reconocimientos, entre ellos el de Poeta Nacional, otorgado por la Cámara de Diputados de la República Dominicana. Murió en Santo Domingo el 11 de julio de 2000.

MORALES CÓRDOVA, ÁNGEL. Se mantuvo en el exilio, fundamentalmente en Puerto Rico, durante el resto de su vida. Murió en San Juan, en 1960.

ORNES COISCOU, HORACIO JULIO. Tuvo una destacada participación en la sublevación de 1948 en Costa Rica y dirigió el grupo de hombres que tomó la ciudad de Puerto Limón.⁸⁷ En 1949 comandó el

⁸⁴ F. Castro, «Lo que conté sobre Pichirilo», en *Juventud Rebelde*, sábado 7 de marzo de 2009, p. 4, col. 4.

⁸⁵ Así lo calificó J. Bosch, en *Política: Teoría y Acción*, p. 23.

⁸⁶ F. Castro, «Lo que conté sobre Pichirilo», ed. cit.; <http://www.wikidominicana.edu.do>.

⁸⁷ Según J. Bosch, este grupo era de cincuenta o sesenta hombres y fue conocido como Legión Caribe, nombre que recibió después otro grupo de nicaragüenses, hondureños y dominicanos que pretendían derrocar a Somoza y a otros dictadores de la región. «Algunos periodistas yanquis [puntualizó Bosch] convirtieron, en sus noticias, la Legión Caribe en Legión del Caribe y en una fuerza poderosa, y metían en esas filas a todo el mundo, cosa que hicieron con nosotros sin que tuviéramos nada que ver con la tal Legión del Caribe excepto que conocíamos al grupo que se entrenaba para ir a combatir en Nicaragua». (*Política: Teoría y Acción*, p. 27).

grupo antitrujillista que amará en la bahía de Luperón. Capturado por fuerzas del dictador, sufrió prisión. Fue liberado en enero de 1950. Tras el ajusticiamiento de Trujillo, regresó a Santo Domingo donde continuó sus actividades profesionales y políticas.

PÉREZ DÁMERA, GENOVEVO, *GENOVITO*. Como jefe del Ejército, sobrevivió a la presidencia de Grau pero no a la de Prío, quien lo destituyó y pasó a retiro el 23 agosto de 1949 por deslealtad. Alertado por el *Generalísimo* a través de la emisora «La Voz del Yuna» sobre un complot para matarlo, Genovevo envió a dos hombres de su confianza, sin autorización del presidente, a entrevistarse con Trujillo y recabar más información al respecto (una advertencia similar había recibido el coronel Francisco Javier Arana, jefe del Ejército de Guatemala, antes de ser ultimado a balazos). El 24 de diciembre de 1951 fue herido en un atentado en la ciudad de Camagüey, al parecer en venganza por su actuación en Orfila y Cayo Confites. Millonario a base de fraudes, robos y negocios sucios, fue senador por Camagüey en las elecciones fraudulentas convocadas por Batista en 1954 y 1958. Abandonó el país al triunfar la Revolución.

PIÑEDA PÉREZ, LUIS DAVID. Militó en la Asociación Revolucionaria Guiteras (ARG). Durante la dictadura de Batista se incorporó al Movimiento 26 de Julio y realizó acciones clandestinas. Tras el triunfo revolucionario cumplió diversas funciones hasta su jubilación.

PUMARIEGA DÍAZ, CIRO. Renunció al MSR y pasó a la Ortodoxia, de la que llegó a ser secretario de Organización de su organización juvenil. Durante la dictadura de Batista militó en el Movimiento 26 de Julio y participó en varias acciones clandestinas. Murió en Cuba.

PUMARIEGA DÍAZ, MIGUEL, *MIGUELITO*. Abandonó el MSR e ingresó en la Juventud Ortodoxa. Durante la dictadura de Batista militó en el Movimiento 26 de Julio. Participó en varias acciones revolucionarias. Luego de la victoria revolucionaria, desplegó diferentes actividades hasta su jubilación.

RAMÍREZ ALCÁNTARA, MIGUEL ÁNGEL. Permaneció en Cuba. A fines de 1947 viajó a Guatemala, donde se incorporó a las fuerzas de José

Figueres para organizar la insurrección en Costa Rica. Designado jefe del Estado Mayor de las Operaciones Militares, dirigió la batalla de San Isidro del General. En 1949 comandó el grupo de la expedición de Luperón que aterrizó en Cozumel. Tras el ajusticiamiento de Trujillo, regresó a la República Dominicana donde fundó el Partido Nacionalista Revolucionario Democrático. Fue elegido senador en 1962 y designado subsecretario de Agricultura en el gobierno de Joaquín Balaguer.

RODRÍGUEZ GARCÍA, JUAN, *JUANCITO*. Se estableció en Guatemala. En diciembre de 1947 suscribió, junto a José Figueres y varios dirigentes políticos nicaragüenses, un Pacto de Alianza para derribar las «dictaduras imperantes» en Costa Rica, Nicaragua y República Dominicana, de cuyo Comité Supremo Revolucionario fue designado presidente nato.⁸⁸ El cuerpo armado resultante del mencionado pacto —conocido como la Legión del Caribe— debutó en 1948 con la victoriosa insurrección de Costa Rica. En 1949 patrocinó la expedición de Luperón y dirigió el grupo que se vio obligado a aterrizar en Costa Rica. Luego se radicó en Cuba y en Venezuela, donde murió en noviembre de 1960. Según Juan Bosch, su muerte no fue accidental, sino un suicidio. «Yo lo sé [expresó Bosch] porque por más de dos veces me dijo él que quien quiere suicidarse debe darse el tiro no en la frente, sino detrás de la oreja derecha y con el cañón del revólver inclinado hacia arriba, y así fue descrito el que él se dio. En ese tiempo yo vivía en Caracas [...] y don Juan Rodríguez fue a verme dos o tres veces. La muerte de José Horacio [...] fue un golpe muy duro [...] del cual no pudo recuperarse».⁸⁹

RODRÍGUEZ LOECHES, ENRIQUE. Desde 1952 se incorporó a la lucha clandestina contra la dictadura de Batista. Fue fundador del Directorio Revolucionario y asaltante a Radio Reloj el 13 de marzo de 1957. Sufrió prisión y exilio. En febrero de 1958 participó en la apertura del frente guerrillero del Escambray. Tras el triunfo de la Revolución, fungió como diplomático e investigador social. Publicó varias obras testimoniales sobre la Guerra de Liberación. Murió en Cuba.

⁸⁸ *Pacto de Alianza*, en <http://www.elespiritudel48.org>.

⁸⁹ J. D. Grullón, *Cayo Confites*, pp. 91-92.

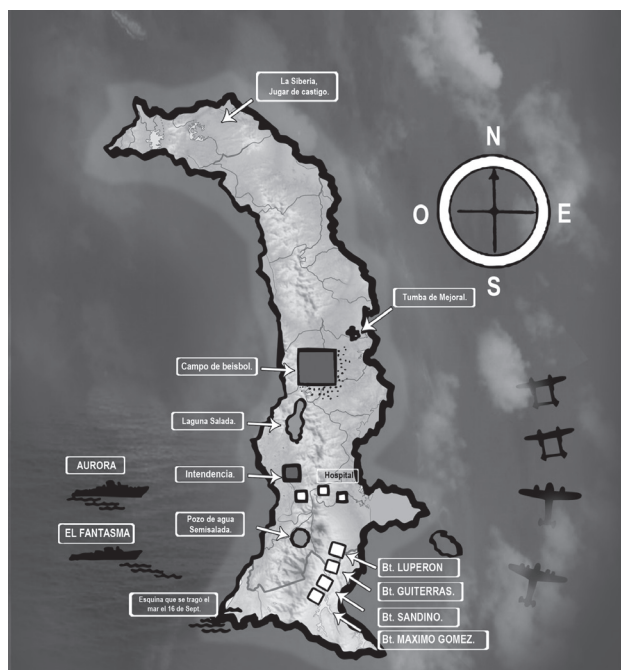
RODRÍGUEZ VÁZQUEZ, JOSÉ HORACIO. En 1949 colaboró con su padre en la expedición de Luperón. En 1959 comandó el grupo expedicionario que desembarcó el 20 de junio a bordo de la lancha *Carmen Elsa* en la playa de Maimón. Cayó combatiendo poco después.

SANABIA, ARÍSTIDES. Permaneció en Cuba. En 1959 colaboró con la expedición antitrujillista de Constanza, Maimón y Estero Hondo. Murió en La Habana, en 1960.

VALDEZ BORGES, DANILO. Regresó a Nueva York, donde residía. Murió en la empresa revolucionaria de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

WANGÜEMERT MÁIQUEZ, JOSÉ LUIS. Realizó actividades clandestinas contra la dictadura de Batista en las filas del Directorio Revolucionario. Murió en el asalto al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957.

TESTIMONIO GRÁFICO



Mapa de Cayo Confites y de sus principales lugares hecho por el capitán Cuadra, uno de los expedicionarios. Fuente: revista *Bohemia*, 2 de noviembre de 1947, p. 39.



El general Juan Rodríguez conversa con Leovigildo Cuello a la entrada de la comandancia del batallón Sandino. Fuente: revista *Bohemia*, 26 de octubre de 1947, p. 61.



Expedicionarios del ELA aguardan la llegada del buque *Fantasma*. A la izquierda, el *Aurora* engalanado para la ocasión. Fuente: revista *Bohemia*, 12 de octubre de 1947, p. 39.



El general Juan Rodríguez y Manolo Castro inspeccionan el buque *Aurora*. A la derecha, el *Berta*. Fuente: revista *Bohemia*, 2 de noviembre de 1947, p. 39.



Expedicionarios en formación. Fuente: revista *Bohemia*, 2 de noviembre de 1947, p. 39. Fuente: revista *Bohemia*, 12 de octubre de 1947, pp. 40 y 42.



Un grupo de expedicionarios en horario de descanso. Fuente: revista *Bohemia*, 1947.



Expedicionarios durante una sesión de marcha. Fuente: revista *Bohemia*, 1947.



Expedicionarios realizando un ejercicio militar. Fuente: revista *Bohemia*, 12 de octubre de 1947, p. 40.



Un numeroso grupo de expedicionarios presos en el campamento de Columbia. Fuente: revista *Bohemia*, 1947.



Cayería del norte de las actuales provincias de Camagüey y Ciego de Ávila. Se pueden apreciar Cayo Romano, Cayo Cruz y Cayo Confites.



Escenario geográfico en el que se desarrollaron la mayor parte de los acontecimientos de la expedición de Cayo Confites.

BIBLIOGRAFÍA

- ALAPE, ARTURO. *El Bogotazo: Memorias del olvido*, Casa de las Américas, La Habana, 1984.
- ALMOINA, JOSÉ. *Yo fui secretario de Trujillo*, Editora y Distribuidora del Plata, Buenos Aires, 1950.
- ARVELO, TULIO H. *Cayo Confites y Luperón. Memorias de un expedicionario*, Publicaciones de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Editora de la UASD, Santo Domingo, 1981.
- BALAGUER, JOAQUÍN. *Memorias de un cortesano de la «Era de Trujillo»*, Editor: Papelería – Impresora Sierra, Santo Domingo, 1989.
- Biblioteca de Consulta Microsoft Encarta*, Microsoft Corporation, 2005.
- BLANCO CASTIÑEIRA, KATIUSKA. *Ángel, la raíz gallega de Fidel*, Casa Editora Abril, La Habana, 2008.
- _____. *Todo el tiempo de los cedros. Paisaje familiar de Fidel Castro Ruz*, 1. ed., Casa Editora Abril, La Habana, 2003.
- BOSCH, JUAN. *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*, Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, República Dominicana, 1991.
- BUSTAMANTE, GREGORIO R. *Una satrapía en el Caribe. Historia puntual de la mala vida del déspota Rafael Leónidas Trujillo*, Ediciones del Caribe, Guatemala, 1949.
- BUSTAMANTE, LUIS J. *Enciclopedia popular cubana*, 3 t., Cultural S. A., La Habana, 1942.
- Carta de las Naciones Unidas y Estatutos de la Corte Internacional de Justicia*, edición oficial, Naciones Unidas, San Francisco, 1945.

- CASSÁ, ROBERTO. *Historia social y económica de la República Dominicana. Introducción a su estudio*, 2 t., Editorial Alfa y Omega, Santo Domingo, 1980.
- _____. *Los doce años. Contrarrevolución y desarrollismo*, 2 t., Editorial Alfa y Omega, Santo Domingo, 1986.
- CASTRO, FIDEL. *En esta Universidad me hice revolucionario*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1995.
- Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*, Segunda edición revisada y enriquecida con nuevos datos, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2006.
- CIRULES, ENRIQUE. *Hemingway en la cayería de Romano*, Editorial José Martí, La Habana, 1999.
- Constitución de la República de Cuba*, Editorial Lex, La Habana, 1948.
- CONTE AGÜERO, LUIS. *Eduardo Chibás, el adalid de Cuba*, Editorial Jus, México, 1955.
- CORDERO MICHEL, JOSÉ R. *Análisis de la Era de Trujillo (Informe sobre la República Dominicana. 1959)*, Editorial de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1975.
- DE GALÍNDEZ, JESÚS. *La Era de Trujillo. Un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana*, Editorial del Pacífico S. A., Santiago de Chile, 1956.
- DE LA OSA, ENRIQUE. *En Cuba: primer tiempo, 1943-1946*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.
- _____. *En Cuba: primer tiempo, 1947-1948*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
- _____. *En Cuba: segundo tiempo, 1948-1952*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.
- _____. *En Cuba: tercer tiempo, 1952-1954*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.
- _____. *En Cuba: tercer tiempo, 1955-1958*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008.
- _____. *Los días y los años*, Ediciones Unión, La Habana, 1983.
- _____. *Visión y pasión de Raúl Roa*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.
- De Tuxpan a La Plata*, Editora Política, La Habana, 1985.
- DEL VALLE, ALDO ISIDRÓN Y OTROS. *Antes del Moncada*, Editorial Pablo de la Torriente, La Habana, 1989.

- Diccionario geográfico de Cuba*, Comisión Nacional de Nombres Geográficos, Oficina de Hidrografía y Geodesia, La Habana, 2000.
- DÍOS UNANUE, MANUEL DE. *El caso Galíndez. Los vascos en los Servicios de Inteligencia de EEUU*, Editorial Txalaparta, Tafalla, Nafarroa, 1999.
- DUARTE OROPESA, JOSÉ. *Historiología cubana*, 4t.; t. III (*Desde 1944 hasta 1959*), Ediciones Universal, Miami, Florida, 1974.
- ETCHEVERRY VÁZQUEZ, PEDRO Y SANTIAGO GUTIÉRREZ OCEGUERA. *Bandidismo. Derrota de la CIA en Cuba*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 2008.
- FLÓREZ IBARRA, FERNANDO. *Yo fui enemigo de Fidel*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.
- Foreign Relations of the United States, 1945*, volume IX, The American Republics, United States Government Printing Office, Washington, 1969.
- Foreign Relations of the United States, 1946*, volume XI, The American Republics, United States Government Printing Office, Washington, 1969.
- Foreign Relations of the United States, 1947*, volume VIII, The American Republics, United States Government Printing Office, Washington, 1972.
- FRANCO, FRANKLIN J. *República Dominicana, clases, crisis y comandos*, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1966.
- GÁLVEZ AGUILERA, MILAGRO. *La Marina de Guerra en Cuba 1909-1958*, 2t., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.
- GARCÍA OLIVERA, JULIO. «Nuestra generación y la guerra civil española 1936-1939», en *Revista Bimestre Cubana*, volumen CI, Época III, no. 26, pp. 145-164, La Habana, enero-junio 2007.
- GLEIJESES, PIERO. *La esperanza destrozada. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos: 1944-1954*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
- GÓMEZ OCHOA, DELIO. *Constanza, Maimón y Estero Hondo. La victoria de los caídos*, Editora Alfa & Omega, Santo Domingo, República Dominicana, 1998.
- GRAU ALSINA, RAMÓN Y VALERIE RIDDERHOFF. *Mongo Grau: Cuba desde 1930*, Aguilar Editores, Madrid, 1997.

- GRULLÓN MADERO, JOSÉ DIEGO. *Cayo Confites. La revolución traicionada*, Editora Alfa & Omega, Santo Domingo, República Dominicana, 1989.
- GUERRA, RAMIRO Y OTROS. *Historia de la nación cubana*, 9 t., Editorial Historia de la Nación Cubana S.A., La Habana, 1952.
- GUERRA VILABOY, SERGIO. *Breve historia de América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- IBARRA GUITART, JORGE RENATO. «La solidaridad cubana por una República Dominicana libre de la dictadura trujillista en el contexto de las Américas (años 1944-1945)», en *Boletín del Archivo General de la Nación*, año LXIX, vol. XXXII, no. 119, pp. 649-706, Secretaría de Estado de Cultura, Santo Domingo, <http://bagn.academiahistoria.org.do>, 2007.
- JIMENES-GRULLÓN, JUAN ISIDRO. *La República Dominicana (Análisis de su pasado y su presente)*, Arellano y Cía. Impresores, La Habana, 1940.
- _____. *Una Gestapo en América*, Editorial Lex, La Habana, 1948.
- La enciclopedia de Cuba*, Enciclopedia y Clásicos Cubanos Inc., Madrid, 1974.
- LAMOTHE, HUMBERTO. *La verdad sobre Cayo Confites. Masferrer: cantajista y transfuga* [s.n.] [Biblioteca Nacional de Cuba] [s. a.].
- Libro Blanco del comunismo en la República Dominicana*, República Dominicana, Secretaría de Estado de lo Interior, Editora del Caribe, C. por A., Ciudad Trujillo, Distrito Nacional, R. D., 1956.
- Los túteres de Ferrara*, Izquierda Revolucionaria [s.n.], 1935.
- MENCÍA, MARIO. *El grito del Moncada*, 2 t., Editora Política, La Habana, 1986.
- MORALES PÉREZ, SALVADOR E. *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*, Archivo General de la Nación, vol. LXXIV, Santo Domingo, 2009.
- NORMAN ACOSTA, HEBERTO. *La palabra empeñada*, 2 t., Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2005.
- NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO. *Cuba: la naturaleza y el hombre*, t. I: *El archipiélago*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982.
- PIÑA CONTRERAS, GUILLERMO. «Juan Bosch», en *Página Oficial del Partido de la Liberación Dominicana*, Santo Domingo, <http://www.pld.org.do>, 2004.

- ROLDÁN OLIARTE, ESTEBAN. *Cuba en la mano. Enciclopedia popular ilustrada*, Impr. Úcar, García y Cía., La Habana, 1940.
- ROSELLÓ, ARTURO ALFONSO Y OTROS. *El Libro de Cuba*, Publicaciones Unidas S. A., La Habana, 1954.
- SELSEY, GREGORIO. «Trujillo: las dictaduras del Caribe», en *Historia de América en el siglo XX*, 3 t., Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1974.
- SOTO, LIONEL. *La Revolución del 33*, 3 t., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979.
- SUÁREZ SALAZAR, LUIS. *Madre América. Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.
- SZULC, TAD. *Fidel. Un retrato crítico*, Ediciones Grijalbo S. A., Barcelona, 1987.
- Triunfo de una causa justa. Condenación de la tiranía dominicana. VI Reunión Consultiva de Cancilleres*, República de Venezuela, Publicaciones de la Secretaría General de la Presidencia de la República, Imprenta Nacional, Caracas, 1960.
- VARGAS LLOSA, MARIO. *La Fiesta del Chivo*, Alfaguara, Madrid, 2000.
- VÁZQUEZ GARCÍA, HUMBERTO. *De Chapultepec a la OEA. Apogeo y crisis del panamericanismo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
- _____. *El Gobierno de la Kubanidad*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, MANUEL. *Galíndez*, Seix Barral, Barcelona, 1991.

Otras fuentes

- Archivo del Instituto de Historia de Cuba. Fondo *Ejército*, Signaturas 24.3.22/1952 y 24.3.22/1953.
- Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Cuba: Fondo *Cuba*, Legajo República Dominicana, Expediente: Cayo Confites; Expediente: Asuntos Contenciosos 1934-1935.
- Museo del Ferrocarril de Cuba.
- Testimonios de Miguel Pumariega Díaz y Luis David Piñeda Pérez.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

- Acevedo, Carlos 199
 Acosta Matos, Eliades 14
 Adán Daumy, Raúl 263
 Agostini Villafaña, Jorge Felipe 57, 90, 161-162, 235, 296, 401
 Águila Ruiz, José 302, 304-305, 318, 347, 401
 Alambrito 314
 Alavez, Elena 342-343
 Alemán Casharo, José Manuel, *El Bicho* 56-57, 61-63, 71, 81, 84, 96, 144, 154, 181, 186, 215-216, 222, 274-281, 287-289, 292-293, 296, 298, 304-305, 345-346, 349, 354-356, 358-359, 363-364, 367, 370, 378, 389-390, 401-402
 Alemán, José Braulio 62, 144
 Alfaro Goicochea, Jesús, *Mejoral* 268-269, 358
 Alfonseca Espaillat, Augusto, *Purro* 74, 270, 402
 Alfonseca Mercaderes, José Ricardo 247, 362
 Alliegro, Anselmo 62
 Almoína Mateos, José, *Gregorio R. Bustamante* 26, 30-31, 35, 37, 39, 43-44, 49, 63, 98, 104, 111, 199, 371-372, 382, 425
 Alonso Pujol, Guillermo 207
 Alonso Rodríguez, Cruz 56, 68, 70, 159, 177-178, 214, 308, 402
 Alonso, Miguel A. 185
 Alsina de Grau, Paulina 62, 261
 Álvarez Izquierdo, Mario 362
 Álvarez, Pío 167
 Angle, F. 151
 Ara, Guillermo 261, 263
 Arana, Francisco Javier 110, 398, 411
 Araña 220
 Arazoza, Carlos 278-279
 Arbenz, Jacobo 402
 Arévalo, Juan José 38, 67-68, 111, 384, 393, 398-399, 402
 Argilagos (comandante) 87, 91
 Armour, Norman 99-100, 254-255, 257-258
 Arvelo Delgado, Tulio Hostilio 39, 73-74, 79, 181, 183, 238-239, 242, 245, 248, 250, 270-272, 284, 287, 298, 302-303, 308, 330, 356, 374, 383, 397-398, 402, 406, 425

Ávila Ávila, Raúl, *Lechoncito* 260, 265
 Azcuy, Abelardo 87, 91, 116

B

Báez Ramírez, Ramón 362
 Báez, Mauricio 12-13, 382
 Baire Llópiz, Luis, *La Rata* 84-85
 Balaguer, Joaquín 25, 29-30, 403-404, 410, 412, 425
 Barceló, Matías 357
 Batista Zaldívar, Fulgencio 23-24, 32, 39-40, 44, 62, 167, 208, 277, 401, 403, 405-409, 411-413
 Bebo, vea Muñiz Guibernau, Bernabé
 Bejerano, Pedro 11
 Belt, Guillermo, *William* 199-200
 Bencosme, Sergio 33, 348
 Bencosme, Toribio 247
 Benefactor, el, vea Trujillo Molina, Rafael Leónidas
 Bernardino, Félix W. 13
 Betancourt, Rómulo 38, 40-42, 44, 48, 51-52, 198, 255, 317, 322, 384, 386-387, 393, 403
 Bisbé, Manuel 263
 Bolívar, Simón 102
 Bonilla Atilas, J. A. 152
 Bonilla Aybar, José Antonio, *Toñín* 74, 270, 403
 Bordas Hernández, Diego Emilio 10, 202, 246, 248, 284, 332, 362, 403
 Bosch Gaviño, Juan Emilio 10, 14, 17, 21, 26, 31-32, 40-42, 45-46, 55, 58-60, 65-66, 79, 111, 121-123, 125, 128-129, 154, 160, 168, 178, 203-204, 206, 233, 240-244, 247-249, 253, 270, 282, 284-285, 289-290, 293-295, 300,

307, 311, 315, 320, 330, 332-334, 341-343, 355, 358, 360-362, 376-377, 397-398, 401, 403, 410, 412, 425
 Brache Batista, Anselmo 385
 Braden, Spruille 34-35, 37, 376
 Bravo Acosta, Antonio 289
 Bravo, Flavio 213, 409
 Brett, George H. 37
 Briggs, Ellis O. 376
 Brito Báez, Alfredo 286, 400
 Brito, Valeriano 250
 Bustamante, Gregorio R., vea Almoína Mateos, José
 Butler, George H. 49-50, 176, 220-221, 227-229

C

Caamaño, Fausto E. 27, 103, 111, 187
 Caamaño Deñó, Francisco Alberto 409
 Cabrera, José M. 343
 Cabrera Rodríguez, Ruperto 84, 157, 261, 296, 31, 318, 323, 399
 Caffery, Jefferson 24
 Cañas Milanés, Luis 351-352
 Calderón, Telesforo R. 319-320, 367
 Calderón Hernández, Manuel 32, 202, 246
 Calvo Lozano, Arturo 279
 Camejo Argudín, José Enrique 254
 Campos Navarro, José Antonio 385
 Cano Rojas, Manolo 85
 Caonabo 22
 Caparrós, Rogelio 326-329
 Carballo, Enrique 19
 Carballo, Sergio 366
 Carbó, Sergio 360
 Cárdenas, Juan 221
 Cárdenas, René de 254

Carnevali, Gonzalo 108
 Casas, José 58, 221
 Cascarita 268-269, 358
 Cassá, Roberto 373-374, 386, 389, 407, 426
 Castelló Aldabas, Humberto 404
 Castillo, Luis 86
 Castillo, Narciso 182
 Castro del Campo, Manuel,
 Manolo 11, 57-58, 62-63, 70, 95-
 96, 112, 154, 200, 216, 221-222,
 236-237, 240, 244-245, 253, 261,
 280-282, 290, 292, 300, 306,
 308, 315, 322, 326, 344, 346,
 391, 404, 418
 Castro Ruz, Fidel 17, 55, 66, 75, 80,
 82, 244, 334, 342-343, 377-378,
 385, 404-405, 410, 426
 Céspedes, Carlos Manuel de 23
 Céspedes y Quesada, Carlos
 Manuel de 277
 Chapitas, vea Trujillo Molina,
 Rafael Leónidas
 Chibás Rivas, Eduardo 40, 61, 207,
 263-265, 276-278, 354
 Chito, vea Henríquez Vásquez,
 Francisco Alberto
 Churchill, Winston 233
 Cirules, Enrique 367-368, 426
 Colás, Luis 161
 Coloma Álvarez, Roberto 247
 Colón, Cristóbal 21, 180
 Cordero Michel, José R. 25, 426
 Corona, Eduardo 57, 92, 292
 Corrales, Manuel 11
 Correa, Armando 261
 Cortés, Hernán 283
 Crespo, Jorge 24
 Cruz, Bruno de la 362
 Cruz Agramonte, Germán 118
 Cuadra, Abelardo 332
 Cuadras, Joaquín 330

Cuello Hernández, Leovigildo 40,
 55, 206, 242, 247-248, 270-271,
 308, 352, 360, 405, 417
 Curti Messina, Segundo 247
 Cyr, Percy N. 404

D

Davis, Roger 344
 Dawson, William 257
 Despradel, Arturo 49, 94, 117, 126,
 128, 169-170, 175-176, 187, 191,
 365, 371
 Díaz, Modesto 23
 Díaz, Tomás 218
 Díaz Martínez, Oscar 273-274, 277,
 280, 297-298, 310, 322-323, 345-
 349, 351, 357
 Diéguez Lamazares, Jesús 168,
 260-261
 Dillon, Joseph R. 212
 Duarte Oropesa, José 58, 75, 168,
 261, 373, 427
 Dubock, Luis Augusto 317-318
 Dupotey, Hugo 62

E

El Dominicano, vea Sánchez, Félix
 Buenaventura
 Echeverría, José Antonio 404
 Eisenhower, Dwight 262
 El Asno con Garras, vea Machado,
 Gerardo
 El Bicho, vea Alemán Casharo,
 José Manuel
 El Chacal de Oriente, vea Ortiz,
 Arsenio
 El Cojo, vea Masferrer Rojas,
 Rolando

El Colorado, vea León Lemus,
Orlando
El Extraño, vea González Cartas,
Jesús
El Jefe, vea Trujillo Molina, Rafael
Leónidas
El Guajiro, vea Fernández Ortega,
Eufemio
El Indio, vea Feria Pérez,
Armentino
El Turquito, vea Fallat Aqueris,
José
Emerick, Charles 344
Encina, Dionisio 50
Enriquillo 22
Escalona, Arsenio 126
Estimé, Dumarsais 253-254, 257,
396
Estrella Ureña, Rafael 39

F

Faget, Mariano 24
Fallat Aqueris, José, *El Turquito* 266
Febles, Bruno 329
Febles, Mon 248
Febles, Tomás 148
Feliú Arzeno, Héctor Miguel
Ángel, *Miguelucho* 405
Félix, Carlos 152
Fellito, vea Mainardi Reyna, Rafael
Feria Pérez, Armentino, *El Indio*
58, 284, 358, 362, 406
Fernández, Braulio 210
Fernández, Gonzalo 19
Fernández Concheso, Aurelio 256
Fernández Fiallo, Raúl 62
Fernández Ortega, Eufemio, *El*
Guajiro 10, 58, 70, 78, 83, 85,
159-160, 162-163, 293-205, 243,
245-246, 253, 282, 290, 292,

306-307, 309, 315, 322, 326, 346,
375, 385, 398, 406
Fernández Rebull, Reinaldo 118
Figueres Ferrer, José 384, 386, 397-
398, 406-408, 411-412
Figueroa Miranda, Miguel 211,
221, 233
Forrestal, James 142
Fors Reyes, Alfonso Luis 167-168, 219
Franco, Franklin J. 27-28, 427
Franco Bahamonde, Francisco 12,
58, 173, 370
Freddie 112
Fuentes, Gregorio 12

G

Galíndez, Jesús de 29, 372-373,
382, 426
Garcerán 86-87
García 237
García, Dayamí 19
García, Denia 19
García, Pedro A. 19
García, Raúl 362
García Bárcena, Rafael 408
García Olivera, Julio 427
García Godoy, Emilio 36, 187-188,
192, 222, 229
García Guerra, Ivonne 40
García Trujillo, Virgilio 26
Gaspar Dutra, Eurico 37
Gaudet, William 131-132
Gazón, Henry 104
Generalísimo, el, vea Gómez,
Máximo
Generalísimo, vea Trujillo Molina,
Rafael Leónidas
Genovivo, vea Pérez Cámara,
Genovevo
Glass, Dick 344

Gómez, José Miguel 274
 Gómez, Juan Vicente 167
 Gómez, Miguel Mariano 274
 Gómez Arquija, Alejandro 262
 Gómez Báez, Máximo, el Generalísimo 9, 23, 207-208, 213, 286, 402, 427
 Gómez Ochoa, Delio 384-385
 Gómez Wangüement, Luis 321
 González, Indalecio 19
 González Cartas, Jesús, *El Extraño* 406
 González Chávez, Camilo 141, 262
 González Muñoz, Rafael P. 95-96, 103, 109-110, 184, 186-187, 195, 212, 228, 231
 Grau Alsina, Francisco, *Pancho* 62
 Grau Alsina, Ramón, *Mongo* 266, 427
 Grau San Martín, Ramón 10, 24, 32, 39-40, 42-43, 48-49, 53, 56-57, 61-63, 80, 82-84, 86-87, 90-91, 101, 103-104, 108-109, 112-114, 116, 120-121, 123-124, 148, 153, 169, 174, 186-187, 192, 194-197, 200, 209, 211-213, 226, 228, 233, 247, 253-254, 259-264, 266-267, 272, 275-278, 280-281, 287-288, 293, 296, 299, 304-305, 308-309, 311, 317-318, 323-324, 347-349, 351-352, 354-355, 357, 362, 365-366, 368, 370-371, 373, 377-378, 381, 392, 395, 398, 401, 404, 407, 409, 411
 Gregorio R. Bustamante, vea Almoína, José
 Grullón, Carlos Daniel 362
 Grullón Madero, José Diego 17, 38, 45, 59, 72-73, 83, 135, 181, 247-248, 282, 286, 293, 295, 299-300, 303-304, 313, 333, 341-343, 361-362, 377-378, 407, 412, 428

Guamá 22
 Guayo, vea Hernández, Eduardo
 Guevara, Alfredo 213
 Guiteras Holmes, Antonio 24, 38-39, 76
 Gutiérrez Menoyo, Carlos 58, 407

H

Hatuey 9, 22, 208
 Hauch, Charles C. 254, 257
 Hemingway, Ernest 11-12, 367-368
 Henríquez Lavranson, Enrique Cotubanamá 32, 67, 79, 161-162, 220, 358, 397, 407
 Henríquez Ureña, Pedro 67
 Henríquez Vásquez, Francisco Alberto, *Chito* 57, 67-68, 161, 398, 407
 Henríquez y Carvajal, Federico 9, 23
 Henríquez y Carvajal, Francisco 32
 Hernández, Eduardo, *Guayo* 261
 Hernández, Epifanio 86-87, 89-90, 116, 349-350, 357, 362
 Hernández, Juan 19
 Hernández, Rogelio, *Cucú* 266
 Hernández Nardo, Enrique 264, 280, 311, 318, 323
 Hernández Nodal, Norberto 408
 Hernández Santana, Manuel de Jesús, *Pipí* 76-77, 382
 Herrera 229
 Hicks, Albert C. 147, 347-348
 Hitler, Adolfo 353
 Hoover, John Edgar 123-124, 148, 153
 Hostos, Eugenio María de 32
 Hull, Corder 217

I

Ichaso, Francisco 360
 Igenari Torchilane, Guillermo 362
 Iglesias de la Torre, Luis J. 262
 Incháustegui, Héctor 103, 195
 Isabel II del Reino Unido 26
 Izquierdo, Leonardo 218
 Izquierdo, Raúl 19

J

Jimenes-Grullón, Juan Isidro 30,
 32, 39, 48, 55, 73, 79, 190, 206,
 247-248, 352, 408, 428
 Jiménez, Evaristo 342-343
 Jiménez Moya, Enrique 385, 405
 Juancito, vea Rodríguez García,
 Juan

K

Kennedy, John F. 386

L

La Rata, vea Baire Llopiz, Luis
 Laguado Jayme, Francisco 167
 Lamar y Capó, René de 366
 Lamothe Coronado, Humberto
 76-77, 85, 88, 92, 136-138, 204-
 205, 251, 294, 306-307, 312-313,
 329, 331, 337, 350, 408, 428
 Larrazábal, Wolfgang 384
 Le Riverend, Julio 15
 Lechoncito, vea Ávila Ávila, Raúl
 Lechuga, Carlos 64, 71, 77, 296-
 297, 316, 321, 327, 330-331, 339-
 340, 342, 369, 388

León, Rubén de 207, 263, 289
 León Lemus, Orlando, *El Colorado*
 266
 León Cervantes, Evelio 235
 Lescot, Ellie 35-36, 41-42, 60
 Lima, Rosendo 327, 329
 Linares Aranda, Francisco 108
 Liz, Manuel Alexis 32, 202, 246,
 320, 332, 362
 Llabre, Pablo 11
 Logroño, Arturo 187-188, 192
 López, Rafael 86
 López Contreras, Eleazar 48, 51,
 100, 392, 407
 López del Castillo, Raúl 110, 191, 317
 Lora Camacho, Américo 247
 Louverture, Toussaint 332
 Lovatón, Lina 27
 Lovatón, José Manuel, *Mencho* 27, 98
 Lovett, Robert A. 142-143
 Luján, Miguel 342
 Luna, Juan E. 362

M

Macana 201
 Machado Morales, Gerardo, *El*
Asno con Garras 23-25, 32, 38, 58-
 59, 62, 167, 233, 277
 Maderne Delgado, Feliciano 58,
 63-64, 71-72, 77, 84, 202-203,
 246, 281, 296-299, 308, 313-316,
 320-321, 326, 330-332, 339-342,
 362, 368-369, 408
 Magloire, Paul 257
 Mainardi Reyna, Rafael, *Fellito* 72, 362
 Mainardi Reyna, Víctor Manuel,
Sillín 408
 Mainardi Reyna, Virgilio 32, 38, 41,
 66, 68, 82, 203, 247-248, 284-285,
 332-335, 343, 362, 375, 398, 408

- Majorrieta, J. E. 70
 Manfugá 87
 Manolo, vea Castro del Campo, Manuel
 Mañach, Jorge 381
 Marcano, Félix 23
 Marcano, Francisco 23
 Marcano, Luis Gerónimo 23
 Mariné, Jaime 78
 Mariño, Marín P. 362
 Marrero Aristy, Ramón 13
 Marshall, George 52-53, 100-101, 103, 106, 112-113, 141-142, 153, 177, 220, 273, 279
 Martí, José 9, 23, 32, 102, 213, 286
 Martín Labranderó, Daniel 58, 282, 329, 362
 Martínez, Demetrio 19
 Martínez, María 26
 Martínez, Nilo 272
 Martínez Cobiella, Adalberto 246
 Martínez Junco, Carlos 402
 Martínez Reyna, Germán 362
 Marx, Carlos 45
 Masferrer Rojas, Rolando, *El Cojo* 10-11, 57-58, 68-69, 75-76, 83-86, 89-90, 136-138, 157, 159-160, 164, 166, 202-205, 219, 239, 242-245, 248, 251, 253, 277, 281, 283-384, 286, 289-291, 293-295, 300, 306-308, 312-316, 324, 326-334, 337-341, 345-346, 350, 357-358, 362-364, 374-375, 377, 379, 382, 406, 409
 Masó, Gustavo 213
 Matos Arreaza, Pedro 247
 Mc Dermott, Michael 118, 153, 351
 McCarthy, Francis L. 194
 Medina 140
 Medina, Antonio 19
 Mejías del Castillo, Ramón, *Pichirilo* 248, 284, 286, 289, 334, 343, 409
 Mejoral, vea Alfaro Goicochea, Jesús
 Mencho, vea Lovatón, José Manuel
 Mendieta, Carlos 24
 Menéndez Villoch, Salvador 233
 Meoqui, Roberto 266
 Miguelito, vea Pumariaga Díaz, Miguel
 Miguelucho, vea Feliú Arzeno, Héctor Miguel Ángel
 Miller, Chester 70, 344, 404
 Millo, vea Ochoa, Emilio
 Miolán Reinoso, Ángel 83, 135, 205, 268, 332, 341, 343, 375, 410
 Mir, Hugo 213
 Mir, Pedro 242, 287, 330, 357, 410
 Mirabal Guerra, Pablo 285
 Mitchel, Reginald 150
 Molina, Julia 26
 Mongo, vea Grau Alsina, Ramón
 Morales, Carlos 198
 Morales, Fausto A. 362
 Morales Córdova, Ángel 33, 35, 125, 144, 147, 189-190, 206, 242, 247-248, 270-271, 308, 315, 326, 347-348, 352-353, 410
 Morales Pérez, Salvador 31, 36-37, 44, 50, 64, 98, 104, 111, 199, 428
 Morín Dopico, Antonio 260-262, 266, 274
 Morrison, H. Stuart 111, 117, 231-232
 Moya Alonzo, Manuel de 50, 151, 371
 Muñiz Guibernau, Bernabé, *Bebo* 247
 Muñoz Marín, Luis 386
 Mussolini, Benito 24, 353
- N
- Negativo 165-166
 Newman, Robert 280

Noroña, Andrés 63
 Norweb, R. Henry 51-52, 96-97,
 101, 108-109, 112-113, 177-178,
 212, 279-280, 376
 Nucete Sardi, José 199

O

Ochoa, Emilio, *Millo* 309
 Ornes Coiscou, Horacio Julio 60,
 242, 332, 375, 383, 398, 410
 Ortega Frier, Julio 52, 98-100, 105-
 106, 108-109, 111, 114, 116-118,
 129-130, 141, 145-146, 152-153,
 229, 254-258
 Ortiz, Arsenio, *El Chacal de Oriente*
 24, 48, 314
 Ortiz Fáez, Gustavo 404
 Osa, Enrique de la 48, 91, 140, 168,
 172-173, 263, 279, 297, 304-305,
 317-318, 321, 343, 365, 378, 380,
 401, 407, 426
 Osawa 161
 Ovaes, Enrique 213
 Oviedo, Luis A. 98

P

Padierne Labrada, Luis 260, 262
 Pancho, vea Grau Alsina, Francisco
 Pendás, Porfirio 289
 Pérez, Armando 19
 Pérez, Roberto 19, 57
 Pérez, Vilma 19
 Pérez Alfonso, Cecilio 83
 Pérez Cabral, Romano 48
 Pérez Dámera, Genovevo, *Genovivo*
 83-84, 103-104, 110-112, 116,
 120, 185-187, 209, 262, 264, 267,
 275, 277-278, 287-288, 293, 296,

298-300, 303-305, 308, 311, 318,
 323-324, 347-351, 357-358, 360-
 361, 363-365, 368, 371, 373-374,
 376-381, 399, 411

Pérez Valdés, Genovevo 362
 Perón, Juan Domingo 37, 67-68
 Peynado, Jacinto Bienvenido 25, 29
 Pichardo, Esteban 133
 Pichirilo, vea Mejías del Castillo,
 Ramón
 Pickup, Chester H. 141
 Piket 287
 Pimentel Menéndez, José 169-170
 Pinelli, Germán 261, 357
 Pinto, el 343
 Piñeda Pérez, Luis David 19, 79,
 165, 205, 379, 411, 429
 Pío XII 30
 Pipí, vea Hernández Santana,
 Manuel de Jesús
 Plasencia, Ricardo 125
 Ponce de León, Carlos 318
 Price-Mars, Jean 257
 Prío, Mirella 32
 Prío Socarrás, Carlos 32, 123-124,
 265, 380, 398-399, 401, 403, 406,
 411
 Pumariega Díaz, Ciro 336, 411
 Pumariega Díaz, Miguel, *Miguelito*
 19, 74, 77, 79, 91, 133, 138, 154-
 155, 165, 249, 293, 313, 324-325,
 336, 344, 359, 379, 411, 429
 Purro, vea Alfonseca Espailat,
 Augusto

Q

Querejeta, Gregorio 296, 311, 323
 Quesada, Ramón 292
 Quidiello Castillo, Carmen 355

R

Ramírez Alcántara, Miguel Ángel 10, 70, 171, 215, 220, 230, 238-241, 246, 332-333, 362, 383, 398-400, 404, 411
 Ramírez Rosell, Reinaldo 70, 178, 218-219
 Ramsey, DeWitt C. 142-143
 Remos, Juan José 372
 Requena, Andrés 382
 Rivas Montes, Jorge 84, 246, 332, 362
 Rivera, Serafín 97-98
 Riverend, Julio Le 15
 Rivero (familia) 12
 Rivero, José Ignacio 81
 Roa, Raúl 24
 Roca Calderío, Blas 207, 369, 371
 Rodríguez, Luis Orlando 62
 Rodríguez, Manuel C. 362
 Rodríguez García, Juan, *Juancito* 41, 44-47, 53, 55, 57, 59-60, 72, 76-77, 80, 91, 138, 147, 165, 189, 202-203, 206, 230, 242, 244-248, 251-252, 270, 272, 281-285, 288, 290, 296-300, 304, 308, 313, 316, 329, 332-333, 340-341, 360, 362-363, 376, 383-384, 397-398, 402-403, 406, 412, 417-418
 Rodríguez Loeches, Enrique 91-92, 292, 383, 412
 Rodríguez Vázquez, José Horacio 285, 289, 341, 362, 385, 413
 Rojas, Angélica 84
 Román, Francisco Miguel 119, 121-122
 Roosevelt, Franklin Delano 34, 36, 233
 Rosario, Marquitos del 286
 Roscoe, Arthur F. 391
 Rubiel, Howard 215

Rubirosa, Porfirio 26
 Ruiz, Irán 236, 254
 Ruiz Rojas, Fabio 110, 123-124, 147, 153, 254, 264-266, 346

S

Saavedra, Arístides 284
 Sáenz de Burohaga, Mario 62-63
 Salabarría, Julio 57, 358
 Salabarría, Mario 11, 112, 260-261, 263-267, 305, 345
 Saladrigas, Carlos 208
 Salazar, Joaquín E. 229-231
 Sanabia, Arístides 73-74, 413
 Sánchez, Félix Buenaventura, *El Dominicano* 253
 Sánchez Lima, Elio 318
 Schlenker, Alvin 147
 Schlesinger, John Jr. 386
 Shamart, Edion J. 151
 Sherwood, MacDowell 215, 286, 290-291, 321, 326, 328, 338, 369
 Sillín, vea Mainardi Reyna, Víctor
 Smith, Hollis Burton 70, 344, 364, 404
 Soler Amor, Aurora 262
 Soler Cruz, Policarpo 221, 406
 Somoza, Anastasio 410
 Sosa Blanco, Jesús 302
 Soto, Lionel 429
 Soto, José 247
 Souto, Ramón 24
 Stamets, George C. 255
 Strum, Lodis W. 404
 Suárez Fernández, Miguel 207, 261, 263, 309
 Suárez Rivas, Eduardo 263, 316-317
 Suárez Salazar, Luis 404, 429

T

Tabío Castro Palomino, Evelio 359
 Taborda 198
 Tomlinson, Edward 131
 Tony, vea Varona, Antonio
 Toñín, vea Bonilla Aybar, José Antonio
 Torres, César Aníbal 97-98
 Torriente, Cosme de la 24
 Torriente Brau, Pablo de la 24
 Tro Rivero, Emilio 76-77, 259-267, 277
 Troncoso, Manuel de Jesús 25
 Trujillo, Angelita 26
 Trujillo, Flor de Oro 25-26
 Trujillo, Héctor Bienvenido 25
 Trujillo, José 26
 Trujillo Castillo, Luis E. 262
 Trujillo Martínez, Rafael Leónidas, *Ramfis* 26, 44
 Trujillo Molina, Rafael Leónidas, *El Generalísimo, El Benefactor, El Jefe, Chapitas, Trujo* 10, 12-13, 15-16, 23-53, 55, 58, 63-64, 66-69, 72-73, 76-78, 94-95, 97-99, 103-105, 107-108, 111, 114-117, 119-124, 126, 128, 130-132, 141-142, 144-148, 150, 152-154, 157, 166-170, 172-176, 179, 184-185, 187-190, 192-196, 198-199, 201, 206-209, 211, 213, 215-217, 219-222, 226, 228, 231-234, 242, 248-250, 254, 257-258, 273, 279, 293, 299, 308, 310, 314-316, 330-332, 334, 352-354, 357-359, 363-366, 369-380, 382-389, 391-394, 396-397, 399-401, 403, 405-408, 410-412
 Trujo, vea Trujillo Molina, Rafael Leónidas
 Truman, Harry 99, 147, 176, 233

U

Uría, Quirino 335, 357

V

Valdez Borges, Danilo 242, 359, 413
 Valle, Aldo Isidró del 426
 Valle, Alejandro del 314
 Varona, Antonio, *Tony* 263
 Vasconcelos, Ramón 81, 219
 Vega, José 130
 Velasco Ibarra, José María 213
 Velázquez, Manuel 108
 Vilela, Erundino 254, 314
 Villanueva, José Eugenio 47

W

Walker, William W. 229-230
 Wangüemert Máiquez, José Luis 64-65, 75, 79-80, 82, 87, 91, 93, 135-137, 140, 156, 158-160, 164, 238, 269, 283, 291-292, 303, 311-312, 314, 324, 326-328, 338-340, 413
 Weir, James T. 171
 Welles, Benjamin Sumner 34, 277
 White, Lincoln 115
 Wright, James H. 108-109, 229-231, 254-255, 257

Y

Yániz Pujol, Jorge 64-65, 78, 157, 161-166, 183, 201-202, 215, 240, 245-250, 253, 268-269, 282-284, 292-293, 306, 312, 315, 326-328, 331, 338, 343, 350

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.

- Vol. XVI *Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lili, el sanguinario machetero dominicano*. Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos*. Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná*. Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo*. Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501*. Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.

- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain*. Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*, en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*. Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables*. Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo I. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilinarias*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana.* José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas.* Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007.* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670).* Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916).* María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas.* Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos.* César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas.* H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental.* Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá.* Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad.* Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*. Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano*. Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Perlas de la pluma de los Garrido*. Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental*. Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Obras*. Tomo I, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Obras*. Tomo II, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega*. Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica*. Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.

- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVI *Los Panfleteros de Santiago: torturas y desaparición*. Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos*. Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías*. Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas*. María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos*. Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro*. José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch*. Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008*. Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas*. J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIX *Escritos pedagógicos*. Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación*. Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos*. Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología*. José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana*. José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950*. Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril*. Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861*. Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad*. Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición*. Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos*. Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos*. Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista*. Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos)*. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVI *Años imborrables* (2^{da} ed.) Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVII *El Paladín: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVIII *El Paladín: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.

- Vol. CXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948)*. Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXI *Obras selectas*. Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXII *Obras selectas*. Tomo II, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos XV-XIX*, Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011)*. Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia*. Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLI *Yo también acuso*. Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIII *Más escritos dispersos*. Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIV *Más escritos dispersos*. Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLV *Más escritos dispersos*. Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinos: Dos patrias y un ideal*. Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial*. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.

- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida.* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863).* José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLII *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad.* Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia* (2^{da} ed.) Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854).* José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLV *El Salvador: historia mínima.* Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales.* Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo.* Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509.* Vol. II, Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico El Cable.* Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales.* Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo.* Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944.* Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana.* Tomo I, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano.* Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción.* José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVI *Antología.* Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano.* Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada.* Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

- Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 1. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas*. Julio Andrés Montolío. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898*. Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina*. Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte*. Eugenio María de Hostos. Compilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.
- Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración*. Parte 1. César A. Herrera, edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración*. Parte 2. César A. Herrera, edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVI *Historia de Cuba*. José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.

- Vol. CLXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic*. Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXC *Legislación archivística dominicana (1847-2012)*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865)*. Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCH *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco*. Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCHII *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878)*. José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCHIV *Historia del municipio de Cevicos*. Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCHV *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCHVI *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCHVII *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCHVIII *Literatura y arqueología a través de La mosca soldado de Marcio Veloz Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCHIX *El Dr. Alcides García Lluberes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico Patria*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CC *El cacoísmo burgués contra Salnave (1867-1870)*. Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCI *«Sociología aldeada» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona*. Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCII *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí)*. 3^{ra} edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIII *La Hacienda Fundación*. Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana*. Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.

- Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*. Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Arístides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación*. Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVIII *Personajes dominicanos*. Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCIX *Personajes dominicanos*. Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. 2^{da} edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria*. Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2014.

COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VI *Pensadores criollos*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VII *Héroes restauradores*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillet, Bonó, Deschamps (siglo XIX)*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.

COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.

- Vol. 2 *Mujeres de la Independencia*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína*. Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.

COLECCIÓN REFERENCIAS

- Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve*. Ana Félix Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación*. Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.

La expedición de Cayo Confites de Humberto Vázquez García se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Centenario S.R.L., en septiembre de 2014, Santo Domingo, R. D., con una tirada de 1000 ejemplares.